



PREGÚNTAMELO
AHORA
ANA FORNER

zafiro[♥]

Índice

Cubierta
Sinopsis
Agradecimientos
Dedicatoria
Cita
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29

Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 65
Capítulo 66

Capítulo 67

Epílogo

Referencias a las canciones

Biografía

Notas

Créditos

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

SINOPSIS

«Hola, soy Luna y puedo jurar y perjurar que hasta ayer mi vida era casi perfecta. A mis treinta y un años, trabajo codo con codo con María Eugenia de la Rúa, una prestigiosa diseñadora del grupo D' Elkann, y tengo una relación con Rafa. ¿Qué más puedo pedir? Nada, sólo que mi vida siga tal y como está.

Pero estaba claro que eso era pedirle demasiado al destino, que se las ingenió para venir a complicarme la existencia poniendo de nuevo frente a mí a Gael, el hombre que sacudió mi vida en el pasado y me volvió medio loca, o loca por completo, si soy sincera, y aunque creía que lo había superado, al parecer no lo he hecho... ¿Cómo se supone que voy a seguir con mi vida si él forma parte de ella? ¿Estará dispuesto a contestar mis preguntas de una vez? ¿Nos dará el destino la oportunidad que no nos dio años atrás? ¿Y por qué estoy cuestionándome todo eso si estoy con Rafa?»

Si quieres conocer las respuestas a todas las dudas que atormentan a Luna déjate seducir por su divertida, sexy y apasionada historia que te mostrará que no hay coraza suficientemente dura capaz de soportar los envites del amor.

Agradecimientos

Y aunque lo sé, es en el momento de escribir los agradecimientos cuando me doy cuenta de la increíble suerte que tengo al contar con personas tan especiales a mi lado, dándome su mano y facilitando mi camino día a día; si de algo puedo sentirme orgullosa es de tod@s vosotr@s.

Como siempre, y en primer lugar, quiero darle las gracias a mi marido y a mis hijos por su comprensión, por entender mi necesidad de escribir y por darme esos momentos, que siempre terminan siendo horas, de silencio. Gracias por entender mis ausencias, por escucharme cuando os cuento mis historias y por vivirlas con el mismo entusiasmo con el que las vivo yo, os quiero mucho.

A mi cuñada Patricia quiero darle las gracias por estar siempre ahí dispuesta a tenderme su mano y a ayudarme. Pero sobre todo quiero darle las gracias por ser como es, que es lo más importante para mí, ella ya me entiende. Eres muy especial cuñi y estoy muy feliz de tenerte en mi vida y que formes parte de mi familia, te has ganado nuestro corazón con el tuyo.

A mis compañeras García de Saura e Iris T. Hernández, gracias por vuestros consejos, por nuestras llamadas a tres y por compartir conmigo mis buenos y malos momentos como en los matrimonios. GRACIAS por vuestra amistad, os habéis convertido en un pilar fundamental de mi vida. Os quiero chicas.

A mi sevillana del alma, Tiaré Pearl, la que nunca puede faltar en mis agradecimientos, mil gracias por tanto. No sabes cómo te admiro reina y lo orgullosa que estoy de nuestra amistad. Esta aventura no sería lo mismo si tú no formarás parte de ella. ¡Te superquero!

A mis chicas, Emma, Silvia, Aroa, Montse y Patricia, gracias por estar a mi lado, siempre dispuestas a dar un consejo o echarse unas risas conmigo; mis días no serían los mismos si vosotras no estuvierais en ellos, y esto es lo bonito que tiene Facebook, que pone en tu camino a personas maravillosas con las que terminas forjando una amistad preciosa. Os quiero un montón a todas.

A Sabine, quiero agradecerle ese ratito que tuvo para atender mi llamada y aclarar las primeras dudas que empezaron a surgirme. Muchas gracias por tu cercanía y amabilidad.

A Eva, diseñadora de October, gracias por esa tarde en la que me permitiste bombardearte a preguntas. Gracias por tu paciencia, por tus explicaciones y por abrirme las puertas de ese mundo que durante un tiempo pensé que sería el mío.

A Leticia F.M, gracias por permitirme contar “entre líneas” la historia de Martina, tu pequeño premio Nobel. Me emocionaste el día que publicaste el post de Holanda y te ganaste mi corazón sin saberlo, desde entonces te sigo y me emociono con cada avance de tu niña. Puedes sentirte muy orgullosa de tu hija y también de ti misma, estás haciendo un trabajo increíble con ella.

Y a vosotr@s, mis chicas de los buenos días, a las que no quiero nombrar por miedo a dejarme alguna, a las que pongo de los nervios casi a diario con mis «¡Madre mía lo que he escrito!» o «Os contaría una cosa, pero casi mejor si espero un poco más». ¡Gracias por no mandarme a freír espárragos a diario! En serio, gracias por vuestro apoyo, por vuestro cariño y por leerme, no sabéis lo que significáis para mí, lo digo siempre y me reafirmo de nuevo, vosotras sois lo mejor de toda esta aventura y, sin duda, mi mayor premio. Gracias por tanto.

Y, cómo no, mil gracias a mi editora Esther Escoriza, la artífice de todo esto, gracias por la oportunidad que me diste y la que me das día a día. Gracias por tu infinita paciencia, por tus explicaciones, de las que tanto aprendo, y por seguir dándome la mano en este camino que sólo tiene un sentido y que es ascendente, porque mis sueños están junto a las estrellas, esperando a ser algún día cumplidos.

Y a tod@s los que elegís una de mis historias, mil gracias, espero que las disfrutéis tanto como yo al escribirlas.

Dedicado a mis hijos y a... Martina, un pequeño premio Nobel.

Porque hay personas a las que vas a querer toda tu vida, aunque no formen parte de ella; personas que con el tiempo se convertirán en tu asunto pendiente... aunque hay veces en las que el destino se disfraza de Cupido y las pone frente a ti de nuevo y, entonces, todo puede suceder...

Capítulo 1

Inspiro profundamente la fragancia de los pinos mientras el cálido viento acaricia mi rostro y cierro momentáneamente los ojos, sintiéndome en casa de nuevo.

Me encuentro delante de la verja que da acceso al jardín, lleno de plantas, de la vivienda que tiene mi abuela en Formentera, con la enorme higuera dándome la bienvenida, y sonrío feliz. Estoy en casa, en mi otra casa, la de mi abuela, la de la mujer que prepara la ensalada payesa que tanto me gusta, la que me sonrío con la cara llena de arrugas y de la que nunca he oído una sola queja, a pesar de que su vida no ha sido precisamente fácil, y la abro, ansiosa por encontrarme entre sus brazos.

—¿*Güela*? ¿Estás aquí? —pregunto descalzándome por el camino.

La tierra tibia por el sol caldea mis pies y siento mi corazón henchido de felicidad. ¡Cómo he echado de menos todo esto! Formentera es mi segundo hogar, la localidad de mi padre y de mi abuela, el lugar donde he pasado todos mis veranos desde que tengo uso de razón y al que regreso siempre que necesito respirar, porque, a pesar de que quiero a mi madre y a mi familia materna con toda mi alma, a veces Madrid y la rutina diaria me asfixian, y es entonces cuando vuelvo aquí, a la sombra de la higuera en la que tantas veces me escondía de pequeña, a las calas turquesas, a los senderos de arena y a los brazos de mi familia paterna, compuesta únicamente por mi abuela y por mi padre, un hombre bohemio al que le pudo el día a día de la ciudad.

—¿Luna? ¡Mi niña! —me dice saliendo de la casa, descalza igual que yo.

Y entonces corro hacia ella, hacia sus brazos, en los que me fundo.

—¿*Güela*! ¡Qué ganas tenía de verte! —exclamo aspirando su aroma a talco y miel.

—Mi niña, no más de las que teníamos nosotros —murmura llenándome de besos.

—¿Y papá? He pasado por su casa y no estaba.

—Te está esperando en El Capitán, tenía trabajo allí.

—Estoy deseando ir de nuevo —comento todavía abrazada a ella—; echo de menos los mojitos que prepara y ver con él la puesta de sol mientras me cuenta sus historias.

El Capitán es el chiringuito que mi padre tiene en cala Saona. Situado en un extremo de la cala, tiene un esqueleto, hecho con madera, sentado sobre el techo, con su gorra de capitán puesta, mientras con una mano sostiene unos prismáticos y, con la otra, un cubata, y es allí donde, entre comidas, cócteles, puestas de sol, música y cenas, discurre su vida, disfrutando de la isla y de sus amigos.

—Pero antes quédate un poco conmigo y ponme al día de cómo te va todo. Pareces cansada —comenta mirándome detenidamente y acariciando mis marcadas ojeras, antes de sentarnos en el banco de madera, lleno de cojines de múltiples y alegres colores, situado en el porche de la casa.

—Estos últimos meses han sido muy duros, entre los exámenes y las prácticas; por suerte ya han terminado —murmuro acariciando su arrugada y huesuda mano—. Y, ¿sabes qué? —le pregunto feliz—, en septiembre comenzaré a trabajar como diseñadora cubriendo una baja por maternidad. ¿Verdad que es estupendo?

—Claro que sí, hija mía; si es lo que quieres, yo seré feliz.

—Es lo quiero; he trabajado muchísimo para conseguirlo.

—Lo sé, no tengo ninguna duda; has heredado el carácter decidido de tu madre —me asegura sonriendo—. Por cierto, ¿cómo está? Me gustaría volver a verla algún día; díselo, cariño.

—Muy bien, por mamá no pasan los años —observo sonriendo también, recordando a mi madre.

—¿Todavía te hace quitarte los zapatos cuando entras en casa? —me plantea divertida y cómplice.

—Por supuesto, *güela*, ¡qué cosas preguntas! —suelto carcajeándome—. No tiene remedio, te digo yo que aspira el aspirador.

—Tan diferente a tu padre —murmura sumida en sus recuerdos— y, a pesar de ello, se enamoraron perdidamente el uno del otro.

—Y aun así el amor no fue suficiente para ellos —susurro—; a veces pienso que no lo ha olvidado.

—Yo estoy segura de que tu padre no lo ha hecho y todavía la quiere, pero tienes razón, hija, el amor no fue suficiente para ellos. Eran muy jóvenes y demasiado distintos y eso, al final, tenía que separarlos. De todas formas, su amor nos dio nuestro mayor tesoro, tú —afirma dándome un beso—; sólo por eso valió la pena, ¿no te parece?

—Claro que sí, *güela* —murmuro entre sus brazos—. Añoraba esto; te echaba de menos a ti, y a papá.

—Lo sé, cariño, y, aunque esta vez has tardado demasiado en volver, por fin lo has hecho. Y, ahora, dime: ¿qué quieres que te prepare para cenar? Porque vas a cenar conmigo, ¿verdad? Esta noche te quiero para mí sola.

—Por supuesto. Prepara lo que quieras, pero que no falte la ensalada payesa y de postre... mmmm... lo sabes, ¿verdad? —le pregunto riéndome y relamiéndome con tan sólo pensarlo.

—Flaó¹, no se me olvida —sentencia riéndose conmigo.

—Si cierro los ojos, puedo sentir su gusto en mi boca; nadie lo prepara como tú —declaro feliz—. Por cierto... ¿Y mi Vespa? —inquiero de repente, incorporándome—. ¿Está aquí o en casa de papá?

—Qué manía con subirte a ese trasto, ¿por qué no coges el coche de tu padre? Ya sé que es viejo, pero me da pánico que puedas caerte y romperte la crisma.

—*Güela*, si no me caí cuando era jovencita, ¿voy a caerme ahora? —replico con una dulce sonrisa.

—Para mí siempre serás pequeña, hija, aunque seas toda una mujer —me contesta con ternura.

Mi abuela tiene pánico a las motocicletas, y la cantidad de accidentes que se producen en la isla, sobre todo en los meses de verano, refuerzan su teoría sobre el peligro que conlleva subirse a uno de esos trastos, como ella las llama, pero nada me hará renunciar a la sensación del viento azotando mi cara ni a la emoción de volver a sentirme libre.

Tras aproximadamente una hora de charla en la que nos ponemos «casi» al día, cojo mi Vespa para dirigirme a El Capitán y reencontrarme con mi padre. Subida en ella y con el viento embistiendo mi cuerpo, rio feliz absorbiendo las vistas: el azul turquesa del mar, las casitas diseminadas aquí y allá, el cielo libre de nubes, el pescado secándose con la brisa y el sol, como ya se hacía antaño y que más tarde será nuestro tradicional *peix sec*, los caminos de arena... y mi cala, cala Saona, la playa donde de cría jugaba a hacer castillos de arena, donde tantas veces me bañé, primero con mi padre y mi abuela, y más tarde con mis amigos; la cala que fue testigo de tantos besos con Pablo, mi primer novio y ahora un buen amigo, y sin duda alguna uno de mis lugares favoritos de la isla.

Llego y, tras aparcar en la zona destinada a las motocicletas, y con la sensación de urgencia tirando de mí, me descalzo de nuevo para recorrer el sendero de pinos y arena que me llevará hasta la playa y el chiringuito de mi

padre. y que en la actualidad se puede encontrar durante todo el año en restaurantes y pastelerías.

Estamos a primeros de julio y la cala está repleta de gente y yates, pero es lo normal en estas fechas, así que, sorteando las blancas sombrillas, llego hasta la rampa que me conducirá a El Capitán y, aunque hay otro camino más directo hasta allí, pues no hay que pasar por la playa, nunca lo tomo; me gusta éste, me encanta alzar la vista y verlo allá arriba, ver el esqueleto oteando el horizonte con sus prismáticos y su cubata, sentir la calidez de la arena bajo mis pies y la tibieza de la brisa acariciando mi rostro mientras subo la cuesta de arena que me llevará hasta él, y sonrío al ver una lagartija verde sobre una de las rocas. ¡Cuántas veces jugué de niña con mis amigos a cogerlas, y ahora ni muerta lo haría!

Hoy está hasta los topes y sonriendo ampliamente, me dirijo hacia la barra, donde se encuentra mi padre, tan bronceado como siempre, con su eterna sonrisa, con el pelo castaño a la altura de los hombros y sus gafas de espejo que ocultan unos ojos tan azules como los míos; va vestido con sus inseparables vaqueros rasgados y su camisa estampada, tal y como lo recuerdo desde que me alcanza la memoria.

—Pero ¿a quién tenemos aquí? ¡Si es mi chica! —exclama riendo mientras sale a toda prisa de la barra y me envuelve entre sus brazos.

—Un poco joven para ti, ¿no te parece, Capi?

Una voz acerada y de fastidio hace que levante la vista hasta toparme con la mirada del hombre que hasta hace un momento hablaba distendidamente con mi padre, tan azul como las aguas de esta isla y tan profunda que siento que podría hundirme en ella.

—No seas capullo, tío; es mi hija —le responde sin dejar de abrazarme—; y deja de mirarla así, si no quieres que te rompa la cara —añade señalándolo con el dedo, con una dureza completamente impropia de él.

—No seas tú el capullo; joder, no me van las niñas —le responde con frialdad, levantándose y alejándose de nosotros ante mi asombrada mirada.

Y es entonces cuando, ante mí, cobra vida la palabra *hombre* en toda su extensión. Musculado sin caer en la exageración, lleva el pelo rubio ligeramente despeinado y mi mirada se desliza despacio por su cuerpo, admirando su espalda y cómo la camiseta se ajusta a la perfección a sus fuertes brazos, para luego seguir mi recorrido hasta llegar a su trasero, instante en el que contengo la

respiración durante unos segundos mientras, fascinada, observo cómo se sienta despreocupadamente con un grupo de personas que charlan animadamente entre ellos.

—¿Quién es ese hombre, papá? —inquiero entre molesta y maravillada.

—Un cliente. No le hagas caso, hoy lo tenemos cabreado; no habrá follado —me dice entre dientes.

—Papá, ¡que soy tu hija! —respondo con una carcajada.

—¡Y yo, tu padre! Un padre al que tienes muy abandonado, por cierto —me riñe haciéndome una mueca y consiguiendo que centre mi atención en él—. ¿Por qué has tardado tanto en volver, niña? —me reprende con cariño.

—Este año ha sido muy duro, entre los exámenes y las prácticas. Quería venir en Navidad, pero me fue imposible.

—No hay nada imposible; recuerda que querer es poder, lo demás son sólo excusas —replica tras chasquear la lengua.

—Venga, papá, no empieces. Además, ¿por qué no has venido tú a verme? En Navidad esto lo tienes cerrado, podrías haberme hecho una visita, si hubieras querido.

—¿Y dejar a tu abuela sola en unas fechas tan señaladas?

—Tienes razón —murmuro arrepentida, imaginándola sola en Nochebuena o Navidad—. Prometo no tardar tanto en venir la próxima vez —le digo mirando de nuevo a «ese cliente» que, a pesar de llevar las gafas de sol puestas, juraría que no deja de mirarnos.

—¿Comemos? —me propone mi padre, sacándome de mis pensamientos—. Luego vendrán tus amigos y ya no tendrás tiempo para tu pobre padre —añade pasando uno de sus brazos por mis hombros.

—¡Verdad tenía que ser! —le recrimino entre risas mientras nos dirigimos a una pequeña mesa cercana a la pasarela de madera.

En apenas unos minutos tenemos ante nosotros una bandeja con pan, una cazuelita rebosante de *all i oli*, aceitunas de varios tipos y una jarra de vino blanco fresquito. Cojo una tostada, la unto con una buena capa y, tras darle un mordisco, cierro los ojos, saboreándola, mientras el sol caldea mi rostro y el sonido de las olas al romper contra la orilla llega hasta donde estoy sentada, y medio sonrío.

—No puedes negar que te encanta esto. ¿Por qué no te vienes una temporada a vivir aquí? —me sugiere mi padre, volviendo de nuevo a la carga con nuestro monotema.

—¿Y dejarlo todo después de lo que he trabajado? Papá, este último año ha sido durísimo y, ahora que he conseguido un empleo en una gran empresa como diseñadora, no quiero renunciar a él; además, esto me encanta, pero no para vivir.

—Yo sólo digo que nada es comparable a nuestra isla, y lo sabes —sentencia apuntándome con el dedo índice, recordándome casi al instante los memes que a diario circulan por Internet, y sonrío sin poder evitarlo—. Mira qué vistas, mira qué calma, ¿puedes decir lo mismo de Madrid? —me pregunta abriendo los brazos y abarcándolo todo con ellos.

—Es diferente, ni mejor ni peor —contesto conciliadora.

Sé que sería feliz aquí durante unos meses, pero también tengo claro que, con el tiempo, terminaría desquiciada. Soy una chica de asfalto; me gusta el ritmo frenético de la ciudad y todo lo que ella me ofrece, pero, para mi padre, eso es algo incomprensible. Durante el tiempo en que estuvo casado con mi madre, intentó por todos los medios que le gustara y hacerse un hueco allí, pero le resultó imposible.

—Eres como tu madre —murmura perdido en sus pensamientos.

—Es la segunda vez que me lo dicen desde que he llegado aquí; hace un rato la *güela* me ha dicho lo mismo —le comento sonriendo.

—¿Y cómo está? —inquire intentando sonar indiferente, y fracasando estrepitosamente.

—Como siempre —respondo encogiéndome de hombros.

—Corto y cambio. ¿Te importaría ser un poco más explícita, por favor? —me pide apoyando los antebrazos sobre la mesa y mirándome con atención.

—No sé, papá... —murmuro recordando a mi madre—. ¿Recuerdas cómo le gusta bailar e inventarse bailes absurdos? Bueno, pues, si no era suficientemente vergonzoso verla bailar, ahora insiste en que lo haga con ella; suerte que no nos ve nadie —le digo tapándome los ojos y riéndome al recordarlos—. Sigue trabajando como abogada de las causas perdidas y, por cierto, echándole más horas de las que debería. ¡Ah, sí! Y ahora pinta; tendrías que ver qué cuadros más bonitos ha hecho.

—Recuerdo esos bailes —farfulla con la vista perdida en el mar, sumido en sus pensamientos.

—A ti también te gustaba bailar con ella —susurro medio sonriendo.

A pesar de que intento olvidarme de «ese cliente» y centrarme en la conversación que estoy manteniendo con mi padre, mi mirada vuela continuamente a él, a esa mandíbula cuadrada, a esa barba recortada, a ese pelo

rubio despeinado por el viento, a ese ceño fruncido y a los múltiples tatuajes que decoran sus brazos y que hacen que los músculos de mi vientre se contraigan suavemente. ¿Quién será? ¿Por qué nunca lo había visto antes por aquí? Y... ¿por qué me siento así?

Capítulo 2

—Tierra llamando a Luna —bromea mi padre pasando una mano por delante de mis ojos—. ¿Adónde te habías ido? —me pregunta cuando vuelvo a prestarle atención.

—Estaba pensando en mamá —miento sonrojándome.

Mi padre, que tonto no es, dirige su mirada hacia donde, hasta hace unos segundos, estaba posada la mía, hacia él.

—No quiero que te acerques a ese tipo, Luna; ese tío está jodido de verdad.

—¿Por qué dices eso? —me intereso con curiosidad.

—Lo sé, déjalo estar; fíate de tu viejo padre.

—¿No irás a decirme que desprende malas vibraciones? Venga, papá, no empieces con esos rollos, que te veo venir.

Mi padre practica el reiki desde hace varios años y, si con eso no fuera suficiente, según él también puede ver el aura de las personas... una verdadera tortura para alguien como yo, que no cree en ese tipo de cosas, aunque en más de una ocasión haya acertado de pleno al juzgar a alguno de mis amigos.

—Oye, Luna, lo digo en serio, no te acerques a él —me ordena cogiéndome con firmeza del brazo—, prométemelo.

—Pero ¿qué quieres que te prometa? Por favor, papá, pero si ni siquiera lo conozco —farfullo intentando escabullirme de la promesa, sintiendo el ambiente electrizante a mi alrededor y segura de que, si levantara la vista en este instante, me encontraría con la suya.

—Ni falta que te hace; no quiero verte cerca de ese tipo, ¿está claro?

—¡Luna! ¡Al fin te dejas caer por aquí!

La alegre voz de mi amiga Paloma me libera de la promesa y respiro aliviada, levantándome para salir a su encuentro y al de mis amigos, feliz de verlos después de tanto tiempo.

—¡Palo! ¡Qué alegría verte! ¡Estás guapísima!

—Y a los demás, que nos den morcillas. ¡Cría cuervos, que te sacarán los ojos! —me dice Mario entre risas, arrancándome de los brazos de mi amiga para cogerme por la cintura y alzarme como si tal cosa.

—¡Suéltame, idiota! —le pido carcajeándome, viendo de reojo como «ese cliente» se ha librado de las gafas de sol y no me quita su impresionante mirada de encima, provocando que me sienta ridículamente incómoda por estar con Mario.

—¿Cómo que te suelte? —me pregunta empezando a hacerme cosquillas.

—¡Venga, tío, suéltala! —insiste Pablo, riéndose también—. ¿Cómo estás, Lunita? ¿Creciente o menguante?

—Muy gracioso —replico dándole un puñetazo—. Y tú, Pablito, ¿dónde te has dejado el palito?

—A ti te lo voy a contar —me contesta abrazándome—. Te hemos echado de menos, atontada.

—Y yo a vosotros —murmuro aspirando su aroma, el aroma de mi juventud.

—Pero a mí más, ¿verdad? —me pregunta guiñándome un ojo.

—¡Por supuesto! Sin ti no puedo vivir —le contesto guiñándole el mío a su vez.

—Lo sé, soy difícil de olvidar.

Al oír eso, estallo en una carcajada con un trasfondo triste, porque es verdad, siempre lo voy a querer, pues fue él quien me dio el primer beso, con quien perdí la virginidad y el que mejor me conoce aparte de mi familia; de hecho, si viviera en Formentera, estoy segura de que estaríamos juntos, pero la realidad es que yo vivo en Madrid y él, aquí, y sé que, muy a mi pesar, juntos tendríamos el mismo futuro que tuvieron mis padres.

Pablo es isleño de corazón, como mi progenitor, y yo una chica de asfalto, como mi madre, y eso es algo que terminaría separándonos, como les sucedió a ellos.

—¿Coméis con nosotros, chicos? Todavía no hemos empezado —les propone mi padre.

—Por supuesto, Capi. ¿A qué creías que habíamos venido?, ¿a ver a Luna? —bromea Pablo, sonriéndome.

—A comer de gorra, ¡qué pregunta, por favor! —le contesto anticipándome a mi padre y negando con la cabeza.

—Así es, Lunita, ¿qué pensabas?

—Siempre igual, Capi, estos dos no cambian —interviene Jimena, mientras ayuda a mi padre a juntar varias mesas.

—Si lo hicieran, no serían ellos —le responde mirándonos de una forma que no entiendo.

La comida transcurre entre risas, interrumpiéndonos continuamente los unos a los otros, deseosos de ponernos al día cuanto antes y con una extraña sensación creciendo en mis entrañas, pues ante mí tengo a Pablo, al ras del viento, un pilar fundamental en mi vida y un puerto seguro, y, en la mesa del fondo, donde el viento arrecia con fuerza, *él...* ese cliente que se ha adueñado de mi voluntad desde el mismo instante en que lo he visto, alguien lleno de promesas y también de peligro, alguien a quien mi padre no aprueba y del que, sin embargo, no puedo ni quiero alejar mi mirada.

Estamos terminando de comer cuando veo cómo se levanta dispuesto a irse, seguido por sus amigos, y cómo una de las mujeres con las que estaba sentado se le acerca por detrás y posa su mano sobre su increíble trasero, apretándolo y consiguiendo que se detenga, y es entonces cuando me olvido de todo y de todos mientras a mi alrededor se crea un vacío de sensaciones y sonidos en el que sólo está él, esa mujer y mis celos desatados.

Lo veo darse media vuelta, casi a cámara lenta, con la mandíbula tensa, y dirigir su mirada acerada hacia mí, como si quisiera advertirme o mostrarme algo que debiera saber, creándose un momento electrizante entre ambos, momento que rompe al unir su boca con la de esa chica mientras sus manos se anclan en su trasero, apretándola contra sus caderas. No puedo alejar mi mirada de sus labios, de su cuerpo, de sus manos, y por unos instantes deseo ser ella, deseo que me bese así, con esa ferocidad, y entreabro los labios contrayendo suavemente mi sexo sin percatarme de mi gesto.

—¿Lo conoces? —me pregunta Paloma entre susurros, devolviéndome a la realidad en el acto.

—¿A quién? —murmuro en un hilo de voz sin poder despegar los ojos de él, sintiendo cómo el viento arrecia con fuerza durante unos momentos.

—A ese tío que no has dejado de mirar durante toda la comida —me responde en voz baja cerca de mi oreja.

—¿Y tú? —inquiero, deseosa de saber todo lo que pueda sobre él.

—Lo he visto varias veces por el Dreams, y aquí ocasionalmente disfrutando de las puestas, pero nunca he hablado con él. Y tú, ¿lo conoces?

—Hablamos luego —susurro, viendo de reojo cómo se aleja con esa mujer cogida de la mano.

Terminamos de comer y, con nuestras toallas, nos dirigimos a la playa, a nuestro rincón, desde donde vemos las escalas, esas pequeñas cabañas de raíles de madera tan típicos de nuestra isla que utilizan los pescadores para proteger sus embarcaciones, y, a pesar de que estoy deseando hablar con mis amigas

sobre «ese cliente», me muerdo la lengua esperando a estar a solas con ellas, pues me siento incómoda hablando de otro hombre en presencia de Pablo; aunque seamos amigos, siempre quedará entre nosotros esa sensación de propiedad, esa pregunta en el aire de lo que podría haber sido y no fue, ese sentimiento latente que, con independencia de los años transcurridos, no desaparece, a pesar de que hoy otro sentimiento se ha instalado con una fuerza abrumadora en mi interior.

Sólo cuando los chicos se van al agua, saco el tema y les cuento lo poco que hay que contar.

—A mí me da la misma sensación que a tu padre. Además, Luna, olvídate de ese tío, ¿no has visto el pedazo morreo que le ha dado a esa chica? —me comenta Paloma poniendo los ojos en blanco—; ya quisiera yo que alguien me besara así —añade mordiéndose el labio.

—¿Sabéis lo que yo quiero? —interviene Jimena—. Quiero un tío que me levante a pulso en la ducha y me folle como en las novelas. El otro día intenté hacerlo con Quino y termine clavándome el monomando en la espalda —nos cuenta enterrando su cabeza en la toalla—; fue un completo desastre y, al final, tuvimos que irnos a la cama —murmura alzando ligeramente la frente y mirándonos con dramatismo—. ¿Seguro que los tíos así existen? ¿Los que te cogen y de una estocada te hacen ver las estrellas? —nos pregunta dándose la vuelta y quedando acostada de espaldas, con la mirada fija en el cielo.

—No, olvídate —le asegura Palo, imitándola—. La realidad es mucho más cruel. Además, te diré, por si te consuela, que en mi vida he podido hacerlo en la ducha, decentemente me refiero; es incómodo de narices y encima lo pones todo perdido.

Las escucho en silencio recordando mis momentos íntimos con Pablo. Pablo es así, capaz de levantarte a pulso y hacerte ver las estrellas... pero eso forma parte de mi pasado; mi presente ahora se encuentra lejos de él, en Madrid, y luego está ese hombre, al que no conozco de nada, pero a quien no puedo quitarme de la cabeza... y cierro los ojos imaginando su boca sobre la mía, sus manos recorriendo mi cuerpo, sintiéndolo dentro de mí... y contraigo otra vez los músculos de mi vientre, acalorándome, con la certeza de que algo va a suceder, de que este verano no será como los anteriores.

Capítulo 3

Ceno con mi abuela en el porche, con el sonido de los grillos de fondo y de su dulce voz tranquilizando mi desbocado corazón. Esta noche estoy inquieta y ansiosa, y sé cuál es el motivo, *él*, pues, a pesar de lo que opine mi padre, de que posiblemente tenga pareja y de que algo en mi interior me diga que es una pésima idea, otra fuerza más poderosa, una que no puedo controlar, me lleva hacia ese hombre como un barco a la deriva es llevado por la corriente hacia los acantilados, donde lo más seguro es que termine estrellándose.

Miro mi reloj con disimulo; supongo que mis amigos ya habrán acabado de cenar y estarán en el Dreams, donde puede que esté *él* también, y de nuevo esa sensación de urgencia se instala en mi interior, esa necesidad de correr hacia *él*, como si mi voluntad fuera guiada por esa corriente cálida entre ambos, y finalmente me despido de mi abuela entre besos y reprimendas por verme coger la Vespa.

—Pero ¿por qué no vas en coche? Es de noche, hija, los caminos no están asfaltados y no tienen alumbrado. ¿Qué necesidad tienes de ir con el trasto ese? ¿Y si te caes?

—¡Y dale con que voy a caerme! *Güela*, si podría ir por esos caminos con los ojos cerrados —replico acunando su rostro entre mis manos y dándole un beso en la frente, como hacía ella conmigo cuando era pequeña—; no te preocupes.

Con su mirada de desasosiego siguiendo mis pasos, arranco mi moto, que conduzco en medio de la noche con la compañía de la luna guiándome, y, a pesar de sus temores, en ningún lugar del mundo podría sentirme más segura de lo que me siento aquí, ya que fueron estos senderos de arena los que me vieron crecer.

Llego al Dreams y estaciono mi Vespa en la zona destinada a las motocicletas. La fragancia a pino y a sal cargando el ambiente tranquilizan mi desbocado corazón, que late como un tambor dentro de mí, e inspiro los aromas tan típicos de mi isla intentando serenarme mientras dirijo mis pasos, ansiosos, hacia la música, en busca de mis amigos, en busca de... *él*.

La terraza está hasta los topes y avanzo con decisión entre la gente mientras suena la canción *Faded*,² de Alan Walker, con las antorchas iluminando mis pasos bajo la atenta mirada de la luna, que, desde lo alto, observa impasible todo lo que acontece a sus pies, y es entonces cuando los veo: a Pablo, a Mario, a Jimena y a Paloma, sentados cerca de la barra, y me acerco a ellos sonriendo y buscándolo por el rabillo del ojo, con la certeza de que está aquí, pero sin atreverme todavía a encontrarme con su intensa y abrumadora mirada.

Llego hasta ellos y me uno a su conversación, siendo, como siempre, el blanco de las bromas de Pablo, pero eso es algo que no me importa; nosotros somos así, él me pincha y yo salto, es nuestra forma de ser cuando estamos juntos... y entonces lo noto, siento una especie de sacudida en mi interior y alzo la vista guiada por esa corriente que nos mantiene unidos hasta dar con su mirada; una mirada que atrapa la mía provocando que, de nuevo, durante unos segundos, me olvide de todo y de todos.

—Tenemos que organizar una excursión a Ibiza como todos los veranos, un fin de semana como mínimo. ¿Qué decís? —nos pregunta Jimena.

—Mientras no sea en agosto, cuando queráis —contesta Pablo.

—En agosto no me ven por ahí ni muerto —secunda Mario.

Los oigo de fondo, incapaz de prestarles atención, pues tengo su mirada descarada sobre mí, excitándome y paralizándome a la vez y, aunque intento fingir que no me estoy dando cuenta, me temo que estoy haciéndolo fatal.

—¿Qué dices, Luna? ¿Te apuntas? —me interpela Paloma.

—Sí, claro, cuando queráis —contesto acalorada, mirándolo de nuevo de reojo—. Ahora vengo —murmuro dejándome guiar por esa corriente cálida que tira de mí con fuerza, llevándome hacia él, hacia las rocas donde seguro terminaré estrellándome.

—Luna, ¿adónde vas? —oigo la voz de Paloma a mi espalda, pero no me vuelvo, temerosa de que mi decisión se esfume si alejo mi mirada de la suya.

Está solo, apoyado en la barra con un botellín de cerveza en la mano, y camino hacia él con toda la seguridad que mi desbocado corazón y mis piernas temblorosas me permiten, sabiendo de antemano que, a partir de ahora, todo va a cambiar para mí... y deseando que ocurra con todas mis fuerzas.

—¡Hola! —lo saludo con un hilo de voz, apoyándome yo también en la barra y agradeciendo poder hacerlo, pues siento mis piernas de plastilina.

No me contesta ni sus ojos me permiten liberarme de su intensa y abrumadora mirada, y creamos otra vez ese vacío a nuestro alrededor, donde la música se oye amortiguada y donde la gente es un simple borrón.

—Me llamo Luna, ¿y tú? —le pregunto con timidez.

—Gael —murmura tendiéndome su mano.

—Encantada —susurro uniendo la mía a la suya, sintiendo cómo el calor recorre mi cuerpo con virulencia, arrasando con todo a su paso.

Mi pequeña mano se pierde entre la suya, fuerte y firme, haciendo que me sonroje con ese mínimo contacto, y la mantengo unida a la suya, percibiendo la calidez que emana.

—¿De dónde eres? —inquiero titubeante, deseando saberlo todo sobre él.

—De ningún sitio en especial. Y tú, ¿eres de aquí? —me plantea con una voz profunda y oscura que seca mi boca, soltándome y provocando que, inexplicablemente, eche de menos su contacto.

—Mi familia paterna lo es, yo sólo vengo de vez en cuando —contesto mirando su mano tan cerca de la mía, deseando enredar mis dedos entre los suyos y sentir su calidez de nuevo.

—Y cuando no estás de visita por aquí, ¿dónde vives? —me pregunta mirándome fijamente, obligándome a alzar los ojos.

—En ningún sitio en especial —le respondo sonriendo y guiñándole un ojo, empezando a relajarme con él.

—Muy graciosa —me dice sonriendo a su vez y dejándome sin habla.

Cuando sonrío, su rostro se relaja, dejando a un lado al tipo duro para mostrarme a otro hombre, otro capaz de conseguir que mi interior se sacuda aún con más fuerza, hasta dejarlo temblando.

—En serio, ¿de dónde eres? —insiste con voz ronca.

—Si te lo digo, ¿me lo dirás tú? —propongo fascinada mirando sus labios.

—Puede —me replica con una media sonrisa.

—Vivo en Madrid, ¿y tú?

—Te lo he dicho, mi casa está donde esté yo —me contesta mirando hacia el mar, iluminado por la luna.

—¿Y dónde estás ahora? —murmuro sin pensar, siendo consciente al segundo de la estupidez que acabo de preguntarle.

—Contigo —sentencia volviéndose hacia mí y dejándome sin habla durante unos segundos.

—Ya —susurro sonriendo tímidamente, sin saber muy bien qué decir, con el corazón latiendo en mi garganta.

—¿Te gusta vivir en Madrid? —me plantea cambiando su postura y acercándose ligeramente a mí.

—Supongo que sí. ¿Has estado alguna vez? —inquiero, modificando la mía y acercándome también a él, deseando respirar el aire que él exhale.

—Por supuesto —murmura con frialdad, de repente sumido en sus pensamientos.

—Vaya, lo siento —le confieso incómoda.

—¿Qué es lo que sientes exactamente? —suelta frunciendo el ceño.

—No lo sé... supongo que no te gusta la ciudad donde vivo o quizá haberte hecho recordar algo que te molesta —me explico titubeante.

—¿Por qué dices eso? —inquire, cada vez más cerca.

—Llámalo intuición —susurro buscando una respuesta en su mirada.

—Oye, creo que deberías irte —masculla con dureza, alejándose un poco de mí— ; tu chico no está especialmente feliz de verte hablando conmigo, llámalo intuición —añade con sarcasmo.

—¿Qué chico? —replico sin entender nada, dirigiendo mi mirada hacia donde está la suya, hasta toparme con la ira de Pablo.

—Nooo... él no es... —titubeo, pero, antes de que pueda terminar la frase, se acerca a nosotros la misma mujer a la que besó en El Capitán.

—Gael, ¿no vienes? —le sugiere melosa, mordisqueando su oreja y pegándose a él ante mi atónita mirada.

—Claro, nena. Nos vemos, Luna —murmura rodeando su cintura con un brazo y olvidándose de mí.

—Nos vemos —susurro decepcionada viendo cómo se alejan.

Con la furia creciendo dentro de mí, me dirijo hacia donde están mis amigos, con la mirada fija en Pablo, que me observa como si estuviera valorando seriamente matarme o dejarme con vida mientras me practica alguna especie de tortura que me haga implorar por ella.

—¿Qué pasa? —le espeto con los brazos en jarras cuando llego hasta él—. ¿Puede saberse qué hacías mirándonos así?

—¿Por qué no me lo explicas tú? —replica entre dientes a escasos centímetros de mí.

—No sabía que tuviera que hacerlo.

—Chicos, bajad el tono —nos pide Jimena—. Tranquilizaos, por favor.

—Que se tranquilice él —farfullo apretando los dientes y ardiendo de rabia.

—Estás comportándote como una idiota —sisea furioso.

—Tío, déjalo, ¿quieres? —le pide Mario cogiéndolo del brazo.

—¿Perdonaaa? —pregunto atónita, ignorando a mis amigos—. Aquí el único idiota eres tú —le grito dejándome llevar por mi genio y sin entender cómo hemos llegado a este punto.

—Mejor hablamos mañana —me dice apretando la mandíbula y dándome la espalda para dirigirse a la misma barra donde hasta hace un momento estábamos nosotros.

—Pablo, ya no estamos juntos, no te confundas —le suelto con frialdad, logrando que se gire para mirarme.

—En ningún momento lo he hecho —me replica con dureza, helándome por dentro.

La rabia me ahoga y, dándome media vuelta, me dirijo hacia mi Vespa ignorando a mis amigas, que me ruegan que me quede y lo solucione con él, pero sé que eso no va a suceder ahora; estamos demasiado cabreados como para poder razonar. Tras ponerme el casco, arranco sin mirar atrás, furiosa con Pablo y por cómo se ha desarrollado la noche.

El potente rugido de una moto acercándose con ferocidad me saca de mis pensamientos y me tenso acercándome todo lo que puedo a la calzada para cederle el paso, temiendo terminar arrollada por ella... pero cuál es mi sorpresa cuando disminuye la velocidad hasta adaptarse a la mía, quedando a unos escasos metros por detrás de mí.

Miro a través del espejo retrovisor, pero sólo veo la luz de su faro y algo en mi interior me anuncia que es él y vuelvo a tensarme, pero de una forma distinta, de una forma que calienta mi sangre y hace que mi cabeza imagine todo tipo de locuras; aun así, no disminuyo la velocidad y llego hasta la casa de mi padre, situada en cala En Baster, donde freno y me giro; él también ha detenido su motocicleta, pero continúa dándole gas, como si estuviera librando una batalla interior entre detenerla por completo y quedarse o largarse.

Siento su mirada atrapando la mía a pesar de que ambos llevamos los cascos puestos, y mi cuerpo reacciona ante ella contrayéndose, deseando que apague el motor y, aunque sea una locura, fundirme en él, pero finalmente da media vuelta y se marcha, dejándome con la única compañía de su potente rugido, que se aleja de mí de la misma manera en que está haciéndolo él, y respiro profundamente, llenando mis pulmones de aire en un intento por calmarme.

—¿Quién eres, Gael? —susurro en un hilo de voz, sin poder retirar mi mirada de esas luces que pierden intensidad a medida que se distancian de mí.

Capítulo 4

Los rayos del sol calientan mi rostro y abro los ojos para observarlo todo detenidamente; sigue igual a como lo recordaba: los mismos cuadros, mis revistas de moda perfectamente apiladas y ordenadas por fechas, la misma cortina blanca que ahora ondea con la brisa fresca de la mañana... Dirijo la vista hacia la ventana abierta, por la que se filtran los primeros rayos, mientras mi mente retrocede a anoche, a mi discusión con Pablo y a mi breve encuentro con Gael. «¿Por qué me siguió? ¿Y por qué se marchó?», me pregunto levantándome de la cama y dirigiéndome hacia ella, desde donde miro el vasto paisaje sin hacerlo realmente.

Tras asearme y vestirme con un sencillo vestido blanco, salgo descalza a la terraza, donde mi padre ya está tomándose su ansiado café, y me siento a su lado aspirando el olor que desprende.

—¿Quieres uno? —me propone sonriendo.

—Por favor —contesto aún soñolienta.

Mientras mi padre se dirige a la cocina a por mi chute de energía matutino, observo el paisaje que se extiende frente a mí.

Esta cala es diferente a las demás, más salvaje y más natural, posiblemente por las rocas, que le dan ese aspecto tan primitivo y que te llevan a pensar que estás sola en el mundo. Apoyando la cabeza en el respaldo de la silla, cierro los ojos intentando olvidarme de la sensación de malestar que crece en la boca de mi estómago. ¡Maldito Pablo! ¿Por qué siempre tiene que afectarme tanto discutir con él?

—¿Estás bien? —me pregunta mi padre tendiéndome el café.

—Claro —le contesto cogiendo la taza y llevándomela a los labios.

—Ten cuidado, que está caliente —me advierte sentándose a mi lado—. ¿Me ayudarías hoy a la hora de las comidas? Sofía está enferma y voy escaso de manos —me pide tras unos minutos de cómodo silencio.

—Por supuesto, no tengo nada que hacer —musito encogiéndome de hombros.

—Cuento contigo, entonces. Hasta luego, hija, nos vemos más tarde —se despide, levantándose y dándome un beso antes de dirigirse al interior de la casa.

Tras dar un último sorbo al café, dejo la taza sobre la mesa de la terraza y me encamino hacia la pequeña cala, donde me siento en una de las rocas, sumiéndome de nuevo en mis pensamientos, consciente de que tengo una conversación pendiente con Pablo, pero... ¿qué voy a decirle cuando todavía no he conseguido entender lo que sucedió anoche?

—Lo siento. —Su voz a mi espalda me sobresalta y me vuelvo bruscamente.

—¿Qué haces aquí? ¿Qué pasa, te remueve la conciencia? —le suelto retornando la mirada hacia el agua turquesa.

—No me gusta discutir contigo y menos después de tanto tiempo sin vernos —me dice sentándose a mi lado, con la vista al frente.

Durante unos segundos observo su perfil, su nariz recta, su piel bronceada, las largas pestañas enmarcando unos ojos tan oscuros como la noche y su boca, esa boca que conozco tan bien y que ha recorrido mi cuerpo en innumerables ocasiones.

—¿Qué sucedió anoche, Pablo? —formulo en voz alta la pregunta que no ha dejado de torturarme desde entonces.

—No me gusta verte con ese tipo —me aclara con sinceridad, mirándome directamente a los ojos.

—Pero ¿puede saberse qué os sucede con él? —farfullo frustrada.

—Así que no soy el único a quien no le gusta.

—Mi padre tampoco quiere que me acerque a él —le confieso con la vista fija al frente, apartando mi mirada de la suya.

—Pues haznos caso, joder —murmura casi para sí.

—¿Por qué? —inquiero, de nuevo sin entender nada.

—Ese tío no es trigo limpio, se ve a la legua; lo vemos todos menos tú.

—Lo veré cuando me des una razón justificada y no te bases en vibraciones y en auras, como hace mi padre. ¿La tienes? ¿Te ha sucedido algo con él que deba saber?

—Ese tipo y sus amigos llevan un rollito que no me va, simplemente no quiero verte ahí metida.

—¿Y por qué no confías en mi criterio? —planteo haciéndole frente.

—Porque no puedo, Luna. Puede que esté siendo injusto, pero no me importa; ese tipo te hará daño y no quiero verte sufrir, ¿tan malo es eso?

—Déjame vivirlo, Pablo, por favor; no veas tormentas cuando todavía brilla el sol —le pido uniendo mi mano a la suya.

—¿De verdad brilla el sol para ti? Luna, ese tío tiene pareja, ¿acaso no lo viste anoche? ¿Puedes explicarme qué pintas tú ahí y cómo puedes fiarte de un tipo así?

—Pablo, no estoy con él; anoche sólo hablamos durante unos minutos y mira la que liaste; fuiste tú quien sacó las cosas de quicio —murmuro observando cómo las olas rompen contra las rocas—. Tuvo más importancia tu reacción que lo que realmente sucedió entre nosotros.

—Cuando fue tras de ti, ¿no ocurrió nada entre vosotros? —me pregunta con incredulidad.

—No; me siguió hasta casa y luego se fue. Ni siquiera sabía con certeza que era él quien me seguía, ni tampoco por qué lo hizo. ¿No regresó luego al Dreams?

—No, no volvió a aparecer por allí.

—Pues tampoco se quedó conmigo.

—Pero ¿te gustaría que lo hubiera hecho?

—Sí —susurro—; quiero conocerlo, Pablo —le digo con sinceridad—, y también que lo apruebes.

—Demasiados imposibles —masculla cogiendo una piedra y tirándola con rabia al agua antes de levantarse—. Nos vemos luego en Caló des Mort.

—No creo que pueda ir; quiero ir a ver a mi abuela y más tarde tengo que ayudar a mi padre en El Capitán.

—Entonces acude cuando termines; si quieres... claro —sisea con fastidio, alejándose de mí y dejándome otra vez con una mala sensación en mi interior.

—Claro que quiero —respondo con tristeza, a pesar de que sé que ya no puede oírme.

El viento mueve mi pelo a su antojo y lo dejo hacer, sumida de nuevo en mis pensamientos. Estoy segura de que se equivoca y que Gael es un buen tipo, pero, muy a mi pesar, tiene razón en una cosa: si tiene pareja, yo no debería meterme, así que, resignada, acepto lo que no dejan de pedirme Pablo y mi padre desde que lo vi.

La mañana la dedico a estar con mi abuela, ayudándola en las tareas de la casa y del jardín, y a las doce del mediodía me dirijo a El Capitán llena de sentimientos encontrados: por una parte deseando coincidir de nuevo con él y, por otra, deseando no hacerlo, pues estoy convencida de que, si nuestras miradas vuelven a cruzarse, de nada servirán mis buenas intenciones y mi corazón volverá a latir desbocado dentro de mí.

Hoy el viento arrecia con fuerza en esta parte de la isla, por lo que la cala está casi desierta. Bajando la vista para protegerme los ojos de la arena levantada por la ventisca, me dirijo por la rampa hasta llegar al chiringuito.

—¡Hola, papá! —lo saludo dándole un beso.

—¡Hola, cariño! ¿Preparada?

—¿Tú qué crees? —le pregunto sonriendo—. Bueno, dime, ¿por dónde empiezo?

—Primero come algo en la cocina con los chicos y, cuando termines, ayuda a colocar las mesas a cubierto del viento y en la zona del cortaviento.

—Hoy sopla con ganas, apenas hay gente en la cala —murmuro mirando hacia la playa.

—Por suerte nosotros tenemos todas las mesas reservadas, así que vete a comer, que te necesito llena de energía.

De repente siento la necesidad de ir a ver las reservas de hoy... necesito saber si vendrá, necesito saber si... «¡¡No!!, no necesitas saber nada, Luna, vete a comer», me ordeno mentalmente.

Tras almorzar con los chicos, me vuelco en ayudar en todo lo que me piden, primero cambiando las mesas de sitio y más tarde sirviendo las comidas. Mi padre tenía razón y hoy está hasta los topes, por lo que apenas tenemos un respiro, pero eso es bueno para mí, pues ese ajetreo me ayuda a centrarme, a pesar de que no dejo de buscarlo por el rabillo del ojo, esperando verlo llegar en cualquier momento, esperando encontrarme con su abrumadora mirada, esperando lo que no sucede y, cuando el último de los clientes se levanta, me siento en una de las sillas completamente hecha polvo, descalzándome y cerrando los ojos. No ha venido. «Mejor», me digo engañándome a mí misma, sabiendo que no es eso lo que quiero en realidad.

Tras despedirme de mi padre y de los chicos, llego a la zona del aparcamiento, donde lo veo sentado a horcajadas sobre su moto, mirándome descaradamente mientras la suave brisa lleva consigo la fragancia de los pinos.

—¿Te vienes a dar una vuelta conmigo?

Siento cómo mi cuerpo se contrae dulcemente, cómo mi respiración se acelera y cómo mi corazón empieza a latir a un ritmo frenético dentro de mí, y me vuelvo para asegurarme de que está hablando conmigo.

—¿Me lo dices a mí? —formulo con timidez, al comprobar que no hay nadie detrás de mí.

—¿Ves a alguien más por aquí? —suelta burlón.

—No... —murmuro sonrojándome.

—Entonces, ¿qué dices...?, ¿te vienes?

—¿No le importará a tu... novia? —le pregunto titubeante llegando hasta él, recordando a la mujer de ayer.

—Nena, yo no tengo novia —me asegura sin quitarme su mirada descarada de encima.

—¿Y esa chica a la que besaste? —replico extrañada.

—Sólo es una amiga —me responde con sequedad.

—Ah... vale —murmuro sintiéndome intimidada por su mirada, sin saber qué decir y deteniendo la mía sobre el minúsculo asiento de su moto.

—¿Qué sucede? —me pregunta con una media sonrisa.

—¿Tengo que sentarme ahí? —inquiero enarcando una ceja.

—Y cogerte bien fuerte a mí, si no quieres dar con tu precioso culo en el suelo. Venga, sube de una vez.

Sin poder creer que vaya a hacerlo, me monto intentando no mostrar más de la cuenta. «¿Por qué no me habré puesto pantalones?», me recrimino llevando mis manos tímidamente a su cintura, para pasar a sujetarlo con todas mis fuerzas cuando le da gas con toda su mala leche.

—Te lo he dicho: sujétate bien si no quieres terminar en el suelo. ¿Lista? —me pregunta con complicidad.

—Lista —contesto sonriendo, aferrada a su cintura con firmeza.

Sale disparado del estacionamiento, conmigo pegada a su cuerpo, y, a pesar de lo rápido que conduce y de que voy sentada sobre un minúsculo asiento, inexplicablemente, hacía tiempo que no me sentía tan segura y tan feliz.

Capítulo 5

Noto sus duros abdominales, cubiertos únicamente por la fina tela de la camiseta, bajo la palma de mis manos y durante unos segundos cierro los ojos, sintiendo el viento azotando nuestros cuerpos mientras volamos por la carretera, dejando a nuestras espaldas los muros de piedra que protegen las cosechas del fuerte viento en los meses invernales y los fragantes bosques de pino para llegar a un terreno llano y de desoladora belleza.

Sé hacia dónde se dirige, al faro Cap de Barbaria, otro de mis lugares favoritos en la isla, y sonrío mientras llegamos hasta él a través del largo y estrecho camino, con el faro al final del mismo alzándose imponente y majestuoso en medio de la nada, sobre un acantilado de cien metros de altura, conmigo aferrada al acantilado de su cuerpo.

Detiene la moto frente a él y me bajo de ella sin saber muy bien qué decir o hacer.

—¿Has venido más veces aquí? —le pregunto en un intento por entablar conversación.

—Varias —responde apeándose él también, imponiéndome nuevamente con su altura y su cuerpo.

—Las puestas de sol son impresionantes; la luz se refleja en el cielo y en el mar de una manera especial, como en ningún otro sitio —musito mirando hacia el horizonte.

—Por lo que veo, tú también has venido en más de una ocasión.

—Soy isleña, sería raro que no lo hubiera hecho.

—Perdone usted, señorita isleña —me responde socarrón empezando a andar—. Entonces, doy por hecho que conoces la cova foradada.

—¿Has bajado alguna vez? —le pregunto, acelerando el ritmo de mis pasos hasta ponerme a su altura.

—No soy isleño, pero sí, lo he hecho —contesta guiñándome un ojo.

—Perdone usted —replico sonriendo ampliamente.

Baja él primero y, cuando voy a hacerlo yo, me sorprende al cogerme por la cintura para ayudarme. El contacto de sus manos sobre mi cuerpo me excita; siento el calor expandirse a lo largo de toda mi columna vertebral y poso las

mías sobre sus hombros sin despegar mi mirada de la suya mientras me deposita con cuidado en el suelo, pegándome a su cuerpo. No hablamos, incapaces de articular palabra, mientras el ambiente se vuelve denso y electrizante a nuestro alrededor, y nuestras respiraciones aceleradas se fusionan entre ellas.

Lo deseo, quiero sentir el contacto de sus labios sobre los míos, enredar mi lengua con la suya y sentir sus manos por todo mi cuerpo, tanto, que temo ahogarme con mis anhelos, pero todo se desvanece cuando me suelta, alejándose de mí para dirigirse a la salida de la cueva, dejándome temblando en la entrada de la misma... cada uno en un extremo.

Veó su silueta recortada por la luz y lo admiro en silencio mientras sale de ella, y dejándome arrastrar por esa corriente cálida que nos mantiene unidos, llego hasta donde se encuentra él sentado, con la espada apoyada en las rocas del acantilado y con el amplio mar frente a nosotros.

—Da un poco de vértigo, ¿no crees? —murmuro sentándome a su lado, pegándome a su cuerpo.

—Estoy acostumbrado a esa sensación.

—¿Tienes vértigo?

—No, me refería a estar al borde del precipicio —declara enigmático.

—Ah... —articulo sintiéndome tonta perdida. «¿Y ahora qué le digo?», me pregunto mirando hacia el horizonte de la misma forma en que lo está haciendo él—. Yo sí que tengo vértigo —le confieso finalmente—; la verdad es que es la primera vez que me siento aquí.

—Entonces, ¿le estoy mostrando algo nuevo a una isleña? —me pica divertido, con una sonrisa burlona.

—Ya sabes, la suerte del principiante —respondo guiñándole un ojo.

—Eso es lo que tú te crees, listilla. Estoy seguro de que sería capaz de sorprenderte de nuevo.

—Gael, conozco cada palmo de esta isla; a este mismo lugar he venido cientos de veces. Simplemente nunca he sentido la necesidad de salir de la cueva.

—En ese caso, te estabas perdiendo lo mejor, nena —me asegura con voz profunda.

—Puede, pero siempre me ha dado pavor y desde dentro se ve lo mismo.

—Pero no se siente igual —me rebate—. Y, ahora, ¿no te da miedo estar sentada aquí? —inquire mirándome con intensidad.

—Un poco, pero, si tiene que caerse alguien, serás tú quien lo haga primero —digo con una amplia sonrisa, pues es él quien está ubicado en el extremo de la roca.

—¡Vaya! Gracias —me responde con una sonora carcajada a la que me uno.

Tras esos momentos de risas cómplices, nos sumimos en un cómodo silencio, mientras, aterrorizada, observo cómo llegan varios turistas, temerarios hasta decir basta, intentando conseguir una buena foto, e instintivamente me pego a su cuerpo, sintiéndome segura a su lado.

—Me juego el cuello a que nunca has llegado hasta esa roca, ¿verdad? —me plantea sonriendo, observando como yo a los chavales que están haciéndose una foto con el vacío a sus pies.

—Ni muerta —sentencio sudando tan sólo de imaginarlo—; lo de hoy ya ha sido todo un éxito.

—Y porque yo me caería primero —me recuerda sonriendo.

—Eso por supuesto —afirmo con una carcajada.

—¿Sabes? Aun así, me gusta que lo hayas hecho —murmura mirándome de nuevo con esa intensidad que me roba el aliento.

—¿Vas a quedarte mucho tiempo en la isla? —pregunto con timidez.

—No lo sé, no suelo hacer planes —responde con el ceño fruncido, tensando su cuerpo.

—¿Vives sin planes? —musito extrañada.

—Exacto, simplemente vivo el momento.

—Yo no sé si podría hacerlo.

—¿Por qué? —me plantea, clavando sus intensos ojos azules sobre los míos.

—No lo sé, supongo que me gusta planificar mi vida.

—¿De verdad? ¿Y cómo te ves dentro de unos años?

—Trabajando, con pareja y a lo mejor con niños; no sé, lo típico —suelto encogiéndome de hombros.

—Lo típico es una mierda —masculla mirando de nuevo al frente.

—Y tú... ¿cómo te ves dentro de unos años?

—Buena pregunta; si me ves entonces, pregúntamelo y te contestaré.

—Buena respuesta —susurro centrando mi atención en el horizonte también.

—¿Nos vamos? Tengo cosas que hacer.

—Claro —murmuro levantándome, con una sensación extraña en mi interior, pues no sé si está librándose de mí o si, como me ha dicho, tiene cosas que hacer. De todas formas, poco importa, ni muerta voy a preguntárselo, y sin esperarlo me encamino hacia el interior de la cueva.

Siento el tacto cálido de su mano sobre mi brazo, firme y decidido, y me doy media vuelta hasta quedar frente a él; la luz en su espalda me impide ver su rostro con claridad y, aun así, detengo mi mirada sobre sus labios, envueltos en las sombras.

—Lo he pasado muy bien —me dice como si hubiera leído mis pensamientos.

—Yo también —susurro sin poder apartar la vista de sus labios, sintiendo de nuevo el ambiente electrizante a nuestro alrededor mientras los últimos turistas abandonan la cueva, dejándonos a solas.

—Posiblemente no debería hacer esto —murmura pegándome a su cuerpo.

—¿El qué? —demando con un hilo de voz, sabiendo de sobra a qué se refiere.

—Esto —masculla antes de unir sus labios a los míos.

Y es entonces cuando me estrello en su firme pecho como lo hace el agua contra las rocas del acantilado a nuestros pies, con mi lengua saliendo al encuentro de la suya, acercándome más a su cuerpo, sintiendo cada parte del suyo y deseando fundirme en él. Sus manos recorren el mío con propiedad, marcándome a su paso, mientras yo sólo puedo aferrarme a su cuello, como si de mi tabla de salvación se tratara, mientras lucho por no ahogarme con las miles de sensaciones que está provocándome con sus labios lascivos y sus manos descaradas, y me dejo arrastrar por la corriente cálida que me une inexplicablemente a él. Siento el calor recorrer mi cuerpo con virulencia y un débil gemido escapa de mis labios cuando percibo su potente erección cerca de mi sexo.

—Joder, nena, te follaría ahora mismo contra esa pared, si pudiera —masculla con la voz entrecortada, sin separar apenas sus labios de los míos, y tengo que aferrarme a la poca cordura que me queda para no pedirle que lo haga —. Vámonos —me dice separándose de mí y llevándome hasta la salida de la cueva cogida fuertemente de su mano.

—¿Por qué no puedes hacerlo? —le pregunto finalmente deteniéndome en seco, dejándome arrastrar por mis deseos y sorprendiéndome a mí misma por mi descaro.

Se gira y su mirada me eriza, humedeciendo mi sexo y acelerando mi respiración, pero no me contesta y, dándose media vuelta de nuevo, se dirige a la salida de la cueva.

Salgo de ella ayudada por él, con el recuerdo de su cuerpo adherido al mío y el sabor de su boca en la mía, y debo respirar profundamente varias veces para calmarme mientras veo cómo sale de la cueva, increíble, magnífico e imponente.

Me coge de la mano otra vez, sorprendiéndome, y en silencio y sintiendo la fuerza que emana de él, llegamos hasta donde tiene aparcada la moto.

—Toma, ponte el casco —me ordena tendiéndomelo.

Obedezco en silencio, aún excitada, admirando la fluidez de sus movimientos, su elegancia innata, su masculinidad, el magnetismo que desprende sin pretenderlo, y obligándome a despegar la mirada de su cuerpo me subo a su moto para aferrarme a su cintura con fuerza, deseando no soltarme jamás.

Arranca y sale disparado a través del largo camino, dejando el faro y el vasto paisaje a nuestras espaldas, con el viento azotando de nuevo nuestros cuerpos. «Ojalá pudiera detener el tiempo y volar eternamente aferrada a su cintura», pienso mientras veo aparecer los primeros muros de piedra y los bosques de pinos, señal inequívoca de que mi tiempo con él está a punto de finalizar.

Llegamos hasta donde está aparcada mi Vespa y, tras detener la suya, me bajo con reticencia, echando de menos, casi inmediatamente, el contacto de su cuerpo.

—¿Volveré a verte? —le pregunto con timidez, aferrando el casco entre mis manos, mientras él se quita el suyo, que deja con cuidado en el suelo, e imito su gesto para luego acercarme a él.

—Puede ser —susurra mirándome fijamente, acercándose a su cuerpo con seguridad, casi pegándose a él.

—Sin planes —murmuro uniendo mi frente a la suya, sintiendo su dulce aliento sobre mi rostro.

—Exacto, nena —me dice antes de unir sus labios a los míos—, y sin preguntas.

—¿Cómo? —planteo extrañada, separándome ligeramente de él.

—Lo que has oído, sin planes ni preguntas —musita acercándose más a él—. ¿Crees que podrás hacerlo?

—Sí —afirmo rozando sus labios con los míos, capaz de vender mi alma al diablo si él me lo pidiera.

Su beso, lento y tortuoso, tiene una repercusión directa en mi cuerpo, y durante unos segundos valoro sentarme a horcajadas sobre su moto de la misma forma en que está sentado él, frente a frente, pero lo descarto tan rápidamente como lo pienso. «Soy una cortada», me fustigo antes de dejar de pensar, pues tengo su mano en mi cintura aferrando mi vestido, levantándolo ligeramente, y llevo las mías a su pelo, enterrando mis dedos en su fino cabello, pegándome tanto a él como me es posible, intensificando el beso, que ha dejado de ser lento y tortuoso para ser caliente, lujurioso y obsceno, y gimo en su boca, sintiendo mi sexo mojado y palpitante ante las muchas sensaciones que está provocándome con su lengua... y esta vez sí me subo a su moto, sin importarme quién pueda vernos ni montar un espectáculo, pues sólo deseo sentirlo de todas las formas posibles.

Coge mis piernas y las pone sobre las suyas, con nuestros sexos a escasos centímetros; estar tan cerca del suyo y no poder sentirlo es la peor de las torturas y muevo con suavidad las caderas en busca de fricción. Su jadeo en mi boca envía ráfagas de fuego por toda mi anatomía y lo beso con rudeza, sin importarme hacerle daño. Sus manos en mis caderas me pegan más a su sexo y entonces perdemos la cordura en este parking rodeado de pinos; pasión, locura, desenfreno, calor, gemidos...

—Joder, nena, ¿pretendes volverme loco? Te juro que estoy a punto de perder el control —farfulla con las manos ancladas en mi trasero, pegándome más a él.

—Yo ya lo he perdido —musito moviéndome descaradamente sobre su sexo.

—Joder, estate quieta —balbucea sin soltarme—; tengo que irme —me anuncia haciendo acopio de todo su autocontrol, con la respiración tan entrecortada como lo está la mía.

—Vaya, casi montamos un espectáculo —murmuro viendo mi falda subida hasta la cintura.

Me sonrío con descaro y le devuelvo la sonrisa bajándome de su moto, ayudada por él, diciéndonos mil cosas con la mirada.

—Nos vemos —se despide guiñándome un ojo, tras lo cual se pone el casco y arranca, saliendo del aparcamiento como llevado por el diablo.

Miro a mi alrededor; por suerte, e inexplicablemente, no hay nadie... «¡Dios mío! Pero ¿qué me ha pasado? ¿Y si me hubiera visto mi padre? ¿Y si me ha visto alguien que nos conoce y se lo cuenta? Pero ¿cómo se me ha podido ir tanto la cabeza? —me martirizo mientras me pongo el casco y me dirijo a mi

Vespa a toda velocidad—. Como mi padre se entere, va a caerme una bien gorda», me fustigo de nuevo, saliendo disparada del parking hacia Caló des Mort, donde espero que todavía estén mis amigos.

Capítulo 6

Durante el trayecto consigo recuperar finalmente el control de mi cuerpo y, cuando detengo mi moto, miro con alivio mi rostro en el espejo retrovisor; la lujuria de mi mirada ha desaparecido, ya no tengo la cara arrebolada ni los labios hinchados por sus besos y, tras dejar el casco bajo el sillín, me encamino en busca de mis amigos.

Esta cala es otra de nuestras preferidas, ya no sólo por su belleza, sino por el trayecto que debes recorrer hasta llegar a ella, un sendero descendente repleto de raíces que te obliga a no despegar la mirada del suelo si no quieres terminar enredándote con una de ellas, a pesar de que el paisaje abrumador te pide no dejar de admirarlo: el azul del cielo fundiéndose con el turquesa del mar en contraste con el verde de los árboles y el blanco de la fina arena que te lleva hasta la cala, y es allí, desde lo alto, cuando los diviso; a Pablo, Mario, Jimena y Paloma.

Junto a ellos veo la puesta de sol apoyada en el hombro de Paloma, sin dejar de pensar en él, con la sensación de sus labios sobre los míos y la de sus manos recorriendo mi cuerpo todavía latente en mi interior.

—¿Nos vamos, Jimena? —pregunta Paloma, que va en la misma Vespa que ella.

—Yo sí, estoy muerta —respondo anticipándome a mi amiga.

—De acuerdo, vámonos —responde ésta levantándose e imitándome.

—¿Un día duro en el restaurante? —me pregunta Mario.

—En estas fechas lo raro es que no lo sea.

—Mario, ¿quieres que cenemos por ahí? —le propone Pablo.

No me ha dirigido ni una sola vez la palabra y finjo no haberme percatado de ello, a pesar de lo que me entristece ese hecho.

—Perfecto, tío. Me apetece mogollón una hamburguesa, ¿nos tomamos una en el Blue?

—Cojonudo, ¿seguro que queréis iros a casa, chicas?

—Segurísimo —me reafirmo empezando a subir los escalones cogida a la barandilla de goma. Lo que menos me apetece en este momento es cenar con él.

—¿Y vosotras?

—También —secunda Paloma—. Jimena, si te apetece ir, te llevo.

—No, tía, estoy muerta; ni siquiera sé si cenaré, creo que voy a ducharme y acostarme.

—¡Qué dura es la vida en esta isla! —bromeo entre risas mientras desando el camino y llego, seguida por mis amigos, hasta donde están estacionadas nuestras motocicletas; allí nos despedimos para emprender cada uno un camino distinto.

Cuando llego a casa de mi padre él todavía no lo ha hecho y, tras darme una buena ducha que me deja como nueva, me preparo una cena ligera que me tomo en la terraza acompañada por el sonido de las olas al romper en la orilla, y por su recuerdo... el recuerdo de ese hombre que se ha adueñado de mi voluntad sin saberlo, y, cuando me acuesto, lo hago con una sonrisa en la cara.

Despierto con los sonidos provenientes de la cocina; ayer no oí llegar a mi padre y quiero verlo antes de que se marche de nuevo a trabajar, así que, rebosante de energía, me levanto feliz sin dejar de pensar en él, deseando verlo pronto.

—¡Buenos días, papá! —lo saludo con una radiante sonrisa y un beso.

—¡Buenos días, hija! ¿Y esa sonrisa?

—¿No puedo sonreírle a mi querido padre? —le pregunto a mi vez sin poder dejar de hacerlo.

—¡Por supuesto! Pero, no sé por qué, creo que esa sonrisa tiene más relación con un chico que con tu querido padre.

—No empieces, papá... ¿Huelo a café? —cambio de tema yendo directa a la cafetera, atraída por el olor a café recién hecho.

—¿Nos ayudas hoy? Necesito muchas manos —medio suplica sin contestar a mi pregunta, mesándose el cabello y con cara de estar agotado.

—Claro que sí, cuenta conmigo —acepto llenando mi taza—. Ayer llegaste tarde, ¿verdad? —añado dando luego un sorbo.

—Estos meses son siempre una locura. Tengo que irme, nos vemos luego, ¿vale? —me dice dándome un beso y saliendo de la cocina.

Termino de desayunar y, una vez lista, me dirijo a El Capitán para ayudar en todo lo que pueda. No me gusta ver a mi padre tan agobiado y prefiero echarle un cable; además, me encanta trabajar aquí, es tan suyo que, haciéndolo, siento que formo parte de su mundo, y, entre copas, aperitivos y más tarde comidas, pasan las horas con su recuerdo aligerando mi alma, llenándola de ilusiones y sueños.

Estoy acabando de tomar nota a una pareja de recién casados cuando lo veo aparecer acompañado por su amigo, tan seguro, tan arrogante... envuelto en ese halo de misterio que parece acompañarlo siempre, y siento cómo mi corazón da un vuelco en mi interior para, seguidamente, iniciar un ritmo frenético dentro de mí. «Está aquí...» Se me disparan los nervios, la emoción, la ilusión y también el temor a que mi padre pueda ver algo que lo lleve a creer que estamos juntos... o lo que sea que estemos.

Está en mi zona e, intentando simular una tranquilidad que no siento ni de lejos, me dirijo hasta su mesa frenando la tonta sonrisa que amenaza con partir mi cara en dos.

De nuevo está sentado donde el viento arrecia con fuerza, en la mesa que todos evitan precisamente por eso y que a él parece gustarle tanto.

—¡Hola chicos! ¡Aquí tenéis la carta! —les anuncio despreocupadamente, dejándola sobre la mesa, evitando su mirada y colocándome lo más alejada que puedo de él por miedo a que pueda hacer algo que nos delante frente a mi padre.

—Hola nena. ¿Comes con nosotros? —me propone atrapando finalmente mi mirada con la suya.

—No puedo, estoy trabajando —murmuro perdiéndome en ella durante unos segundos—; luego vengo a tomaros nota.

Y como una exhalación, me alejo de él hacia la cocina, sintiendo su mirada ardiente sobre mi espalda.

—¡Joder con el rubiaco ese! —exclama María mientras va llenando su bandeja.

—¿Qué rubiaco? —pregunto como si no supiera de sobra a quién se refiere.

—¿No lo preguntarás en serio, verdad? ¡Ese al que acabas de tomar nota! ¿Quién va a ser? ¡Venga ya, tía! Menos las palmeras, creo que nos hemos girado todos cuando ha llegado.

—No es la primera vez que viene por aquí, ¿a qué viene tanto alboroto? —musito con indiferencia.

—¿Qué pasa, que a un tío bueno sólo se lo mira una vez? Por mí podría hasta dormir aquí —me dice guiñándome un ojo antes de salir de la cocina.

—Y por mí —murmuro sonriendo finalmente, ahora que nadie puede verme.

Llego a su mesa aferrando con fuerza el bloc y el boli y me coloco de nuevo fuera de su alcance.

—¿Sabéis ya qué vais a tomar? —inquiero dirigiéndome a su compañero.

—Yo quiero el salmón con espárragos verdes —me contesta, y sin mirarlo le pregunto mientras voy tomando nota.

—¿Y tú?

—A ti —me dice mirándome con descaro, recostado en su silla y consiguiendo toda mi atención de repente.

—Yo no estoy en la carta —murmuro sonrojándome por momentos.

—Qué pena, aunque casi mejor, te quiero sólo para mí —añade con voz ronca ante las risotadas de su amigo.

«¡Mierda! ¡Mi padre va a darse cuenta!», maldigo mentalmente.

—Si no lo tienes claro, vuelvo en unos minutos —suelto alzando el mentón con orgullo, empezando a cabrearme con él y con su amigo.

—Tomaré lo mismo que éste —me responde con una dura sonrisa.

Tras fulminarlo con la mirada, me dirijo directa a la cocina.

—¿Te estaban molestando? —quiere saber mi padre entrando tras de mí.

—¿Quiénes? —inquiero con indiferencia y maldiciendo mentalmente de nuevo.

—Gael y su amigo.

—No, papá.

—¿Y cómo sabes que se llama Gael? —suelta cogiéndome del brazo.

«¡Mierdaaaa!»

—Porque su amigo lo ha llamado así delante de mí, pero ¿qué te pasa, papá? —exclamo frunciendo el ceño—. Si quieres, los atiendes tú, pero no te pongas en plan protector ahora.

—No me pongo, lo soy —sisea entre dientes.

—Y yo estoy trabajando, ¿quieres dejarlo?

—No quiero verte tonteando con ese tío; te lo advertí el primer día que llegaste, ¿o ya no lo recuerdas?

—Como para no hacerlo... —murmuro llenando de nuevo la bandeja con la jarra de vino, las aceitunas, el pan y el *all i oli*—. ¿Quieres llevárselo tú? Por mí no hay problema —le digo retándolo.

—Como te vea tonteando con ése, te falta isla para correr.

—Déjalo ya, ¿quieres? Venga, papá, que no tengo ocho años —murmuro entre divertida y harta.

—Lo digo en serio, Luna —masculla con el ceño fruncido.

—Y yo también; como te pongas pesado, me largo a casa. —Dicho esto, y cargada con mi bandeja, salgo de la cocina.

Llego a su mesa sintiendo la mirada furiosa de mi padre sobre mí, y con una sonrisa forzada coloco sobre la mesa las aceitunas, el pan, el vino y el *all i oli*, pero entonces es otra mirada la que termina de fulminarme... la suya...

—¡Aquí tenéis, chicos! —farfullo intimidada, deseando alejarme cuanto antes de él.

—A las seis y media te espero en el parking —me ordena cabreado, entrecerrando los ojos, con su magnífico cuerpo en tensión.

—En unos minutos os traigo la comida —anuncio en un hilo de voz, sin contestarle y saliendo disparada otra vez.

Sirvo comidas, bebidas y retiro platos con su furiosa mirada sobre mí y la de mi padre, que nos mira aún más cabreado, tensándome de tal forma que creo que voy a partirme por la mitad en cualquier momento. Sólo cuando se marcha consigo relajarme y respirar aliviada.

—Papá, no puedes encerrarme en una urna de cristal —le recrimino sentándome un instante en un taburete, cansada física y mentalmente.

—No sé a qué te refieres —me responde sin dejar de trabajar.

—¡Claro que lo sabes!

—¿Y puedes aclararme por qué no dejaba de mirarte?

—¿Quién? —murmuro sintiendo la boca seca.

—Gael —sisea entre dientes apoyándose en la barra, a escasos centímetros de mí.

—No tengo ni idea, pero, si tanta curiosidad tienes, cuando lo veas se lo preguntas —suelto cabreada—. Papá, tengo veintitrés años, deja de tratarme como si fuera una cría.

—Eres mi cría, ¿está claro? No quiero verte cerca de ese tío, no lo olvides.

—¡Ay, Dios, dame paciencia! —murmuro levantándome, dispuesta a seguir con el segundo turno de comidas.

Sólo a las siete consigo ser libre de nuevo y, casi arrastrándome, llego hasta el aparcamiento, donde lo veo con los brazos cruzados apoyado en uno de los troncos, pero ignorándolo me dirijo a mi Vespa, todavía muy mosqueada con él.

—¿Adónde vas? —masculla entre dientes, llegando hasta mí y cogiéndome del brazo.

—¿Dónde te has dejado a tu amigo? —le pregunto achinando los ojos.

—¿Para qué quieres a mi amigo? —me formula tensando su cuerpo.

—Para que te ría las gracias —siseo mirándolo fijamente—. Déjame, estoy cansada.

—¿Te has cabreado por eso? —me pregunta, de repente divertido.

—¿Y a ti qué te importa? —respondo sintiéndome infantil y un poco tonta, todo sea dicho.

—Ha sido una broma, perdona si te ha molestado —me dice pegándose a su cuerpo—, pero es la verdad: si estuvieras en la carta, te pediría a ti —murmura con la mirada oscurecida por el deseo.

—Mientras no tenga a tu amigo al lado descojonándose, no me importa que lo hagas —le respondo con una tímida sonrisa, olvidando de pronto mi enfado.

Me adhiero a su cuerpo, duro como la roca del acantilado, sintiendo la calidez que emana de él y perdiéndome en la intensidad de su increíble mirada, con nuestros alientos entrecortados fundiéndose, y deslizo despacio la mirada por sus labios entreabriendo los míos, deseándolo con todas mis fuerzas... y cerrando los ojos me pongo de puntillas para acercarme más a su boca.

—Tengo que irme —murmura antes de que mis labios rocen los suyos, separándose de mí.

—¿Cómo? —farfullo abriendo los ojos y volviendo a la realidad de este parking.

—Lo que has oído, tengo cosas que hacer —me comenta con indiferencia llegando hasta su moto.

—¡Venga ya! —exclamo sin poder creerlo—. ¿Y para qué has venido? —me quejo alzando la voz.

Lo veo girarse y dedicarme su media sonrisa de canalla más auténtica, esa que me tiene enganchada, y, tras guiñarme un ojo y subir a su moto, se aleja de mí dejando una nube de polvo a sus espaldas y a mí, noqueada en medio del estacionamiento sin poder creer que se haya largado sin darme ni siquiera un mísero beso.

Llego a mi casa todavía alucinada. «¡Será idiota!», mascullo cogiendo mi teléfono. Averiguo que mis amigos están en la playa Migjorn y, olvidando mi cansancio y sin pensarlo dos veces, me pongo el biquini, cojo el capazo que lleno con una toalla, una botella de agua, algo para picotear y todos mis indispensables, y me dirijo hacia allí, necesitando estar con ellos para poder olvidarme de él, aunque, la verdad, dudo de que lo consiga.

Capítulo 7

Paso el resto de la tarde en la playa con mis amigos y, aunque intento divertirme, la verdad es que es él quien domina todos de mis pensamientos... «¿Dónde estará?, ¿con quién?, ¿qué estará haciendo?», me martirizo una y mil veces, haciendo dibujos en la arena que curiosamente siempre terminan siendo una G enlazada con una L.

—¿Se lo has contado? —oigo cómo Mario le pregunta a Pablo en voz baja, mientras vemos la puesta de sol tumbados sobre la fina arena.

—No —contesta cortante Pablo, y agudizo el oído.

—Deberías hacerlo, ¿quieres que lo haga yo?

Tengo la mirada fija al frente, pero todos mis sentidos puestos en ellos. «¿De qué hablarán?», me pregunto intrigada mientras mis amigas no dejan de parlotear entre ellas, pero, a pesar de que me esfuerzo, no consigo oír su contestación.

Hace unos meses se lo hubiera preguntado directamente a Pablo sin rodeos y con total confianza, pero las cosas han cambiado tanto entre nosotros este verano que siento que ante mí tengo a un completo desconocido.

—Tengo que irme —murmuro con tristeza mirándolo de reojo.

—Vamos a ir a cenar al Fleppy —me informa Paloma—, ¿no te apuntas?

—No puedo, esta noche cena mi abuela en casa —les explico mientras sacudo la arena de la toalla y la meto en el capazo—. Nos vemos, chicos. —Sintiendo su mirada sobre mí, abandono la playa hacia donde tengo aparcada mi Vespa, obligándome a dejar en ella la decepción y la tristeza, negándome a martirizarme con esos sentimientos que son nuevos entre nosotros.

Cuando llego a casa, mi abuela ya está en ella ayudando a mi padre con la cena y aspiro el delicioso olor de la comida recién hecha.

—*Güela*, ¿ya estás cocinando? Venga, siéntate, ya termino yo —le pido dándole un beso.

—Hueles a sol y a sal —me dice sonriendo y acunando mi rostro con sus manos—. Ve a ducharte, anda.

—¿Me estás diciendo que huelo a pez? —suelto divertida, negándome a pensar más en Pablo.

—A sirena, más bien —responde mi padre—, a una sirena preciosa.

—¡Anda ya! —le digo entre risas dirigiéndome al baño.

Una vez allí me detengo frente al espejo para observarme detenidamente ¿Qué verá él en mí cuando me mira? Pese a mi metro setenta, parezco bajita a su lado, y mis ojos azules pierden intensidad si los comparo con los suyos; mi boca es demasiado voluptuosa para mi gusto en comparación con sus labios definidos y casi perfectos, y mi pelo no es rubio y fino como el suyo, sino castaño y rebelde con reflejos rojizos... «Mi cuerpo... mi cuerpo no está mal», me digo mirándome desde todos los ángulos; puede que no esté tan buena como él, pero es que, si lo estuviera, sería una supermodelo y está más que claro que no lo soy.

Tras mi análisis, me meto finalmente en la ducha bajo el chorro del agua, cerrando los ojos e intentando relajarme a pesar de que parece un imposible, pues mi mente vuela de Pablo a Gael y de nuevo a Pablo y en cómo ha cambiado nuestra relación desde que he vuelto a Formentera. Gael, sin pretenderlo, ha levantado un muro entre nosotros, pues, aunque esta tarde hemos estado ligeramente bien, existe una especie de corriente de fondo entre nosotros, como la que siento cuando él está cerca, sólo que la corriente que me une a Gael es cálida y la que ahora percibo con Pablo es fría, y ese hecho me entristece; que esté guardando las distancias conmigo es algo inusual y con lo que no me siento ni cómoda ni feliz.

Aclaro mi pelo eliminando hasta el último resto de mascarilla y salgo de la ducha envolviendo mi cuerpo con una mullida toalla mientras lo seco ligeramente. Después, tras ponerme un vestido color coral, me dirijo descalza a la cocina, donde la cena ya está casi lista.

—Esto huele que alimenta, *güela* —la felicito cogiendo una cuchara para comprobar si realmente sabe tan bien como creo.

—Gracias, hija. Venga, ayúdame a sacar platos a la terraza, que vamos a cenar allí.

—Mmmmmm... sí que está bueno —murmuro relamiéndome—. ¡Qué mano tienes para la cocina, *güela*!

—Todo es cuestión de práctica y de poner el corazón en lo que se hace; no importa lo que sea que estés haciendo, el corazón es el que manda y, cuando las cosas se hacen guiadas por él, siempre salen bien. No lo olvides, cariño, deja que él sea tu guía.

—No lo olvidaré —afirmo pensando seriamente en sus palabras.

—Anda, saca esos platos —me pide—; ahora voy yo.

Llego a la terraza cargada con ellos y, tras dejarlos sobre la mesa iluminada por dos grandes velones, me siento al lado de mi padre, con las palabras de mi abuela aún resonando en mi cabeza.

—Tu madre es una mujer muy sabia —le comento cogiendo una aceituna y aspirando el aroma a salitre que llega hasta la terraza.

—Siempre lo ha sido —me dice medio sonriendo—. ¿Qué tal la tarde? ¿Dónde has estado?

—Con los chicos en la playa.

Lo veo asentir, pero no me contesta, sumido en sus pensamientos.

—¿Y Pablo? ¿Qué tal estás con él?

—Como siempre, papá. Pablo es un buen amigo.

—En otros tiempos fue algo más que un buen amigo.

—Esos tiempos pasaron, papá.

—Me gustaba verte con él, todavía sigue gustándome.

—Papá, no tiene que gustarte a ti, tiene que gustarme a mí —replico un poco cansada.

—Un padre siempre quiere lo mejor para su hija —prosigue insistente.

—Papá, no empieces —lo regaño mirando hacia el horizonte.

—No lo hago; el día que empiece, te darás cuenta —suelta sonriendo.

—Pero ¿acaso no lo estabas haciendo ya? ¡Madre mía, ese día puedo cortarme las venas!

—¿Por qué ibas a hacer eso? —me pregunta mi abuela cargada con la fuente de la cena.

—Ponla aquí, *güela* —le indico haciéndole un hueco en la mesa—. Nada, tu hijo, que está intentando hacer de casamentero.

—Solamente le estoy dando un consejo de padre.

—¿Y qué consejo es ése, si puede saberse? —se interesa sentándose frente a mí.

—A papá le gustaría que volviera con Pablo; básicamente es eso, ¿verdad?

Mi abuela no responde, pero sonrío guardando silencio, tal y como siempre hace cuando tiene algo que decir.

—Suéltelo madre, está deseando hacerlo —le pide mi padre negando con la cabeza.

—El destino de Luna no es Pablo, hijo, y tú deberías saberlo.

—¿Ah, no? —inquiero casi atragantándome con el agua que estaba bebiendo—. ¿Y cómo lo sabes?

—La edad nos muestra las cosas que vosotros, por vuestra juventud, sois incapaces de ver. Tu corazón no vuela cuando lo ves, ni tus ojos brillan cuando lo tienes cerca, y, aunque en el pasado sucedió, ni entonces teníais futuro —me contesta enigmática.

—Madre... —le dice mi padre en un tono de advertencia que no me pasa desapercibido.

—¿Qué pasa, papá? ¿Por qué le hablas así?

—Porque eso nadie puede saberlo. ¿Quién sabe lo que sucederá?

—Sucedirá lo que tenga que suceder, aunque a ti no te guste —declara, de nuevo enigmática.

—¿Por qué dices eso?

—Porque los deseos de los padres no tienen por qué coincidir con los de los hijos —sentencia mirando a mi padre y apretando sus finos labios—. A tu padre le gusta Pablo porque es como él, pero él no es para ti y, si se detiene y escucha su corazón, lo sabrá. El corazón nos dice lo que la cabeza no quiere oír. Escucha el tuyo y serás feliz.

—Lo haré, *güela* —murmuro pensando en Gael.

Durante la cena hablamos de todo. Mi abuela es una mujer muy inteligente, con la que puedes conversar sobre cualquier cosa, y entrelazamos unos temas con otros. Tras dos cafés, y mientras mi padre se fuma un cigarro en silencio, me ofrezco a acompañarla a casa dando un paseo, pues vive muy cerca de aquí.

—Papá, acuéstate si quieres. Voy a ir un rato a la playa cuando deje a la *güela*.

—¿Quieres que te acompañe? —me pregunta desperezándose.

—No hace falta; estás cansado y no voy a ir lejos. Además, hoy brillo con fuerza —le digo bromeando, refiriéndome a la luna resplandeciente que tenemos esta noche.

Tras dejar a mi abuela en su casa, me dirijo a la playa con sus palabras resonando en mi cabeza mientras el agua moja mis pies y la luna se refleja en ella. «¿Lo correcto y lo que deseo pueden ir juntos de la mano?», me demando mientras a lo lejos diviso un reflejo rojizo que nada tiene que ver con la luna. «¿Qué será eso?» Muerta de curiosidad, dirijo mis pasos hacia allí, hacia las rocas, donde compruebo que el reflejo que he visto a lo lejos son las llamas de una hoguera y, entonces, mi corazón se sacude con fuerza hasta llegar a mi garganta.

Cerca del fuego está él, vestido únicamente con unos vaqueros rasgados; sostiene en su mano un botellín de cerveza, con las llamas iluminando su magnífico cuerpo, pero eso son solamente los datos a los que mi cabeza bloqueada da prioridad frente a la escena que está desarrollándose delante de mis ojos.

La mujer a la que yo creí su novia está de rodillas completamente desnuda, siendo follada, porque ésa es la palabra exacta, por un hombre, creo que uno de sus amigos, mientras otro la penetra por detrás, sus movimientos sincronizados me dejan sin habla y casi jadeo con ellos mientras lentamente deslizo mi mirada hacia la siguiente mujer, que se encuentra acostada en el suelo besando apasionadamente a otra mientras un hombre chupa su sexo a conciencia. «¡¡¡Dios mío!!! Pero ¿esto qué es?», me pregunto excitándome y sin poder apartar la vista de todos ellos, mientras el viento juega con el fuego moviendo las llamas a su antojo y las olas rompen con fuerza en la orilla. Y es entonces, rodeada por los elementos y los sentimientos más primitivos de las personas, cuando nuestras miradas se encuentran de nuevo.

—¿Qué haces aquí? —me espeta con el rostro tenso llegando hasta mí.

—Vi el reflejo de la hoguera y...

—Tenías que venir a ver qué era, ¿verdad? —masculla terminando la frase por mí—. Vete de aquí, Luna, esto no es para ti —me ordena cogiéndome del brazo y alejándose de todos ellos.

—Gael, ¿qué haces? ¡Coño, trae a esa muñeca aquí!, pero que se quite ese vestido, que quiero ver esas pedazo tetas —interviene uno de los tipos.

—¡Que te den, joder! ¡Ella no va a participar! Vámonos —me exige casi arrastrándome.

—¡Gael, no te vayas! —le pide la mujer—, esto es muy aburrido si tú no estás.

—Luego —masculla sin dejar de tirar de mí e impidiéndome que vea más.

—¿Luego? ¿Vas a participar en... en... eso? —le pregunto tan escandalizada como excitada. ¡Por favor, si ni siquiera sé cómo llamarlo!

—Por supuesto, ¿qué pensabas, Luna? —me espeta deteniéndose y haciéndome sentir infantil e inexperta.

—No... no lo sé —contesto finalmente.

—Deberías irte —me aconseja no sin antes detener su mirada en mis pezones erectos—. ¿Te has excitado? —me pregunta con voz ronca, rozándolos en una caricia que tiene una repercusión directa en mi sexo.

—Sí —reconozco en un hilo de voz sin detener sus caricias, sintiendo el deseo instalarse en mi vientre, tirando de él.

—¿Te gustaría participar? —me propone con la voz acerada y el ceño fruncido.

—¿Te gustaría que lo hiciera? —replico sin poder creer lo que acabo de preguntar.

—No —me dice con rotundidad atrapando mi mirada.

—¿Por qué?

—Porque no.

—Eso no es una respuesta —le rebato incapaz de alejar mi mirada de la suya, que refulge como las llamas de la hoguera.

—Para mí sí lo es.

Siento cómo la suave brisa acaricia mi cuerpo, enroscándose en torno a él como está haciendo el deseo que tira de nosotros mientras nuestras miradas permanecen unidas, y me muerdo el labio inferior mientras el ambiente se vuelve electrizante a nuestro alrededor y, entonces, me dejo llevar por mi corazón y mis deseos, posiblemente no de la forma que le gustaría a mi abuela, pero de la única forma en que sé hacerlo y, uniendo mi mano a la suya, soy yo quien tira esta vez de él hasta llevarlo a una zona rocosa iluminada únicamente por la luz de la luna.

Capítulo 8

—¿Qué hacemos aquí? —me pregunta con la voz contenida.

—Esta tarde querías comerme, ¿no es cierto? —le recuerdo en un susurro —. Ahora estoy en la carta, hazlo —murmuro abriendo la cremallera de mi vestido y llevando la iniciativa por primera vez en mi vida, sin importarme nada que no tenga que ver más allá de este pequeño círculo de arena y sal.

—Para —me pide llevando su mano a la mía y deteniéndome.

—¿Por qué? —inquiero acercándome más a él.

—Porque una vez estés desnuda, no voy a permitir que cambies de opinión.

No le contesto y me alejo unos centímetros de él sin despegar mi mirada de la suya, donde veo confusión y deseo, y lentamente acabo de bajar la cremallera del vestido, dejándolo caer hecho un ovillo a mis pies. No llevo sujetador, sólo unas pequeñas braguitas, y me acerco más a él, que está devorándome con los ojos.

—No tienes ni idea de lo que estás haciendo, nena—murmura con voz ronca.

—Ni tú —susurro pegando mi cuerpo al suyo, sintiendo al fin su piel junto a la mía y su aliento a escasos centímetros de mi boca, y respiro el aire que él exhala.

—Ya no hay vuelta atrás, ¿lo sabes, verdad? —me anuncia apretando su mandíbula.

—No quiero que la haya —musito llevando una mano tímidamente a su pecho desnudo, sintiendo los latidos de su corazón bajo mi palma.

Lo veo negar con la cabeza, como dándome por perdida, pero yo sólo deseo unir mis labios a los suyos y, grabando cada segundo en mi memoria, me acerco a ellos, a mi corriente cálida, sintiendo cómo la tierra tiembla bajo mis pies y mi mundo se desmorona a mi alrededor mientras sus manos, ancladas en mis caderas, me mantienen a salvo de todo.

Su lengua entra en mi boca con rudeza hasta encontrarse con la mía, tomando lo que ha sido suyo desde que nuestras miradas se toparon por primera vez, y un gemido ronco sale de mi garganta mientras llevo mis manos a su nuca,

a su suave pelo, y cierro los ojos mientras su boca engulle la mía y nuestras caderas se pegan en un intento por fusionarse el uno con el otro.

—Joder —masculla con voz entrecortada, llevando una mano al interior de mis braguitas hasta llegar a mi húmedo centro.

Siento mi cuerpo temblar, pues dentro del maremoto de emociones en el que me hallo sumida hay una que predomina sobre todas las demás y es la sensación de haber llegado a casa, a la verja del jardín que da acceso al hogar, y es entonces, con su boca unida a la mía y sus dedos enterrados en mi centro, cuando entiendo las palabras de mi abuela: Pablo no era para mí porque mi alma tenía ya a su mitad esperando, sólo tenía que encontrarla... y esa realidad me paraliza durante unos segundos, asustándome.

—¿Qué ocurre? —me pregunta alejando su mano de mi sexo—, ¿estás arrepintiéndote? —Y es su voz acerada la que me devuelve a la realidad.

—Jamás —susurro perdiéndome en sus ojos—, no dejes de tocarme.

—Por nada del mundo —murmura arrancándome las braguitas de un tirón y dejándome completamente desnuda ante él—. Estoy deseando averiguar si sabes tan bien como creo —me dice tumbándome sobre la fina arena y cubriéndome con su magnífico cuerpo.

Su boca vuelve a adueñarse de mis labios mientras una de sus manos aprisiona las mías y la otra viaja hasta mi sexo, que lo reclama palpitante.

—Estás empapada —me dice metiendo con rudeza dos de sus dedos.

El maremoto de emociones desencadenado dentro de mí llega a cotas máximas y gimo moviendo las caderas, sintiéndome libre en esta playa iluminada únicamente por la luna, guiada por él.

—Así, nena, siéntelo —me susurra, incrementando el ritmo de sus acometidas y llevando su boca a mis pechos, succionándolos y chupándolos sin dejar de embestirme con los dedos.

—Gael... —Su nombre suena a gloria en mi boca y me muevo deseando todo lo que pueda darme, completamente entregada a sus caricias.

—Luna —masculla bajando por mi cuerpo hasta llegar a mi sexo, enterrando su boca en él y haciéndome sentir que todo es posible.

Su experta boca se demora en él, haciéndome enloquecer; su lengua barre mi sexo de arriba abajo y me muevo sobre ella, deseando que me penetre, deseando sentirlo dentro de mí, deseando tantas cosas que creo que voy a morir ahogada por mis deseos, y enredo mis dedos en su pelo, pegándolo más a mí, sintiendo cómo mi cuerpo es arrastrado por el remolino de su boca, y me dejo ir en un orgasmo brutal que me deja temblando.

En silencio, veo cómo, tras incorporarse, saca del bolsillo trasero de su pantalón un preservativo y, tras deshacerse de la prenda con premura, queda completamente desnudo ante mí y le miro con admiración, porque, si vestido es todo un espectáculo para la vista, desnudo es colosal, un semental de pura raza, y mis ojos recorren con avidez su cuerpo mientras él se pone el condón rápidamente.

—Ven aquí, nena —me dice sentándose y tirando de mí—, méteme dentro de ti —murmura apretando la mandíbula y conteniéndose—, fóllame.

Su pene es enorme y, conteniendo la respiración, lo introduzco lentamente en mi interior, sintiendo cómo se adueña de mi cuerpo, haciéndolo suyo.

—Joder —masculla sujetándome por las caderas, terminando de encajarse dentro de mí sin dejar de mirarme, conectando conmigo cuerpo y alma.

Durante unos segundos permanecemos en silencio, incapaces de hablar, sin atrevernos a movernos, sólo sintiéndonos, con él dentro de mí, con sus manos en mis caderas anclándome a su cuerpo, con su frente sobre la mía marcándola y con nuestros alientos entrecortados fusionándose en uno solo.

—Muévete, nena, sácame de esta puta locura —me pide con la voz atormentada, apretándome a su sexo.

Y lo hago, hago lo que me pide, y me muevo sobre él y con él, con sus labios sobre los míos ahogando nuestros gemidos, con sus manos en mi cintura y las mías sobre su nuca, con nuestras miradas atrapadas, incapaces de alejarse la una de la otra.

—Así, joder, muévete —insiste jadeando, con su sexo palpitante dentro de mí.

Me muevo con más rapidez, dentro, fuera, dentro, fuera, necesitando sentirlo lo más cerca posible, deseando fundirme en él mientras el orgasmo se forma en mi interior arrastrándolo en la corriente de mi deseo, donde nos hundimos de puro placer con un gemido desgarrador que nos deja vibrando sobre la fina arena de esta playa, y cierro los ojos con las manos enredadas en su nuca, sintiendo cómo su corazón late frenético cerca del mío.

Su mano recorre despacio mi espalda y un escalofrío placentero recorre mi cuerpo.

—Abre los ojos, nena —me ordena atrapando mi mirada con la suya cuando consigo hacerlo—. ¿Estás bien?

Asiento incapaz de articular palabra, demasiado impresionada por lo que acabo de sentir.

—Tengo que irme —me anuncia con firmeza, haciéndome a un lado e incorporándose, liberándose luego del preservativo.

—¿Con ellas? —Y es el temor y los celos feroces a verlo con esas mujeres los que me dan la fuerza necesaria para levantarme y hacerle frente.

—Eso no te importa, Luna; esto que acaba de suceder entre nosotros sólo ha sido sexo, como lo que tengo con ellas —me contesta con dureza, empezando a vestirse—. Además, ya has tenido lo que andabas buscando —añade mirándome con seriedad.

De repente lo siento lejos; ya nada queda de la complicidad y la conexión que hemos sentido hace apenas unos minutos, pues a quien tengo frente a mí es a otro hombre, uno frío y carente de sentimientos.

—¿De verdad piensas eso? —le pregunto con dolor, todavía desnuda y con los rayos de la luna iluminando mi cuerpo.

—Querías follar conmigo y ya lo has hecho.

Lo miro atónita, deseando decirle cuánto se equivoca para seguidamente mandarlo a la mierda, pero siendo incapaz de abrir la boca, veo cómo, tras darse media vuelta, se aleja de mí convirtiéndose en una sombra difusa en medio de la noche.

Siento mi cuerpo empezar a temblar de rabia, de impotencia, de tristeza, de... anhelo. No quiero que se vaya, no quiero que haga con ellas lo que ha hecho conmigo, no quiero que borre mis besos con los de otra mujer, ni que olvide mi sabor con el de ellas, como tampoco quiero que otras manos borren mis huellas de su cuerpo, pero no voy a ir a impedirselo, no voy a correr tras él ni a suplicarle nada, y me visto con las lágrimas rodando por mis mejillas mientras veo mis braguitas destrozadas tiradas en la arena, de la misma forma en que siento mi corazón ahora dentro de mí.

Seco mis lágrimas con manos temblorosas y, tras recoger mi ropa interior del suelo, me dirijo a casa sin volver la vista atrás, sin entenderlo, anulando todos mis sentimientos y obligándome a tranquilizarme antes de encontrarme de nuevo con mi padre, por lo que ralentizo el paso volcando todos mis sentidos en cosas tan sencillas como sentir la fina arena bajo la planta de mis pies, la brisa fresca sobre mi cuerpo o escuchar el suave rumor del agua.

Entro sigilosamente en casa; por suerte mi padre ya se ha acostado y me dirijo al baño, donde me doy una larga ducha en la que borro sus besos y la sensación de sus manos sobre mi piel. Por desgracia eliminar lo que me ha hecho sentir es mucho más complicado y, con miles de sentimientos luchando por

abrirse paso en mi interior, me abandono a mis sueños mientras mi mente no deja de imaginarlo con esas mujeres, haciéndoles lo mismo que a mí, con la luz del fuego y la luna iluminando sus cuerpos.

Capítulo 9

Despierto con el potente rugido de una moto acercándose y me levanto de un salto directa a la puerta, donde me doy de bruces con mi padre mientras el sonido va perdiendo intensidad a medida que va alejándose.

—¿Puede saberse adónde vas con tanta prisa?

—Perdona, papá, no te había visto.

—Ya veo —me dice suspicaz—. ¿Desayunas conmigo?

—Claro, dos minutos y salgo —murmuro cerrando de nuevo la puerta de mi habitación, apoyándome en ella e inspirando profundamente.

«Pero, bueno, ¿estoy tonta o qué me pasa?, me reprendo, furiosa conmigo misma.

—¡Ni que estuviera desesperada! Además, ni muerta vuelvo a mirarlo a la cara, ¡pedazo cabrón! —mascullo dirigiéndome al baño, donde descargo toda mi furia en la mundana labor de lavarme los dientes.

Por fin veo las cosas con la perspectiva correcta: ayer tenía que haberlo abofeteado en lugar de quedarme plantada en medio de la playa como una idiota. «¡Cabronazo! Un buen bofetón es lo que tenía que haberle dado», me digo echándome agua fría en la cara con ímpetu.

Tras asearme y vestirme, salgo a la terraza, donde mi padre ya está esperándome con mi ansiado café.

—Hola de nuevo —murmuro aún enfadada conmigo misma, sentándome junto a él.

—Hola —contesta entre divertido y desconfiado—. Anoche no te oí cuando volviste a casa, ¿llegaste muy tarde?

—No, qué va —contesto rehuyendo su mirada.

—¿Va todo bien, Luna? —me pregunta mirándome fijamente.

—Claro que sí —le miento con una sonrisa forzada.

—Claro... qué preguntas hago —farfulla mirando hacia el mar.

—¿Necesitas que vaya a echaros una mano como ayer? —planteo en un intento de cambiar el rumbo de la conversación.

—Sabes que toda ayuda es bien recibida. ¿Te apetece venir?

—Por supuesto.

—Perfecto, allí te espero —me dice levantándose—. Tengo cosas que hacer; nos vemos luego, hija.

—Hasta luego, papá.

Tras terminarme el café, empleo el tiempo libre que tengo por delante y toda la energía desbordante que me produce el cabreo que llevo encima en limpiar a fondo la casa de mi padre, negándome a pensar más en él, y al final, a las doce, agotada mental y físicamente, me dirijo a El Capitán, donde, tras almorzar con los chicos, tal y como hice ayer, me dispongo a empezar con el turno de comidas.

Estoy tomando nota a una joven pareja cuando lo veo llegar, caminando con movimientos fluidos y seguros, seguido por el mismo hombre de anoche, el que le dijo que quería verme las tetas, pero finjo no percatarme de su presencia y vuelvo a centrar mi atención en la parejita, que se debate entre la ensalada de brotes con sardinas ahumadas o la ensalada de espinacas con queso de cabra y crujiente de jamón, y, a pesar de que intento con todas mis fuerzas ignorarlo, acabo mirando de reojo cómo se sienta en la mesa del fondo... en la mesa donde el viento arrecia con fuerza.

Lleva el pelo rubio despeinado por el viento, una simple camiseta blanca a través de la cual se asoman los múltiples tatuajes de su brazo y unos vaqueros rasgados, los mismos que llevaba anoche. Las señales de peligro brillan con fuerza a su alrededor y de nuevo me recuerda un acantilado, donde sé que, por mucho que me empeñe, acabaré estrellándome.

Llego a la cocina y dejo la nota que termino de tomar y, nerviosa, me froto las manos. De nuevo están en mi zona, por lo que debería ser yo quien los atendiera, pero antes muerta que cruzar una palabra con él.

—¿Qué te pasa? —me pregunta María al pasar por mi lado cargada con una bandeja de bebidas.

—¿Podrías cambiarme la zona? —le pido esperanzada.

—Pero ¿tú estás tonta? ¿Has visto a los dos machos que tienes ahí sentados esperando? —me increpa abriendo los ojos desorbitadamente—. Tía, ese rubiaco me tiene tonta perdida.

—Entonces me debes un favor —le digo con alivio, cogiendo su bandeja y dejándola pasmada.

Salgo de la cocina cargada con las bebidas y alejándome de él; si pudiera, saldría corriendo ahora mismo, pero por supuesto eso no es una opción, por lo que, haciendo de tripas corazón, me dispongo a sobrellevarlo de la mejor manera posible. Por suerte pronto el restaurante se pone hasta los topes y consigo medio

olvidarme de él, y digo «medio» porque, a pesar de que no dejo de recordarme que es un cabronazo elevado a la máxima potencia, la corriente que me une a él tira de mí cada vez con más fuerza.

—¿Estás evitándome? —Su voz a mi espalda me sobresalta y no tiro la bandeja llena de platos de milagro.

—Por favor —siseo entre dientes negando con la cabeza, y reanudo mi camino.

—Oye —el roce de su mano en mi cadera me detiene y me vuelvo hacia él con mi mejor cara de «estás hartándome».

—Estoy trabajando, ¿te importa? —le espeto con fastidio, aliviada por estar fuera del campo de visión de mi padre.

—Sí, me importa —replica colocándose frente a mí, sin apartar su mano de mi cuerpo, quemándome y haciéndome recordar todo lo que me hizo sentir anoche.

—Tengo trabajo, déjame en paz —suelto enfurecida conmigo misma por lo que está haciéndome sentir de nuevo con un simple roce.

—A las seis y media te espero en el aparcamiento —me libera con seguridad, atrapando mi mirada con la suya.

—Oye, Gael, olvídate de mí, ¿quieres? —le demando alzando el mentón con orgullo, casi creyéndomelo.

—A las seis y media, Luna, no lo olvides. —Y dándose media vuelta, me deja en medio del restaurante con la bandeja cargada de platos y mis piernas a punto de doblarse por la mitad.

—¡Antes muerta! —le digo cuando consigo recuperar el control de la voz.

Llego a la cocina hiperventilando y me apoyo en la barra sin saber qué hacer. ¿Qué quiere ahora? Se acostó conmigo y luego con esas mujeres con la simple justificación de que sólo era sexo. ¡Vamos, vamos! ¡Puede esperarme sentado!

—Luna, ¿qué haces ahí parada? ¡Date prisa, que los de la cuatro están reclamando la comida! —me reprende mi padre, que acaba de entrar en la cocina.

—Lo siento, papá, ya voy.

Cuando salgo de la cocina él ya no está, la mesa que hasta hace unos instantes ocupaba con su amigo se encuentra vacía y no sé si respirar aliviada o empezar a preocuparme; ni loca me voy a ir con él a ningún sitio.

Sirvo comidas, retiro platos, limpio mesas y, a las seis y cuarto, doy por finalizada mi jornada. «¡Perfecto!», me digo mirando el reloj y, tras despedirme de todos, me dirijo al aparcamiento, donde él no está... ¡Mejor! Así me evito tener que hacerle frente. «¡Pero, bueno, ¿será posible?! ¡Ni que le debiera algún tipo de explicación! Después de lo de anoche, el *macho man* en cuestión no merece ni que lo mire a la cara», me recuerdo dándole al contacto y empezando a recorrer el camino que me alejará de El Capitán y también de él... pero mi gozo en un pozo cuando lo veo acercarse a mí a toda velocidad con su moto rugiendo como un león, y me tenso aferrando el manillar con fuerza.

«No me ha visto, no me ha visto —me digo creyéndolo firmemente al verlo pasar por mi lado como una bala en dirección a El Capitán—. ¡Y una leche no me ha visto!» La brusca frenada sobre el asfalto me saca de mi error y acelero pensando que puedo escapar de él, pero en dos minutos lo tengo pegado a mi lado, demasiado pegado. «¿Se ha vuelto loco?», me pregunto intentando no mirarlo y, sobre todo, no terminar con mis huesos en el suelo, y al final freno cabreada.

—¿Estás loco o qué te pasa? ¿Pretendes que me caiga? —le espeto quitándome el casco y casi mordiéndolo, llegando hasta él, que está bajándose a su vez de la suya.

—¿Adónde vas? Te he dicho que te recogería a las seis y media —me replica tan cabreado como lo estoy yo.

—Pero ¿tú de qué vas? —le escupo muerta de rabia—. ¿De verdad creías que iba a esperarte después de lo de anoche?

—¿Qué sucedió anoche? —me pregunta frunciendo el ceño—. Que yo recuerde no te oí quejarte ni una sola vez; es más, me parece que te dejé más que satisfecha —me suelta cogiéndome del brazo y acercándose a su cuerpo.

No puedo creerlo, no puedo creer que haya dicho eso y abro desmesuradamente la boca mientras mi cerebro intenta coordinar una frase sin que esté compuesta únicamente de insultos.

—Anoche te comportaste como un cabronazo, tal y como estás haciendo ahora. Pero ¿tú de qué vas? —repito la pregunta de hace un instante, echando fuego por la boca—. ¡Suéltame! Tengo cosas que hacer —le exijo intentando alejarme de él.

—¿Qué cosas? ¿Irte con tus amiguitos? —sisea impidiéndome que me separe apenas unos centímetros de su cuerpo.

—Eso a ti no te importa —mascullo soltándome al fin y dirigiéndome hacia mi Vespa.

—¡Espera! —me pide llegando hasta mí—. Oye, siento si anoche te hice sentir mal —murmura a mi espalda, posando su mano en mi cintura—, pero, aunque te moleste escucharlo, para mí no deja de ser sólo sexo.

—Pues entonces vete con ellas —le espeto girándome y quedando frente a él—. Si para ti no tiene ninguna importancia en qué agujero la metes, ¿qué haces aquí? —le recrimino sin poder creer que esas palabras hayan salido de mi boca.

—¿Acaso fue algo más para ti? —me formula con el ceño fruncido, rodeando mi cintura con sus manos y mirándome intensamente.

—Digamos que para mí sí tiene importancia con quién me acuesto —susurro con el corazón tronando furioso dentro de mí por estar tan pegada a su cuerpo, por sentir su aliento sobre mi rostro.

—Me alegra saber que no te acuestas con cualquiera —declara medio sonriendo con chulería.

—Tengo que irme —murmuro dándome la vuelta con tozudez.

—No te vayas; quédate conmigo, por lo menos esta tarde —me pide en un susurro.

—¿Por qué? —pregunto mientras me doy media vuelta y luego lo miro fijamente.

—Porque quiero conocerte —me dice atrapando mi mirada con la suya—. Voy a estar unos días en la isla y me gustaría pasarlos contigo.

—¿Y esas mujeres? —le pregunto obcecada, si poder olvidarme de ellas.

—¿No me estarás pidiendo exclusividad, verdad? —me demanda divertido de repente.

—Te estoy pidiendo exactamente lo que tú vas a tener, ni más ni menos. Si tú vas a acostarte con ellas, yo me acostaré con tus amigos.

—¿De verdad lo harías? ¡Venga ya! Eso no te lo crees ni tú —replica carcajeándose.

—Ponme a prueba —lo reto cruzándome de brazos—. Nunca he participado en una orgía y la verdad es que me pica muchísimo la curiosidad.

—La curiosidad mató al gato, ¿lo sabías? —Su mirada sacude mi interior, pero ignoro lo que está haciéndome sentir y alzo la barbilla con orgullo.

—¿Y tú sabías que hay que probar cosas nuevas? —rebato.

—¿Tienes que rebatirlo todo siempre? —me pregunta acariciando mis labios con su pulgar y excitándose con ese simple gesto.

—Sí —susurro ahogando un jadeo.

—De acuerdo, nada de orgías ni de otras tías, puedes darte por satisfecha —me dice montando en su moto—. Sube.

—¿Y qué pretendes que haga con mi Vespa? —le pregunto encogiéndome de hombros.

—Déjala ahí, ya la recogerás más tarde.

Estoy a punto de protestar, pero no quiero tentar más a la suerte y, nerviosa por estar de nuevo a solas con él, aparco como puedo bajo su abrumadora mirada.

—¿Quieres que lo haga yo por ti? —suelta impaciente—. A este paso se nos hará de noche.

—Muy gracioso —le digo llegando hasta él, poniéndome el casco.

Subo y me aprieto a su cuerpo, mis piernas junto a las suyas, mi pecho sobre su espalda y mis brazos alrededor de su estrecha cintura, formando de nuevo un solo cuerpo, y entonces volamos sobre la carretera como anoche volamos sobre la arena de la playa.

De nuevo nos dirigimos al faro Cap de Barbaria, pero me sorprende al no detenerse y seguir por un camino de tierra, alejándose de él hasta llegar a un lugar cercano a los acantilados, donde, a excepción de una casa rodeada por un alto muro, estamos completamente a solas. Tras estacionar frente a ella, me bajo de la moto intentando controlar los nervios que de pronto han hecho acto de presencia. «¿Es ésta su casa? ¿Y ahora qué?», me planteo quitándome el casco y mirando el mar extenderse inmenso ante mí.

—¿Me acompañas? —me propone abriendo la puerta que da acceso a un pequeño jardín.

—Claro —murmuro sintiendo otra vez el ambiente electrizante a nuestro alrededor, mientras recorro el camino de piedrecitas que lleva a la casa de construcción minimalista.

Abre la puerta y lo sigo sin saber muy bien qué hacer mientras veo cómo, tras dejar los cascos en la entrada, se dirige con decisión a la enorme cocina integrada en el salón y saca del frigorífico dos botellines de cerveza.

—Sígueme —me dice tendiéndome uno y saliendo de la casa de nuevo directo al acantilado.

Obedezco y, en silencio, llego hasta donde está sentado, en el borde del mismo, y lo imito evitando mirar hacia abajo; suficiente he hecho sentándome aquí.

Capítulo 10

—Parece que estemos solos en el mundo, ¿verdad? —me pregunta mirando al infinito tal y como estoy haciendo yo.

—Sí, así es —murmuro admirando su perfil—. ¿Esta casa es tuya?

—No, es de un amigo.

—¿Isleño?

—Madrileño, como tú, aunque ahora está viviendo en Los Ángeles.

—Le pilla un poco lejos, ¿no crees? —susurro sonriendo y llevándome la cerveza a los labios.

—No hay nada como irte tan lejos como puedas —farfulla para luego dar un largo trago a la suya.

—¿Por eso la compró? ¿Porque necesitaba alejarse de todo?

—Supongo —masculla.

—No hay una sola casa en kilómetros a la redonda.

—Ni falta que hace —me contesta tan lejos de mí como lo está esta casa del resto.

—¿Tú también necesitas estar solo?

—Puede —musita para sí, tan hermético como siempre.

Si pudiera lo zarandearía hasta que me contara su vida con pelos y señales, pero, como eso no es una opción, guardo silencio respetando el suyo, muerta de curiosidad por todo lo que tenga que ver con él y armándome de paciencia para no bombardearlo a preguntas.

—Todavía no me has dicho de dónde eres —intervengo sonriéndole y rindiéndome; si no hablo, reviento.

—Ya te dije que no tiene importancia.

—Para mí sí la tiene —susurro con dulzura, deseando que se abra y saber algo sobre este hombre que me tiene totalmente fascinada.

—¿Por qué? —inquire con fastidio—. ¿Qué más da que diga el nombre de una ciudad o de otra?

—Porque, si algún día voy a esa ciudad, pensaré en ti.

—¿Quieres decir que sólo lo harás cuando vayas a esa ciudad? En ese caso, soy de todas las ciudades del mundo —me asegura divertido, guiñándome un ojo y sorprendiéndome con ese repentino cambio de humor.

—Muy gracioso —respondo sonriendo con timidez, mirando el azul oscuro del mar—. Me gustaría conocerte, Gael —murmuro enfrentándolo y llevando mis dedos a su pelo despeinado por el viento.

—¿De verdad quieres conocerme? —plantea mirándome con deseo.

—Sí —asiento con la boca seca y mi sexo empezando a humedecerse.

—Pues ya somos dos, entonces, porque yo quiero conocer y probar cada parte de tu cuerpo —murmura posando su mano en mi nuca y acercándose a él.

—No me refería a eso —susurro a escasos centímetros de su boca.

—¿Seguro? —pregunta socarrón, haciéndome temblar.

—No, bueno sí, quiero decir que quiero...

—Cállate —me ordena uniendo sus labios a los míos.

Su lengua sabe a cerveza y la saboreo sintiendo el calor crecer dentro de mí y, dejándome guiar por mis deseos, me levanto para quitarme la ropa despacio ante su fascinada mirada hasta quedar únicamente con la ropa interior; luego me siento a horcajadas sobre él, sintiendo su erección bajo la tela del pantalón, con el sonido del mar chocando con fuerza sobre las rocas del acantilado, tal y como estamos haciendo nosotros, porque para mí él es esa roca; dura, fuerte, peligrosa y segura al mismo tiempo, mientras que yo soy el agua maleable, llevada por la corriente, carente de voluntad alguna.

—¿No tienes miedo de que alguien pueda vernos? —me pregunta mordiendo mi labio, con sus manos clavadas en mi trasero apretándome a él.

—Más bien tengo miedo de mirar hacia abajo, ni se te ocurra soltarme —susurro en un jadeo, adhiriéndome más a su cuerpo y frotándome sobre su enorme erección hasta arrancarle un gemido.

—Eres una exhibicionista —murmura con voz entrecortada sin despegar su boca de la mía, rozando con su pulgar mi sexo empapado por encima de la tela de mis braguitas.

—Mira quién fue a hablar —susurro besándolo de nuevo—; además, aquí sólo estamos nosotros.

—Esta vez quiero que estés cómoda y estas piedras no lo son precisamente —me dice separándose de él con cuidado, cogiendo mi ropa del suelo y levantándose—. Pégate a mi cuerpo, no te separes de mí —me pide cogiéndome a pulso y obligándome a rodear su cuerpo con mis piernas, formando de nuevo un único cuerpo.

—¿Y los botellines?

—Déjalos ahí, nadie va a cogerlos y yo tengo prisa —me anuncia tirando de mi labio inferior dulcemente mientras se dirige al interior de la casa.

Tras cerrar la puerta de un portazo, se encamina a una habitación presidida por una enorme cama de sábanas blancas sobre las que me deja con cuidado sin parar de mirarme.

—Definitivamente soy un cabrón con suerte —masculla liberándose de su ropa.

—Entonces yo debo ser una cabrona con suerte —replico arrodillándome sobre la cama y liberándome del sujetador, quedando únicamente con las braguitas puestas.

—Déjame que te diga que no te veo haciéndole cabronadas a nadie —me asegura con seriedad, arrodillándose conmigo en la cama y deslizándose su mirada lasciva por todo mi cuerpo.

—¿Ah, no? ¿Y cómo me ves, entonces? —pregunto juguetona.

—Como un ángel —murmura con seriedad sin tocarme.

—Pues entonces tú eres mi demonio —digo de guasa.

—No has podido dar más en el clavo —me asegura con solemnidad.

—Estaba bromeando, Gael; para nada te veo así —susurro.

—Pues te equivocas, entonces —me indica con el rostro hermético.

—Y, por supuesto, no vas a contarme por qué, ¿verdad? —le pregunto ladeando ligeramente la cabeza.

—Por supuesto —asevera con una media sonrisa.

—Lo sabía —mascullo alejándome de él, sentándome en la cama y cruzándome de brazos molesta por su falta de confianza.

—¿Estás enfadada de nuevo? —me pregunta sonriendo abiertamente—. Eres como una niña pequeña.

—¿Perdona? —No doy crédito, ¡será idiota!

—No dejas de enfadarte por tonterías —afirma divertido.

—¿Tonterías? ¿Te parece una tontería lo de anoche?

—Simplemente no le doy la importancia que tú le das —me asegura divertido, cabreándose por momentos—, y ahora pareces una colegiala: «si no me lo cuentas, no te hablo» —me dice imitando la fina voz de las chicas.

—Casi sería más correcto decir «si no me lo cuentas, no me tocas» —replico con puñetería, intentando no sonreír.

—Y una mierda, nena, voy a tocarte todo lo que quiera —sentencia tirando de mis piernas hacia él y placándome con su cuerpo.

Lo miro asombrada sin querer rebatirle más, pues es el hombre más guapo, enigmático, complicado y hasta divertido, cuando se olvida de ser un cabrón, que he conocido nunca y, cuando su boca busca la mía, la entreabro para facilitarle el acceso, fascinada con él, y aprisiono su cuerpo con mis piernas, que envuelven con posesión su magnífico cuerpo.

Su boca se desliza con mimo por mi cuello, con una dulzura que me emociona, hasta llegar a mis pechos, donde se demora, succionándolos, acunándolos con sus manos y mordisqueándolos, humedeciéndome y haciéndome desear más, como viene haciendo desde que mi mirada se cruzó con la suya, y levanto las caderas cuando siento su mano llegar a la cinturilla de mis braguitas para facilitarle la tarea de terminar de desnudarme.

—Me vuelves loco —susurra soplando sobre mi pezón derecho para tirar de él con suavidad con los dientes, haciendo que un escalofrío recorra todo mi cuerpo hasta llegar a mi sexo—; córrete en mi boca, nena —murmura pasando su dedo por mi centro, que reclama toda su atención, sin llegar a penetrarme con los dedos.

—Necesito sentirte dentro de mí —le pido jadeando.

—Lo harás, te prometo que vas a sentirme de todas las formas posibles —musita introduciendo la punta de su dedo en mi sexo para retirarlo de inmediato.

—¡Joder! —farfullo frustrada, con las piernas completamente abiertas ante él.

—Eres una maleducada, Posidonia —murmura bajando lentamente por mi estómago, rozándome con sus labios.

—¡Mira quién fue a hablar! —le respondo con una sonrisa sin entender por qué me ha llamado así, pero, antes de poder preguntárselo, enmudezco en el acto al sentir su aliento cerca de mi sexo y cierro los ojos, deseosa de sentir sus labios y su lengua recorrerlo por entero.

—Un puto cabrón con suerte, eso es lo que soy —susurra con voz entrecortada, oliendo mi sexo para seguidamente realizar círculos con su lengua sobre mi clítoris.

Gimo con suavidad mientras abre más mis piernas con ambas manos y entierra su cara en mi húmedo sexo, chupando, lamiendo y mordisqueando con dulzura mientras introduce dos de sus dedos en mi interior, hasta el fondo, y entonces no puedo más y grito sin importarme nada, moviéndome por inercia, dejándome ir, necesitando todo lo que pueda darme.

Siento su boca y sus dedos por todo mi sexo, entrando, saliendo, chupando y tirando con suavidad, mientras el orgasmo se forma de una manera brutal dentro de mí y me muevo con más ímpetu, buscando esa sensación increíble que arrasa con todo... y la encuentro al estrellarme contra las rocas como hace el agua sobre el acantilado a nuestros pies.

—Ahora vas a sentirme, ¡joder si vas a hacerlo! —masculla liberando su enorme erección y colocándose un preservativo rápidamente—. ¿Estás lista para que te folle? —me pregunta con el rostro tenso, encajándose entre mis caderas con su sexo duro y palpitante en la entrada del mío y las gotas de sudor deslizándose por su rostro.

—No hay nada que desee más.

—Ni yo —me asegura introduciéndose poco a poco dentro de mí hasta dejarme sin respiración.

Siento su largo y grueso pene invadiéndome y cómo mi cuerpo se adapta despacio a él; está conteniéndose y disfrutando de cada segundo, tal y como estoy haciendo yo, sin dejar de besarme, hasta quedar encajado por completo en mi interior, y un suave suspiro se escapa de entre mis labios al verlo cerrar los ojos y pegar su frente contra la mía, tal y como hizo anoche en la playa.

—Eres una puta locura, Posidonia —susurra abriéndolos y mirándome fijamente—. ¿Estás lista, nena?

—Sí —susurro uniendo mi mirada con la suya.

Y entonces se vuelve loco, arrastrándome con él a la locura más absoluta; me embiste con fuerza, entrando y saliendo de mi cuerpo sin dejar de mirarme, provocando que todo me dé vueltas, más fuerte, más rápido, más profundo, y grito dejándome llevar, moviéndome con él, saliendo a su encuentro y deseando más cuando se aleja de mí, casi ahogándome con lo que estoy sintiendo, placer en sus cotas más altas, emoción, posesión, lujuria, conexión... Sus gemidos se entremezclan con los míos y juntos rodamos por esta enorme cama y soy yo la que queda esta vez sobre él y echo la cabeza hacia atrás, sintiéndolo por todo mi cuerpo y mi ser, con su sexo palpitando enorme dentro de mí y de nuevo esa sensación anhelada, ese orgasmo formándose, esa necesidad, esa urgencia.

—Sigue, nena, sigue así, fóllame, Posidonia...

Sus palabras son como un chute e intensifico el ritmo, más fuerte, más intenso, más brutal, sus manos en mi cintura ancladas en mi cuerpo y yo volando sobre él.

—Venga, nena, córrete; no puedo más, córrete conmigo.

Y lo hago acompañada por sus palabras y por un gemido desgarrador que sale de lo más profundo de mis entrañas, con el suyo acompañándome, y caigo desplomada sobre su cuerpo, incapaz de moverme, sintiendo sus manos envolviendo el mío y nuestros corazones latiendo descontrolados.

Capítulo 11

—¿Por qué me llamas Posidonia? —le pregunto cuando consigo recuperar el aliento.

—Porque eso es lo que eres para mí —me responde saliendo de mi interior y deshaciéndose del preservativo, que anuda y deja en el suelo.

—¿Soy una planta marina? —inquiero entre risas, colocándome de nuevo sobre su pecho.

—Por supuesto que no —me dice de nuevo sumido en sus pensamientos, envolviéndome entre sus brazos.

—¿Y entonces? Si vas a llamarme así, tengo derecho a saberlo.

—Eres muy curiosa, joder.

—No tienes ni idea.

—Creo que voy conociéndote.

—En cambio, tú a mí no me dejas hacerlo —murmuro incapaz de morderme la lengua.

—No es fácil estar a mi lado, nena, y menos ahora; lo siento.

—No te preocupes —murmuro acariciando su pecho y el tatuaje que tiene en la pelvis—. ¿Te dolió?

—¿El qué?

—Tatuarte aquí.

—El dolor de la aguja es placentero.

—¿Eso crees? A mí me encantaría tatuarme, pero nunca me he atrevido.

—¿Tienes miedo a las agujas? No puedo creerlo —me dice con una dura sonrisa.

—¿Por qué? Siempre las he odiado, no puedo con ellas, y, por mucho que me gusten los tatuajes, dudo de que alguna vez me haga alguno.

—Te creía más valiente —murmura acariciándome la espalda—. Si te hicieras alguno, ¿cuál sería?

—No lo sé... una luna, un sol...

—Qué típico —comenta burlón.

—Mira quién fue a hablar, tú llevas un ancla —le digo refiriéndome al tatuaje que tiene en el tobillo—. ¿No es eso típico? Popeye ya la llevaba.

—¿Cómo? —suelta riéndose con ganas, haciéndome rodar sobre la cama y quedando de nuevo sobre mí—. Mi ancla no tiene nada que ver con la de Popeye, nena.

—Como no creo que vayas a contármelo, voy a continuar creyendo lo que me dé la gana.

—¿Sabes una cosa? Me anclaría una y otra vez a ti si pudiera, Posidonia —murmura con seriedad mirándome fijamente.

—Pues ve con cuidado, porque las anclas me dañan. —Mis palabras, dichas a la ligera, encierran una verdad abrumadora entre ambos.

—¿Crees que te dañaría? —me plantea tensándose.

—No lo he dicho pensando en ti, sino en el fondeo.

—Casi es lo mismo. Oye, mi vida es bastante complicada en estos momentos y no puedo prometerte que no lo haga, estás a tiempo de largarte; de hecho, si yo fuera tú, echaría a correr ahora mismo y no me detendría hasta perderme de vista —masculla separándose de mí y acostándose de espaldas, con un brazo debajo de su cabeza y su gélida mirada fija en el techo.

—Venga ya, no lo dices en serio —susurro mirando sus ojos, duros y fríos.

—Lo digo muy en serio, Luna: deberías alejarte de mí.

—Si no te importa, eso es algo que prefiero decidir yo —replico negándome a moverme de su lado—, y no pienso hacerlo, Gael.

—¿Te dan miedo las agujas y no temes que pueda hacerte daño? —me pregunta dirigiendo su mirada hacia mí, enarcando una ceja.

—Exceptuando las agujas, me gusta vivir al límite —suelto intentando sonreír.

—Ya veo... Acompáñame —me propone levantándose y tendiéndome su mano, que cojo sabiendo que, asida a ella, iría donde me pidiera.

Desnudos y de la mano salimos por la doble puerta acristalada que da a la parte trasera de la casa, donde una piscina enorme con tumbonas a su alrededor capta toda mi atención.

—Esta casa es preciosa, Gael. ¡Qué pena que tu amigo viva tan lejos! —exclamo admirando todo lo que me rodea.

—Eso, para él, no es ningún problema, te lo aseguro —me dice llegando hasta la piscina sin soltarme la mano en ningún momento.

La piscina va cubriendo a medida que te adentras en ella, hasta hacerlo por completo, pero nosotros nos quedamos tumbados en la parte que no cubre casi nada, con el sol acariciando nuestros cuerpos desnudos y el agua tibia lamiéndolos.

—Desde fuera nadie diría lo que hay aquí dentro —comento cerrando momentáneamente los ojos, apoyando la cabeza sobre mi brazo extendido.

—Supongo que ésa es la idea.

—¿Y quién se encarga de cuidar la casa? —inquiero mirando su pelo rubio, brillante a la luz del sol, en contraste con sus duras fracciones.

—Un matrimonio de la isla. Cuando llegué tenía la nevera y la despensa hasta los topes, así que supongo que se encargan también de hacer la compra.

—Tienes un amigo muy generoso —le digo echando la cabeza hacia atrás, dejando que el agua moje mi pelo y el sol me dé de pleno en la cara.

—Ya te he dicho que soy un cabrón con suerte —me replica con el ceño fruncido volviéndose hacia mí, recorriendo mi cuerpo con su dura mirada.

Su mano inicia un lento recorrido desde mi ombligo hasta llegar a mis pechos, donde nuestras miradas convergen durante unos electrizantes segundos, pero me sorprende al seguir su tortuoso recorrido hasta llegar a mi nuca, donde se detiene.

—Aquí —me dice haciendo círculos con sus dedos.

—Aquí, ¿qué? —pregunto recostándome totalmente y dejando mi espalda a su merced.

—Aquí podrías tatuarte —murmura dándome un beso que finaliza con un leve mordisco.

—¿Ah, sí? ¿Y qué me tatúo? ¿Tu ancla de Popeye? —lo pico alzando levemente la cabeza, sonriendo.

—Sí —me responde con convencimiento.

—¿Y por qué iba a hacer eso?

—Para no olvidarte de mí —sentencia con seriedad, dándome la vuelta y pegando mi espalda contra el suelo de la piscina, cubriendo mi cuerpo con el suyo, con su boca a escasos centímetros de la mía.

—No creo que necesite un tatuaje para recordarte —le aseguro en un susurro, sintiendo una sensación cálida recorrer todo mi cuerpo y con el sol empezando a ocultarse en el mar.

—Tenemos que irnos, tengo cosas que hacer —susurra rozando sus labios con los míos.

—¿Nos veremos luego? —planteo melosa, atrapando el lóbulo de su oreja, deseando alargar al máximo el momento y conteniéndome de nuevo para no preguntarle nada.

—No creo; dame tu número de teléfono y mañana te llamo —me contesta mordiendo mi cuello, con su sexo ya dispuesto cerca del mío.

—¿De verdad quieres irte? —murmuro envolviendo su cuerpo con mis piernas.

—Debo hacerlo —replica con dureza, levantándose y cubriendo su cintura con una toalla—. Toma, sécate —me ordena con frialdad, sin apenas mirarme, tendiéndome otra antes de alejarse de mí hacia el interior de la casa.

Envuelvo mi cuerpo con ella y lo sigo sintiéndome mal, sin entender este cambio de humor tan repentino, sabiendo que de nada sirve que se lo pregunte y, a la vez, muerta de curiosidad por todo lo que lo rodea. En medio de una tormenta de confusión, entro en la habitación donde él ya está vestido con sus vaqueros rasgados y su camiseta blanca y lo miro en silencio, sintiéndome fuera de lugar de repente, sintiendo como si mi presencia estuviera de más...

—Vístete, voy a por las cervezas —me ordena cortante, pasando por mi lado sin apenas rozarme, como si fuéramos dos completos desconocidos. «¿Acaso no lo somos?», me pregunto, notando el corazón pesado dentro de mí.

Tengo el pelo empapado y me lo seco con la toalla enérgicamente, deseando irme cuanto antes de esta casa, confusa como pocas veces en mi vida. ¿Cómo puede ser tan dulce para seguidamente comportarse de una manera tan fría y cortante? «De la misma forma en que se acostó contigo y luego con esas tías», me respondo a mí misma mientras me visto rápidamente y luego salgo de la habitación como una exhalación, dándome de bruces con él.

—Veo que tienes prisa por largarte —masculla con dureza, mirándome con el ceño fruncido.

—Tenías prisa, ¿no es verdad? —le pregunto enfadada, sintiendo cómo miles de sentimientos empiezan a crecer dentro de mí tan amargos como la bilis.

—Eso es algo que decidiré yo en todo caso —me rebate cogiéndome del brazo—. ¿Qué te sucede? —me pregunta aprisionando mi cuerpo contra la pared y el suyo.

—Nada, ¿por qué tendría que sucederme algo? —replico sintiendo cómo, para humillación mía, los ojos empiezan a humedecerse.

—Nada... —me dice negando con la cabeza—... no sabes cómo me acojonan esos nadas. Dime la verdad, quieres: ¿por qué estas a punto de echarte a llorar?

—¡Y yo qué coño sé! Querías irt...

Su boca acalla la mía con rudeza y me entrego a ese beso deseando que con él desaparezca el dolor que está creciendo dentro de mí sin control, aferrándome a él, a mi acantilado.

—Pareces una cualquiera hablando así —me dice con aspereza, sin apenas despegar sus labios y su cuerpo del mío.

—Hablaré como me dé la gana —replico enfadada, haciéndolo a un lado y dirigiéndome a la puerta deseando alejarme de él.

—¡Ya está bien, joder! ¡Dime qué te pasa o te juro que no saldrás de aquí! —brama siguiéndome y cogiéndome con fuerza del brazo, haciendo que me detenga.

—¡No lo sé, Gael! ¡No sé qué me pasa! —contesto llorando, sacando fuera todos los sentimientos que me ahogan—. ¡Lo único que sé es que he pasado la tarde follando con un tío del que no sé nada! Un tío que no me permite conocerlo ni en lo más básico, que pasa de estar bien a estar cabreado en un segundo y que anula mi voluntad por completo. ¡Pero si no sé ni de dónde eres! ¡¡¡Y lo sé!!! ¡Sé que es una estupidez! Pero, ¿sabes qué?, que yo vivo en Madrid, tengo veintitrés años, mi plato preferido es el cocido de mi madre y el flaó que prepara mi abuela, me gusta salir con mis amigas y sólo he tenido una pareja —le digo atropelladamente, sin apenas coger aire—... ¿y qué?, ¿se ha detenido el mundo porque lo sepas? —suelto temblando.

—He sido claro contigo desde el primer momento, seguramente no como tú querrías, pero de la única forma en que puedo serlo —responde con dureza, y miro esos ojos tan azules y fríos que de repente me recuerdan tanto a las aguas del ártico.

—Perfecto; entonces, vámonos —le pido recogiendo mi casco y abriendo la puerta, confundida como pocas veces en mi vida.

En medio de un incómodo silencio, llegamos hasta donde está aparcada su moto. Apenas me atrevo a mirarlo y me pongo el casco con la vista perdida en el mar.

—Sube —me ordena dándole gas, sin mirarme en ningún momento, tan distante de mí como yo lo estoy de él.

Hago lo que me pide, pero temo tocarlo, como si ya no tuviera ningún derecho a hacerlo, pero debo sujetarme a él si no quiero terminar con mis huesos en el suelo y finalmente envuelvo su cintura con mis brazos, tras lo cual sale disparado como llevado por el diablo, mientras lágrimas inoportunas mojan mis mejillas, avergonzándome aún más si eso es posible.

Pronto dejamos atrás el vasto paisaje para empezar a divisar las fincas privadas con las típicas higueras sujetadas por *estalons* e inspiro profundamente varias veces en un intento por serenarme, pero, antes de poder conseguirlo, llegamos hasta donde está aparcada mi Vespa y me bajo sin despedirme, sin

volverme para mirarlo... y oyendo a mi espalda cómo, con un sonido atronador, se aleja de mí con su moto rugiendo de la misma forma en que lo haría un león enfurecido.

Como una autómatas, me deshago del casco, que pongo en el suelo, donde me siento dejando que las lágrimas fluyan libremente, sintiéndome sola y desamparada en medio de este camino de arena y pinos y, cuando voy a levantarme para marcharme, oigo de nuevo el rugido de su moto acercándose, y me quedo petrificada en el suelo con el corazón latiendo desbocado dentro de mí al ver cómo, tras detenerla cerca de mí, se acerca con dos grandes zancadas hasta donde estoy sentada mientras se deshace del casco, que deja tirado en el suelo.

—¡Joder, ven aquí! —me dice levantándose del suelo y pegándose a su cuerpo con fuerza—. Lo siento, nena; siento haberte hecho llorar.

Aspiro su fragancia y me apoyo en su pecho, sintiendo su fuerza y el calor que emana de su cuerpo mientras sus brazos envuelven el mío enérgicamente y cierro los ojos sintiendo los latidos de su corazón muy cerca de los míos.

—Soy de Madrid, tengo treinta y cuatro años, me gusta la pasta, ir al gimnasio, viajar, y nunca he tenido ni he querido tener pareja, pero saber eso no hará que me conozcas mejor. Soy un tío complejo que no se soporta y que no quiere hablar de sí mismo porque hacerlo le impide olvidar —me dice en un arranque de sinceridad—. Acepta lo que puedo darte y no esperes más, ¿podrás hacerlo sin sentirte mal por ello? —me pregunta separándose ligeramente de él para poder mirarme a los ojos.

Asiento en silencio, abrumada por el momento, y enredo mis manos en su nuca acercando su boca a la mía, que lo recibe con dulzura en medio de este camino de arena, necesitando consolarlo de algún modo, pues la tristeza de su mirada se ha clavado en mi pecho, presionando sin piedad y haciendo que me duela como posiblemente le estará doliendo a él.

—No me has dado tu número de teléfono —murmura con sus labios pegados a los míos.

—¿Por eso has vuelto? —le pregunto sonriendo finalmente.

—Por supuesto, ¿qué pensabas? —bromea secando mis mejillas, húmedas por las lágrimas.

—¿Vas a memorizarlo?

—Ponme a prueba.

Acercándome a su oído, le digo mi número mordisqueando el lóbulo de su oreja y recorriendo su pecho con mi mano, creando un instante electrificante entre ambos, como cada vez que estamos juntos; siento su respiración tan agitada

como la mía y me retiro con reticencia.

—Te llamaré mañana.

—Estaré esperando —susurro.

Con su media sonrisa y un guiño furtivo, se da la vuelta para recoger el casco que había dejado tirado en el suelo y, subiéndose a su moto, arranca ante mi fascinada mirada para alejarse de mí, volando de nuevo sobre la carretera, llevándose, sin saberlo, un pedacito de mi corazón con él.

Capítulo 12

Cojo mi móvil y veo que tengo varios mensajes de mis amigos, primero para ir a la playa y más tarde para cenar juntos en El Capitán. Tras comprobar en el espejo retrovisor de mi Vespa que ya no tengo los ojos enrojecidos por las lágrimas, y a pesar de que llego tarde, decido ir de todos modos, y es, en la zona destinada para las motocicletas, donde coincido con Pablo, que está aparcando la suya.

—Vaya, veo que no soy la única que no es puntual —le digo sonriendo tras quitarme el casco, deseando recuperar la complicidad con él.

—Eso parece —me responde sonriendo también.

—¿Amigos de nuevo? —propongo esperanzada.

—Nunca hemos dejado de serlo, Luna —afirma mirándome fijamente, como si estuviera analizándome—. Vienes de estar con él, ¿verdad? —me pregunta con tristeza.

—¿Cómo lo sabes?

—He visto demasiadas veces esa mirada; la única diferencia es que ahora ese brillo en tus ojos lo provoca otro hombre.

—¿Y te molesta? —planteo titubeante.

—Sí —me responde con sinceridad.

—¿Por qué? Pablo, fuiste tú quien terminó lo nuestro.

—Que como pareja no tuviéramos futuro no significa que no te quiera —me dice posando su oscura mirada sobre la mía—; siempre voy a quererte, Luna, aunque sólo seamos amigos, y siempre querré lo mejor para ti, y te aseguro que ese tío no te conviene —asevera acercándose a mí.

—No tiene pareja, Pablo; esa tía sólo es una amiga —le digo saliendo en su defensa.

—¿Y trata así a todas sus amigas? —replica con sarcasmo.

—Es difícil de explicar —murmuro desviando mi mirada—; digamos que va a estar unos días en la isla y hemos decidido pasarlos juntos.

—No me gusta, Luna, ese tío no me gusta —insiste con el cuerpo en tensión.

—Pablo, estoy convencida de que a mí tampoco me gustará verte con otra mujer, pero respetaré tu decisión; por favor, respeta tú la mía —le pido con el sonido de las cigarras acompañando mis deseos—. Para mí es importante tenerte a mi lado.

—De eso puedes estar segura —me dice abrazándome, y apoyo la cabeza en su pecho, aspirando su aroma, tan diferente al de Gael—. Vamos, deben estar todos esperándonos.

Llegamos a El Capitán juntos, conmigo cogida de su brazo, feliz por estar al fin bien con él, y cenamos con nuestros amigos en un ambiente distendido, como tantas veces en el pasado, con la compañía de la música y de las estrellas iluminando el firmamento, tan brillante como está mi corazón ahora.

Cuando acabamos de cenar, mi padre se une a nosotros y con él alargamos la velada mientras un nuevo grupo comienza a tocar y los observo en silencio mientras termino mi consumición. «¿Qué estará haciendo ahora?, ¿dónde? y... ¿con quién?», me pregunto evadiéndome de todos, intentando no imaginarlo con otras mujeres y recordando los momentos vividos junto a él esta tarde, deseando que llegue mañana y poder verlo de nuevo.

Llego tarde a casa y, como siempre, miro el móvil antes de acostarme; ni un mensaje, nada... «¿Quién eres, Gael?», me digo cerrando los ojos y sumiéndome en un sueño intranquilo, donde el sexo, el fuego y el viento son las notas predominantes.

Me despierto temprano y lo primero que hago con los ojos aún medio cerrados es comprobar el WhatsApp y ahí está, su mensaje, y mi corazón late feroz dentro de mí.

¿Pasas el día conmigo?

Veo que está «En línea» y una tonta sonrisa se perfila en mi rostro mientras mis dedos empiezan a teclear la respuesta.

¿Dónde nos vemos?

En apenas unos minutos tengo su respuesta.

Dentro de una hora en tu casa; ponte el biquini o mejor no lo hagas...

Sonrío y le contesto con otra boba sonrisa en la cara.

Muy bien; te esperaré desnuda en la puerta.

Listilla.

Listillo.

Tras ese último WhatsApp, me levanto de la cama casi de un salto para ir directa a la ducha, pensando en el día tan increíble que me espera junto a él, y, aunque le he dicho que lo esperaré desnuda en la puerta, por supuesto, eso no es una opción, así que, tras ponerme el biquini más sexy que tengo y unos *shorts* vaqueros con una camiseta marinera anudada a la cintura, salgo dispuesta a tomarme mi chute de energía matutino.

—Buenos días, ¿vas a salir? —me pregunta mi padre mirándome de arriba abajo, apoyado en la barra de la cocina con su café entre las manos.

—Buenos días, papá. Sí, he quedado para pasar el día por ahí. ¿Te importa si hoy no voy al restaurante? —planeo zalamera, dándole un beso.

—Claro que no, hija; estás de vacaciones al fin y al cabo. Además, Sofía ya está de vuelta.

—Gracias, papá —le respondo sonriendo ampliamente y percatándome de que puedo tener un grave problema como Gael llegue antes de que mi padre se marche—. ¿Tenéis muchas reservas para hoy? —inquiero intentando sonar indiferente.

—Como siempre, hasta los topes —contesta ojeando el periódico sin demasiadas intenciones de irse.

Respiro profundamente empezando a hiperventilar y, tras terminarme el café, regreso a mi habitación, donde preparo mi pequeña mochila, en la que pongo todas mis cosas sin dejar de rezar y suplicar a todos los dioses para que mi padre se largue de una vez; por suerte me escuchan y pronto se despide de mí con un beso.

—¡Chao, papá! Si quieres algo, llámame al móvil —lo despido respirando aliviada.

—Lo mismo digo —responde ya desde la puerta.

Lo veo salir y miro de nuevo la hora. «¡Por los pelos!», me digo soltando un suspiro de alivio y sentándome en el sofá mientras los minutos pasan agónicamente despacio. Por fin, veinte minutos después, oigo el sonido de su moto acercándose, provocando una sacudida de mi corazón.

«Tranquila, tranquila, tranquila... Espera, no salgas todavía, no estás desesperada, recuérdalo —pienso respirando profundamente, anclándome al sofá—. ¡Qué cojones! ¿Y para qué voy a esperar con las ganas que tengo de verlo?» Tras coger mi casco y la pequeña mochila, salgo feliz a su encuentro.

La sonrisita tonta me delata, pero no puedo frenarla y, al final, sonrío abiertamente llegando hasta él, que me mira con descaro.

—¡Buenos días, listillo!

—Y yo que esperaba encontrarte desnuda —me dice con voz ronca, dándome una palmada en el trasero y acercándose a él—, menuda decepción.

—Me gusta hacerme de rogar —bromeo sin dejar de sonreír.

—Ya veo, ¿podrás llevar las dos mochilas?

—Espera —le pido, para luego coger mis pocas cosas y ponerlas dentro de la suya—, ahora sí —añado guiñándole un ojo y dejando la mía en la terraza de casa, sin molestarme siquiera en volver a entrar.

—Sube, listilla —me ordena ocultando su sonrisa mientras se coloca el casco.

Obedezco con la mía todavía instalada en mi cara, admirándolo en silencio. Lleva una camiseta de cuello pico color gris claro con unos vaqueros ceñidos oscuros. «¿Y el bañador? ¿Hablaba en serio cuando decía que no me pusiera el biquini?», me pregunto mientras me coloco el casco y subo a su moto para, de inmediato, envolver su cintura con mis brazos, sintiendo sus duros abdominales bajo las palmas de mis manos, como si de rocas se trataran, y aspirando su embriagadora fragancia... ¡mmmmmm!

—¿Preparada, Posidonia?

—Preparada.

Arranca y me aferro a él con fuerza, riendo abiertamente, mientras volamos por la carretera hacia... ¿quién sabe? La verdad es que no me importa demasiado siempre que esté con él y, cerrando los ojos, creo mi propia burbuja de felicidad, donde sólo estamos nosotros, el viento, que con su fresco aliento acaricia nuestros cuerpos, y el sol, que con sus rayos los calienta.

Conduce con seguridad y muevo mi cuerpo con él, por instinto, al igual que cuando estamos juntos y, antes de lo que me gustaría, se detiene en un camino de arena.

—¿Hemos llegado? —planteo bajándome de la moto y observando el paisaje que nos rodea.

—A partir de aquí seguiremos a pie —me aclara bajándose él también y quitándose el casco ante mi atenta mirada.

—¿Y adónde vamos, si puede saberse? —murmuro embelesada viendo cómo se pasa las manos por el pelo, peinándolo hacia atrás. ¡Madre mía! ¡Pedazo tío con todas las letras!

—¡Venga ya! ¿No me dirás que no lo sabes? —me suelta con chulería alzando ambas cejas.

—Pues n-no... —medio tartamudeo, mirando de nuevo a mi alrededor un poco molesta, pues, por mucho que lo intento, no recuerdo que haya ningún lugar especial cerca de donde estamos.

—¿Y tú presumes de ser de aquí? —insiste picándome.

—Por supuesto —respondo cruzándome de brazos y alzando el mentón con orgullo.

—Muy bien, entonces sabrás a dónde vamos. Venga, listilla, sígueme —me ordena cargando con la mochila.

Lo sigo en silencio, estrujándome el cerebro mientras llegamos a una zona rocosa. «¿Vamos a bajar por aquí?», me pregunto haciendo verdaderos malabarismos para no dar con mi culo en el suelo. Tras sortear arbustos y piedras por un camino imaginario, llegamos a un pequeño círculo de arena escondido entre las rocas, donde el azul del cielo se funde con el azul turquesa abrumador del agua y lo miro intentando no parecer demasiado maravillada.

—Claro que había estado aquí antes —miento descaradamente, descalzándome y observando cómo deja la mochila en una pequeña cueva, si puede llamarse así, entre las rocas.

—Seguro que sí —me responde carcajeándose con ganas—. Menuda isleña de pacotilla estás hecha.

—Ja, ja, ja —suelto sarcásticamente mientras me saco los *shorts* ante su atenta mirada—. ¿Vas a quedarte vestido? ¡Menuda decepción! —murmuro quitándome la camiseta lentamente.

—Decepción la mía cuando te he visto vestida —me responde con una sonrisa de lo más sexy.

—Ya me has visto desnuda varias veces, y ninguna en bikini —replico dándome una vuelta con coquetería.

—Muy bonito, me gusta tu culo —me suelta apoyado en las rocas, con los brazos cruzados.

—Gracias, es nuevo —respondo divertida acercándome a él, que se mantiene impassible mientras los rayos del sol van ganando intensidad sobre nuestras cabezas.

Uno mi mirada a la suya llevando mis dedos al borde de su camiseta, pegándome a su cuerpo; si tenemos las horas contadas, quiero aprovecharlas, y con ese convencimiento se la quito despacio, rozando su esculpido pecho con los

dedos y alargando el momento, creando de nuevo un instante único entre ambos, que se rompe por el sonido de su móvil.

—Perdona —farfulla poniéndose en cuclillas y buscándolo dentro de la mochila.

«¿Quién será ahora?», me quejo con fastidio.

—¡Hombre, capullo! ¡Cuántas horas sin hablar contigo! ¡Joder, ni mi madre me llama tanto! —Su risa sincera y su gesto relajado me asombran, ya que nunca lo he visto así y, con reticencia, me alejo de él hacia la orilla, intentando ofrecerle un poco de privacidad.

Por suerte esta cala, si puede llamarse de esta forma, es minúscula y, aunque me aleje, puedo oír perfectamente la conversación, para regocijo mío.

—Sigo en Formentera... Estoy bien; tranquilo, tío, no va a sucederme nada... mala hierba nunca muere...

Esa frase, unida a la dureza con la que la ha dicho, pone mi cuerpo en tensión y agudizo el oído.

—... no tengo ni idea... lo sé... ¿y qué cojones hago yo en Australia? ¿Ir a ver canguros?... ¡Venga ya, no me jodas!... Te lo agradezco de verdad, pero eso no va conmigo...

¿De qué no tiene ni idea? ¿Por qué tendría que irse a Australia? ¿Y qué no va con él? Lo que daría por escuchar esa conversación entera.

—Oye, te llamo luego; me pillas en un mal momento...

Me vuelvo al oír cómo se carcajea y me quedo con la boca abierta, mirándolo; está sentado en la arena, con la espalda y la cabeza apoyadas en las rocas, con las gafas de aviador puestas y vestido únicamente con sus vaqueros, y, de repente, algo hace clic en mi cabeza. «¿Dónde lo he visto antes? ¿Dónde? ¿Dónde?» Me estrujo el cerebro sin dejar de mirarlo, mientras él cuelga el teléfono y alza su mirada hasta quedar conectada con la mía.

Capítulo 13

—¿Sucede algo? —me pregunta con seriedad.

—¿Te conozco, Gael? —murmuro hurgando entre mis recuerdos.

—¿A qué te refieres? —masculla levantándose y acercándose a mí con seguridad.

—Yo... nada, déjalo —farfullo cuando lo tengo a escasos centímetros de mí.

—Estoy empezando a odiar tus «nadas». ¿Qué pasa ahora?

—No lo sé... Durante unos segundos me has resultado familiar, como si te hubiera visto antes —le explico, todavía esforzándome por recordarlo.

—Si me has visto antes y no lo recuerdas, es que no lo has hecho realmente —murmura llevando sus dedos hasta el borde de mis braguitas y poniéndome cardíaca con ese simple roce—. ¿Crees que podrás olvidarme a partir de ahora?

—¿Y tú a mí? —le pregunto con el corazón revelándose en mi interior, pues por nada del mundo quiero que se aleje de mí y tener que recordarlo.

—Lo dudo, Posidonia —murmura con voz ronca acercándose mucho a sus caderas y haciendo que los músculos de mi vientre se contraigan.

—¿Por qué me llamas así? —formulo envolviendo su estrecha cintura con mis brazos.

—Algún día lo descubrirás tú sola —me asegura antes de unir sus labios a los míos.

Su lengua se abre camino en mi boca y enredo la mía con la suya con un suave suspiro escapándose de mi garganta, mientras sus manos me liberan de la parte superior del biquini.

—Déjame que te ponga protección, estos pechos tan bonitos hay que cuidarlos —me dice medio sonriendo, dirigiéndose de nuevo hacia su mochila, de donde saca un bote de crema solar—. Ven, nena —me ordena poniendo una cantidad considerable de crema sobre su palma.

Obedezco en silencio llevada de nuevo por esa corriente cálida que nos une y, con un sentimiento que va creciendo descontrolado dentro de mí, llego hasta donde está él.

—Recógete el pelo —me manda con voz ronca.

Lo hago sin dejar de mirarlo, excitada con el sonido de su voz, deseando sentir sus manos sobre mi cuerpo.

—Date la vuelta —me pide devorándome con la mirada.

Una sensación electrizante recorre todo mi cuerpo al sentir sus manos sobre mi espalda, de arriba abajo, de abajo arriba, fuerte y delicado a la vez.

—Aquí, nena —murmura dándome un dulce beso en la nuca.

—Ahí quieres que me tatúe, ¿verdad? —pregunto con un hilo de voz, entendiéndolo de inmediato.

—Por supuesto... el día que dejes de ser tan miedica.

A pesar de que no puedo verlo, sé que está sonriendo.

Lleva sus manos hasta mi vientre, contrayéndolo a su paso, para retirarlas y seguir subiendo por mi clavícula hasta llegar a mi cuello, y ahogo un gemido.

—No me canso de tocarte, joder —farfulla dándome la vuelta y posando su mirada sobre mis pechos—. Eres una obra de arte, Posidonia.

Se inclina ligeramente sobre uno de ellos para atraparlo con la boca, succionándolo y tirando de él, y me dejo ir, dejo de ahogar mis gemidos para gemir libremente mientras él se emplea a fondo en hacerme sentir y echo la cabeza hacia atrás.

—Un auténtico espectáculo para la vista —susurra incorporándose y dejándome temblorosa, con los pezones erectos y el sexo empapado—. No quiero que te quemes, nena.

—Muy considerado —musito entre dientes ante su bravucona sonrisa.

—Lo sé, siempre lo he sido —replica rozando mi sexo por encima de la tela de mis braguitas para posteriormente poner más crema sobre su palma—. Mientras este cuerpo me pertenezca, lo cuidaré más que a mi vida —suelta mirándome intensamente.

—Mi cuerpo no te pertenece, sólo te estoy permitiendo disfrutarlo —afirmo medio sonriendo, picándolo.

—Te equivocas: tu cuerpo me pertenece tanto como el mío te pertenece a ti ahora —me asegura con seriedad, sin dejar de extender crema por mis pechos, sin dejar de excitarme y de provocarme—. Cuando confiamos, nos exponemos y damos al otro un poco de nosotros, de nuestra vida, de nuestra alma, o de todo —murmura de repente lejos de mí, sumido en sus recuerdos.

—¿Eso te sucedió a ti? —susurro dejando de sonreír en el acto, intentando entenderlo.

—Eso hice yo... —me responde dejando de extender crema sobre mi cuerpo, abriéndose a mí por primera vez sin pretenderlo.

—¿Qué hiciste? —insisto, acunando su rostro entre mis manos, deseando que no se cierre de nuevo.

—No preguntes, Luna; deja el pasado donde está —masculla con dureza evitando mi mirada.

—¿Y dónde está? —susurro con dulzura.

—Dormido —sisea entre dientes con el cuerpo tenso mirándome con determinación—. Te lo dije, nena, no preguntes. Si no te sientes capaz de hacerlo, dímelo y te llevo a tu casa ahora mismo.

—Lo siento —me disculpo bajando la mirada, sin saber cómo tratarlo.

—Yo también lo siento —me dice con dulzura levantando mi barbilla hasta conseguir que lo mire.

—¿Puedo cuidarte ahora? —murmuro quitándole las gafas, deseando conectar de nuevo con él—. Yo tampoco quiero que te quemes; quítate los pantalones, listillo.

—No sabías qué excusa poner para que me deshiciera de ellos, ¿verdad? —me dice sonriendo con socarronería, relajándose otra vez.

—Por supuesto, ¿qué pensabas? Lo de la crema es sólo una excusa —respondo poniendo una cantidad considerable de ella sobre mi palma.

—Ya veo —contesta entre risas quitándose los y quedando únicamente con un bañador de slip blanco. ¡Madre del amor hermoso!

—Date la vuelta —le pido intentando que mi voz suene lo más firme posible.

Tal y como él ha hecho conmigo hace apenas unos minutos, empiezo a extender crema por su perfecta espalda, de arriba abajo y de abajo arriba, disfrutando de cada segundo, rodeando su estrecha cintura con mis manos para retirarlas de nuevo, creando otra vez un momento irreplicable entre ambos, sintiendo su respiración tan lenta y pesada como la mía, obligándome a contenerme para no abalanzarme sobre él.

—Vuélvete —le indico en un hilo de voz, mientras pongo más crema sobre mis manos.

Tras frotarlas para repartirla bien por mis palmas, las llevo a su pecho, a sus fuertes brazos y a sus definidos abdominales, extendiéndola por cada centímetro de su maravilloso cuerpo, viendo con orgullo la potente erección que estoy provocándole.

—Joder, nena —masculla echando la cabeza hacia atrás.

—Aquí —murmuro bajándole el bañador y acariciando su ingle libre de tatuajes.

—Ahí, ¿qué? —farfulla mirándome directamente a los ojos, intentando mantener el control.

—Tatúate, aquí, algo que te recuerde a mí —murmuro arrodillándome y liberando por completo su sexo, que se yergue triunfante frente a mí.

—Yo tampoco creo que necesite un tatuaje para hacerlo —asevera con voz ronca, con todo su espléndido cuerpo en tensión.

Y esa frase, dicha a la ligera, me traspasa con la misma fuerza con la que lo haría un rayo.

—Si yo me tatuara una pequeña ancla, ¿qué te tatuarías tú? —le pregunto intentando sonar indiferente, acercando mis labios a su enormidad, deseando hacerlo volar con ellos.

—¿Que me recordara a ti? No lo sé —masculla apretando la mandíbula.

—¿Una luna? —propongo sonriendo y empezando a lamerlo como si de un helado se tratara.

—Típico, y tú no lo eres —sisea enterrando sus manos en mi abundante cabello.

—Es mi nombre —replico lamiendo la punta de su sexo, torturándolo y disfrutando.

—No para mí —farfulla cerrando los ojos, tensándose.

—Tú me llamas Posidonia.

—Exacto —suelta en un gemido.

Tenerlo así, por entero para mí, expectante a lo que pueda hacerle, me hace sentir poderosa y continúo lamiendo su sexo de arriba abajo, demorándome en la punta, que introduzco lentamente en mi boca para volver a sacarla para frustración suya y satisfacción mía.

Paso la lengua por toda su longitud llegando de nuevo al extremo, mostrándole lo que puede ser para retirarme de nuevo, explorando, saboreando, necesitando... y, despacio, lo introduzco en mi boca, presionando con los labios, subiendo y bajando hasta llegar a lo más profundo de mi garganta, hasta tenerlo completamente empalado dentro de mi boca, con sus gemidos resonando en mis oídos, y es entonces cuando me empleo a fondo, metiendo y sacando, siguiendo el ritmo de sus caderas y deseando anclarlo con mis labios.

—Joder, qué puta boca tienes —masculla cogiéndome del pelo con suavidad sin dejar de mover las caderas—. Voy a correrme, nena.

Y entonces estalla dentro de mí con un rugido mientras trago toda su esencia.

—Estoy limpio, ¿tú lo estás? —me pregunta arrodillándose frente a mí y cubriendo mi cuerpo con el suyo.

—Sí —farfulto entendiéndolo rápidamente.

—¿Tomas la píldora?

—Sí —medio jadeo al contestarle, deseando sentirlo sin que nada nos separe, mientras él se deshace de mis braguitas con celeridad.

—Esto es el puto cielo —susurra cerrando los ojos e introduciéndose poco a poco dentro de mí hasta quedar de nuevo empalado en mi interior.

Lo siento de una manera tan intensa que apenas puedo contestarle, absorbiendo como estoy todas las sensaciones que me abruma hasta dejarme sin respiración, sintiendo su piel junto a la mía y cómo mi interior lo acoge con mimo, colmándome de él mientras apoya su frente contra la mía, conectando, por completo, cuerpo y alma.

—Sácame de esta locura, Posidonia —me pide abriendo sus increíbles ojos, empezando a moverse.

Sus movimientos rápidos, seguros y a la vez rudos me recuerdan a cómo conduce su moto, como si quisiera huir de algo, y me muevo con él, siguiendo su ritmo frenético, siendo su puerto seguro, conectados totalmente, besándonos, mordiéndonos con ferocidad y con dulzura, descontrolados y controlados, y gimo en su boca con él completamente encajado en mi interior, deseando no soltarlo jamás.

—¡Venga, nena, córrete! ¡Dámelo! Quiero sentirlo —me anima moviéndose con más ferocidad dentro de mí.

Percibo cómo el orgasmo va ganando intensidad mientras él se adueña por completo de mi voluntad y cómo estalla en mi interior, arrastrándolo conmigo mientras derrama toda su esencia, que absorbo codiciosamente hasta la última gota.

Mi corazón late de la misma forma descontrolada y acelerada que late el suyo y cierro los ojos deseando detener el mundo, deseando no tener que echar de menos nunca esto y no tener que alejarme de él jamás.

—¿Estás bien? —me pregunta apoyándose en sus antebrazos.

—Más que bien, ¿y tú? —susurro.

—Cojonudo. ¿Te bañas conmigo? —me propone empezando a hacerme cosquillas.

Y riéndome feliz, me escabullo de entre sus brazos para adentrarme en el agua cristalina con él pisándome los talones. Nos bañamos entre juegos y besos y, por un momento, veo al Gael relajado, el que no parece cabreado con el

mundo, el que no desea huir de nada, al Gael que no quiero perder.

Tras bañarnos, nos tumbamos sobre las toallas mientras el sol acaricia nuestros cuerpos, y yo le hablo de mi infancia y de la dura separación de mis padres, de mi vida a caballo entre Madrid y Formentera, y de mi próximo empleo como sustituta en Massa Women, ante su atenta mirada y su sepulcral silencio, pues, a pesar de que estoy contándole mi vida al detalle, él en ningún momento me revela nada de la suya, tan cerrado como siempre dentro de su coraza de acero, y, aunque me gustaría saberlo todo sobre él, acepto lo que viene pidiéndome desde el primer momento en que nos conocimos, acepto su silencio, mientras esté conmigo en nuestro pequeño círculo de arena y sal.

—¿Te gusta el diseño, entonces? —me plantea con curiosidad.

—Sí, mucho —susurro soñadora mirando el cielo—. Me encanta crear algo de la nada, plasmar lo que siento en mis bocetos. De pequeña ya lo hacía: cogía mis Barbies y un trozo de tela, agujas o imperdibles y la vestía; tendrías que haber visto los modelitos que les hacía con un simple trapo.

—Me hubiera gustado verlos —me dice sonriendo, completamente atento a cada una de mis palabras.

—Te parecerá una tontería, pero ¿sabes lo que realmente me divierte? —le pregunto poniéndome de lado, quedando mi rostro a escasos centímetros del suyo.

—¿El qué? —me demanda sonriéndome con complicidad.

—Mirar a la gente; sentarme en medio de una ancha avenida y verla pasar, ver sus estilismos, sus combinaciones de colores, las texturas, cómo les sienta... Si me gustan, nada, pero si no me gustan... les creo un nuevo *look* en mi cabeza en apenas unos segundos.

—¿De verdad? ¿Y son muchos los que pasan tu examen?

—No demasiados —respondo divertida guiñándole un ojo.

—O sea, que eres una tía exigente.

—Por supuesto, no me conformo con cualquier cosa.

—Ni yo —susurra atrapando mi labio con suavidad entre sus dientes—.

¿Tienes hambre?

—Un poco, ¿y tú? —le pregunto con la respiración agitada.

—Mucha —contesta sonriendo abiertamente—. ¿Quieres que vayamos a El Capitán?

Visualizar la situación en mi cabeza es suficiente como para ponerme los pelos de punta y me tenso instintivamente; como mi padre me vea llegar con él, es capaz de enviarme de vuelta a Madrid en cero coma, y ni muerta.

—Mejor no; me apetece una hamburguesa del Blue. ¿Qué dices?

—Como quieras —masculla con dureza, levantándose y empezando a vestirse.

—Oye, ¿qué pasa? —inquiero levantándome yo también y cogiéndolo con suavidad por el hombro.

—Nada, vámonos —suelta con hermetismo.

Me visto en silencio, incómoda por su cambio de actitud y, una vez lista, lo sigo a través de las rocas y los arbustos hasta llegar de nuevo al sendero de arena donde está aparcada su moto.

—Si no quieres que vayamos al Blue, podemos ir a otro sitio —le digo conciliadora, deseando sentirlo de nuevo cerca de mí.

—No me importa a qué sitio vayamos —asegura colocándose el casco—, aunque a ti parece ser que sí. Toma, pónelo.

No le contesto y, tras suspirar profundamente, hago lo que me pide sintiéndome mal, pero, aun así, lo prefiero mil veces a tener que ver cómo mi padre me monta el numerito del siglo delante de él.

El sillín de la moto está hirviendo y pongo especial cuidado en rozarlo lo mínimo con las piernas y, tras sujetarme con fuerza a su cintura, arranca dejando una nube de polvo a nuestras espaldas, alejándose de nuestro pequeño círculo de arena y sal, donde tan felices hemos sido durante unas horas.

Capítulo 14

Comemos en el Blue mientras vamos recuperando poco a poco la complicidad perdida, con la música y el sonido de las olas de la playa Migjorn a escasos metros de nosotros.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Prueba —me responde guiñándome un ojo.

—¿Fuiste tú quien me siguió la noche que hablamos por primera vez?

—Sí —afirma recuperando la seriedad.

—¿Por qué?

—No lo sé; simplemente me dejé llevar por un impulso.

—Y, entonces, ¿por qué no te quedaste?

Sonríe sin contestarme, con los ojos azules brillando, y sé que, para frustración mía, no va a hacerlo.

—¿Qué harás cuando te vayas de aquí? —me atrevo a plantear.

—Ya te lo dije, no pienso en el futuro; lo que tenga que ser, será. ¿De qué sirve planificar tu vida? —me espeta de repente irritado.

—Supongo que para conseguir objetivos; me gusta tener una meta que poder alcanzar.

—¿Trabajar en Massa Woman es tu meta? —me formula enarcando sus cejas.

—No, trabajar en Massa Woman es sólo el principio; la meta será crear mi propia línea de ropa —respondo a la defensiva.

—¿Y qué sentido tiene tener una meta cuando el destino puede joderte la vida en un momento? —me pregunta con dureza achinando los ojos, que refulgen de rabia.

—Si eso ocurriera, me levantaría y seguiría adelante —sentencio con convencimiento sosteniéndole la mirada.

—Eso es muy fácil de decir —me responde con un amago de sonrisa—; levantarse es fácil, porque no tienes más remedio que hacerlo; lo difícil es seguir.

—Te equivocas —rebato—: lo difícil es levantarse; una vez que lo has conseguido, hay que seguir. Puedes elegir el camino fácil o el de tus sueños. ¿Cuál eliges tú? —le pregunto olvidándome de todo lo que nos rodea.

—Creo que te has equivocado de profesión, nena, deberías ser periodista o psicóloga, no veas cómo te va preguntar, ¡joder! —masculla con disgusto, dirigiendo la mirada hacia la playa.

—Lo tendré en cuenta si no me funciona lo del diseño.

—No quiero hablar más del futuro. ¿Te apetece que vayamos un rato a la playa?

—Claro —respondo deseando que vuelva a sonreír.

Tumbados sobre la fina arena, me empleo a fondo hasta conseguirlo, pues, entre besos y paciencia, consigo mi propósito, trayendo de nuevo junto a mí al Gael que tanto me gusta, al Gael a quien le brilla la mirada y el que no parece estar cabreado con el mundo.

Los siguientes días los exprimimos al máximo, dando paseos en moto, haciendo nuestra la pequeña cala perdida entre las rocas o yendo a su casa, donde disfrutamos de nosotros memorizando cada centímetro de nuestro cuerpo y, aunque su pasado y su vida siguen siendo un misterio para mí y continúo frustrándome con sus silencios como el primer día, ahora soy capaz de descifrar cada uno de sus gestos, sus miradas o sus sonrisas.

* * *

—A ver, guapita, ¿qué te pasa? —me pregunta mi amiga Paloma en El Capitán, mientras tomarnos unas cervezas.

—¿A mí? Nada —miento dando un largo trago a la mía mientras no dejo de pensar en él y en dónde estará, pues, aunque ayer ya me advirtió de que hoy tenía cosas que hacer, no he podido quitármelo de la cabeza en todo el puñetero día.

—Si a ti no te pasa nada, yo soy una lagartija.

—Déjalo, tía —murmuro sonriendo.

—No quiero dejarlo. Estás rarísima desde que has vuelto. ¿Vas a contármelo o no?

—¿Recuerdas a ese hombre que vimos aquí el día que llegué? —le pregunto finalmente, dándome por vencida.

—¡Como para no hacerlo! Menudo *macho man*. ¡Quién fuera la gomita de sus slips para estar bien cerquita! —exclama abanicándose con la mano.

—Un *macho man* con todas las letras, y te aseguro que yo he estado más cerca que la gomita de la que hablas.

—No irás a decirme que te lo has tirado... ¿Estás con él? —me pregunta al ver mi media sonrisa—. ¡Venga ya!

—Eso parece... por lo menos de momento —murmuro encogiéndome de hombros.

—¿Qué quieres decir? ¡O estás o no estás!

—Supongo que sí... pero apenas lo conozco. Estar con él es como estar subida en una montaña rusa de emociones, donde igual estás en lo más alto que estás dándote la hostia de tu vida.

—Eso de «en lo más alto» suena muy pero que muy bien... ¿Cómo de alto?

—Muy muy muuuy alto —le digo arrastrando las palabras—. Es brutal, Palo.

—Uffff, cállate, por favor; ten un poco de compasión, que estoy muy necesitada últimamente —me dice poniendo los ojos en blanco—. Si te parece, te quejas... ya quisiera yo estar subida en esa montaña rusa.

—El sexo no lo es todo.

—Sí, claro; eso es lo que se dice cuando se tiene mucho y del bueno, pero te aseguro que, cuando hace meses que no lo catas, sí que lo es. Créeme, lo que daría yo por un polvo en condiciones.

—Te hablo en serio, es un tío supercomplicado; te aseguro que es muy difícil estar con alguien como él.

—Pero ¿folla bien? —insiste sonriendo con picardía.

—Tú a lo tuyo, ¿quieres centrarte, por favor?

—No puedo y, además, me puede la curiosidad. Venga, contéstame y haz que me muera de envidia. ¿Folla bien?

—¿Bien? Eso es otro nivel; nunca había estado con alguien que me hiciera sentir tantas cosas a la vez.

—Cuidado con decir eso delante de Pablo.

—Ya lo sé, no puede ni verlo.

—¿Por qué?

—Vete tú a saber; dice que no le gusta el rollito que lleva.

—¿Porque besó a esa mujer?

—No lo sé, pero realmente sólo son amigos.

—Pues podría ser mi amigo también —suelta entre risas, pinchándome.

—Tus ganas —replico riéndome con ella.

—Ya podrías ser una buena amiga y compartir un poquito.

Entonces recuerdo cuando lo vi esa noche en la orgía, cómo todos estaban con todos y, como un rayo, la imagen de mi amiga cruzando por mi mente junto a él... ¡Ufff!, me estremezco sólo de pensarlo y desvíó la conversación hacia temas más banales; ni muerta le cuento nada de eso, por muy amigas que seamos.

Tras pasar la tarde con Paloma y sin noticias de Gael, me dirijo a casa de mi abuela, con la que ceno. Ella es mi bálsamo y la única capaz de serenar mi alma. Con el sonido de las cigarras y el olor de los pinos acompañándonos, hablamos de mi futuro en Massa Women, de mis planes y de mis ilusiones.

¿Dónde estás?

Leo el mensaje de WhatsApp de Pablo y tecleo la respuesta con rapidez.

En casa de mi abuela.

Tienes que ver una cosa. Paso a por ti, espérame en la puerta.

¿Qué quieres que vea?

No preguntes y sal.

Me despido de mi abuela tras inventarme una pésima excusa y salgo de su casa, donde espero a Pablo en la esquina, muerta de curiosidad por lo que quiere que vea y que tan urgente parece. Oigo el sonido de su moto acercarse y me pongo en alerta, nerviosa y presagiando que nada bueno me espera esta noche.

—Sube —me ordena.

—No he cogido el casco, espera —le digo dirigiéndome de nuevo a casa de mi abuela.

—Toma el mío —me ofrece impaciente.

—¿Y tú? Espera unos minutos y lo cojo.

—El casco es lo que menos me importa ahora; ponte el mío y monta de una vez —me ordena con seriedad sin dejar de darle gas a su moto.

—¿Adónde vamos?

—Ahora lo sabrás.

Subo a su moto con el corazón latiendo desbocado dentro de mí, preocupada por su actitud y con la sensación de no querer ver lo que tiene que mostrarme, y durante unos segundos valoro seriamente bajarme, pero al final me

puede la curiosidad y me aferro a su cintura, dejando mi corazón cerca de la verja que da acceso al jardín de mi abuela, mientras él acelera y nos alejamos de ella.

Capítulo 15

Tras casi una hora, de la cual durante un buen rato hemos circulado por caminos de arena y tierra, llegamos a una zona desierta alejada del resto de las casas, iluminada únicamente por la luz de la luna. Tengo un mal presentimiento y, cuando finalmente se detiene, le hago frente con una mezcla de miedo y desconfianza.

—O me dices inmediatamente qué hacemos aquí o me largo ahora mismo.

—Ahora te enterarás tú solita; no te despegues de mi lado.

—¿Por qué? ¿Adónde vamos?

—Te lo digo en serio; no te separes de mí pase lo que pase, promételo.

—Te lo prometo —murmuro mirando a mi alrededor sin reconocer el lugar.

—Sígueme.

Llegamos a pie a una nave abandonada, donde, a través de los sucios cristales, se divisa una tenue luz y avanzo pegada a su espalda con el corazón atronando desbocado en mi garganta.

—Gracias, tío —le dice Pablo al hombre que se encuentra en la puerta.

—¿Y ella?

—Ella viene conmigo; no se separará de mi lado, no te preocupes.

Trago saliva mientras el susodicho me mira de arriba abajo y finalmente abre la dichosa puerta.

Lo que primero procesan mis ojos es la gente, hombres en concreto, alrededor de algo. Percibo el calor, el olor a agrio, a sudor... los murmullos, la luz que proyecta sombras fantasmagóricas por doquier... No me gusta lo que veo, no me gusta la sensación que está ahogándome, no me gusta el miedo que atenaza mi garganta y me aferro a la mano de Pablo con fuerza.

—Por tu madre, no te separes de mí —me ordena con el cuerpo en tensión mientras el sudor cubre su rostro.

Me pego más a él, asustada como pocas veces en mi vida, mientras siento la mirada de los hombres sobre mí a medida que nos acercamos al círculo imaginario.

Y entonces lo veo, a él, a Gael, en posición de defensa, completamente concentrado en su contrincante, que se encuentra tan concentrado como lo está él.

La sensación de miedo me traspasa rotunda y es la mano de Pablo en mi boca la que acalla mi grito desesperado.

—Cállate, joder —me ordena en un susurro—. ¿Vas a hacerlo? —me pregunta presionando con fuerza mi boca con su mano.

Asiento con la cabeza, pues no puedo hablar, y poco a poco la retira.

—Son luchas ilegales —me aclara en un susurro.

—¿Cómo que luchas ilegales? —pregunto sin poder despegar la mirada de Gael.

—Apuestas y, cuanto más jodida es la lucha, más dinero hay en juego. Pueden pelear incluso con los ojos vendados, aquí todo está permitido.

La voz de Pablo me llega distorsionada por el miedo mientras veo cómo Gael le da la paliza de su vida al otro, sin piedad y con una dureza extrema, como si tuviera dentro de sí al mismísimo demonio, y me estremezco ante este hombre que no reconozco. Siento el vello erizado y cómo las náuseas crecen dentro de mí mientras a mis oídos sólo llega el sonido de los golpes que le propina al otro tipo, que está a punto de desfallecer. Las manos me sudan, no puedo alejar la mirada de él ni soy capaz de moverme mientras el otro cae y él se proclama vencedor.

—Ya has visto lo que tenías que ver, vámonos —me pide Pablo tirando de mí.

—Dime que no lo ha matado —susurro a punto de vomitar, sin poder moverme del sitio.

—Tranquila, sólo lo ha dejado inconsciente y posiblemente no podrá moverse en una buena temporada sin ver las estrellas, pero está vivo —me asegura al oído—. Vámonos, no me gusta cómo están mirándote esos tíos; no tendría que haberte traído.

—Pero, bueno, ¡mirad a quién tenemos entre nosotros! —La voz gangosa del tipo que tengo frente a mí me paraliza aún más y siento cómo el miedo se adueña por completo de mi cuerpo mientras un sudor frío me cubre de arriba abajo.

—Ni la mires, hijo de puta —masculla Pablo colocándose frente a mí en un intento por protegerme.

—¿Luna? ¿Qué coño haces aquí? —me espeta Gael aún con la mirada medio ida, acercándose a nosotros y haciendo a un lado a Pablo de malas formas hasta tenerme por completo frente a él—. ¿Estás loca o qué te pasa? —sisea entre dientes, cogiéndome con fuerza del brazo—. Eres hombre muerto como te atrevas a mirarla, tú o quien sea, ¿está claro? Os mato a todos —masculla con odio dirigiéndose a todos los tipos que no nos quitan la vista de encima—. Ratón, solúcionalo tú, me la llevo —le dice al hombre que reconozco del día de la orgía y de verlo por El Capitán con él mientras prácticamente me arrastra hasta la puerta.

—No la toques. He sido yo quien la ha traído aquí y se viene conmigo —interviene Pablo.

—Eres un imbécil, chaval; la has puesto en peligro, ¿lo sabías? Esos tíos se la hubieran comido viva —masculla temblando por la rabia que lo desborda, sin dejar de caminar arrastrándome con él.

—Tú eres el peligro, aléjate de ella —replica Pablo con furia, tirando de mi otro brazo y haciendo que se detenga.

Me siento como una muñeca entre ellos, incapaz de reaccionar y de racionalizar lo que he visto, y los miro en silencio mientras ellos libran una batalla de machos cabríos.

—¿Vas a decirme tú lo que tengo que hacer? No seas niño —vomita con odio.

—Aquí el único niño eres tú —replica Pablo sin soltarme.

—Mira —le responde Gael apretando tanto los dientes que temo que vaya a partírselos por la mitad, sin aflojar la presión que está ejerciendo sobre mi brazo —, podría dejarte igual de inconsciente que he dejado al tío de ahí dentro en un segundo si quisiera, así que no me jodas más o dejaré de controlarme para darte la paliza de tu vida.

La furia y el odio se desbordan por cada uno de los poros de su piel y el miedo por lo que pueda hacerle a Pablo me hace reaccionar de una vez.

—Pablo, déjame que vuelva con él.

—¿Estás loca? No puedes irte con él.

—¿Vas a impedirselo tú? —le pregunta Gael con sarcasmo.

—Gael —lo reprendo con seriedad—. Eso lo decidiré yo, Pablo. Por favor, no te preocupes, estaré bien.

—Suficiente —sentencia subiendo sobre su moto—. Tienes dos segundos, Luna, y tú, gilipollas, date prisa si no quieres que esos tíos te den la paliza que no te he dado yo.

—Vete, Pablo, te lo ruego —le pido asustada subiéndome a la moto de Gael y aferrándome a su cintura enérgicamente. Acto seguido, arranca, alejándose de Pablo y de esos tipos que hasta hace un momento me miraban como nunca un hombre debería mirar a una mujer.

Conduce como siempre, llevado por el diablo, pero ya no me siento segura con él, ya no reconozco el cuerpo que envuelven mis brazos, pues su mirada endemoniada sigue instalada en sus ojos. Tras un viaje agónico, detiene su moto frente a mi casa.

—¿Qué coño pretendías presentándote ahí? —me pregunta quitándose el casco y lanzándolo al suelo en un arrebato de ira.

—No sabía a dónde iba —murmuro bajándome de la moto, todavía en estado *shock*.

—Tu amiguito y tú os habéis comportado como un par de imbéciles inconscientes —me grita temblando por la rabia, desmontando él también.

—¡Te repito que no sabía a dónde iba! —replico empezando a llorar—. ¿Y tú? ¿Tú? ¡¡¡Tú...!!!

—Tú, ¿¡qué, joder!? ¡Dilo de una puta vez! —me chilla llegando hasta mí—. ¡Sí! Yo lucho, les doy a los imbéciles que se ponen frente a mí la paliza de su vida y les quito las ganas de pronunciar mi puto nombre hasta el resto de sus días. ¿Tan importante era para ti saberlo? ¿Ha sucedido algo? ¿Se ha detenido el mundo? —me formula con rabia, utilizando las mismas preguntas que le dije yo, mientras un relámpago ilumina el cielo, seguido del sonido de un trueno, y empieza a llover.

Lo miro sin reconocerlo, viéndolo de verdad por primera vez, con las lágrimas fluyendo libremente, y me siento débil a su lado, una simple niña, alguien a quien el mundo ha tratado demasiado bien frente a alguien que está demasiado cabreado con él.

—Se ha detenido el mío —murmuro con dolor—. Verte de verdad lo ha conseguido. Aléjate de mí, Gael —le pido con el agua empapando mi cuerpo anestesiado por el dolor.

—Nunca me había acercado realmente a ti, Posidonia —suelta cogiendo su casco del suelo.

—Más de lo que crees —susurro dándome la vuelta y entrando en mi casa, con su rostro grabado a fuego en mi cabeza, pero no el rostro que me miraba sonriendo, sino el otro, el de la violencia en su estado más primitivo, el del odio

extremo, y sé que no volveré a estar con él, que lo poco que teníamos se ha roto esta noche.

Empapada y temblando, me desnudo y me meto bajo el chorro de la ducha con el agua casi hirviendo, deseando que estos temblores descontrolados cesen de una vez, mientras la preocupación por Pablo me ahoga y la angustia por saber que nunca más volveré a estar entre sus brazos provoca mi llanto desgarrado, nacido del alma. Apoyada en la pared, recuerdo las palabras de mi padre mientras los momentos vividos junto a él se entremezclan con ellas... «¿Por qué, Gael? ¿Por qué hay tanto odio dentro de ti?» Y entonces recuerdo esas frases que entonces no entendía y que de repente empiezan a encajar en mi cabeza como las piezas de un puzle: «mala hierba nunca muere», «no me pasará nada»...

¿La persona que lo llamo cuando estábamos aquel día en la pequeña cala también estaba preocupada por él? «Soy un tío complejo que no se soporta.» «¿Por qué no te soportas? ¿Qué hiciste? ¿Qué quieres olvidar? —me planteo ahogándome con cada una de las preguntas—. ¿He hecho bien alejándome o debería haberme quedado junto a él e intentar entenderlo?» Al salir de la ducha ya empiezo a arrepentirme de mi precipitada decisión.

Tras secarme, me pongo un pijama mientras la tormenta se encuentra en su punto álgido y es entonces cuando, a lo lejos, me parece oír el sonido de una moto y agudizo el oído, deseando que sea la suya, con el corazón empezando a latir desbocado dentro de mí... No... no es su moto... ¡es la de Pablo! Corriendo, salgo de mi casa a su encuentro, sin importarme mojarme de nuevo.

—Dime que estás bien —le medio suplico mientras se quita el casco y compruebo aliviada que no le han hecho nada.

—Estoy bien, ¿y tú? —inquire bajando de la moto.

—También. Estaba muerta de miedo por si te hacían algo —le confieso abrazándolo—. Ven, entra en casa; estás empapado.

—Vaya, vaya... mira quién ha venido.

La voz de Gael, helada y herida, resuena en medio de la noche con el sonido de la lluvia y de los truenos de fondo y alzo la mirada hasta encontrarme con la suya, oscura y vacía.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto acercándome a él, sin saber cómo manejar esta situación.

—Buena pregunta —me responde con amargura, completamente empapado—. Y tú, ¿qué cojones haces aquí? —le dice con dureza a Pablo, acercándose a él.

—Eso mismo debería preguntarte yo a ti, ¿no te parece? —replica éste haciéndole frente.

—Por favor, no os peleéis —les ruego poniéndome en medio de ambos, temiéndome lo peor.

—Apártate, Luna, el gilipollas este y yo tenemos unas cuantas cosas que aclarar —me ordena Gael haciéndome a un lado.

—¿Ah, sí? No sabía que tú y yo tuviéramos algo de lo que hablar... gilipollas —le rebate Pablo arrastrando esta última palabra.

—¿Ah, no? En cambio, a mí me parece que me debes unas cuantas explicaciones —sisea apretando los dientes—. ¿Quieres decirme para qué coño la has traído esta noche?

—¡Para que viera quién eres realmente!

—¡Eres un capullo! La has traído porque no soportabas que estuviera conmigo —le escupe con desprecio—. ¿Crees que no me he dado cuenta de cómo la miras, imbécil?

Ante mí tengo a dos de los hombres más importantes de mi vida: Pablo, mi mejor amigo, mi primer amor y mi puerto seguro y, frente a él, Gael, mi acantilado, del que puedo tirarme o aferrarme con fuerza, y siento que estas estúpidas preguntas son el prelude de algo que nos dañará a todos y, como puedo, vuelvo a ponerme entre ellos.

—Por favor, Gael, eso no importa ahora; déjalo.

—No te metas, joder —murmura entre dientes apartándome de nuevo, a punto de estallar.

—Pablo, por favor —susurro medio llorando tirando de su brazo.

—Déjanos, Luna —masculla liberándose de mí.

—¿Te gusta, verdad? Seguro que te mueres por follártela —sentencia con odio casi pegándose a su cuerpo.

—No tienes ni idea —susurra Pablo con una sonrisa burlona.

—¿De verdad? ¿Y por qué no me lo aclaras?

—Me la follé antes que tú, desgraciado, y todas las veces que quise —le contesta con una sonrisa triunfal—. Fui el primero que se la folló y si no estamos juntos es porque yo no quiero.

—¡Pablo! —grito sin poder creer lo que estoy oyendo.

De repente veo cómo, casi a la velocidad de la luz, el puño de Gael se estampa con furia contra la cara de Pablo ante mi mirada aterrada, y cómo éste le devuelve el golpe.

Y grito, grito enloquecida, mientras ellos se dan la paliza del siglo, y suplico, les suplico que paren intentando separarlos, viéndolo todo como a cámara lenta, como si no estuviera sucediendo realmente, mientras oigo de fondo mis llantos histéricos y siento mi cuerpo temblar... pero ellos no cesan y, al final, me rindo ante la violencia que tanto detesto, detestándolos a ambos, acurrucándome en el suelo, derrotada y superada por la situación.

—¡Me cago en la madre que os parió! —La voz de mi padre me saca de mi estado de histeria y alzo la mirada mientras él consigue separarlos y mi mirada se encuentra con la de Gael.

Durante unos segundos nos aislamos del mundo hablándonos en silencio, en el silencio de nuestras miradas; arrepentimiento, amor, duda, renuncia... y una certeza: el final precipitado de lo que pudo ser y no será, pues esta noche todo ha terminado para nosotros y, con el corazón en un puño, veo con dolor cómo se da la vuelta y se aleja de mí mientras mi padre se vuelca en ayudar a Pablo, que no puede tenerse en pie.

—¡Vamos, muchacho! Apóyate en mí —le pide mientras el agua lo empapa por completo—. Luna, ¡¡a casa!! —brama.

Miro hacia la oscuridad, hacia donde su silueta ha desaparecido, y siento cómo mi alma se va con él, dejándome desprovista de ella, y salgo hacia la negrura que lo ha engullido, ignorando a mi padre y olvidándome de todo, sólo dejándome llevar.

—¡Gael! —lo llamo desesperada corriendo hacia él—. No te vayas; lo siento, siento lo que ha sucedido esta noche. Quédate conmigo, por favor —le ruego sujetándolo del brazo mientras él se sube a su moto sin mirarme en ningún momento y el agua crea una cortina a nuestro alrededor—. Mírame, por favor, Gael, por favor.

—Se acabó, Luna, vuelve a casa —masculla con todo su cuerpo en tensión.

—¡No! Nada ha terminado todavía —le grito temblando entre lloros, sin soltarle el brazo, mientras él empieza a darle gas a la moto.

—Habías hecho lo correcto al pedirme que me alejara de ti, ¡no cambies de idea ahora, joder! —vocifera mirándome al fin, con el rostro chorreando por el agua que, incesante, cae sobre nuestras cabezas.

—¡No! No me hagas caso, estaba asustada...

—¡Escúchame, nena! —me corta, para bajarse luego de la moto y sujetar mis hombros temblorosos—. ¡Cálmate, por favor! Hace unos días me preguntaste por qué no me quedé contigo la noche que te seguí —me dice con

dulzura—, ¿lo recuerdas? No lo hice porque sabía que terminaría sucediendo algo como esto. Aunque lo deseemos, tú y yo no podemos estar juntos, estoy demasiado jodido.

—Eso es una tontería, claro que podemos estar juntos —rebato desesperada, rodeando su cuello con mis brazos, necesitando aferrarme a él y dejándome guiar por mi corazón, olvidando todo lo que he vivido y sentido esta noche—. Yo... yo te quiero, Gael —le confieso asombrándome por mi revelación, pues hasta este instante no había querido darme cuenta de lo que sentía por él.

Durante unos segundos, nos miramos temblando, perdiéndonos en el otro, demasiado impresionados como para poder reaccionar.

—Que te vaya bien, en serio —murmura finalmente endureciendo el gesto, dándome la espalda y subiendo a su moto.

Temblando, lo observo arrancar y alejarse de mí, dejándome en medio de la calle con el cuerpo empapado por la lluvia y sintiendo cómo el mundo gira a gran velocidad a mi alrededor, conmigo paralizada en el centro, muriendo por dentro.

—Te quiero, Gael —susurro de nuevo, viéndolo todo borroso a través de las lágrimas.

Capítulo 16

Entro en casa temblando, de nuevo empapada y con la sensación de estar viviendo una auténtica pesadilla, y en silencio observo cómo mi padre, que ha recostado a Pablo en el sofá, está empezando a limpiarle la sangre de la cara.

—Te han dado una buena paliza, chico.

—Estoy bien —masculla mirándome con dureza.

—¿Hay que llevarlo al médico, papá? —formulo abrazándome a mi cuerpo y mojando el suelo con mi ropa empapada.

—Será lo mejor, y luego... —murmura mirándome con decepción—... luego hablaremos tú y yo.

—Papá...

—Ahora no, Luna, voy a por el coche —me corta levantándose y saliendo de casa dando un sonoro portazo.

—¿Cómo has podido, Pablo? —le recrimino llegando hasta él.

—Cómo he podido, ¡¡¿qué?!! —me pregunta con dureza.

—¡¡¡Decir lo que has dicho!!! —bramo—. ¿A qué ha venido eso de que tú me has follado primero todas las veces que has querido y que si no estamos juntos es porque no quieres? Pero ¿tú de qué vas? —le espeto alzando la voz y cabreándome por momentos—. Déjame que te aclare una cosa: si no estamos juntos es porque yo tampoco quiero, porque a quien quiero es a él, no a ti, y tú... tú esta noche lo has estropeado todo. ¿De verdad querías que lo viera por mí o por ti? —añado ardiendo de rabia, sin poder dejar de llorar.

—¡Por ti, joder! —me asegura con rotundidad.

—¡Y una mierda! Creo que Gael tenía razón y te has valido de lo que hace para separarnos —susurro mirándolo con desprecio.

—Lo que hace es dar palizas a la gente, ¿de verdad no te importa?

—Él corre el mismo peligro de terminar tirado en el suelo.

—¿Estas defendiéndolo?

—¡¡¡No!!! —le grito confundida.

—¡Pues no lo parece!

—Solo sé que es un buen tío que nunca te hubiera puesto la mano encima si tú no lo hubieras provocado; no sé por qué lo has hecho, pero no lo has hecho por mí —musito mirándolo con desdén—. Lo has hecho por ti, porque te podía que estuviera con otro que no fueras tú.

—No digas tonterías —sisea entre dientes levantándose con dificultad del sofá.

—¿Qué pasa aquí? —pregunta mi padre, que acaba de entrar en casa.

—Nada, papá. Que te lo cuente él, si quiere; voy a acostarme.

—¿No vienes con nosotros?

—No —sentencio rotunda, rota por dentro.

—Señorita, tú y yo tenemos una conversación pendiente, no vas a librarte de ella.

—No tengo intención de hacerlo —susurro cerrando con suavidad la puerta de mi habitación y apoyándome en ella sin poder creer lo que ha sucedido.

Me quito el pijama empapado y lo sustituyo por otro seco sin poder dejar de llorar, echándole de menos y con la certeza de que nunca lo olvidaré, de que siempre, pase lo que pase, permanecerá anclado en mi corazón.

Despierto con el cuerpo entumecido y, sin fuerzas para levantarme, dirijo la mirada hacia la ventada, observando el cielo encapotado, con los recuerdos abriéndose paso en mi cabeza y en mi corazón. Cierro los ojos de nuevo, deseando poder borrarlos para siempre, deseando poder retroceder en el tiempo y no subir a la moto de Pablo. ¿Por qué lo hice? ¿Por qué no hice caso a mi corazón?

Finalmente, y casi arrastrándome, me levanto con el sonido de la canción *Kiss the rain*³ llegando hasta mi habitación. Mi padre siempre escucha a Yiruma cuando necesita pensar, así que supongo que no es una buena señal que esté haciéndolo y, tras asearme, salgo a la terraza, donde lo encuentro sumido en sus pensamientos fumándose un cigarrillo y me siento a su lado, sabiendo que tenemos una conversación pendiente. Observo el cielo cubierto por las nubes y el color del mar, que ha dejado de ser turquesa para mostrar su peor cara, como posiblemente hoy muestre yo la mía.

—Tenemos que hablar —sentencia sin volverse para mirarme.

—Lo sé —susurro—. ¿Cómo está Pablo?

—Bien, sólo tiene un par de contusiones y el labio partido; ha sido su orgullo lo que ha salido peor parado —me dice con la vista fija al frente—. Espero que lo de anoche le sirva como lección para no volver a relacionarse con quien no debe.

—¿Eso también va dirigido a mí, papá? —musito con la música tranquilizadora de Yiruma de fondo.

—Por supuesto. ¿Qué hubiera sucedido si no hubiera vuelto antes a casa? —me plantea mirándome al fin.

—No lo sé —susurro bajando la vista al suelo.

—Mira, Luna: siempre he confiado en ti y nunca he dudado de tu sensatez, y tú —murmura finalmente tras un agónico silencio— te has aprovechado de mi confianza. ¿Por qué? —me recrimina con dolor.

—Porque no veo lo que tú —respondo con un nudo en la garganta—. Siento lo que ocurrió anoche, pero Pablo no dejó de...

—¡Ni se te ocurra echarle la culpa a Pablo! —brama fuera de sí, dejándome clavada en la silla.

—¿Sabes lo que hizo, papá? —musito.

—¡Sí! Me lo contó todo: te puso en peligro al llevarte allí, pero tú ya estabas en peligro. ¿Por qué? ¿Por qué, de entre toda la gente de esta isla, tenías que fijarte en ese hombre? ¿Acaso no te lo advertí?

—¿Y me lo preguntas tú? ¿Tú, que te enamoraste de una turista que estaba de paso? ¿Por qué no te enamoraste de una isleña?

—¡No compares a tu madre con ese tipo! ¡No es lo mismo! —me replica con dureza.

—Para mí sí lo es. ¿Y sabes por qué?, porque el corazón no escucha la razón —murmuro levantándome y mirándolo con dolor—. De todas formas, no tienes que preocuparte más por él. Se acabó, papá. Puedes estar contento, tú y Pablo —sentencio con dureza, cogiendo el casco y dirigiéndome hacia mi Vespa.

—¿Adónde vas? ¡No hemos terminado!

—¡Yo sí lo he hecho! —le digo subiéndome a mi moto ante su furiosa mirada.

Tras ponerme el casco, arranco, alejándome de él y de mi casa con un claro destino, nuestro círculo de arena y sal, el lugar donde fuimos tan felices y que tan lejano me parece ahora. Ojalá hoy fuera mi ayer, ojalá volara de nuevo sobre la carretera junto a él vibrando de felicidad, ojalá... ojalá no hubiera visto lo que vi, ojalá no hubiera sucedido lo que sucedió... Maldito Pablo por mostrarme lo que no pedí ver, maldito sea por separarlo de mí.

Detengo mi moto en el mismo lugar en el que él acostumbraba a detener la suya y, en silencio, recorro el mismo camino que tantas veces recorrimos juntos, llegando al sendero invisible entre las rocas hasta alcanzar la pequeña cala, pero hoy todo ha cambiado, hoy la posidonia muerta cubre la orilla y el agua ha

dejado de ser del color de sus ojos para mostrar un color oscuro y triste. Abatida, me siento en la húmeda arena apoyándome en las rocas, sumida en mis pensamientos y rememorando cada momento vivido junto a él, con el viento azotando mi rostro y con su nombre resonando con fuerza en mi corazón, aferrándose a él.

—Gael... —susurro con un nudo en la garganta, fijando mi vista en la posidonia muerta que va llegando a la orilla con el empuje de las olas, y entonces lo entiendo.

La posidonia es una planta marina que purifica el agua, consiguiendo que tenga ese color turquesa tan característico... «¿Tenía ese efecto yo en él? ¿Por eso me llamaba así? —me pregunto sintiendo cómo las lágrimas mojan mis mejillas—. ¿Porque lo hacía sentir mejor, más puro quizá?»

Suena mi teléfono y veo que es Pablo, pero rechazo la llamada. No quiero hablar con él ni quiero volver a verlo, y, aunque puede que sea injusta, no puedo evitar culparlo de todo lo que sucedió anoche. Cuando vuelve a llamar, rechazo su llamada de nuevo, secando mis lágrimas con rabia.

—Vete a la mierda —susurro con rencor, abriendo el WhatsApp y viendo que Gael está en línea.

Sin querer pensar en nada que no sea lo que mi corazón me pide a gritos, le envié un mensaje con manos temblorosas.

Necesito verte, por favor.

Los minutos pasan lentamente sin que pueda despegar la mirada de la pantalla, pero, ante su falta de respuesta, doy por hecho que no va a contestarme, de la misma forma que yo estoy haciendo con Pablo, y, levantándome, me despido de este círculo de arena y sal que siempre será nuestro, decidida a verlo sea como sea.

Con ese convencimiento me encamino hacia su casa, dejándome llevar por lo que mi corazón me exige desesperado, pues, aunque no he cambiado de idea sobre mi repugnancia a cómo se gana la vida, anoche me di cuenta de algo más importante... de que lo quiero y quiero estar con él, un día, dos, cinco o los que tengamos por delante. Aferrada a ese sentimiento, llego hasta su casa, donde detengo mi Vespa.

Su moto no está y, con un mal presentimiento, llamo al timbre, una, dos y tres veces; rodeo la casa, e incluso valoro seriamente saltar el muro, pero está demasiado alto y al final lo desestimo.

—¿Dónde estás, Gael? —exclamo en voz alta viendo las gaviotas surcar el cielo plumizo.

Miro de nuevo el móvil... nada... y finalmente me subo a mi Vespa sin saber hacia dónde ir realmente, sintiéndome perdida de repente, como si lo necesitara para poder seguir, echando de menos el acantilado de su cuerpo, echándolo de menos... a él.

Llego a casa de mi abuela, donde la encuentro metida en la cocina, y la saludo con tristeza.

—Hola, *güela*.

—Hola, hija. ¿Estás mejor? —me pregunta secando sus manos con el paño de cocina.

—¿A qué te refieres? —formulo extrañada.

—Tu padre me ha contado lo que sucedió anoche; estaba preocupado por ti y ha venido a buscarte pensando que estarías aquí.

—Ya —susurro apoyándome en la pared.

—Ven conmigo, cariño; vamos a sentarnos un rato, que estoy cansada.

La sigo en silencio hasta el banco de mullidos cojines, donde me siento a su lado.

—Pablo no debería haberte llevado a ese sitio, te puso en peligro innecesariamente —sentencia enfadada, mirando la higuera que, majestuosa, domina todo el jardín.

—Lo sé.

—Pero también sé que, si lo hubiera sabido, no te hubiera llevado; pecó de imprudente y se dejó llevar por sus sentimientos.

—¿Crees que todavía me quiere?

—Eso deberías preguntárselo a él, hija. De todas formas, ése no es el problema.

—No, no lo es.

—¿Tú lo quieres? —me pregunta, y sé perfectamente a quién se refiere.

—No lo conozco lo suficiente, *güela* —le respondo prudente, evitando contestar.

—No te estoy preguntando si lo conoces, te estoy preguntado si lo quieres.

—Sí —susurro—, pero ahora ya es tarde. He ido a su casa y no está, y tampoco responde a mis mensajes.

—Las personas necesitamos nuestros tiempos, Luna; dáselo y tómate tú el tuyo.

—Estoy pensando en regresar a Madrid.

—Tan pronto... —murmura—. Piénsalo, cariño, y no te precipites... pero, si finalmente eso es lo que te pide tu corazón, hazlo.

—Lo siento mucho, *güela*; siento que lo he hecho fatal desde que he regresado —le digo empezando a llorar—. He decepcionado a papá, apenas he estado contigo ni con mis amigas y he roto mi amistad con Pablo.

—Bueno, las cosas siempre parecen peores de lo que son cuando tenemos la tormenta sobre nuestra cabeza. Date tiempo, cielo, y verás cómo no es tan malo como te lo parece ahora, y sobre todo no seas tan dura contigo misma, no te hables así —me pide dándome un beso—. Vuelve a casa si es eso lo que necesitas, pero que este suceso tan triste no sirva para alejarte de nosotros; a tu padre se le pasará el enfado y lo de Pablo lo solucionaréis con el tiempo. Al final son los verdaderos sentimientos los que prevalecen sobre los que no lo son y, aunque ahora estéis disgustados, seguro que terminaréis olvidándolo.

—Eso espero —murmuro secando mis lágrimas.

—Venga, no llores más. ¿Te quedas a comer conmigo? Si vas a irte, quiero tenerte conmigo todo lo que pueda.

—Claro que sí.

Paso el resto del día en su casa y, sentada en el suelo, apoyada en el tronco de la vieja higuera que tantas cosas ha visto, valoro mi decisión de irme. Aquí está mi abuela, a la que tanto quiero, mi padre y mis amigas... «Y Pablo, también está él, y si me quedo tendré que verlo todos los días —pienso con rencor mientras las palabras que le dijo a Gael anoche resuenan en mi cabeza—. ¿Cómo pudo ser tan cabrón?»

El sonido de mi teléfono me saca de mis oscuros pensamientos y lo descuelgo al ver que es Paloma.

—Dime.

—Cena de chicas en el Blue, y no te escaquees, que tienes mucho que contar.

—Tú no te vas por las ramas, ¿eh, maja?

—Ya sabes que la confianza da asco, y puedes dar gracias porque no esté haciéndote el interrogatorio de tu vida por teléfono.

—Gracias —respondo con ironía.

—En serio, ¿estás bien? Porque Pablo está hecho mierda.

—Que le den.

—Luna —me dice con un punto de reproche en su voz.

—¡Ni Luna ni leches! —mascullo con rencor.

—¡Venga ya, tía! Él no sabía que te ponía en peligro al llevarte a ese sitio.

—No estoy enfadada por eso, aunque también debería estarlo. Oye, hablamos esta noche.

—Vale, a las ocho en el Blue.

—¿Vamos a cenar o a merendar? —le pregunto sonriendo al fin.

—Primero nos tomaremos algo e iremos haciendo el previo, ¡que me tienes preocupada, tía!

—Estoy bien, no sufras.

—Sí, eso mismo dice Pablo, pero la realidad es que mis dos mejores amigos no se hablan; déjame que me quede con eso y que me preocupe.

—Venga, nos vemos luego.

Cuelgo el teléfono y suspiro con tristeza volviendo a entrar en el perfil de WhatsApp de Gael. Tiene un primer plano suyo con las gafas de sol puestas y acaricio su rostro con el pulgar con tristeza... Está en línea y durante unos segundos estoy tentada de enviarle otro mensaje, pero ha leído el anterior y no me ha contestado, así que... ¿para qué?, me pregunto saliendo de debajo de la higuera y yendo hacia el interior de la casa, donde mi abuela está sentada frente a la ventana, haciendo calceta.

—¿Estás mejor, hija? —se interesa levantando la vista de su labor.

—Supongo. Me marcho, *güela*. Vendré mañana a estar un ratito contigo.

—Si vienes, me ayudarás en el jardín, quiero podar unas plantas.

—Vale, nos vemos mañana —me despido dándole un beso.

Capítulo 17

Llego a mi casa; mi padre no está, pues todavía es pronto. Tras poner el cedé de Vanesa Martín, me tumbo sobre la cama mientras empieza a sonar la canción *9 días* y me centro en la letra de esa canción, que tiene tanto que ver con nosotros, pues, como dice, yo también me despedí de un modo muy valiente, tanto que en ningún momento pensé en cómo me sentiría cuando le pedí que se alejara de mí. Me dejé llevar por el miedo, por lo que sentí dentro de esa nave, y olvidé lo que sentí con él durante todo el tiempo que estuvimos juntos; lo juzgué sin saber, lo dejé sin pensar y, cuando me arrepentí, fue demasiado tarde... y ahora, ahora retrocedería en el tiempo si pudiera, ahora me aferraría con fuerza a su cuerpo y volaría de nuevo sobre su moto, sabiendo que estoy dentro de mi círculo de arena y sal.

A las siete empiezo a arreglarme sin demasiadas ganas y, tras darme una ducha y vestirme, cojo mi móvil y le envío otro mensaje.

Estaré en el Blue con mis amigas. Ven, por favor, tenemos que hablar.

Y al segundo, su respuesta. No puedo creerlo y, emocionada, la leo con las manos temblorosas y el corazón latiendo feroz en mi interior.

Ya no estoy en la isla, olvídate de mí.

«¿Cómo que ya no está en la isla? —me pregunto con angustia, sentándome en el sofá sin poder creerlo—. ¿Y cómo puede pedirme que me olvide de él? ¿Acaso ya no recuerda cuando me pedía que me tatuara un ancla para no olvidarlo? ¿Dónde han quedado esas palabras?», me digo empezando a llorar de nuevo, recordando sus besos en mi nuca y sus... «aquí, nena». ¡Joder, Gael! ¿Por qué?

Nunca.

Tecleo viendo las letras borrosas a través de las lágrimas y, tras darle a «Enviar», salgo de casa deseando que la brisa fresca procedente del mar me tranquilice, aceptando que definitivamente todo ha terminado entre nosotros, y

cerrando los ojos me apoyo en la pared del porche obligándome a dejar de llorar... «Al final era algo que tenía que suceder; lo nuestro era sólo algo pasajero y ya ha sucedido», me recuerdo en un intento por consolarme.

Una vez consigo calmarme, me dirijo al baño, donde arreglo el estropicio que han ocasionado mis lágrimas con el rímel y, cuando cojo el móvil para dejarlo en mi bolso, veo que tengo otro un mensaje suyo.

Nunca digas nunca, Posidonia.

Me quedo paralizada en el salón, con el móvil en la mano... «Nunca digas nunca...», leo, releo y vuelvo a leer, y finalmente lo dejo en el bolso sin contestarle, sabiendo que, diga lo que diga, jamás lo olvidaré.

Cuando llego al Blue diviso a mis amigas sentadas cerca de la pasarela de madera y, cabizbaja, me acerco a su mesa.

—Hola, chicas —las saludo sentándome en la silla que queda libre.

—¿Qué tal? —se interesa Jimena.

No puedo responder y sonrío con tristeza, incapaz de contestarle sin echarme a llorar y, al final, suspiro profundamente mordiendo mi labio tembloroso.

—¿Te apetece tomar algo? —me pregunta Paloma—. ¿Una Coca-Cola? ¿Una cervecita? ¿Un tequila?

—Una cervecita, si no te importa; ya llegaremos al tequila más tarde —le respondo con los ojos empañados por las lágrimas.

Con mi cerveza en la mano y, entre lágrimas, comienzo a relatarles mi historia con Gael; una historia que, aunque breve, ha sido suficiente como para cambiar mi vida y cambiarme a mí misma.

—¿Pablo le dijo eso? ¿Cómo pudo hacerlo? —exclama Jimena sin dar crédito.

—No lo sé —murmuro mirando al frente sin ver realmente.

—Maldito cabrón engreído —sentencia Paloma, rotunda.

—¿Esto también te lo había contado? —le pregunto con curiosidad, fijando mi mirada en ella.

—Omitiendo sus frases, por supuesto.

—Por supuesto —mascullo dándole un sorbo a mi cerveza—. No me folla porque no quiere... ¡menudo hijo de puta!

—Fanfarrón de los cojones.

—Tenías que haberle dado tú el puñetazo —secunda Jimena—. Gael hizo bien cerrándole la boca.

—Podría haberlo molido a palos y no lo hizo —murmuro recordándolo todo, mientras un escalofrío recorre mi cuerpo.

—Y no creo que fuera por falta de ganas —interviene Paloma.

—Supongo que se contuvo por mí. De todas formas, eso no importa ahora... estoy pensando en volver a casa.

—¿A Madrid? —suelta Palo, abriendo los ojos desorbitadamente—. ¡Y una mierda, tía!

—Palo, no soporto verlo ahora y, si me quedo, terminaré haciéndolo.

—Ignóralo, es tan fácil como eso.

—Claro, como si eso fuera posible.

—Oye, hace un año que no te vemos el pelo. No puedes irte ahora... podemos salir las tres juntas, podemos hacer lo que tú quieras, pero no te vayas. Huyendo no harás que cambien las cosas y sabes que, al final, vas a tener que solucionarlo con Pablo, aunque nunca vuelva a ser igual entre vosotros —me recomienda Jimena con dulzura.

—¿Os importa si dejamos el tema? Necesito pensar en otras cosas.

—Oye, se me acaba de ocurrir... ¿y si nos marchamos mañana a Ibiza? Podríamos quedarnos en casa de mi tía, tres o cuatro días, nosotras solas. ¿Qué os parece? —nos propone Palo, emocionándose por momentos.

—¿Y tiene sitio para las tres?

—Aunque durmamos en un saco de dormir en el suelo, que nos dé techo y un baño en condiciones y listo. ¿Qué decís?

—Digo que sí —contesto sonriendo con tristeza, deseando salir de esta isla cuanto antes.

—¡Y yo! —secunda Jimena.

—Entonces... ¡¡¡hecho!!! ¡¡¡Ibiza, tiembla que vamos!!! —grita entre risas alzando su cerveza.

* * *

El viaje a Ibiza es justo lo que necesito y, durante esos días, me dedico a tomar el sol, a salir de marcha y a recuperar la sonrisa que él se llevó consigo esa noche que a pesar de mis esfuerzos no consigo olvidar.

Estamos paseando por el casco antiguo cuando nos detenemos ante el escaparate de una tienda que vende desde capazos de rafia a bisutería y durante unos instantes lo admiro en silencio.

—¿Os cuento un secreto? —nos pregunta Paloma, devorando con la mirada el escaparate tal y como estoy haciendo yo.

—Cuenta —le pido curiosa, dejando de babear y mirándola al fin.

—Ni una palabra, os mato como lo contéis —nos amenaza reanudando la marcha —. ¿Lo prometéis? —insiste achinando los ojos.

—¡Que sí, pesada! —contesta Jimena colocándose a su lado.

—Sabéis que siempre he querido un bolso de Carolina Herrera, ¿verdad?

—Sí, hija, sí; eres muy pijita tú —le digo sonriendo, ganándome una mirada asesina por su parte.

—Si vas a meterte conmigo, no te lo cuento.

—¡Que nooo! ¡Venga, suéltalo!

—Pues nada, como sabía que esos bolsos costaban un huevo y parte del otro, empecé a ahorrar y, cuando tenía trescientos cincuenta euros, aprovechando que estaba en Barcelona, fui a comprármelo.

—¿Y qué hacías tú en Barcelona? —la corto.

—¿Te has comprado un CH? —interviene asombrada Jimena—. ¡Eso no me lo habías contado!

—¿Queréis no interrumpirme? Pues nada, llego yo toda puesta a la tienda, y ahora, un inciso, ¿por qué esos bolsos no tienen puesto el precio? —nos pregunta como si fuera algo transcendental.

—Porque esos bolsos son para las ricas y ellas no necesitan mirarlo —afirma Jimena—, no como nosotras.

—¿Cómo no van a poner el precio? Seguro que lo llevarán en alguna etiqueta escondida dentro de algún bolsillo —aseguro con convencimiento.

—Bueno, da igual. El caso es que vi uno monísimo, grande como a mí me gustan. Os juro que fue amor a primera vista, un auténtico flechazo —nos confiesa emocionada.

—Como si te viera —digo entre risas, pues mi amiga es una fanática de los bolsos y más si son de CH—. ¿Y qué sucedió?

—Pues nada... lo cojo y, con la cabeza bien alta, le digo a la dependienta, dejándolo sobre el mostrador, «me lo llevo», y me suelta «mil quinientos ochenta euros». Nenas, así me quedé —comenta abriendo desmesuradamente los ojos y la boca.

—¿Y qué le dijiste? —me intereso tronchándome.

—Ya no me lo llevo —afirma con una carcajada.

—Le dijiste ¿ya no me lo llevo? —repite Jimena muerta de la risa.

—Tal cual, ni loca me gasto esa pasta. Además, mi madre me hubiese matado si llega a enterarse, y tampoco llevaba tanto dinero.

—Pero, atontada, ¿qué pensabas que iba a costarte? —inquiero secándome las lágrimas.

—¿Yo? ¡Pero si pensaba que incluso iba a sobrarme dinero! —contesta empezando a descojonarse con nosotras.

—¡Pa matarte! Llego a ir contigo y me muero de la vergüenza —comento riéndome con ganas.

—Pues yo no: se lo solté, me di media vuelta y me largué.

—Mira que eres fuerte. Por cierto, monina, no me has contestado, ¿a qué fuiste a Barcelona?

—¿Tú qué crees? —me responde con una pícara sonrisa, aleteando sus largas pestañas.

—¿Fuiste a hacer algún *casting*?

—¡Meeec! ¡Error! —dice riéndose.

—A ver, pregunta de Trivial: ¿cuál es su actor favorito? —interviene Jimena sonriendo.

—Orlando Sun —le respondo poniendo los ojos en blanco, pues mi amiga es su fan número uno.

—¡Exacto! —suelta Paloma, entusiasmada.

—¿Y? —les pregunto un poco perdida.

—¿Cómo que «y»? —replica Palo como si fuera algo obvio—. Él iba como invitado a la gala de la revista *Glamour* y allí que me colé. ¡Como en la canción de Mecano! Sólo que me colé como camarera, ¡hasta le ofrecí una copa de vino! ¿Te lo puedes creer? —añade entusiasmada.

—¡Nooooo! ¿Y no te reconoció? Porque no será que no te has colado en fiestas y eventos varios en los que él estaba —contesto mofándome.

—Sí, sí, tú búrlate, maja, pero estoy segura de que llegará el día en que seré yo la que irá de invitada a una de esas fiestas colgada de su brazo, aunque ahora tenga un poco aparcado el tema de los *castings*.

—¿Y eso?

—Ya sabes, lo de siempre —murmura encogiéndose de hombros sin profundizar más en el tema, y la abrazo mientras reanudamos la marcha.

Capítulo 18

—Mirad —les digo señalando hacia un estudio de tatuajes.

—¿El qué? —me pregunta Paloma sin entenderme, dirigiendo sus mirada hasta donde está posada la mía—. ¿No estarás pensando en hacerte uno?

—Pues sí, me gustaría tatuarme algo que me recordara a él.

—¡Venga ya! ¡No me jodas, tía! ¿Qué vas a tatuarte, su nombre? ¿Para que luego te enamores de otro tío y lo tengas de recuerdo perpetuo? ¡Vamos, ni que fueras Melanie Griffith! ¿Qué vas a hacerte, un corazón y su nombre dentro? —suelta burlona.

—Yo conocí a un tío que llevaba la cara de su madre tatuada en el pecho. ¿Te imaginas estar echando un polvo viendo la cara de tu suegra? Os juro que se me quitarían las ganas en el acto —nos cuenta Jimena riéndose.

—¡Qué idiotas sois! No voy a hacerme ningún corazón ni a tatuarme la cara de nadie, voy a tatuarme un ancla.

—Oye, Luna, ahora en serio: no hagas tonterías; sé que estás dolida y es normal, pero, escúchame, esto no deja de ser un simple rollete de verano. Si quieres tatuarte, por mí, genial, pero que no sea por un tío que apenas conoces —me aconseja Paloma, intentando hacerme entrar en razón.

—Para mí ha sido algo más que un rollete de verano —respondo tozuda, dirigiéndome a la puerta.

—A mí también me gustaría tatuarme —secunda Jimena, siguiéndome y pasando de Paloma.

—¡Venga ya! Pero ¿estáis tontas o qué os pasa? ¿A qué viene ahora la fiebre del tatuaje? Además, Luna, tendrás que darme la razón en que apenas lo conoces —continúa su machaque incesante, mientras nos sigue al interior del estudio.

—Me da igual, voy a hacerlo —afirmo obcecada.

—¡Y yo! ¿Por qué no nos tatuamos algo las tres?

—¡Y una mierda! —sentencia Paloma cruzándose de brazos—. ¡A mí no me pincha ni Dios!

Ignorando a mi amiga y tras hablar con el tatuador, me decido por una pequeña ancla que me tatúo en la parte baja de la nuca, justo donde él depositó sus besos y, para descojone de Jimena y mío, embaucamos a Paloma para tatuarnos las tres una pequeña estela de estrellas en el reverso de nuestras muñecas.

—¡No me lo puedo creer! ¡No puedo creerme lo que me habéis hecho hacer! —se queja medio lloriqueando una vez estamos fuera del estudio mirando su muñeca.

—¡Venga, y no te quejes tanto, que te hemos dejado elegirlo a ti! —le digo riéndome y dándole un beso.

—¡La madre que os parió! ¡Os odio! Además, ¿sois conscientes de que por culpa de esto no vamos a poder bañarnos?

—¿Cómo que no? Lo que no tenemos es que mojarlo, pero podemos bañarnos con el brazo en alto.

—¡Sí, claro! ¡Ni muerta, tía!

—Pero si te ha encantado. Además, este tatuaje nos une más como amigas —le comenta Jimena dándole otro beso.

—¿Y por qué no nos hemos comprado un CH? No veas cómo une un bolso y más si es de mi Carolina del alma.

—Tu Carolina del alma es muy cara; esto es más barato y, además, para siempre —le digo guiñándole un ojo—. Por muy lejos que estemos las unas de las otras, este tatuaje nos mantendrá unidas siempre, unidas por una estela de estrellas. ¡Qué bonito, tíasssss! ¡Me encanta! —exclamo emocionada.

—Hay, Dios mío, qué estupidez más grande. Ese tío te ha trastornado por completo. ¿Dónde está mi amiga? —me pregunta haciendo una mueca exagerada—. Además, mira que tatuarte un ancla... Cada vez que lo pienso, me pongo mala. ¿Cómo has podido tatuarte eso? —me riñe torciendo el gesto.

La miro sonriendo, pero no le contesto y reanudo la marcha, pues su significado es algo que quedará entre nosotros, entre Gael y yo.

Los días pasan volando y, antes de que nos demos cuenta, estamos de vuelta en Formentera, con nuestra mochila cargada de risas y buenos momentos; estos días con ellas han sido justo lo que necesitaba y, más tranquila, regreso a casa de mi padre.

Llego y no está, y, tras deshacer mi equipaje, me dirijo a El Capitán, donde lo encuentro tras la barra, sonriendo y hablando con unos y otros.

—Hola, papá —lo saludo llegando hasta la barra, donde me siento en el mismo taburete donde estaba Gael sentado el día que llegué y que tan lejano me parece ahora.

—Hola, hija. ¿Cómo ha ido ese viaje? ¿Estás mejor? —me pregunta con preocupación, dándome un beso en la mejilla.

—Supongo —contesto con tristeza, pues estar de regreso aquí está haciendo que lo reviva todo de nuevo.

—Hiciste lo correcto dejándolo, ese hombre no era bueno para ti.

—Recuerda que quise volver con él y me rechazó —matizo—. Deja el tema, papá; sobre esto tenemos opiniones completamente distintas.

—Hola, Luna —la voz de Pablo resuena a mi espalda y me tenso sin darme la vuelta... ¿qué hace aquí?

—Lo siento —se disculpa, a pesar de que continúo dándole la espalda.

—Oye, Pablo —finalmente me doy media vuelta—: voy a quedarme aquí unas semanas más y, por nuestros amigos, voy a soportarte, pero sólo eso, ¿te queda claro? —le espeto con dureza.

—Estoy disculpándome, ¿no te vale con eso? —replica apretando los puños.

—No, no me vale —replico levantándome y haciéndole frente—. No me vale que te hayas cargado algo que para mí era importante; la verdad es que no me vale nada de lo que has hecho desde que he puesto un pie en esta isla.

—¡Luna! —me reprende mi padre desde la barra con su vozarrón.

—Ven —me pide Pablo cogiéndome del brazo y llevándome a una zona apartada, pues estamos convirtiéndonos en el centro de atención—. Aunque no me creas, lo hice por tu bien y, aunque siento que esto nos haya distanciado como amigos, lo volvería a hacer una y otra vez.

—Pues qué bien —farfullo con ironía—. ¿Y puede saberse cómo lo supiste?

—¿El qué?

—¿Cómo supiste que luchaba y que esa noche estaría allí?

—¿Recuerdas esa tarde en Caló des Mort, cuando dijimos de ir a tomarnos unas hamburguesas al Blue?

Asiento en silencio completamente atenta a sus palabras.

—Vosotras no quisisteis ir y finalmente fuimos solamente Mario y yo. Cuando llegamos, él estaba allí con dos tíos más y con Santiago, el tío que nos abrió esa noche. Lo conozco desde hace muchos años y sé en qué clase de

mundillo se mueve, así que, al día siguiente, hice por coincidir con él y terminé sonsacándole toda la información, por eso lo supe.

—¿Es eso lo que te preguntó Mario si me habías contado?

—¿Cómo? —me pregunta extrañado.

—En la playa, Mario te preguntó si me lo habías contado.

—Nos oíste... —murmura mirando al horizonte—. Sí, pero te conozco y sabía que no me hubieras creído si te lo hubiese contado, o hubieras buscado cualquier explicación para justificarlo; necesitabas verlo, por eso te llevé esa noche.

—Yo no necesitaba ver nada —rebato con tristeza, deteniendo mi mirada en el azul turquesa del mar... en el azul de sus ojos.

—Te equivocas, tenías que saber con qué clase de tío estabas —replica con dureza.

—Vaya, qué buen amigo eres —respondo con ironía, volviendo mi mirada hasta encontrarme de nuevo con la suya.

—Lo soy, Luna —masculla entre dientes—, aunque no lo creas... Y no quiero perderte —murmura finalmente.

—Ya lo has hecho —afirmo negando con la cabeza—; nada justifica lo que hiciste esa noche.

—Escúchame, si te...

—No, escúchame tú a mí —lo corto con aspereza—: si hubieras sido mi amigo, me lo hubieses contado, ¡claro que sí!, como también me hubieras planteado la alternativa de acompañarte o no esa noche. ¡Eso es lo que habría hecho un amigo, Pablo, no lo que hiciste tú! Si hubieras sido mi amigo, no le habrías dicho a Gael todas las estupideces que le soltaste esa noche y, sobre todo, me hubieras dado la opción que no me diste, ¡que no nos diste! Tú no lo hiciste por amistad, lo hiciste porque no querías que estuviéramos juntos.

Siento cómo los ojos empiezan a humedecerse y cómo se forma el nudo en mi garganta, doliéndome de la misma forma en que lo hace mi corazón, que siento pesado dentro de mí, y, dándome media vuelta, me alejo de El Capitán y de este *amigo* que siento que nunca más volverá a serlo.

Durante mis siguientes semanas en Formentera, me esfuerzo en olvidarlo, centrándome en mis amigas y en mi familia, pero es difícil hacerlo cuando el agua del mar es un recuerdo constante de sus ojos, y, aunque intento sobrellevarlo de la mejor manera posible, hay momentos en los que necesito sentirlo cerca de alguna manera, y son esos días en los que me evado de todos y me dirijo a esos lugares que fueron tan nuestros: la pequeña cala, la casa que

observo desde fuera sentada sobre mi Vespa o la cova foradada, donde salgo sola por primera vez, y, aunque siempre he tenido pavor a hacerlo, ya no me asusta, porque lo hago con él, con el recuerdo de ese hombre que me pidió que me anclara a él, el que me llamaba Posidonia y con el que viví mi verano máspreciado.

Hoy es mi última jornada en la isla, mañana cogeré un ferri que me llevará de vuelta a la realidad y, tras pasar el día con mi abuela y mi padre, y cenar con mis amigos, incluido Pablo, me acuesto con su recuerdo en mi mente, como todas las noches, pues lo tengo grabado a fuego en mi corazón.

Capítulo 19

Ocho años después

Despierto con la quinta alarma que tengo puesta en el móvil, que, en eco y de forma difusa, llega hasta mi dormido cerebro y me levanto con tal rapidez que la sábana se enreda entre mis piernas y termino dándome de bruces contra un sillón de cuero negro. «¿Y este sillón?, ¿de dónde ha salido?, ¿dónde estoy?, ¿y dónde puñetas tengo el móvil?», me pregunto desorientada, con la cabeza aún dándome vueltas y a punto de explotarme, mientras seco con el reverso de mi muñeca la saliva que por la comisura de mis labios ha ido descendiendo hasta, seguro, mojar la sábana. «¡Oh, *my* Diorrrr! ¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda!», me lamento acalorada, incorporándome de nuevo y envolviendo mi cuerpo rápidamente con la sábana.

—Buenos días —oigo una voz masculina a mi espalda y, literalmente, quiero morirme—. ¿Has dormido bien?

«Por favor, que no sea un callo, ni un loco o un psicópata; por favor, que no me haga nada, por favor, por favor —suplico mentalmente mientras, despacio, giro la cabeza y me encuentro con un tío impresionante que me mira sonriendo—. ¡Ay Señorrrr!, definitivamente voy a tener que dejar de salir los jueves y beber como una descosida.»

—¿Te acuerdas de mí? —me pregunta divertido, apoyándose en el marco de la puerta.

—Pues claro —miento descaradamente mientras ruego a todos los dioses haber usado protección, que no queden restos de babas en mi cara y que mi pelo no sea un nido de abejas—. Dime que usamos protección —medio lloriqueo, acalorada por todo lo que puede venírseme encima.

—Tranquila, no hicimos nada; estabas demasiado borracha.

Suspiro ruidosamente sentándome en el suelo con dramatismo, apoyando mi cabeza en la cama con las piernas aún temblándome.

—¡¡¡Gracias, Dios!!! Voy a tener que dejar de salir con Greta, es una mala influencia —murmuro para mí, cerrando los ojos y olvidando lo tarde que es—. Te llamabas Rafa, ¿verdad? —inquiero abriéndolos despacio y empezando a

recordarlo todo de una manera vaga.

—Bueno, por lo menos te acuerdas de mi nombre —me dice sentándose a mi lado en el suelo y guiñándome un ojo—, algo es algo.

—Entonces... no hicimos nada —insisto, dándome cuenta de que llevo la ropa interior puesta.

—Nada de nada, puedes estar tranquila.

—Graciassssss —murmuro sintiendo un alivio inmenso dentro de mí—. ¿Qué hora es? —pregunto de repente, percatándome de que irremediablemente voy a llegar, tarde no, tardísimo.

—Las ocho y media. Te he preparado café por si te apetece.

—¡Ohhhh! ¡Mierdaaaaa! —me lamento de nuevo, incorporándome como puedo, con el cuerpo aún envuelto con la sábana y localizando mi ropa esparcida por el suelo.

—¿Puedo ducharme? —le pido sujetándola con fuerza mientras recojo mi arrugado vestido.

—Claro, es esa puerta de ahí. —Me indica con la mirada.

Atropelladamente llego hasta el baño y contemplo mi rostro en el espejo. ¡Señor! ¡Es peor de lo que imaginaba!

—Por lo menos no he contraído ninguna enfermedad ni estoy embarazada —me digo intentando darme ánimos—. ¡Mira que eres idiota! —me maldigo de nuevo abriendo el chorro del agua y metiéndome debajo—. ¡En mi vida vuelvo a beber y menos a salir con la loca de Greta!

Froto mi cara con jabón eliminando todos los restos del maquillaje de ayer, me lavo el pelo y me enjabono el cuerpo con energía, sintiéndome ligeramente mejor mientras me estrujo el cerebro intentando recordar cómo puñetas terminé anoche en la cama de un tío del que sólo recuerdo su nombre y que me hacía reír. «Bueno, algo es algo... por lo menos es simpático», me animo mientras salgo de la ducha y empiezo a secarme con una toalla.

Resignada, me visto con la misma ropa que llevaba ayer. «Anda que sí que me mirarán hoy en el trabajo», pienso cerrando la cremallera del sexy vestido rojo.

Tras localizar el secador en uno de los armarios, seco mi pelo atándolo en una cola alta ligeramente deshecha, dejando a la vista el tatuaje del ancla que hace tanto tiempo me hice y, descalza, salgo del baño en busca de mis *stiletos*.

—Rafa, lo siento, tengo que irme, llego tardísimo —me disculpo empezando a ponérmelos.

—¿Cenamos juntos esta noche? —me propone mirándome intensamente.

—¿Esta noche? Imposible, lo siento —murmuro con la cabeza más despejada, cogiendo la cartera de mano y el abrigo y saliendo disparada de su casa dispuesta a coger un taxi que me lleve cuanto antes al trabajo.

Me arrebujó dentro de mi abrigo, temblando mientras doy pequeños saltitos en la acera intentando entrar en calor. Si no pillo una pulmonía, ya podré dar gracias. El gélido viento de finales de noviembre azota mi rostro sin piedad y, cuando por fin consigo detener un taxi y tras indicarle la dirección, apoyo la cabeza en el respaldo, deseando que deje de latirme como si dentro de ella se estuviera desencadenado la primera guerra cerebral entre neuronas y gintónicos en la que los *gins* van ganando por goleada a las *neu*.

—Si hoy no me despide María Eugenia, ya no lo hará nunca —murmuro para mí, deseando llegar cuanto antes a D'Elkann, la multinacional para la que trabajo desde hace tres años y mi sueño hecho realidad, pues, tras mucho esfuerzo, soy de las pocas personas que forman parte del equipo de diseño de la colección Dreams, trabajando codo con codo con María Eugenia de la Rúa, la diseñadora de cabecera de la casa, una mujer con un talento increíble para crear colecciones sorprendentes.

Tras un trayecto agonizante en el que no he dejado de mirar la hora en ningún momento, finalmente el taxi se detiene frente a la puerta del impresionante edificio D'Elkann y salgo disparada de él, deseosa de llegar cuanto antes y, corriendo como una posesa, accedo a la elegante y diáfana recepción con los ascensores como único objetivo, pero está claro que el karma o el destino, quien quiera que sea, los odio a ambos por igual, ha estado confabulando para joderme el día, pues se encuentran en la octava y la novena planta. ¡Mierda!... «Por cierto, ¿cuántas veces he dicho *mierda* desde que he abierto los ojos?», me pregunto mientras me quito el abrigo y espero impaciente a que la lucecita marque la bajada de alguno de ellos, mirando de reojo las escaleras y valorando seriamente subir a pie.

Al final y maldiciendo mi mala suerte, comienzo a subir los escalones de dos en dos y, cuando llego a la quinta planta, lo hago resoplando y sudando a mares. «¡Dios mío de mi vida, que día llevo y aún no ha empezado!», me digo mientras diviso a lo lejos las puertas acristaladas del Departamento de Diseño y, casi a la desesperada y como si de la meta se tratara, emprendo la carrera subida a mis tacones y con mi *pochette* y el abrigo colgando.

—Este mes el plus de puntualidad no lo cobrarás —me dice con una media sonrisa mi compañera Carolina, que camina hacia mí con la elegancia que la caracteriza, tan perfecta como siempre.

¡Venga! ¡Ya lo ha dicho! La miro queriendo matarla y estoy en un tris de soltarle que se meta el plus de puntualidad por donde le quepa, a ver si le da gustirrinín, pero, como tiene más razón que un santo, todo queda en una mirada asesina por mi parte, por supuesto sin detenerme en mi carrera desesperada hasta alcanzar la oficina.

«¡Vamos, Luna, que llegas!», me animo a punto de morir de un ataque, abriendo la puerta acristalada y yendo directa a mi silla, donde me siento como si terminara de caer de un décimo piso, resoplando cual caballo y con el *pochette* y el abrigo todavía colgando.

—Zorra —vocalizo, medio ahogada, mirando a mi compañera traidora, que me observa sonriente desde su puesto.

—¿Zorra? ¿Por qué? —me pregunta sofocando una carcajada, levantándose y llegando hasta donde estoy sentada agonizando.

—Ya lo sabes —le contesto como puedo, mientras inspiro profundamente intentando calmar mi desbocado corazón.

—Encima de que me preocupo por tu aburrida vida sexual, vienes y me llamas zorra —replica ladeando la cabeza—. Por cierto, ¿dónde vas así vestida? ¿Qué pasa, que Rafa te ha tenido ocupada?

—¡Cállate! —mascullo aún medio ahogada.

—¿No me dirás que no ha cumplido como un campeón?

—¿Quieres callarte? Además, según él, no hicimos nada porque iba demasiado borracha.

—¿Y según tú? —inquire riéndose y sentándose en mi mesa con las piernas cruzadas.

—Ni idea; sólo recuerdo que me hacía gracia y que olía bien. ¡Eso acabo de recordarlo ahora!

—Rafa es perfecto en todos los sentidos —murmura suspirando.

—Oye, si tan perfecto es, ¿por qué no te fuiste tú con él? ¿A ti se te va la cabeza o qué te pasa? ¿Cómo dejaste que me largara a casa de un tío al que no conozco de nada? —Si no me temblara todo el cuerpo, la abofetearía, pero, como las piernas no me responden, sólo puedo hablarle entre gruñidos.

—Anoche no opinabas lo mismo, *jodía*. Mucho quejarte ahora, pero bien que te arrimabas a él... y, para que lo sepas, si dejé que te fueras con Rafa fue porque lo conozco y sé que es un tío legal.

—¿De qué lo conoces? ¿De un sábado por la noche? —le pregunto de malas maneras, consiguiendo levantarme, una vez las piernas han dejado de temblarme, para dejar mis cosas en la zona pertinente.

—Es mi primo, pánfila.

—Pues tienes un primo que está muy bueno —le digo sonriendo finalmente, un poco más tranquila, regresando a mi mesa.

—Como yo, es cosa de familia; lo llevamos en los genes —contesta riéndose.

—Sí, claro... ¡Modestia, baja, que sube Greta! ¡Serás creída!

—Por lo menos voy más decente que tú. ¿Dónde vas así vestida, loca? Tía, que hoy es la reunión con los jefazos.

—¡Ohhhhhhh! ¡Nooooooo! ¡Mierda! ¡La culpa es tuya por liarme anoche!

—No guapa, la culpa es tuya por beber así —me contradice riéndose y dirigiéndose a su bolso, del que saca un blíster de aspirinas mientras yo me hundo en la miseria—. Toma, te hará falta —me dice tendiéndome una junto con un vaso de agua.

—Gracias —farfullo tomándomela—. ¿Ha llegado ya María Eugenia? —le pregunto con angustia, viendo su ordenador apagado y deseando que no lo haya hecho.

—No lo sé. No ha aparecido por aquí todavía, así que tranquila, no sabe que has llegado tarde. Tu secreto está a salvo conmigo, nena —me dice con voz grave, guiñándome un ojo.

—¡Ja, ja, ja! Eres muy graciosa, ¿no te lo habían dicho nunca?

—Y tú vas muy elegante y discreta para conocer al jefazo supremo.

—Llevo oyendo hablar de ese hombre desde que llegué aquí y estoy segura de que, cuando lo vea, me sucederá lo mismo que cuando te hablan mucho de una película y luego, cuando la ves, te llevas un chasco.

—¿Crees que te vas a llevar un chasco cuando conozcas a Elkann? —inquire enarcando una ceja, sin dar crédito a mis palabras.

—Lo que creo es que sois todas unas exageradas —murmuro sacando las telas con las que voy a trabajar.

—Exageradas... —repite con una mueca.

—Sí, exageradas —me reafirmo—. Oye, que no digo que no esté bien el tipo, pero es que os tendríais que oír, sois... demasiado excesivas.

—Excesivas...

—¿Quieres dejar de repetir lo que digo?

—Es que, sinceramente, no consigo entenderlo —me dice mirándome con seriedad, sentada de nuevo sobre mi mesa.

—¿Qué no entiendes? —le demando distraída, casi reverenciando el mikado rosa que llegó hace unos días—. Mira qué bonito, Greta. Tengo un diseño en mente precioso, le pondría un escote en uve en la espalda, muy pronunciado, cerrado por delante, con manga francesa, entallado en la cintura con un cinturón de la misma tela y con vuelo en la falda. ¿Qué opinas?

—Estoy diciéndote que vamos a reunirnos con Elkann... repite conmigo *E-l-k-a-nn* —me dice vocalizándolo y casi reverenciándolo—, un tío por el que llevo suspirando desde que era modelo, que, además, es nuestro jefe, ¿y tú me hablas de mikados? Pero ¿estás tonta o es que aún te dura el efecto de la borrachera de ayer? Dime que es esto último, por favor —me pide llevándose las manos a la cabeza y negando con ella—. Además, con la de veces que te he hablado de él, ¿de verdad nunca has sentido curiosidad y lo has buscado por Internet?

Suspiro ruidosamente, alzando la vista y mirándola con hastío.

—Greta, de verdad, me da igual si está o no está bueno, ¡y céntrate, por favor! ¿Has visto qué bonito? Este diseño nos iría genial para la colección Dreams. ¿Qué opinas? Seguro que a María Eugenia le encanta.

—¡Eres imposible! No me extraña que no hicieras nada con Rafa anoche, te pondrías a hablarle de mikados y sedas y, al final, conseguirías que se durmiera de aburrimiento, el pobre. ¡Es que ni poniéndotelos a tiro follas!

—¡Qué idiota eres! —contesto ahogando una carcajada y empezando a centrarme en el diseño que tengo en mente, olvidándome de Greta y sus tíos buenos por completo.

Mi jefa no hace acto de presencia en toda la mañana y a las doce Greta y yo, junto con el resto de compañeros de departamento, nos encaminamos a la sala de reuniones. Intento caminar entre ellos para pasar lo más desapercibida posible, vestida como voy pidiendo guerra, y, cuando entramos en la sala, nos sentamos en las últimas filas.

—Toma —me dice Greta tendiéndome un pañuelo.

—¿Para qué quiero esto?

—Para que te limpies las babas.

—¿Te ha contado Rafa que babeé en su cama? —le pregunto poniéndome tan roja como el vestido que llevo puesto.

—¿Lo hiciste? —suelta con una sonora carcajada.

—Claro que no —murmuro centrando mi atención en la enorme mesa que preside la sala y a la que van llegando don Manuel seguido de mi jefa, María Eugenia—. ¿Y para qué me das esto, entonces? —insisto sin entender nada.

—Te lo he dicho, para que te limpies las babas cuando lo veas entrar, te aseguro que está...

Capítulo 20

De repente lo veo acceder a la sala y siento cómo mi mundo frena en seco durante unos segundos, hasta juraría que he oído el frenazo que ha dado en el universo y cómo, casi al segundo, empieza a girar a la velocidad de la luz, mientras yo me quedo clavada en la silla, tal y como me sentí esa noche cuando se alejó de mí con su moto. ¡¡¡Gael!!!

Sin ser consciente de mis movimientos, me siento en el borde de la silla, aferrando con fuerza el respaldo del asiento que tengo frente a mí, como si haciéndolo pudiera acercarme más a él, viéndolo todo borroso a mi alrededor, oyendo las voces distorsionadas, sin importarme nada que no sea *él*.

Va vestido de una manera informal, con unos simples vaqueros oscuros y un suéter de cuello caja negro, todo lo contrario a don Manuel, que lleva un impoluto traje gris hecho a medida, y a María Eugenia, que parece lista para subirse a un jet privado. Pero ¿qué hace aquí?

—¿Cómo nos habías llamado antes? —me pregunta mi amiga, pinchándome—. ¿Exageradas? ¿Excesivas? ¡Toma zasca en toda la boca! ¿Qué dices ahora? ¿De verdad continúas pensando que no es para tanto? Ya te había dicho que es mi tío perfecto desde que era modelo.

Me vuelvo hacia mi amiga empezando a atar cabos, sin poder creer lo que estoy viendo. ¿Gael es Elkann? Rápidamente me escondo en el minúsculo espacio que hay entre las sillas, con el corazón atronando furioso dentro de mí.

—Pero ¿qué haces, idiota? ¡Venga! ¡Levanta! ¡Ahí escondida no vas a poder verlo! —me dice tirando de mi brazo.

—¡Estate quieta! ¿Quién es ese tío, Greta? —inquiero temiendo su respuesta y comenzando a sudar a mares.

—¿Quién va a ser? El jefazo tío bueno del que te hablaba antes, mientras tú babeabas con un mikado rosa. Ahora es cuando tienes que hacerlo, atontada, ¡menudo monumento andante tienes ante ti! —murmura mirándolo con la boca abierta y abanicándose con una mano.

—¡Tengo que salir de aquí! —le digo ahogándome, con el corazón latiendo tan desbocado que temo que vaya a darme algo.

—Pero ¿qué dices? No podemos irnos; esta reunión es muy importante y María Eugenia pillará el mosqueo del siglo como lo hagamos.

—No puedo quedarme, Greta —murmuro buscando con la mirada una salida por la que poder largarme sin llamar demasiado la atención.

—¡Claro que puedes! ¡Levanta! —me ordena tirando de mí con fuerza y haciendo que me dé un golpe en la cabeza con el reposabrazos de la silla. ¡Mierda!

—¿Estás idiota o qué te pasa? —protesto obviando que la sala está casi en silencio.

—¡Quieres no gritar! Todos nos están mirando —me reprende entre dientes, sonriendo a nuestros compañeros, que se han vuelto hacia nosotras.

—¡Te están mirando a ti, a mí no me ven! —musito quejándome y llevándome una mano a la cabeza.

—Siéntate de una vez y deja de hacer el tonto, María Eugenia nos está mirando.

Pero no puedo hacerlo, temo verlo, temo que nuestras miradas se encuentren de nuevo y, sobre todo, temo darme cuenta de que no he conseguido olvidarlo a pesar de todos estos años.

Oigo la voz de don Manuel dándonos la bienvenida y, todavía en cuclillas, pongo toda mi atención en su voz.

—Quiero darle la bienvenida a Gael Elkann. Muchos de ustedes han coincidido con él en anteriores ocasiones y ya lo conocen, pero, para los que no, permítanme que les presente al dueño de la compañía y la cabeza no visible de este apasionante proyecto. Gracias a su visión, D'Elkann inició su expansión por el mercado internacional hace unos años y hoy estamos presentes en las principales calles de Londres, Dublín, Roma, París, Viena y Nueva York, y hoy damos un nuevo giro a nuestro proyecto...

Escucho fascinada las palabras de don Manuel. ¿Todo este tiempo he estado trabajando para Gael? ¿Para el hombre que me llenó de besos y luego me pidió que me alejara de él? Y él... ¿lo sabrá?

—... Gael, cuando quieras.

—¡Quieres levantarte! ¡Vas a perderte al monumento andante hablando! —susurra Greta mientras yo, todavía en cuclillas, me abrazo a mis rodillas con el cuerpo en tensión, necesitando oír esa voz que, a pesar de los años, no he logrado olvidar.

—Gracias, Manuel. Ante todo quiero que sepan que es un verdadero honor contar con cada uno de ustedes; sin duda alguna el proyecto D'Elkann es posible gracias a su dedicación y talento, y hoy vamos a dar un nuevo paso en nuestro camino; hoy quiero hacerles partícipes de una idea con la que llevamos trabajando desde hace algún tiempo y que será la culminación de un sueño: la creación de una nueva colección.

»Como saben, nuestro punto fuerte es la colección de temporada y pronto moda; nuestra capacidad de reacción frente a la demanda y las tendencias nos ha situado en los primeros puestos, además de contar con la colección Dreams, que está pisando fuerte, siendo cada vez más las mujeres que apuestan por nuestros diseños para asistir a un evento importante...

Escucho su voz extasiada, escondida como estoy entre las sillas, con miles de sentimientos encontrados: emoción, anhelo y felicidad por tenerlo tan cerca después de tanto tiempo, e incredulidad, temor y resentimiento.

—... ¿Qué nos deja esto? Un vacío; vestimos a la mujer en su día a día y cuando tiene un acto importante, pero ¿y cuando tiene que asistir a una reunión de negocios y más tarde a una cena con amigos? Esta colección nace con ese propósito, por lo que tiene que aunar la comodidad que presentan las prendas de temporada y pronto moda con la elegancia de la colección Dreams. Serán prendas versátiles en un estilo chic, evitando los colores llamativos y dando importancia al blanco en toda su extensión y al negro, pero en la que incluiremos estampados exclusivos en telas como el chifón de seda, la gasa, la blonda y el satín. La peculiaridad de esta colección será que las prendas podrán combinarse entre sí de distintas maneras, obteniendo *looks* distintos para utilizarse tanto durante el día como por la noche...

A pesar de que no he olvidado cuánto sufrí cuando se marchó, su voz tiene un efecto poderoso en mí; puede que sea por la seguridad que desprende o por mis recuerdos, que se empeñan en regresar con fuerza, pues no necesito mirarlo para saber con qué determinación brillan sus ojos, ni para saber la postura de su cuerpo, y me maldigo por ello. No debería sentirme así, no después de tantos años, y apoyo la frente en mis rodillas sintiendo un hormigueo por las piernas. Voy a tener que sentarme si no quiero quedarme sin ellas y finalmente, con todo el disimulo del que soy capaz, me siento y me quedo clavada en la silla.

Impresionante y brutal son las palabras que me vienen a la cabeza mientras mi vientre se contrae con suavidad y dejo de oírlo claramente para pasar a devorarlo con la mirada.

—¡Esta colección es una idea cojonuda! —me dice Greta entusiasmada—. Y qué calladito se lo tenía María Eugenia; ya te decía yo que tantas reuniones no eran normales. Por cierto, ¿qué me dices?, ¿está bueno o no?

—Tienes que contarme todo lo que sepas de él —susurro sin poder apartar mi mirada de él, de sus ojos turquesa que brillan con determinación, de su mandíbula decidida, de su barba recortada, de su pelo rubio peinado hacia atrás, de su cuerpo... ese cuerpo que conozco tan bien...

—¿Qué quieres saber? —me susurra al oído.

—Todo —cuchicheo.

—Ya veo que te gusta más que el mikado rosa.

—No es lo que tú piensas.

—¿Y qué es entonces?

—Él es Gael.

—¡Ya sé cómo se llama!

—Continúas sin entenderlo —le digo volviéndome para mirarla e intentando ocultarme detrás de mi compañera Pilar, que está sentada frente a mí —: él es Gael, el del ancla —murmuro señalando el tatuaje de mi nuca y deseando que recuerde la historia que le conté hace ya tanto tiempo.

—¿Te has follado a este pedazo tío? —suelta en un grito ahogado en mi oreja.

—¡Quieres no gritar! —la reprendo ocultándome tras la espalda de Pilar mientras mi jefa toma la palabra.

—¡¡¡¿Él... él... él es Gaelllll?!!!

—Que sí, ¡y no grites!

—Joderrrrr, y te tenía lástima, ¡la madre que te parió! ¡Todas las mosquitas muertas sois iguales! Parece que estáis tontas y, al final, termináis tirándoos a los tíos más buenos.

—Oye, mosquita muerta serás tú —siseo de malos modos.

—Ya quisiera, no te creas; tienes que contármelo todo.

—Cuando me lo cuentes tú —rebato mientras disimuladamente me deshago la coleta, pues por nada del mundo quiero que vea el tatuaje que llevo en la parte de atrás del cuello.

—... La peculiaridad de esta colección será que se irá refrescando cada poco tiempo y que contará con pocas prendas por talla, por lo que crearemos la sensación de necesidad, además de ofrecer una amplia gama de complementos que irán desde calzado, fulares, borsalinos, bolsos...

La reunión es larga, pero a mí se me hace corta, absorta como estoy en él y en cada uno de sus movimientos y sus gestos. Está sentado entre Manuel y María Eugenia, y emana de él tal magnetismo que siento cómo esa corriente cálida que sentí hace tantos años emerge de nuevo, arrastrándome irremediabilmente hacia él. Cómo ha cambiado, qué diferente al Gael que conocí en Formentera, al Gael que vi esa noche luchando. ¿Quedará algo en él de ese hombre al que conocí hace ocho años?

Tras dar por finalizada la reunión, todos nos levantamos de nuestros asientos dispuestos a salir, cuando veo cómo María Eugenia se acerca hasta donde estamos Greta y yo y, antes de poder escabullirme, me coge del brazo y me aleja de mis compañeros.

—¿Quieres explicarme por qué te escondías? —me pregunta entre dientes sonriendo y saludando a todos los que pasan por delante de nosotras.

—Es una larga historia, María Eugenia, de verdad, no preguntes — murmuro deseando salir cuanto antes de esta sala, viendo cómo Greta empieza a abandonarla con Orenca y Mauro, entre risas.

—Por tu bien espero que Elkann no se haya dado cuenta de nada. ¿Te haces una idea de lo importante que era esta reunión? —suelta fulminándome con la mirada—. No la fastidies, Luna. Te quiero en el equipo de la nueva colección, pero, como metas la pata, te coloco en recepción a coger el teléfono, ¿está claro? No hagas que me arrepienta de incluirte en este proyecto.

—No te arrepentirás, María Eugenia, te lo prometo —susurro viendo de reojo a Gael hablando con mis compañeros y deseando salir cuanto antes de aquí.

—¿No tenías nada más discreto para ponerte hoy? —me pregunta recorriendo mi cuerpo con la mirada.

La miro apurada y, antes de poder contestar, es ella la que se anticipa a mí.

—Vale, no pregunto. Desde luego hoy estás sembrada, hija. Empieza a comportarte de una vez; tenemos una reunión a las tres y quiero a la Luna de siempre. Sé puntual, ¿quieres? —masculla alejándose de mí sin dejar de sonreír a diestro y siniestro.

Con celeridad, abandono la sala en dirección a la oficina con el cuerpo temblando, sin ser capaz de gestionar los miles de sentimientos que bullen dentro de mí.

Capítulo 21

—¿Dónde estabas? —me plantea Greta, cargada ya con todas nuestras cosas, esperándome para irnos a almorzar.

—María Eugenia quería hablar conmigo.

—¿Qué quería? —me demanda tendiéndome mis pertenencias.

—¿Mauro no viene? —pregunto sin contestarle.

—No, hoy comía con uno de sus ligues. Venga, tía, al grano. ¿Qué te ha dicho?

—Aparte del rapapolvo que me he llevado por esconderme e ir así vestida, me ha dicho que voy a formar parte del equipo de diseño de la nueva colección.

—Joder, qué suerte tienes, primero en Dreams y ahora en la nueva; a mí no me sacan de Temporada.

—¿Perdona? Tía, eres la responsable del equipo de Temporada y Pronto Moda y una *coolhunter*⁴ cojonuda; por encima de ti sólo está María Eugenia. ¿Qué más quieres? —le pregunto mientras entramos en el ascensor—. Calla, luego seguimos —murmuro.

—¿Salimos esta noche? —me propone sin dejar de sonreír a Pedro, del Departamento de Contabilidad.

—¡Sí, hombre!, no vas a liarme otra vez; todavía me duele la cabeza por tu culpa —le contesto asombrada por su capacidad de ligar hasta dentro de un ascensor.

—Que conste que no fue por mi culpa, fue por el vino. Venga, así te animas. ¿Quieres que llame a mi primo? Tiene un amigo que está para chuparse los dedos —murmura cerca de mi oreja, sin dejar de coquetear.

—Paso, chúpate los tú solita —le respondo entre risas respirando profundamente, pues todavía no he conseguido tranquilizarme desde que lo he visto—, y haz el favor de comportarte, siento vergüenza ajena sólo de verte.

—Eres una mojigata —me dedica, adelantándose a mí al abrirse las puertas del ascensor—. Adiós, guapo —le dice a Pedro pasando por su lado y guiñándole un ojo.

—Eres imposible —susurro llegando hasta ella.

—Y también me lo paso mejor que tú —me responde mientras salimos del edificio y nos encaminamos al restaurante Pasta Mia, donde solemos comer habitualmente—. Por cierto, a lo que íbamos: yo también quiero estar en las nuevas colecciones, tú también eres una *coolhunter* cojonuda y nunca has estado en mi departamento; eres la niña malcriada de María Eugenia.

—Eso es porque soy capaz de babear con un mikado, no como tú —le suelto guiñándole un ojo—. Además, ¿de verdad te gustaría estar en Dreams o en la nueva? Cualquiera mataría por estar en tu puesto, yo misma lo haría.

—Eso lo dices porque no tienes a María Eugenia pegada a tu culo día sí y día también. Tía, que es peor que un bulldog, no me deja respirar; me agobia y me agota de tal forma que a veces me entran instintos asesinos y me visualizo tirándole los tacones a la cabeza y abriéndosela en canal.

—¡Qué bruta eres! Además, si estuvieras en Dreams o en la nueva, la tendrías aún más encima de lo que la tienes ahora; te aseguro que no podemos poner una forniture o un respunte sin que ella dé el visto bueno previamente; tú tienes mucha más libertad que yo.

—Si te parece, te quejas; ya me dirás si te varía algo del diseño del mikado rosa.

—Por supuesto que lo hará, siempre lo hace —replico entrando en el restaurante seguida por mi amiga—. En serio, no es oro todo lo que reluce; el día que quieras, te cambio el puesto; entonces sabrás lo que es tener a María Eugenia pegada a tu culo.

—Créeme, ya lo sé, y, ahora, vamos al grano. ¿Has hablado con él? —me pregunta una vez estamos sentadas en nuestra mesa habitual, cerca de la ventana.

—No, estaba deseando largarme cuanto antes; no quiero que, después de tantos años, me vea con las pintas que llevo hoy. Además, necesito prepararme psicológicamente antes para poder hacerle frente —murmuro deseando que mi corazón deje de latir como si fuera un caballo desbocado.

—¿Qué bobada es ésa? Además, estás espectacular con ese vestido.

—Por supuesto, pero para salir una noche de marcha, no para asistir a una reunión importante. Encima... mira qué ojeras tengo. ¿No llevarás por casualidad tu *kit* de emergencia?

—Claro que sí, ¿con quién crees que estás hablando?

—Con la ratita presumida, por supuesto —contesto entre risas.

—Oye, perdona, pero ratita presumida serás tú.

—Perdona, tú antes me has llamado, ¿cómo era...? ¡Ah, sí! ¡Mosquita muerta! Date por satisfecha con tu mote.

—Bueno, vamos al meollo del asunto: empieza por el principio... No, mejor por el sexo. ¿Cómo es follar con un tío así?

—Mira que eres discreta —murmuro con una sonrisa ojeando la carta—. ¿Qué vas a tomar?

—Sexo, eso es lo que voy a tomar. ¿Puedes empezar de una vez, por favorrrr?

—No fue sólo sexo; además, ya te conté esa historia hace mucho tiempo.

—Sí, pero no me dijiste que el tío bueno en cuestión era Elkann.

—¿Porque no lo sabía? Yo voy a tomar lasaña de verduras con ensalada. Venga, elige, que tengo una reunión con María Eugenia a las tres.

—Guapa, es que no entiendo cómo se puede estar tan atontada; a mí me costó cero coma atar cabos cuando vi la primera tienda, Elkann... D'Elkann. ¡Tía, pero si es su apellido! —me indica resaltando lo que a todas luces es obvio—. Yo también quiero lasaña con ensalada —anuncia alzando la mano para llamar al camarero.

—Porque sabías cómo se llamaba; yo sólo sabía que se llamaba Gael —murmuro recordando lo hermético que era conmigo—. Cuéntamelo todo. Greta, necesito saberlo de una vez.

—No sé mucho —me responde encogiéndose de hombros—, sólo que empezó su carrera como modelo hace la tira de años, tantos que yo todavía estaba estudiando y tenía la carpeta forrada con sus fotos; para mí era el hombre ideal —me responde antes de pedir por las dos al camarero, que se ha acercado a tomarnos nota.

—¿Era modelo? —inquiero cuando estamos solas de nuevo.

Entonces recuerdo ese día en la pequeña cala, con él sentado en la arena únicamente con los vaqueros y las gafas de sol puestas... recuerdo que le pregunté si lo conocía y su respuesta... «Si me has visto antes y no lo recuerdas, es que no lo has hecho realmente» ¡Por eso me sonaba su cara!

—Y de los buenos, pero de la noche a la mañana desapareció, fue como si se lo tragara la tierra. —La voz de mi amiga me devuelve a la realidad y me centro en lo que me está explicando—. Le perdí la pista durante unos años y un día me encontré con una tienda nueva, D'Elkann, y fue cuando lo recordé de repente. Su apellido no es usual y, tras investigar por Internet y averiguarlo todo, presenté mi currículum con la esperanza de verlo todos los días, pero, para mi desgracia, únicamente lo he visto en tres ocasiones, contando la de hoy.

—Bueno, si te sirve de consuelo, yo llevo tres años trabajando para él sin saberlo... ¿Qué le sucedería para que dejara de ser modelo? —digo recordando cuando me dijo que no se soportaba.

—Ni idea; lo único que puedo decirte es que viaja sin parar, la expansión de D'Elkann ha sido obra suya principalmente. Es un cerebritito, tía, y está para comérselo enterito.

—Y... ¿tiene pareja? —planteo finalmente.

—No, es un cabronazo elevado a la máxima potencia. Como amiga te aconsejo que te olvides de él, si no quieres terminar llorando por los rincones.

—¿Tú también? —suelto en una mezcla de diversión y hastío.

—Yo también, ¿qué?

—Cuando lo conocí, mi padre y... otra persona se negaron en rotundo a que estuviéramos juntos.

—¿Por qué? —exclama enarcando una ceja.

—No importa el porqué. Yo sé a quién conocí y con quién estuve, y te aseguro que era un tío con el que valía la pena estar —susurro mientras el camarero deposita frente a mí la lasaña.

—Pues no sé qué decirte ahora; personalmente no lo conozco, pero, por lo que veo, no suele estar con la misma mujer mucho tiempo seguido. Vamos, que les da a menudo rotación, como a la ropa —bromea guiñándome un ojo y empezando a dar buena cuenta de su almuerzo.

—¿Y qué hago ahora? —le pregunto con el estómago cerrado por los nervios.

—¿Irás a Formentera estas Navidades?

—¿Qué tiene que ver una cosa con la otra?

—Porque, si te quedas aquí y vienes a la fiesta que da la compañía en Navidad, tú solita te darás cuenta, límitate a observar.

—¿Qué quieres decir? —insisto, incapaz de probar bocado, deseando que no empiece a hablarme de orgías.

—Hace unos años estuvo por la empresa por esas fechas y asistió a la fiesta con la actriz Violeta San Pedro, y ¿sabes a quién pillé follando en una sala?

—A él, evidentemente —contesto sintiéndome ridículamente molesta y celosa.

—Sí, pero no con Violeta: estaba tirándose a otra tía.

—¿Y qué hacías tú allí? —pregunto finalmente, cuando consigo controlar mis celos desatados.

—Digamos que no iba a jugar a las cartas —me contesta con picardía.

—Pues qué bien —murmuro de malas maneras, haciendo a un lado mi comida.

—Bueno, visto lo visto, lo que te conviene es conocer a mi primo. Está muy bueno, casi tanto como Elkann, es médico y te aseguro que es mucho más fiel que él; dale una oportunidad y, a mí, la excusa perfecta para chuparme los dedos —me pide juntando las manos y empezando a liarme.

—Te he dicho que no, ¡pero mira cómo voy vestida a las dos y media!

—Mejor, lo tienes a huevo. No hace falta que te cambies, si no te apetece. ¿Sabes?, estoy pensando que podrías proponer ese vestido tan sexy para la nueva colección, está más que comprobado que sirve tanto para asistir a una importante reunión de negocios como para salir de marcha.

—Mira que eres graciosa.

—Lo sé, me viene de fábrica.

—Lo que te va a venir de fábrica es el guantazo que voy a darte —contesto riéndome.

—¡Mírala, qué fina ella!

—Lo sé, a mí también me viene de fábrica.

—Bueno, entonces confirmo para las diez, que elijan ellos dónde cenar.

—¿Perdona? —exclamo sin entender cómo hemos llegado a ese punto.

—¿Hola? —me responde burlona—. ¿Cómo?

—¡Pero ¿tú estás tonta?! ¿Qué me he perdido? ¿Qué tendrá que ver mi finura con salir con tu primo y su amigo?

—Está claro: tenemos que demostrarle a mi primo que eres una chica fina y respetable que no se emborracha a la primera de cambio hasta quedar medio inconsciente en la cama de un desconocido.

—Mira que eres zorra.

—Mira que te quiero —suelta riéndose, consciente de que ya me ha liado y confirmando la quedada con su primo.

—Te odio.

—Yo más.

Terminamos de almorzar y, antes de regresar a la oficina, nos dirigimos al baño, donde, gracias a su *kit* de emergencia, compuesto desde tapa ojeras hasta un pequeño bote de laca, consigo estar ligeramente presentable a pesar del dichoso vestido rojo.

Capítulo 22

Miro la hora mientras subimos en el ascensor y compruebo con alivio que voy sobrada de tiempo, por lo que llego la primera al despacho, donde ya está María Eugenia completamente concentrada ojeando unas carpetas.

—¿Has terminado los bocetos que te pedí? —me pregunta sin alzar la mirada de sus papeles.

—Sí —murmuro dirigiéndome a mi mesa, cogiendo la carpeta donde se encuentran todos los bocetos junto con el diseño del mikado rosa—. Toma.

Sin volverse para mirarme, me tiende la mano, donde deposito sobre su palma la carpeta y, en silencio, empieza a observarlos uno a uno.

—Muy bonitos, sobre todo éste del mikado —me comenta dejando la carpeta con mi nombre impreso sobre la mesa, mientras el Departamento de Diseño empieza a llenarse de compañeros que, como yo, le entregan sus carpetas con sus bocetos.

Empezamos la reunión a las tres en punto y compruebo que el equipo de diseño de la nueva colección estará compuesto por cinco personas, entre las que me hallo, y miro con asco a Carolina, ella también formará parte de este proyecto y mentalmente empiezo a maldecir. Carolina es la típica trepa que siempre y, para mi desgracia, tengo que encontrarme en mi camino. Por suerte también estará Mauro, que además de mi compañero es mi aliado y mi amigo, pues entramos a trabajar casi a la vez y juntos hemos superado muchos obstáculos, además de Crescencia y Orenca, dos gemelas con un talento brutal que normalmente suelen estar en Temporada y Pronto Moda.

—Esta nueva colección es un proyecto muy importante para Elkann, por eso ha viajado expresamente desde Londres para conoceros a todos y supervisarlos personalmente. Estos bocetos serán vuestra carta de presentación ante él —nos anuncia cogiendo las carpetas que le hemos ido entregando y que se encuentran apiladas sobre su mesa—. Y ahora, seguidme, vais a conocerlo.

¿¿¿¿Cómo???? ¿Voy a verlo? ¿Cara a cara? ¡Ohhhh, noooooo! Siento cómo el corazón empieza a latir frenético dentro de mí y miro de reojo la puerta por la que están comenzando a salir mis compañeros, incapaz de moverme y entrando repentinamente en barrena. No estoy preparada todavía, no puedo verlo tan

pronto. ¿Qué le digo? ¿Por qué te fuiste? ¿Por qué nunca contestaste mis mensajes? ¿Por qué me bloqueaste? Además, ni siquiera sé si sabe que trabajo para él...

—¡Luna! ¿A qué esperas? —me increpa Orenia—. ¡Venga! ¿Qué haces ahí parada como un pasmarote?

—Ya voy —susurro obligándome a caminar.

Sigo a mis compañeros a través del largo pasillo seguida por Orenia, que va a mi lado contándome anécdotas sobre sus hijos, pero apenas puedo prestarle atención. Siento náuseas y trago saliva, pero hasta mi saliva me produce arcadas e inspiro de nuevo profundamente, intentando recobrar la serenidad. Creo que estoy empezando a tener taquicardias, me tiembla todo el cuerpo y, como puedo, llego al que supongo será su despacho mientras esté en Madrid...

«Pero ¿qué me sucede? —me recrimino ante mi reacción desmesurada, deteniéndome durante unos segundos—. Si ni siquiera fue una relación, fue más bien un rollete de verano —me digo recordando la definición de Palo e inspirando profundamente—. Tranquilízate, Luna, posiblemente ni se acordará de ti...»

A pesar de todo lo que estoy diciéndome, accedo a su despacho temblando; me pitan los oídos y debo concentrarme en cosas tan banales como la decoración del mismo o la voz segura de María Eugenia, pero ni así lo consigo, y, oculta entre mis compañeros, escucho la voz de mi jefa mientras va realizando las pertinentes presentaciones, deseando retrasar al máximo el momento, mientras a mis oídos llegan las risitas nerviosas de mis compañeras y su voz segura y decidida, esa voz profunda y oscura que no he podido olvidar a pesar de los años.

—Y, por último, Luna, la más joven del grupo, pero no por ello menos talentosa. Te sorprenderás con su trabajo, tenéis una visión del diseño muy similar.

Con el corazón palpitando furioso dentro de mí, alzo la mirada lentamente hasta encontrarme con su increíble mirada azul, el mismo azul turquesa de las aguas de mi isla, y durante unos segundos creamos un vacío a nuestro alrededor, en el que las voces se oyen distorsionadas, donde sólo estamos nosotros dos en nuestro pequeño círculo de arena y sal.

—No sabía que formara parte de nuestra plantilla —murmura con voz ronca—. ¿Desde cuándo trabaja para nosotros? —me pregunta atrapando mi mirada con la suya como tantas veces hizo en el pasado, anclándome a ella, a él.

—Tres años —susurro con un hilo de voz, deseando alargar la mano y poder tocarlo, deseando acercarme a él y rozar mis labios con los suyos; deseando tanto que esa necesidad me duele.

—¿Os conocéis? —nos pregunta María Eugenia, tan asombrada como lo están mis compañeros, que no están perdiendo detalle.

—Apenas, nos conocimos un verano hace muchos años —responde Gael restándole importancia—. Espero que a la hora de diseñar sea más comedida que para elegir su vestuario —me dice con dureza, recorriendo mi cuerpo con la mirada y avergonzándose ante todos.

—Te aseguro que Luna tiene un gusto exquisito para ambas cosas —sale en mi defensa María Eugenia.

—Por tu bien, espero que sea así, María Eugenia —suelta alejándose de mí y sentándose a su mesa, en la que se apoya, con los brazos cruzados sobre su pecho, mirándonos a cada uno de nosotros con superioridad.

Su mirada decidida y su porte dominante me imponen y lo admiro en silencio aún temblando por todo lo que me ha hecho sentir con su mirada, esperando ver un gesto de complicidad o cualquier detalle que hagan especial nuestro encuentro, pero, para decepción y frustración mía, no vuelve a mirarme en ningún momento mientras nos explica minuciosamente qué espera de nosotros y de esta colección.

Siento deseo contenido, fiero y ardiente, e ira, enfado y orgullo herido luchando en mi interior por abrirse paso, con su voz llenando todo el ambiente frente a cinco caras sonrientes que lo miran embelesadas y una, la mía, que sólo desea zarandearlo y pedirle explicaciones.

—Como les he dicho en la reunión de esta mañana, esta colección es muy importante tanto para la compañía como para mí; todo, desde los estampados de los tejidos hasta las fornituras, se han diseñado y elegido cuidando hasta el mínimo detalle y en sus manos y en las de María Eugenia está el darle forma. Recuerden que la moda es la expresión del momento; hablemos por las miles de mujeres que vestirán nuestros diseños, hagamos que la deseen y, sobre todo, recuerden que la elegancia es simplicidad.

»El 11 de diciembre quiero sobre mi mesa doscientos bocetos, más los complementos con sus planos. De esos doscientos diseños, seré yo quien elija los que formarán parte de la colección, y el 30 del mismo mes quiero terminadas las ilustraciones y las fichas técnicas de los bocetos seleccionados; recuerden que será una colección cápsula que se irá refrescando continuamente, por lo que abarcará tanto la temporada de primavera como la de verano.

—¿Puedo preguntar por qué tanta prisa? —pregunta coqueta Carolina, tan perfecta como siempre.

—No, no puede —responde cortante—. Si no se ve capacitada para llevar a cabo este proyecto, dígalo ahora mismo y se la sustituirá en el acto, y esto va para cada uno de ustedes. Si tienen que hacer más horas, las hacen, pero el 11 de diciembre a las nueve en punto de la mañana quiero los bocetos sobre mi mesa, ¿está claro? —Su voz segura y desafiante llena todo el despacho y nos mantenemos mudos, mirándolo mientras mi compañera se hace de todos los colores posibles.

—Por supuesto que estoy capacitada —responde envarada, mirándolo fijamente.

—Más le vale, y ahora... algo que no se ha dicho en la reunión —añade guardando un minuto de silencio, evaluando nuestros rostros—. Cada uno de ustedes diseñará un boceto independiente; el diseño que destaque de entre los demás formará parte de la colección con una mención especial.

»Es una oportunidad de oro la que tienen frente a ustedes, aprovéchenla. Saben lo que se busca con esta colección y tienen el talento suficiente como para conseguirlo, utilícenlo.

«Un diseño mío en una colección nueva que seguro que va a tener una repercusión brutal, sin la supervisión ni la opinión de María Eugenia ni de nadie, teniendo completa libertad para elegir formas y tejidos y una oportunidad de oro para llamar su atención.»

—Y ahora, ¡a trabajar todo el mundo! —nos ordena con seriedad, dirigiéndose a su silla.

—Nos vemos en una hora en la *tissuteca*⁵ —nos dice nuestra jefa con sequedad, sentándose en la silla de enfrente de su mesa y empezando a ojear las carpetas que le hemos entregado con nuestros bocetos.

Casi en tromba, salimos de su despacho directos hacia el Departamento de Diseño, una sala enorme con dos filas interminables de mesas repletas de retales, muestras de color, pantones, revistas de tendencias... separadas por secciones: Temporada y Pronto Moda, de la que Greta es la responsable, y las colecciones Premium: Dreams y ahora la nueva, para la que se ha habilitado una nueva zona de trabajo, todas ellas controladas y supervisadas bajo el mando implacable de María de tejidos. Eugenia y, delante de nuestro departamento, el Departamento Comercial, que calcula en tiempo real las ventas de las tiendas, siendo conocedores de cuáles son las prendas con mayor reclamo y, por lo tanto, qué

hay que reponer y qué no, además de mantener contacto diario con las jefas de tienda, para saber cuáles son las necesidades de las clientas y satisfacer la demanda en tiempo récord.

Una hora después, y junto a mis compañeros, me dirijo a la *tissuteca*, donde nos está esperando María Eugenia con todo el muestrario de tejidos con el que vamos a trabajar.

—Sé que esta colección ha sido una sorpresa para todos vosotros, pero la realidad es que es algo con lo que Elkann y yo llevamos trabajando desde hace mucho tiempo. Mirad esto —nos indica dándole la vuelta al panel que tenemos frente a nosotros, mostrándonos el *moodboard*⁶ repleto de fotografías, telas y muestras de color, y uno de los *collages* más bonitos que he visto desde que trabajo aquí—; fijaos bien y grabadlo en vuestra cabeza, porque quiero esto, quiero que la colección refleje todo lo que veis aquí —nos dice mirándonos por encima de sus gafas de pasta.

»A pesar de nuestros esfuerzos, vamos muy justos de tiempo; las muestras se han retrasado más de lo previsto y nos han retrasado a todos y, aun así, vamos a demostrarle a Elkann que podemos hacerlo, ¡aunque tengamos que dormir aquí! —afirma dando una palmada sobre la mesa.

»Como veréis, los tejidos son una pieza clave en esta colección, ¡así que inspiraos! Mirad qué preciosidad —nos señala mostrándonos un chifón beis con bordados en tonos empolvados—. ¿Qué veis? Porque yo veo un vestido silueta lápiz por las rodillas con cuello redondo y manga larga, muy romántico, válido tanto para ir a un cóctel como para una reunión importante —me indica mirándome con seriedad.

—Vale, lo pillo —le digo más tranquila—, nada de vestidos rojos —murmuro admirando los tejidos y las fornituras con los que vamos a trabajar, casi con la boca abierta; su color, textura, fluidez, casi puedo ver los diseños que formarán parte de la colección y absorbo con la mirada cada uno de los tejidos.

—Más te vale. Mirad qué maravilla, mirad qué estampados y qué bordados más increíbles, qué sedas, qué encajes —musita evadiéndose a su mundo particular—. Es crear, un panel con todas las ideas que inspiran esa próxima colección. Está compuesto por fotografías, como estar dentro de un bosque encantado lleno de flores de múltiples colores, caminando por un sendero de arena blanca que te lleva a una cala desierta de agua turquesa; se me ocurren tantos diseños...

Su voz me traspasa como un rayo y miro el *moodboard*, donde hay varias fotografías de playas que me recuerdan demasiado a Formentera... Ha dicho calas desiertas... la nuestra. ¿Me estaré volviendo loca?

—¿Diseñaste tú los tejidos, María Eugenia? —susurro esperando ansiosa su respuesta, a pesar de que algo en mi interior me dice que fue él.

—No, lo hizo Elkann —murmura alzando la vista y dejándome clavada en mi sitio con su confesión—. Tenemos apenas dos semanas para diseñar esta colección, así que ya podéis ir olvidándoos de las fiestas y centrándoos en ella —nos recomienda con seriedad, mirando el *moodboard* durante unos segundos para seguidamente volcar su atención en todos nosotros—. Quiero una mujer femenina, muy chic, vestida con pantalones de cintura alta, vestidos de aire romántico y largos *midi*, con complementos que se ajusten a ellos... Quiero que los deseen, que los consideren imprescindibles, ¿está claro?

—Los tejidos son increíbles, se me ocurren miles de diseños con ellos —divago cogiendo una muestra y evadiéndome de todos—. Esta seda sería perfecta para una chaqueta batín; coordinándola con esta otra, quedaría un conjunto increíble, válida para llevarla con un vestido o con un pantalón, independientemente de que sea de día o de noche —les digo visualizando el diseño ya en mi cabeza—. Vamos a combinar estampados distintos que nada tengan que ver entre ellos, ¿lo veis? Imaginaos un cuerpo de escote *halter*, compuesto por estos tejidos —continúo emocionada, uniendo varios al azar en una sucesión de volantes—; fijaos en los estampados, ninguno tiene que ver con el otro, pero combinándolos entre sí terminan haciéndolo; le pondría una banda de satén en la cintura, remarcándola. Este cuerpo combinaría a la perfección con un *short* de lino *jacquard*, con un pantalón largo o con una falda.

—¡Justo! ¡Ésa es la idea! —exclama entusiasmada María Eugenia—. ¡Quiero eso, quiero esa frescura! Y tú serás la responsable de esta colección. No me falles, Luna, y, ahora, ¡a trabajar! ¡Recordad que tenemos hasta el 11 para entregar los bocetos y los planos! ¡A correr todo el mundo!

»Llevad entre todos el *moodboard* a diseño; necesito que lo tengáis bien presente y os empapéis de él —nos ordena antes de salir de la *tissuteca* con una tranquilidad pasmosa.

Capítulo 23

«Yo... ¿la responsable? Pero ¿esta mujer se ha vuelto loca? ¿Desde cuándo alguien es la responsable de una colección donde ella está presente?», me pregunto paralizada, viendo cómo mis compañeros cargan el *moodboard* sin ser capaz de mover un solo dedo, acojonada por ser la responsable de un proyecto tan importante para la compañía y para él.

Sólo cuando logro reaccionar, me encamino hasta Diseño, donde la encuentro enfrascada entre bocetos y telas.

—¿Qué te ocurre, Luna? —me pregunta admirando un tul bordado en tonos azules y rosas sin mirarme.

—¿Yo? Pero ¿qué dices, María Eugenia?

—¿Te llamas Luna? —me pregunta mirándome con seriedad por encima de las gafas.

—Sí —respondo en un susurro.

—¿Estás sorda?

—Por supuesto que no.

—¿Te sobra el tiempo?

—Tampoco —murmuro deseando que la tierra me trague.

—¿Y qué haces aquí perdiéndolo? Tienes a cuatro personas de brazos cruzados esperando tus instrucciones, mueve el culo de una vez, ¡¡¡ya!!!

Sin contestarle, me doy la vuelta hacia mi nueva sección, que se encuentra casi enfrente de su mesa, donde veo a Carolina, que me mira con superioridad. Sé que no me ve capacitada para hacerlo, pero voy a dejarle claro que puedo, ¡hombre si puedo!, y, dispuesta a demostrarle a ella y a todos los que lo piensen que se equivocan, cojo el toro por los cuernos.

Puesto que me gusta trabajar en equipo, propongo una *brainstorm*⁷ en la que, uno a uno, vamos exponiendo todo lo que tenemos en mente: tejidos, formas, combinaciones, fornituras, confección, complementos... Por suerte el concepto de lo que deberá ser la colección está más que claro y, tras una intensa y emocionante reunión, nos ponemos manos a la obra en lo que tanto nos gusta, el proceso de diseñar.

—Oye ¿piensas quedarte a dormir aquí? —me pregunta Greta sentándose en mi desierta sección—. Ya no queda nadie, tía.

—Quedas tú —contesto alzando la vista de mi boceto.

—Eso es porque, desde que se ha estrenado la peli *Oxford*, todas las mujeres están preguntando por el abrigo que lleva la protagonista en la última escena y quieren sacarlo cuanto antes.

—Unas horas para el boceto, los planos y las fichas.

—Y dos semanas para que esté en tienda. María Eugenia quería mis ovarios o mis tacones, no sabría decirte qué es peor, sobre la mesa si no se lo entregaba antes de irme.

—¿Y lo has conseguido?

—*Of course, baby*. ¿Qué creías? Cambiando de tema, ya me he enterado de tu nuevo cargo; Carolina estará rabiosa —suelta entre risas—. Por cierto... ¿qué te dije? Eres la niña mimada de María Eugenia: no sólo vas a formar parte del equipo de la nueva colección, sino que encima te ha puesto como responsable de ella. Tía, pero ¿tú sabes lo que significa eso? ¡Nunca había hecho algo así!

—¡Ya lo sé! Y estoy muerta de miedo, ¿y si le fallo?

—¿Y por qué habrías de hacerlo? Te están dando una oportunidad impresionante; aprovéchala y, sobre todo, disfrútala.

—Eso es muy fácil de decir —murmuro sobrepasada por el peso de la responsabilidad.

—Oye, te recuerdo que hace unas horas me decías que querías mi puesto... y lo que te está ofreciendo María Eugenia es mi puesto, pero mejorado. Nena, ¡qué vas a ser la responsable de la nueva colección Premium! ¡¡¡Oh, my Diorrrr!!! ¡Quién fuera túúúú!

—Ya lo sé, Greta, y no me malinterpretes: estoy emocionada, pero también acojonada, es un cargo muy importante.

—Por supuesto que lo es, y un trampolín para alcanzar tus sueños también, y no me refiero sólo como diseñadora. ¿Te das cuenta de lo cerca que vas a estar del rubiaco?

—¿El rubiaco es Gael? —pregunto entre risas.

—¡¡¡Ohhhhh, síiiiií!!!! ¡¡¡El pedazo rubiaco tío bueno que tenemos de jefe!!! ¡Yo sí que me cambiaría por ti en el acto! —me dice poniendo los ojos en blanco.

—Pensaba que no querías que me acercara a él —le recuerdo sonriendo.

—Lo que no quiero es que te pilles por él, pero puedes tirártelo todas las veces que quieras si se te pone a tiro.

—¡Hombre, gracias! —contesto entre risas—. ¿Y lo has visto? —le pregunto entre susurros, como si alguien pudiera oírme, algo bastante improbable teniendo en cuenta que sólo quedamos nosotras en todo el departamento.

—Nooooo —me susurra su respuesta, burlándose claramente de mí—, pero quiero chuparme los dedos. ¿Te queda mucho? —me pregunta sentándose sobre mi mesa con las piernas cruzadas.

—Estaba pensando en no ir y llevarme todo esto a casa, no quiero fallarle a María Eugenia.

—¡Y una mierda! ¡No puedes echarte atrás ahora! A las diez nos esperan en el Canalla Bar y vas a venir. Mañana, si quieres, voy a tu casa y te ayudo con todo esto, ¿trato hecho?

—Eso no te lo crees ni tú. ¡Venga ya, que nos conocemos, tía!

—Te lo juro, palabra de *stiletto*.

—Sabes que esa palabra es sagrada, ¿verdad?

—Y más si son de piel de serpiente rosa y de doce centímetros.

—Y combinados con el tejano rasgado y la cazadora verde de esta última temporada.

—Muy *heavy* para venir de una mikado, ¿no te parece?

—Y que va todo el día con este supervestido rojo.

—Me dejas sin palabras.

—Lo sé, me viene de fábrica —le digo bromeando.

—Anda, vámonos, mikado, que llegamos tarde —me pide cerrando mi ordenador mientras yo apago la luz de mi mesa.

El departamento está a oscuras a excepción de la luz de emergencia y, cargadas con el trabajo extra para casa, salimos de él.

Miro de reojo hacia su despacho, que se encuentra al final del pasillo, pero tiene la puerta cerrada y no hay forma de saber si está en él o no, y, un poco decepcionada por no haberlo visto en toda la tarde, me encamino hacia los ascensores con mi amiga Greta hablándome fascinada de ese pedazo tío con el que vamos a cenar mientras en mi interior ruego por encontrármelo en el ascensor o en la recepción; pero mi gozo en un pozo, nada, ni rastro de él y, desilusionada, salgo del edificio resignada a salir de nuevo con la loca de mi amiga, a pesar de haber jurado y perjurado que no volvería hacerlo.

Llego al pequeño piso al que me mudé hace un año, y algo así como mi templo. Si de algo me siento orgullosa es de mi independencia y, aunque al principio me dio pena dejar a mi madre sola en casa, la verdad es que estoy feliz

viviendo a mi aire y más en días como los de ayer; no llego a aparecer por casa en toda la noche y mi madre hubiera sido capaz de llamar a los GEO para buscarme.

Dejo los bocetos en la ordenada mesa que en un rincón del salón me sirve de improvisado despacho y directamente me voy a la ducha; necesito quitarme este dichoso vestido de una vez y cambiarme la ropa interior.

Me demoro bajo el chorro del agua caliente sin dejar de pensar en él, en ese hombre que no he podido borrar de mi mente a pesar de los años y que ahora es mi jefe. ¿Qué sentirá él? ¿Me habrá olvidado?, y la pregunta del millón... ¿por qué me bloqueó? «¿Por qué esa necesidad de cortar todo el contacto conmigo? ¿Por qué?», me pregunto apoyándome en la pared de azulejos.

Salgo de la ducha y envuelvo mi cuerpo en una mullida toalla mientras fuera llueve y hace frío... Soy una floja, ¿cómo he dejado que Greta me engatusase de nuevo? Lo que daría por ponerme mi pijama de franela, tomarme una sopa y sentarme en el sofá arrebujada con una manta con mis bocetos delante.

Con reticencia y maldiciéndome, me visto con un *look* casual chic y, tras maquillarme y dejar mi leonina melena suelta, espero a mi amiga, mirando por la ventana, imaginando qué estará haciendo él ahora. Cuando suena el timbre, salgo a su encuentro sin demasiadas ganas.

Greta, que es arriesgada hasta decir basta, lleva el pelo corto a lo *garçon* y, aunque hoy lo lleva con mechones rosas y azules, puede que mañana lo lleve platino; con ella nunca se sabe, y siempre, se ponga lo que se ponga, va monísima.

—¡Qué pasada de chaqueta! ¿Quién la habrá diseñado? —me pregunta mofándose.

—Seguro que una loca con el pelo de colores —le contesto riéndome.

—Mi primo me ha preguntado por ti —me dice guiñándome un ojo y alzando el brazo para detener un taxi.

—¿Y qué te ha preguntado? —inquiero tiritando—. ¡Qué frío! ¡No sabes cómo te odio por hacerme salir de casa con este tiempo!

—No pienso contártelo —me responde con una radiante sonrisa.

—¿Y para qué me lo dices, entonces?

—Porque me gusta picarte —replica abriendo la puerta del taxi y metiéndose a toda prisa en él.

—A la próxima saldrás con tu abuela —le respondo aún tiritando por el frío.

—Eso no te lo crees ni tú —contraataca riéndose, tras darle la dirección del restaurante al taxista.

—Ponme a prueba —rebato achinando los ojos—; además, está mal que salga de nuevo con tu primo.

—¿Por qué? —me pregunta sin entenderme.

—Porque lo he visto de nuevo, Greta. No he podido quitármelo de la cabeza en todo el día. Tía, que es mi jefe, ¡el tío que me volvió loca es mi jefe!

—Olvídate de él, Luna; ya sé que está buenísimo y que follará como un dios, pero ese tío no te conviene.

—Pensaba que tenía permiso para tirármelo si se me ponía a tiro —le recuerdo sus palabras.

—Lo retiro, no tienes permiso ni para eso.

La miro sin contestarle enarcando una ceja, asombrada por su seguridad aplastante.

—Como no soy río, puedo echarme atrás cuando quiera —prosigue encogiéndose de hombros— y, conociéndote, sé que, si te lo tiraras, acabarías pillada por él seguro, así que mejor no te acerques al jefazo; hazme caso, en serio.

—Qué harta estoy de oír siempre la misma canción, de verdad —respondo con hastío mirando por la ventana.

—Pues me da igual. Escúchame: ese tío es un cabronazo en toda regla, créeme; llevo años siguiéndole la pista a través de las redes sociales y la prensa y sé de lo que hablo. Tú eres demasiado dulce para él; al final te haría daño y no quiero verte llorar.

—Ya lloré por él lo que tenía que llorar; ya no soy la de antes, Greta.

—No sabes lo equivocada que estás. Como dejes que se acerque a ti, vas a terminar llorando como entonces, es lo que los tíos como él provocan en las princesitas como tú. Ya hemos llegado —me anuncia mirando por la ventana y sonriendo feliz—. Venga, sonríe y procura ser simpática, ¿sabrás hacerlo, verdad? Y, sobre todo, ¡¡¡no bebas!!! —me ordena con seriedad—. Tenemos que demostrarle a mi primo que eres una chica fina, seria y responsable —remata guiñándome un ojo.

—Fina y segura, como las compresas. ¡Vete a hacer puñetas!

—¡Yo también te quiero!

Entramos en el local, donde ya está esperándonos Rafa con su amigo, y nos acercamos a ellos sonriendo. Bueno, Greta más que yo, que parece que en lugar de caminar vaya flotando en una nube de corazones y felicidad.

—¡Estás impresionante! —me adula Rafa con voz profunda, cogiéndome por la cintura y dándome un beso en la mejilla.

—Gracias —susurro sintiéndome abrumada por la intensidad de su mirada.

Me siento frente a él, con Greta a mi lado, envuelta en un mar de dudas, pues ante mí tengo a un tío impresionante, simpático y, según Greta, casi perfecto, y en cambio no puedo olvidarme de Gael, de la sorpresa de su cara al verme, de ese momento entre los dos... Tantos años pensando qué habría sido de él y ahora lo tengo tan cerca y tan lejos de mí...

Ojalá sucediera lo que suele ocurrir en las novelas que día a día devoro con ansia. Si mi vida la escribiera Ana Forner, ahora debería entrar por la puerta y verme riendo con Rafa, debería ponerse celoso a rabiar y montarme algún numerito, pero antes terminamos de cenar que eso ocurre y, aunque lo he pasado bien con Rafa, mis pensamientos los ha dominado él por completo.

Alargamos la noche yendo al pub de moda, donde de nuevo espero encontrármelo, pero nada, nada de nada..... «¿Dónde irá un viernes por la noche? —me pregunto mientras sonrío a Rafa sin ser realmente consciente de lo que está diciéndome—. ¿Todavía luchará? O, peor aún... ¿y si está en una orgía?», murmura la vocecita pedante de mi cabeza, mientras recuerdo las imágenes de esa noche, estremeciéndome.

Cogiéndome por sorpresa, Rafa me sujeta por la cintura y, con decisión, me acerca a su cuerpo, pegándome a él y haciendo que sienta cada parte del suyo y, antes de que pueda reaccionar, une sus labios a los míos en un beso rudo. Su mano en mi cintura desciende lentamente hasta llegar a mi trasero, apretándome más a él mientras su lengua se abre paso en mi boca con decisión, y, aunque necesito poner distancia, una parte de mí no puede hacerlo y acabo correspondiendo a su beso.

—¿Tengo tu atención por fin? —me demanda con seriedad, sin apenas despegar sus labios de los míos.

—¿Por qué has hecho eso? —susurro encontrándome con su oscura mirada.

—Porque me gusta que la tía que esté conmigo lo esté de verdad.

—Lo siento.

—Quiero conocerte, Luna, y quiero estar contigo, pero quiero que tú también lo desees. —Sus manos en mi cintura están haciendo estragos en mi cordura y por un momento me olvido de Gael para centrarme en él.

—No puedo prometerte nada ahora, no quiero ser injusta contigo —murmuro intentando ser lo más sincera posible con él.

—Sólo te pido que, cuando estés conmigo, lo estés realmente. ¿Podrás hacerlo? —me pregunta pegándose aún más a su increíble cuerpo.

—Sí —musito.

Y como le he dicho, el resto de la noche me olvido, o al menos eso intento, de Gael, centrándome en este hombre que en otras circunstancias se hubiera apoderado de mi corazón en el acto, pero que por desgracia me temo que llega tarde, pues, de nuevo, Gael ha llegado arrasando con todo, de nuevo se ha adueñado de mi voluntad sin ni siquiera saberlo.

Capítulo 24

El sábado lo paso en casa trabajando con mis diseños y, a pesar de la insistencia de Greta, me niego a salir por la noche de nuevo con Rafa y Nico, su chico ya; necesito aclarar mis ideas y con él cerca me resulta bastante complicado.

Estoy sentada en el sofá, con mi pijama de franela y un tazón de sopa entre las manos buscando en Wuaki una peli lo más romántica posible, cuando llaman a la puerta. «¿Será Gael?», me pregunto dejándome llevar por mis deseos, yendo como una bala hacia la puerta.

—¿Quién es? —pregunto por el interfono.

—¿Te apetece cenar comida china conmigo?

¡¿Rafa?! Pero ¿qué hace aquí? ¿Y cómo sabe dónde vivo? ¡Greta! ¡Yo la mato! ¡Juro que la mato cuando la vea!

—Pasa —respondo sin saber qué hacer realmente.

Valoro ir corriendo a mi habitación y cambiarme a la velocidad de la luz, pero al final desisto; mi plan era pijama y peli y así se queda. Veo cómo la lucecita del ascensor marca la subida del mismo y me quedo esperando en la puerta.

—¡Hola! —lo saludo una vez lo tengo frente a mí; sin duda es el médico más guapo que he visto en mi vida.

—¡Hola! —me saluda a su vez, mirando divertido mi pijama—. ¡Qué sexy!

—¡Oye! —le digo entre risas, haciéndome a un lado para dejarlo pasar.

—Te lo digo en serio. No sé qué tienen los pijamas de franela con conejitos que me vuelven loco —añade mirándome descaradamente—, aunque puede que la que me vuelva loco sea la dueña del pijama.

—Pasa, anda —le digo riendo e ignorando su comentario a propósito—. ¿Te ha dicho Greta donde vivía?

—Más o menos, ¿te molesta? —inquieta siguiéndome hasta el salón.

—No lo sé —respondo intentando ser lo más sincera posible con él, recordando el beso que me dio ayer.

—Mientras lo averiguas, ¿te parece si cenamos? —me pregunta mostrándome las bolsas de comida.

—Comida china de mi restaurante favorito, veo que te tiene bien informado.

—Menos de lo que me gustaría —me dice mirándome intensamente y dejando las bolsas sobre la mesa, donde se encuentra mi tazón de sopa—. ¿Ibas a cenar sólo eso?

—Mi plan era sopa y peli —respondo con una media sonrisa, encogiéndome de hombros.

—Suerte que he venido para rescatarte de ese plan tan aburrido.

—¿Tienes tú uno mejor?

—De momento, cenar con una mujer increíble. Ya veremos qué sucede más tarde —contesta mirándome fijamente.

—Nada de lo que estás pensando —respondo divertida yendo hacia la cocina para coger platos, vasos y cubiertos.

—¿Y cómo sabes lo que estoy pensando?

Me doy media vuelta, mirándolo enarcando una ceja.

—Digamos que tienes una mirada muy expresiva.

—Además de ser muy persuasivo cuando me propongo algo y te advierto de que, cada vez que dejes de prestarme atención, voy a besarte como hice ayer.

—¡Ni se te ocurra! —contesto entre risas, dándole los platos para que los ponga en la mesa.

—Vas a tener que estar muy atenta a cada una de mis palabras —me replica guiñándome un ojo, apoyado en el marco de la puerta.

Lleva unos vaqueros ajustados con un suéter verde oscuro y durante unos segundos lo admiro disimuladamente.

—Sígueme, anda —le digo cargada con los vasos y los cubiertos, volviendo a mi realidad—. Y, dime, ¿cuál es tu especialidad? —le pregunto mientras voy disponiéndolos sobre la mesa, cambiando a propósito de tema.

—Ginecología —me anuncia sentándose tranquilamente sin dejar de mirarme.

—¿Eres ginecólogo? —inquiero ruborizándome sin saber por qué.

—Sí, ¿quieres que te explore?

—¡¡¡Nooooo!!! ¡¡¡Gracias!!!! —exclamo con una carcajada tensa.

—Como quieras, pero no sabes lo que te estás perdiendo.

—Creo que podré soportarlo —añado sentándome yo también, sin poder dejar de sonreír, todavía sonrojada.

—¿Te sonrojas cada vez que te exploran? —me pica burlón.

—¡Claro que no!

—¡Mentirosa!

—¡Cállate, ¿quieres?! —le digo tirándole la servilleta a la cabeza.

Su carcajada llena todo el salón y lo miro fascinada. ¿Qué hace un tío como él en el salón de mi casa conmigo vestida con un pijama de franela? ¿Cómo puedo estar frenándome por un hombre que posiblemente ni se acordará de mí?

—Cuéntame alguna anécdota —le pido intentando relajar el ambiente electrizante que ha creado en apenas unos segundos mientras empiezo a servirme un poco de arroz.

—Tengo unas cuantas que, aunque te las contase, no me creerías —me responde con una media sonrisa, relajándose al instante mientras empieza a servirse tallarines—. Ayer mismo vino una mujer y, mientras terminaba de rellenar su informe, le pedí lo de siempre, que se desnudara de cintura para abajo, que se cubriera con la sábana y pusiera los pies en las pieceras, ¿y sabes lo que me encontré cuando entré en la sala? A ella de pie sobre las pieceras, sujetándose la sábana y haciendo equilibrios para no caerse —me cuenta carcajeándose.

—¡Venga ya, es coña! —replico riéndome con ganas.

—¡No! ¡Te lo juro! —me asegura descojonándose conmigo.

—Y, cuando entra una jovencita y ve que tú eres el ginecólogo, ¿qué hace?

—¿Qué harías tú? —me plantea dejando la comida a un lado y volcando su atención en mi respuesta.

—Nada —miento antes de llenarme la boca de arroz.

—¡Y una mierda nada! Te sonrojarías como has hecho antes —me asegura recorriendo con su descarada mirada mi cuerpo y consiguiendo que me ruborice en el acto.

—¿Quieres dejar de mírame así? —pido abrumada.

—Así, ¿cómo? —me pregunta riendo e intensificando su mirada.

—Ya lo sabes; déjalo, ¿quieres?

Y a pesar de que nunca hubiera elegido este plan por mí misma, tengo que reconocer que estoy disfrutando muchísimo con esta cena improvisada y con él.

—¿Qué película te apetece ver? —le pregunto una vez estamos instalados en el sofá, con un cuenco de palomitas entre las manos.

—Mientras no me pongas una película de esas en las que terminarás llorando a moco tendido, me doy por satisfecho.

—Mientras no me pidas que ponga una película de esas en las que apenas hablan y lo único que hacen es darse puñetazos, me doy por satisfecha —replico picándolo.

—*Touché!* —suelta acercándose peligrosamente a mí—. ¿Te das cuenta de que en toda la noche no has perdido el hilo de la conversación?

—¿Y por qué será? —le pregunto conteniendo la respiración y retrocediendo lentamente a medida que se acerca a mí.

—Dímelo tú —murmura mirando mis labios.

—Ni se te ocurra besarme —susurro poniendo mi mano en su pecho en un intento fallido por frenarlo, a pesar de que está excitándose que me mire así.

—¿Te doy miedo?—susurra tan cerca de mí que siento la calidez de su aliento.

—¡Claro que no! —contesto ruborizándome.

—Demuéstrame entonces —musita con sus labios a escasos centímetros de los míos.

—Rafa, no qui... —Mi intento de súplica queda silenciado por sus labios, que atrapan los míos sin pedir permiso.

Cogiéndome por el trasero, me levanta hasta sentarme a horcajadas sobre él, pegándome a su cuerpo mientras su lengua se mueve con maestría dentro de mi boca y sus manos suben por debajo de mi camiseta hasta llegar a mis pechos, donde se demora en ellos, y gimo suavemente echando la cabeza hacia atrás... y es en ese preciso instante, con sus labios sobre mi cuello y sus manos en mis pechos, cuando poso mi mirada en los tejidos y los bocetos que se encuentran sobre la mesa del rincón, en ese estampado que tanto me recuerda al color del agua turquesa de mi amada isla y al de la posidonia que es arrastrada por la corriente hasta la orilla, y siento cómo mi cuerpo se tensa instintivamente, rechazando todo contacto con otro hombre que no sea él.

—Rafa, perdona —murmuro bajándome la camiseta y sentándome al otro extremo del sofá—; lo siento de verdad, no quiero precipitarme.

Lo veo respirar profundamente echando la cabeza hacia atrás, hasta apoyarla en el respaldo, fijando la vista en el techo.

—Lo siento —musito avergonzada.

—No te preocupes, soy yo quien lo siente.

—¿Por qué? —pregunto descolocada.

—Por presionarte —me aclara con seriedad, fijando su increíble mirada, oscura como la noche, en mí—. Prometo no volver a hacerlo. Te lo dije ayer, Luna, quiero estar contigo, pero quiero que tú también lo quieras.

—Necesito tiempo, Rafa —susurro—; necesito aclararme primero.

—¿Hay otro? —me demanda con la mandíbula tensa—. Necesito saber qué es lo que te frena.

—Lo hubo —explico—, pero ha regresado, y yo... yo estoy hecha un lío.

—Tómate el tiempo que necesites, pero te advierto de que no voy a jugar limpio.

—Rafa, no quiero hacerte daño.

—Sé cuidar de mí mismo. Ven —me pide tirando de mí y arrimándose a su pecho—, vamos a ver esa película.

Me apoyo en su pecho, duro como una roca... como el de Gael, con su brazo envolviendo mi cuerpo, y me detesto y lo detesto. ¿Por qué, después de tantos años, he tenido que volver a verlo justo ahora, cuando he conocido al hombre prácticamente perfecto?

El domingo como en casa de mi madre y, a pesar de que intento con todas mis fuerzas olvidarme del lío en el que estoy metida, fracaso estrepitosamente, pues no dejo de pensar en Rafa y en lo bien que me hizo sentir anoche para seguidamente pensar en Gael y en todos los sentimientos que han aflorado de nuevo en mí, así que, en un intento por olvidarme de ambos y no volverme medio loca, dedico la tarde a trabajar en mis bocetos y, a pesar de que recibo varios mensajes de Greta intentando liarme para salir, paso de ella y me vuelco en el diseño que tengo en mente.

Esta colección se ha convertido en algo muy personal para mí; quiero impresionarlo, quiero que se fije en mí aunque sea únicamente a través de mis diseños y, durante unas horas, consigo evadirme de ambos, centrada como estoy en mi trabajo, que alargo hasta las tantas de la noche.

Capítulo 25

Abro los ojos, nerviosa. «¿Qué hora será? ¿Y por qué no he oído las cinco alarmas del despertador? ¿Me habré dormido?», me pregunto incorporándome a toda leche y cogiendo el móvil de un zarpazo. Las siete menos diez. ¡Uf, qué alivio! De un salto, me levanto de la cama llena de energía, mintiéndome y diciéndome que este entusiasmo repentino no es por él, sino por la increíble colección que tengo entre manos, aunque la burda realidad es que me muero por verlo, por tenerlo cerca y por arrancarle una simple sonrisa o una mirada especial.

Tras darme una ducha, me visto poniendo especial esmero en mi *look*. Quiero despertar su interés, pero sin llamar excesivamente la atención; eso ya lo hice el otro día con el dichoso vestido rojo. Tras secar mi abundante melena castaña y maquillarme suavemente, elijo un vestido de lana negro con largo *midi*, que combino con unos botines, todo diseño nuestro. Me miro por última vez y, satisfecha con el resultado final, cojo mis cosas y, tranquilamente, voy a por mi coche.

Lo bueno de levantarse antes de que suenen las cinco alarmas es que tienes tiempo para todo y no como me sucede a menudo, que llego al trabajo como quien llega a la meta. Aparco en la zona reservada para empleados y, para mi sorpresa, compruebo que he llegado antes que la estupenda de Carolina. ¡Bien por mí! Por una vez no tendré que verle la sonrisita puñetera mientras yo me hago los cien metros lisos con la lengua fuera.

Voy a coger mis pertenencias del asiento del copiloto cuando oigo un sonido que no he conseguido olvidar a pesar de los años... el rugido de su moto, y siento cómo mi corazón se acelera, cómo mi estómago se contrae deliciosamente y cómo el ansia, los nervios y el deseo entremezclados hacen estragos en mi interior, y, aunque posiblemente debería seguir el consejo de mi amiga Greta y largarme cuanto antes, no lo hago, no puedo, y prácticamente lo devoro con la mirada mientras él aparca cerca de donde está estacionado mi vehículo.

Lleva unos vaqueros oscuros con una cazadora de cuero y medio babeo observándolo mientras se baja de la moto con fluidez y se peina el pelo con los dedos tras quitarse el casco... ¡Madre mía, qué brutalidad de hombre! Sin percatarme de mi gesto, recorro con la mirada su colosal cuerpo, recordando las veces que lo tuve dentro de mí, sus besos, cómo me tocaba, cómo me hacía sentir, sus silencios, sus medias sonrisas... y tengo que obligarme a controlar mi gesto antes de que un surco de babas descienda por mi boca, abierta desmesuradamente.

Creo que no me ha visto y finjo no haberlo hecho yo tampoco mientras termino de recoger mis cosas y, con las piernas a punto de doblármeme por la mitad, me dirijo hacia los ascensores sabiendo de antemano que estoy a punto de vivir mi «momento novela» y, aunque temo caerme de bruces por culpa de los nervios, lo estoy deseando. ¡Ay, mi madre, que voy a estar a solas con él!

Llego al ascensor cardíaca perdida, aferrando con fuerza mi maletín y viendo feliz cómo, para variar, los ascensores se encuentran en las plantas superiores, eso hoy me viene de perlas, y, cuando voy a pulsar el botón de llamada, es otra mano la que lo hace por mí, la suya, y me vuelvo hacia él, hacia ese hombre que ha dominado mis pensamientos desde que lo vi de nuevo.

—Buenos días —lo saludo con una tímida sonrisa, tan nerviosa que siento mi ojo derecho palpar descontrolado.

—Buenos días —me responde fijando su increíble mirada azul en mí, consiguiendo que me pierda en ella durante unos segundos.

Y retrocedo a nuestra cala arrastrándolo a él conmigo, deseando fundirme de nuevo en él, deseando sus besos y aferrarme a su cintura otra vez, deseándolo todo con él...

—¿Llevándose trabajo a casa? —me pregunta fijando su atención en el maletín que aferro con fuerza y rompiendo el momento electrizante que se había creado entre ambos.

—Esta colección también es importante para mí —susurro intentando que mi voz suene lo más firme posible y centrando mi atención en el botón del ascensor, necesitando recuperar el control de mi cuerpo y de mis pensamientos cuanto antes.

—¿Por qué? —me plantea con voz tensa—. ¿Para llegar a su meta?

—Sí —contesto girándome de nuevo hacia él, sorprendida por que recuerde ese pequeño detalle—, y porque soy la responsable del equipo de diseño. Es la primera vez que María Eugenia confía en mí y no quiero defraudarla.

—Tiene talento; he estado viendo sus diseños y son buenos —me dice mientras se abren las puertas del ascensor y accede a él pasando por mi lado y dejando una estela de su fragancia a su paso.

En silencio, lo sigo halagada por sus palabras, pero también ligeramente molesta, pues no quiero desaprovechar este momento hablando de trabajo, ni quiero que nos hablemos de usted, ni finjamos que no sucedió nada entre nosotros; no después de lo que vivimos y también porque necesito respuestas para poder seguir con mi vida.

—¿En qué ha trabajado este fin de semana? Quiero verlo.

—Todavía hay mucho por matizar, nos dio hasta el día 11, ¿recuerda? —le pregunto sintiéndome insegura con cada uno de los bocetos que hice ayer.

—Mire, señorita Costa, si no me he marchado a Londres todavía es porque quiero supervisar esta colección personalmente, así que me importa bien poco si lo tiene matizado o no, quiero verlo —me ordena mirándome con seriedad.

—¿Por qué te fuiste? ¿Por qué nunca me dijiste que eras diseñador? ¿Por qué me bloqueaste? ¿Por qué, Gael? —suelto a bocajarro, casi vomitando las preguntas que no han dejado de atormentarme desde que lo vi de nuevo y con otra empezando a torturarme: ¿Cuándo se marchará a Londres?

—Porque no lo soy, simplemente me dedico a dirigir esta empresa —me contesta con dureza, omitiendo la respuesta a todas mis otras preguntas—. Coja todos los bocetos en los que trabajaron el viernes junto con su trabajo de este fin de semana y venga a mi despacho —me ordena cabreado, saliendo del ascensor, que ya ha llegado a nuestra planta.

—Simplemente —susurro temblorosa viéndolo alejarse a través del largo pasillo, echándolo tanto de menos que hasta me duele.

Lo sigo obligándome a dejar a un lado mis sentimientos, reproduciendo en mi cabeza el desarrollo de la colección, sudando a mares por los nervios que me produce tener que presentarle un trabajo que a todas luces necesita una buena revisión por mi parte y, sobre todo, por parte de María Eugenia, pero consciente de que no tengo otra opción. Tras dejar mis cosas y recoger todo lo que me ha pedido, me dirijo a su despacho, cuando la estupenda de Carolina está entrando en el departamento.

—¿Cómo tú por aquí tan pronto? ¡Esto habrá que celebrarlo! —me dice con una sonrisa maliciosa.

—Pues celébralo tú sola, pero, luego, ¡ponte a trabajar! —suelto entre dientes, sorprendiéndome a mí misma por el tono autoritario de mi voz.

Antes de que llegue a responderme, salgo del Departamento de Diseño con el ojo derecho latiéndome a toda leche. «¡Tranquila, Luna; venga, que tú puedes!», me digo intentando infundirme confianza, posando mis dedos helados sobre el ojo en un intento por frenar las dichosas palpitaciones.

Llego a su despacho y, tras llamar y ser autorizada para pasar, lo hago con las piernas temblándome tanto o más de lo que está temblándome el ojo. Está sentado comprobando unos papeles y apenas me presta atención.

—Ya te he dicho que necesita una r...

—No me tutee; para usted ya no soy Gael, soy el señor Elkann, ¿está claro?
—me plantea mirándome con dureza.

Y de nuevo esa sensación agónica, la sensación del mundo abriéndose a mis pies.

—Por supuesto, no volverá a suceder —acepto alzando el mentón, sintiendo el frío instalarse en mi corazón—. Éstos son los diseños en los que nos centramos el viernes —murmuro exponiendo frente a él todos los bocetos—; estamos trabajando en una línea *boho chic*, con tejidos superpuestos y fluidos, pantalones de cintura alta con mucha caída, vestidos con largo *midi* y cortos. Como verá —y durante unos segundos guardo silencio. Qué raro se me hace hablarle de usted cuando, por imposible que parezca, aún puedo sentir sus besos sobre mi cuerpo y los recuerdos no dejan de asaltar mi mente—, los estampados nos están dando mucho juego —susurro con tristeza.

—A ver los suyos —me ordena mientras los observa, uno a uno, con atención.

Sin emitir palabra, se los tiendo, muerta de miedo por que interprete mis sentimientos en ellos, pues son un fiel reflejo de los mismos.

Los ojea todos y detiene su mirada en el boceto que terminé ayer a altas horas de la madrugada: un vestido en gazar blanco y negro, con escote *halter* y bajo asimétrico. El boceto muestra claramente el tejido que se utilizará, un estampado con un remolino de *paillettes* mates que tanto me recuerda a la posidonia y, asomando por el bajo, una combinación doble coordinada en turquesa, el color del agua de Formentera y de sus ojos.

Su mirada se demora en él y trago saliva frente a su mesa, sabiendo de sobra lo que está pensando y maldiciéndome por ser tan expresiva en mis creaciones.

—¿Ha pensado en su diseño? —me pregunta juntando todos los bocetos a excepción de ese último.

—A grandes rasgos —murmuro viendo cómo me tiende la carpeta—. Ha olvidado incluir ese boceto.

—Ese boceto entra directo en la colección; no quiero que lo cambie ni lo matice —me dice mirándome fijamente y traspasándome con su increíble mirada azul.

Y, aunque sé que antes debería verlo María Eugenia y el resto del equipo, omito el comentario cogiendo la carpeta que me tiende.

—¿Qué opina del resto de los bocetos?

—Me gusta la línea que han adoptado, es justo lo que tenía en mente. Aun así, son mejorables. Luego pasaré a hacerles una visita, quiero hablar con todos ustedes. Hemos terminado —me anuncia volcando toda su atención en la pantalla de su ordenador.

Y ese «hemos terminado» podría aplicarse también a nosotros, porque, si albergaba alguna mínima esperanza, él mismo se ha encargado de cargársela de un plumazo. Salgo de su despacho con la espalda tan erguida como me es posible, sintiéndome derrotada por dentro, con sus palabras resonando en mi cabeza... «Para usted ya no soy Gael, soy el señor Elkann.»

El Departamento de Diseño bulle de actividad y, cargada con los bocetos, llego a mi zona de trabajo intentando recobrar me de la decepción que amenaza con ahogarme.

—Buenos días, chicos. Vengo del despacho de Elkann, de mostrarle los bocetos en los que trabajamos el viernes; parece que le han gustado, pero «son mejorables», así que, aunque vamos bien, tenemos que revisarlos —les comunico con voz neutra, dejándolos sobre la mesa con apatía, viendo cómo María Eugenia se acerca a nuestra mesa.

—¿Dónde estabas? —me pregunta mirándome por encima de sus gafas de pasta.

—He coincidido con Elkann en el ascensor y me ha pedido ver los diseños en los que nos centramos el viernes; he ido a mostrárselos.

—Vaya, qué impaciente. ¿Y le han gustado? —me demanda sentándose en el borde de la mesa, esperando mi respuesta.

—Son mejorables —respondo intentando que mi voz no suene triste.

—Luego los vemos. Mirad los bocetos con los que he trabajado este fin de semana, son una extensión de lo que hablamos el viernes —nos comenta tendiéndonos varios—. Me gustan los estampados y la coordinación entre ellos, pero no quiero que esta colección se base únicamente en ellos. Este crepé rosa empolvado merece un diseño para él solo, fijaos —nos pide mostrándonos el

boceto de un delicado vestido corto cincelado con escultóricos pliegues—; quiero que incluyáis vestidos con colores neutros que den ese punto de suavidad que necesita la colección.

Pienso en mi trabajo del fin de semana, tan similar al que está mostrándonos María Eugenia, y en silencio le tiendo mis bocetos.

—Yo también había pensado en algo así —murmuro esperando su reacción—. De hecho, Elkann ha elegido uno ya para la colección —susurro incómoda por este hecho, pues me da la sensación de haber pasado, sin pretenderlo, por encima de ella.

—Elkann es un tío listo; si lo ha seleccionado será porque es bueno. Aun así, yo debería haberlo visto primero, Luna —me reprende.

—Lo sé, pero no he querido contradecirlo.

—Hablaré con él —murmura molesta—. Me gustan tus bocetos —musita mientras va analizando mi trabajo—, es justo lo que había pensado. ¿Lo veis? El punto está en saber equilibrar una cosa con la otra. Bien hecho, Luna. Mauro, ¿tienes tú algo?

—No, lo siento; este fin de semana he estado fuera —se excusa incómodo.

—No te despistes, esto es importante —lo riñe María Eugenia—. ¿Y el resto?

Uno a uno van excusándose mientras siento la mirada de Carolina fija en mí, pero la ignoro y me centro en mi trabajo, intentando dejar a un lado la decepción que está presionando mi pecho, y volcando toda mi energía y concentración en esta colección que empiezo a sentir como mía.

Pasan las horas y pedimos la comida, para dar buena cuenta de ella en apenas media hora en nuestra mesa. Hoy tenemos a María Eugenia de los nervios, por lo que más nos vale darnos prisa y, aunque no me importa trabajar bajo presión cuando estoy con las fichas, sí me moleta hacerlo cuando estoy en pleno proceso de creación y más en días como hoy, cuando siento que, por mucho que lo intente, las ideas se me escapan.

Capítulo 26

—Ahora vengo —murmuro cogiendo mi chaqueta tras romper el quinto boceto.

—¿Adónde vas? —me pregunta Mauro alzando la mirada de su trabajo.

—Necesito que me dé el aire, aunque sólo sean cinco minutos. Subo a la azotea, me despejo y bajo.

A pesar de que está empezando a chispear, no me freno en mis deseos; necesito sentir el frío y las gotitas de agua sobre mi cara, necesito estar cinco minutos a solas y, una vez en la azotea, alzo mi rostro hacia el cielo, hacia las pequeñas gotas de agua que caen de él como si de lágrimas se trataran, e inspiro profundamente.

Estoy tan bloqueada que siento ganas de abofetearme y sé a qué es debido... Siempre ha sido así: cuando mi vida marcha bien, las ideas fluyen solas, pero, cuando tengo un problema que no sé cómo gestionar, lo vuelco en mi trabajo, bloqueándome, y desde esta mañana no he podido dejar de darle vueltas al mismo tema... él.

Cierro los ojos sintiendo cómo las lágrimas pugnan por salir con las palabras de mi amiga Greta resonando en mi cabeza... «Es un cabrón... como dejes que se acerque a ti, vas a terminar llorando como entonces... es lo que los tíos como él provocan en princesitas como tú...»

—Te equivocabas, Greta. No ha necesitado acercarse a mí para hacerme llorar, lo ha conseguido igualmente —murmuro mientras las lágrimas se deslizan por mis mejillas

¿Cómo puede ser que me sienta así después de tanto tiempo sin saber de él? ¿Cómo puedo echarlo de menos? Pensaba que lo había superado, pensaba que todo había quedado en un simple amor de verano, pensaba que había conseguido avanzar... Tras un par de respiraciones profundas, seco mis lágrimas sintiéndome ligeramente mejor; llorar me alivia, es de la única forma en la que puedo sacar fuera todos los sentimientos que me ahogan impidiéndome seguir y, con reticencia, me dirijo hacia los ascensores. Llevo más de cinco minutos fuera y, aunque nos están permitidas este tipo de ausencias, bien sea para fumarse un cigarro, tomar un café o simplemente para que nos dé el aire, no quiero excederme y ganarme una bronca.

Veo mi reflejo en el ascensor. Aún tengo los ojos enrojecidos, las gotitas de agua cubren mi pelo y mi cazadora de piel como una capa superpuesta... y, veloz como un rayo, se forma el diseño en mi cabeza, brutal, arriesgado, brillante. Siento mi cuerpo vibrar de emoción y la sensación de urgencia instalándose dentro de mí por dar forma a esta idea que será parte de mi propuesta y, casi como una exhalación, salgo del ascensor en cuanto se abren las puertas hacia mi puesto de trabajo.

Necesito plasmarlo, aunque sólo sea a grandes rasgos, y emocionada abro las puertas acristaladas, encontrándome con su mirada, tan azul como las aguas de mi isla y tan furiosa que con ella podría demoler este edificio si se lo propusiera.

Está cerca de mi mesa, rodeado por mis compañeros y por María Eugenia, que me mira negando con la cabeza.

—Buenas tardes, señor Elkann —murmuro uniendo mi mirada a la suya.

—¿La señorita Luna Costa?

Me giro al oír mi nombre y me encuentro con un desconocido cargado con un enorme ramo de rosas rojas.

—¿Es usted? —me pregunta ante mi atónita mirada y la de mis compañeros.

—Sí —susurro empezando a sonrojarme.

—Firme aquí, por favor —me pide tendiéndome el resguardo de entrega.

—Joder, Lunita, ¡que lo tienes *enamorado!* —me dice Orenca entre risas, obviando que Gael y María Eugenia están presentes; sin duda, no teme al riesgo.

—Ya nos dirás dónde encontrar tíos así, yo también quiero que me regalen un ramo como ése —secunda Crescencia, pinchándome.

—¿Queréis callaros? —murmuro incómoda, sonrojándome todavía más, sintiendo su furia crecer por momentos. Pero ¿qué les pasa a mis compañeras? ¿Cómo no se dan cuenta de lo cabreado que está?

—¿Lleva tarjetita? —prosigue Orenca—. ¿Nos la lees en voz alta y nos alegras el día?, que aquí hace mucho que a una no le mandan flores.

—Qué mal parto le daríais a vuestra madre —les contesto sonriendo antes de coger la tarjetita, que leo rápidamente en silencio.

Estoy deseando verte de nuevo. Rafa.

Sonrío tímidamente y guardo la tarjeta en el bolsillo de mi chaqueta, antes de dejarla en el perchero.

—¡Qué bonito es el amor! —murmura María Eugenia, sorprendiéndome.

—¡Ni me acuerdo de lo que es eso, jefa! —prosigue Orenca.

—Suficiente —sentencia Gael con dureza, mirándolas a ambas—. Estamos trabajando ¿o lo han olvidado acaso? —añade entre dientes—. Señorita Costa, deje el dichoso ramo donde le parezca y haga el favor de ponerse a trabajar de una vez; entre su salida y ahora esto, nos está haciendo perder un tiempo del que, por si no lo recuerda, andamos escasos.

—Lo siento —murmuro viendo de reajo la sonrisa maliciosa de Carolina. ¡Perra!

—Estábamos hablando de los complementos de la colección —masculla entre dientes—. ¿Recuerda que los llevaba, verdad? Porque no he visto ninguno entre los bocetos que me ha presentado esta mañana. Su compañera Carolina estaba mostrándonos las ideas que tiene para el calzado. ¿Tiene usted alguna? —me pregunta fulminándome con la mirada.

Miro de reajo a mi compañera; sé que ha estado trabajando en unas sandalias de tacón con tiras transparentes anudadas en el tobillo con un cordón a tono con el vestido, y no voy a caer en una repetición de lo que ya le ha mostrado.

—Tengo varias ideas —le digo sentándome y buscando el boceto en el que estaba trabajando—. La colección será diversa y variada, siguiendo por supuesto una misma línea en la que nos podremos encontrar desde vestidos lisos, más suaves y elegantes, a otros estampados más juveniles como éste —musito atrayendo la atención de todos mis compañeros.

De reajo veo cómo se coloca tras de mí y siento cómo mi cuerpo reacciona ante su cercanía, tensándose suavemente, pero inspiro y continúo mi exposición.

—Para este vestido había pensado en algo así —murmuro empezando a dibujar—: el vestido es fluido y bohemio. Una sandalia como la que ha diseñado mi compañera estaría fuera de lugar; en cambio, esto le iría perfecto —añado dibujando una bota plana anudada desde el empeine hasta la rodilla, dándole el efecto visual de una zapatilla de ballet—. Es perfecto para un vestido corto, y para uno con largo *midi* sería el mismo estilo, pero dejándolo en unas simples bailarinas de raso que imitasen el efecto de unas zapatillas de ballet anudadas en los tobillos.

«No está mal para haber estado bloqueada casi todo el día», me digo a mí misma viendo el resultado de mi dibujo y percatándome del silencio sepulcral de la mesa.

—Te dije que era buena —interviene María Eugenia dirigiéndose a Gael con una sonrisa—. Te lo dije, ¿verdad? —insiste, mirándolo por encima de sus gafas de pasta.

—No está mal —secunda poniendo los pulgares dentro de los bolsillos de su pantalón—, pero no es suficiente, María Eugenia —masculla frunciendo más su ceño—. ¡Necesito que os deis más prisa! Tenéis claro el *moodboard*, pero vais lentos con los bocetos; a este ritmo se os va a echar el tiempo encima.

—Le aseguro que eso no ocurrirá —le rebato levantándome y haciéndole frente, tan cerca de su cuerpo que noto cómo se tensa ante la cercanía del mío—. Le prometo que el día 11 tendrá los doscientos bocetos, con sus complementos, sobre la mesa —me anticipo a mi jefa.

—¿Cuántos han terminado en dos días? —me pregunta acercándose aún más a mí—. Son cinco personas, señorita Costa, ¡cinco!, sin contar a María Eugenia —masculla entre dientes tan cerca de mí que siento el roce de su pecho—, y, si no me equivoco, usted es la responsable de todas ellas.

No oigo nada, ni un murmullo; de hecho, creo que el departamento en pleno está atento a nuestras palabras.

—En el plazo estipulado tendrá sus bocetos —afirmo levantando el mentón, sin alejarme un centímetro de su cuerpo.

—Más le vale, y a ti también, María Eugenia —sisea sin alejar su mirada de la mía en ningún momento—. Mañana quiero sobre mi mesa treinta bocetos con los planos terminados, ¡sin excusas!

Dicho esto, se da la vuelta, alejándose de nosotras hacia el resto de secciones, que se ponen a trabajar en el acto.

—¡Oh, *my Diorrrrr*! —exclama María Eugenia sentándose teatralmente en el borde de la mesa—. Voy a envejecer por vuestra culpa —agrega mirándonos por encima de sus gafas de pasta—, y lo peor de todo es que tiene razón. ¿Qué hostias habéis hecho durante todo el puñetero día? No os larguéis de aquí hasta que no tengáis terminados los treinta bocetos con sus complementos y los planos.

»Luna, como esto no salga a tiempo, te pongo a coger el teléfono, ¡no lo olvides! ¡Dior, apiádate de mí y aléjame de estas malas personas que quieren acabar conmigo! —dice para sí, levantándose otra vez teatralmente para dirigirse hacia su mesa de trabajo.

Y, aunque no quiero reírme, termino haciéndolo.

—Cualquier día María Eugenia se larga a Dior y manda a Elkann a tomar por culo —nos dice Mauro sonriendo, viendo a mi jefa alejarse.

—Como me ponga al teléfono, os perseguiré de por vida y arruinaré vuestra carrera —los amenazo a todos con toda la seriedad que me es posible—. Ya podéis pensar qué queréis cenar, que de aquí no nos movemos hasta que esté todo hecho.

—Ni lo sueñes. Que tú no tengas vida no significa que los demás no la tengamos; termino mi trabajo y me largo —me dice Carolina sentándose tranquilamente.

—¿Que no tiene vida la chiquilla? Pero ¿tú has visto el pedazo ramo que le han regalado? —le pregunta Orenca—. Yo no puedo quedarme, Lunita: tengo unos hijos que van a querer cenar; lo siento, nena, son así de puñeteros —suelta con una sonrisa.

—Ni yo —secunda Crescencia—. A mí los míos me tienen explotada; más que su madre, parece que sea su esclava.

—Yo he quedado —interviene Mauro—; lo siento, nena.

Uno a uno mis compañeros van desentendiéndose y, frustrada, asumo que me quedaré sola.

—Pues los hacéis en vuestra casa —les impongo a todos—; seis bocetos cada uno, con sus complementos y sus planos. Organizaos como podáis.

—Oye, ¿y María Eugenia no piensa diseñar ninguno? —me pregunta extrañado mi compañero.

—Ni idea, pero nos ha pedido treinta bocetos y los tendrá a primera hora.

A las siete en punto, todos mis compañeros, sin excepción, abandonan el departamento y, como el viernes pasado, terminamos quedándonos Greta y yo a solas. En todo el día no la he visto y sonrío al descubrir la luz de su mesa.

—¿Haciendo horas extra? —le pregunto alzando la cabeza.

—Hoy no, mikado, hoy tengo una cita —me dice apagando la luz y dejando su zona a oscuras.

—¿Con quién? —demando recostándome en mi silla, poniéndome cómoda.

—Con el amigo del tío bueno que te ha regalado ese pedazo ramo. ¡Joder con mi primo!

—Le dijiste dónde vivía y que me encantaba la comida china. ¡Eres muy capulla!

—¿Por qué? —me pregunta entre risas—. No dirás que no te divertiste —me dice mirando el ramo—. Vaya, pues sí que tiene buen gusto el chico.

—Sí que lo tiene —respondo sonriendo.

—¿Y la tarjetita? —me dice rebuscándola entre el ramo.

—¿Serás cotilla? Además, deja de buscarla ahí; la puse en la chaqueta.

—Déjame que vea lo romántico que puede llegar a ser mi primo — murmura rebuscando entre los bolsillos—. Aquí no hay nada, Luna. ¿Estás segura de que la dejaste aquí?

—Por supuesto —afirmo levantándome y empezando a buscarla yo también—. La guardé aquí, sin duda —murmuro mirando por el suelo, por si se hubiera caído.

—Está más que claro que aquí no está. ¿No la habrás puesto en el bolso?

—Que no, tía; recuerdo perfectamente haberla dejado en el bolsillo de la chaqueta, concretamente en el derecho.

—Pues se ha volatizado. Bueno, no importa. Dime... ¿qué ponía?

—¿Tú no habías quedado? —le pregunto sin dejar de rebuscarla por todos los sitios que se me ocurren.

—Sí, pero no pienso marcharme hasta saberlo. ¡Venga!, ¿qué te decía? — insiste poniéndose su abrigo sin dejar de sonreír.

—Nada, que tenía ganas de verme —musito sin entender dónde habrá ido a parar.

—Y tú, ¿qué le has contestado? Que también, ¿verdad?

—No le he contestado —susurro percatándome de repente y deteniendo mi búsqueda de la tarjeta—. Tenía a Gael echando fuego por la boca y luego, con todo lo que nos ha dicho, lo he olvidado.

—Si el ramo te lo hubiera enviado Elkann, ¿lo hubieras olvidado? ¡No me contestes!, sólo piénsalo —me plantea empezando a salir por la puerta.

—No lo hubiera olvidado —sentencio mirándola con angustia.

—Tienes un problema, tía. Nos vemos mañana.

Capítulo 27

La veo salir del departamento y me quedo mirando fijamente las puertas acristaladas para dirigir luego mi mirada hasta el precioso ramo de rosas, sintiéndome fatal por cómo estoy llevando todo el tema de Rafa.

Siento mucho no haberte podido contestar antes. El ramo es precioso, muchas gracias.

Empiezo a escribir, pero, tras estas palabras, no sé cómo continuar. «¿Tengo ganas de verlo? ¡Por supuesto que tengo ganas! Es guapo, sexy, me hace reír, ¡pero si es el tío perfecto! ¿Qué más quiero?», me pregunto obviando lo que la vocecita de mi cabeza me dice a gritos mientras continúo tecleando.

Y yo también tengo ganas de verte.

Envío el mensaje negándome a pensar más en si estoy haciendo lo correcto o no, y guardo el móvil dispuesta a centrarme en los seis diseños que tengo por delante, temiéndome que voy a terminar muy muy tarde, y relegando mi diseño para otro momento.

Dibujo, borro, rompo, empiezo de nuevo, vuelvo a romper, me frustró. «¿Qué me pasa? —me pregunto apoyando una mejilla sobre la mesa, observando el *moodboard*—. Esto es nuevo para mí; nunca había tenido un problema tan fuerte de bloqueo. Llevo todo el día igual y, exceptuando el momento brillante que he tenido en el ascensor y más tarde cuando he diseñado el calzado, siento como si toda mi inspiración hubiera desaparecido de repente.»

Cierro los ojos y pienso de nuevo en él, en la primera vez en que nuestras miradas se cruzaron en el chiringuito de mi padre, en la primera vez que hablamos, cuando me siguió más tarde con su moto, la orgía, nuestra primera vez, todos los momentos pasados juntos, la pequeña cala y esa fatídica noche... cómo sentí la negrura en mi interior, la lluvia, la angustia... oscura, brillante, el agua creando una cortina a nuestro alrededor... largo, fluido, oscuro, negro, morado, naranja... Mi cabeza crea más rápido de lo que mis manos son capaces de dibujar, pero ahí está de nuevo, creciendo con fuerza y, ante mí, el diseño perfecto: un traje de cóctel realizado con piezas de gasa desflecada en negro,

naranja y morado, simulando la lluvia y lacado con diminutas lentejuelas. «He tenido el tejido delante de mí todo el tiempo sin verlo», me digo viendo maravillada el pedazo vestido que acabo de crear.

Por suerte para mí, todo comienza a fluir y finalmente consigo terminar los seis bocetos con los complementos y los planos mucho antes de lo que pensaba y los miro feliz, todavía asombrada por la rapidez con la que los diseños han tomado forma en mi cabeza.

—Suficiente por hoy —me digo satisfecha poniéndome la chaqueta y cogiendo el ramo y mis cosas, para luego cerrar la luz de mi mesa.

Es tarde, todo está en silencio y me temo que soy la única que queda en la empresa; mientras camino a través del largo pasillo hasta llegar al ascensor, mi mente traidora empieza a reproducir secuencias de películas de terror donde un psicópata está esperando a la pobre chica para matarla o secuestrarla, viendo sombras donde no las hay y recordando las imágenes de la dichosa serie que Greta casi me obligo a ver donde... «¡Oh, mierdaaaa! ¡Deja de pensar eso!», me ordeno con el corazón latiéndome cual caballo desbocado, muerta de miedo, mientras me giro para comprobar que nadie me sigue antes de entrar en el ascensor y deseando llegar cuanto antes a mi coche.

Llego al parking; mi coche está escasos metros, pero en lugar de darle a la luz, pulso el botón de apertura del mando a distancia, tras lo cual se encienden los cuatro intermitentes y, corriendo, llego hasta él. ¡¡¡Conseguido!!! Pongo la llave en el contacto y, ¡oh, *my* Diorrrrr!, ¡esto no puede estar sucediéndome a mí! ¡No arranca! Le doy una y otra vez al contacto, pero no hay forma. Suena como ahogado y yo voy a ponerme a llorar de un momento a otro, cuando alguien abre la puerta de mi coche y me pone los tacones de corbata.

—¡¡¡Joder, qué susto!!!! ¡¡La madre que te parióóó!! —le grito fuera de mí a Gael, que está apoyado despreocupadamente en la puerta—. ¡Quieres que me dé un infarto o qué! —vocifero olvidando hablarle de usted. ¡Para eso estoy yo ahora!

—Vaya, lo siento, no pretendía asustarla —me dice intentando ahogar una carcajada.

—Como te rías, te corto los huevos —mascullo achinando los ojos, tan asustada todavía que soy incapaz de calibrar mi lenguaje y el tono.

—Contrólese, señorita Costa. ¿Qué le sucede con el coche? —me formula con frialdad.

—No lo sé, no arranca. Siento haberle gritado, creía que estaba sola en la empresa —me disculpo atropelladamente.

—Abra el capó —me ordena encendiendo la luz del aparcamiento.

—¿Qué va a hacer? ¿Entiende de coches?

—¿Quiere abrir el capó de una vez? —sisea entre dientes.

Obedezco y, maravillada, observo ese magnífico cuerpo estirarse mientras comprueba esas cosas que están ahí dentro y que para mí no tienen ningún sentido. Vamos, que yo, de mecánica, nada de nada, y de coches, lo justo; lo único que sé hacer es poner gasolina y abrir el capó, y de eso me enteré hace relativamente poco.

—Dele al contacto —me pide con la cabeza metida dentro del capó.

Hago lo que me pide rezando en silencio para que el coche no explote o él se electrocute por mi culpa...

—Me temo que es la batería —me anuncia con seguridad, cerrándolo y llegando de nuevo hasta mí.

—¿Y eso es malo? —pregunto haciendo números en mi cabeza, deseando que no sea muy caro.

—¿Tiene mucho tiempo?

—¿Quién? ¿El qué? —inquiero sintiéndome tonta a más no poder.

—¿Cómo que quién o el qué? —suelta entre exasperado y divertido—. ¡La batería!

—¿Qué es mucho tiempo? —insisto completamente perdida, deseando darme cabezazos contra la pared.

—Déjelo, mañana llamaré a un amigo mío mecánico. Vamos, yo la llevaré.

—¿Adónde?

—¿Adónde va a ser? A su casa o a donde me pida —me contesta despreocupadamente yendo hacia su moto.

—No se moleste, cogeré un taxi —declino el ofrecimiento sin moverme, viéndolo acercarse a esa moto que tira tanto de mí como su dueño.

—Pues entonces puede ir poniéndose cómoda. ¿Recuerda que hay huelga de transporte, verdad? —me pregunta desde donde está estacionada su moto—. ¿En serio piensa que soy tan cabrón como para dejarla irse sola a su casa a estas horas? Deje de hacerse de rogar y mueva el culo de una vez.

Estoy a punto de mandarlo a freír espárragos, pero soy una floja y quiero que me lleve; quiero subirme a su moto aunque sea sólo una vez más, cogerlo por la cintura, pegarme a su cuerpo y volar de nuevo por la carretera, así que, con miles de mariposas revoloteando en mi interior, empiezo a caminar hacia él.

—El ramo lo deja, con eso no va a subirse a mi moto.

—¿Y dónde quiere que lo deje? —le pregunto deteniéndome a mitad camino.

—En su coche o en Diseño, no me importa, pero dese prisa, que no tengo toda la noche.

Valoro rápidamente qué hacer... ni loca subo de nuevo al departamento, con el miedo que he pasado bajando, así que sólo me queda la opción de dejarlo en el coche... «Se marchitará», pienso con tristeza mientras lo coloco con cuidado en el asiento del copiloto.

—¡Quiere darse prisa, señorita Costa! —me apremia subido ya a la moto.

Cierro el vehículo mirando por última vez el ramo y me apresuro a llegar hasta él.

—No tengo casco —susurro nerviosa, viendo el minúsculo asiento en el que tantas veces me senté en el pasado.

—Tenga el mío —me ofrece tendiéndomelo sin apenas mirarme.

—No se preocupe, iré sin él.

—Póngase el puto casco de una vez —masculla dándole gas, con la mirada al frente, como antes... como en mis recuerdos...

Tras colgarme el bolso y el maletín, me pongo el casco, que huele a él, y aspiro su fragancia llenando mis pulmones de ella. Poso mi mano tímidamente en su cintura y subo a su moto necesitando sentir su contacto y rodear su cintura con mis brazos tanto como respirar. Tiene el cuerpo tenso y, a pesar de mis deseos, temo tocarlo; temo hacerlo y no ser capaz de soltarlo.

—¿Quiere dar con su culo en el suelo? —me dice volviéndose hacia mí—. Déjese de remilgos y sujétese con fuerza —masculla cogiendo mis manos y rodeando su cintura con ellas, provocando que mi vientre se contraiga suavemente y que mi mundo se detenga en seco.

—¿Dónde vive?

—Calle San Bernardo, 12 —murmuro con un hilo de voz.

Sentir su cuerpo bajo las palmas de mis manos, aspirar su fragancia y estar tan adherida a él hace que mis deseos estén más latentes que nunca y me olvido de Rafa y del ramo de rosas, que he dejado en mi vehículo, para formar de nuevo un único cuerpo como tantas veces en el pasado.

Arranca con fiereza, como en mis recuerdos, conduciendo con seguridad, y me aferro más a él mientras volamos por la calzada moviéndonos al unísono. El viento helado se cuela entre mis piernas como si de cuchillos afilados se tratara y siento mis manos entumecidas por el frío, por lo que, en un intento por calentarlas, cometo el error de meterlas por debajo de su chaqueta.

Siento cómo su cuerpo se contrae al igual que el mío y me excito, acalorándome, temiendo su reacción pero incapaz de moverlas de donde están, y cierro los ojos absorbiendo cada segundo y cada sensación... Quiero esto, quiero estar con él, quiero volver a sentirlo dentro de mí, quiero apoyarme en el acantilado de su cuerpo...

Llega a la puerta de mi casa y se detiene, pero sin quitar el contacto, muestra clara de que no tiene ninguna intención de quedarse, y, aunque no quiero bajarme ni tampoco quiero alejarme de él, debo hacerlo, así que, suspirando, alejo mis manos de su cintura y despego mi cuerpo del suyo, echándolo de menos casi en el mismo instante en que dejo de sentirlo.

—Gracias por traerme —murmuro tendiéndole el casco.

—De nada —me responde con la vista puesta al frente, poniéndoselo—. Hasta mañana.

Me quedo plantada en mitad de la acera viendo cómo se va, colándose entre el tráfico como llevado por el diablo; posiblemente ese diablo particular que lo acompaña desde que lo conocí, ese que sabe todos sus secretos... y finalmente subo a mi piso, tan silencioso como siempre.

Con treinta y un años, nunca hubiera imaginado cuando tenía veinte que a esta edad todavía estaría sin pareja; aunque soy joven todavía, muchas de mis amigas ya están casadas y algunas hasta con algún bebé a cuestas, con una vida tan diferente a la mía que a veces me resulta difícil encajar con ellas cuando se ponen a hablar de vacunas, potitos, de si duermen poco, de si... ¡Bah!... por eso prefiero salir con Greta, porque, a pesar de que está loca de atar, con ella puedo hablar durante horas de nuestros ligues y de nuestro trabajo, lo único certero en mi vida.

Dejo mi maletín sobre la mesa del escritorio y me voy directa a la ducha. Estoy tan cansada que no tengo hambre y, tras ponerme el pijama y picotear algo en la cocina, me meto en la cama con mi nuevo libro, *Soñaré que te sueño*, una historia preciosa que me recuerda ligeramente a la mía con Gael, porque, aunque yo sí he tenido varias parejas a diferencia de la protagonista, en el fondo de mi corazón tampoco he podido olvidarlo a pesar de los años.

Capítulo 28

Despierto con la primera alarma del despertador, de nuevo con la emoción instalada en mi interior por verlo de nuevo, y sonrío al recordar el viaje de ayer en moto, pero eso me lleva a pensar en mi coche y en la batería y pronto la sonrisa se borra de mi cara transformándose en una mueca. ¡Uff!, como sea muy cara, me temo que va a quedarse estacionado en el parking de la empresa durante mucho mucho tiempo... y como si fuera un hilo conductor, la batería me lleva a pensar en el ramo de rosas y en Rafa y... «Casi mejor si no pienso, ¡pero qué manía con pensar!»

Tras tomarme un café y una vez lista, me dirijo a la parada de autobús, pero, ¡sorpresa!, la huelga continúa y sólo hay servicios mínimos. ¡Oh, *my* Diorrrr! ¡Voy a llegar tarde seguro! Intento parar un taxi, pero parece una misión imposible y finalmente encamino mis pasos hacia la boca del metro más próxima, pero es más de lo mismo y hasta dentro de media hora no pasará el siguiente. ¡Señorrrr! ¡Empezamos bien! Cabizbaja, salgo de nuevo a la calle con la esperanza de detener un taxi y con la certeza de que hoy veré la sonrisita puñetera de Carolina, ¡genial!

Estoy cruzando la calle cuando... ¿Gael? ¿Qué hace saliendo de un colegio de enseñanza especial? Camino oculta entre la multitud sin perderlo de vista y, arrastrada por esa corriente cálida que se empeña en tirar de mí, llego hasta él.

—Buenos días —lo saludo cuando está a punto de subirse a su moto.

Está guapísimo, como siempre, y tengo que frenarme para controlar la expresión bobalicona que amenaza con dominar mi cara por completo.

—Buenos días —me contesta sorprendido—. ¿Qué hace por aquí? Le pillas un poco lejos de su casa.

—Intentando encontrar una forma de llegar al trabajo, continúan los servicios mínimos y estoy sin coche, así que... —le respondo encogíendome de hombros, felicitándome por haber sido capaz de terminar la frase sin sonrojarme ni trabarme.

—Buena suerte —masculla dándole al contacto de su moto.

—Muchas gracias —contesto con ironía, levantando el brazo a un taxi que se acerca hacia mí.

«Por favor, detente, detente... vamos», suplico mentalmente, pero ¡maldita suerte la mía!», maldigo cuando lo veo pasar frente a mí sin pararse.

—Suba —sisea entre dientes.

—¿Cómo? —respondo dándome media vuelta.

—Como me haga repetírselo otra vez, me largo. Tenga —masculla tendiéndome el casco.

Como puedo, ahogo la sonrisa *hipermegafeliz* que amenaza con partir mi cara en dos y me pongo de nuevo su casco, aspirando su fragancia. Me subo a su moto y, antes de que me diga nada, rodeo su cintura con mis brazos, pegándome a su cuerpo, tras lo cual arranca con fiereza como llevado por el diablo.

Hace un día gélido y, tal y como hice ayer, pongo las manos por debajo de su chaqueta, sintiendo la calidez que emana de su cuerpo, sin importarme lo que pueda pensar, y cierro los ojos dichosa, pegada como estoy a su cuerpo. «Definitivamente tengo un problema, un grave problema», me digo suspirando mientras él vuela por la calzada sorteando el tráfico.

—Bájese —me ordena deteniendo la moto.

Miro a mi alrededor sin entender nada. No hemos llegado todavía; de hecho, aún estamos a medio camino.

—¿Cómo? —murmuro atónita, incapaz de reaccionar.

—Si se da prisa puede incluso llegar a tiempo, bájese —me ordena con dureza.

Y sintiendo de nuevo la pena instalándose en mi interior, me quito el casco sin apearme, mirándolo fijamente.

—¿Por qué?

—Porque no quiero que me vean llegando con usted, bastante he hecho acercándola —masculla mirando al frente persistentemente.

—¡Vaya, pues muchas gracias! —contesto herida, bajándome y tirándole el casco al pecho de malas maneras.

Empiezo a caminar a buen ritmo mientras a mis oídos llegan los rugidos de su moto y de reojo veo cómo, a toda velocidad, pasa por mi lado.

¡Será cabrón! ¿Qué pasa si alguien lo ve llegar conmigo? Capullo, capullo...

—¡¡¡Capullo!!! —le grito finalmente incapaz de callarme, parada en medio de la acera, ante la atónita mirada de los transeúntes, que me observan como si estuviera loca de atar.

Siento el cabreo crecer por momentos dentro de mí. «¡Se acabó! No tengo por qué aguantar tantos desplantes. Pero ¿este tío qué se cree? Vamos, que por mí puede irse muy mucho a la mierda, porque a partir de hoy mismo... ¿Qué

digo hoy mismo? ¡A partir de ahora! No pienso volver a subirme a su moto, ¡antes muerta!, ni pienso volver a rozarlo, ni a mirarlo como si fuera el único macho sobre la faz de la tierra, ni nada de nada de nada», me digo mientras camino a toda leche hacia mi trabajo y, a pesar del frío insoportable que hace, voy sudando a mares.

Llego al edificio D'Elkann en el mismo momento en el que lo está haciendo Greta, con las mangas de la camisa dobladas casi hasta los codos, y la chaqueta, el bolso y el maletín colgando, sintiendo las gotas de sudor deslizarse por mi espalda y mis pechos.

—¡Buenos días, María Calores! ¿Adónde vas así, tía? —me dice deteniéndose en la puerta.

—Buenos días, ¡y una mierda! —refunfuño pasando como un rayo por su lado directa hacia los ascensores, incapaz de frenar mis piernas, que han cogido carrerilla. Tengo tanto calor que, si por mí fuera, me quedaría únicamente en bragas.

—Oye, que si quieres hacer deporte hay unos sitios llamados gimnasios en los que puedes machacarte todo lo que quieras sin tener que ir vestida tan cuqui —suelta guasona, acelerando el paso hasta ponerse a mi lado mientras espero a que las puertas del ascensor se abran.

—¡Cállate! —le ordeno una vez dentro del mismo, mirando mi rostro arrebolado en el espejo mientras ato en una cola alta mi leonina melena—. ¡Diosss, pero qué calor tengo!

—Pues yo estoy helada y eso que esta mañana he hecho mucho ejercicio —me dice guiñándome un ojo.

—No quiero saberlo, de verdad, ahórratelo.

—¡Claro que quieres! —replica mientras las puertas del ascensor se abren de nuevo y salimos disparadas hacia nuestro departamento—. Nico es una fiera en la cama, tía, ¡me tiene muerta!

—¿Qué parte de «no quiero saberlo» es la que no has entendido?

—No lo dices en serio. Lo que estás es frustrada; necesitas sexo, tía, lo que yo te diga. ¿Qué pasa, que mi primo se quedó sin premio a pesar del pedazo ramo?

¡¡¡El ramo!!!

—¡Toma, ahora subo! —le digo cogiendo las llaves del coche de mi bolso y tendiéndole todas mis cosas, dirigiéndome de nuevo hacia los ascensores.

—¿Adónde vas? —me pregunta plantada en medio del pasillo, cargada con sus cosas y las mías.

—Luego te lo cuento, es una larga historia —comento sin volverme.

—Señorita Costa.

Él...

Me doy la vuelta con el corazón latiendo tan furioso como lo estoy yo y lo miro con dureza, ardiendo de rabia.

—Por lo que veo, ha llegado a tiempo —me dice con seriedad llegando hasta mí.

—Gracias a usted, por supuesto —siseo con sarcasmo.

—Por supuesto —me contesta mirándome fijamente—. Acompañeme al parking, mi amigo está esperándonos para ver su coche.

—Puede decirle a su amigo que no voy a necesitar sus servicios, ya me las apañaré.

—Déjese de tonterías, necesita su coche y lo sabe —replica cogiéndome del brazo y llevándome hasta el ascensor.

—Tiene dos segundos para soltarme, no sea que alguien lo vea —siseo entre dientes, tan cabreada que sería capaz de abofetearlo mientras esperamos el ascensor.

—Cállese —me reprende sin liberarme en ningún momento. Siento la calidez de su mano y cómo mi cuerpo reacciona exageradamente ante su contacto.

Entramos en el cubículo y, de un tirón, me suelto. La verdad es que me viene de perlas estar tan cabreada con él, porque hoy está especialmente sexy. A diferencia de cómo va vestido habitualmente, hoy lleva unos pantalones de pinzas azules con una camisa blanca que marca su colosal cuerpo y me obligo a seguir bufando como un toro sin mirarlo en ningún momento.

—Cuando subamos, quiero los bocetos que le pedí —me dice con voz ronca a mi espalda—; por su bien espero que estén todos listos.

Siento el ambiente electrizante envolviendo nuestros cuerpos, su magnetismo y su fuerza, y de nuevo esa corriente cálida tirando de mí de una forma salvaje y debo obligarme a ignorar todo lo que estoy sintiendo para recordarme que, a diferencia de lo que piensa mi amiga Greta, ya no soy ninguna princesita desvalida y no voy a consentir que ningún tío, por muy bueno que esté y por mucho que me guste, me trate como está haciendo él desde que nos hemos visto de nuevo.

—Los tendrá —le aseguro con frialdad sin girarme, deseando que mis compañeros hayan hecho su trabajo, y entonces su mano sobre mi muñeca me paraliza y contengo la respiración, sé lo que ha visto...

—Por lo que veo, ha perdido su miedo a las agujas —murmura cerca, a mi espalda, con su pulgar acariciando la estela de estrellas.

Su tacto me quema y me suelto de un tirón sin contestarle. Gracias a Dios las puertas del ascensor se abren finalmente y salgo como una bala inspirando profundamente ese olor tan típico de los aparcamientos que en estos momentos es mejor que el más increíble de los perfumes y también mi salvación. Un poco más ahí dentro oliendo su fragancia, sintiendo su cercanía y con su pulgar acariciando mi tatuaje, y hubiera sido capaz de mandar a la mierda mi cabreo y todas mis promesas para volverme y estamparle un beso de narices en esa boca tan perfecta que tan bien encaja en la mía.

—Buenos días, soy Luna, la dueña del vehículo —me presento al chaval que se encuentra junto a mi coche, obviando a Gael—. ¿Es usted el mecánico?

—Sí, lo soy. ¡Hola, Gael! —lo saluda con simpatía.

—Hola, tío —le responde éste tendiéndole la mano.

¡Oh, *my* Diorrrrr! Ese «hola, tío» ha sonado tannnnnnn biennnnn. ¡Ayyyy, Señor, qué crudo lo tengo si hasta una frase tan corta me suena sexy! Si pudiera me daría cabezazos contra la pared, como el emoticono del Messenger, hasta hacerme entrar en razón.

—Tengo mucho trabajo; si no le importa le dejo las llaves y, cuando sepa qué le sucede, me las acerca al Departamento de Diseño en la quinta planta —le digo abriendo el vehículo y tendiéndoselas.

—Claro —me contesta cogiéndolas.

Ante su intimidatoria e intensa mirada, cojo el ramo y me dirijo de nuevo hacia los ascensores, deseando desaparecer de su campo de visión cuanto antes y, si no es mucho pedir, poder respirar.

—Se terminó, Luna, se terminó hace ocho años, asúmelo ya —le digo a mi reflejo una vez a solas dentro del cubículo—. Él no es para ti, nunca lo fue.

Capítulo 29

Llego a mi zona de trabajo y, tras poner las flores en agua, me dirijo a todos mis compañeros aún muerta de calor.

—Buenos días, chicos.

—A buenas horas llegan los buenos días —me responde Carolina sonriendo—, cada día llegas más pronto.

—Y tú, cada día eres más maja —farfullo de malos modos—. ¿Tenéis los bocetos que os pedí?

—Sí, hija, sí, a las tantas que me acostaba por tu culpa —me responde Crescencia.

—Formas parte de este equipo y sabes cuáles son los plazos —le indico con seriedad.

—Que sí, hija, que sí; aquí tienes —me dice tendiéndomelos.

Uno a uno van entregándomelos y juntos valoramos cada uno de ellos; los hay muy buenos y otros menos, pero no tengo tiempo para hacer cambios.

—Quiero verlos, Luna; muéstramelos —me pide María Eugenia llegando hasta nuestra mesa y dejando sus diseños sobre la mesa.

Los cuento en silencio; diez bocetos en total, más los treinta nuestros son muchos más de los que nos pidió Gael y durante unos segundos valoro eliminar los que no acaban de encajarme, pero finalmente opto por callar y esperar la reacción de María Eugenia, que, al fin y al cabo, es nuestra jefa y la que, como siempre, tiene la última palabra.

—¿Estás satisfecha con el resultado, Luna? —me presiona mirándome fijamente por encima de sus gafas de pasta tras ojearlos detenidamente uno a uno.

—Supongo —murmuro sintiéndome entre la espada y la pared, pues no quiero que ninguno de mis compañeros se moleste conmigo si quito alguno de sus bocetos.

—Llévaselos a Elkann con los planos —me ordena.

—¿Puedes llevárselos tú? —le pregunto deseando que diga que sí, pues por hoy he tenido más que suficiente.

—No, Luna, no puedo. Lléveselos —insiste con firmeza, mirándome de nuevo por encima de sus gafas—. Y el resto, ¡a trabajar!

Cojo la carpeta fingiendo una seguridad que no siento ni de lejos y me encamino hacia su despacho. Llamo y, cuando me autoriza a entrar, lo hago.

Está sentado detrás de su mesa con miles de papeles encima de ella y le tiendo la carpeta mirándolo con orgullo.

—Aquí tiene; cuarenta bocetos con sus planos completos, diez más de los que pidió.

—Siéntese —me manda—. ¿Dónde está María Eugenia? —me pregunta con el ceño fruncido.

—En Diseño; me ha dicho que se los trajera personalmente.

Asiente en silencio. Mantiene el ceño fruncido y tiene los primeros botones de su camisa desabrochados, y le recuerdo libre de ella, acalorándome por momentos mientras él, ajeno por completo a lo que está provocando en mí, va ojeándolos uno a uno.

—Déjeme adivinar —me dice mesándose el cabello, consiguiendo que centre la mirada en ese simple gesto y me olvide de todo para volcar mi atención en sus manos enterradas en su rubio pelo, en los músculos que se adivinan a través de la tela de la camisa, en su cuello...y tengo que obligarme a recordar las miles de promesas que me he hecho a mí misma hace apenas una hora y que he olvidado en un segundo—. Estos bocetos son suyos, ¿verdad? —me pregunta mirándome intensamente, consiguiendo que me ruborice... ¡Ay, Señor! ¡Soy una princesita!

—¿Cómo lo sabe? —formulo con un hilo de voz, pues ha dado en el clavo con todos ellos.

Sonríe enigmáticamente, como si supiera algo que a mí se me escapa, sin molestarse en contestarme.

—Y éstos, de María Eugenia —prosigue dando de nuevo en el clavo, ante lo que asiento.

—Estos bocetos —murmura cogiendo el resto—, me gustan, pero les falta algo. Mire éste, ¿qué piensa que le falta? —me pregunta volviéndolo hacia mí.

Hago lo que me pide, sintiendo como si estuviera sometién dome a un examen, y me estrujo el cerebro. Quiero impresionarlo y, tras observar detenidamente el boceto, entiendo lo que está diciéndome.

—Es bonito —susurro—; el cuerpo es armonioso y los pantalones le van bien, pero es cierto, le falta algo...

—La chispa —me corta tendiéndome un lápiz—. Désela usted.

—Si le pusiéramos un tutú corto de seda al cuerpo a tono y una cinta de satén topo marcando la cintura —murmuro empezando a dibujarlo sobre el boceto—, algo así —susurro comprobando el resultado final.

—¡Justo! —me dice sonriéndome y desarmándome.

Oigo su teléfono sonar y lo observo mientras lo coge...

—¡Hombre, cuánto tiempo! ¿Cómo estás, tío?... ¡No jodas! ¿Estás en Madrid?...

No sé qué hacer, si quedarme o irme... A todas luces es una conversación privada y desvío la mirada hacia los bocetos, empezando a ver fallos en todos ellos, incluso en los míos, cuando su carcajada profunda y sexy me paraliza momentáneamente y alzo la vista hacia él... ¡Pedazo tío con todas las letras!, por muy cabrón que sea... Sin percatarme de mi gesto, deslizo la mirada por su magnífico cuerpo, maravillándome y recordándolo desnudo, recordando las muchas veces que estuve sentada a horcajadas encima de él, con sus manos sobre mi piel, sus besos, sus caricias, cómo me hacía sentir... Noto mi cuerpo arder y, temiendo que vea algo en mi rostro que delate mis calenturientos recuerdos, me giro hacia la ventana en un intento por serenarme, tirando el lápiz al suelo sin querer.

Me agacho sintiendo el rubor cubriendo mi rostro y lo veo cerca de sus zapatos, cuando algo llama mi atención... ¡La tarjeta del ramo que me regaló Rafa! Está rota por la mitad dentro de su papelera de diseño transparente... «¿Qué hace ahí? —me pregunto paralizada, sin poder despegar mi mirada de ella—. ¿Cuándo la cogió? ¿Y por qué?»

—O sea, que te han cazado... ya sabes lo que pienso sobre eso... déjalo, tío. —Su voz me devuelve a la realidad y, tras recoger el lápiz del suelo, me incorporo sin saber cómo sentirme—. No vas a cambiarme ahora, pero, si estás aquí, pásate mañana por la empresa, tenemos que hablar... Nos vemos.

Cuelga y, tras dejar su teléfono sobre la mesa, se recuesta sobre la silla, mirándome fijamente.

—Quiero ver su diseño.

—No lo tengo todavía —murmuro enfrascándome en la modificación de uno de los bocetos de Mauro, necesitando ocupar mis pensamientos en algo que no sean los cientos de preguntas sin respuesta que bombardean mi cabeza, obligándome a ignorar el aleteo de esperanza que late cerca de mi corazón.

—¿Qué hace? —me pregunta levantándose y colocándose tras de mí, a escasos centímetros de mi cuerpo.

—Éste mejoraría si en lugar de este cuello lo sustituyéramos por este otro y si al bajo le añadiéramos unas blondas de encaje a tono; le imprimiríamos ese aire romántico y bohemio que le falta.

Tiene una mano apoyada en la mesa y está tan cerca de mí que, si me volviera, enterraría mi cara en su vientre o en... Mejor si no lo pienso, y contengo momentáneamente la respiración, esperando su reacción, incapaz de moverme y deseando hacerlo a pesar de todo.

—Puesto que está tan inspirada, ¿qué opina del resto de los bocetos? —me demanda.

—¿Del resto? ¿No le gustan? —inquiero mientras veo cómo se sienta a mi lado sin dejar de mirarme, apoyando los antebrazos en sus piernas, con los dedos entrelazados.

—Sí me gustan, pero, al igual que a éste, les falta la chispa, la suya —me aclara sorprendiéndome—. Vamos a dársela.

Guiada por él, empiezo a analizar y a modificar cada uno de los bocetos, asombrándome por todos sus conocimientos y por la visión que tiene de la moda, tan similar a la mía.

—¿Y éstos? —le pregunto cogiendo mis seis bocetos.

—Éstos están perfectos —me responde apoyándose de nuevo en el respaldo de la silla ante mi mirada de asombro—. ¿Por qué cree que María Eugenia la designó como responsable de la colección?

—No lo sé —murmuro empezando a sonrojarme ante la intensidad de su mirada.

—Debería pensarlo y empezar a ser más lista —me rebate con voz acerada.

—No le entiendo... —farfullo buscando una respuesta en sus increíbles ojos azules.

—Era la batería, aquí tiene las llaves —me informa tendiéndomelas sin contestar a mi pregunta—. Ya la tiene cambiada.

—No estábamos hablando de eso —respondo enfadada—. ¿Qué ha querido decir? —insisto levantándome.

—Exactamente lo que le he dicho —contesta levantándose a su vez, con su cuerpo a escasos centímetros del mío—. Puede irse.

—¡No puedes hacer siempre lo mismo, Gael! —me quejo tuteándolo—. ¿Por qué nunca contestas a mis preguntas?

—¡Porque preguntas demasiado, joder! —me responde cogiéndome del brazo y pegándose a él, con su boca a escasos centímetros de la mía.

Siento su aliento acariciando mi rostro y el deseo creciendo feroz entre nosotros, luchando a zarpazos por abrirse camino a través de la corriente que de repente ha emergido con fuerza arrasando con todo a su paso, y me adhiero a su cuerpo, sintiéndolo al fin.

—Vete —masculla con frialdad, soltándome y dirigiéndose a su silla, distanciándose de mí.

—¿Por qué haces eso? —inquiero con la respiración entrecortada.

—Porque no quiero estar contigo ni quiero que tú lo quieras. Vete con ese tío que te ha regalado flores, porque yo nunca pienso hacerlo, ¿lo entiendes? ¡Nunca he querido hacerlo! —sisea con dureza.

—Nunca te las he pedido —replico dolida.

—Pero las esperas, Luna, y te equivocas conmigo. Si me fui y no quise volver a saber nada de ti fue por algo; no te crees falsas esperanzas conmigo.

—Estoy con Rafa —miento descaradamente, mirándolo con orgullo—. No soy yo quien desea estar contigo, Gael, estás completamente equivocado.

—¿De verdad? —me reta con arrogancia—. ¿Y por qué no te creo?

—Que me creas o no es tu problema. La verdad es que hace mucho tiempo que dejé de pensar en ti. Dime qué te debo de la batería —le pido con una frialdad que me asombra incluso a mí, deseando creerme mi mentira mientras cojo la carpeta con los bocetos.

—Ya te harán llegar la factura —masculla sin dejar de mirarme, mermando mi fingida seguridad.

—Perfecto —concluyo dándome la vuelta.

—Me alegra saber que estás con otro, es lo mejor que puede sucederte. —Y es el tono que ha utilizado, cercano de nuevo, lo que hace que me vuelva hacia él.

—Lo que me suceda es algo que a usted no le incumbe —musito intentando leer en su mirada, y hablándole de nuevo de usted—. Mañana tendrá treinta bocetos más sobre su mesa.

Dicho esto, salgo de su despacho con unas ganas tremendas de llorar, cerrando la puerta y cerrándosela a él también para siempre.

Durante el camino hasta Diseño, pienso en lo que le he dicho y en Rafa, un hombre tan diferente a él y con el que me siento tan cómoda; debería darle una oportunidad y aplicarme mis palabras de una vez por todas.

Hoy otra vez comemos en la empresa, cada uno en su puesto de trabajo, y de nuevo me quedo hasta las tantas trabajando, pero ya no coincido más con Gael; hoy su moto no está aparcada en el parking, ni me lleva a mi casa; hoy lo

hago en mi coche, obligándome a dejarlo fuera de mi vida y de mis pensamientos.

Una vez en mi piso, me doy la tan ansiada ducha y, una vez instalada en el sofá con mi pijama de conejitos, y tras pensarlo detenidamente, le envío un mensaje a Rafa.

¿Cenamos mañana juntos?

Le doy al botón de «Enviar» y espero...

Tengo guardia por la noche, pero no he dejado de pensar en ti. ¿Qué estás haciendo?

Estoy tirada en el sofá, he llegado hace poco del trabajo.

¿Llevas el pijama de conejitos?

Sí.

Le respondo riéndome.

Mmmmmm, qué sexy... Me gusta ese pijama, pero me gustaría más quitártelo.

¡Oyeeeeee!

De nuevo contesto su mensaje riendo.

Come conmigo mañana, algo rápido.

¿A las dos?

¿Conoces La tasca?

Sí.

Nos vemos mañana, entonces. Buenas noches, conejita.

Ya te vale, buenas noches.

Sonrío mientras releo los mensajes, dándome cuenta de que, con apenas unas pocas palabras, Rafa ha conseguido sacarme varias carcajadas, las que no me ha sacado Gael... y me acuesto pensando en la cita que tengo mañana, obligándome a alejar de mi mente esos ojos azules que me persiguen continuamente a pesar de mis esfuerzos.

Capítulo 30

Cuando a la mañana siguiente llego al Departamento de Diseño, me encuentro con mis compañeras Crescencia y Orenca casi pegadas al cristal de la puerta.

—¿Qué hacéis? —les pregunto divertida, pues son tal para cual.

—¿Qué hacemos? ¿Que qué hacemos? ¿Has preguntado eso, verdad? —suelta Crescencia.

—Sí, he preguntado eso. ¿Qué hacéis? —repito con una carcajada.

—¡Ay, niña!, que yo quiero mucho a mi Antonio, pero hay veces que se me olvida y me entran una ganas locas de despendolarme.

—¿Y por qué habrías de hacer eso? —planteo riéndome mientras dejo mis cosas sobre la mesa.

—¿A ti te parece que Elkann está bueno? —suelta Orenca a bocajarro, dejándome descolocada.

—¿A qué viene eso? —formulo poniéndome a la defensiva.

—¡Nenaaaa! ¡Que es una simple pregunta! ¿Está bueno o no está bueno? —insiste mientras el departamento comienza a llenarse, con ellas aún pegadas al cristal sin perder detalle.

—Sí, supongo que sí —contesto finalmente, ruborizándome.

—¿Sí? ¡Pues no tienes ni idea! —interviene Crescencia—. ¡Acércate y alucina con el pedazo tío que está en el Departamento Comercial con él! ¡Si mi Antonio estuviera tan bueno como este maromo, te aseguro que todos los días me veríais caminando espatarrada!

—Yo directamente no saldría de casa: lo ataría a la cama y no saldríamos nunca de ella —secunda Orenca a pesar de que María Eugenia acaba de entrar—. Estaríamos todo el día dale que te pego sin parar.

Al final, muerta de curiosidad por ver a tal monumento andante, me acerco al cristal... ¡¡¡Madre mía!!! ¡¡¡Por Dios bendito! Estoy tan pegada a él que tengo la punta de la nariz espachurrada y creo que la mandíbula tan abierta que va a desencajarse de un momento a otro, pero no me aparto ni un milímetro ni modifico mi expresión.

—¿Qué estáis mirando? —nos pregunta mi jefa llegando hasta nosotras—. Dejadme ver —nos pide haciéndose un hueco entre nosotras—. ¡¡¡Oh, *my Diorrrrrr!!!!* Pero ¿quién es ese hombre? —nos pregunta mirándonos por encima de sus gafas, como siempre.

—¡Estáis para la foto! ¿Qué hacéis, locas? —nos pregunta Greta, que acaba de llegar—. ¿Qué estáis mirando? Aparta, princesita, y déjame ver —me pide poniéndose a mi lado.

—¡La puta madre! ¿Quién es ése, María Eugenia?

—Mi futuro marido, sin duda —murmura sin dejar de mirarlo—. Tengo que hablar con Elkann; ahora vengo.

—¡Sí, claro! ¡Llévame contigo! —le pide Orenca entre risas, mientras mi jefa sale con decisión hasta el Departamento Comercial.

—Que lo dice en serio... —murmura Crescencia sin despegar su cara del cristal.

—Y tan en serio. Vamos, chicas... como se giren, vamos a hacer un ridículo espantoso —murmuro sin aplicarme el cuento.

Señor... pero si es más guapo que Gael, y eso ya es mucho decir. Medirá metro ochenta o metro noventa; lleva el pelo rubio cepillado hacia atrás y, durante unos segundos, me demoro en su ancha espalda, en su estrecha cintura, en sus brazos... ¡Madre mía!

—¿Eso que tiene en la barbilla es una cicatriz? —nos pregunta Greta pegándose todavía más al cristal—. ¡La madre del cordero, sí que lo es! Me llaman peligro, nena —nos dice con voz ronca.

—¡Greta! —suelto divertida.

—¿Cómo decís las jóvenes?, ¿empotrar?

—Sí, Orenca, empotrar y follar —le contesta mi compañera, poniendo los ojos en blanco.

—Pues eso, ¡empótrame y fóllame! —murmura abanicándose con una mano.

—Mirad a María Eugenia, ¡le ha faltado tiempo! Mirad cómo sonrío la cacho guarra —murmura Crescencia, más pegada de lo que estoy yo al cristal.

—¡Suficiente! ¡A trabajar! —ordeno cuando veo llegar a la estupenda de Carolina con Mauro.

—Eres una aguafiestas, Lunita, ¿no te lo habían dicho nunca? —me riño Orenca.

—Lo que estoy es librándote de una bien gorda como Elkann se gire y te vea.

—¿Has dicho gorda? Mejor no te digo lo que me ha venido a la cabeza — me comenta Greta mordiendo el labio.

—Qué mañanita llevamos, ¿eh, majas? —murmuro entre risas.

—Y así tendrían que ser todas, verías qué inspiradas estaríamos —secunda Orenca.

—A ver si es verdad, sacad los bocetos.

—Mírala qué lista ella, cómo quiere darse prisa para entregárselos a Elkann y conocer al buenorro —exclama Crescencia.

—¿Qué buenorro? —nos pregunta Carolina con una sonrisa.

—El que está con Elkann en el Departamento Comercial; pégate al cristal y alégrate la vista, luego nos cuentas —le propone Orenca.

—¿Un tío bueno? Eso no me lo pierdo —nos dice con una risotada Mauro, siguiendo a Carolina hasta la puerta.

—Pero ¿no sabéis quién es ese hombre, criaturillas? —nos pregunta éste sin moverse de la puerta—. Ese hombre es *el hombre*.

—No irás a decirme que lo conoces —expreso creyéndole capaz, pues nunca he conocido a nadie más sociable que él.

—No, pero no será por falta de ganas. Vamos a ver, almas de cántaro, ¿habéis visto el anuncio de Promesses?

—Perdona, la pregunta es quién no lo ha visto —le rebate Carolina sin dejar de mirar a través de la puerta acristalada.

—¿Y habéis oído la canción?

—La canción es preciosa —murmuro recordando las miles de veces que la he escuchado.

—Pues la compuso él para su novia, la modelo del anuncio. Ese tío es Philip Jones, y es el dueño de una de las agencias de publicidad más importantes de Australia.

—¿Y has dicho que tiene novia? —pregunta Orenca—. ¿Te das cuenta de que acabas de chafarme todas mis ilusiones de ser empotrada por ese semental?

—¿Y para qué preguntas entonces, criatura?

—¿Y qué hace tan lejos de Australia? —interviene Carolina.

—Ni idea, pero si quieres voy y se lo pregunto —le responde Crescencia.

—Él es publicista y bueno de cojones, y esta campaña es importante para Elkann. ¿Qué crees que hace aquí? Seguro que va a encargarle la publicidad — nos contesta Mauro sentándose de nuevo—. ¿Empezamos, jefa?

—¿Soy yo la jefa? —le pregunto divertida enarcando una ceja.

—No veo a María Eugenia por ningún lado.

—Qué bobada. Venga, empecemos; ya hemos perdido suficiente el tiempo; sacad los bocetos.

Nos ponemos a trabajar y, a pesar de que me cuesta la vida, finalmente consigo que todos se centren y se olviden del tal Philip Jones y de todo lo que le harían para volcarnos en los esbozos que tenemos entre manos.

—¿Adónde vas tú, sinvergüenza? —me pregunta Mauro entre risas.

—Le dije a Elkann que hoy tendría sus treinta bocetos sobre la mesa y va a tenerlos.

—Tú lo que quieres es ver a ese Philip. ¡Anda, sé buena y llévame contigo! —me pide Orenca.

—¡A trabajar todo el mundo! —suelto sonriendo y cogiendo las carpetas, para luego desaparecer por la puerta, directa a su despacho.

Ni muerta va a llamarme la atención por no tener sus bocetos sobre la mesa a tiempo. Llamo y, cuando me autoriza a entrar, accedo a la estancia.

¡Dios mío de mi vida! No creo que nunca jamás vuelva a ver a dos hombres tan impresionantes juntos en la misma habitación.

—Buenos días —los saludo sonriendo con timidez, mientras mi jefa me mira con una sonrisilla.

—*Good morning* —me saluda el *macho man* en cuestión. ¡Uau! ¡Qué vozarrón!

—Hola, Luna. ¿Traes los bocetos? Déjame verlos —me pide mi jefa.

Gael no me dirige la palabra ni yo lo hago tampoco, mientras le entrego los bocetos a María Eugenia sin dejar de mirar de reojo a Philip, completamente sonrojada para humillación mía.

—Ella es la señorita Costa, la responsable del equipo creativo de la nueva colección de la que te hablaba —se digna a presentarnos finalmente Gael, en inglés—. Señorita Costa, le presento al señor Jones.

—Encantado —me dice éste tendiéndome la mano, que cojo con timidez.

—Igualmente —susurro muerta de vergüenza por estar sonrojándome delante de Gael, que me mira fijamente ardiendo de rabia—. Si necesitan algo, estoy en Diseño —murmuro en inglés yo también, girándome hacia la puerta, dándole las gracias mentalmente a mi madre y a su obsesión porque aprendiera ese idioma.

—Un momento —exclama Gael, deteniéndome—. María Eugenia, déjame verlos.

Suspiro levemente y entonces la carcajada de Philip me deja con la boca abierta.

—Lo siento —se disculpa sonriendo—. No me reía de usted, es que me ha recordado tanto a... ¡Déjelo! No importa.

—Ni se te ocurra compararlo —farfulla Gael—, no es lo mismo.

—Por supuesto que no es lo mismo, capullo —le contesta sonriendo abiertamente, dejándome muerta *matá* en medio del despacho.

—Estos diseños son un desastre —me espeta cabreado, tirándolos sobre la mesa—. ¡María Eugenia, ve a poner orden en ese departamento! Está claro que la señorita Costa se ha perdido —sisea levantándose y apoyando las manos sobre la mesa, fulminándome con la mirada.

—Estos diseños siguen la misma línea que los que le entregué ayer —replico con dureza mientras cojo todos los bocetos que han quedado esparcidos sobre la mesa, avergonzada y enfadada porque me haya dejado en evidencia delante del señor Jones.

—Y que rectificamos, ¿o acaso lo ha olvidado? —me pregunta entre dientes.

—Por supuesto que no —contesto casi mordiéndolo, cargada con todos ellos—. Encantada de nuevo, señor Jones. —Acto seguido, y sin esperar respuesta por su parte, me doy la vuelta y salgo disparada seguida por María Eugenia.

—Pero ¿tú estás tonta? —me riñe mi jefa cogiéndome del brazo y haciendo que me detenga—. ¿Cómo le hablas así a Elkann? ¿Has olvidado que es tu jefe y quien paga tu nómina? —me reprende mirándome por encima de las gafas.

—María Eugenia —su voz, fría y acerada, resuena en todo el pasillo y siento cómo mi cuerpo se tensa instintivamente. «¿Qué me ha sucedido ahí dentro?», me pregunto dando media vuelta y viendo cómo se acerca hasta nosotras con su mirada fija mí—, coge los bocetos. La señorita Costa y yo tenemos que hablar.

Veo a mi jefa asentir en silencio y, tras cogerlos, marcharse hacia Diseño, dejándonos a solas.

—Lo siento —me anticipo a sus palabras—; siento haberle hablado así. Rectificaré los bocetos e intentaré tenerlos listos antes de la hora del almuerzo —murmuro sin despegar mi mirada de la suya, fría como el hielo.

—Que sea la última vez que utiliza ese tono conmigo si no quiere terminar con su culo en la calle, ¿lo tiene claro? —me amenaza con una dureza extrema.

—Por supuesto —musito tragando saliva, sintiendo el nudo formarse en mi garganta—. ¿Algo más?

—Desaparezca de mi vista —me dice con desprecio.

Capítulo 31

Maldiciéndome por ser una estúpida, llego a Diseño, donde María Eugenia está hablando con mis compañeros.

—¿Los ves tan mal? —le pregunto a punto de echarme a llorar.

—Ven conmigo un momento —me dice cogiéndome del brazo y alejándome de mis compañeros hasta llegar a su mesa, donde se sienta tras ella.

—Ser responsable de una colección significa ir un paso por delante del resto; te he puesto a prueba y has fallado.

—¿Qué quieres decir? —inquiero sintiendo, muy a mi pesar, que este cargo me viene demasiado grande.

—Cuando ayer me mostraste los bocetos, sabía que Elkann te pediría que los rectificaras, no porque fueran malos, sino porque les faltaba algo, ese algo que le disteis después, incluso a dos de los míos —me comenta con un punto de crítica que no me pasa desapercibido.

—La chispa —murmuro recordado la expresión que utilizó Gael.

—Exacto, la que le doy yo y la que le debes dar tú a partir de ahora. Tienes que analizarlos y sentirlos, verlos en movimiento y anticiparte a los fallos antes de que se realice el prototipo. Tienes un equipo respaldándote y creando según tus indicaciones, pero luego debes darle el toque que los hace únicos y ahí es donde entras tú.

»Ayer Elkann podía haberte dicho que no eran correctos y enviarte de vuelta cargada con ellos, pero fue más generoso de lo que fui yo y te guio hasta que quedaron perfectos. Puede hacerlo un día, pero no todos, porque no es su trabajo, es el tuyo, y no puedes hablarle como has hecho ahí dentro.

»Me da la sensación de que tienes más prisa por entregar los bocetos que por vivirlos y sentirlos, y eso es un error. Mira, Luna, tienes ese «algo» que te hace especial al resto del equipo, lo sé yo y lo sabe él, pero eres impulsiva y vas a terminar fastidiándola por eso.

»Voy a darte un consejo que posiblemente debería haberte dado antes: cuando tengas los bocetos listos, crea un vacío a tu alrededor y obsérvalos como si fuera la primera vez que los vieras. ¡Siéntelos!, sólo así quedarán perfectos. Y

deja de llorar, así no vas a solucionar nada —me pide levantándose y secando mis lágrimas con un pañuelo—. Rectifica y que no se repita lo de hoy.

Asiento en silencio, sintiéndome una necia de campeonato, avergonzada por cómo me he comportado en su despacho y, cabizbaja, llego hasta mi mesa, donde mis compañeros esperan expectantes.

—Pero ¿qué ha pasado, chiquilla? —me pregunta Orenia preocupada.

—He fallado en lo que se esperaba de mí —contesto con sinceridad—. Seguid trabajando con los nuevos bocetos mientras yo rectifico éstos.

—¿Y por qué has de hacerlo tú? —me demanda Carolina.

—Porque es mi trabajo como responsable de la colección y porque la bronca me la he llevado yo, no tú, y te aseguro que no volverá a suceder de nuevo —afirmo con sequedad, cogiendo mis cosas y sentándome en una mesa alejada del resto, dispuesta a crear ese vacío del que me ha hablado María Eugenia.

Cojo mi móvil y tecleo rápidamente un mensaje a Rafa, deseando ponerme cuanto antes con lo que tengo pendiente.

Lo siento, no voy a poder almorzar contigo, me ha salido trabajo extra.

Pero ¿vas a comer?

Sí, pero en la oficina.

No me contesta y, aunque puede ser que se haya cabreado, no voy a fustigarme más por ello. Necesito demostrarle que soy capaz de hacerlo bien y, secando mis lágrimas, respiro profundamente en un intento por tranquilizarme, pero necesito que me dé el aire y verlo en la perspectiva correcta y, con la mirada gacha para ocultar mis ojos enrojecidos, me encamino al ascensor directa a la azotea, donde la ciudad a mis pies me da la paz que tanto preciso, donde los problemas no se atreven a subir a molestarme... Cierro los ojos rememorando lo que ha ocurrido en su oficina, sintiendo el calor recorrer mi cuerpo, pero esta vez proveniente de la vergüenza. «¿Qué pensará el señor Jones de mí? ¿Qué pensará él de mí?», me pregunto mirando al cielo como si en él estuvieran escritas las respuestas a mis preguntas, mientras las lágrimas mojan mis mejillas de nuevo.

—A lo hecho, pecho —murmuro observando los tejados de los edificios que quedan a mis pies, imaginando que es agua y que no estoy en la azotea del edificio D'Elkann, sino sobre el acantilado de mi amada isla—. A trabajar, Luna;

tienes mucho que demostrar —me digo en un murmullo, encaminándome con reticencia hacia los ascensores.

Con los ánimos por los suelos, veo mi desolado reflejo en el espejo del ascensor y los números marcando las plantas por las que vamos pasando y, cuando se abren las puertas, salgo cabizbaja del ascensor tropezando contra un muro.

—¿Cómo? —medio grito mientras pierdo el equilibrio.

Por suerte ese muro inesperado tiene unas manos que me sujetan con fuerza, evitando que dé con mi culo en el suelo.

—Debería mirar al frente —oigo cómo una voz profunda y oscura me reprende en inglés y alzo la mirada hasta encontrarme con los ojos azulísimos del señor Jones—. ¿Está bien?

—Claro —murmuro encogiéndome de hombros, sin saber realmente si se refiere a este incidente o a mi comportamiento de antes y la consabida reprimenda que me he llevado por parte de Gael.

—Venga conmigo, déjeme que la invite a un café —me propone cogiéndome con suavidad del brazo y llevándome hasta la máquina expendedora que se encuentra a mitad de pasillo—. ¿Cómo le gusta?

—Solo —susurro sabiendo que le debo una disculpa. Este hombre debe de tener una opinión pésima de mí seguro—. Siento lo que ha sucedido antes —murmuro sintiendo cómo las lágrimas se forman de nuevo y maldiciéndome por ello. ¡Cómo odio ser una princesita!

—No se preocupe —me dice tendiéndome el café—. Situaciones como éstas forman parte de mi día a día con mi secretaria —me confiesa con una media sonrisa—, así que estoy acostumbrado, pero déjeme darle un consejo —me pide con seriedad, imponiéndome con su físico y su increíble mirada—: conozco a mi amigo y, aunque sé que no es un hombre fácil, es tremendamente justo. Si piensa que esos bocetos no son correctos, será porque no lo son.

—Ya lo sé, me he comportado como una necia —musito mirando fijamente mi café, incapaz de mirarlo a él, tragándome las lágrimas a duras penas.

—Pues deje de hacerlo y demuéstrole de lo que es capaz —me ordena con firmeza, como si supiera algo que a mí se me escapa.

—Lo haré, se lo prometo —afirmo alzando la mirada y posándola en la suya, deseando no defraudarlo.

—¿Qué pasa aquí? —La voz de Gael sacude mi corazón, llevándolo disparado a la garganta.

—He invitado a la señorita Costa a un café. ¿Te apetece uno a ti? —le pregunta como si nada, mientras yo desvío la mirada, enrojecida, hacia los ascensores.

—No, gracias —masculla entre dientes. Siento sus ojos sobre mí, pero no me vuelvo.

—Tengo que irme. Gracias, señor Jones —farfullo obviando a Gael, deseando alejarme cuanto antes de él.

Voy a salir disparada cuando me detiene cogiéndome del brazo, y de nuevo siento su calidez, su cercanía, y cómo mis deseos más íntimos se revelan ante la situación en la que nos encontramos.

—Míreme —me ordena.

Y me vuelvo hacia él, hacia donde el viento arrecia con fuerza, sintiendo cómo la corriente cálida que nos mantiene unidos nos envuelve hasta engullirnos en las profundidades de sus ojos.

—Llorando no va a solucionar nada; se lo dije ayer, empiece a ser más lista —murmura con frialdad a pesar de que sus ojos arden como supongo que están haciendo los míos—. No se marche sin tener esos bocetos terminados, más los de hoy —me ordena sin soltarme.

—No lo haré —murmuro deseando que no lo haga.

—Váyase —masculla sin ceder en la presión que está ejerciendo sobre mi brazo, sin permitirme alejar mi mirada de la suya.

Siento cómo mi respiración se acelera suavemente, y olvido al señor Jones y dónde estamos para encontrarme de nuevo con el Gael que conocí hace tantos años, y me pierdo en la intensidad de su mirada, en su nariz recta, en su boca... en esa boca que tantas veces besé, en esos labios que recorrieron mi cuerpo hasta hacerlo vibrar de placer, y lo deseo, deseo volver a sentirlo de todas las formas posibles.

—Vuelva al trabajo —sisea liberándome finalmente.

Le sostengo la mirada durante unos segundos más, tras lo cual emprendo la marcha hacia mi puesto de trabajo, con miles de sentimientos vibrando en mi interior.

Llego y otra vez noto la mirada de todos mis compañeros sobre mí, pero finjo no darme cuenta y, directa, me largo a mi nueva mesa, la que se encuentra alejada del resto, y con mis auriculares puestos y la música relajante de Yiruma empiezo a ver de nuevo los bocetos como si lo hiciera por primera vez: borro, modifico, cambio tejidos, sustituyo mangas, añado y quito, evadiéndome a mi mundo particular, donde el agua tiene el color de sus ojos, donde las olas rompen

con suavidad en la orilla arrastrando con ellas la posidonia, donde el olor fragante de los pinos inunda mis fosas nasales... Y entonces alzo la mirada y me encuentro de nuevo con la suya y con la del señor Jones.

—Lo siento, no me había dado cuenta de que estaban aquí —farfullo mientras Gael toma varios de los diseños modificados.

—Parece que por fin se ha encontrado —me dice con seriedad.

Y aunque estoy tentada de reconocerle que nunca había estado perdida, opto por mantenerme en silencio, pues no quiero volver a ponerme en evidencia.

—Siga así —me ordena empezando a alejarse de mí.

Me vuelvo ante el cuchicheo general del departamento, algo normal teniendo en cuenta los dos machos presentes en él, y miro a mi amiga Greta, que se encuentra con la boca completamente descajada sin perder detalle de cada uno de los movimientos del señor Jones, haciéndome sonreír. «Vamos a tener temita durante días», pienso con una sonrisa, y, poniéndome los auriculares, me evado de nuevo a Formentera, llevándome conmigo mis bocetos.

Pierdo la noción del tiempo, concentrada como estoy en cada uno de ellos, tanto que no soy consciente de cuando Gael y el señor Jones abandonan el departamento, absorta como estoy en mi trabajo.

Estoy terminando de modificar el último, eligiendo otro tejido que tenga más caída, cuando de nuevo oigo cuchicheos y risitas, pero doy por hecho que son ellos y prosigo con lo mío.

—Señorita, usted y yo tenemos una cita. —La voz de Rafa me devuelve a la realidad de mi oficina en cero coma y alzo la mirada hasta toparme con mi médico particular.

—¿Qué haces aquí? —susurro girándome y viendo a mis compañeras mirándolo con coquetería.

—Raptarte, tú y yo nos vamos a comer —me anuncia con una sonrisa lobuna cogiéndome la mano y haciendo que me levante de la silla—. ¿Dónde tienes la chaqueta?

—¡Que no, Rafa, que no puedo irme! ¡Tengo mucho trabajo! —me quejo resistiéndome.

—¡Primo! —Oigo la voz de mi amiga Greta acercándose entre risas—. ¿Qué haces aquí?

—Llevarme a tu amiga para alimentarla. Acabáis a las dos, ¿no es así?

—Rafa, de verdad que me gustaría ir, pero...

—Son la una y cincuenta y nueve, así que en un minuto eres oficialmente libre, y tú y yo nos largamos.

—¡Di que sí, primo! ¿Y por qué no ha venido Nico contigo? —le pregunta Greta recogiendo sus cosas y entregándole las mías ante mi enfurecida mirada.

—Que no pienso ir, ¿cuántas vec...?

—¿Quién ha dicho que no ha venido? —responde Rafa guiñándole un ojo, ignorando lo que estoy diciéndole—. Está abajo esperándote.

—¡Nos vemos, chicos! —se despide saliendo como una flecha de Diseño.

—Rafa, hoy he tenido un día...

—Suficiente —me corta de nuevo cogiéndome en brazos, cargado con todas mis cosas ante la risa de todas mis compañeras.

—¿Quieres soltarme? ¡Nos están mirando todos! —le pido muerte de vergüenza, intentando no mostrar más de la cuenta.

—No me importa. Media hora, Luna, ¿puedes darme media hora? —me pregunta aún cargando conmigo, saliendo por la puerta que con una radiante sonrisa está abriéndole mi jefa.

—¡Oh, *my* Diorrrr! ¡Qué bonito es el amor! —la oigo a mis espaldas.

—En media hora no comemos, Rafa —protesto sonriendo al fin, relajándome entre sus brazos.

—¿Quién ha dicho eso? —me pregunta dándome un mordisco en el cuello, consiguiendo que suelte una carcajada—. En media hora te comería entera —me dice con la mirada oscurecida, directo hacia los ascensores.

De repente siento cómo la corriente cálida que me une a él emerge a la superficie con más fuerza y dirijo la mirada hacia ella, hacia él... que se encuentra unos pasos por detrás de los nuestros seguido por el señor Jones, que nos mira con el ceño fruncido.

—Bájame, Rafa, en serio. Iré a comer contigo —le digo paralizada por la furia helada que desprende su mirada.

—Prométeme que, si te bajo, no te largarás corriendo —me demanda divertido llegando hasta los ascensores.

—Te lo prometo —susurro deseando que me trague la tierra.

Con cuidado, me deposita en el suelo, rozando con sus manos mi cuerpo a propósito, y saber que él está mirándonos me excita, me excita que nos mire así de cabreado, y cuando Rafa me besa, no me alejo, sintiendo su mirada azul eléctrico sobre nosotros.

Capítulo 32

El sonido de las puertas del ascensor al abrirse nos devuelve a la realidad y, cogida de su mano, accedo a él seguida por ellos y por muchos de mis compañeros. Sentir su intensa mirada sobre mí calienta mi sangre, tensa los músculos de mi vientre y acelera suavemente mi respiración, y lo que no entiendo y me frustra sobremanera es cómo puede estar haciéndome sentir suya cuando estoy de la mano de otro hombre.

Finalmente las puertas del ascensor se abren y, aferrada a la mano de Rafa, salgo disparada deseando poner la máxima distancia posible entre nosotros. Sólo cuando salimos del edificio y lo veo alejarse junto con el señor Jones consigo relajarme y volver a respirar con normalidad.

—Vamos, nena, recuerda que tenemos treinta minutos —me dice divertido, ajeno por completo a mi tormenta de sentimientos.

—Sí, démonos prisa —susurro viéndolo desaparecer entre la multitud de gente que abarrota la acera, sintiéndome inexplicablemente sola y triste de repente.

Rafa me sorprende al llevarme a un bar de tapas, donde nada más sentarnos empiezan a servirnos un poco de todo: pinchos de tortilla de patatas, pan con tomate y jamón, pimientos del piquillo rellenos de bacalao, montaditos de varias clases...

—¿Lo tenías todo previsto? —le pregunto viendo cómo no cesan de llegar platos a la mesa, olvidándome finalmente de Gael y de cómo me he sentido hace unos minutos.

—¿Tú qué crees, conejita? —me demanda guiñándome un ojo.

—Que sí —le respondo con una sonrisa—. Gracias, no me había dado cuenta de cuánto necesitaba salir de la oficina.

—¿Qué ha pasado, nena?

Entre bocado y bocado le relato mi día mientras él me cuenta el suyo, consiguiendo que me relaje y disfrute de la comida y de él.

—Dime que lo repetiremos —me pide cuando llegamos al edificio D'Elkann, aprisionando mi cuerpo contra el suyo y la pared.

—Dime que me raptarás otra vez —le respondo perdiéndome en su mirada oscura como la noche.

—Siempre que me des plantón.

Su mirada descarada desciende hasta mis labios, donde se demora en ellos y, aunque el rostro de Gael no me abandona, no lo detengo cuando me besa e incluso correspondo gustosa a su beso.

El carraspeo de alguien me devuelve a la realidad y alzo la mirada hacia ese sonido que, en medio del ajeteo propio de la calle, he oído claramente, y veo al señor Jones llegando a la puerta y a Gael, que ya está accediendo al edificio.

—Tengo que volver, Rafa —susurro con la estúpida sensación de haberlo traicionado—, hablamos luego —añado escabulléndome de entre sus brazos.

—Te llamo luego —me dice cogiéndome de la mano y tirando de mí, besándome de nuevo.

—Llego tarde, en serio —musito con el corazón atronándome en el pecho —, ¡adiós! —me despido soltándome finalmente y entrando en el edificio.

«¿Por qué los ascensores nunca pueden estar en las plantas inferiores? — me pregunto viéndolos al fondo, esperando—. No estoy con él, no le debo nada...», me recuerdo mientras camino hacia ellos sintiendo que lo hago casi a cámara lenta, deseando que las puertas se abran de una puñetera vez y no llegar a tiempo, pero, como siempre, mi gozo en un pozo.

—Hola —susurro en inglés cuando finalmente llego a su altura.

—Buenas tardes, señorita Costa —me responde el señor Jones con educación, ante el silencio sepulcral de Gael, que continúa con la mirada fija al frente, obviándome y creando una tensión en el ambiente casi insoportable.

«¿Y si subo a pie? Un poco de ejercicio tampoco me vendría mal», me planteo mirando de reojo las escaleras, pero justo en el instante en que estoy a punto de hacerlo, se abren las puertas y, guiada por esa corriente cálida capaz de anular mi voluntad, accedo a él.

Siento su furia helada invadiendo cada rincón de este minúsculo espacio; de hecho, casi podría jurar que oigo sus resoplidos, y cierro momentáneamente los ojos recordándome de nuevo que no estamos juntos, lo que me hizo ayer al dejarme a medio camino y, por supuesto, su «no quiero que me vean llegar con usted», y otra vez la ira recorre mi cuerpo.

Por fin se abren las dichas puertas y, tras un «hasta luego», salgo disparada hacia mi zona de trabajo, deseando dejar de sentir su intensa mirada sobre mi cuerpo. «Pero ¿qué quiere este hombre?», me pregunto entrando como una exhalación en el Departamento de Diseño e inspirando profundamente.

«Sea lo que sea, no me incumbe», me miento a mí misma y, tras dejar mis cosas, me dirijo hacia mis compañeros, que han almorzado aquí.

—Hola, chicos. ¿Cómo vais? —les pregunto sentándome con ellos, sumergiéndome de nuevo en la vorágine de mi trabajo.

A las siete decido quedarme para ponerme al día con todo lo que tengo pendiente, pues, desde que he hablado con María Eugenia, mi cabeza no ha dejado de darle vueltas a lo que se espera de mí y por fin he entendido en qué consiste mi trabajo, así que, cargada con todos los bocetos con los que han trabajado mis compañeros, me dispongo a terminar de nuevo muy muy tarde.

Me pongo los auriculares y, acompañada por la música, empiezo a verlos de nuevo: formas, tejidos, caídas, mangas, cuellos... visualizándolos en movimiento, borrando y dibujando...

Noto el roce electrizante de una mano quitándome los auriculares y doy un respingo.

—Perdone, no quería asustarla

Él...

—No le había visto entrar —susurro uniendo mi mirada a la suya con timidez, sin saber qué esperar después de todo lo que ha sucedido hoy.

El departamento está iluminado únicamente por la luz de emergencia y la lámpara de mi mesa, por lo que su rostro permanece medio oculto entre las sombras, como su cuerpo.

—Estaba muy concentrada, eso es bueno —me dice cogiendo una silla y sentándose a mi lado, contrayendo mi vientre suavemente—. Déjeme ver —murmura cogiendo la carpeta con todos los bocetos retocados—. ¿Los ha visto María Eugenia?

—No... —susurro de nuevo con un hilo de voz, reprendiéndome mentalmente por estar casi temblando por su cercanía y percatándome de que mi jefa no se ha acercado a mí en todo el día, algo inusual en ella... pero con esta colección todo es tan raro que ya nada debería sorprenderme.

—Ya veo —musita con una media sonrisa que no consigo entender.

Espero expectante su reacción, muerta de miedo, analizando cada uno de sus gestos o algo que me dé una pista sobre lo que piensa y, tras unos minutos agonizantes en los que he pasado de creer que son un desastre a que le gustan y de nuevo a que son un desastre, veo cómo los deja sobre la mesa, recostándose en el respaldo de la silla y fijando su increíble mirada en mí, que estoy a punto de sufrir un colapso nervioso.

—Si no le gustan, puedo revisarlos de nuevo —susurro intimidada por su mirada.

—¿Cree que no me gustan? —me pregunta inclinando su cuerpo levemente hacia el mío, apoyando los antebrazos sobre sus piernas y convirtiendo mis huesos en gelatina líquida.

—No lo sé —murmuro.

—Debería empezar a mostrar más seguridad con su trabajo —me reprende con dureza.

—Y también ser más lista, ¿verdad? —replico molesta.

—Eso sin duda. Déjeme ver éstos —me pide cogiendo los bocetos con los que estoy trabajando.

Me duele el cuello, todo el día con la cabeza gacha está pasándome factura, y, en un intento por relajarme y evadirme de él, lo hecho hacia atrás, masajeándolo suavemente con mis manos, cerrando los ojos.

—¿Le duele?

Abro los ojos de golpe, encontrándome con los suyos, que han dejado de prestar atención a los bocetos para prestármela por completo a mí.

—Un poco —contesto viendo atónita cómo los deja sobre la mesa y se levanta. ¿Qué va a hacer?

—Permítame —me dice colocándose tras de mí, haciendo a un lado mi leonina melena y posando sus manos sobre mi cuello.

Me tenso instintivamente ante su contacto inesperado; sentir su cuerpo tan cerca de mi espalda, sus manos sobre mi cuello, presionando y masajeando, está teniendo una repercusión directa sobre mi sexo y lo contraigo con suavidad.

—Necesito que se relaje —me pide con voz rasposa.

«¿Que me relaje? ¿Y cómo se supone que he de hacer eso con él tan cerca?», me pregunto mordiendo mi labio con fuerza hasta hacerme daño.

—Necesita un buen masaje. ¿Desde cuándo no le hacen uno? —me demanda apoyando mi cabeza sobre su... «¿dónde leches la tengo apoyada?», me pregunto excitada, acalorada y con taquicardias incluidas.

—Ni lo sé —contesto como puedo, dejándome llevar por todo lo que está haciéndome sentir con sus manos, que en este momento están sobre el tatuaje del ancla sin que él lo sepa—. ¿Qué le parecen los bocetos? —le pregunto deseando centrarme en algo que no sean las miles de sensaciones que está provocándome.

—Brutales —murmura ante mi asombro—. Tiene la espalda hecha una mierda —susurra inclinándose sobre la mesa hasta conseguir que apoye mi mejilla sobre ella, dejándola a su merced.

Doy un respingo al sentir sus manos por debajo de mi suéter, piel con piel; oleadas de placer sacuden mi cuerpo de una forma casi salvaje, mientras suben y bajan por mi espalda sin dejar de presionar, recordándome aquel día en la pequeña cala, cuando extendió crema por mi espalda y, como puedo, ahogo un gemido al sentir las en mis costados y peligrosamente cerca de mis pechos.

—No tenía ni idea de que supiera hacer masajes —murmuro como puedo, intentando recuperar el control de mi cuerpo y de mi voz.

—Hay muchas cosas que no sabe sobre mí —susurra con voz ronca, posando sus manos sobre el cierre del sujetador.

—¡Suficiente! —Casi grito al decirlo, viendo de reojo el ramo de rosas que se encuentra en la mesa del fondo—. Ya estoy bien —murmuro levantándome, necesitando poner la máxima distancia entre ambos—. Si están correctos, mejor lo dejo por hoy, estoy cansada —susurro evitando mirarlo, pues temo abalanzarme sobre él, algo que seguro que sucederá como él se digne mover un solo dedo.

Cierro el ordenador y la luz de mi mesa sin mirarlo en ningún momento, sintiendo cómo la tensión sexual nos envuelve sin piedad, tirando de nosotros con fuerza, pero me niego a exponerme de nuevo, me niego a volver a oír otro comentario hiriente por su parte. Además, él no quiere estar conmigo y yo estoy con Rafa, no hay más.

—Vámonos —masculla finalmente pasando por mi lado mientras yo me pongo la chaqueta y recojo mis cosas.

Hacemos el camino hacia el ascensor en silencio, cada uno sumido en sus pensamientos, en sus deseos o en sus miedos. Por suerte se encuentra en nuestra planta y entro directa en él sintiendo el ambiente electrificante a nuestro alrededor; su mirada en mi espalda me excita, convirtiendo mi sangre en fuego. Escucho nuestras respiraciones agitadas y me vuelvo finalmente, llevada por esa corriente cálida que tira de mí, hasta quedar frente a él.

Su mirada, oscurecida ahora, se desliza despacio desde mis ojos hasta mi boca, que entreabro ligeramente, bajando por mi cuello hasta llegar a mis pechos, que reaccionan ante ella endureciéndose en el acto. Da un paso hacia delante hasta quedar a escasos centímetros de ellos, casi rozándolos... Oigo el sonido de las puertas abrirse a mi espalda, pero no me vuelvo, incapaz de alejarme de su cuerpo, deseando que me bese y besarlo, deseando perderme de nuevo en él, deseando estrellarme en el acantilado de su cuerpo.

—Buenas noches, señorita Costa —me dice con su sonrisa más arrogante pasando por mi lado.

—Eres un cabrón, Gael —mascullo aún dentro del ascensor dándome la vuelta.

—Para usted, Señor Cabrón, si no le importa —me responde con una carcajada sin girarse, avanzando directo a su moto.

Siento mi cuerpo temblar por el deseo y la rabia mientras me dirijo a mi vehículo, viendo atónita cómo arranca y sale disparado del parking como si nada. ¡Será... cabrón!

El trayecto hasta mi casa lo hago bufando como un toro. Pero ¿a este hombre qué le pasa? ¿Qué pretende demostrar?... «Que eres una floja y que te tiene comiendo de la palma de su mano —me respondo a mí misma—. ¡Idiota! ¡Idiota! ¡Idiota! Si pudiera, me daría un par de bofetones ¡Pedazo cabrón!» Y, entonces, resonando en mi cabeza... «para usted, Señor Cabrón».

Capítulo 33

Es jueves. De nuevo despierto antes de que suene la alarma del despertador y dirijo la mirada hacia el techo de mi habitación como si en él estuviera escrita la solución a mis problemas. ¿Qué me pasa con él? ¿Por qué no dejo de caer, a pesar de saber que va a humillarme o a burlarse de mí? Él ya no es el Gael que conocí ese verano, es Elkann, un hombre que no conozco...

—Necesito hablar con Greta —me digo levantándome con reticencia de la cama, con su sonrisa burlona grabada en mi cabeza—. Por mi madre que no vuelve a burlarse de mí en su vida —me prometo metiendo la cabeza bajo el chorro del agua.

Seco mi pelo dejándolo suelto y, una vez lista y satisfecha con mi aspecto, salgo disparada hacia el trabajo con la firme promesa de no dejarme engatusar más por él.

Llego a mi puesto de trabajo antes que muchos de mis compañeros y me felicito por ello. ¡Vamos, vamos! ¡Estoy que me salgo! Tras dejar mis cosas, me siento en mi sitio improvisado alejada del resto, deseando terminar cuanto antes los bocetos que tengo pendientes para poder recuperar mi normalidad y salir del curro a una hora decente.

Veo de reojo llegar a mi amiga Greta y me dirijo hacia ella.

—¿Cenamos esta noche? Solas, tú, yo y una botella de vino —le propongo siguiéndola hasta su puesto.

—¿Sabes que me van los tíos, verdad? —me pregunta divertida.

—Ja, ja, ja... Te has levantado graciosa hoy, ¿cierto?

—Soy graciosa, nena —suelta con voz grave.

—¡Venga! ¿Qué dices? Cena de chicas, ¿sí o no?

—¡Dime que no hablaremos únicamente de mi primo y de Elkann!

—Bueno, no toda la noche, por supuesto —respondo con una media sonrisa.

—¡Dios míooooo, voy a cortarme las venas! —farfulla dramáticamente—. Si vas a torturarme con tus líos amorosos, elijo yo la cena.

—Pizza... ¿verdad?—le planteo enarcando una ceja.

—De Telepizza —matiza.

—¡Hecho! Ya no hace falta que te las cortes —le indico sonriendo mientras me dirijo hacia mi mesa.

Una vez en ella, rectifico los diseños que tengo pendientes y, decidida a ser consecuente con mi decisión, me encamino a su despacho. Llamo y, cuando me autoriza a entrar, lo hago.

—Buenos días, señor Elkann.

—Buenos días, creía que iba a llamarme Señor Cabrón —me responde con una sonrisa burlona.

Está sentado en su silla y es la personificación de la palabra *peligro* en estado puro.

—No sé por qué habría de hacer eso —replico imaginando que estoy hablando con un hombre mayor, calvo, desdentado y con tripa—. Aquí tiene los bocetos, ¿prefiere que espere o puedo irme? —le pregunto con voz neutra. ¡¡¡Ole, ole y ole!!! Si es que, cuando quiero, soy lo más de lo más... ¡a la mierda con las princesitas!

—Espere —me ordena clavando su impresionante mirada sobre mí mientras coge los bocetos que he dejado sobre su mesa—. Siéntese —me pide con firmeza antes de empezar a observarlos con detenimiento uno a uno—. ¿Ve la diferencia entre esto y lo que me entregó ayer?

—Sí —contesto con seriedad—. Ayer me equivoqué; lo siento, no volverá a suceder.

—María Eugenia me ha contado que ayer habló con usted.

—Sí, lo hizo.

—Pues grave esa conversación en su mente y nunca la olvide si quiere llegar a su meta —me ordena de nuevo.

—No lo haré —contesto sosteniéndole la mirada.

—¿Cómo va ese cuello? —me pregunta con una media sonrisa, recostándose de nuevo sobre el respaldo de su silla.

—Perfecto. ¿Necesita algo más? —inquiero con fingida calma, pues he tenido que controlarme como nunca para no detener mi mirada en su colosal torso, en su boca, en su... «¡Ayyyyy, por favor, déjalo estar!»

—El día 11 a las nueve en punto quiero los doscientos bocetos, con sus complementos y los planos, sobre mi mesa, no lo olvide.

—¿No quiere ver mañana los bocetos con los que hayamos trabajado hoy? —le demando extrañada.

—Esto no es un colegio, señorita Costa, pero puede volver a él si así lo desea —me responde con sorna.

—Por supuesto que no, pero, entonces, ¿para qué me ha hecho entregarle diariamente treinta bocetos?

—Para no tener que quitarla del puesto en el que, tan irresponsablemente, la habíamos colocado —masculla entre dientes.

Lo miro con la boca abierta, incapaz de contestar, consciente de que tiene razón, pero, a pesar de ello, sintiéndome humillada.

—El 11 lo tendrá todo sobre su mesa.

—Más le vale y, como me falle, no será María Eugenia quien la ponga a coger el teléfono —me asegura mirándome con dureza.

En silencio recojo los diseños y, sin responderle, salgo del despacho con el firme propósito de demostrarle que no se han equivocado conmigo y que soy buena en mi trabajo, aunque tenga que montar una tienda de campaña en el departamento.

Durante el resto del día no vuelvo a verlo y, cuando llego al parking a las ocho y media, molida pero satisfecha, su moto ya no está. «Mejor», me miento de nuevo.

Llego a casa y, tras darme una ducha y ponerme el pijama, me tiro en plancha sobre el sofá, dispuesta a esperar a mi amiga, haciendo *zapping* y relajándome después de un día tan largo, hasta que a las nueve y media llega Greta cargada con las pizzas y una botella de vino.

—Parada exprés en Telepizza. Barbacoa, ¿verdad? —me pregunta tendiéndomela.

—¡Oh, *my* Diorrrr! ¡Qué buena! —Medio suspiro llevándomela al sofá, mientras mi amiga le declara la guerra al sacacorchos—. ¿Sabes que algún día puedes elegir otra cosa para cenar? —añado, más para picarla que por otra cosa.

—Te aguantas y comes pizza —me responde devolviéndome el golpe—. Además, trabajando en D'Elkann, ¿no sería más apropiado decir algo así como ¡Oh, *my* Kann!?! —me suelta con una carcajada, proclamándose vencedora y sentándose a mi lado—. ¿O tú también quieres largarte a Dior?

—¡Ni muerta! Pero yo mejor diría... ¡Oh, *my* Señor Cabrón! —rebato llevándome luego un trozo de pizza a la boca.

—¿Perdona? —inquiere extrañada, llenando su copa.

Y entre bocado y bocado, la pongo al día de mis venturas y desventuras con... «para usted, Señor Cabrón».

—¿El australiano te invitó a café? ¡Venga ya! ¡Me estás vacilando, tía!

—Después de que casi me lo llevo por delante al salir del ascensor. ¡Madre mía, qué torso! Te juro que por unos momentos pensé que me había chocado contra un muro.

—Yo me habría pegado como una lapa de haber sido tú.

—Oye, que tú estás con Nico.

—¡Lo séééééé! —me responde poniendo los ojos en blanco—. Y tú, ¿con quién estás? —plantea de repente, dando en el clavo—. Venga, vamos al meollo del asunto, que ya estamos tardando.

—Con Rafa.

—Sí, pero pensando en Gael no vale; no es justo para él, Luna.

—Ya lo sé, por eso no he querido acostarme con él todavía, pero se terminó, Greta, te lo juro.

—¿Se terminó lo de Rafa o lo de Gael? —inquire dando en el clavo de nuevo.

—¿Qué va a ser? ¡Lo de Gael!

—¿Hasta cuándo? ¿Hasta que coincidáis otra vez en el ascensor, hasta que te dé un masaje o hasta que se digne simplemente sonreírte?

—¿Tan floja me ves?

—No te veo, lo eres —afirma—, y que conste que nunca te había visto así hasta que llego él; no te reconozco, en serio.

—¿Quieres decir que ahora soy una princesita floja?

—Totalmente —me responde con seriedad—. Hasta ahora nunca habías permitido que nadie te pisoteara ni te manipulara de esa forma, y a él se lo consientes. ¿Por qué lo haces cuando tienes a un tío que de verdad merece la pena tras de ti? Oye, que entiendo que Gael está en otro nivel y que debe de ser difícil resistirse a un portento así, yo misma, cuando lo veo, alucino con lo guapísimo que es, pero entonces recuerdo que es un capullo arrogante y dejo de verlo tan atractivo. ¿Por qué tú no?

—Te equivocas con él —murmuro dando un sorbo a mi vino.

—Seguro —me contesta con una mueca.

—Te lo digo en serio. Ya sé que es un capullo, pero también sé con...

—Sí, con quién estuviste, no hace falta que te lo oiga decir de nuevo: estuviste con un tío que merecía la pena.

—¡Es que es así!

—Puede que hace años lo fuera, pero ¿realmente piensas que todavía lo es? Déjame que te diga que es un cretino engreído que lo único que quiere es demostrarse a sí mismo que continúa colada por él.

—¿Sabes qué es lo peor de todo? Que, aunque puede ser que tengas razón, en mi interior siento que no es así... —murmuro dejando la pizza a un lado y cogiendo el vino de nuevo.

—¡Venga ya, Luna! ¿No es así y te deja a medio camino de la oficina para que no lo vean llegar contigo? ¿Te pone a cien dándote un masaje de narices después de verte con Rafa para casi al segundo dejarte plantada? Es un cabrón y un creído y tú, una pánfila que no se da cuenta y se lo consiente.

—De todas maneras, no importa. Se acabó, Greta, lo tengo decidido.

—Bueno, más vale tarde que nunca, pero recuerda todo lo que te ha hecho cuando vuelvas a quedarte a solas con él en el ascensor —me dice tomando un sorbo de su vino—. ¿Y Rafa?

—Rafa es todo lo contrario. ¡Con él resulta todo tan fácil! Me hace reír, se preocupa por mi trabajo, es el tío perfecto.

—Sí, pero... ¿te gusta?

—Por supuesto que me gusta.

—Si olvidas cuánto te gusta cuando estás con Gael, entonces es que realmente no te gusta tanto como pretendes hacerme creer. Luna, no deberías tener que recordarte que te gusta; esto no funciona así y tú deberías saberlo.

—Es que él es tan intenso... además, siento que tenemos algo pendiente.

—Creía que habías dicho que se había terminado.

—¡Que síiiii! ¡Que se ha terminado! —le indico armándome de paciencia—, pero una cosa no quita la otra; aunque me repatee, siempre va a gustarme y siempre será «mi asunto pendiente».

—Menuda mierda de asunto pendiente tienes, princesa.

Alargamos la noche hasta las tantas y, con media cogorza, nos quedamos fritas en el sofá.

—¡Mierda, tía! ¡Nos hemos dormido!

El sonido de alguna de las cinco alarmas de mi móvil junto con los berridos de mi amiga llegan hasta mi adormilado cerebro, taladrándome sin piedad.

—¡Tía, que nos dormimos anoche! ¡Que no llegamos!

—¿Quieres dejar de gritar? Me duele la cabeza —murmuro con los ojos cerrados, buscando una almohada con la mano para cubrirme la cabeza.

—¡Necesito que me prestes algo de ropa! No puedo ir a trabajar con unos *leggings* y una sudadera.

—Mira en el armario —mascullo arrastrándome hasta la ducha—. ¡Yo primero! —me anticipo.

Cierro los ojos bajo el chorro del agua, preguntándome por qué narices siempre tengo que acabar borracha cuando estoy con ella.

—¡Date prisa, princesita, o llegaremos tarde! —me apremia quitándose la ropa.

—¿Te das cuenta de la mala influencia que eres para mí? ¡Otra vez un jueves me he emborrachado por tu culpa!

—¿Perdonaaaaaaaa? —exclama con la mandíbula desencajada.

—¿Cómooooooooo? —le indico divertida sacando la cabeza por la mampara de la ducha.

—¡Que yo sepa, tú solita te apañas perfectamente para beber! ¡Vamos, que no necesitas que nadie te lleve el vaso a los labios! —me rebate metiéndose en la ducha—. ¡Además, recuerda que la idea del vino fue tuya!

—¡Que no he terminado! —protesto riéndome.

—¡Pues te aguantas! ¡Encima que nos pasamos media noche hablando de tus líos amorosos, me vienes de digna ahora! —me responde haciéndome a un lado—. ¡Oh, *my* Kannnnn! Yo quiero un chorro de estos en mi ducha, ¡voy a correrme de gusto!

—¡Por favor, qué idiota eres! —le respondo con una carcajada, saliendo de ella.

Tras vestirnos y pasar por chapa y pintura, nos tomarnos un café rápido y salimos disparadas hacia la oficina, donde pronto la vorágine del día nos absorbe a ambas. A Gael no lo veo y, aunque lo echo de menos, sé que es lo mejor.

Los días pasan rápidamente entre bocetos, planos, muchas horas extra y Rafa, con el que comienzo a pasar más tiempo a pesar de nuestros horarios complicados. Con Gael no vuelvo a cruzar palabra y, cuando me lo encuentro por el pasillo, debo hacer un esfuerzo titánico para no volverme, a pesar de que para él me he vuelto invisible de repente.

Capítulo 34

Estamos a 10 de diciembre, mañana debo entregarle los doscientos bocetos con sus complementos, los planos y el diseño personal de cada uno de nosotros y, aunque estoy asustadísima por la responsabilidad que he asumido en este proyecto, lo estoy deseando, y no por lo que puedan pensar mis compañeros, sino porque necesito dejar de sentirme invisible ante sus ojos; necesito que me mire, aunque sea una sola vez más, poder cruzar un par de palabras con él... y es esa necesidad la que me reconcome día a día, pues, aunque Rafa me gusta mucho, a él no consigo quitármelo de la cabeza, a pesar de mis esfuerzos.

A las cinco y media lo doy todo por terminado y respiro aliviada, satisfecha tras estas duras semanas. «¡Conseguido!», me digo mientras les doy un último vistazo, a pesar de que casi me los sé de memoria. Y con todo el trabajo pulcramente presentado, me dirijo hacia donde se encuentra mi jefa.

—María Eugenia, ¿tienes un momento?

—¿Qué quieres? —me pregunta mirándome por encima de sus gafas de pasta.

—Necesito mostrarte a ti los bocetos antes de que los vea Elkann... por favor —medio suplico.

—¿Para qué? —inquire extrañada.

—¿Cómo que para qué, María Eugenia?—exclamo sin dar crédito—. ¿Por qué te has desentendido tanto de esta colección, con lo importante que es? —añado un poco agobiada.

—A ver, muéstramelos —me dice como si estuviera haciéndome un favor.

—No me has contestado —insisto.

—Y no pienso hacerlo —murmura para luego empezar a fijar su atención en uno de ellos—. ¿Y qué haces ahí de pie, quieres crecer? Siéntate.

Obedezco en silencio, frustrada y harta de que nadie conteste a mis preguntas, y mientras ella va revisándolos todos uno a uno, espero agonizante su veredicto. ¿Y si no le gustan? «¡Dios mío!, como le espanten, a ver qué hago...»

—Visto. Me quedo las carpetas, yo misma se los llevaré mañana a Elkann.

—¿Visto? ¿Sólo piensas decir eso? —le pregunto asombrada—. Pero ¿te gustan o no?

—Quiero tu diseño personal mañana a primera hora. ¿Lo has terminado ya?

—No, he estado demasiado ocupada con éstos —murmuro de nuevo frustrada, deseando darme cabezazos contra la pared, o mejor no, mejor si se los doy a ella.

—Ve a terminarlo —me ordena mirándome de nuevo por encima de sus gafas.

Enfadada, me dirijo a mi zona de trabajo, donde me siento de malas maneras.

—¡Vengaaaaa! ¿Qué te ha dicho María Eugenia? —me pregunta Crescencia ante la mirada curiosa de todos.

—Nada —sentencio sin dejar de bufar.

—¿Nada? ¿No te ha dicho nada? —interviene Carolina cruzándose de brazos.

—No, no me ha dicho nada —respondo con retintín.

—¿Y cuándo vas a entregarle los bocetos a Elkann?

—Va a entregárselos ella mañana —susurro molesta por no poder hacerlo yo.

—Seguro que le gustan; es una de las colecciones más bonitas que he visto desde que trabajo aquí —me anima Orenca—, pero deberías hacerlo tú como responsable de ella.

—Voy a terminar mi boceto —le respondo evitando echar más leña al fuego, pues pienso exactamente lo mismo que ella.

Miro la hora, las siete y cuarto, y de nuevo centro mi atención en lo que tengo entre manos, mientras mis compañeros comienzan a abandonar el departamento, maravillada por cómo va tomando forma; un corpiño de *jacquard* de seda coordinado con una falda de gasa seda, minuciosamente plisada, estampada con un diseño floral y rematada con una aplicación de encaje realzando la cintura con una cinta de satén azul, atada con un lazo y, la pieza estrella: una cazadora *bomber*, esculpida con una espectacular mezcla de cintas de seda decoradas con flores. Sé que esta prenda va a causar furor y la miro sonriendo.

—¿Es su boceto?

Él.

—¿Cuándo ha entrado? —le pregunto con el corazón atronando furioso dentro de mí, quitándome los auriculares de un manotazo, sin poder creer que de nuevo esté hablando conmigo y que por fin haya dejado de ser invisible ante sus ojos.

—No hace mucho —me responde cogiéndolo de entre mis manos—. Como siempre, se concentra tanto que termina olvidándose de todo —murmura estudiándolo fijamente.

—¿Le gusta? —suelto en un hilo de voz, deseando que me diga que sí, deseando su aprobación y, sobre todo, que salga seleccionado.

—¿De dónde ha sacado la idea de la *bomber*? ¿La ha visto haciendo *shopping*⁸ o en alguna revista o desfile?

—No, es idea mía —murmuro recordando el día que subí a la azotea; las gotas de lluvia crearon una capa superpuesta en mi chaqueta y todo tomó forma de repente.

El departamento está en penumbra y su rostro, lleno de sombras, tan hermético como siempre, y, expectante, espero una reacción por su parte.

—¿Tiene los planos?

—Estoy terminándolos —susurro tendiéndoselos.

—Veremos qué nos presentan sus compañeros mañana, será interesante —musita devolviéndomelos—. No se vaya tarde —me aconseja dirigiéndose a la puerta.

Lo miro casi reverenciándolo, deslizándolo lentamente mi mirada por todo su cuerpo como hice la primera vez que lo vi, hace ya tanto tiempo en Formentera... su ancha espalda, su cintura estrecha, su trasero, sus piernas... recordando todas las veces que estuvimos juntos... y ahora nos hablamos de usted...

—Siempre serás mi asunto pendiente, Gael —murmuro sólo para mí cuando me quedo sola de nuevo.

A las ocho y media acabo por fin con los planos y otra vez medio babeo admirando el diseño.

—¡Brutal! —susurro con una sonrisa.

Recojo todas mis cosas y guardo el boceto con el plano dentro de una carpeta con mi nombre impreso en un lateral, pero, antes de marcharme y con el propósito de marcarme un tanto y ser la primera en entregarlo, lo dejo en la mesa de María Eugenia.

* * *

«Estamos a 11 de diciembre, hoy finaliza el plazo para la entrega de los bocetos y los planos junto con el del diseño personal... ¡y lo he conseguido!», me digo feliz levantándome de la cama. Hoy de nuevo he despertado antes de que suene la alarma del móvil, ansiosa por llegar cuanto antes a la oficina y saber

qué opina Gael de los bocetos, pues, aunque es un trabajo en equipo, he sido yo, como responsable de la colección, la las principales tiendas de las principales ciudades para captar las tendencias. que ha revisado y modificado cada uno de los diseños, y también por saber cuál será el boceto ganador. Necesito un empujón en mi carrera y esa *bomber* es mi pasaporte para lograrlo.

Por ser un día especial, me esmero más en arreglarme y, una vez lista, salgo disparada hacia la oficina, nerviosa, ansiosa y emocionada por todo lo que me deparará el día.

Llego a las nueve menos diez y, entusiasmada, me dirijo al Departamento de Diseño, donde ya se encuentran Carolina, Crescencia, Orenca y Mauro. «¡Vaya, qué puntuales todos!», me digo con una sonrisa.

—¡Buenos días! —los saludo feliz, dejando mi abrigo y mi bolso en el perchero y mirando a mi jefa, que ya se encuentra en su mesa—. Ahora vengo —susurro dirigiéndome hacia ella—. ¡Buenos días, María Eugenia!

—Buenos días —me saluda sin mirarme, alzando una mano con la palma hacia arriba.

—¿Qué quieres? —le pregunto sin entenderla.

—¿Cómo que qué quiero? —contesta extrañada, mirándome por encima de sus gafas—. Tu boceto, ¿qué va a ser?

—Te lo dejé aquí anoche, ¿no lo has visto? —pregunto recorriendo su mesa con la mirada.

—Déjate de tonterías, aquí no había nada cuando he llegado —suelta extrañada, empezando a revolver sus papeles.

—¿Cómo que no había nada? —susurro sintiendo cómo mi corazón se detiene—. Lo dejé ahí anoche —añado en un hilo de voz, señalando con mi dedo índice el rincón de su mesa donde lo deposité.

—Luna, esta mañana no había nada. ¿Qué puñetas estás diciendo?

—¿Cómo que no había nada? —exclamo asustada, empezando a revolver esta vez yo sus papeles—. ¡Lo dejé aquí! —casi grito al decirlo.

—¡Para, ¿quieres?! —me pide deteniéndome, pues estoy poniendo su mesa patas arriba—. Luna, te repito que, cuando he llegado, tu boceto no estaba en mi mesa.

—María Eugenia, por favor, te lo juro —hablo atropelladamente, sintiendo el nudo formarse en mi garganta—: lo dejé ahí, lo dejé ahí, te lo juro.

—Oye, tranquilízate, ¿quieres? No digo que no lo hicieras, pero ahora no está.

—¿Qué sucede? —nos pregunta Crescencia, seguida por Orenca y Mauro.

—Yo... lo dejé ahí, Crescencia, dejé ahí mi boceto. Estoy segura, los sé, lo terminé anoche y lo dejé... —hablo sin sentido, empezando a verlo todo borroso por culpa de las lágrimas, convirtiéndome, sin pretenderlo, en el centro de atención del departamento—. Alguien tuvo que cogerlo.

—¿Qué estás insinuando, Luna? —me pregunta en un siseo mi jefa, levantándose de su silla.

—¡Justo eso! ¡¡¡Te digo que anoche estaba ahí!!! ¡¡¿Quién ha llegado primero?!! —grito recorriendo con la mirada a todos mis compañeros, que me observan asombrados.

—¡Luna! ¡Para ahora mismo! Lo que estás insinuando está fuera de lugar —me reprende María Eugenia.

—¡¡¡Y una mierda!!! ¡¡Alguien ha robado mi boceto!!

—¡¡¡Luna!!! —me reprende de nuevo—. ¡Todos a trabajar! —ordena a mis compañeros, acercándose más a mí—. Pero ¿a ti qué te pasa? ¿Te das cuenta de que estás acusando a tus colegas de haberte robado el diseño? —sisea.

—¿Te das cuenta de que ayer lo dejé sobre tu mesa y ahora no está? —replico temblando.

—Oye, no sé qué ha sucedido con tu boceto, pero no puedes ir acusando a diestro y siniestro de habértelo robado. ¿Cómo sé que lo has terminado y que esto no es más que una pantomima para ganar tiempo?

—¿De verdad crees que yo haría algo así? —le recrimino sin reconocerla—. ¡Elkann! ¡Él lo vio acabado! —susurro saliendo disparada hacia su despacho, desesperada y convertida en un mar de lágrimas.

Entro en él como un vendaval, sin llamar y sin esperar autorización, temblando y viviendo mi pesadilla personal.

—¿Qué sucede? —me pregunta preocupado al ver mi rostro descompuesto, levantándose y acercándose a mí con rapidez, sujetando mi cuerpo tembloroso.

—Mi boceto, lo dejé en la mesa de María Eugenia anoche y ha desaparecido —farfullo desesperada.

—¿Cómo que ha desaparecido? ¿Qué estás diciendo? —sisea endureciendo su mirada.

—Alguien lo ha cogido —le explico entre lloros—. Lo dejé allí, cuando terminé a las ocho y media lo dejé sobre su mesa, y ahora...

—¡Luna! ¡No puedes acusar a tus compañeros de algo así! —me reprende mi jefa entrando en el despacho de Gael.

—¡Pero es que alguien lo ha cogido, María Eugenia! ¡Él lo vio terminado! ¡Dile que lo terminé! ¡Tú lo viste!

—Por supuesto que lo vi —secunda Gael—. Cuando me marché, la señorita Costa todavía estaba trabajando con los planos. ¿De verdad ha desaparecido? —me pregunta soltándose y mesándose el cabello.

—Sí —susurro obligándome a dejar de llorar como una princesita desvalida.

—¡Joder! ¿Cómo se puede ser tan estúpida? —brama fulminándome con la mirada.

—¿Cómo? —murmuro sin dar crédito.

—¡Ese diseño era brutal! ¡Hágalo de nuevo! Lo quiero en la colección, quiero esa *bomber* tal cual la diseñó y luego dos más con diferentes estampados.

—¿Cómo que dos más? Creía que sólo podíamos entregar un boceto.

—Está fuera, señorita Costa —me asegura con frialdad—. El plazo para entregar los bocetos era hoy a las nueve. María Eugenia, tráeme los bocetos del resto del equipo.

—¡No puedes hacer eso, Gael! —le grito sintiendo la sangre helarse dentro de mí, mientras mi jefa abandona el despacho, no sin antes fulminarme con la mirada.

—¡No me tutee! ¡Le dije que empezara a ser más lista, no más estúpida! —me reprende cabreado.

—No puedes dejarme fuera, no puedes hacerlo. Déjame dibujártelo de nuevo, en menos de una hora lo tendrás listo... lo tengo en mi cabeza, déjame hacerlo —suplico llorando, aferrándome a sus brazos.

—Mi avión sale en breve, señorita Costa, no puedo darle esa hora que me pide —me dice soltándose y poniendo distancia—. Haga esos diseños y entréguelos a María Eugenia, ella me los hará llegar y, por su bien, espero no verlo en tiendas antes de que lo tengamos en las nuestras.

—¿Qué quiere decir? —susurro temblando.

—No dudo de que alguien lo haya cogido; lo que no sé es si lo ha hecho con el objetivo de dejarla a usted fuera o para entregarlo a la competencia.

—Señor Elkann, esto es muy importante para mí. Por favor, no me deje fuera —le suplico cogiéndolo de nuevo del brazo—. Usted lo vio, no necesita verlo de nuevo para valorarlo entre los demás.

—¡Suélteme! —masculla furioso, zafándose de mi agarre y dándome la espalda—. Vuelva al trabajo —me ordena con frialdad.

Lo miro sin poder creer lo que está sucediendo, temblando, llorando y sintiendo que se está cometiendo una injusticia conmigo.

—Te odio, Gael —susurro antes de darme la vuelta y salir disparada de su despacho hacia las escaleras, convertida en el centro de atención de ambos departamentos.

Bajo los escalones de dos en dos, viéndolo todo borroso, aferrada a la barandilla para no caerme, seguida por mi amiga Greta, que me llama a gritos, pero, a pesar de ello, no me detengo; no puedo, necesito alejarme de este lugar cuanto antes y, como una exhalación, cruzo el enorme *hall* directa a la calle. El gélido viento golpea mi rostro mojado por las lágrimas y corro desesperada hacia ningún lugar.

Sólo cuando no puedo más, me detengo apoyándome en una pared, con la frente pegada a ella y, dando la espalda a los transeúntes que abarrotan la calle, empiezo a llorar desolada, sintiéndome traicionada por todos... por mis compañeros, por mi jefa y por él. ¿Cómo voy a poder continuar trabajando con gente en la que no confío? ¿Cómo? Mi *bomber* será una prenda más de la colección y nadie sabrá que es mía, nadie... «¿Y si... renuncio?»

La pregunta que se ha formado en mi cabeza de pronto me paraliza. ¿Renunciar ahora que he conseguido ser responsable de una colección? ¿Volver a empezar de cero? ¡No! Pero ¿cómo voy a poder trabajar con ellos?

De nuevo empiezo a caminar sin rumbo, sin chaqueta, sin bolso, sin dinero y sin móvil... y finalmente, agotada y helada, emprendo la vuelta a ese lugar, sin saber qué voy a hacer.

Llego al *hall* caminando como una autómatas sin poder dejar de reproducir en mi cabeza su reacción, cómo se ha desentendido, cómo me ha llamado estúpida... Podría haberme apoyado y, en cambio, lo único que le ha importado ha sido el diseño de la chaqueta. «¿Acaso no le importa que en su empresa sucedan este tipo de cosas?», me pregunto cabizbaja.

Capítulo 35

—Ven aquí, joder.

Él.

Alzo la mirada hasta encontrarme con su rostro furioso; lleva su maletín y doy por hecho que se marcha al aeropuerto.

—Suélteme —le exijo intentando zafarme de él.

—¡Cállate! —me ordena tuteándome y sacándome de nuevo del edificio, directo a la calle.

No entiendo nada, pero permanezco muda a su lado, con su mano aferrando mi brazo con fuerza, mientras una minúscula esperanza empieza a crecer en mi interior a la vez que el coche de la empresa, destinado únicamente para uso de los jefazos, se detiene frente a nosotros.

—Sube —me manda.

Lo hago y él lo hace tras de mí. En silencio observo cómo sube el cristal tintado para impedir que el chófer escuche nuestra conversación, tan cabreado que casi puedo palpar su enfado.

—¿Dónde coño has estado? —me pregunta a bocajarro mientras nos incorporamos a la circulación.

—Caminando —murmuro negándome a mirarlo.

—Con este frío de cojones y sin chaqueta, pero ¿a ti qué te pasa? —suelta con dureza.

—¿Que qué me pasa? ¿Lo dices en serio? —le espeto furiosa, volviéndome hasta encontrarme con su eléctrica mirada—. ¡Me pasa que me han robado el boceto! ¡Que me he quedado fuera! ¡Que mis jefes no me han apoyado y, sobre todo, me pasa que mi chaqueta será una prenda más en la colección! ¿Quieres que siga?

—¡Haber sido más lista, joder!

—¡Pues lo siento! Está claro que soy una estúpida por confiar en mis compañeros.

—¿Confiar? —brama—. ¡En tu vida confíes en nadie! ¿De verdad piensas que tus compañeros están felices de verte a ti en un puesto que querrían para ellos?

Lo miro atónita, sin poder articular palabra...

—¡Contéstame! ¿Tú lo estarías? ¿O estarías muerta de envidia? ¡No me jodas, Luna! —Su mirada enfurecida me intimida.

—Yo nunca le robaría un diseño a nadie, llámame estúpida si quieres —murmuro ofuscada, dirigiendo mi mirada de nuevo hacia la ventana.

—¡Que me mires, joder! —me pide acunando mi rostro entre sus manos—. Manuel está al tanto de todo y te prometo que voy a averiguar qué ha sucedido, pero tú estás fuera.

—¿Por qué? ¡No es justo, Gael! —reclamo empezando a llorar de nuevo, alejando mi rostro surcado por las lágrimas de sus manos.

—No lo será para ti, pero, si yo te ampliara el plazo para entregar tu diseño, no sería justo con ellos. No sabemos qué ha sucedido con ese boceto, tú estás dando por hecho que alguien te lo ha robado, y no lo pongo en duda, pero, quien no lo haya hecho, sólo verá lo que quiera ver.

—¿Qué va a ver? ¡Está más que claro lo que ha sucedido!

—¡Para ti y también para mí! ¡Porque yo lo he visto y sé que no mientes, pero ellos no! ¡Pero si ayer no lo habías ni siquiera empezado!

—¿Y si ha sido María Eugenia? —formulo en un susurro, temerosa por estar planteándomelo siquiera.

—¿Por qué tendría María Eugenia que robarte nada?

—Porque se ha desentendido totalmente de la colección —suelto sin pensar—. Sé que ha diseñado muchos de los bocetos, pero, exceptuando eso, no ha interferido para nada en nuestro trabajo.

—Olvídate de María Eugenia, ella no ha sido, pero averiguaré quién lo ha hecho, te lo prometo —murmura posando su mano sobre mi rostro de nuevo, volviéndolo hacia él—. Luna, no puedo salir corriendo tras de ti, aunque desee hacerlo —me confiesa acariciando levemente la comisura de mis labios con su pulgar—, pero te prometo que el responsable pagará por ello con su puesto.

Asiento en silencio. El tacto de su mano me quema, lo noto cercano otra vez, como aquel verano, y me pierdo en su mirada, en sus labios, e inclino ligeramente la cabeza dejando que la acune con la palma de su mano...

—Realice los bocetos de esas chaquetas y entrégueselos a María Eugenia —masculla retirando su mano de mi rostro, frío de pronto, dirigiendo su rostro hacia la ventana—. Mañana le comunicaré cuáles serán los bocetos que formarán parte de la colección para que lleven a cabo las ilustraciones y las fichas técnicas y en Compras puedan pedir el tejido —me indica con voz neutra.

—¿Qué boceto ha elegido? —le pregunto volviéndome yo también hacia la ventana, poniendo distancia entre ambos.

—El de Mauro.

Seco las lágrimas que de nuevo están fluyendo sin control, negándome a mirarlo.

—Lo siento —murmura sin mirarme.

—No es cierto —replico con dureza—. Estoy pensado en renunciar —murmuro de repente, sin saber de dónde narices ha salido eso.

—Hace muchos años conocí en Formentera a una chica llena de sueños que me dijo que, si el destino le jodía la vida, se levantaría y seguiría. ¿Dónde está esa chica ahora, señorita Costa?

Lo miro atónita, ¿cómo puede recordar esas palabras cuando yo misma las había olvidado?

—Déjese de tonterías y no deje el camino libre tan fácilmente —me espeta con el ceño fruncido—. Puede tener un futuro brillante en D'Elkann, no lo arruine por una estupidez.

—¡No es una estupidez! —siseo dolida.

—Le aseguro que mucho antes de lo que piensa este suceso carecerá de importancia para usted —sentencia a la vez que el coche se detiene.

—¿Por qué dice eso? —le pregunto viendo cómo baja el cristal que nos conecta con el chófer.

—Lleve a la señorita Costa de regreso al trabajo —le ordena atrapando mi mirada con la suya—. Sigue siendo la responsable de la colección, empiece a ser más lista —masculla antes de descender del vehículo.

Lo veo alejarse hacia las puertas del aeropuerto, cargado con su maletín y su bolsa de viaje, y me bajo del coche yo también, llevada por un impulso.

—¡Gael! —grito intentando hacerme oír entre el gentío.

Veo cómo se gira y, corriendo, me dirijo hacia él.

—¿Voy a volver a verte? —le pregunto a bocajarro.

—Vaya, y yo pensando que me odiaba —me contesta con seriedad.

Me pierdo en la intensidad de su increíble mirada azul, la que llevo grabada a fuego en mi interior y, dejándome llevar por mis deseos, uno mis labios a los suyos fundiéndome en ellos, con mi lengua abriéndose paso en su boca y mis manos hundiéndose en su fino pelo, besándolo con desesperación, y es entonces cuando deja de resistirse y sus manos sueltan el maletín y la bolsa de viaje para anclarse a mi cintura con fuerza, pegándome contra la pared y su cuerpo, besándome con la misma rudeza y avidez con la que estoy besándolo yo.

Todo el deseo que hemos estado conteniendo se abre paso a zarpazos con la fuerza con que lo haría un tsunami arrastrándonos a ambos y nos dejamos llevar por él... por este beso que tanto hemos ansiado, con nuestros cuerpos tan juntos como nos es posible, y borrando de un plumazo estos ocho años para volar de nuevo sobre la carretera de mi amada isla.

—Esto ha estado fuera de lugar —me reprende sin soltarme, con la respiración tan agitada como la mía.

—No me importa, no quiero que te vayas otra vez —mascullo sin alejarme un centímetro de su cuerpo, besándolo de nuevo.

—Olvídate de mí, Luna, te lo pedí hace años. ¿Por qué no lo haces? —me pregunta furioso de nuevo, soltándose y mesándose el cabello.

—¡Porque no puedo! —chillo superada mientras veo cómo recoge sus cosas del suelo.

—Y ese Rafa, ¿qué pasa con él? —me espeta cabreado—. Nunca vuelvas a besarme; empieza a ser lista de una puta vez —me ordena dándose la vuelta para dirigirse al interior del aeropuerto.

—Nunca voy a poder olvidarme de ti —susurro temblando, abrazándome a mi cuerpo.

Durante el trayecto de regreso intento tranquilizarme a pesar de que las lágrimas no me dejan en paz y cierro los ojos pensando en mi isla... Formentera, con sus playas, son mi bálsamo y me evado a ellas dejando en este vehículo mis problemas, negándome a pensar más en ellos.

—Hemos llegado, señorita. —La voz monótona del chófer me devuelve a mi triste realidad y, tras un par de respiraciones profundas, me apeo del vehículo.

Recorro por quinta vez en este día el *hall*, ahora más tranquila, pero antes de subir a mi departamento me dirijo al baño, donde intento arreglar el estropicio que mis lágrimas y el rímel han hecho con mis ojos. Cojo un trozo de papel empapado y me los limpio con cuidado, tras lo cual me encamino al ascensor, dispuesta a afrontar todo lo que me venga.

En cuanto pongo un pie en el departamento, siento todas las miradas puestas en mí, pero las ignoro y me dirijo hacia la mesa de mi jefa, sintiendo la decepción y la frialdad instaladas en mi interior.

—Elkann me ha pedido que realice unos diseños para la colección. En cuanto los tenga, te los entregaré para que se los hagas llegar.

Me mira por encima de sus gafas de pasta, furiosa como pocas veces la he visto desde que trabajo aquí.

—Acompáñame, necesito un café —me ordena levantándose y dirigiéndose hacia la puerta sin esperarme.

La sigo unos pasos por detrás, negándome a colocarme a su lado, sin saber si ella es la responsable de lo que me ha sucedido, desconfiando hasta de mi propia sombra.

—¡Eres una estúpida! ¿No te lo han dicho nunca? —me vomita una vez llegamos a la máquina de café.

—Varias veces en lo que llevamos de día —mascullo fulminándola con la mirada.

—¿Cómo has podido ser tan confiada y tan sumamente necia?

—Porque pensaba que podía confiar en mi equipo. ¿Qué mierda es ésta, María Eugenia? ¿Cómo puedo trabajar con gente que puede apuñalarme por la espalda en cualquier momento?

—Ay, hija, qué inocente eres —farfulla sacándose un café de la máquina—. Este mundo es así, todos quieren despuntar y, quien no tiene el talento suficiente como para hacerlo, pisotea a quien sí lo tiene, y hoy lo han hecho contigo; tú estás despuntando y eso provoca celos y envidias.

—¿No me digas?

—Deja la ironía a un lado y céntrate. Piensa que D'Elkann está haciéndose un hueco muy importante en el mundo de la moda, sobre todo con la colección Dreams, en la que, por cierto, estás tú, y la envidia puede venir incluso de fuera. Lo que ha sucedido hoy aquí es inadmisibile, pero también tu comportamiento —me dice con seriedad—. No puedes acusar a tus compañeros sin tener pruebas.

—¿Qué quieres que haga cuando mi boceto se ha volatilizado?

—Aprender para que no vuelva a suceder.

—Entonces no podré confiar en nadie.

—¿Y quién te ha dicho que sí puedes hacerlo? —replica frunciendo el ceño.

—¿Y cómo se puede trabajar así?

—De la misma forma en que lo hago yo, don Manuel y también Elkann —me responde dando luego un largo trago a su café—. Espabila, Luna, ya no estás en el colegio —me dice dándose la vuelta y dirigiéndose de nuevo hacia Diseño.

Tras digerir sus palabras, encamino mis pasos hacia allí. De nuevo siento las miradas de todos mis compañeros al entrar, pero los ignoro y me voy a mi mesa improvisada, donde tantas horas he pasado desde que empezó todo esto.

—Lo siento, niña —me dice Crescencia deteniéndome en mi camino.

—Yo también lo siento, Luna —secunda Mauro, dándome un beso y cogiéndome la mano.

—Han elegido el tuyo, enhorabuena —murmuro dándole un ligero apretón.

—Yo también lo siento —me dice Orenca.

—Pues yo no lo siento —nos dice Carolina alzando el mentón—. ¿Cómo sabemos que lo terminaste a tiempo y no estás montando todo este paripé para ganar tiempo? —me pregunta levantándose de la silla y reproduciendo exactamente las mismas palabras que María Eugenia y Gael. ¡Será zorra!

—¡Vete a la mierda! —siseo con rabia—. ¡Yo nunca haría algo así!

—Yo lo único que sé es que ayer no lo tenías hecho, y no me extrañaría que todos éstos —dice recorriendo con su mirada a mis compañeros—, que ahora van de buen rollo, piensen lo mismo que yo.

—Oye, bonita, habla por ti, ¿quieres? Que una no lo había ni pensado siquiera —le suelta Crescencia.

—¡Qué mala eres, *jodía!* ¡Esas cosas sólo las piensas tú! —farfulla Orenca—. No le hagas ni caso a la envidiosa esta.

—Yo sólo digo lo que pienso, no como vosotros, que sois todos una panda de falsos —nos indica con tranquilidad, sentándose de nuevo y empezando a trabajar.

—Ni caso—me dice Mauro—. Para lo que necesites, estoy aquí.

—Gracias —murmuro reprimiendo mis instintos asesinos. Si pudiera, la ahogaría en el acuario de la entrada.

Llego a mi sitio bufando como un toro, visualizando su boca llena de peces y mi mano agarrando su pelo, metiendo y sacando su estupenda cabeza del acuario. ¡Será hija de su madre! Pero como cargármela no es una opción, me pongo los auriculares deseando que la música de Yiruma me tranquilice.

Con todo el dolor de mi corazón, empiezo a realizar el boceto de nuevo, sintiendo cómo las lágrimas se deslizan por mis mejillas, y, secándolas con disimulo, sigo, a pesar de que en estos momentos querría poder bajarme del mundo.

Capítulo 36

—Vámonos a comer. —La voz de mi amiga llega hasta mis oídos claramente cuando me quita los auriculares.

A pesar de que no tengo hambre, necesito desahogarme con ella y, tras ponerme la chaqueta y coger mi bolso, la sigo en silencio hasta el ascensor. No hablamos, algo realmente inusual en ella, y, envueltas en este atípico mutismo, salimos del edificio.

—¿Cómo lo llevas? —me pregunta finalmente cuando estamos a un par de manzanas.

No puedo contestarle y de nuevo rompo a llorar.

—Venga, princesita, ha llegado el momento de ponerse la armadura y sacar la espada, que no puedan contigo —me anima abrazándome en medio de la calle.

—No puedo, Greta —confieso entre lloros.

—Claro que puedes. Vamos dentro, que hace frío.

Alzo la vista y me percató de que estamos frente a la misma tasca en la que comí con Rafa, y entro en ella hecha un mar de lágrimas, sin importarme lo que pueda pensar la gente, que se vuelve hacia nosotras.

Por suerte la mesa del rincón está vacía y me siento dándoles la espalda a todos.

—Te han robado el boceto —afirma Greta—. Pondría la mano en el fuego, y no me quemaría, por que ha sido Carolina.

—¿Sabes lo que me ha dicho?

—Sorpréndeme.

—Que no le extrañaría que hubiera montado todo esto para ganar tiempo.

—Que hija de puta —murmura Greta con desprecio—. Haberle dicho que eso es lo que hubiera hecho ella, no tú.

—Gael ya me había advertido de que muchos podrían pensar eso.

—Muchos, no, ella únicamente, y porque es una envidiosa.

—De todas formas, ya no importa. Me he quedado fuera y será el diseño de Mauro el que llevará su nombre.

—¿Y qué? Tú has llevado la colección desde el principio y los jefazos lo saben. ¿Qué más da que una prenda lleve el «by...»?

—¿Me lo estás preguntando en serio? —inquiero con tristeza—. Esto era una oportunidad de oro, Greta, y la he desaprovechado —afirmo entre lloros.

—Tú no has desaprovechado nada ni tienes la culpa de lo que ha sucedido hoy. Habrá otras oportunidades, no te preocupes —me anima cogiendo mi mano—. Venga, deja de llorar.

—Ojalá supiera quién lo ha hecho.

—Crescencia y Orenca te aseguro que no; llevo años trabajando con ellas y me han demostrado ser de fiar.

—Mauro tampoco, él sería incapaz de hacerme algo así.

—Es Carolina, seguro.

—Pues, si ha sido ella, le ha salido el tiro por la culata, porque no han elegido su boceto.

—Que se joda.

—Y el bloqueo caiga sobre ella para siempre —murmuro guardando luego silencio, con la duda martilleando en mi cabeza de nuevo—. ¿Y si ha sido María Eugenia?

—¿María Eugenia? Ella no necesita ensuciarse las manos.

—Ya lo sé, pero es que está actuando de una manera tan rara que no la reconozco. Se ha desentendido por completo de la colección. ¿Cuándo hace ella algo así? ¡Nunca! Más bien es de pegarse a tu cuello hasta tenerte asfixiada. Con la colección Dreams, esto hubiera sido algo impensable y con ésta, a excepción de los bocetos que ha diseñado, no ha movido un solo dedo. ¿Cuándo has visto eso en todos los años que llevas trabajando para ella? Pero si un bulldog a su lado es un dulce gatito.

—Puede que confíe en ti.

—Pues le he salido rana.

—¿De verdad lo piensas? Porque, por lo que he oído, la colección es brutal.

—Es un trabajo en equipo.

—¡Eso no te lo crees ni tú! —me asegura con firmeza—. Hasta donde sé, no recuerdo a nadie de «tu equipo» quedarse hasta más tarde de las siete; la colección lleva tu toque, princesita, y lo sabes.

—Pero serán el nombre de María Eugenia y el de Mauro los que sobresalgan... ¡Es que es tan injusto! —me quejo sin dejar de llorar.

—Bueno, pero eso ya lo sabías. María Eugenia es la diseñadora de la casa y tú misma has dicho que ha diseñado muchos de los bocetos. ¿Cuántos han sido?

—Bastantes. Además, los estampados de los tejidos son obra de Gael.

—Ahí lo tienes: no es que se haya desentendido, simplemente te ha dado un voto de confianza. Van a investigarlo, ¿verdad?

—Supongo, ya no por mí, sino por ellos. Deben saber a quién tienen entre sus filas.

—Ojalá pillen a la rata que te ha hecho esa putada.

—Eso espero... —susurro sin poder dejar de llorar.

—Hay algo más, ¿verdad? —me pregunta con el ceño fruncido—. Tú no estás así sólo por el boceto.

—Él se ha ido... —murmuro al fin.

—¡Oh, *my* Diorrrr! ¡Ahora sí que voy a cortarme las venas! ¡Camarero! ¡Tráigame un cuchillo bien afilado! —le pide al camarero, que nos mira sin entender nada.

—¡Eres una idiota! —medio sonrío entre lloros.

—Tú sí que lo eres. ¡Que se vaya y que te deje tranquila de una vez! ¿Te ha dejado fuera, verdad? Pues que se largue a tomar por saco.

—Y mi diseño formará parte de la colección, pero como una prenda más de ella... Estoy segura de que hubiera ganado...

—Eso es algo que, por desgracia, nunca sabremos; no te agobies más.

—Hoy ha sido un desastre...

—Ya verás como todo mejora. ¿Llamo a Nico y salimos con los chicos esta noche?

—Necesito estar sola, déjame llorar tranquila.

—¡Es que no quiero que llores más!

—Necesito hacerlo, Greta. Sé buena amiga y déjame sola, de verdad.

—¿Me llamarás si necesitas mi hombro?

—Ya sabes que sí.

Cuando regresamos a D'Elkann, lo hago un poco más tranquila y dedico el resto de la tarde a finalizar los bocetos. Gael me ha pedido en total tres chaquetas con los planos completos y los tendrá, aunque arda de rabia por dentro.

A las siete salgo de Diseño directa hacia los ascensores, mezclándome entre mis compañeros, sin importarme lo que puedan pensar de mí, deseando llegar a mi casa cuanto antes y, si no es mucho pedir, que este día termine de una puñetera vez.

Subo a mi coche y, como una autómatas, pongo la radio, donde está sonando *Try* y, durante unos instantes, permanezco inmóvil escuchando la letra de la canción, viendo su plaza vacía mientras la voz de Pink llega hasta mi anestesiado

cerebro, recordando mis palabras, las que le dije hace tantos años y que él, y ahora esta canción, se han encargado de recordarme.

«¿Cómo he podido olvidar mis palabras?», me pregunto arrancando finalmente y saliendo de la empresa con el firme propósito de levantarme y seguir, sin él, otra vez sin él...

Llego a mi casa cansada mental y físicamente y, tras dejar mis cosas, me dirijo a la ducha, donde el agua caliente relaja mi cuerpo entumecido mientras en mi cabeza se reproduce mi día de nuevo, mi día de mierda, y lágrimas de impotencia se mezclan con el agua que cae como un torrente sobre mi cabeza, con su imagen desapareciendo por las puertas del aeropuerto junto con el recuerdo de nuestro beso y de todo lo que me ha hecho sentir...

—Gael, ¿qué has hecho conmigo? —me pregunto apoyando la cabeza en la pared de azulejos.

Salgo de la ducha y, tras secarme y ponerme el pijama, me voy al sofá. No tengo hambre, ni me apetece ver la televisión, ni leer, ni realizar ningún boceto, nada, no me apetece nada. Ojalá pudiera regresar a Formentera aunque solamente fuera por unos pocos días; necesito la calma de mi isla, hablar con mi abuela, ver a mi padre... «Necesito encontrarme a mí misma de nuevo —pienso secando mis lágrimas—, y luego está Rafa...»

Despierto en mitad de la noche en el sofá, con cientos de pañuelos esparcidos por los cojines y por el suelo y, como puedo, llego hasta mi cama, donde me abandono otra vez a mis sueños.

* * *

Estamos a 20 de diciembre, con las vacaciones de Navidad a la vuelta de la esquina, aunque este año nosotros tendremos las justas, pues estamos hasta el cuello de trabajo con las ilustraciones y las fichas técnicas de los bocetos finalmente seleccionados para la colección; unos bocetos que, para orgullo mío, no han sufrido ninguna modificación ni por su parte ni por la de María Eugenia, a la que de nuevo llevo pegada a mi cuello desde hace varios días, presionándome sin piedad.

A las dos no salto de mi silla pero casi, deseosa de salir de aquí cuanto antes y que me dé el aire de una vez.

—¡Qué agobio, tía! —masculla Greta mientras nos dirigimos hacia el restaurante a comer.

—Agobio, ¿tú? Cuando quieras, nos cambiamos. Estoy de María Eugenia hasta el higo. ¡Qué harta me tiene y encima con las fichas! Ya podrían ponernos un ayudante técnico para agilizarnos el trabajo, vamos justísimos de tiempo.

—No me hables, que estoy hasta el cuello entre las ferias, el *shopping*, los paneles de la nueva colección, los bocetos y los *fittings*,⁹ te juro que no doy más de mí. Yo sí que necesito un ayudante; cualquier día me corto las venas o me largo a Tiendas.

—¿Tú en Tiendas? —le pregunto enarcando una ceja.

—¿Qué pasa? Marga está como responsable de tienda y está más que encantada; vive mejor que tú y yo juntas, que somos un estrés andante. Por cierto... ¿qué vas a ponerte para la fiesta?

—¿Qué fiesta? ¡Tía, que estamos hablando de María Eugenia y de nuestro estrés! ¿¡Quieres centrarte!?

—¿No la echabas de menos? Pues ya la tienes de nuevo y en todo su esplendor, ¡no vengas quejándote ahora! ¡Venga, tía! ¿Qué vas a ponerte? ¿Porque vas a venir, verdad? No te da tiempo a ir a Formentera con los días que tienes.

—Ya lo sé; ahora es imposible, intentaré ir una vez que pase todo este follón.

—Yo voy a ponerme el vestido plateado, voy a ir de lucecita de Navidad —me dice refiriéndose a un vestido de la colección Dreams.

—Es una pasada, pero demasiado vistoso para mí; yo creo que voy a ponerme el negro con lentejuelas.

—¿Y ése no es vistoso? ¡Pero si el escote llega casi al ombligo! —me rebate picándome.

—Pero no se ve nada y, además, es muy elegante.

—Habló la madre de la criaturita —me dice con una carcajada, mientras nos sentamos en nuestra mesa.

—Lo malo de esta cena es lo que cuesta; es muy cara, tía —protesto ojeando el menú.

—Porque es benéfica: todo lo que se recauda esa noche lo donan a un colegio de enseñanza especial.

—¿De verdad? Sabía que era benéfica, pero no tenía ni idea de a quién lo donaban —le digo antes de que el camarero venga a tomarnos nota.

—D'Elkann está muy involucrado en ese tipo de causas y, aparte de entregar todo lo que recaudan esa noche, destinan un tanto por ciento de los beneficios a la investigación y a una asociación que da apoyo a las familias que

lo necesitan.

—Por eso vi a Gael saliendo del colegio Santos García —recuerdo de repente—. ¡Ese colegio es uno de los mejores de Madrid en enseñanza especial!

—Y el que recibe la recaudación de la cena. Creo que la última ampliación corrió a cargo de D'Elkann.

—Vaya, desconocía por completo esa faceta solidaria suya.

—Yo lo leí en un artículo que hicieron sobre D'Elkann hace mucho tiempo, pero no suelen alardear sobre ese tema, lo hacen y punto.

—Pues me parece estupendo que lo hagan —murmuro recordando a Leticia y a Martina—. Hace tiempo me saltó en mi muro del Facebook el post de una mamá de una niña con necesidades especiales —comienzo a relatarle—; no la conocía de nada y ni me preguntes por qué empecé a leerlo, pero lo hice, y desde el primer momento me atrapó el sentimiento que había en cada palabra.

»En él hablaba de cómo habían llegado a Holanda y lo que les estaba costando adaptarse, y yo, que no sabía nada de su historia, pensé ¡qué suerte vivir en Holanda! ¡Ya quisiera yo! Pero a medida que leía, me iba dando cuenta de que Holanda no era lo que un principio parecía ser: Holanda era su hija Martina, un amor de cría.

»Cuando nació no sabían si podría llegar a caminar o hablar y, hoy por hoy, y a base de mucho esfuerzo y dedicación, ha conseguido hacer ambas cosas; a su manera, pero las hace. Te juro que ese día lloré leyendo ese post y desde entonces no he dejado de seguirla y de emocionarme con cada vídeo que sube Leticia con los logros de su niña, a la que llama su pequeño premio Nobel.

—Hay verdaderas tragedias y D'Elkann está muy concienciado con ellas —me dice empezando a comer.

—Hacen bien, ya podrían muchos tomar ejemplo —secundo imitándola, recordando de nuevo a Martina y su dulce sonrisa.

—¿Y de Gael sabes algo? ¿Sabes si va a regresar? —me pregunta sacándome de mis pensamientos.

—No tengo ni idea —murmuro encogiéndome de hombros con tristeza, sintiendo el vacío por su ausencia agrandándose con los días.

—¿Y Rafa?

—Hemos quedado en vernos esta noche —susurro.

—Tu entusiasmo me desborda —suelta con ironía.

Greta no sabe nada del beso que nos dimos Gael y yo, y no pienso contárselo; necesito que quede entre nosotros. Además, por mucho que lo intentara, nunca conseguiría que entendiera ese sentimiento que me une a él y

que parece negarse a dejarme libre.

—Es una relación complicada con nuestros horarios. Él está hasta arriba con su trabajo y las guardias, y yo voy a tope con la colección; es difícil coincidir.

—Esa milonga cuéntasela a otra. Yo coincido con Nico y también tiene horarios chungos.

—No es lo mismo.

—Porque tú no quieres que lo sea. No juegues con él y sé clara, Luna. No está bien lo que estás haciendo, ni comes ni dejas comer; sé sincera contigo, tía —me pide mirándome fijamente—. No has olvidado a Gael, ¿verdad?

—No, no lo he hecho, y no creas que no lo he intentado, pero no puedo —le respondo sincerándome con ella al fin—. El día que el destino jugó a ser Cupido no debía de estar muy inspirado, porque anda que se lució conmigo —murmuro intentando bromear.

—Tienes un grave problema, tía —afirma haciendo caso omiso a mi broma.

—Ya lo sé —murmuro sabiendo que tiene razón.

Capítulo 37

De regreso al trabajo admiro la decoración navideña que engalana la ciudad, procurando olvidarme de mis líos amorosos, mientras mi amiga va hablando a mi lado sin cesar. Siempre me han gustado estas fiestas: las luces, las tradiciones, las comidas en familia... y, aunque este año echaré de menos mi escapada a Formentera, voy a intentar disfrutarlas como siempre.

—Qué bonita está Madrid, sobre todo de noche, cuando encienden las luces, ¿no es cierto? —le comento finalmente a Greta, que está hablándome sobre la dieta estricta a la que piensa someterse en cuanto pasen estas fiestas.

—¡Buah! Odio estos días. Si por mí fuera, me acostaría ahora y no me levantaría hasta después de Reyes. ¡Qué hartura, por favor!

—Si es porque los Reyes Magos ya no te traen ningún regalo, no te preocupes, hablaré con ellos para que en mi casa te dejen algo —le digo mofándome.

—Ja, ja, ja, ¡qué graciosa! A los reyes que les den. Estas fiestas me dejan seca con los dichosos regalos a los sobrinos. Mis dos hermanas parecen conejas, tía, tres enanos tienen cada una. ¡Qué manera de parir!

—Yo querría tener sobrinitos... me encantaría comprarles regalos y dejarlos debajo del árbol; llenaría la cámara con las fotos de sus caritas sonrientes mientras los abren.

—¡Ay, qué empalagosa eres, princesita! Estas fiestas son puramente comerciales, empiezan con el dichoso hombre de la barba blanca y te...

—¡Papá Noel! ¿Qué hombre de la barba blanca? Pero ¿tú estás tonta o qué te pasa?

—Jou, jou, jou. ¡No te jode! Y termina con los tres pánfilos encima del camello; que paso, tía, que, cuando terminan las Navidades, estoy saturada de familia, con la cuenta en números rojos y con varios kilos de más.

—Pues a mí me encantan. Este fin de semana voy a poner el árbol en mi casa, ¿quieres que te regale uno? A lo mejor, viéndolo todos los días, te impregnas del espíritu navideño.

—Sólo si quieres que me corte las venas —me asegura mientras entramos en Diseño.

—¡Idiota!

—¡Princesita!

Entre pullas, nos dirigimos hasta nuestro puesto de trabajo, de donde no nos movemos hasta las siete.

Cuando salgo, las luces de la calle ya están encendidas y sonrío poniéndome la bufanda y el gorro de lana, sintiéndome de nuevo una niña, dispuesta a disfrutar como una enana de las compras navideñas. Llevo varios días posponiendo el tema de los regalos y hoy es mi tope.

Llego al centro comercial, donde compro regalos para toda mi familia y para mi amiga Greta y, cuando estoy llegando a casa, cargada con todos ellos, me percató de que en ningún momento he pensado en Rafa, ni siquiera cuando estaba comprando presentes. De hecho, si no fuera porque durante el almuerzo Greta lo ha mencionado, no habría pensado en él en todo el día, al contrario que en Gael, al que no he conseguido quitarme de la cabeza.

Tras ducharme y vestirme con unos vaqueros, una camisa pijama y mis *stiletos*, me maquillo de nuevo. He quedado con Rafa a las nueve para ir a cenar y porque necesito hablar con él. He tomado una decisión y, muy a mi pesar, me temo que no hay marcha atrás.

Llega puntual y bajo nerviosa, sin saber cómo encauzar la conversación, pues, por suerte o por desgracia, siempre he sido la «dejada» y el hecho de tener que hacerlo yo me supera.

—¡Qué guapa! —me saluda apoyado en el portal.

Debo de ser la tía más estúpida del planeta sin lugar a dudas, por estar con un tío como él y querer dejarlo por una historia que sucedió hace ocho años y que, sin llegar a empezar, ha terminado de nuevo.

—Gracias —respondo llegando hasta él—. Tengo que hablar contigo, y no sé si hacerlo ahora o después de la cena —le confieso nerviosa como pocas veces en mi vida.

—Sé lo que vas a decirme, Luna —contesta con seriedad, todavía apoyado en la pared, con los brazos cruzados.

—¿Lo sabes? —inquiero deseando que sea así y me ahorre tener que decírselo en voz alta; soy una cobarde.

—Eres un libro abierto y, además, me lo advertiste.

—Lo siento —susurro mirando el suelo.

—Yo también —me responde llegando hasta mí, con las manos en los bolsillos—. Mejor anulemos la cena, ¿te parece?

—Claro.

Con tristeza, veo cómo su figura desaparece entre la gente, llevándose con él todo lo que pudo ser y no será. Miro hacia el portal de mi casa; no quiero volver a entrar en mi piso desierto, no después de la estupidez que acabo de hacer, y empiezo a caminar hacia ningún lugar, sumida en mis pensamientos.

Sólo cuando los pies comienzan a dolerme y siento el frío entumeciendo mi cuerpo, entro en una tetería, donde me tomo un té negro con un dulce, observando en silencio a las parejas que se encuentran en él. ¿Algún día me sentiré libre de este sentimiento que me ancla a él? ¿Algún día podré volver a tener una relación con otra persona? «¿Por qué tuviste que regresar, Gael?», me pregunto sintiéndome completamente sola rodeada de toda esta gente.

Lleno mis días de trabajo preguntándome constantemente dónde estará y con quién, cómo será su vida en Londres... y si me echará de menos...

Estamos a sábado 3 de enero, la noche en que se celebrará la fiesta D'Elkann. El 30 entregué todas las ilustraciones y las fichas técnicas a María Eugenia, tal y como estaba estipulado, por lo que nuestro trabajo ha finalizado de momento.

Ahora queda que el Departamento de Patronaje realice los patrones siguiendo las indicaciones que aparecen detalladas en las fichas técnicas y más tarde, y siguiendo de nuevo las indicaciones de las fichas, se realicen los prototipos y los *fittings*. Una vez aprobados éstos, será el Departamento de Confección el encargado de dar vida a nuestros diseños, que deberán estar en Tiendas en marzo. «Ya pueden empezar a correr», me digo mientras me miro en el espejo por última vez, lista para salir.

Llevo el pelo recogido en un moño bajo que me tapa el tatuaje, con la raya en medio; el vestido, largo por la rodilla, sobrio y ajustado, tiene un pronunciado y favorecedor escote simulando el de un esmoquin, con lentejuelas negras en las solapas, a juego con mis *stilettos*. Tras un último vistazo, cojo mi chaqueta y mi *clutch*, dispuesta a disfrutar de esta fiesta, que es la primera de la empresa para mí desde que trabajo en D'Elkann.

En taxi paso a recoger a mi amiga Greta a su casa y sonrío al verla llegar, pues parece una burbujita plateada enfundada en ese vestido.

—¡Buenas noches, princesita! ¡Oye, qué guapa! —me piropea sentándose a mi lado.

—¡Tú también lo estás, ratita presumida! —le contesto picándola—. A kilómetros a la redonda van a verte.

—Ja, ja, ja, envidia cochina —replica sonriendo.

Entre risas llegamos al lugar donde se celebrará la cena, una sala enorme acristalada rodeada por increíbles jardines alumbrados por antorchas. Asombrada, dirijo la mirada a los cientos de personas que van llenándola, abrumada por el lujo que nos rodea.

—¿Siempre es así? —le pregunto a Greta una vez accedemos a ella, tras dejar nuestras chaquetas en el guardarropa, mientras un camarero nos ofrece una copa de vino.

—Pagamos una pasta por estar aquí, no querrás que nos lleven a un burger —me contesta a la vez que coge una copa para ella y otra para mí.

—Empezamos pronto —le digo con una sonrisa—. Mmmm, qué bueno está este vino —murmuro mientras comenzamos a mezclarnos entre los muchos invitados.

—Espera a probar la comida, está todo buenísimo. Todos los años me doy un atracón de narices. Mira, allí están Crescencia y Orenca —me indica sorteando a la gente y llegando hasta ellas.

—Pero qué guapas, *jodías* —nos dice Crescencia mirándonos de arriba abajo—. ¡Qué mal me caéis, coño! ¡Yo quiero vuestro cuerpo serrano!

—¡Nosotras también te queremos! —le digo riéndome.

—Mírala, qué pedazo escote lleva. Yo, para lo que tengo que enseñar, mejor lo dejo escondido —le dice Orenca a Crescencia.

—Sí, hija, sí. Nuestras mollejas mejor vamos a dejarlas guardadas. Suerte que a mi Antonio le gustan mis pimientos asados —suelta cogiendo un canapé de los muchos que van sirviendo.

—¿Qué pimientos? —planteo sin entenderla.

—Estos pimientos —me contesta sujetándose los pechos—. Mis hijos me los dejaron exprimidos cuando les di la teta y ahora parecen eso, dos pimientos colgando.

—Anda y no te quejes, que estás muy buena —le dice Greta empezando a descojonarse.

—¡Buenísima! Locos llevo a todos estos pedazo machos, ¿no ves cómo tuercen el cuello para mirarme? —replica guasona—. Ay, qué injusta es la vida... cuánto tío bueno suelto por ahí y yo sin poder catarlo —murmura poniendo los ojos en blanco.

—¿Ése de ahí es Orlando Sun? —pregunta mi amiga Greta con la mandíbula desencajada—. ¡No me jodas, tía!

—Sí que lo es. ¡Ohhhh, my Diorrrr! ¡Mi amiga Paloma es su fan número uno! —segundo buscándola con la mirada—. Como esté aquí trabajando como camarera y no me haya dicho nada, ¡me la cargo!

—¿Qué amiga? ¿La conozco? —inquire Greta devorándolo con la mirada.

—No creo, es una amiga de Formentera —murmuro sin dejar de buscarla, alucinando con la cantidad de gente famosa que voy reconociendo—. ¡Y yo perdiéndome estas fiestas!, ¿le pedimos un autógrafo?

—¿Perdona? —me pregunta con una mueca.

—¿Cómo? —rebato riéndome.

—Mira, bonita, si quiere, que venga él a pedírmelo a mí.

—Pues espera sentada, bonita. Madre mía, qué bueno está. No vuelvo a perderme estas fiestas ni por todo el oro del mundo.

—Ya te lo decía yo y no me hacías caso.

—Si fuera ahora, mi Antonio no me pillaría, lo que yo os diga —interviene Crescencia mirando con descaro a los hombres que pasan por delante de ella.

—Pero si tú estás encantada con tu Antonio —le recuerdo riéndome.

—Con estos macizos también lo estaría, también... y qué homenajes me daría. ¿Sabéis cómo me engatusó mi Antonio? —nos pregunta deteniendo al camarero y sustituyendo nuestras copas vacías por otras llenas—. Gracias, guapo; en un ratín regresas con la bandeja llena.

—¿Cómo? —le pregunto divertida, descojonándome.

—Tendría yo unos dieciséis años, ¿verdad, Orenca?

—Por ahí estábamos, recién salidas del huevo —confirma.

—Pues nada, estaba en la discoteca con mis amigas y ésta de aquí —nos cuenta dando un codazo a su hermana—, ¿porque tú estabas, no es cierto?

—¡Anda que si estaba! ¡Pues no llegué a reírme esa noche!

—La madre que te trajo...

—¡Venga, cuéntalo! —la apremia Greta.

—Era verano y hacía un calor insoportable y veo a mi Antonio acercarse a mí. «¿Quieres salir?», me pregunta, y yo creyendo que se refería a salir fuera de la discoteca y, muerta de calor como estaba, voy y le digo que sí. ¡Ay, qué *guantá* tuve! Sólo cuando me cogió de la mano entendí lo que había hecho... ¡¡¡¡quería decir salir juntos!!!!

»Luego lo vi tan ilusionado que fui incapaz de decirle que no; ahí empezamos a salir juntos, más tarde me pidió que nos casáramos y, ¡ay, pobre!, ¿cómo iba a decirle que no, con lo entusiasmado que estaba? Luego llegaron los hijos y hasta ahora. Si es que no puedo dejar a mi Antonio, ¿qué haría él sin mí?

—Esas cosas, a nosotras, no nos pasan, porque ahora ya nadie le pide de salir a nadie, salimos y punto —le explica Greta entre risas.

—¡Pobre Antonio! ¡Si te oyera! —le digo secando mis lágrimas.

—¡Uy, qué va! Si mi Antonio no se cabrea nunca; esta historia la cuento delante de él continuamente.

—¿Pues sabes que yo querría un Antonio como el tuyo? —le planteo—. Me encantaría encontrar a un hombre normal, querernos, tener hijos y una vida como la tuya —añado pensando en Gael y en lo complicado que es todo con él.

—¡Ay, chiquilla, deja, deja, que no sabes lo que estás diciendo! Tú lo que tienes que hacer es tirarte a todos los tíos buenos que puedas, que ya tendrás tiempo de atarte y ponerte a criar niños, luego echarás de menos la vida que llevas.

—No creo. Mi princesita es muy tradicional, seguro que su plan perfecto es hornear galletas un domingo por la tarde —me pica Greta.

—¡Ja, ja, ja!, muy graciosa —le contesto ocultando una sonrisa, pues es la pura verdad.

—¿Habéis visto qué jamoncito más rico están cortando en esa mesa? —nos comenta Orenca.

—Y aquella de allí tiene unos canapés que con sólo mirarlos se te hace la boca agua —le cuenta Mauro acercándose a nosotras.

—Toda la mesa me comería entera, ¡hasta las patas! —suelta Crescencia, ante el descojone de todos.

Siento como si me dieran una puñalada en el pecho, paralizando mi corazón e impidiéndome respirar con normalidad, pues, frente a mí, a escasos metros, está él, tan impresionante, tan brutal y tan colosal como siempre, hablando con Orlando. ¿Ha vuelto?, ¿para quedarse?

Capítulo 38

—Y a ti, ¿qué te pasa, princesita? Parece que hayas visto un fantasma —me dice Greta.

—Nada —susurro en un hilo de voz, dando un largo trago a mi copa.

—Niñas, nos sentamos en la mesa Formentera —nos comunica Mauro.

—¿Formentera? —pregunto en un susurro, sintiendo cómo mi corazón se sacude con fuerza dentro de mí hasta dejarme sin voz ni respiración.

—Cada mesa lleva el nombre de una isla —me explica.

—¿Sabéis que hay una isla que se llama Tahaa? —interviene Orenca.

—Esa isla está en la Polinesia Francesa —le indico como una autómatas, sin poder alejar mi mirada de su cuerpo. Nunca lo había visto vestido con esmoquin y pajarita, y está impresionante.

—¡Vaya!, ya he visto quién está aquí —me anuncia Greta con una mueca, arrastrándome hasta nuestra mesa—. Disimula, princesita, que no crea que te tiene en el bote.

—No sabía que había regresado —murmuro dejándome llevar por ella.

—Ni yo, pero ¿nos da igual, verdad? —inquiere sujetándome por los brazos, mirándome fijamente.

—No, Greta —susurro evitando mirarla.

—Joder, princesita, volverá a irse y tú volverás a sufrir. ¿Eres masoca o qué te pasa? Tía, que él vive en Londres y viaja por todo el mundo. ¿Dónde encajas tú en su vida?

—Me ha sentado en la mesa de Formentera; podría haber elegido Bali, Tahití, Ibiza, ¡yo qué sé! ¡Pero me ha sentado en Formentera!

—Y a mí también, ¡y me la pela!

—No es lo mismo —siseo entre dientes, llegando a la mesa donde nuestros compañeros ya están tomando asiento.

—Prométeme que no te acercaras más a ese tío; ya está bien, Luna —me exige entre susurros.

—Cállate ya —le pido sentándome y mirando distraídamente la sala, fingiendo indiferencia sin dejar de buscarlo, sabiendo que tiene razón.

Lo localizo en la mesa del fondo... Gran Bretaña. «Vaya, qué apropiado», me digo viéndolo reír con Orlando y con... ¿Cómooo? Abro los ojos desorbitadamente al reconocer a la mujer que está sentada a su lado, sintiendo cómo los celos arrasan mi interior con furia, salvajes y descontrolados.

—¿Estás bien, niña? —me pregunta Mauro, que está a mi izquierda.

—Perfectamente —miento con una sonrisa forzada.

—Ha bebido demasiado y no le ha sentado bien —le contesta Greta—. Le pasará en cuanto cene, ¿verdad?

—Claro —murmuro ojeando el menú, a pesar de que tengo el estómago cerrado.

La cena se me hace eterna; no puedo desviar mi mirada de él, de ella y del hombre que está sentado al otro lado de la mujer... ¿Cómo lo llamó? ¡Ratón! ¡Eso es! Si ellos están con él, ¿significa que aún...? No puedo ni pensarlo sin que me den arcadas, creía que eso formaba parte de su pasado...

—¿Quieres dejar de hacer esa cara de amargada? —me riñe Greta entre susurros, mientras el camarero retira mi plato de carne sin que lo haya probado siquiera.

—¡Niña, come o no se te pasará el malestar! ¡Si es que esta juventud no sabéis beber! —me dice Orenca, que ha dejado su plato impoluto.

—Como vuelvas a mirar hacia allí, te doy un par de sopapos delante de todos —me amenaza Greta resoplando a mi lado.

Pero no puedo frenarme y de nuevo dirijo la mirada hacia su mesa, dejándome arrastrar por la corriente cálida que me une a él, y contengo la respiración. Está mirándome con tanta intensidad que olvido a la gente que nos rodea para mirarlo de igual forma, calentándome y excitándome como si lo tuviera a escasos centímetros de mi cuerpo, y contengo los músculos de mi vientre suavemente.

—La madre que os parió —bufa mi amiga sin dejar de observarnos.

Pero no le hago caso, no puedo prestar atención a nada que no sea él, y entreabro los labios desando unirlos con los suyos, como hace unas semanas en el aeropuerto.

Ponen el plato de pescado frente de mí, pero ni reacciono siquiera, sonrojada por la intensidad de su mirada.

—¡Niña! ¿No piensas comerte el pescado? —me pregunta Crescencia devolviéndome a la realidad de mi mesa.

—Con los aperitivos he tenido suficiente —susurro.

—¡Trae *p'aca!* —me pide—. Dame ese plato, que eso es una lástima que se desperdicie. ¿Veis por qué tengo este pedazo cuerpo? ¡Si es que no puede gustarme más comer! —añade cogiendo mi plato, que le acerca Mauro.

Tras el plato de pescado, llegan el postre y el café. Apenas he podido probar nada, pues mi cuerpo ha pasado de arder de deseo a arder de celos mientras lo observo hablando con esa mujer que recuerdo perfectamente a pesar de los años transcurridos.

—Estás atontada, princesita. Lo que tendrías que hacer es hacérselas pasar putas —me recomienda Greta dando buena cuenta del postre—. Yo soy tú y te juro que le hago pasar un infierno antes de permitirle que me roce un solo pelo, no como tú, que casi te has corrido porque te ha mirado —murmura en mi oído.

—¿Quieres callarte? —replico.

—Es la verdad, o tú eres una floja o él es un fulmina bragas, porque, si no, que me lo expliquen —susurra encogiéndose de hombros.

Sacan *champagne* y don Manuel se hace con el micro para empezar con el típico discurso de rigor y me obligo a dejar de mirarlo. Está dándome la cena y me niego a permitirle que continúe amargándomela, así que sonrío cuando debo hacerlo y aplaudo cuando lo hacen todos, a pesar de no haberme enterado de una puñetera palabra.

Tras el discurso de don Manuel y del brindis pertinente, iluminan una zona de la sala, convirtiéndola en una pista de baile, mientras empieza a sonar la música.

—¡Venga, niñas, que tenemos que quemar todo lo que hemos comido! ¡Vamos a mover este cuerpo serrano que Dios nos ha dado! —propone Orenca arrastrando a Crescencia hasta el centro de la pista.

—¡Vamos, princesita! ¡Que se dé cuenta del pedazo tía que se ha perdido!

—¿Y por qué lo das por hecho? —le pregunto riéndome y siguiéndola.

—Porque vas a hacerte un poquito de rogar y vas a pasar de él —afirma con convencimiento.

—Si tú lo dices —le respondo sin tenerlo tan claro como ella.

—*Of course, baby* —afirma con voz grave, llevándome hasta donde están nuestras compañeras.

Bailo divertida con ellas, sobre todo con Crescencia, que es un espectáculo, y, haciendo acopio de toda mi fuerza de voluntad, no me vuelvo para mirarlo en ningún momento.

Veo cómo Greta se dirige al grupo de música. «¿Qué hace?», me pregunto viéndola hablar con uno de ellos al finalizar la canción.

—Buenas noches, amigos —nos dice el cantante—. Bajo petición de esta señorita tan linda, vamos a dedicarle esta canción a Luna. A ver, ¿dónde tenemos a Luna?

¡Ay, Dios mío, que la mato!, juro que de ésta no sale con vida.

—¡Aquí está! —grita Orenca señalándome—. ¡Ella es Luna!

Si pudiera, enterraría la cabeza dos metros bajo el suelo; voy a matarlas, a todas.

—Linda, esta canción es para ti; disfrútala.

Sonríó al cantante, roja como un tomate maduro, viendo cómo mi amiga, convertida en una lucecita andante, camina hacia mí feliz de la vida.

—¡Zorra! —le digo cuando llega hasta mí.

—Tú más —me contesta entre risas, mientras empiezan a cantar *Cómo te atreves*,¹⁰ de Morat—. Lo que tendrías que hacer es subirte ahí arriba y cantársela a ese pedazo cabrón por el que suspiras.

Dicho esto, comienza a berrearla con mis compañeras, que parece que se han vuelto locas; casi las oigo más a ellas que al cantante en cuestión y desvío la mirada hacia él, que se encuentra en la barra observándome con seriedad, como aquella noche en Formentera en el Dreams... «¿Dreams?», me pregunto paralizada, sin poder dejar de mirarlo mientras a mi alrededor todos se vuelven locos con la dichosa canción... como la colección...

Avanzo hacia él, dejándome llevar por nuestra corriente, guiada por sus ojos turquesa, hasta quedar a su lado.

—Una botella de agua, por favor —le pido al camarero ante su intimidatoria mirada.

—¿Quién le puso el nombre de Dreams a la colección? —suelto a bocajarro girándome hacia él.

—Muy oportuna su amiga con la canción, ¿no cree? —me pregunta con el cuerpo en tensión.

—No me has contestado —replico alzando el mentón.

—No lo recuerdo —masculla dándole un largo trago a su cerveza.

—¡Y una mierda! —le espeto acercándome a él—. Contéstame, Gael.

—Para usted, señor Elkann, no lo olvide —responde con dureza.

—Qué estupidez —murmuro viendo cómo esa mujer se acerca a nosotros—. Veo que sus costumbres no han variado en absoluto —siseo con desprecio, fulminándola con la mirada.

—¿A qué se refiere? —me formula con voz acerada, apretando la mandíbula.

—Sigue rodeándose de la misma gente.

—¿Y por qué no habría de hacerlo? —inquire en un siseo.

—Eres un cabrón —murmuro alejándome de él y de la pista de baile, directa a los jardines.

Necesito que me dé el aire, alejarme de ellos, de la canción y de las imágenes de orgías que no dejan de asaltar mi mente hasta revolverme el estómago.

Llego al jardín; el viento gélido de enero me paraliza momentáneamente, pero no me apetece entrar de nuevo a pesar de estar temblando y continuo, obcecada, caminando por el sendero iluminado por las antorchas.

—Para usted, Señor Cabrón, si no le importa. —Su voz a mi espalda sacude mi interior y me vuelvo para encontrarme con él, que arde con la misma rabia con la que ardo yo.

—Perdone, señor Elkann, por tutearlo, pero, ¿sabe una cosa?, es un cabronazo, lo tutee o le hable de usted —le digo mientras la música llega claramente hasta nuestros oídos, tan apropiada que parece estar escrita expresamente para nosotros y el momento que estamos viviendo.

—Y usted, una estúpida, tuteándola o hablándole de usted —masculla atándome a él con su mirada.

—¿Y qué hace hablando con esta estúpida? ¿Ya no le importa que alguien pueda verlo conmigo? —replico acercándome todavía más a él.

—¡Gael! ¿Dónde estás?

Ella...

—Aquí, nena —le responde sin dejar de mirarme.

—¿Nos vamos? Ratón está esperándonos... ¡Hola! —me saluda con una sonrisa cuando llega hasta nosotros.

Voy a vomitar como tenga que sonreírle.

—¿Te vienes con nosotros? —me pregunta descolocándose.

—A la señorita Costa no le van... ¿cómo ha dicho? —me pregunta con arrogancia, mirándome fijamente e intimidándome—: nuestras costumbres, ¿verdad?

—Lo pasarías bien; con Gael disfrutarías muchísimo, te lo aseguro. Conozco a mucha gente que primero lo rechazaba y luego ha terminado enganchada.

«Esto no es real —me digo con la mandíbula desencajada—. ¿Me está invitando a participar en una orgía?»

—Déjalo, Cora; pierdes el tiempo.

—Por supuesto que me gustaría ir —lo contradigo, asombrándome y asustándome a mí misma. «¿He dicho yo eso?»

—¿Le apetece venir? —me pregunta con una sonrisa lasciva que me deja paralizada en mitad del sendero, muerta de calor a pesar del frío que hace.

—Sin duda —murmuro reafirmandome. ¡Ni muerta me echo atrás ahora! Así, ¡con un par de tacones! ¡Que no se diga!

—Como quiera. Luego no podrá marcharse hasta que todo haya terminado, piénselo bien —me dice presionándome, acercándose aún más a mí.

¡Ay, Señor! ¡Qué se me está yendo la pinza!

—Estoy segura.

—Coja su abrigo y dígale al botones la contraseña 259; él la llevará hasta mí.

Dicho esto, abandona el jardín seguido por la tal Cora.

«¡Ay, mi madre! Pero, ¿qué he hecho? ¿Me he vuelto loca o qué? ¿Cómo voy a permitir que un tío que no conozco de nada me toque? ¿O sólo lo haré con él? ¡Ay, Dios! Ni muerta voy a dejar que otro tipo que no sea Gael me roce un pelo... pero... ¿Y si me gusta como a la gente de la que me ha hablado Cora? ¿Podría llegar a gustarme eso? —Me torturo reviviendo en mi mente la escena de la playa—. Me excitó —recuerdo de repente—. ¡Oh, *my* Diorrrr! ¿Dónde me he metido? —me pregunto dando círculos en el sendero, cogiéndome la cabeza dramáticamente—. ¿Por qué no me habré quedado dentro berreando como una loca?»

«Ahora no vas a echarte atrás, princesita», me digo armándome de valor, cuadrando la espalda y empezando a caminar de regreso a la sala, hasta donde están mis compañeras, de las que me despido.

—Ya te contaré —le digo a Greta, que me mira queriendo matarme, y no la culpo, yo también lo haría. Si al final será verdad que soy una estúpida.

Llego al guardarropa y, tras recoger mi chaqueta, le digo al botones la dichosa clave y, con terror, entro en el ascensor. ¿Me llevará esto a una sala oscura llena de gente desnuda con antifaces? ¿Utilizarán cuerdas y látigos o sólo será sexo? ¡Ayyyyy, mierdaaaaaa! Como alguien me dé un latigazo o un azote, ya puede empezar a correr, porque soy capaz de cortarle los huevos. ¿Dónde cojones me he metido?

Tras unos minutos agonizantes, en los que no he vomitado de puro milagro, se abren las puertas y llegamos a un... ¿parking?, donde veo a Gael subido a su moto y, tras farfullar un «gracias» al botones, me dirijo hacia él.

Capítulo 39

—Vaya, todo un parking para el Señor Don Cabrón —suelto picándolo, deseando que se cabree conmigo y me deje aquí plantada.

—Para que no me vean largarme con la señorita estúpida —me responde con dureza.

—¿Nos vamos? —pregunto fulminándolo con la mirada.

—Es la última vez que se lo pregunto, ¿está segura? —Su mirada incendiaria se desliza desde mis ojos hasta mi boca, mi cuello, mis pechos, mi vientre... mi sexo.

—Al final pensaré que el estúpido es usted. ¿Cuántas veces tengo que repetírselo? —suelto sintiendo mi sexo humedecerse a pesar de mis miedos.

—Suba —masculla tendiéndome un casco.

—Vaya, esta vez venía preparado —continúo mi machaque incesante...

«Por favor, cabréate y lárgate sin mí... Por favor vete, vete, vete.»

—No como usted; será interesante verla subir a la moto con ese vestido y esos tacones.

—Ahora lo verá —murmuro levantándome la falda lentamente hasta dejarla a la altura de una minifalda.

Su mirada oscurecida recorre mis piernas mientras me acerco a él y, ante su abrasadora mirada, poso mi mano sobre su cintura, demorando el momento.

—Atento —susurro, tras lo cual me subo a su moto con un movimiento fluido, encajándome en su cuerpo, tensándolo—. ¿Me da el casco? —le pregunto cerca de la oreja.

Me lo tiende sin mirarme, dándole gas a la moto, haciéndola rugir como lo haría un león, pero... «¿Quién me mandaría a mí recogerme el pelo justamente hoy?», me pregunto peleándome con el casco, que tropieza con mi moño bajo.

—¡Mierda! —mascullo bajándome de nuevo de la moto.

—¿Qué sucede ahora? —inquieta armándose de paciencia.

—Tenga —le digo tendiéndole el casco otra vez y quitándome la chaqueta, muerta de calor.

Una a una voy quitando las horquillas de mi cabello, que voy sujetando con los labios, sin percatarme de que continúo teniendo la falda subida hasta casi rozar lo indecente y que ha detenido su moto, bajándose de ella. Sólo cuando por fin tengo mi leonina melena suelta, masajeo mi cuero cabelludo aliviada. ¡Odio llevar el pelo recogido!

El roce de sus dedos sobre mis labios al quitarme las horquillas me paraliza; su ardiente mirada sobre ellos envía latigazos de puro deseo por toda mi columna vertebral y contraigo mi vientre, fijando mi mirada en él, que se ha hecho con todas las horquillas de mi boca.

Nos miramos en silencio, con la respiración entrecortada y nuestros cuerpos casi pegados, rozándose.

—Aquí tiene —me dice cogiendo mi mano y dejando sobre ella las horquillas—. Suba de una vez —masculla poniéndose el casco y subiendo a su moto, sin mirarme.

Cojo el casco sin poder alejar la mirada de él, sin poder entenderlo, hecha un mar de dudas, y, tras ponérmelo y rodear su cintura con mis brazos, sale disparado hacia mi perdición... porque definitivamente me he perdido.

Conduce a gran velocidad, con nuestros cuerpos fundiéndose en la oscuridad de la noche, moviéndose por inercia, con mis piernas junto a las suyas, mis pechos adheridos a su espalda y mis manos rodeando su cintura, y, a pesar de que estoy asustadísima por lo que me espera, también estoy tranquila, pues algo en mi interior me dice que me protegerá de todo y de todos.

Llegamos a un polígono industrial donde aparca la moto en un estacionamiento al aire libre repleto de coches y motos, y me apeo mirándolo todo en silencio. ¿Toda esta gente va a participar en la orgía? «Deberá de tener varias salas...», me digo recordando todos los libros de erótica que he leído.

—Sígame —me ordena empezando a caminar con decisión hacia una nave... «Nusos. ¿Qué es Nusos? ¿Será un lugar donde unos miran y otros lo hacen?», me pregunto asustada, viendo a la tal Cora, con Ratón, en la puerta.

—¡Hola, tío! —saluda un hombre a Gael, deteniéndolo—. Entonces es cierto que has regresado. ¿Participas o miras?

—Participo —le responde éste, tendiéndole la mano.

—Estaré pendiente de tus movimientos.

—Nos vemos luego —se despide cogiéndome de la mano con fuerza y llevándome hasta donde nos esperan Cora y Ratón.

«Si miran...», me fustigo atormentada, con el cuerpo empezando a temblarme caminando como puedo.

—¿Está bien? —me pregunta volviéndose.

—Tengo frío.

—Pronto entrará en calor —me asegura divertido.

¡Oh, *my* Diorrrr! ¡Soy una estúpida!

—¡Hola, chicos! —nos saluda Cora—. ¿Te llamas Luna, verdad? —me pregunta cogiéndome del brazo y separándome de Gael, que me lleva fuertemente cogida.

—Sí.

—Tú te vienes conmigo. ¡Suerte, Gael! —le dice dándole un beso en la comisura de los labios.

—¿Adónde vamos?

—A colocarnos en primera fila para verlo todo bien visto; te aseguro que verlo es todo un espectáculo.

—¿Nosotras no vamos a participar? —le pregunto sin entender nada.

—¿Sabes luchar? —me pregunta extrañada.

La carcajada de Gael llega hasta mis oídos y me vuelvo. ¡Pedazo cabrón! ¡Me ha tenido engañada todo el tiempo! Sin pensarlo, me suelto de Cora y me dirijo de nuevo hacia él, ardiendo de rabia.

—¿Sabes lo que haría con estos *stiletos* de doce centímetros?

—¿Qué harías, listilla? —me pregunta con chulería, con una sonrisa burlona en su perfecto rostro.

—Estampártelos en la cabeza hasta abrirtela en canal, pedazo cabrón —siseo entre dientes.

—Para ti, Señor Cabrón, no lo olvides —me rebate con sus labios a escasos centímetros de los míos.

—¡Y una mierda! —le espeto dándome la vuelta con su risa a mi espalda, dirigiéndome de nuevo hacia Cora, que nos mira sin comprender nada.

Nusos es un enorme gimnasio donde un ring rodeado de gradas domina toda una sala, y nos sentamos casi pegadas a él. Vamos, que como se le vaya el puño a alguno de ellos, puede terminar estampado en nuestra jeta.

—¿Venís aquí a menudo? —le pregunto a Cora dispuesta a sonsacarle toda la información que pueda.

—Siempre que Gael lucha.

—¿Y lo hace a menudo?

—Siempre que está en Madrid.

Yo esperando encontrármelo por los pubs de moda de la ciudad y él partiéndose la cara por estos sitios.

—¿No te gusta la lucha? —me demanda Cora sacándome de mis pensamientos.

—Tuve una experiencia desagradable hace unos años y después de eso preferí mantenerme alejada.

—Hoy lo disfrutarás, ya verás.

—Pero esto... ¿son apuestas legales? —pregunto finalmente, recordando esa fatídica noche.

—¿Quién habla de apuestas? —me pregunta extrañada—. Esto es boxeo, un deporte como otro cualquiera; aquí no hay apuestas, Luna —me explica sin entender nada—. ¡Mira, ya sale Gael! —me anuncia emocionada, aplaudiéndolo.

Lo miro intentando mantener la boca cerrada. Lleva unos pantalones negros y el torso desnudo y... «¡oh, *my* Diorrrr!, está más bueno que entonces», me digo deslizando mi ardiente mirada por su colosal cuerpo. Está hablando con Ratón, completamente concentrado, y yo sólo puedo pensar en cómo sería sentirlo de nuevo encajado entre mis caderas. ¡Diossss! Siento mi rostro arder y tengo que concentrarme en respirar para no empezar a hiperventilar.

Pronto se llenan las gradas de gente y empieza el combate y, aunque en un principio estoy aterrada por que pueda sucederle algo, pronto me relajo, pues no tiene nada que ver con lo que vi esa noche; aquí hay un árbitro, o como se llame el tío que controla todo este tinglado, y tampoco veo ese odio en su mirada; simplemente está disfrutando y pronto lo hago yo también, dejándome llevar por el entusiasmo del público.

Cora no me había mentido, verlo es todo un espectáculo, y ya no por su físico impresionante, sino por sus movimientos calculados y fluidos, que parecen anticiparse a su contrincante, al que pronto tiene tumbado de espaldas en el suelo del ring.

—¡Toma yaaaa! —grita Cora levantándose del asiento.

Y aunque yo también estoy tentada a hacerlo, me freno; ni muerta voy a animarlo después de haberse burlado de mí como ha hecho. A este combate le siguen otros más, pero se me hace corto, para mi asombro, pues, a pesar de que continúo rechazando la violencia, lo de hoy no deja de ser un deporte como otro cualquiera, tal y como me ha dicho Cora.

A Gael le siguen otros, pero para mí lo emocionante ha sido verlo a él y, cuando aparece, recién duchado, vestido con sus vaqueros y un suéter oscuro, tengo que controlarme para no empezar a babear. ¡Oh, *my* Diorrrr! Fijo mi atención en el combate que se desarrolla frente a mí en un intento vano por ignorarlo.

—Pensaba que aborrecía la violencia —me dice sentándose a mi lado, rozándome con su cuerpo.

—Y lo hago —contesto con seriedad.

—Pues no están dándose besos precisamente.

—Esto no deja de ser un deporte, como otro cualquiera —respondo recordando las palabras de Cora.

—Entonces doy por hecho que está divirtiéndose —comenta con su increíble mirada fija en mí.

—Por supuesto —contesto perdiéndome en ella.

—¿Y no hubiera preferido una orgía? —me pregunta al oído, rozándolo con sus labios y excitándome en un segundo.

—Eso es algo que a usted no le importa —murmuro intentando que no me tiemble la voz, dirigiendo mi mirada al combate.

—La noche no ha terminado. ¿Lo sabe, verdad?

—¿Y? —le pregunto con seguridad, a pesar de estar empezando a sudar.

—¿Quiere continuarla con nosotros? —me susurra de nuevo cerca de mi oreja.

—Por supuesto.

«Y que sea lo que Dios quiera...»

—Será interesante —murmura fijando su atención en la pelea que está desarrollándose frente a nosotros.

Lo imito intentando serenar mi desbocado corazón, de nuevo aterrorizada y excitada por cómo terminará todo esto, con su cuerpo rozando el mío, sintiéndolo tan cercano y lejano al mismo tiempo...

Cuando todo acaba, abandonamos la grada en dirección a la salida, deteniéndonos continuamente, pues no lo dejan avanzar, bien sea para felicitarlo por el combate o simplemente para saludarlo, alargando mi agonía, pues no sé hacia dónde nos dirigiremos ahora.

Finalmente logramos salir al exterior y respiro profundamente esperando a Gael, que está saludando de nuevo a otra persona, mientras de reojo veo cómo Cora y Ratón se comen a besos; por lo menos ella no está con él, pero... «¿Qué digo? A Gael también se lo comió a besos delante de mis narices y no estaban juntos; igual están todos con todos. ¡Ay, Dios, qué ascazo!», me recuerdo dejando de mirarlos.

—Nos vemos donde siempre —les dice Gael a Cora y a Ratón, cogiéndome de nuevo de la mano y llevándome hasta su moto.

—¿Dónde es «donde siempre»? —inquiero sin poder callarme, dejándome llevar por él.

—Ahora lo verá —me responde volviéndose, fundiendo su aliento con el mío.

—¿Piensa seguir hablándome de usted toda la noche? ¿No le parece un poco ridículo?

—No quiero que se confunda, señorita Costa, dado que no es demasiado lista y tiende a caer continuamente en la estupidez.

—¿Y qué hace un portento como usted con alguien como yo? —replico soltándome de su mano.

—Eso querría saber yo —sisea cerca de mis labios—, qué hago con usted.

—Nadie lo obliga a tener que soportarme —sentencio plantándole cara, con los brazos en jarras.

—El caso es que me divierte hacerlo —me responde descolocándome.

—Me agotas, Gael, desisto contigo —le digo dándome la vuelta y dirigiéndome... ¡y yo qué sé adónde voy!

—¿Adónde cojones vas? ¡Por aquí no pasan taxis! —brama cogiéndome del brazo.

—Pues regresaré a pie, o haré autostop. Déjame en paz, ¡estoy harta de ti! —le digo obcecada, sin dejar de caminar.

—Debería hacerlo, debería dejarte en paz —murmura sin soltarme, obligándome a detenerme.

—¿Y por qué no lo haces? ¿Por qué no me dejas seguir? —le pregunto sobrepasada, girándome y quedando frente a él, harta de que continuamente me diga que soy una estúpida, de que me hable de usted y de que juegue conmigo.

—¡Porque no puedo, joder! —me grita pegándome a su cuerpo, uniendo sus labios a los míos.

Y como las olas son llevadas por la corriente, me estrello en el acantilado de su cuerpo dejándome arrastrar por mis deseos, con su lengua enredándose en la mía, y gimo en su boca obviando a la gente que pasa por nuestro lado, sintiendo sus manos anclándome a su cuerpo, a su dureza, y me pego a ella enterrando las manos en su suave pelo con la sensación de haber llegado a casa de nuevo, de estar frente a la verja del jardín que da acceso al hogar, y es entonces, con su boca unida a la mía y con sus manos marcando a fuego mi cuerpo, cuando recuerdo cuándo me sentí así por primera hace tantos años, fue con él... y fue nuestra primera vez juntos...

—Pasa la noche conmigo, Posidonia —me pide en un susurro, separándose ligeramente de mí—, sin esperar nada a cambio, sabiendo que mañana seré de nuevo Elkann, sin preguntas ni reproches —me ruega acunando mi rostro entre sus manos, con su frente pegada a la mía y sus labios rozando los míos—. ¿Podrás hacerlo? —me pregunta haciéndome retroceder en los años, hasta aquella noche en medio de un camino de arena iluminado únicamente por la luna... «¿podrás hacerlo?»

—Sí —susurro con la certeza de que sería capaz de vender mi alma al diablo si con ello pudiera estar de nuevo con él.

—Vámonos —me ordena aferrando con fuerza mi mano, directo hasta su moto.

—¿Adónde?

—A tu casa —responde con voz ronca.

—¿Y tus amigos? —pregunto nerviosa, excitada, feliz y aterrada a la vez.

—Ya son mayorcitos; saben cuidarse solos, créeme —afirma con una media sonrisa llena de promesas.

Capítulo 40

Llegamos hasta donde está aparcada su moto y, tras ponernos los cascos, arranca, saliendo disparado como siempre. Aferro su cintura con ganas mientras nos sumimos de nuevo en la oscuridad de la noche, con su cuerpo ardiendo de deseo de la misma forma en que está ardiendo el mío, y contengo un jadeo cuando posa su mano en mi pierna, apretándola y contrayendo mi sexo, que palpita de anticipación.

Tras aparcar su moto en un parking veinticuatro horas, nos dirigimos a mi casa con la urgencia y el deseo tirando de nosotros con fuerza. Abro el portal con él pegado a mi espalda, sintiendo su cercanía, sabiendo cómo está conteniéndose para no tocarme, conteniéndome yo también, negándonos a tocarnos incluso en el ascensor, devorándonos con la mirada, excitándonos de una forma brutal.

Por fin se abren las dichas puertas y, sin esperarlo, salgo del ascensor como llevada por el diablo, el mío particular, y abro la puerta que él cierra de un portazo hasta quedar frente a frente.

—Sólo esta noche, Posidonia —murmura acercándose a mí con la elegancia de un felino.

—Sólo esta noche —susurro admirándolo.

—Sin preguntas —insiste rozando mis pechos con el dorso de su mano, por encima de mi vestido, quemándome con su tacto.

—Sin preguntas —murmuro mordiéndome el labio.

Nos miramos jadeando y, con decisión, llevo las manos hasta su pecho, necesitando sentir su contacto de una vez, tocar su piel libre de ropa, besar este cuerpo que es mi casa, y me deshago de su suéter venerándolo en silencio.

—Date la vuelta —me ordena con voz rasposa.

Sé que en unos instantes verá mi tatuaje y me vuelvo, dándole la espalda, conteniendo momentáneamente la respiración y esperando su reacción mientras sus manos hacen a un lado mi leonina melena para empezar a deslizar lentamente la cremallera de mi vestido hasta dejarlo caer al suelo, hecho un ovillo a mis pies, y cierro los ojos consciente de que lo ha visto, incapaz de volverme y hacerle frente.

Durante unos segundos nos mantenemos en silencio, cada cual sumido en sus pensamientos, en sus temores o en sus deseos, con el único sonido de nuestras respiraciones entrecortadas, y cierro los ojos con más fuerza para abrirlos de golpe al sentir sus labios sobre mi tatuaje; está besándolo con una dulzura que me abruma y me deshago entre sus brazos, que están rodeando mi cintura, pero necesito verlo, leer en su mirada, y me giro con lentitud sin saber qué voy a encontrarme en ella y sorprendiéndome al descubrir una ternura hasta ahora desconocida para mí.

Veo cómo se deshace del pantalón sin dejar de sostenerme la mirada y me muerdo el labio de nuevo. Al pantalón le siguen los slips y, entonces, lo veo y contengo la respiración sin poder alejar mi mirada de su ingle.

Posidonia

—Tú también te tatuaste... —murmuro acariciando con dulzura el tatuaje con mi sobrenombre y con miles de preguntas martilleando en mi cabeza.

—Sin preguntas, nena, recuérdalo —me pide con dureza, haciendo a un lado la dulzura mostrada hace apenas unos segundos para cubrir su corazón con una doble coraza de acero.

—Sin preguntas —segundo perdiéndome en sus fríos ojos.

Me alza con decisión hasta pegarme a su magnífico cuerpo y lo rodeo con mis piernas, sin dejar de mirarlo.

—¿Tu habitación? —demanda conteniéndose.

—Esa puerta de ahí —murmuro en un hilo de voz, enterrando mis manos en su pelo.

Llegamos hasta ella y me deposita sobre la cama, cubriendo mi cuerpo con el suyo, y lo admiro de nuevo en silencio; ese rostro que no he podido olvidar a pesar de los años, esos ojos que me han perseguido durante meses y meses, esos labios que tanto he ansiado... y sin poder demorar más el momento, uno los míos a los suyos, arrastrada por el tsunami de mi deseo y arrastrándolo a él conmigo, ahogándonos en la locura de nuestros anhelos, donde la dulzura y la delicadeza no tienen cabida, tocándonos, sintiéndonos y gimiendo desesperados.

—No puedo esperar, Posidonia; necesito hundirme dentro de ti de una jodida vez —me dice quitándome la ropa interior con rudeza.

—Hazlo, Gael —jadeo entre sus labios—. ¿Estás limpio? —formulo deseando sentirlo piel con piel.

—¿Y tú? —me pregunta con voz contenida, rozando mi húmedo sexo con sus dedos.

—Sí —gimo echando la cabeza hacia atrás, sintiéndolo palpitar.

—¿Tomas la píldora?

—Sí.

Y sin más preámbulos, lo siento deslizarse suavemente por mi húmedo interior, que lo espera anhelante, conteniéndose y abrumándome con su intensa mirada, que me emociona y eriza a la vez. Sentirlo copando todo mi interior me ahoga y cierro los ojos deseando alejarme de tanta intensidad que no sé cómo gestionar, asustada sólo de pensar en cómo voy a poder volver a vivir sin él.

—Mírame —me pide uniendo su frente a la mía, con su aliento fusionándose con el mío—. Sácame de esta puta locura, nena —masculla cogiendo mis manos entre las suyas, inmovilizándome y dejándome a su merced.

Contraigo mi sexo al sentirlo llegar hasta el fondo, gimiendo y echando la cabeza hacia atrás, deseando que el tiempo se detenga, deseando poder anclarlo a mí para siempre.

—Llévame contigo, Gael —le pido empezando a moverme con él.

Y entonces lo hace, desesperado en sus besos y en sus penetraciones, y me aferro a él volando de nuevo sobre la carretera hasta nuestro pequeño círculo de arena y sal, formando un único cuerpo, conectando y llegando hasta Formentera, a la cálida arena de nuestra cala y al agua turquesa donde me ahogo, porque así es cómo me siento, y son sus labios y su cuerpo los que me sujetan, anclándome a la superficie, donde un orgasmo asolador nos deja temblando aferrados al otro.

—¿Cómo voy a vivir sin esto? —susurra para sí, tensándome.

«¿Ha dicho lo que he oído o lo he imaginado?», me pregunto sin moverme un centímetro, sin atreverme a mirarlo.

—¿Estás bien, nena? —me pregunta alzando su rostro hasta quedar frente a mí.

—Sí —susurro sin saber muy bien qué decir después de lo que me ha parecido escuchar.

—No voy a dejarte dormir en toda la noche —me anuncia medio sonriendo, aún dentro de mí.

—Puede que sea yo la que no te deje hacerlo —respondo posando mi mano en su trasero, apretándolo y sintiéndolo llegar más profundo.

—Joder, nena, no hay nada que desee más.

Y como nos hemos prometido, apenas dormimos, demasiado ocupados en sentirnos de todas las formas posibles, sabiendo que tenemos las horas contadas y deseando aprovecharlas al máximo, dejando a un lado las preguntas sin respuesta, los miedos y los deseos.

Sólo cuando está amaneciendo, siento cómo los ojos empiezan a cerrárame, a pesar de mis titánicos esfuerzos por mantenerlos abiertos, pero temo hacerlo y que se marche; temo que, cuando los abra de nuevo, todo haya terminado otra vez.

—Cierra los ojos, nena, estás agotada y necesitas descansar —me dice acariciando mi espalda hasta llegar al tatuaje, donde se detiene para volver a descender.

—No quiero hacerlo, Gael —confieso en un susurro.

—¿Por qué? —me pregunta tensando su cuerpo.

—Porque no quiero encontrarme con Elkann cuando los abra, no quiero que desaparezcas —murmuro sintiendo cómo se forma el nudo en mi garganta.

—Sabes que va a suceder, Luna. Lo de esta noche sólo ha sido un paréntesis.

Quiero preguntarle por qué, qué pasa en su vida para que yo no pueda estar en ella, si va a marcharse a Londres otra vez o va a quedarse... pero me muerdo la lengua siendo consecuente con mis promesas, con la certeza de que lo quiero y me quiere, a pesar de sus porqués y sus demonios.

—Duérmete, nena —me pide con dulzura, rodeando mi cuerpo con sus fuertes brazos.

Y a pesar de mis deseos por mantenerme despierta, siento cómo mi cuerpo se rinde al cansancio, con sus besos en mi espalda y el acantilado de su cuerpo protegiendo el mío.

Cuando despierto él ya no está, y cierro los ojos de nuevo aspirando su fragancia, que todavía perdura en la almohada, viéndome incapaz de volver a llamarlo señor Elkann, de volver a sentir su distancia y su frialdad después de lo de anoche, echándolo tanto de menos como aquella noche de hace ocho años...

* * *

Es lunes y, como viene siendo habitual, despierto antes de que suene la alarma de mi móvil, pero no puedo levantarme. Ayer me pasé todo el domingo tirada en el sofá, ignorando las llamadas de mi amiga Greta, incapaz de hacer frente a sus innumerables preguntas. Finalmente, como puedo, me arrastro hasta la ducha y veo de reojo mi aspecto en el espejo del baño; estoy hecha una piltrafa...

Me meto en la ducha obligándome a no pensar más en él y, tras envolver mi cuerpo con una mullida toalla, me visto poniendo especial esmero en mi atuendo y en mi aspecto. Sólo cuando me veo perfecta, me doy por satisfecha y me dirijo a por mi coche.

Cuando llego al parking de la empresa, su moto ya está aparcada en su plaza y siento cómo mi corazón se acelera... no se ha ido todavía a Londres.

—Tranquila —me ordeno en voz baja—; se ha terminado, no lo olvides.

Llego a Diseño felicitándome mentalmente por no haber mirado hacia la puerta de su despacho en ningún momento, absorta en mi móvil y mi tabla de salvación en estos momentos. «Suerte que no he acabado estampándome contra la máquina del café o contra nadie», me digo dejándolo en el bolso.

—¡Vaya! Te gusta hacerte de rogar, ¿eh, princesita? —me pregunta mi amiga mientras dejo mis pertenencias.

—No sé de qué me hablas.

—A él seguro que no se lo pones tan difícil. ¿No me dirás que no has visto mis mensajes? —me pregunta cabreada y preocupada a la vez.

—Greta, déjalo, ¿quieres? Durante la comida hablamos.

—Oye, ¿estás bien, princesita? —me pregunta cogiéndome del brazo.

—Estoy bien, tranquila —respondo medio sonriendo.

Llego hasta la zona de trabajo destinada a la colección Dreams y, tras dar los buenos días a mis compañeros, me enfrasco en los bocetos que dejé a medias el viernes...

Dreams, el lugar donde hablamos por primera vez y el nombre de la primera colección de D'Elkann... «¿Pondría él el nombre o es una simple casualidad?», me pregunto evadiéndome con mis recuerdos, a él...

—Chiquilla, levanta el culo, tenemos una reunión con María Eugenia y Elkann en su despacho —me dice Crescencia, paralizándome—. ¡Vamos! ¡Que llegaremos las últimas! —me apremia cogiéndome del brazo y consiguiendo que me levante, algo a lo que mi cuerpo estancado parece negarse—. ¿Por qué te fuiste tan pronto el sábado? —insiste mientras nos dirigimos hacia su despacho —, ¡lo que llegamos a reírnos! ¡Llegaba a mi casa de madrugada!

Su voz llega en eco hasta mi paralizado cerebro mientras voy caminando por inercia. «¿Cómo voy a verlo y llamarlo señor Elkann después de lo del sábado? ¿Cómo voy a poder hacerle frente de nuevo?», me pregunto cogiendo aire y procurando controlar mis nervios, que han cogido carrerilla dentro de mi cuerpo, asolándolo todo a su paso.

—¿Te ha comido la lengua el gato o qué? —me chincha mi compañera ante mi sepulcral silencio.

Veo la puerta de su despacho entreabierta y, sin contestarle y haciendo acopio de todo mi valor, la abro accediendo a él, reproduciéndolo todo a cámara lenta hasta encontrarme con su mirada... una mirada dura y acerada... la mirada de Elkann.

—Buenos días —susurro.

—Buenos días —secunda Crescencia, entrando tras de mí.

Nuestros compañeros nos devuelven el saludo. Su rostro permanece imperturbable y desvió la mirada hacia mi jefa, que se encuentra a su lado.

—Buenos días —nos saluda con seriedad, con cientos de corazas puestas—. Quiero felicitarlos personalmente por la increíble colección que han creado a pesar del poco tiempo que les di. Tengo que reconocer que tuve verdaderas dificultades para seleccionar los diseños que formarían parte de ella, porque, sinceramente, los hubiera incluido todos. Enhorabuena, chicos, es perfecta y justo lo que tenía en mente, y a ti, María Eugenia, debo agradecerte tu increíble trabajo, como siempre has estado brillante.

«¿Perdona?», estoy a punto de preguntarle.

—Gracias, Elkann —responde sonriendo—; sabes que es un placer.

Los miro bufando de rabia. ¿Le da las gracias a María Eugenia cuando sabe que casi todo el trabajo ha recaído en mí? ¡Esto es el colmo!

—Pueden irse —nos indica dirigiéndose a su mesa—, excepto el señor Rodríguez y la señorita Costa. Ustedes quédense —nos ordena en tono seco.

Lo miro sin entender nada, mirando luego a Mauro, que parece tan sorprendido como yo, y a María Eugenia, que nos observa con seriedad, mientras nuestros compañeros van abandonando el despacho.

—Tomen asiento, por favor —nos indica dirigiéndose a la televisión que se encuentra en un extremo de su oficina.

La enciende y ante nosotros aparece el Departamento de Diseño desierto, la mesa de María Eugenia y alguien entrando en él... Mauro.

Ante mi atónita mirada, las imágenes de cómo se acerca a la mesa de mi jefa y, tras coger una carpeta de la que saca un documento que observa con detenimiento durante unos segundos, lo deja de nuevo sobre la mesa para luego retroceder y cogerlo de nuevo, saliendo del departamento no sin antes comprobar que nadie lo ha visto.

—¿Tiene algo que decirle a su compañera? —le pregunta Gael con furia helada.

—Mauro... —musito sin dar crédito a lo que mis ojos han visto, segura de que ese documento era mi boceto.

—Lo siento, Luna, me equivoqué y luego no supe rectificar —balbucea rehuendo mi mirada.

—¿Cómo ibas a hacerlo con tu diseño seleccionado? —le espeto con dureza.

—Aunque no lo creas, estoy muy arrepentido —me asegura mirándome finalmente—. Nunca había hecho nada parecido y que mi diseño haya resultado el seleccionado ha sido una tortura desde el primer momento, pues nunca pensé en cómo me sentiría después; me equivoqué y lo siento.

—Seguro —mascullo con sequedad, levantándome—. No quiero oír más —murmuro decepcionada yendo hacia la puerta—. Gracias, señor Elkann, por investigar el asunto.

—No me las dé, nunca voy a consentir que hechos como éste se produzcan en mi empresa. Le agradecería discreción en todo este asunto, señorita Costa —me pide con seriedad remarcando las últimas palabras, siendo hoy mi jefe más que nunca.

No puedo contestarle ni permanecer más tiempo aquí y salgo de su despacho obligándome a dejar de ser una princesa y no ponerme a llorar... Mauro, mi compañero, mi amigo y en ocasiones mi confidente... ¿cómo ha podido hacerme algo así? ¿Él? De entre todos mis compañeros, ¿tenía que ser él?

Subo a la azotea como una autómatas, necesitando estar a solas aunque sea solamente durante unos minutos para procesar lo que he visto, todavía sin poder dar crédito, con su imagen cogiendo mi boceto reproduciéndose continuamente en mi cabeza... «¿Por qué? —me pregunto cerrando los ojos, recordando los muchísimos momentos que hemos vivido juntos desde que empezamos esta aventura del diseño—. «¡Mierda, Mauro! ¿Cómo has podido hacerme algo así? ¿Cómo has podido traicionarme tanto?»

Capítulo 41

Cuando llego a Diseño, él ya no está y, con tristeza, me dirijo a mi puesto de trabajo; hubiera preferido mil veces que fuera Carolina, o incluso mi jefa, antes que él.

—¿Qué ha pasado? —me preguntan mis compañeros, rodeándome.

—Nada, cosas de María Eugenia y la colección —les contesto con voz neutra tragándome las lágrimas.

—¡Pensábamos que había sucedido algo! ¡Mauro ha cogido sus cosas y se ha largado sin decir ni mu! —me cuenta Orenca.

—No sé... —susurro abatida, volcando mi atención en el trabajo para evitar pensar más, pues hoy he perdido a un amigo y de nuevo a él.

El sonido de un mensaje en la bandeja de entrada de mi correo electrónico me saca de mis lúgubres pensamientos y abro el correo con desidia.

De: Elkann

Para: Costa

Asunto: Venga a mi despacho

Leo su mensaje varias veces, intentando leer entre líneas algo que me dé una pista sobre lo que desea, pero ha sido tan escueto que me es imposible sacar nada en claro y, tras respirar profundamente, me dirijo hacia allí con miles de preguntas en mi cabeza, deseando una respuesta para cada una de ellas.

Llego y, tras llamar y ser autorizada a entrar, lo hago sin saber qué sucederá...

—¿Quería hablar conmigo? —le pregunto hablándole de usted de nuevo, sin saber qué quiere o espera de mí ahora.

—Siéntese —me pide con frialdad, cubriendo su corazón con tantas corazas como le es posible—. Le he dado la opción a Mauro de renunciar a su puesto en la empresa y que este hecho tan desagradable quede entre nosotros y lo ha aceptado. A partir de hoy ya no formará parte de la plantilla de D'Elkann.

Asiento en silencio, incapaz de articular palabra, sin poder creerlo todavía, deseando que deje de hablarme de usted y que sean sus brazos y sus labios los que me consuelen, pero me anclo a mi silla mirándolo con la misma seriedad con la que está mirándome él... tan diferente a cómo nos mirábamos el sábado.

—Le agradecería discreción en todo este asunto.

—¿Desde cuándo lo sabes? —pregunto tuteándolo, deseando sentarme en su regazo y hundir mi rostro en su cuello.

—Le pedí a Manuel que revisara los vídeos de las cámaras antes de marcharme a Londres, al día siguiente ya lo sabíamos. Te dije que lo investigaría y lo hice —me informa con el rostro hermético.

—¿Y por qué habéis esperado tanto tiempo? —quiero saber, incapaz de entenderlo.

—Porque quería estar presente. María Eugenia lo sabía y ha estado vigilándolo todo el tiempo.

—¿Por qué no me lo contaste el sábado? —murmuro enlazando mi mirada con la suya, que arde de repente.

—¿Hubiera cambiado algo?

—No —musito perdiéndome en ella.

Durante unos segundos nos miramos creando esa burbuja que nos aleja del resto del mundo, donde el deseo nos consume y donde la corriente cálida emerge a la superficie arrasando con todo.

—Por supuesto, el boceto del señor Rodríguez está descartado —me comunica con voz acerada, rompiendo esa burbuja en mil pedazos.

—Entonces, ¿cuál van a elegir ahora? —le pregunto echándolo de menos, hablándole de nuevo de usted, mirando esos ojos azules, tan fríos ahora... siendo incapaz de entenderlo.

—Ninguno —me responde con rotundidad.

—¿Ninguno? ¿Por qué? —pregunto extrañada.

—Porque así lo hemos decidido tanto María Eugenia como yo —suelta con la mirada fija en mí.

—Perfecto —murmuro molesta—. ¿Necesita algo más de mí?

—Me marcho mañana a Londres —me anuncia con indiferencia, partiéndome el alma en dos—. Puesto que continúa como responsable de la colección, su responsabilidad no ha finalizado.

Asiento en silencio, oyéndolo de fondo, sin poder creer que vaya a irse de nuevo... «¿Ya no volverá? ¿Ya no volveré a verlo? —me pregunto negándome a perderlo otra vez—. Pero ¿acaso no lo he perdido ya?»

—Éste es el calendario de fechas con los plazos de entrega —me comunica tendiéndomelo—. Necesito que me mantenga al tanto de todo lo que ocurra. El Departamento de Compras ya ha solicitado la materia prima y recibiremos la primera entrega en una semana, y la totalidad del pedido en dos.

—¿Dónde han comprado el tejido? —formulo intentando dejar a un lado mis sentimientos para poder centrarme en la colección.

—En Italia —contesta rotundo, y asiento calladamente.

—Espero que Compras no haya variado las calidades —murmuro enlazando mis ojos con los suyos, que me miran con determinación.

—Por supuesto que no.

—¿Y los prototipos? —murmuro sosteniendo su mirada, buscando en ella algo que me diga que me necesita tanto como lo necesito yo a él.

—Disponemos del tejido que recibimos como muestra y con él los realizaremos, siempre bajo su supervisión —me indica con voz neutra, desviando la vista hasta posarla en la pantalla de su ordenador—. Por supuesto la quiero también en los *fittings*, y será usted la que dé su aprobación antes de que pasen a Confección.

—¿Van a confeccionar la colección íntegramente en la empresa? —le pregunto recordando que D'Elkann trabaja con varios talleres que le confeccionan, deseando que deje de mirar su PC.

—Sí —me asegura mirándome finalmente y recostándose en su asiento, tan frío y distante que siento que estoy frente a otro hombre—. Esta colección es muy laboriosa, por lo que quiero un control férreo sobre ella. Tiene potestad suficiente como para ordenar que deshagan una prenda como vea un respunte que no corresponda, un hilo de un color erróneo, un fruncido, un escape... o lo que sea. Sabina, la responsable de Confección, ya lo sabe, y evidentemente quiero un informe diario con fotografías incluidas.

—Pero ¿continúo formando parte del equipo de diseño de Dreams?

—Olvídese de esa colección de momento; la necesito ahora en ésta, ya veremos qué sucede más adelante.

—¿Una semana para prototipos y *fittings*? —planteo repasando el calendario que me ha entregado—. ¿No le parece un poco justo de tiempo? —pregunto frunciendo el ceño.

—Ni un día más ni un día menos; esta colección debe estar en Tiendas a principios de marzo, así que péguese al cuello de Sabina y no se mueva de Confección si lo considera necesario, pero haga que se cumplan los plazos —me ordena frunciendo el suyo.

»Virmings Group será la responsable de llevar a cabo la campaña publicitaria; ya conoce al señor Jones, ¿verdad?

—Por supuesto.

¡Como para olvidarlo...!

—El miércoles 21 a las nueve vendrá con la modelo para realizar el *fitting*. Sabina deberá estar también presente, por si hubiera que hacer algún retoque, y ese mismo día deberá quedar todo listo, pues el *shooting*¹¹ será al día siguiente.

»Pilar, la responsable de Publicidad y Marketing, ya tiene la fecha anotada en su agenda, pero anótela usted también, porque quiero que esté presente.

—Pero yo nunca he asistido a ninguna sesión de fotos. ¿Y si hago una combinación que no le gusta? ¿Y dónde van a realizarla? —le pregunto atropelladamente, agobiándome por momentos, pues nunca he estado presente en un *shooting*.

—Relájese, ¿quiere? —me pide apoyando sus antebrazos sobre la mesa—. Se llevará a cabo en la finca que poseen los hermanos Domínguez. Tienen una propiedad muy extensa, con caballos, vides y árboles centenarios, que contrastarán con la elegancia *boho chic* de la colección, y por el tema de la publicidad no se preocupe: el señor Jones no necesita que nadie le diga cómo debe hacer su trabajo. Además, las prendas que utilizará la modelo ya están seleccionadas e incluidas en el calendario de confección, por lo que usted sólo deberá ir en calidad de diseñadora para comprobar el estilismo final del *outfit*.¹² Además, no olvide que cuenta con Pilar.

»Tenga en cuenta que el señor Jones dispone únicamente de dos días para realizar el *shooting*, y la finca queda muy lejos de Madrid, por lo que necesito que no haya ningún fallo en cuanto a la ropa o los complementos. Que María Eugenia, Pilar y Sabina le expliquen todo lo que precise saber, pero, como no se cumplan los plazos o el señor Jones tenga algún problema, seré yo quien la ponga en recepción a coger el teléfono, ¿lo tiene claro? —me amenaza frunciendo el ceño—. Tiene gente y medios de sobra para conseguirlo, ¿cree que sabrá hacerlo? —me reta con la voz acerada.

—Lo intentaré, ¿algo más? —replico molesta.

—Quiero estar al tanto de todo lo que suceda, así que, cuando realice el informe, póngame hasta lo que ha comido ese día, ¿está claro?

—Pero ¿usted no va a regresar? —demando finalmente, sin poder frenarme.

—Eso no es asunto suyo; límitese a cumplir con su trabajo. Puede irse —me ordena fijando su atención de nuevo en la pantalla de su ordenador—. Ah, otra cosa: la nueva colección ha llegado con intención de quedarse y usted

continúa siendo la responsable, puede mantener el equipo o cambiarlo, decídalo con María Eugenia.

—¿Yo? ¿Pero eso...?

—¿Piensa rebatirlo todo? —sisea entre dientes, fulminándome con la mirada—. Hágase un favor y empiece a ser un poco más lista...

—Y menos estúpida, ¿verdad? —lo corto con dureza.

—Exacto —sentencia cogiendo un documento que me tiende—. Aquí tiene la factura de su batería; guárdela por si tuviera algún problema en el futuro.

—Descuenten el importe de mi nómina —le pido, viendo con alivio que no es excesivamente cara.

—Corre de mi cuenta, no se preocupe —responde con sequedad.

—No, gracias —niego cortante, levantándome—. Usted únicamente es mi jefe y mis cosas las pago yo —mascullo con dolor, recordando cada uno de los momentos vividos junto a él el sábado.

—Como quiera; hablaré con Recursos Humanos para que se lo descuenten —me anuncia con indiferencia—. Márchese.

Le sostengo la mirada durante unos segundos, alzando el mentón con orgullo, y finalmente salgo de su despacho sin saber cómo sentirme, pues este hombre tiene la capacidad de emocionarme y hundirme en la miseria más absoluta en una conversación de apenas unos minutos... «Se marcha a Londres... —me fustigo caminando hacia mi departamento, regodeándome en mi pena—. Me saca de Dreams, mi sueño, nunca mejor dicho, y en cambio me ofrece uno mayor: ver cómo la colección a la que le he dedicado tantísimo esfuerzo toma vida ante mis ojos... y de nuevo se marcha, y no sé si volveré a verlo.»

Durante el resto de la mañana me dedico a terminar los bocetos que tengo entre manos de la colección Dreams y, a la hora de la comida, hablo más que como, pues mi amiga está ansiosa de información.

—¿Te acostaste con él? —casi me escupe al preguntármelo con su plato de espaguetis delante.

—Sólo fue un paréntesis.

—¿Un paréntesis? Pero ¿qué mierda es ésa? —me espeta dejando el tenedor de malos modos sobre la mesa—. ¡El tío estaba cachondo y ahí estabas tú, lista para decirle a todo que sí!

—No te pases, no fue así; tú no lo entiendes —murmuro cansada.

—¿Cómo que no lo entiendo? ¡Tú sí que no lo entiendes, princesita! ¡Déjame que te diga que se está aprovechando de ti, y tú estás tan ciega que no quieres verlo! Ahora soy Gael, mañana seré Elkann... pero ¿qué idiotez es ésa?

¡Yo soy Greta, hoy, ayer y mañana!

—No pienso volver a contarte nada como no te relajes.

—¿Que me relaje? ¡Venga ya, tía! ¡Sólo te falta decirme que no lo entiendo porque no lo conozco!

—Pues es justo lo que iba a hacer. Greta, no es como tú lo ves; hay algo en su vida que le impide que estemos juntos, a pesar de que estoy segura de que lo desea tanto como yo.

—Claro, las cientos de tías que si estuviera contigo no podría tirarse. ¡¿Qué coño?! ¡Lo haría igual! A ese tío le importa bien poco tener o no pareja.

—Te estás pasando —farfullo enfadada por cómo está distorsionándolo todo.

—¡Lo que hay que oír! ¡Ahora soy yo la que me estoy pasando! ¡Me parto contigo, princesita!

—Hace tiempo que te conté nuestra historia, lo jodido que estaba cuando nos conocimos, y estoy segura de que continúa igual, sólo que ahora tiene algo a lo que aferrarse y entonces no lo tenía.

—Déjame que te diga una cosa: que se largue a Londres es lo mejor que puede sucederte, y encima te ha puesto a hacer el trabajo de María Eugenia. Aprovéchate de eso y olvídate de él. Si es verdad que está jodido, terminará jodiéndote a ti.

—Come y calla de una vez, se hace tarde —le pido haciendo a un lado mi plato de comida, incapaz de probar bocado.

El resto del día no lo veo y, aunque para mi amiga es lo mejor que puede sucederme, para mí no hay peor tortura que ésa.

Capítulo 42

—María Eugenia, ¿puedo hablar contigo? —le pregunto un poco antes de que termine nuestra jornada laboral.

—Siéntate —me pide—. Ya me ha dicho Elkann que serás la encargada de llevar el control de los prototipos y estarás presente en el *shooting*.

—Sobre eso quería hablar contigo —murmuro sentándome a su lado, sacando fuera todo el agobio que ha ido en aumento durante el día—. ¿Y si no sé hacerlo, María Eugenia? ¿Y si meto la pata? ¿Y si Elkann me despide?

—¿Y siiiii? ¡Ay, hija, qué agonías eres! —me asegura entre aspavientos—. ¿Tan poco confías en ti misma? —me plantea con seriedad, mirándome por encima de sus gafas—. Mira, vas a pegarte a mí y a entender en qué consiste todo esto; te aseguro que en unos días vas a saber manejarte tú sola —afirma con convencimiento.

—Eso espero si no quiero terminar cogiendo el teléfono —murmuro intentando bromear, a pesar de que la sola idea me espanta.

—Otra cosa: me marcho a China con Elkann.

—¿Vais al superdesfile? —le pregunto con curiosidad, pues ese desfile está convirtiéndose en el acontecimiento del que todo el mundo habla.

—Vamos, te invito a un café —me propone levantándose y dirigiéndose a la puerta, dando por hecho que estoy siguiéndola.

—Digamos que vamos a matar dos pájaros de un tiro —me explica volviéndose y mirándome por encima de sus gafas de pasta sin dejar de caminar—. Como bien has dicho, China está preparando un macroevento de la moda, algo excepcional que puede que no vuelva a repetirse nunca —me cuenta emocionada—. Chanel, Versace, Dolce & Gabbana, Carolina Herrera, Elie Saab, Giambattista Valli, Valentino, Dior... todos los grandes estarán presentes, con colecciones únicas inspiradas en la cultura milenaria china: los cerezos en flor, las geishas, los dragones... Todo quedará representado en los tejidos y en los diseños, que seguro que se incluirán en posteriores colecciones. Imagínate la *bomber* que diseñaste con un estampado oriental, sería brutal. Fíjate en la importancia que tiene este evento que incluso Anna Wintour ha confirmado su asistencia; como comprenderás, nosotros no podemos faltar —me aclara

enarcando una ceja— y, aunque los desfiles van a celebrarse en Shanghái, primero iremos a Pekín, donde... ¿cómo te gusta el café? —me pregunta dejando a un lado sus explicaciones.

—Solo —contesto deseando que las retome cuanto antes, muerta de curiosidad.

—El caso es que D'Elkann va a empezar a fabricar en China —me confiesa entre cuchicheos.

—¿Cómo? —exclamo casi a voz en grito.

—Ay, hija, no chilles. Vamos —me pide reanudando el paso y entrando en una de las salas de reuniones—, siéntate —me ordena mientras se sienta y deja el humeante café sobre la mesa—. Lo que hablemos tú y yo se queda aquí dentro, ¿está claro? De momento esto es algo que sólo sabe Greta como responsable de Temporada y Pronto Moda y nadie más, así que chitón.

—¿Greta lo sabe?

—Sí y, al igual que tú, no está autorizada a contarlo de momento.

—Tranquila, no diré nada.

—Más te vale —suelta mirándome con seriedad—. A lo que íbamos: hemos crecido demasiado rápido y estamos empezando a fallar; las colecciones no llegan a tiempo, cada vez tenemos más quejas de los jefes de tienda porque no hay la rotación que debiera y eso es algo que no podemos permitirnos, por lo que hace unos meses tomamos la decisión de empezar a fabricar en el extranjero parte de las prendas de temporada y dejar a nuestros talleres la producción de pronto moda, además de las de alto valor añadido, como son las prendas de la colección Dreams o de esta última que hemos creado ahora.

»Digamos que este viaje tiene una doble finalidad: por una parte lo que es obvio y, por otro lado, ir a visitar las compañías seleccionadas para fabricar nuestras prendas más básicas y esenciales.

—¿Y quién ha seleccionado las empresas?

—Maurice —me responde con fastidio.

—Ya veo —le digo medio sonriendo, pues mi jefa y él mantienen una relación de amor-odio.

—El odioso Maurice —matiza mirándome por encima de sus gafas—. ¡¡¡Detesto a ese hombre!!! Además, necesito ver por mí misma los tejidos que van a adquirir, cómo fabrican en esas empresas y, sobre todo, dejar claros los plazos de entrega.

—Bueno, por lo que he oído, Maurice es una apisonadora; no creo que debas preocuparte mucho por los plazos. Además, Elkann estará presente y él es muy exigente.

—¡No me importa! —me rebate—. ¡Quiero estar presente! Para Maurice todos los tejidos son iguales, ¡oh, *my* Diorrrr!, si cualquier día querrá hacerme creer que una sarga es lo mismo que una seda. ¡Voy a envejecer por su culpa! —me dice dramáticamente, pues Maurice, como responsable de Compras, es el encargado de negociar los precios y muchas veces, y sin contar con María Eugenia, ha variado las calidades con tal fin.

—¿Y cuándo te vas?

Lo que realmente quiero preguntar es cuándo se va y cuándo regresa.

—El jueves 22, el mismo día que tienes el *shooting* de la nueva colección —me confirma levantándose—. No tendrías por qué, pero, si necesitaras algo durante mi ausencia, puedes hablarlo con don Manuel o enviarme un correo electrónico —añade dando por concluida la reunión—. Y ahora, a trabajar. Mañana te quiero en la planta de confección a las nueve en punto, y sé puntual, que no tenga que estar esperándote.

—No lo harás, ¿algo más? —formulo todavía asimilando toda la información.

—Sí, empieza a disfrutar —me recomienda con una media sonrisa.

—¿Cómo?

—Tú solita te darás cuenta —me asegura enigmática, saliendo por la puerta y dejándome sola en medio de esta enorme sala de reuniones.

Llego a mi casa tan decaída como cuando me he marchado esta mañana y, tras darme una ducha y picotear algo en la cocina, me acuesto. No estoy de humor para nada y lo único que deseo es dormirme para dejar de recordar.

Despierto temprano; hoy es mi primer día en mi «nuevo puesto» y no quiero llegar tarde ni tampoco decepcionar a María Eugenia, por lo que me doy prisa en arreglarme. «Cuanto antes salga de casa, mejor, no sea que pille atascos», me digo obligándome a no pensar más en él y negándome a seguir sufriendo. Pero una cosa son mis deseos, que «de boquilla» parecen sencillos, y otra cosa bien distinta es llegar a conseguirlo. Si hace ocho años me costó la vida hacerlo a un lado, esta vez no va a ser mucho más fácil.

—Pero lo harás, princesita —le digo con seguridad al rostro desolado que me mira a través del espejo.

Una vez lista, me dirijo a por mi coche, recordándome que lo que voy a vivir es mi sueño hecho realidad y, tras dejar mis cosas en el asiento del copiloto, enciendo la radio, donde el locutor está dando los buenos días mientras yo me incorporo al tráfico brutal que ya circula por Madrid a pesar de lo temprano que es.

—Suerte que he salido con tiempo —murmuro para mí mientras espero a que el semáforo se ponga en verde, sonriendo ante el cachondeo que llevan los locutores de la radio.

Y entonces lo veo y el mundo se detiene, enmudeciendo en el acto, pues soy incapaz de seguir escuchando ni ver nada que no sea él, mientras sujeto con fuerza el volante sin percatarme de mi gesto...

Va caminando por la acera aferrando la manita de un niño con necesidades especiales, con el rostro relajado y sonriente... «Lleno de amor» es lo primero que procesa mi mente... «Pero ¿quién es ese niño?», me pregunto mientras el semáforo se pone en verde y los coches de mi alrededor comienzan a tocar el claxon, apremiándome para que me mueva, pero lo único que puedo hacer es reaccionar a cámara lenta de la misma forma en que lo está haciendo mi agarrotado cerebro, y de nuevo me vuelvo para mirarlo, mientras él, ajeno a todo lo que está sucediendo a su alrededor, va hablando con el crío, que sonríe feliz, camino del colegio Santos García.

Por eso D'Elkann está tan concienciado con esa causa, por eso la recaudación de la cena se destina íntegra a este colegio... porque «¿tiene un hijo?», me atrevo finalmente a pensar.

Los insultos por parte de los conductores que me adelantan y los sonidos de los cláxones me hacen reaccionar finalmente y estaciono mi vehículo en una zona destinada a taxis. Salgo del coche y, corriendo, me dirijo hacia allí atando cabos. Ese niño tendrá unos nueve años, diez... a lo sumo... Entonces, cuándo nos conocimos... ¿ya era padre? Pero ¿y la madre?

Llego hasta el colegio y espero impaciente ante la puerta, deseando que salga, mientras otros padres van llegando con sus hijos e, incapaz de mantenerme callada, detengo a una mujer que camina aferrando la manita de una niña más o menos de esa misma edad.

—Buenos días, ¿podría responderme una pregunta? —le planteo intentando no parecer una loca ansiosa de información, que es como realmente me siento.

—Claro, ¿dígame?

—¿Sabe si el hijo de Gael Elkann estudia en este colegio? —suelto excediéndome claramente.

—¿Nachete? ¡Claro! Tiene un año más que mi hija, ¿por qué lo pregunta? —me plantea de repente con desconfianza.

—Por nada, me ha parecido verlo entrar y soy amiga suya, gracias —murmuro despidiéndome de la mujer y mirando de nuevo hacia la puerta, deseando que salga cuanto antes.

Y entonces lo hace y de nuevo siento cómo mi mundo se detiene, cómo lo detiene él con su mera presencia y su mirada, pues la sorpresa inicialmente mostrada al verme ha sido sustituida rápidamente por la furia y la ira creciente, mientras llega hasta mí, consiguiendo que me sienta una intrusa que ha entrado en su vida sin pedir permiso.

—¿Qué hace aquí perdiendo el tiempo, señorita Costa? Tenía entendido que a las nueve tenía que reunirse con María Eugenia en Confección —sisea destilando rabia por todos los poros de su piel.

—¿Por eso no quieres estar conmigo? —suelto a bocajarro, entendiéndolo todo, sin dejarme amilanar por su furia—. ¿Porque tienes un hijo?

—¿Qué coño estás diciendo? —me pregunta en un siseo.

—Te he visto entrar con él —murmuro haciendo acopio de todo mi valor.

—No te metas en mi vida, Luna; tú no sabes nada —me replica con dureza, dándose la vuelta para alejarse de mí otra vez.

—¡Sé que te quiero! —le respondo alzando la voz, consiguiendo que se detenga y se vuelva hasta quedar frente a mí—, sé que quiero estar contigo —murmuro acercándome lentamente a él—. Aquí, en Londres o donde tú estés, no me importa —le confieso viendo cómo la furia de su mirada va desapareciendo—. Sé que no me importa que tengas un hijo, o dos, o los que sean —añado ante su intensa mirada—; no me importa, porque te quiero.

—¿Cuántas veces he de repetirle que empiece a ser más lista? —inquire con dureza, con todas sus corazas puestas de repente—. No me importa que me quiera ni lo que desee; usted no tiene cabida en mi vida ni yo en la suya, acéptelo de una puta vez —me pide con voz entrecortada—. Lárguese, va a llegar tarde —masculla dándose la vuelta y empezando a alejarse de mí de nuevo.

—Nunca volverás a repetírmelo, Gael, te lo prometo —le aseguro con dolor, sintiendo cómo las lágrimas se deslizan por mis mejillas.

Se gira y durante unos microsegundos su mirada atormentada es un puñetazo en mi pecho, pero, antes de que pueda reaccionar, se da la vuelta para desaparecer, mezclándose entre la gente que abarrota la acera mientras yo permanezco en medio de ella con el mundo girando a gran velocidad a mi

alrededor, como aquella noche, sólo que hoy es de día y brilla el sol, a pesar de que en mi interior la negrura está absorbiendo toda mi luz, hasta dejarme completamente a ciegas.

No sé el tiempo que permanezco mirando al vacío, sin ser capaz de pensar, sentir o ver nada más que no sea lo que acaba de suceder. Finalmente, y cuando consigo hacerme con el control de mi cuerpo, me dirijo hasta donde está estacionado mi vehículo sintiendo el corazón pesado como una losa dentro de mí.

—¡Señorita! ¡Aquí no puede aparcar, coño! ¡Esto es de uso exclusivo para taxis! —me reprende un taxista—. ¡Si es que mujer tenía que ser, leches! —masculla dándole una calada a su cigarro antes de tirarlo al suelo.

Aunque en otras circunstancias lo hubiera mandado a la mierda rapidito, hoy no puedo. «Que diga lo que quiera, ¿a mí qué me importa? —me pregunto secándome las lágrimas y dándole al contacto—. Le he dicho que lo quiero y me ha contestado que sea más lista... a él también debería mandarlo a la mierda.»

El trayecto hacia la empresa lo realizo entre lloros, analizando todo lo que ha sucedido sin lograr entenderlo. ¿Por qué ese empeño en dejarme fuera de su vida?

—No te importa, ya nunca más va a importarte —afirmo en voz alta—. Jamás volverás a pensar en él —me ordeno a mí misma, y esta vez estoy segura de que lo conseguiré. Hoy ha salido de mi vida para siempre.

Capítulo 43

«Llego tarde a la empresa, realmente muy tarde», me fustigo y, tras estacionar mi vehículo en el parking, cojo el ascensor, pero esta vez no pulso la quinta planta, sino la tercera, donde está ubicado el Departamento de Confección, y, cuando las puertas se abren, me dirijo al final del pequeño *hall*, donde tras una doble puerta de acero se encuentra el taller. Éste es enorme, montado a lo grande, con interminables filas de máquinas de coser, donde nuestros diseños van cobrando vida.

Diviso a mi jefa hablando con Sabina y me encamino hacia ella, que me mira furiosa. Avanzo con seguridad sosteniéndole la mirada, con la decisión de dejarlo ir asentándose en mi interior y con otra bien distinta asentándose a su lado... la de llegar a la meta, y entonces su voz en mi mente y la conversación que mantuvimos hace tantos años aparecen... «¿Trabajar en Massa Woman es tu meta? —quiso saber—. «No, trabajar en Massa Woman es sólo el principio; la meta será crear mi propia línea de ropa», le respondí.

Ese recuerdo, tan claro y vívido, me deja clavada en mitad de la cadena de confección, con el sonido de las máquinas de fondo y, con la certeza de que voy a llegar a ella, reinicio la marcha hasta llegar donde están mi jefa y Sabina.

—Vaya, por fin has llegado —farfulla entre dientes.

—Siento el retraso, no volverá a suceder; he tenido un contratiempo, pero ya está solucionado.

—Por tu bien espero que no se repita. Vamos, tenemos trabajo que hacer.

Entre Sabina y María Eugenia me muestran toda la planta, explicándome cada uno de los procesos de confección, desde el momento en que las prendas suben de Corte hasta que, una vez confeccionadas, se colocan, ya planchadas, etiquetadas y con las alarmas colocadas, en la zona pertinente para ir posteriormente al centro logístico, donde se cargarán las alarmas y desde donde se distribuirán a todas las tiendas.

De ahí bajamos a la segunda planta, donde se encuentra el Departamento de Patronaje y Corte, y de nuevo las escucho con atención, asombrada por los amplios conocimientos de mi jefa y maravillada por lo que ha conseguido Gael

en tan poco tiempo, pues D'Elkann es una empresa relativamente joven para el potencial que maneja, con la seguridad de que están preparándose para ser la segunda diseñadora de a bordo, por muy increíble que me parezca.

Establezco una rutina diaria con la que me mantengo a flote. Todos los días llego a Confección a las nueve y, puesto por puesto, reviso los diseños que han dejado de ser bocetos para ser prototipos, y, tras preparar el informe pertinente que envío al correo que me facilitó Gael, me dirijo a Diseño, donde, sentada al lado de María Eugenia, absorbo como una esponja cada una de sus explicaciones, para regresar a Confección después de la hora de la comida donde preparo el segundo informe que envío a Gael, y todos los días, aunque me niegue a reconocerlo, espero una contestación de su parte, contestación que nunca llega.

Cargarme de trabajo hasta el cansancio, asistir a los *ittings* y tener un objetivo por cumplir me ayuda a no pensar en él, incluso cuando paso por delante de la puerta de su despacho o del colegio Santos García. Me he obligado a dejarlo fuera y poco a poco y con una voluntad de hierro voy consiguiéndolo.

A nadie le cuento nada de nuestro último encuentro, ni a Greta, y, aunque me temo que se huele algo, tiene la prudencia de no preguntármelo, feliz de verme alejada de él y por fin con las ideas claras.

* * *

Estamos a 21 de enero, con los prototipos validados, la materia prima recibida y el Departamento de Confección echando humo. Hoy me reuniré con el señor Jones y la modelo, y estoy emocionada. Ver los diseños a los que tantas horas he dedicado convertidos en prototipos es un sueño hecho realidad y, por fin, no debo «recordarme» que estoy emocionada porque realmente es como me siento. Estos días al lado de María Eugenia, Sabina y Pilar me han dado la seguridad que necesitaba y puedo respirar tranquila y empezar a disfrutar, tal y como me recomendó que hiciera mi jefa.

Llego a las ocho y media a la empresa, anticipándome a Sabina, y me dirijo al *fitting room*,¹³ donde, colgada en perchas y marcada, se encuentra la ropa elegida para el *shooting*, y, con cuidado y casi reverenciándola, la observo; los vestidos, los pantalones, las blusas, las faldas, «mi chaqueta»... Me recuerdo sola en el Departamento de Diseño, con la única luz de mi lámpara, borrando, dibujando, eligiendo tejidos, fornituras, hasta dar con el boceto perfecto; cada uno de estos diseños ha sido retocado por mí, mimándolo y dándole «la chispa»,

en palabras de Gael, que le faltaba y, aunque no lo es, casi la siento como mi primera colección y sonrío dejándome llevar por mi imaginación... colección cápsula de Luna Costa para D'Elkann... algún día...

—No sabía que ya habías llegado. —La voz de Sabina me saca de mis ensoñaciones y, con ella, regreso a mi presente.

—Buenos días, quería estar a solas con ella —murmuro aún sonriendo.

—Es una colección preciosa; yo ya tengo elegidos varios modelitos para mí.

—Sí que lo es —murmuro acariciando mi chaqueta—. ¿Qué hora es?

—Menos cinco, estarán al caer —me dice refiriéndose al señor Jones y a la modelo.

—Voy a recepción a esperarlos —le comento dispuesta a ser la profesional que no fui la primera vez que conocí al señor Jones.

Llego a recepción en el mismo momento en que lo hacen ellos y, durante unos segundos, los observo sin que se percaten de mi presencia. «¡Pero si es la modelo de Promesses! ¡Madre del amor hermoso! ¿Será ella también la modelo de D'Elkann?», me pregunto abriendo desmesuradamente la boca, tanto que mi mandíbula corre serio peligro de desencajarse de un momento a otro.

Van cogidos de la mano y a todas luces son la pareja perfecta, él tan increíble como lo recordaba, su altura, su pelo rubio, sus intensos ojos azules, su postura dominante... y luego ella... con esos ojazos verdes y su larga melena ondulada, caminando de su mano y sonriendo ante algo que supongo que le habrá dicho, y recuerdo el anuncio, la recuerdo a ella tumbada sobre la arena, saliendo del agua mirando fijamente a la cámara... «Ese anuncio es tan bonito... he escuchado cientos de veces esa canción y se la escribió él», pienso con envidia, obligándome a reaccionar y a cerrar la boca, que no se me ha desencajado de milagro.

—Buenos días. Encantada de verlo de nuevo, señor Jones —lo saludo con una sonrisa, acercándome a ellos y tendiéndole la mano, que acepta.

—Buenos días, señorita Costa. Le presento a la señorita Ferreño, la modelo elegida para la campaña y también mi pareja —me dice con voz grave, mirándola con orgullo y guiñándole un ojo que me ruboriza hasta a mí.

¡Madre mía! ¡Pedazo tío! ¡Ole ahí! ¡Sí, señor! A mí me guiñan un ojo así y caigo espatarrada en el acto.

—Encantada, señorita Costa —me dice en inglés con una cálida sonrisa, tendiéndome la mano.

«Como para no sonreír —me digo—; con un monumento así al lado yo iría dando saltos como los canguros...», y, antes de pensar en él, lo anulo de mi recuerdo.

—Luna —farfulto—, encantada.

—Pues entonces llámame Paula —me dice con simpatía.

—Sígueme, por favor, ya lo tenemos todo listo —murmuro intentando mostrar una seguridad que no siento ni de lejos, pues el señor Jones es de las pocas personas que conozco capaz de intimidarme tan sólo con su presencia.

—Me ha contado Philip que has diseñado esta colección —me comenta Paula rompiendo el hielo, pues él permanece callado y yo estoy aterrada por hacerlo bien y causarle una buena impresión.

—Bueno, no exactamente: hemos sido un equipo de varias personas. Además, María Eugenia, la diseñadora de la casa, ha realizado muchos de los bocetos.

—No se quite méritos, señorita Costa. Según tengo entendido, usted ha revisado y modificado cada uno de ellos —me rebate Philip, mirándome con determinación.

—Hemos llegado —murmuro abriéndoles la puerta y haciéndome a un lado para facilitarles la entrada, alagada por la matización de Philip—. Sabina, te presento al señor Jones y a la señorita Ferreño —le digo en español, pues a mi compañera la sacas del *hello* y del *by, by* y va perdida, y pasándome al inglés prosigo—. Señor Jones, Paula, ella es Sabina, la responsable del Departamento de Confección.

—Vamos a volverte loca. ¿Por qué no hablamos directamente en español? Así Philip puede ir practicando —me dice Paula mirando a Philip con picardía.

—¿Entiende el español, Señor Jones? —intervengo en ese idioma.

—Un poco, tengo una buena profesora —me contesta con una media sonrisa.

—Dentro de poco te veo hablando hasta en francés —le contesta Paula guiñándole un ojo.

—Para eso ya te tengo a ti, nena —le rebate con complicidad ante la mirada asombrada de Sabina y la mía... ¡Oh, *my* Diorrrr! ¡Ese *nena* es un fulmina bragas!

—¿Es ésta la ropa? —me pregunta Paula intentando ocultar su sonrisa, llegando hasta el perchero donde está colgada.

—Sí —le contesto nerviosa por saber su opinión. Es la primera persona ajena a la empresa que la está viendo y estoy deseando ver su reacción.

—Vaya... —susurra revisándola con cuidado ante la atenta mirada de Philip, dándome la sensación de que, si ella le pidiera la luna, él se encargaría de entregársela de algún modo, pienso de nuevo con envidia.

—Es una pasada esta chaqueta —murmura cogiéndola e inflándome como un pavo—; es una preciosidad. Mírala, Philip, ¿verdad que es maravillosa?

—Sí que lo es —responde sonriendo.

—¿Empezamos? —les pregunto mirándolos a ambos. ¡Menudos tortolitos!

—¡Por favor! ¡Estoy deseando probarme todas estas prendas!

—¡Y yo estoy deseando que lo hagas! Toma, empecemos por esto —le propongo tendiéndole el vestido rosa empolvado—. Ahí tienes un probador, ¿calzas un treinta y siete, verdad?

—Vaya, veo que estáis informados —me dice cogiendo el vestido que le tiendo.

—Alguien nos facilitó tus medidas —contesto sonriendo.

—¿Quién sería? —me pregunta mirando a Philip con una sonrisa traviesa, a lo que él responde con otra.

«Como esto continúe así, voy a morir ahogada por la envidia...»

Uno a uno va probándose los todos, ante nuestra mirada de asombro y fascinación, porque, si como bocetos eran bonitos, en movimiento son brutales, y tengo que contenerme para no ponerme a llorar y a reír a la vez de emoción, pues cada uno de ellos ha sido supervisado y modificado por mí... mis bebés en el mundo, al fin.

—Paula, estás guapísima, de verdad —murmuro alucinada—. Si tuviera que elegir qué vestido te queda mejor, no podría decidirme.

—En eso coincidimos, señorita Costa —me dice Philip apoyado en la pared, mirándola con intensidad.

—Déjalo, Philip —contesta ruborizada con una media sonrisa.

—No he dicho nada, nena —le responde con voz grave.

—Toma, queda esta cazadora, que te pondrás con esta falda y este corpiño —le explico rompiendo el momento electrizante que han creado sin pretenderlo, controlando las ganas de abanicarme con la mano.

—Esa chaqueta es cojonuda —interviene Philip acercándose a mí—, pero para el reportaje no la llevará con eso.

—¿Ah, no? —inquiero descolocada por la seguridad con la que lo ha dicho.

—Tanta ropa le resta protagonismo. ¿Tiene un *jeans* esta colección?

—¿Un *jeans*? —murmuro con la mandíbula desencajada. De entre toda la ropa que tiene para elegir... ¿quiere un simple pantalón vaquero?

—Sí —insiste con seguridad, consiguiendo que me sienta una estudiante de primero.

—Pues no... no lo hay.

—¿Puede diseñarlo y confeccionarlo en un día? No hace falta que vaya a su estudio, hágalo aquí.

—Señor Jones, esto no funciona así. Elkann dejó claro cómo iban a ser las combinaciones y no sé...

—¿Está aquí? —me corta con sequedad, intimidándome.

—¿Quién?

—¿Quién va a ser? Elkann —me suelta armándose de paciencia.

—No —musito—. Pero no podemos confeccionar un *jeans*; nosotros no disponemos de lavandería propia y le aseguro que no van a lavarnos una sola prenda —replico.

—Pues diseñe un pantalón con un tejido que no necesite un lavado posterior, ¿podrá hacerlo? —me pregunta frunciendo el ceño y recordándome demasiado a Gael.

—¿No le sirve ninguno de los pantalones que tenemos aquí? —contesto un poco molesta.

—No, no me sirven —sentencia intimidándome más si cabe con su seguridad y su mirada.

—¿Y para debajo de la chaqueta? —le pregunto como si todos mis conocimientos se hubieran volatizado de repente y fuera incapaz de encontrarle una combinación adecuada... «*Pa matarme.*»

—Esta simple camiseta de seda blanca —me responde cogiendo una camiseta de seda de cuello caja—. Diseñe un pantalón sencillo pero diferente, y sobre todo que no le reste protagonismo a la *bomber*.

Y aunque es una locura lo que me está proponiendo, tiene razón; me gusta lo que en mi cabeza se está desarrollando, gracias a Dios, y sin querer frenarme le digo a Sabina:

—Quiero un patronista libre en una hora, un cortador en hora y media y una cadena de confección lista para pasar el pantalón, ¿podrás hacerlo?

—Aunque van a matarme, dalo por hecho —afirma entusiasmándose conmigo.

—Empiece a buscarme un hueco en su empresa, señor Jones, por si Elkann me despide —le digo a Philip bromeando.

—Estaría loco si lo hiciera —me responde enigmático.

—¿Pueden venir esta tarde a las tres? —pregunto frenándome para no ponerme a abanicarme con la mano... ¡Dios, qué hombre!

—¿Puedo quedarme contigo? —me pide Paula de repente—. Me encantaría ver cómo lo diseñas; te prometo que no abriré la boca y no te molestaré.

—¡Claro! Así te tenemos a mano por si necesitamos algo.

—Llámame cuando termines y vendré a recogerte —le propone Philip en un susurro llegando hasta ella—. A mí también me gusta tenerte a mano.

«¿Ha dicho lo que he creído oír? ¡Seguro que no!», me digo con la mandíbula oficialmente desencajada, incapaz de alejar mi mirada de semejante monumento andante, con la boca tan abierta que hasta me duele, pero eso no es nada cuando la coge por cintura y le estampa un beso de narices delante de nosotras... ¡¡¡¡¡Oh, myyyy Diorrrrrr!!!!

—Nos vemos, nena —Nenaaaaa, ¡yo quiero que me llamen nena y me den esos besos!—. Hasta luego —nos dice a Sabina y a mí, que estamos a punto del infarto, antes de marcharse.

—¿Preparada, Paula? ¿Lista para correr? —le pregunto cuando sale del probador vestida ya con su ropa.

—¡Lista! —me responde entusiasmada.

—¡Pues a mover el culo! ¡Una hora, Sabina!

Dicho esto, salgo por la puerta disparada, directa a la zona de patronaje seguida por Paula.

Nos sentamos en una mesa vacía y, tras coger un folio, lápiz y colores, empiezo a dar forma al boceto a grandes rasgos. Philip me ha pedido un pantalón diferente y a la vez original. «Podría hacer un pitillo; no... demasiado visto —me digo borrándolo—. Mejor un *jogging* o un pantalón pijama o... ¡un *culotte*! ¡Justo! Podría combinarlo con las bailarinas de ballet que diseñé, ¡Oh, my Diorrrr! ¡Me encanta! Lo haría con la seda verde oliva que lleva uno de los rebites de la *bomber* —pienso matizándolo—. Además, si la sesión es en una finca rodeada de vides, este color es perfecto.»

—Vaya, ¡qué pasada de pantalón! —murmura Paula admirándolo.

—¿Te gusta? —le pregunto percatándome de que la tengo a mi lado. Había estado tan enfrascada en el diseño del boceto que me había olvidado por completo de ella.

—Me encanta.

—A mí también —murmuro mirándolo—. Vamos a terminarlo.

Al boceto le siguen los planos, los figurines y las fichas técnicas y, antes de la hora, lo tengo todo listo.

—¿Siempre es así? —me pregunta Paula.

—¿El qué?

—Cuándo diseñas. Has diseñado ese pantalón en unos minutos y apenas has dudado —me dice fascinada.

—No y sí. Hay veces en que todo surge como hoy, y otras ocasiones en las que te bloqueas y no hay forma —le aclaro sonriendo, mientras marco el teléfono de Sabina para preguntarle quién realizara el patrón del pantalón.

Tras confirmarme que será Hugo, me dirijo a su mesa seguida por Paula.

—Hola, Hugo. Me ha comentado Sabina que serás tú quien realice el patrón del pantalón. Te dejo la ficha técnica, pero no recuerdo exactamente la referencia de la seda, ¿la tienes a mano?

—Claro, espera y lo vemos en un momento —me dice accediendo al ordenador y abriendo la colección...

—¿Perdona?... —mascullo casi pegándome a la pantalla del ordenador—. ¿Pone Posidonia? ¿La nueva colección se llama Posidonia? —murmuro en un hilo de voz, sintiendo cómo la tierra se abre bajo mis pies... Dreams, Posidonia... Pero ¿a este hombre se le va la cabeza o pretende que se me vaya a mí?

Capítulo 44

—Luna, ¿estás bien? —me pregunta Paula preocupada, pero no puedo contestarle mientras la ira cubre cada partícula de mi cuerpo.

—Aquí tienes —mascullo tras anotar la referencia—. Cuando lo termines, pregúntale a Sabina quién lo cortará y se lo entregas, por favor —susurro sintiendo el frío recorrer mi cuerpo.

—Oye, ¿sucede algo? —insiste Hugo ante mi cara desencajada.

—Nada —murmuro.

Necesito salir de aquí y, como una flecha, abandono el departamento, ansiosa por llegar a un lugar donde pueda dar rienda suelta a toda mi frustración sin parecer una loca de atar, mientras la furia teñida de calor arrasa con el frío paralizante que ha cubierto cada átomo de mí.

—Pero ¿cómo se puede ser tan cabrón? —bramo encerrándome en el *fitting room*, ante la mirada alucinada de Paula.

—¿Quién? ¿Quién es el cabrón? —me plantea preocupada.

—¡¡¡Él!!! ¡¡¡Gael es el cabrón!!! —le contesto sin dejar de dar vueltas por la habitación.

—¿Gael es un cabrón? —me demanda sin entender nada.

—Un cabrón, no, ¡¡¡¡un cabronazo!!!! ¿Lo conoces? No, seguro que no —mascullo anticipándome a su respuesta—. ¿Y sabes por qué? Porque, si lo conocieras, no hubiera tenido que plantearte a quién me refería, ¡tú misma lo hubieses deducido! —divago entre temblores provenientes de la rabia.

—Claro que lo conozco, es muy amigo de Philip. La verdad es que son como hermanos —me aclara con cautela.

—Pues, si lo ves dile... ¡¡¡¡que se vaya a la mierda!!!! —suelto bufando como un toro—. Es que, si lo tuviera delante, me lo cargaba; lo cogería por el cuello y se lo retorcería hasta hacerlo entrar en razón... ¿Pretende volverme loca? —le pregunto en un quejido.

—¿A qué te refieres?

—¿Por qué no me deja olvidarlo? ¿Por qué no me deja seguir con mi vida? No quiere nada conmigo, pero no me deja ir.

—Oye, ¿por qué no vamos a tomarnos un café? Bueno, tú mejor una tila doble —me propone con dulzura.

—No, paso —respondo obcecada, sin dejar de bufar.

—¿Prefieres quedarte aquí con el cabreo monumental que llevas encima?

—A mí una tila no me hace nada, aunque sea doble —le digo cediendo.

—Ni a mí, pero mejor eso que un café. ¿Hay algún bar cerca de aquí? —me pregunta decidida saliendo de la habitación, dando por hecho que voy a seguirla.

—Claro —le contesto aún refunfuñando, siendo consciente de que debe de tener una opinión pésima de mí...

«Desde luego que estoy sembrada con estos dos», me fustigo respirando profundamente y empezando a seguirla.

Salimos de la empresa y entramos en el primer bar que nos viene de paso y, con mi tila delante y más calmada, empiezo a respirar con normalidad.

—¿Estás mejor? —se interesa amablemente.

—Sí, siento haber perdido los papeles antes —murmuro avergonzada.

—No te preocupes; la culpa la tienen ellos, por volvernos locas —afirma sonriéndome con complicidad.

—No creo que tú tengas muchos problemas con Philip.

—Ahora no, pero los tuve, créeme. No sabes las veces que lo mandé a la mierda y lo llamé imbécil —me asegura sonriendo.

—¿De verdad? —suelto con incredulidad. No me la imagino llamando imbécil a semejante portento y, menos, mandándolo a la mierda.

—Digamos que lo nuestro no fue un camino de rosas precisamente.

—¿Por qué? —le planteo, sintiéndome a gusto con ella. Supongo que compartir momentos de locura transitoria termina creando vínculos de algún tipo.

—Porque Philip era muy hermético y no me permitía conocerlo y, a pesar de que no dejaba de pedirme que confiara en él, tenía demasiados secretos a su alrededor como para poder hacerlo.

—¿Y qué hiciste? —le pregunto viendo reflejada nuestra historia en la suya.

—Te lo he dicho, mandarlo a la mierda —asevera con una carcajada—. Lo dejé y luego volvimos a retomarlo —me explica, esta vez con seriedad, sumiéndose en sus pensamientos—, pero luego tomé una decisión que nos separó de nuevo, hasta que nos dimos cuenta de que no podíamos vivir el uno sin el otro y ahora vamos a casarnos.

—¿Vais a casaros? Enhorabuena —la felicito con sinceridad.

—Gracias —me responde antes de dar un sorbo a su café.

—No creo que eso nos suceda a nosotros —murmuro mirando mi tila.

—Pero ¿estáis juntos Gael y tú? —me pregunta finalmente.

—No —respondo rotunda.

—Entonces... ¿por qué te has cabreado tanto al ver el nombre de la colección?

—Es una larga historia.

—Bueno, tenemos tiempo; según has dicho, tienen que hacer el patrón, cortarlo y confeccionarlo, ¿no es así?

—Sí, pero quiero estar presente cuando lo confeccionen.

—Aun así, tenemos una hora por delante —insiste con simpatía.

—No puedes contárselo a Philip, por favor; no quiero que le diga nada a Gael —murmuro sin poder creer que vaya a soltarlo, definitivamente se me ha ido la pinza.

—No te preocupes; lo que hablemos quedará entre nosotras.

Y entonces, para asombro mío, le cuento nuestra historia, la historia que llevo arrastrando desde hace ocho años y que para tortura mía no he conseguido olvidar.

—Vaya —susurra—. ¿Sabes?, Philip y yo tenemos un amigo en común, Charlie, «mi precioso» —me dice sonriendo—; él conocía cada uno de los «secretos» de Philip, pero siempre me decía que no le correspondía a él contármelos, pero que confiara en él y, aun así, yo no podía hacerlo.

»Siempre pensé que, si alguna vez estaba en la misma situación que Charlie, lo contaría para intentar «ayudar»... y ahora que puedo hacerlo, me doy cuenta de en qué situación lo ponía una y otra vez y lo mal que debió de pasarlo por nuestra culpa.

—¿Qué quieres decir? —inquiero completamente perdida.

—Yo no conozco tanto a Gael como Philip, pero sé su historia y te...

—¿La sabes? ¡Cuéntamela! Por favor, Paula; necesito entenderlo de una vez o me volveré loca —le suplico casi a la desesperada.

—No puedo, Luna —musita con tristeza—. No me corresponde a mí hacerlo; si él no te lo ha contado, yo no soy quién para hacerlo.

—¡Pero es que él no me lo contará nunca! —le espeto fuera de mis casillas.

—No puedo —me dice agobiada—, pero te aseguro que no es ningún cabrón; al contrario, es una de las mejores personas que conozco.

—Déjame que lo dude —le rebato con ironía.

—D'Elkann tiene dos colecciones Premium y ambas llevan nombres relacionados contigo, ¿no te dice nada eso?

—Sí, que está jugando conmigo, eso es lo que me dice.

—Te equivocas —murmura negando con la cabeza—. Sólo puedo decirte que tengas paciencia, él... digamos que no lo tiene fácil.

—¿Por qué? ¿Fue un niño traumatizado? ¿Está casado y no puede dejar a su mujer porque siente responsabilidad por el niño?

—Nada de eso... Déjalo, sólo te diré que, si lo quieres, luches por él; necesita que lo hagan.

—¿Necesita que luchen por él? —exclamo sin dar crédito.

—Y también que le hagan abrir los ojos —me responde enigmática—. A nosotros no nos escucha.

—¿A qué tiene que abrir los ojos?

—Déjalo, Luna. Estoy hablando demasiado, ¿volvemos?

—Sí, está haciéndose tarde —mascullo enfadada, aun sabiendo que no estoy siendo justa con ella.

—Lo siento, sé lo frustrada que te sientes y de verdad que me encantaría ayudarte, pero, si lo hiciera, estaría traicionando su confianza y también la de Philip.

—No te preocupes —secundo ahogando la rabia y las ganas que tengo de llorar—. De todas formas, no me importa realmente. He decidido dejarlo fuera de mi vida; que él haya puesto mi sobrenombre a esta colección —y se lo tatuara... recuerdo de repente— es cosa suya, no me importa en absoluto —mascullo con dureza.

—Si no te importara, no te hubieras puesto así. No seas cabezota y no cometas mis equivocaciones —me recomienda una vez fuera del bar.

—Es diferente, Paula. Tú estabas con Philip, aunque lo dejarais y lo retomarais, pero yo no... yo nunca he estado realmente con él, nunca me ha permitido acercarme suficientemente a él.

—Pero lo quieres, aunque desees dejarlo fuera.

—Lo he dejado fuera —le aseguro reafirmandome—. Le dije que lo quería y me contestó que fuera más lista.

—¿Y por qué crees que te lo dijo? Deberías pensarlo.

—Estoy cansada de hacerlo, muy cansada. Él sabe lo que siento por él y lo ha despreciado. Se terminó; su vida, su historia y sus problemas los quiere para sí, pues que se ahogue con ellos.

—Ya lo hace —murmura en un susurro—, ya lo hace.

Y aunque me gustaría preguntarle a qué se refiere, no lo hago, ahogándome yo también con mis dudas y mis sentimientos.

En silencio llegamos a la empresa y nos dirigimos a la planta de Confección, donde acaba de llegar el pantalón cortado y me centro en él, supervisando hasta el mínimo detalle, necesitando volcar mi atención en algo que no sea lo que acabo de hablar con Paula, dejándolo fuera de nuevo.

Gracias a Sabina y al equipo de Confección, el pantalón queda listo antes de lo que esperaba y, una vez en mis manos, lo observo en silencio. Esta prenda es tan mía como la chaqueta y, emocionada y con una radiante sonrisa, le pregunto a Paula.

—¿Te lo probarías ahora?

—¿Acaso lo dudas? ¡Vamos!

Junto a Sabina y Paula, regreso a la misma habitación donde hace apenas unas horas he desatado toda mi furia y, tras darle la camiseta elegida por Philip y la *bomber*, espero expectante y nerviosa para ver el resultado final, deseando ver a mis «niños» en movimiento.

Sale del probador y me deja sin respiración... ¡¡¡Oh, my Diorrr!!!

«Este *look* es la esencia de la colección —me digo emocionada, acercándome a ella y observándola desde todos los ángulos—. Ha sido un acierto hacer un *culotte* y la combinación del color elegido con el de las sedas que lleva la chaqueta es perfecta —pienso sin poder dejar de sonreír, como la madre orgullosa de las criaturas que soy—. Suerte que las bailarinas llegaron ayer y son de su talla... Dios mío, este *outfit* es brutal.»

—Perfecto —exclama sonriendo—, no existe otra palabra para definirlo.

—¡Es una pasada! —secunda Sabina ante mi mirada fascinada.

—Impresionante.

La voz profunda de Philip hace que me vuelva de golpe. «¿Cuándo ha llegado?», me pregunto viendo cómo se acerca a Paula y la repasa con detenimiento.

—Enhorabuena, señorita Costa; este pantalón es justo lo que tenía en mente.

—Gracias —murmuro emocionada.

—Tendrías que haber visto con qué rapidez lo ha diseñado —le cuenta Paula dándole un beso.

—No tenía ninguna duda sobre eso. No olviden incluir esta camiseta y los zapatos para la sesión de mañana, señorita Costa —me indica antes de dirigirse a Paula—. Cámbiate, nena, nos vamos. Creo que tú y yo tenemos una cita —murmura con una media sonrisa.

El sonido del teléfono de Philip interrumpe el momento y, tras disculparse con nosotras, sale de la estancia.

—Voy a cambiarme —nos informa Paula con una sonrisa de enamoradita hasta los tuétanos que tira para atrás.

—Ufff —suspira Sabina, mirándome una vez ésta cierra la puerta del probador.

—Ufff —la imito poniendo los ojos en blanco.

—Yo quiero un tío así para mí solita —me cuchichea en la oreja para que no lo oiga Paula—. Si Elkann me despide, ya puedes correr, maja —me dice esta vez en voz alta.

—No te preocupes: nos iremos a Australia y nos haremos secretarias del señor Jones —respondo entre risas.

—Lo tenéis crudo, chicas, Philip ya tiene secretaria —interviene Paula saliendo del probador—: yo.

—Pero ¿tú no eres modelo? —le pregunta Sabina.

—Sólo ocasionalmente y cuando algo me atrae mucho como esto.

—¡Y yo pensando que lo eras! —le digo asombrada, entendiendo comentarios de Philip que se me escaparon el primer día que nos conocimos.

—Nunca he querido serlo realmente; a mí lo que me gusta es trabajar con Philip. Además, no es oro todo lo que reluce. Ese mundo no es tan bonito como parece desde fuera, o simplemente no es lo mío —añade encogiéndose de hombros.

—Lo tuyo es Philip, ¿verdad? —plantea Sabina sonriendo, incapaz de callarse.

—No lo dudes —sentencia ésta con una radiante sonrisa.

«¡Ay, Diossss mío! ¡Qué suerte tienen algunas!», me digo muerta de envidia.

—Bien que haces —afirma mi compañera guiñándole un ojo—. Me voy, maja. Me alegra haberte conocido —le dice acercándose y dándole dos besos—. Para lo que quieras, aquí estamos. —Dicho esto, abandona la habitación, dejándonos a solas.

—¿Vendrás mañana a la sesión de fotos? —me pregunta Paula.

—Eso parece, Gael quiere que esté presente.

—Piensa en lo que hemos hablado antes —me recomienda cogiendo la chaqueta y el bolso—. Si Philip y yo nos hubiéramos rendido, ahora no estaríamos juntos.

—No es lo mismo, Paula.

—Puede que la situación sea diferente, pero el sentimiento es el mismo.

—¿Estás lista, nena? —inquire Philip entrando de nuevo en la estancia, interrumpiéndonos.

—Sí. Nos vemos mañana, Luna —me dice dándome dos besos—. Piénsalo —murmura en mi oído.

Asiento en silencio, aunque en mi interior ya me he rendido.

Capítulo 45

El resto del día transcurre siguiendo el mismo patrón que he establecido, negándome a seguir pensando en la conversación que he mantenido con Paula y obligándome a dejarlo fuera de mi vida.

Una vez en mi casa y tras darme mi ansiada ducha, ceno algo en la cocina ojeando mi Facebook, obligándome de nuevo a no buscarlo por las redes sociales y centrándome en las publicaciones de mis amigas, que llenan mi muro con imágenes de su idílica vida con sus maridos e hijos mientras la mía sigue tan vacía.

Parece que la felicidad se empeña en escapárseme de entre las manos, pues, exceptuando mi vida profesional, con la que me siento dichosa, la personal es un completo desastre... «Puede que haya algo dentro de mí que no funciona», me digo con tristeza yendo hasta la cama y recordando todas mis relaciones pasadas, obviando a propósito el tiempo que estuve con él y mi relación con Pablo, que ahora siento tan lejana que parece que la viví en otra vida.

Con Carlos podría haber tenido un futuro, pero coincidió con mi incorporación en D'Elkann y lo antepuse a él; luego estuve con Adrián, pero mi carrera continuaba absorbiéndome y tampoco funcionó y, aunque lo que tuve con Rafa no puede considerarse una relación, podríamos haber tenido un futuro si Gael no hubiera regresado, poniendo mi vida del revés... Definitivamente, lo mío no son las relaciones.

Despierto con la primera alarma del móvil. Hoy tenemos la sesión de fotos y me afano en arreglarme; he quedado con Pilar a las cinco de la mañana, pues hay varias horas de camino hasta llegar a la finca, y no quiero que tenga que esperarme.

Me visto con unos simples vaqueros, mis botas de monta y un suéter de lana, sin dejar de pensar en Paula y en el frío que va a pasar la pobre, pues, a pesar de que está despejado y hace sol, estamos en enero y ella va a ponerse ropa de verano y primavera. Va a pillar una pulmonía seguro.

Pilar pasa puntual a recogerme y, durante el trayecto, mientras el día comienza a despuntar y los girasoles se vuelven hacia el sol para darle los buenos días, ella me cuenta cosas sobre la finca, en la que ya se han realizado

varias sesiones con anterioridad, y yo le hablo de la colección Posidonia y de todo lo que ha significado para mí.

Cuando llegamos, cruzamos una doble puerta de hierro con una letra D grabada en ella, y, tras casi diez minutos a través de un largo camino de tierra flanqueado por árboles centenarios, llegamos a la finca donde Pedro Domínguez nos espera a lomos de su impresionante caballo, junto con un pastor alemán.

—Buenos días, chicas. ¿Qué tal el viaje? —nos pregunta con voz ronca y profunda, bajándose del equino con agilidad, a pesar de que tendrá casi setenta años—. ¡Pilar! ¿Cómo estás, hija? —le pregunta con familiaridad dándole un abrazo.

—Muy bien, Pedro. ¡Qué alegría verte de nuevo!

El perro se acerca a mí para olisquearme y le acaricio la cabeza distraída, sin poder alejar mi mirada del caballo; cuánto tiempo sin montar...

—Veo que le has gustado a *Curro* —me dice Pedro con simpatía.

—Tengo debilidad por los perros —respondo sonriendo y acercándome a él—. Encantada, soy Luna —me presento anticipándome a Pilar.

—Bienvenida a tu casa —me dice dándome dos besos.

—Muchas gracias. Tiene un caballo precioso —comento admirándolo de nuevo.

—¿Sabes montar? —me pregunta.

—Sabía— matizo—. De pequeña iba a clases de equitación, incluso participé en varios concursos de saltos, pero de eso hace demasiado tiempo, no sé si recordaría cómo se monta.

—Esto no se olvida, es como ir con bicicleta. ¿Te apetecería montar a *Azabache*?

—¿Ahora? —le pregunto sin poder alejar mi mirada del semental que, imponente, se alza frente a mí.

—Luego vamos a ir contrarreloj, Luna; es ahora o nunca —me alienta Pilar—. No ha llegado nadie más, ¿verdad, Pedro?

—Nadie, vosotras sois las primeras —responde éste.

—Venga, Luna, quiero verte montar —me anima Pilar, entusiasmada.

—Puedes ir hasta la entrada de la finca y volver; tienes un bonito paseo y, si llega el resto del equipo, los verás y regresas —me propone Pedro—. Si quieres, te acompaño. ¿Te apuntas, Pilar?

—Paso, en mi vida he montado a caballo.

—Y si vienes conmigo, ¿qué dices?

—¿Y por qué no? ¡Vamos, Luna, será divertido! —me pide ilusionada.

Cuánto tiempo sin montar... recuerdo la sensación de libertad que sentía a lomos del animal, la misma que siento cada vez que regreso a mi isla y, puesto que necesito sentirme así de nuevo, asiento con una sonrisa, deseando no romperme la crisma después de tantos años.

Mientras Pedro se marcha a las cuadras a por otro caballo, me acerco a éste, acariciándolo y mirándolo a los ojos.

—Hola, soy Luna, y tú eres un caballo precioso.

—¿Estás hablando con el bicho? —me pregunta Pilar divertida.

—Ellos sienten igual que nosotros y, si voy a montarlo, quiero que me conozca, que sepa que somos amigos.

—¡Podrías invitarlo a café después de comer! Así afianzáis la relación de amistad —suelta entre risas.

—¡Qué graciosa eres! No le hagas ni caso, *Azabache* —le susurro al semental, que relincha como contestándome.

—¿Damos ese paseo? —nos pregunta Pedro con su vozarrón, llegando hasta nosotras—. Vamos, Pilar: pon el pie aquí y dame la mano, ¡arriba! —le indica, ayudándola a subir.

Y con la sensación de urgencia tirando de mí, me subo finalmente a lomos de *Azabache*. ¡Uauuuu! ¡Cuánto tiempo!

—¿Qué tal, Luna? —se interesa Pedro.

—Sin palabras, ¿una carrera? —suelto feliz.

—Pensaba que no recordabas cómo se montaba —me responde entre risas.

—Y yo... ¡pero claro que lo recuerdo! —exclamo entusiasmada, llegando hasta el camino de tierra y empezando a volar por él a lomos del caballo.

La sensación del viento azotando mi rostro me devuelve la sensación de paz que tanto ansiaba. «¿Por qué dejé de montar?», me pregunto feliz, dejando atrás a Pedro y a Pilar, deseando dejarlo todo atrás y seguir volando por este camino de tierra para siempre.

Cuando llego a la puerta de la entrada, me detengo dejándome caer sobre la cabeza de *Azabache*, viendo a Pedro y a Pilar a lo lejos acercándose a nosotros, y cierro los ojos sintiendo cómo el animal se recupera de la carrera, tal y como estoy haciendo yo.

—¡Vaya! ¡Suerte que no recordabas cómo se montaba! —me dice Pedro con una carcajada.

—Ha sido increíble, Pedro; he regresado a mi infancia con este paseo.

—Pues debiste de ser una niña bastante temeraria con carreras como ésta.

—Nunca me dejaban correr tanto como quería.

—No me extraña, hija; más que correr, volabais —interviene Pilar.

—Ésa era la idea, ¿verdad, *Azabache*?

Entonces los veo llegar, al equipo de estilistas y al de fotógrafos, junto con otro coche, en el que supongo que van Philip y Paula, y sonrío haciéndome a un lado con el caballo de la misma forma en que lo están haciendo Pedro y Pilar, que los saludan con la mano.

—¿Estás listo para otra carrera, *Azabache*? —le pregunto al oído.

Tras dar ventaja a los vehículos, inicio mi carrera hacia la meta, saliéndome del camino por el que van ellos y volando de nuevo a través de esta vasta tierra, sabiendo que no voy a poder renunciar jamás a esto.

Llego a la finca antes de que lo hagan los demás y de nuevo me recuesto sobre *Azabache*, tranquilizándolo después de la carrera.

—Eres un campeón.

—¡Menuda carrera, Luna! —me dice Paula bajando del vehículo, directa a nosotros.

—¡Hola, Paula! —la saludo bajándome yo también del caballo y dándole un abrazo.

—Has dejado a Philip con la boca abierta.

—Ha sido todo un espectáculo verla, señorita Costa.

—Gracias —murmuro sonriendo con timidez.

—¡Qué loca estás, Luna! —me dice Pilar ante las risotadas de Pedro.

—*Azabache* habrá disfrutado tanto como tú con la carrera —me comenta éste apeándose del animal y ayudando a Pilar a hacerlo.

Tras las pertinentes presentaciones, accedemos al interior de la finca, donde todos se ponen en marcha.

Entre Pilar y yo preparamos el vestuario y los complementos seleccionados, mientras el equipo de estilistas se encarga de peinar y maquillar a Paula según mis indicaciones, y Philip y los fotógrafos recorren la finca acompañados por Pedro, eligiendo los exteriores.

—Te vas a quedar helada —murmuro un poco preocupada, observándola una vez está lista, pues, aunque brilla el sol, hace un frío horroroso—. Tendrían que haber elegido un lugar cerrado.

—No te preocupes, pero ten preparada una manta por si acaso —me dice poniendo los ojos en blanco.

—Toma —le dice Pilar tendiéndole un abrigo—, pónitelo antes de salir.

—¿Todo listo? —nos pregunta Philip entrando en la habitación, llenándola con su presencia.

—Sí, cuando diga, comenzamos —responde Pilar con profesionalidad.

—Ahora, no perdamos más el tiempo.

Veo cómo se acerca a Paula y le dice algo al oído, a lo que ésta responde con una traviesa sonrisa, y los observo con sana envidia; hay tanta complicidad entre ellos... «Ojalá yo tuviera algo así con Gae... con alguien», me corrijo antes de terminar de pensarlo.

Empezamos con la sesión de fotos y alucino con la profesionalidad de todos, pero es Philip quien me deja sin palabras. Gael tenía razón, no necesita que nadie le diga cómo hacer su trabajo, pues tiene las ideas tan claras que con ellas eclipsa las de todos los demás; además, entre él y Paula existe tal complicidad que muchas veces se entienden con una simple mirada.

—Así, bella, mírame así, vuélvete... muy bien, quiero esa mirada —le dice Dante, el fotógrafo, dándole instrucciones.

Veo que tiene la piel erizada por el frío, pero, exceptuando ese pequeño detalle, nadie diría que está helada mientras sonrío a la cámara con soltura ante la atenta mirada de Philip, que no puede alejar sus ojos de ella.

Hacemos un descanso de media hora para comer y retomamos la sesión. Esta vez van a fotografiarla encima de un caballo blanco, bajo la sombra de una encina, con la *bomber*, el *culotte* y la camiseta blanca de seda.

—¿Sabes montar a caballo? —le pregunto mientras observo el *look* con ojo crítico, comprobando que no haya ninguna arruga ni nada fuera de lugar.

—Ni idea, sólo espero que no le dé por salir corriendo, porque me veo con el culo en el suelo.

—Tranquila, Pedro dice que Linda es una yegua muy pacífica —le comenta Pilar mientras nos dirigimos hacia donde están todos esperando.

—Ojalá tengas razón —responde entre risas.

—Ven, Paula —le pide Pedro, para luego ayudarla a subir.

Veo a Philip con el cuerpo en tensión mientras la observa, recordándome a los caballeros de brillante armadura listos para desenvainar su espada y liberar a su princesa de los dragones y las brujas... «Así yo también sería princesa», me digo recordando las muchas veces que mi amiga me ha llamado así. Por suerte consigo centrarme y volver a la sesión de fotos.

Impresionante es poco. Paula está magnífica a lomos de ese animal, mostrando tal profesionalidad y seguridad que nadie diría que no tiene ni idea de cómo montar, y, aunque en un principio temí no estar a la altura cuando Gael me dijo que debía estar presente en la sesión, estoy disfrutándola como nunca pensé

que lo haría, sin dejar nada al azar, y, aunque Dante está un poco harto de mí, no me importa, pienso sonriendo para mis adentros mientras le arreglo la chaqueta a Paula para que luzca perfecta.

Recorremos la finca en jeep, haciendo miles de fotos; el paisaje abrumador es perfecto para la colección: tierra y cielo fundiéndose, terrenos extensos, vastos en ocasiones y fértiles en otras, caballos corriendo libres por ellos, vacas pastando, árboles centenarios y mi colección, la que lleva mi sobrenombre, brillando en el cuerpo de Paula, llenándome de orgullo.

—¡Terminamos por hoy! —anuncia Philip al fin, dando por finalizada la sesión cuando casi ha anochecido—. ¡Bien hecho, chicos!

Pilar le tiende a Paula el abrigo, que se pone con celeridad tiritando por el frío, y es entonces cuando Philip se acerca a ella para abrazarla y hacerla entrar en calor con su cuerpo. ¡Ay, Diossss!, veo cómo le susurra algo al oído y cómo ésta esconde la cabeza en su pecho, sonriendo... Definitivamente, voy a morir de envidia.

Ayudo a trasportar el equipo a los vehículos y a recogerlo todo, evitando pensar en él y en que puede ser que Philip lo sepa todo, y, muriéndome de ganas por preguntarle mil cosas a Paula, me subo al jeep junto con Pilar, directas a la finca, muertas de frío.

«Si nosotras estamos heladas y vamos abrigadas, no quiero ni imaginar cómo estará ella, que se ha pasado casi todo el día con ropa de primavera y verano», pienso mientras a lo lejos diviso el enorme caserío iluminado por cientos de luces y me estremezco sólo de imaginar la calidez que me aguarda allí dentro.

Capítulo 46

Por fin llegamos y accedemos al interior de la casa, donde nuestro equipaje de mano se encuentra en la sala principal.

—¿Y las habitaciones? —le pregunto a Pilar cogiendo el mío.

—Sígueme, están al final del pasillo —me indica recogiendo su pequeña maleta.

—¿Nos quedamos todos aquí? —formulo observándolo con admiración.

Los suelos de barro cocido, las alfombras, los altos techos con vigas de madera, los arcos de medio punto de ladrillo artesano, la decoración rústica, los enormes ventanales, los mullidos sofás y las pequeñas lamparitas colocadas estratégicamente, otorgándole ese ambiente de hogar y calidez que tanto me gusta, parecen darnos la bienvenida después de este largo, frío y emocionante día, y sonrío siguiendo a mi compañera.

Este sitio es tan bonito y se respira tal paz que, a pesar de que me encanta vivir en la ciudad, casi puedo imaginarme haciéndolo aquí; todos los días me levantaría al amanecer y, a lomos de *Azabache*, recorrería la finca admirando el paisaje, sintiendo el viento azotando mi cara, sintiéndome viva, tan lejos de los problemas, respirando la paz y la calma que da la tierra, la misma que siento en mi isla y la que he sentido aquí a lomos del caballo.

—Podemos elegir la habitación que queramos, ¿te quedas tú con ésta? —me pregunta Pilar sacándome de mis pensamientos, que han tomado carrerilla en mi cabeza.

—Vale —murmuro admirándola en silencio.

Está pintada de azul y presidida por una enorme cama con un grueso edredón blanco sobre el que descansan varios cojines que abarcan casi todas las tonalidades del azul; las lamparitas con forma de flor, el cabezal de forja y el baúl de madera a los pies de la cama le dan ese punto rústico que tiene toda la finca y que me encanta.

Junto a la ventana, hay un sillón blanco con una lámpara de pie a su lado y, casi pegada a ella, una cómoda antigua sobre la que descansa un jarrón lleno de flores frescas... «Las vigas del techo, el armario empotrado, la pequeña chimenea, todo es tan bonito —pienso mientras abro la puerta del baño—. ¡Ay,

Dios mío de mi vida! ¡Virgen del camino seco! ¡Que me da un patatús! ¡Pero si tiene hasta una bañera antigua con patas de bronce! A D'Elkann debe de haberle costado una fortuna alquilar esta finca.»

—¿Todas las habitaciones son como ésta, Pilar? —le pregunto saliendo del baño, deseando meterme dentro de esa pedazo bañera y no salir de ella hasta estar arrugada como una pasa.

—Más o menos; esta finca es una pasada y Pedro alquila esta pequeña —y recalca la palabra *pequeña* haciendo la señal de entre comillas con sus dedos— casa de invitados para sesiones de fotos, bodas o eventos. La verdad es que es impresionante.

—Y tanto que lo es; te juro que, si pudiera, me quedaría a vivir aquí.

—Y yo, ¡anda que no es tonta, la niña! —secunda entre risas—. Tienes una hora, Luna. Pedro nos espera en la finca principal para cenar.

—¿Cenamos con él? Tía, que yo no he traído casi nada de ropa. ¿Tenemos que ir muy arregladas?

—¿Cómo que no has traído casi ropa? —me pregunta con espanto—. Para cenar con él tenemos que ir vestidas de largo, ¿no me dirás que no te has traído nada? Pero si vamos a cenar con su hija, Alana Domínguez, y su marido, el cantante José de la Peña.

—¿Alana Domínguez es su hija? —exclamo casi en un grito, asombrada y espantada, pues es una de mis diseñadoras favoritas desde hace años y en mi pequeña maleta sólo hay vaqueros y botas de monta—. ¿Cómo querías que lo supiera? ¡Se suponía que venía a trabajar a una finca perdida de la mano de Dios!

—¿Una finca perdida de la mano de Dios? Pero ¿qué pensabas, que ibas a cenar en torno a una hoguera? Como Pedro te oiga, te pone a cenar con los caballos —me asegura riéndose.

—Ni se te ocurra contárselo —le pido empezando a sudar.

—¡Tía, relájate, que es broma! —me suelta carcajeándose.

—Entonces, ¿Alana Domínguez no es su hija?

—¡Claro que lo es! Es broma lo de la ropa; ellos son personas tan normales como nosotros; ya has conocido a Pedro, y Alana y su marido son tan sencillos como él, ya verás. Puedes ir con un vaquero y un suéter, que no van a matarte ni nada por el estilo.

—¿Alana Domínguez es sencilla? Perdona, será lo que tú quieras, pero sencilla no creo que case con su descripción.

—La Alana que acude a los actos sociales y a los desfiles dista mucho de la mujer que conocerás esta noche. ¡Una hora, Luna! No tardes —me recuerda mientras empieza a llegar el resto del equipo.

Veo llegar a Paula y a Philip acompañados por Pedro y dirigirse a una de las habitaciones que se encuentran al final del pasillo y medio babeo mirándolos. ¡Ainssss, quién fuera ella!

—¿Luna? ¿Dónde te has ido? ¡Venga, que luego se te hace tarde!

—La fama me precede —bromeo entre risas.

—Tú solita te la has creado, monina —secunda riéndose conmigo—. Estoy en esta habitación, por si necesitas un vestido de gala.

—Muy graciosa —le digo aún riendo y cerrando la puerta de la mía.

Sólo cuando me encuentro a solas, suspiro feliz. «Esto es a lo que se refería María Eugenia cuando me dijo que disfrutara —pienso mientras lleno la bañera con agua caliente y voy encendiendo cada una de las velas perfumadas que se encuentran esparcidas por el baño, mientras el jabón va creando espuma y llenando cada rincón con su fragancia—. Conocer a gente nueva, vivir experiencias como la de hoy... es todo tan emocionante...»

Deshago mi pequeño equipaje, que dejo disciplinadamente dentro del armario mientras la bañera termina de llenarse, y, tras desnudarme, me meto en ella sintiendo un escalofrío placentero recorrer mi cuerpo entumecido por el frío.

«Mmmmm, podría quedarme aquí durante horas —me digo cerrando los ojos—. Ojalá él estuviera aquí... conmigo —pienso de repente, recordando sus ojos, sus labios, sus besos, extrañándolo tanto que hasta su recuerdo me duele, mientras las palabras de Paula resuenan con fuerza en mi cabeza “Necesita que luches por él”—. ¿Por qué? —me pregunto agobiada, abriendo los ojos y mirando al techo.»

Recordarlo aleja de mí la sensación de felicidad y tranquilidad que hasta este momento había sentido y, temiendo llegar tarde o, lo que es peor, dormirme, salgo de la bañera con el cuerpo enrojecido por el agua caliente. Tras secarlo y untarlo con una loción hidratante, me dirijo a mi dormitorio, donde me visto con unos vaqueros y una camisa de seda que complemento con un collar de abalorios y mis botines marrones, y, tras maquillarme discretamente y dejar mi leonina melena suelta, me miro en el espejo.

—Bueno, no está mal. De todas formas, es lo único que tengo —me digo haciendo una mueca.

Miro la hora y con alivio compruebo que aún dispongo de quince minutos más, por lo que me siento en el mullido sillón mientras me conecto a Internet, donde tecleo su nombre y multitud de fotografías tuyas empiezan a llenar la pantalla del móvil, y, a pesar de que una vocecita pedante, que inexplicablemente me recuerda muchísimo a la de Greta, no deja de ordenarme que deje de mirarlo, la ignoro dejándome llevar por mis deseos... ¿A quién pretendo engañar?

—Siempre serás mi asunto pendiente —murmuro ignorándola de nuevo, mientras ella me grita como una posesa y yo acaricio la fotografía del hombre que me mira con sus penetrantes ojos azules.

—Luna, ¿ya estás lista? —La voz de Pilar proveniente del otro lado de la puerta y sus suaves toques en ella me devuelven a la realidad. Tras un último vistazo a su rostro, apago el móvil y con este gesto los miles de ojos azules que hasta hace un instante me miraban con el ceño fruncido desaparecen también.

—Sí, ya estoy —murmuro abriéndole la puerta y cogiendo la chaqueta que había dejado sobre el baúl—. ¿Nos vamos? —le pregunto dejando su recuerdo dentro de esta habitación.

Por el camino se unen a nosotras Dante, el fotógrafo, y su equipo y, entre risas, llegamos al edificio principal, donde Paula y Philip se encuentran ya charlando con Pedro al calor de la enorme chimenea, con una copa de vino tinto entre sus manos.

—Buenas noches —saludamos todos cuando entramos en la acogedora sala.

—Buenas noches, chicos —nos saluda con familiaridad Pedro—. ¿Os apetece una copa de vino?

—Claro —murmuro sonriendo, sintiéndome un poco fuera de lugar y observando a Pilar desenvolverse como pez en el agua.

Cojo la copa que me tiende Pedro y doy un sorbo, sintiendo cómo el líquido se desliza con suavidad por mi garganta, llenando de calidez mi interior, y sonrío dispuesta a disfrutar de cada segundo.

—Ven, Luna, siéntate con nosotros —me pide Paula sentada junto a Philip en uno de los butacones situados frente a la chimenea, mientras Pilar charla animadamente con Pedro y el resto del equipo.

—Quería, bueno, queríamos —matiza mirando a Philip— pedirte algo —me dice mientras me siento en el mullido sillón.

—¿A mí? —formulo sin entender qué pueden necesitar de mí.

—Sí, a ti —me confirma con dulzura—. Como sabes, vamos a casarnos —me recuerda con una fantástica sonrisa—. El vestido de novia lo tengo claro, pero no hay forma de dar con el segundo vestido. Vamos a dar una fiesta que se

alargará hasta la madrugada y me gustaría llevar algo más cómodo y ligero.

—¿Y cómo puedo ayudarte yo? —le pregunto sintiéndome un poco estúpida, pues continúo sin entenderla.

—Queremos que lo diseñe usted —prosigue Philip, anticipándose a Paula.

—¿Yo? —exclamo asombrada, sin dar crédito.

—Sí, usted, y no se preocupe por lo que pueda decir Gael, porque la idea ha sido suya.

—¿Gael me ha propuesto para diseñar tu segundo vestido de novia? —le planteo a Paula sorprendida, pues nosotros no diseñamos vestidos de novia.

—Bueno, no tiene por qué ser de novia —me aclara—. Ayer Philip estuvo hablando con él y, tras comentarle que no había forma de dar con el vestido apropiado, le dijo que tú podrías diseñarlo, y la verdad es que, después de ver la colección que has creado y la rapidez con la que diseñaste ayer el pantalón, estoy segura de que eres la persona indicada para hacerlo.

—¿Y en qué habías pensado exactamente? —me intereso, sintiendo la emoción recorrer mi cuerpo, como cada vez que voy a empezar un boceto.

—Ya te lo contaré cuando estemos a solas —me dice sonriendo y mirando a Philip.

—Vale... lo he entendido, os dejaré a solas —anuncia con una media sonrisa, dándole un beso antes de irse, ante mi fascinada mirada.

—¿No se lo habrás contado a Philip, verdad?

—Por supuesto que no —me asegura con rotundidad—. Tranquila, Luna; te dije que no se lo diría y no voy a hacerlo, pero lo que no te prometí es no interceder —añade con una sonrisa cómplice.

—¿Qué has hecho? —le pregunto con un hilo de voz.

—Menos de lo que me gustaría, pero suficiente de momento —me asegura alargando mi agonía unos segundos más—. Le he mandado la fotografía que te he hecho esta mañana mientras montabas a *Azabache* —me suelta al fin—; espero que no te importe.

—¿Me has hecho una fotografía? ¿Y por qué se la has mandado?

—Porque, aunque es cabezota como una mula y a veces lo mataría, lo quiero muchísimo. Ya te dije que no puedo contarte nada, pero intentaré ayudaros en lo que esté en mi mano. Esta foto —murmura sacando su móvil— es impresionante, y quería que la viera —me dice tendiéndomelo—. Quiero que, cuando te vea, se dé cuenta de lo que se está perdiendo.

Miro la fotografía en silencio. Los árboles y el vasto paisaje en contraste con el azul radiante del cielo, y yo, a lomos de *Azabache*, volando a través del campo, y sin poder articular palabra leo el texto que acompaña la fotografía.

Tenías razón, esta finca es preciosa.

—No te ha contestado —murmuro devolviéndoselo.

—Ni tampoco espero que lo haga. Ya te he dicho que es muy cabezota, pero que me conteste o no lo haga carece de importancia; lo importante es que la ha visto y con eso tengo suficiente.

—Hoy se iba a China —murmuro mirando el fuego que crepita en la chimenea, dando por hecho que viajará junto con María Eugenia.

—Ya está en China, llegó hace unos días —me confirma ante mi sorpresa—. Lo sé porque se lo dijo a Philip cuando hablaron.

—Son muy amigos, ¿verdad? —le pregunto sintiendo cómo la envidia se abre paso. Él lo conoce, sabe todo lo que yo no sé, está cerca de él, casi tanto como lo está Paula... y en cambio yo... estoy tan lejos...

—Para Philip, Gael es como un hermano. Lo quiere y se preocupa por él tanto como lo haría un hermano mayor; mi chico es muy protector con las personas que ama.

—Tienes suerte de estar con un hombre como él —musito—. Gracias por intentar ayudarnos, Paula.

—No me las des; tú eres un encanto y él, alguien que está empezando a ser muy importante en mi vida. Además, me recordáis tanto a lo que vivimos Philip y yo que quiero veros tan felices como lo somos nosotros ahora.

—Venga, hablemos de ese vestido —murmuro ahogando las ganas que siento de llorar, pues eso que desea es un imposible.

Capítulo 47

Frente al fuego me cuenta sus ideas, mientras en mi cabeza voy desarrollando el boceto, dejándolo a él fuera de nuevo. Utilizaría crepés y sedas, lo haría sobrio por delante, colocando pedrería a ambos lados de la cintura, para remarcarla, dejando la espalda abierta, dándole un efecto visual de un vestido por delante y un top con una falda larga por detrás... clásico, sexy y perfecto para ella.

—Espera —murmuro necesitando plasmar el diseño que de repente ha tomado forma en mi cabeza.

Le pido a Pedro papel y lápiz y, frente al fuego y con su mirada fija en mis dedos, dibujo lo que brilla con fuerza en mi mente. La dibujo a ella, por delante y por detrás y, sólo cuando alzo la vista, la veo casi llorando, mirándome alucinada.

—Gael tenía razón, Luna: eres brutal.

—¿Gael ha dicho eso de mí?

—Sí, y no se equivocaba. Esto es justo lo que tenía en mente y no conseguía encontrar.

—Pues ya lo has hecho —le digo sonriendo, *hipermegafeliz* porque Gael piense eso de mí y por haber sido capaz de captar su idea tan rápidamente—. Toma, guárdalo de recuerdo —le digo tras firmárselo—, pero que no te lo vea Philip —murmuro guiñándole un ojo.

—No lo hará, pero Gael sí —afirma como si estuviera tramando algo.

—¿No vas a dejarlo en paz, verdad? —pregunto divertida y agradecida a esta mujer que está tendiéndome la mano sin apenas conocerme.

—Sólo voy a mostrarle que tenía razón y eres brutal. ¿Nos hacemos un selfie? ¿A su salud?

—Venga ya...

—Tenemos que celebrar que ya tengo el traje o por lo menos el boceto, y quiero una fotografía con la diseñadora —me explica conectando la cámara—. ¡Sonríeeee! —me pide posando su brazo sobre mi hombro y acercando su cara a la mía.

Así que sonrío como me ha pedido, sonriéndole a él e inmortalizando el momento.

—Chicas, a cenar —nos anuncia Pilar acercándose a nosotras.

—¡Enviada! —me confirma guiñándome un ojo y levantándose.

—No tienes nada que hacer —respondo levantándome yo también—. No voy a luchar por él, Paula; estoy cansada de hacerlo, te lo dije cuando hablamos, está fuera de mi vida.

—Eso no te lo crees ni tú —replica con una seguridad aplastante.

—Te lo digo en serio. Te agradezco que intentes ayudarnos, pero se ha terminado... realmente nunca empezó —murmuro encogiéndome de hombros—. Él no está interesado en mí y yo no voy a dejar que me haga daño de nuevo, necesito alejarlo de mi vida y seguir con la mía de una vez.

—No lo dices en serio. Créeme que yo me sentía como tú, incluso se lo canté una noche, y me equivoqué, muchísimo, y perdimos un tiempo precioso, un tiempo en el que podíamos haber sido tremendamente felices en lugar de sufrir como hicimos. Hazme caso, Luna, y no cometas nuestras equivocaciones; lucha por él y, si de verdad lo quieres, no te rindas.

—No puedo —respondo con tristeza—. Sé que nunca voy a poder olvidarlo y que siempre será mi asunto pendiente, pero, si él no está dispuesto a luchar por mí, no seré yo quien lo haga. Además, estoy segura de que algún día podré rehacer mi vida y ser feliz con otro hombre que no sea él.

—Eso es una estupidez —me rebate—. Cuando dos personas están destinadas a estar juntas, no encuentran la felicidad hasta que lo consiguen. Yo nunca hubiera sido feliz por completo con un hombre que no hubiera sido Philip.

—A veces es mejor una felicidad a medias si viene acompañada de paz. Puede que haya personas cuyo destino no sea estar juntas, por mucho que lo deseen. Déjalo, Paula. Una vez mi abuela me dijo que las personas necesitaban sus tiempos y yo le he dado a Gael demasiado del mío; necesito paz y ser feliz de nuevo, aunque sea a medias, y posiblemente, que él se haya marchado, sea lo mejor para ambos.

—No lo creo. Anda, vamos a cenar —me pide cogiéndome del brazo.

Cuando accedemos al comedor, veo que están todos sentados en una larga mesa y, tras un vistazo rápido, compruebo que hay varias sillas libres, una al lado de Philip, supongo que para Paula, y una frente a la suya, así que me siento en ella. Pedro preside la mesa y, puesto que casi lo tengo al lado, aprovecho para darle las gracias.

—Tienes una finca preciosa, Pedro. Quiero agradecerte de nuevo la posibilidad que me has dado esta mañana de poder montar a *Azabache*; ya no recordaba cuánto me gustaba montar y creo que partir de hoy no volveré a

olvidarlo.

—Si mañana te levantas pronto, puedes venir conmigo a dar un paseo por la finca; salgo temprano y hace un frío de cojones, pero no conozco una mejor forma de empezar el día que no sea a lomos de mi caballo.

—¿Me lo estás diciendo en serio? —formulo con una sonrisa que empieza a formarse en mi rostro.

—Sólo si consigues estar a las siete y media en las cuadras. Aún será de noche, pero pronto amanecerá y te prometo que no hay nada como ver el amanecer galopando hacia él.

—¿A las nueve estaremos de vuelta? —le pregunto, pues es la hora en la que desayunaremos.

—Por supuesto.

—Pues entonces cuenta conmigo —le confirmo feliz.

—Ya tengo vestido —le confiesa Paula a Philip, mirándome sonriendo.

—¡Vaya! Eso es rapidez, señorita Costa —me dice consiguiendo que me infle de orgullo; vamos, que en estos momentos intento pasar por la puerta y no quepo.

—Gracias, digamos que he sabido captarle la idea a su chica.

—¡Hombre, por fin! —brama con alegría Pedro con su vozarrón, levantándose de la silla al ver entrar a Alana Domínguez con su marido—. Chicos, os presento a mi hija, Alana, y a mi yerno, José —nos anuncia dirigiéndose hacia ellos.

—Buenas noches a todos —nos saludan casi al unísono.

Ante nosotros, Pedro abraza con cariño a su hija y le tiende una mano a su yerno, acompañándolos luego hasta la mesa.

—Buenas noches —nos saluda de nuevo Alana, que se ha sentado a mi lado. Estoy tan impresionada que siento el rubor cubrir mi rostro y tímidamente me vuelvo al oír cómo Pedro nos presenta a todos como si nos conociera de toda la vida.

—Encantada —nos dice con simpatía—. Señor Jones, soy una gran admiradora de su trabajo; de hecho, casi he obligado a mi padre a que nos invitara a venir esta noche —nos confiesa con una sonrisa—. Su anuncio para la campaña de Promesses es uno de mis favoritos, junto con la canción; espero poder contar con usted si alguna vez decido publicitarme.

—Por supuesto, nuestra sede principal está en Australia, pero eso nunca nos ha impedido aceptar trabajos. Paula le entregará luego una tarjeta de la empresa.

—Claro que sí, luego se la doy —le dice ésta.

—¿Usted es la modelo de Promesses, verdad?

—Y también la secretaria de Philip —afirma sonriendo feliz.

—Y dentro de poco, mi esposa —confirma éste sonriendo con orgullo, pasándole un brazo por los hombros.

—Enhorabuena a ambos —los felicita Alana.

Los miro en silencio sin participar en la conversación. Están tan felices que, si fuera posible, casi diría que puedo palparlo, y de nuevo pienso que son la pareja perfecta, él tan guapísimo, tan increíble, tan hombre... y tan orgulloso de su chica, y ella tan bonita, tan deslumbrante y, sobre todo, taaaan feliz... y, a pesar de que no quiero sentirme así, noto cómo la envidia me corroe. «Lo que daría por vivir algo así con Gael... pero, por desgracia, eso es algo imposible entre nosotros», me digo con tristeza, llevándome el vaso a los labios y sintiendo cómo el líquido pasa con dificultad por mi garganta, que se ha cerrado de repente.

Mientras todos hablan con todos, la mesa va llenándose de fuentes a rebosar de carne, embutidos y verdura, impregnando la sala con su aroma mientras las botellas de vino llegan sin cesar y el recuerdo de Gael va ganando intensidad de la misma forma en que el alcohol va caldeando mi cuerpo, a pesar de mis esfuerzos por mantenerlo alejado.

—Suficiente, a partir de ahora sólo bebo agua —murmuro más alto de lo que pretendía.

—¿Y eso, niña? —me pregunta Pedro.

—Pedro, te juro que estoy empezando a marearme y, antes de montar un espectáculo, prefiero seguir con agua.

—Te aseguro que con este vino no vas a emborracharte, hija, créeme. ¿Sabéis lo que decía mi abuelo, el fundador de esta bodega? —nos pregunta captando toda nuestra atención—: que hacer vino era como hacer el amor, había que hacerlo sin prisas y sabiendo lo que se tenía entre las manos, así que puedes beber tranquila, sin miedo a emborracharte ni montar ningún espectáculo, porque este vino está hecho exactamente así —afirma llevándose su copa a los labios.

—Para espectáculo el que montaron mis amigas cuando les presenté a Philip —me confiesa Paula en voz baja, poniendo los ojos en blanco ante la divertida mirada de éste, mientras Pedro continúa hablando con el resto de la mesa sobre el arte de hacer vino.

—¿Y eso? —pregunto muerta de curiosidad.

—A ver, las pobres no sabían que Philip entendía el español y, claro, si tenemos en cuenta que ya estaban fascinadas con él desde que lo vieron en una revista, cuando lo vieron en persona no pudieron callarse. Imagínate los comentarios, no le arrancaron la ropa a mordiscos porque estaba yo delante — me dice descojonándose.

—Bueno, es comprensible —contesto con seguridad cuando me percató de que ha sonado completamente distinto a lo que en realidad pretendía decir—. No lo de la ropa, por supuesto... quiero decir, no que sea normal que hicieran comentarios sobre su físic... me refiero, que es normal... —comienzo a trabarme —... que yo tampoco sabía que hablaba español —consigo aclarar finalmente, no sin antes ponerme roja como un tomate maduro—. Con el señor Elkann hablé todo el tiempo en inglés y yo misma di por hecho que no entendía el español. — ¡¡¡Conseguido!!! ¡Un poco más y necesito sacarme un máster en física cuántica para poder explicarme!

—Gael y yo nos conocimos en Nueva York hace muchos años y entre nosotros siempre hemos hablado en inglés; incluso ahora que empiezo a dominar su idioma —me aclara Philip, intentando ocultar una sonrisa.

—Bueno, el caso es que las dejé muertas. Imagina las caras que hicieron las pobres cuando Philip les contestó en español —me cuenta Paula entre risas.

—¿Pobres? Pobre yo, nena, que venía de conocer a tu padre.

—Los suegros podemos ser muy cabrones; a ti te lo hice pasar mal al principio, ¿verdad, muchacho? —interviene Pedro dirigiéndose a José.

—¿Sólo mal? Pero si me mirabas como si fuera a quitarte a tu niña.

—Y me la quitaste, me la quitaste.

—¡Papá! —interviene Alana, divertida.

—Es verdad, cariño. Mira, yerno, la única forma que tienes de recompensarme es dándome nietos. Dejaos de tanto cante y tanto boceto y procread, eso es lo que tenéis que hacer.

Me río a gusto junto con el resto de la mesa, sin poder creer lo que estoy oyendo. Pedro es un hombre tan campechano y sencillo que, con sus comentarios, te hace sentir como si estuvieras en casa.

—Eso tienes que hablarlo con tu hija; ya sabes que, de momento, sus bocetos son sus hijos.

—Estos chicos no tienen ni idea, Philip; antes estiraré la pata que me convertirán en abuelo.

—Venga ya, papá, no exageres, que aún te queda mucho por contar —le responde Alana sonriendo—. Además, ¿no dices que todavía vas al pediatra? ¡Imagina si te quedan años! —prosigue entre risas.

—Eso sí, tengo a la pediatra asombrada conmigo; siempre que voy me pregunta qué hago para que en mi analítica no haya ningún asterisco, ¿y sabéis qué le contesto? Beberme media botella de mi vino todos los días. Si no hay nada más sano que el vino, lo que yo os diga, así que, Luna, bebe tranquila que el vino es salud —me suelta divertido.

—Si bebiendo vino voy a volver al pediatra, ¡no hay más que decir! —le respondo entre risas.

—¿Tú también eres diseñadora, verdad? —me pregunta Alana, sonriendo ante mi comentario, mientras su padre continúa hablando con Philip y Paula sobre vino y niños—. Te he visto varias veces con María Eugenia; cuando la veas, dale recuerdos de mi parte.

—Cuenta con ello —contesto sonriendo— y, sí, trabajo en su equipo desde hace varios años.

—Y ha diseñado una colección increíble —interviene Paula con orgullo.

—¿De verdad?

—Junto con mi equipo y María Eugenia.

—Seguro que es fantástica; un día me encantaría tomarme un café contigo y conocer tu trabajo.

—Claro, cuando quieras —acepto asombrada de que se interese por mis creaciones.

Cuando terminamos de cenar nos dirigimos al mismo salón donde estábamos antes y, aunque en un principio la intención de todos es la de retirarnos temprano, pronto el marido de Alana se proclama el alma de la fiesta con su guitarra y su arte, y las risas, las conversaciones intrascendentes, incluso algún que otro baile improvisado, alargan la velada hasta más tarde de lo que en un principio teníamos previsto. Es durante esas horas cuando el señor Jones deja de serlo para convertirse simplemente en Philip, y cuando descubro que tengo mucho en común con Paula, esta mujer que, con su simpatía, cercanía y sencillez, está convirtiéndose en alguien muy próximo a mí.

A la una de la madrugada nos retiramos finalmente cada uno a nuestra habitación, y una vez en ella y tras ponerme el pijama, me hundo en el colchón sintiendo cómo éste envuelve mi cuerpo agotado, y calentita y tapada hasta las

orejas, con los aullidos del viento provenientes del exterior llegando hasta mis oídos, me abandono a mis sueños, unos sueños dominados por unos increíbles ojos azules.

Capítulo 48

Despierto a las siete de la mañana con la primera alarma del despertador y, tras asearme y vestirme, me dirijo feliz a las cuadras, dispuesta a darle la bienvenida al día a lomos de *Azabache*, con la niebla enroscándose entre mis piernas y el frío calando dentro de mí.

—Buenos días, Pedro.

—¡Buenos días! Tenía serias dudas de que consiguieras levantarte después de la juerga de anoche.

—¿Y perderme esto? ¡Ni loca! —le digo acariciando la cabeza del semental—. Buenos días a ti también, bonito, ¿has descansado?

Mientras yo me deshago en arrumacos con el caballo, Pedro termina de ensillarlo y, una vez listo, me monto en él. Hace un frío de narices y todavía es de noche, pero no me importa, feliz de estar donde estoy.

—¿Lista? —me pregunta Pedro a lomos de un caballo blanco impresionante.

—Lista —le confirmo entusiasmada, acariciando al animal, que resopla encantando por las atenciones recibidas.

Atenta a sus explicaciones, recorreremos esta enorme finca compuesta por siete edificios conectados entre sí, con capilla, casa de invitados, que es donde nos alojamos, casa de guardeses, oficinas, cuadras y una enorme bodega.

Junto a Pedro, avanzamos por un camino flanqueado por tantas vides que mi vista es incapaz de abarcar el final de las mismas, mientras escucho sus explicaciones sobre la diferencia entre un vino macerado en barrica, en depósito de acero o en tinaja de barro, tal y como se hacía antaño, una forma de maceración que ellos están empezando a retomar ahora y que, según me cuenta, está dando muy buenos resultados, y sólo cuando el amanecer comienza a despuntar, dándonos los buenos días, iniciamos el galope corriendo hacia sus rayos con el gélido viento de enero azotando nuestros rostros sin piedad, con el olor a tierra y humedad llegando hasta nuestros pulmones, y es entonces, galopando a lomos de *Azabache*, cuando siento cómo la paz y la calma se asientan definitivamente en mi interior.

Llego puntual al comedor a la hora del desayuno, con el rostro arrebolado por el ejercicio y, feliz, saludo a todos los que se encuentran ya en él. Tras una copiosa comida, compuesta por café, leche, cereales, tostadas, huevos, y beicon, nos ponemos todos manos a la obra.

Hoy los escenarios están más que claros. Tras ayudar a Paula a vestirse, y una vez maquillada y peinada, nos ponemos en marcha, siendo el ritmo más frenético que ayer; es el último día y tenemos que aprovechar hasta el último segundo.

Estamos en lo alto de una colina; el azul radiante del cielo contrasta con el color marrón de la tierra y el verde de los árboles que nos rodean y, enterrando mi barbilla en el alto cuello de mi suéter, observo a Paula, imponente con un vestido de gasa y encaje color humo estampado con un popurrí de florecitas en tonos verdes y marrones, mientras el viento ondea su falda suavemente y los rayos del sol bañan su cuerpo y recuerdo cuándo lo diseñé; las mangas, el cuerpo, las cintas coordinadas... cómo fue tomando forma bajo la luz de la lámpara de mi mesa, y ahora estoy aquí viéndolo en movimiento, disfrutando, tal y como me dijo María Eugenia, a pesar de todo, a pesar de él.

El sonido de mi teléfono me saca de mis pensamientos y, tras comprobar que es mi jefa, descuelgo preguntándome qué querrá de mí.

—¡Hola, María Eugenia! ¿Ya has llegado a China?

—Ya quisiera —me responde con un gruñido—. ¿Cómo va todo?

—Muy bien. Esta finca es impresionante; bueno, todo, tenías razón cua...

—Calla y escúchame —me ordena impaciente.

—¿Qué sucede? —pregunto tensándome ante el tono de su voz.

—¿Tienes el pasaporte en vigor?

—¿Yo?

—¡Sí, tú! ¡¿Quién va a ser?! —añade ansiosa.

—Sí —le confirmo sin conseguir entenderla.

—¡¡Oh, *my* Diorrr!! ¡¡Gracias!! —suelta con alivio—. Una cosa menos de la que preocuparse.

—¿Se puede saber qué te pasa? —le formulo viendo cómo fotografían a Paula desde otro ángulo.

—Te marchas a China. Sonia se encargará de tu visado; que tu madre o quien sea le lleve el pasaporte ahora mismo sin falta al despacho. Tenemos suerte, porque Elkann conoce a alguien que trabaja en el...

Y es entonces, sobre lo alto de esta colina, cuando siento cómo el mundo comienza a girar a gran velocidad conmigo paralizada en el centro, mientras mi jefa habla de visados, de gente que conoce a alguien, de la suerte de tener amigos hasta en el infierno y blablablá... pero yo no puedo oírla con claridad, ¿de verdad ha dicho... China?

—¿¿Cómoooo?! —logro articular finalmente.

—Estoy en el hospital, Luna. Ayer me caí por las escaleras y me rompí una pierna, así que vas a ir tú en mi lugar. Tengo a Elkann echando humo desde China, así que no me repliques y obedéceme, con él tengo más que suficiente.

—Pero María Eugenia... ¿qué voy a hacer yo allí? —inquiero sentándome sobre el suelo húmedo, sintiendo aún la tierra girando a mi alrededor, tan agobiada que, si pudiera, me bajaría del mundo ahora mismo.

—¡Poner firme a Maurice en el caso de que no lo haga Elkann! —espeta con ímpetu—. Además, vas en calidad de diseñadora. ¿Qué pregunta es ésa?, y no discutas, son órdenes de Elkann. Él ya está allí e irá a recogerte al aeropuerto cuando llegues.

»Sonia se encargará de todo; tú sólo tienes que pasar por la empresa el sábado a última hora para recoger tu documentación y los billetes, así que no te agobies tanto, que pareces María Angustias.

—Es que, María Eugenia, tú no lo entiendes, pero...

—No, eres tú la que no lo entiende, Luna. Vas a ir a desfiles, a cenas, a conocer a gente importantísima; vas a vivir una experiencia increíble en todos los sentidos, algo que probablemente no volverá a repetirse en años, así que deja de quejarte tanto. Eso sí, llena bien tu maleta con ropa de abrigo, que en estas fechas hace un frío horroroso, y, por lo que más quieras, ni se te ocurra ir con vaqueros, ¿está claro? —me pregunta en una clara alusión a la primera vez que la acompañé a una feria y tuve la desfachatez de ponérmelos.

—María Eugenia, de verdad, os agradezco la confianza, pero yo n...

—Ni se te ocurra decir que no —me corta con firmeza—. Es una orden; te vas a China y, cuando regreses, te quiero bien cargada de ideas. No te creas que vas de vacaciones, y no olvides lo del pasaporte, no tenemos tiempo, y, por favorrr, ¡que no te la cuele Maurice!

De vacaciones, dice... No puedo respirar, tengo náuseas, las manos me sudan y el corazón me late tan desbocado que temo que vaya a darme un infarto, mientras la voz de mi jefa llega distorsionada a través del móvil.

—¿Estás ahí? —me pregunta con impaciencia.

—Estoy —murmuro siendo plenamente consciente de que voy a estar con Gael en un país del que, por no saber, no sé ni cómo se dan los buenos días.

¿Cómo voy a conseguir olvidarme de él cuando el destino se empeña en unirnos continuamente?

—Tu avión sale el domingo. Tienes tiempo de sobra para hacer la maleta y descansar, ¿lo tienes todo claro?

—Sí —musito finalmente.

—No puedo creerme que me haya roto la pierna —refunfuña quejosa—. Disfruta por mí, ¿quieres?

—La verdad, no creo que pueda —le confieso.

—Ayyyy, hija, qué negativa eres —me riñe, y conociéndola seguro que estará haciendo algún que otro aspaviento con los brazos—. Cualquiera mataría por estar en tu lugar, si es que le dan pan a quien no tiene dientes para masticar. Si quieres algo, mañana me llamas —concluye antes de colgar.

—Vale —musito, pero mi jefa ya ha colgado—. ¿Por qué? —pregunto mirando al cielo.

Aunque lo sé, llevo años escuchando las explicaciones de mi padre, un fiel creyente de la reencarnación, el karma y también del destino. Según él, es éste el que pone en nuestro camino a las personas siempre con un fin, y a mí no deja de ponérmelo en el mío, sin dejarme avanzar ni tampoco olvidarlo... y estoy volviéndome loca por empezar a creerme todo este rollo que siempre he rechazado de pleno.

—¡Luna! ¿Estás bien? —me pregunta Pilar llegando hasta mí.

—No, no lo estoy —respondo levantándome—. Tengo el culo mojado y me voy a China, ¿cómo quieres que esté bien?

—¿Cómo que te vas a China?

—María Eugenia se ha roto la pierna, voy en su lugar.

—No es verdad...

—Sí que lo es —le confirmo con una mueca de disgusto.

—¡Qué suerte tienes, tía! ¿Por qué no me piden a mí esas cosas?

—¿Porque no eres diseñadora? —le pregunto resaltando lo obvio.

—En situaciones como ésta, mataría por serlo.

—Ojalá lo fueras para ir tú por mí.

—¡Venga ya! No puedes hablar en serio. ¿Por qué no quieres ir?

—Porque odio volar —farfullo con la verdadera respuesta resonando en mi cabeza.

—Pues te tomas una pastillita para dormir y listo.

—Claro. Anda, vamos —murmuro dirigiéndome hacia donde están todos, empezando a marcar el número de teléfono de mi madre... no puedo creerlo.

Y aunque intento no pensarlo demasiado y volver a centrarme en la sesión de fotos, todo ha cambiado para mí. La paz que he sentido hace unas horas mientras cabalgaba despreocupadamente a lomos de *Azabache* ha desaparecido y son los nervios, el temor, la inseguridad, y también la emoción y el anhelo, aunque odie reconocerlo, los que dominan mi interior con fuerza, asolándolo todo a su paso.

Tras un día agotador y tras cargar todo nuestro equipaje en los coches, nos despedimos de Pedro, de los estilistas, de los fotógrafos y de Philip y Paula, estas personas que hace unos días eran unos desconocidos para mí y que ahora siento tan cercanas.

—Como tenemos tus medidas, cuando tenga el boceto listo confeccionaremos un prototipo con un tejido que no sea el definitivo para comprobar cómo te sienta, y sobre él haremos todas las modificaciones que desees. ¿Cuándo volverás a Madrid? —le pregunto a Paula, evitando que Philip oiga nada.

—Supongo que en unos tres meses; te confirmaré la fecha exacta cuando lo tenga claro, ¿te parece?

—Perfecto. Por cierto, me voy a China —le confieso finalmente, necesitando desahogarme.

—¿Con Gael? —me pregunta entre susurros, alejándome más del resto.

Entre cuchicheos y ante su sonrisa resplandeciente, le cuento lo que lleva todo el día martirizándome.

—¿Y por qué sonrías así, si puede saberse? —le pregunto con fastidio, cruzándome de brazos.

—¡Ayyyy...! ¡Si es que vuestra historia es tan similar a la nuestra! Nosotros fuimos a Bora Bora estando separados y, aunque en vuestro caso será China, no deja de ser lo mismo; sólo espero que le saquéis más partido a China de lo que nosotros le sacamos a Bora Bora, aunque la verdad es que luego volvimos y nos cogimos con ganas —me confiesa entre risas.

—No creo que él me coja con muchas ganas; además, estoy acojonada por todo lo que se me viene encima.

—Lo que tienes que hacer es relajarte y disfrutar.

—Como si fuera tan fácil —murmuro empezando a caminar hacia donde está Pilar esperándome.

—Por supuesto que lo es; lucha por él, Luna —me pide cogiéndome del brazo y deteniéndome.

—Paula, ¡nena! ¡Vamos, que se hace tarde! —la apremia Philip.

—Nos vemos —musito dándole un abrazo, ignorando su última petición.

Durante el trayecto a casa, intento centrarme en el paisaje y en lo que Pilar va contándome, a pesar de que mi mente traidora no deja de recordarme que en unos días volveré a estar con él en un país del que no conozco nada, ni las costumbres, ni el idioma ni a nadie que no sea él... él, él... y mil veces *él*.

Tras un viaje en el que no he dejado de imaginar cientos de situaciones que seguro que no van a producirse, y en el que me he prometido cientos de cosas más, entre ellas no caer en la tentación, llego a mi casa cansada mental y físicamente y, negándome a pensar más, me dirijo a mi habitación, donde, tras ponerme el pijama, me tiro en plancha sobre la cama, sumiéndome casi al instante en un sueño intranquilo, donde sus ojos me persiguen allá donde vaya.

El sábado lo dedico a deshacer la maleta que me llevé para estos días y a preparar la maleta, bueno, las maletas, para estas casi dos semanas que estaré en China, labor para la cual empleo prácticamente todo el día, pues son las ocho y aún lo tengo todo esparcido por la habitación, tan nerviosa que no consigo centrarme, poniendo, quitando, volviendo a poner y volviendo a quitar, tan bloqueada que componer un *look* en mi cabeza me está resultando una misión casi imposible, paralizada como estoy por lo que va a suceder ahora. «¿Qué haré cuando lo vea? Le dije que lo quería y él me contestó que fuera más lista —me torturo tirándome sobre la cama llena de ropa—. Y, ahora, ¿qué?»

Capítulo 49

El timbre de la puerta me devuelve a la realidad y, sin demasiadas ganas y viendo el desastre que tengo montado, la abro; Greta.

—Hola, princesita —me saluda cargada con pizzas y una botella de vino—. ¿O más bien debería decir *ni hao*?

—Por lo que veo, las noticias vuelan —le respondo cerrando la puerta mientras mi amiga se dirige con decisión al salón—, y ni loca vas a liarme para beber. Por si no lo sabes, mañana madrugo —le señalo siguiéndola y quitándole una pizza—. ¿Qué haces aquí? ¿Y por qué no cambiamos el menú alguna vez? Estoy harta de comer pizza. ¿Sabes que existe la comida china, verdad?

—Yo también me alegro de verte —me suelta con una cómica mueca—. Además, ¿para qué quieres comida china cuando vas a estar dos semanas comiéndola sin parar? Te aseguro que, cuando vuelvas, me suplicarás que te traiga una pizza.

—Seguro —le respondo sonriendo.

—¿Ha pasado un huracán por aquí? ¿Qué es este desastre? —me pregunta mirando toda la ropa y los zapatos esparcidos por el salón.

—¿De verdad hace falta que te lo explique? ¡¡Tía, que voy a estar casi dos semanas en China!! —exclamo agobiándome de nuevo—. ¿Qué voy a hacer allí sin María Eugenia? ¡Pero si ni siquiera sé hablar chino! ¡Lo llevan claro conmigo como esperen que les conteste!

—Has obviado decir ¡¡¡solamente con él!!!, no creas que no me he dado cuenta —me dice levantando una ceja.

—Voy a trabajar, Greta. ¿Qué importa que esté *él*? —replico recalcando la última palabra.

—Esta blusa es divina —me dice cogiendo una de las blusas que se encuentran tiradas sobre el sofá.

—¿Quieres centrarte, por favor, y dejar la dichosa blusa?

—Céntrate tú, princesita —replica haciendo a un lado toda la ropa y sentándose despreocupadamente—. No necesitas hablar chino, puedes hablar en inglés y, si alguien no lo entiende, deja que Elkann se apañe; tú sólo vas en calidad de diseñadora, no lo olvides: coge ideas, vive la experiencia, disfruta y

sobre todo... ¡¡¡no te lo tires!!! Por lo que más quieras, no aceptes paréntesis ni leches; por muy bueno que esté, por mucho que te guste y por muy bien que folle, es un cabrón, no lo olvides. Promételo —me ordena sosteniéndome la mirada.

—No tengo intención de hacerlo.

—¿El que, tirártelo o prometérmelo?

—Tirármelo, Greta, tirármelo —respondo con hastío—. Por cierto — prosigo deseando cambiar de tema—, ya sé que D'Elkann va a confeccionar parte de la colección de temporada en China, qué calladito te lo tenías.

—Se lo prometí a María Eugenia y, además, ¿qué importa si confeccionan aquí o allí?

—Por supuesto que importa. ¿Por qué no amplían aquí? Con el paro que hay, no veo por qué tienen que confeccionar en China.

—Ya ha salido la defensora del pueblo.

—Llámame como quieras, pero, por mucho que María Eugenia quiera disfrazarlo, al final no deja de ser una reducción de costes. Si Confección se está demorando en la entrega pueden buscar más talleres o ampliar el suyo — argumento yendo a la cocina a por vasos y servilletas.

—Y eso, a ti, ¿qué más te da? Si lo que buscan es abaratar el coste de la prenda o, como nos han vendido, rapidez en la entrega, eso es algo que a nosotras, como diseñadoras, no nos incumbe mientras se cumplan los plazos y se fabrique según los prototipos. Además, esto no es algo que D'Elkann esté inventando y la pronto moda y Premium, que es lo más delicado, se queda aquí.

—No vas a convencerme —replico sentándome a su lado y cogiendo un trozo de pizza.

—Ni tengo intención de hacerlo, simplemente ése es un tema que no me quita el sueño; no como el otro, recuerda que lo has prometido.

—No recuerdo haberte prometido nada —le digo, pinchándola.

—Pues hazlo, repite conmigo: no me lo tiraré, no me lo tiraré, no me lo tiraré. ¿Vamos? ¿A qué esperas? ¡Repítelo!

—Te lo prometo, pesada —acepto sonriendo—: no me lo tiraré.

—Así me gusta. Ahora sólo te queda cumplirlo, princesita. ¿Crees que serás capaz?

—¡Qué hartura, Diorrr! ¿Qué habré hecho para merecer esto? —murmuro mirando el techo dramáticamente.

—Eso digo yo, ¿qué habré hecho yo para sufrir esta tortura? ¡Cualquier día voy a cortarme las venas por tu culpa! —bromea dejándose caer en el sofá.

—¡Anda, cállate! —declaro riendo.

—¿A qué hora sale tu vuelo? —me pregunta incorporándose y metiéndose un buen trozo de pizza en la boca—. Mmmmm, qué buena —susurra relamiéndose y cerrando los ojos.

—Tengo que estar en el aeropuerto a las seis de la mañana; acabo de llegar de recoger toda mi documentación —murmuro con seriedad, nerviosa de nuevo, mirando la pizza como si en ella estuviera escrito mi futuro.

—¿Y qué más? Hija, expláyate un poquito. ¿Voy a tener que sacártelo todo con sacacorchos?

—¿Qué más quieres saber? Hago escala en Londres y allí cogeré otro avión con destino Pekín o, según el billete, Beijing... o como se pronuncie.

—¿Vais a ver primero las empresas? Porque los desfiles son en Shanghái.

—Eso parece.

—Tu entusiasmo me desborda, princesita —suelta con sorna—, aunque mejor así, no quiero que estés emocionada.

—¿Quieres saber la verdad, Greta? —le pregunto finalmente, deseando sacar todo lo que me corroe por dentro desde que María Eugenia me llamó ayer—. La verdad es que estoy muerta de miedo, y no por ir a los desfiles, ni por visitar esas empresas, ni por pelearme con Maurice, eso es lo de menos; estoy muerta de miedo por estar a solas otra vez con él, porque una cosa es lo que te prometa o me prometa a mí misma hasta la saciedad, y otra bien distinta es lo que sienta cuando lo vea, porque, por mucho que te moleste escucharlo o a mí misma decirlo, estoy loca por él... ¡Enga, ya lo he dicho! Mátame si quieres —farfullo con disgusto cogiendo la copa de vino y dándole un largo trago, dispuesta a escuchar todo lo que seguro tiene que decir mi amiga al respecto.

—Joder, princesita —masculla únicamente para mi sorpresa—. No voy a matarte, tú sola te encargarás de hacerlo.

No le contesto sabiendo que tiene razón, sabiendo que, a pesar de todo, lo único que deseo es estrellarme de nuevo en el acantilado de su cuerpo, aunque ello me lleve a morir ahogada.

* * *

La alarma del despertador me saca de mis intranquilos sueños a las cuatro y media de la madrugada y, una vez en el baño, observo mi rostro ojeroso y pálido; ni sé a qué hora conseguí dormirme ayer, pero me temo que no habré descansado

más de tres horas seguidas. Otra vez siento los nervios asfixiándome y trago saliva respirando profundamente.

—Vas a trabajar, sólo a trabajar —murmuro cerrando los ojos en un intento por autoconvencerme.

Tras ducharme y vestirme con unos simples tejanos rotos y un suéter de cuello vuelto, me maquillo sintiéndome ligeramente mejor. «Por lo menos no es el desastre de antes», me digo mirándome por última vez antes de coger las maletas y dirigirme a la puerta, cardíaca perdida.

Dejo el equipaje en el rellano y de pie, con la puerta abierta, observo mi piso por última vez. «¿Cómo me sentiré cuando regrese? ¿Qué sucederá en China?», me pregunto cerrando la luz de la entrada y la puerta.

—Que sea lo que Dior quiera —murmuro inspirando hondo.

Llego al aeropuerto a las seis menos cuarto y, tras facturar el equipaje y pasar los pertinentes controles de seguridad, valoro por unos instantes tomarme un café para hacer tiempo, pues la puerta de embarque todavía no está indicada, pero sólo imaginarlo es suficiente como para que me den arcadas y finalmente desisto, dedicándome a vagabundear por las tiendas *duty-free*... «¿Cómo se sentiría Paula en su viaje a Bora Bora? —me planteo frente al escaparate de una tienda de bolsos—. Ojalá no estuviera sola, ojalá Greta o María Eugenia estuvieran conmigo», pienso sintiéndome pequeña y perdida de repente.

Por fin indican la puerta de embarque y, cabizbaja, me dirijo hacia ella, pero soy incapaz de quedarme quieta y, en lugar de sentarme a esperar como está haciendo todo el mundo, me dirijo al ventanal, desde donde observo los aviones aterrizar y despegar.

«Deja de comportarte como una princesita desvalida y ponte la armadura de una vez —me riño irguiendo la espalda, viendo cómo despegan un avión—. No eres ninguna niña y, por supuesto, no vas a hacer nada que no desees. Vas a hablarle de usted, a ser lista de una vez, aunque no tengas ni idea de a qué se refiere cuando te dice eso, y a comportarte como la mujer hecha y derecha que eres.»

Y con ese discurso memorizado en mi cabeza a modo de mantra, consigo autoconvencerme a mí misma de que voy a trabajar y a disfrutar todo lo que pueda.

El avión despegan puntual y, tras dos horas y media de vuelo, llegamos a LondresHeathrow.

—Ahora sólo espero no perderme —murmuro siguiendo la marea de gente a la vez que voy buscando una indicación que me lleve a la T5, que es la terminal desde donde saldrá mi próximo vuelo.

Finalmente consigo localizar el autobús que cada siete minutos hace el traslado entre terminales y, cuando llego, y puesto que aún dispongo de varias horas por delante, decido comer algo, incapaz como he sido de tomar un mísero vaso de agua desde que me he levantado y, con el estómago lleno, un par de revistas de moda y sintiéndome ligeramente mejor, me encamino a coger el tren que me llevará a la sección B, felicitándome por no haberme perdido, por haber sido capaz de comer y, sobre todo, por haber recuperado la calma perdida.

Embarco en el Jet 747 de dos plantas que me llevará a Pekín y, tras una rápida mirada, compruebo con espanto lo antiguo que es. ¡Ay, Dios, que este avión tiene los mismos años que mi abuela! Localizo mi asiento, mi estrecho asiento, y con horror veo que detrás de mí se sientan tres niños. ¡Uffff, genial! Un vuelo largo y con críos, ¿hay una peor combinación? Ya sólo falta que haya turbulencias para ponerle la guinda al pastel.

El avión sale con retraso a las cuatro y media de la tarde y, tras un viaje infernal en el que los niños, alias los diablillos, me han dejado la espalda molida con las patadas que, exceptuando las pocas horas que han estado durmiendo, han dado al respaldo de mi asiento, en el que no he podido dormir ni dos horas seguidas, y en el que las turbulencias han sido nuestras compañeras de viaje, por fin aterrizamos en Pekín a las nueve y media de la mañana hora local y, con las piernas entumecidas, unas ojeras que me llegan hasta los pies y agotada hasta el extremo, me bajo de este infierno, nunca mejor dicho. Si es que odio volar con todas mis fuerzas. «En el trayecto de vuelta me tomo la pastillita sí o sí. Vamos, que pienso dormirme cuando despegue y no abrir los ojos hasta que aterricemos en Londres.»

Me planto en la zona de control de documentación y compruebo la larguísima cola que me aguarda y, tras colocarme la última, espero con resignación mi turno. Finalmente, y con los papeles en regla, cojo el tren que me llevará a la zona de recogida de equipajes, donde tardo casi una hora en tener mis maletas conmigo. Sólo espero que Gael esté esperándome, porque, por no tener, no tengo ni su número de teléfono... ¡Mierda! Con lo grande que es esto... ¿y si no lo encuentro? ¿Cómo lo localizo? ¡Por favor, Diossss, mira hacia abajo y apiádate de esta alma descarriada que tanto te necesita!

Siguiendo las indicaciones y de nuevo a la marea de gente, consigo llegar finalmente a la terminal de llegadas, sintiendo el corazón latiendo desbocado dentro de mí, muerta de miedo por lo que sucederá ahora y de repente... él y el mundo girando a gran velocidad con nosotros paralizados en el centro, incapaces de movernos, con nuestras miradas atrapadas, librando cada uno nuestra propia batalla interior, como hace tantos años en Formentera, cuando me siguió hasta mi casa. Lo recuerdo con el casco puesto dándole gas a su moto, luchando con sus demonios... seguramente como estará haciendo ahora.

Lleva las gafas de sol puestas, pero eso no me impide sentir la fuerza de su mirada y, durante unos segundos, recorro su cuerpo con la mía; su barba de varios días, su ceño levemente fruncido, su mandíbula dura y en tensión... tal y como está todo su cuerpo, como si estuviera a punto de saltar sobre su presa... o sobre mí, y, dejándome llevar por esa corriente cálida que nos mantiene unidos, consigo activarme y empezar a avanzar hacia él, y es en esos instantes, mientras sorteo a la multitud y consigo romper el contacto visual, cuando recuerdo nuestro último encuentro, mis palabras, las tuyas y mis promesas, las de olvidarlo de una vez por todas, las de seguir con mi vida sin él.

—Buenos días, Luna, bienvenida —me dice con seriedad cuando llego hasta él.

—¿Vamos a tutearnos? —le pregunto con dureza, necesitando escudarme tras algo para no abalanzarme sobre él.

—Sígueme —me ordena sin contestarme, cogiéndome las maletas que llevo a duras penas. ¿Quién me mandaría a mí cargarme con tanto equipaje?

—No —le digo con rotundidad, necesitando dejar las cosas claras desde el principio para, todo sea dicho, dejármelas claras a mí también.

Lo veo volverse levemente y, a pesar de que continúa con las gafas de sol puestas, puedo imaginar la ira tiñendo sus ojos; su cuerpo en tensión y sus labios apretados formando una fina línea lo delatan y me mantengo firme sin moverme un centímetro.

—Mire, señor Elkann, no voy a tutearlo ni usted va a hacerlo tampoco. Es mi jefe y esto, un simple viaje de trabajo, así que, si no le importa, vamos a dejar a un lado lo que desafortunadamente ocurrió entre nosotros y a ser únicamente jefe y empleada. Si no está dispuesto a hacerlo, dígamelo ahora mismo y cogeré un vuelo con destino Madrid.

—Le recuerdo, señorita Costa, que no está en situación de retarme, sino de obedecerme, pero me parece correcta su postura. Tenga sus maletas, estoy seguro de que usted sola podrá con ellas.

Tras soltarlas y ante mi atónita mirada, empieza a caminar sin esperarme ni volverse en ningún momento. ¡Mierda!, hay demasiada gente y temo perderlo de vista, pero antes muerta que pedirle que me espere o me ayude y, colgándome el bolso por el cuello y tras hacer malabarismos con todo mi equipaje, consigo ponerme en marcha. ¿Dónde estarán los dichosos carritos para las maletas? Seguro que he pasado por delante de ellos y ni siquiera los he visto. ¡Si es que soy un completo desastre!

Llego resoplando hasta donde tiene estacionado su vehículo, sorprendiéndome por el frío tremendo que hace, y lo miro achinando los ojos empezando a temblar. ¡La madre del cordero! Pero, ¿a cuántos grados estamos?

Está sentado en el asiento del conductor mirándome con el ceño fruncido, y de sobra sé que no tiene intención de ayudarme. ¡Será... será... hijo de su madre! Tras abrir el maletero, empiezo a cargarlo con todo mi equipaje, pero ¿qué he puesto ahí dentro?, ¿un muerto? Finalmente consigo encajarlas tipo Tetris y, satisfecha conmigo misma y negándome a pensar en el aspecto tan lamentable que debo de tener, me siento en el asiento del copiloto evitando mirarlo, temblando como una hoja y deseando llegar cuanto antes al hotel para poder darme una buena ducha con agua hirviendo y descansar un par de horas.

Arranca y sale del aeropuerto conduciendo con una soltura asombrosa, maneándose entre el tráfico como si llevara años viviendo aquí, mientras yo no puedo despegar mi mirada de la ventana, pues el cielo no se ve, es como si estuviéramos envueltos por una niebla densa que impidiera a los rayos del sol llegar hasta nosotros. Supongo que es la contaminación, pero nunca había visto un sol tan poco brillante, tan opaco, y, mientras él conduce, ante mí aparecen escenas que nunca pensé que vería con mis propios ojos.

Hombres sentados en cuclillas en la acera comiéndose un plato de arroz de un puesto ambulante donde la higiene brilla por su ausencia; motocicletas y coches tan viejos que no entiendo cómo pueden funcionar; un hombre, una mujer y un niño, supongo que de unos ocho o nueve años, sobre una bicicleta; un hombre mayor con otra cargada de bultos de considerable tamaño; un híbrido de camioneta y motocicleta llena a rebosar de ¿paja?; casas tan viejas que no entiendo cómo pueden tenerse en pie... pobreza en el sentido más amplio de la palabra.

Capítulo 50

De reojo le observo conducir. No se ha quitado las gafas de sol en ningún momento, a pesar de que estoy segura de que no las necesita. No me mira ni me habla, simplemente es como si me hubiera vuelto invisible para él, y vuelco de nuevo mi atención en la ventana, comprobando cómo se aleja del bullicio de la ciudad para adentrarse en una carretera secundaria por la que sólo circulamos nosotros y, ocasionalmente, alguna que otra motocicleta o furgoneta y, aunque me muero de curiosidad por saber si nos dirigimos al hotel, consigo mantenerme callada y aceptar su silencio, su laaaaargo y agonizante silencio.

Finalmente, y tras casi una hora de viaje, en la que lo único que he oído ha sido el sonido de nuestras respiraciones, estaciona frente a una fábrica y me bajo del coche respirando profundamente. ¡Diossss! ¡Menudo viajecito! Estoy tan tensa que me duelen músculos del cuerpo que no sabía ni que existían y, aunque no es que me entusiasme hablar con él, visto lo visto, necesito hacerlo; necesito ir al baño cuanto antes y asearme un poco para estar ligeramente presentable.

—Esta empresa es una de las seleccionadas por Maurice para confeccionar los pantalones y las americanas —me informa mientras se dirige a la entrada de la misma sin esperarme ni mirarme en ningún momento.

—Señor Elkann —musito.

—¿Sí? —me pregunta girándose y prestándome atención por fin, consiguiendo que por unos instantes olvide lo que iba a decirle y sea mi alma la que desee hablar por mí.

—Necesito ir al baño —farfullo al fin, sintiendo esa corriente cálida envolviéndonos de nuevo.

—Sígame —me ordena con frialdad dándose la vuelta y reiniciando la marcha, alejándose de mí.

Lo observo incapaz de moverme, sabiendo que podré pedirle mil veces que me hable de usted y que podré decirme mil veces que es mi jefe, porque mil veces mi interior se revelará y mil veces más mi corazón me gritará que lo quiere... «A pesar de saber que no es posible», me digo con tristeza empezando a caminar, mientras observo todo lo que me rodea en un vano intento por obviar la tristeza que anida dentro de mí.

La fábrica por fuera no tiene nada de excepcional ni de extraordinario; lo único que la diferencia de una española es su nombre en letras chinas y los barracones que, alineados uno al lado del otro, se encuentran en un extremo. Sin dejar de analizarlo todo con curiosidad, llego hasta la recepción, donde Gael está hablando con Maurice; por fin se ha quitado las gafas y puedo admirar sus increíbles ojos.

—Señorita Costa, conoce a Maurice, ¿verdad? —me pregunta cuando llego hasta donde están ellos.

—Por supuesto. Hola, Maurice —lo saludo dándole un par de besos.

Maurice tendrá unos cuarenta y cinco o cincuenta años a lo sumo y es tan alto que debo alzar la cabeza para poder mirarlo directamente a los ojos.

Como siempre, va vestido con un traje a medida y está imponente, mientras yo voy hecha unos zorros con mis tejanos rasgados y mi pelo deshecho; eso por no hablar de mi cara, donde seguro que no quedará ni rastro del maquillaje que parece que me puse en otra vida, y de las ojeras, que no es que me llegarán a los pies, es que me darán la vuelta entera. Si María Eugenia me viera en estos momentos, me despediría en el acto, seguro.

—Hola, Luna. Tengo que reconocer que es un alivio inmenso que hayas venido tú en lugar de María Eugenia —me comenta divertido, sonriéndome.

—No tengo la menor intención de rebajar la calidad de los tejidos, ¿lo sabes, verdad? —le pregunto sonriéndole yo también, y es que, a pesar de todo, no puedo evitar sentir cierta simpatía por él.

—Tus mujeres me torturan, Gael —le dice guiñándole un ojo—. ¿Has tenido un buen viaje? —prosigue ante su sepulcral silencio, con su fuerte acento francés.

—Espero que el de vuelta sea mejor —musito recordando a los diablillos y sus patadas, sintiendo su mirada intimidante fija en mí.

—Entremos, nos están esperando —nos apremia entre dientes, pasando por nuestro lado y destilando ira por los cuatro costados.

Los sigo al interior de la empresa, donde un chino nos está esperando, y me sorprendo al comprobar que Gael también habla su idioma. ¡Sí, hombre! Como se pongan a hablar en chino, lo llevo claro.

Me presenta, o eso creo que está haciendo cuando escucho mi nombre, y en inglés musito un «encantada» sin tener demasiado claro si me ha entendido o no, mientras alargo mi mano para tendérsela, pero, ante mi sorpresa, no corresponde

a mi gesto, limitándose a inclinar levemente la cabeza. «¡Genial! ¡Aquí no se dan la mano! Empezamos bien», me digo inclinando la mía, roja como un tomate maduro.

—Los chinos son gente de costumbres muy arraigadas y no suelen tocar nunca a un desconocido; dar la mano es un gesto que se empieza a aceptar desde hace poco y no por todos, por lo que lo mejor es saludar con una leve inclinación de cabeza —me explica Maurice mientras nos dirigimos a una habitación donde nos sentamos en un sofá alrededor de una pequeña mesa.

—No lo sabía —susurro fustigándome por no haber leído nada sobre las costumbres y las tradiciones chinas durante el viaje... Será que no he tenido horas para hacerlo, ¡mierda!

Mientras ellos hablan, en chino, y yo no me entero de nada, una mujer llega hasta nosotros cargada con una bandeja llena de unos vasitos con agua hirviendo y algo dentro, y lo miro con espanto. «¿Qué es eso? ¿Algas, hierbas? Ufff, paso... que se lo beban ellos. ¿Y por qué no les dice que necesito ir al baño?», me pregunto viendo cómo todos cogen un vaso con esas cosas verdes en el fondo.

—Tiene que coger uno —me indica Gael en español disimuladamente.

—Ni muerta me bebo eso —respondo entre susurros.

—No se lo estoy pidiendo —me dice entre dientes—. Los chinos son muy hospitalarios y no podemos empezar la reunión hasta que nos tomemos el té.

—¿No lo dirá en serio? —musito sintiendo cómo se me revuelve el estómago mientras la mujer pone el vasito frente a mí.

—Hay un proverbio chino que dice «mejor estar sin sal durante tres días que sin té un solo día» —me comenta Maurice en inglés, dándole un sorbo al suyo frente a las sonrisas del chino que nos ha recibido y del otro que ha llegado posteriormente, sumándose a nuestra reunión.

—Beba —me sisea Gael dándole un sorbo al suyo.

«¿Por quéééé? ¿Qué es esto? ¿Una especie de tortura china por algún pecado que cometí en el pasado? Voy a morir del asco como tenga que beberme esto», protesto mentalmente y lo miro suplicante.

—Tenga el suyo, señorita Costa —me dice cogiéndolo y acercándose esas cosas verdes flotantes.

¡Voy a vomitar seguro y, después, me mearé! Estoy empezando a odiar este viaje con todas mis fuerzas y, controlando las arcadas, cojo el dichoso vaso que me llevo a los labios para darle un sorbo. ¡Puaaaaaj!

Empiezan a hablar en chino y me pregunto qué haría mi jefa si estuviera aquí, porque, hasta donde yo sé, María Eugenia habla el mismo chino que pueda hablar yo, y me mantengo en silencio mirando de reojo esas cosas verdes flotantes que en nada se parecen al té que tomo en mi casa, cuando oigo cómo Maurice les pregunta en inglés si pueden proseguir la reunión en dicho idioma, pues yo no entiendo el chino. ¡Vaya! Por fin alguien se da cuenta de que existo... nada que ver con Gael, que parece estar disfrutando con mi sufrimiento. ¡Cabronazo!

Por fin empiezo a enterarme y, cuando se levantan, lo hago yo también deseando alejarme cuanto antes de esas cosas verdes que finalmente no he vuelto a beber, y es entonces cuando Gael, por fin, se apiada de mí y le dice a la mujer que nos ha traído el té que me acompañe al baño. ¡Gracias! ¡Gracias! ¡Graciassssss!

Alejándome del resto, la sigo al... ¿exterior de la empresa? «¿Los baños están fuera?», me pregunto extrañada mientras llegamos a una pequeña construcción en la que entro y, literalmente, me muero.

Dentro hace un olor insoportable y contengo la respiración mientras veo a una mujer, en cuclillas, haciendo sus necesidades. Retiro rápidamente la mirada totalmente escandalizada, pero ya no es sólo el hedor, son los bichos y los agujeros en el suelo, uno al lado del otro. «¿Se supone que debo mear ahí? ¿Y si me salta alguno de ellos? ¡Ahhhh, no! ¡Antes muerta!» Cuando me dirijo al exterior, la mujer me sorprende al insistir, impidiéndome la salida. ¡Venga ya!

—*Thanks! I prefer wait* —le digo deseando pirarme de allí cuanto antes.

—*Bath... you... want* —me dice la pobre mujer, esforzándose para indicarme que eso es el baño.

¿Cómo voy a decirle que paso de mear ahí? ¿Que mi vagina es demasiado exquisita como para mear en un agujero pestilente?

—*No, no, thanks. I'm ok* —musito zafándome y saliendo de este cubículo, respirando profundamente el aire gélido que golpea mi rostro.

¡Oh, *my Diorrr!* ¿Dónde me he metido? ¿María Eugenia mearía ahí dentro? ¡Y una mierda!, porque, si mi vagina es exquisita, la suya es de la realeza. ¡Vamos, que no me imagino a mi jefa, con lo estupenda que es, meando en cuclillas en un sitio como éste!

Al fin la pobre mujer se da por vencida y me acompaña de nuevo al interior de la fábrica, donde se encuentran Gael, Maurice y los otros dos hombres y, durante unos segundos, siento la mirada divertida de Gael sobre mí... ¡Lo mato!

El chino que nos ha recibido, alias Chino Número Uno, está mostrándole un pantalón y pronto deja de prestarme atención para centrarse en lo que están enseñándole.

Observo su ceño fruncido y sus labios apretados formando una fina línea y deduzco que no está gustándole un pelo lo que está viendo y me acerco a él. Si estoy aquí tendré que empezar a hacer algo y rápidamente veo lo que él: la costura está girada, hay escapes y pliegues, y la orilla del pantalón esta toda llena de fruncidos.

—Esta confección es pésima —digo en inglés imaginado uno de mis diseños confeccionado así. Vamos, que, como lo vea, soy capaz de venir expresamente y cargármelos a todos.

—Coincido con usted, señorita Costa. Maurice, ¿usted no vio esto antes de seleccionar esta empresa? —le pregunta con dureza, poniéndolo en un aprieto.

—Las prendas que me mostraron tenían una confección correcta.

—¿Considera esto correcto? —insiste presionándolo—. Quiero ver más prendas —le ordena literalmente al otro chino, alias Chino Número Dos.

Nos muestran más pantalones y diferentes tipos de americanas y chaquetas, y, aunque hay algunas prendas que no están mal del todo, otras continúan teniendo fallos impensables en alguno de nuestros diseños.

—No tengo nada más que ver —farfulla Gael con el ceño tan fruncido que debe de dolerle.

Sé que esta fábrica está descartada, pero no vuelvo a intervenir, manteniéndome en silencio. Con el cabreo monumental que lleva Gael, ambos chinos tienen más que suficiente y, con alivio, compruebo que están dando por finalizada la reunión. ¡Gracias! Necesito llegar cuanto antes al hotel o me va a dar algo seguro.

Pero, para mi espanto, veo cómo los dos chinos insisten en invitarnos a comer y miro a Gael sin entender nada.

—Es costumbre aquí, ya le he dicho que son muy hospitalarios —me confirma enojado, subiéndose al coche.

Con disgusto, me siento en el asiento trasero mientras Maurice lo hace en el del copiloto y me hundo en él, arrebujada en mi anorak. Tengo tanto frío, estoy tan cansada y me duele tanto la vejiga que no sé si estoy agotada o indignada. ¡Odio China! Pero sé que estoy comportándome como una princesita e, irguiendo la espalda, me obligo a comportarme de la misma forma en que lo haría María Eugenia... si no me meo antes, claro está, ahí ya no prometo nada.

Durante el trayecto, Maurice, que es todo un caballero, se interesa por mi viaje y por la nueva colección ante el silencio sepulcral de Gael, que no interviene en ningún momento en nuestra conversación. Gracias al cielo por fin llegamos al restaurante y, tras aparcar, accedemos a un... «¿Perdona? ¿Qué puñetas es esto?», me pregunto en la puerta sin poder moverme.

Capítulo 51

—Vamos, señorita Costa —murmura Gael con voz grave, posando su mano en mi espalda, haciéndome reaccionar ante su inesperado contacto—. ¿Qué le han parecido los baños chinos? —me pregunta al oído con sorna, caminando pegado a mí sin despegar su mano de mi espalda.

—¿Son todos así? —inquiero deteniéndome, ignorando las señales de alarma que brillan como luces de neón en mi cabeza y emocionada por el simple hecho de que se haya dignado hablarme... Alguien debería darme un par de bofetones bien dados.

—Ya lo descubrirá por sí misma —me responde guiñándome un ojo y pasando frente a mí, alejando su mano de mi espalda.

«Me está tomando el pelo seguro —me digo mirando las enormes peceras llenas de todo tipo de peces que me rodean, fingiendo no echar de menos esa mano en esa parte de mi anatomía—. Pero ¿puede saberse qué tipo de restaurante es éste?»

—¿Te encuentras bien? —me demanda Maurice llegando hasta mí.

—Claro, solamente es que no estoy acostumbrada a estar en restaurantes así, porque... ¿esto es un restaurante, verdad?

«Ayyyyy, Dios, este hombre va a pensar que soy una paleta.»

—Estos acuarios son algo normal aquí en China, ya te acostumbrarás e incluso tú misma elegirás lo que comerás ese día. Vamos —me dice sonriendo.

«Ojalá no tenga que quedarme tanto tiempo como para tener que llegar a acostumbrarme a esto», me digo siguiéndolo hasta un pequeño reservado presidido por una enorme mesa giratoria y, puesto que mi ración de ridículo ya está cubierta por hoy, espero que Maurice o Gael me indiquen dónde sentarme y es este último el que, con un movimiento de cabeza, me señala que me siente a su lado.

—En serio, necesito ir al baño —le murmuro a la oreja, avergonzada por tener que estar pidiendo lo mismo desde que he llegado a este dichoso país.

—Venga conmigo —me dice levantándose y excusándose por ambos ante nuestros anfitriones—. ¿Le está gustando Beijing? —me pregunta con socarronería mientras avanza a través de un largo pasillo repleto de puertas que

supongo serán más reservados.

—Me está encantando. Si alguna vez decido mudarme, seguro que me vengo aquí —respondo con sorna, provocándole una sonora carcajada— y, antes de que me lo pregunte, ¡no!, no he meado en la empresa esa —añado deteniéndome y apuntándolo con el dedo—. Ni se le ocurra decir nada —le ordeno achinando los ojos.

—¡Es una exagerada!

—¿Exagerada? Perdona, pero usted sólo tiene que... que... —carraspeo poniéndome roja—... que...

—Yo, ¿qué? —replica disfrutando con mi apuro, mirándome divertido—. ¿Qué tengo que hacer, señorita Costa? —murmura con voz rasposa, mirándome fijamente.

—¡Adivínelo usted solo! —suelto con la cara ardiendo ante su carcajada—, ¡y no se ría! Nosotras tenemos que agacharnos... había bichos, olía mal y... ¡Bahh! ¡Déjelo! ¡Qué sabrá usted! —exclamo enfadada por la situación en la que yo solita me he puesto.

—Se explica muy bien, señorita Costa —me responde reprimiendo las ganas de troncharse de nuevo—. Es aquí; dese prisa, la espero.

No le contesto y, casi abalanzándome sobre la puerta, accedo al baño y a mi salvación...Y de nuevo los dichosos agujeros en el suelo.

—No puede ser verdad —musito—, pero ¿qué les pasa a estos chinos? ¡Dios! Qué manía con mear de pie y en comuna. ¿Aquí no hay intimidad o qué? —medio lloriqueo. Pero ya no puedo más y, resignada, deseando que no entre nadie y haciendo malabarismos con la ropa, doy rienda suelta a mis necesidades más básicas durante varios minutos...

—Señorita Costa, ¿está viva o algún bicho le ha picado su flor de loto?

La voz burlona de Gael llega hasta mis oídos y, si no fuera porque estoy espatarrada con los pantalones bajados, saldría del baño y le estamparía tal puñetazo en toda la cara que ni su propia madre lo reconocería, y, bufando como un toro, compruebo con horror que no hay papel... ¡Lo que me faltaba! Resignada, me visto maldiciendo a María Eugenia y su pierna rota... ¡Ya querría ver yo a mi jefa meando así!

—Ya era hora, pensaba que se había caído por el agujero o que...

—Un bicho me había picado la flor de loto, ¿no? Muy gracioso —lo corto sin dejarle terminar la frase cuando lo tengo frente a mí.

—Debería empezar a practicar más las sentadillas; le vendrá bien por lo menos mientras esté en China —me aconseja con una sonrisa burlona.

—¡Como si usted...! ¡Por favor! ¡Déjelo! ¡No quiero saberlo! —le digo empezando a caminar directa a nuestro reservado, seguida por sus carcajadas.

Cuando llegamos, veo que la mesa está repleta de comida y me relamo mirándola, ¡me encanta la comida china! Algo bueno por lo menos. ¡Voy a ponerme morada! Frente a mí tengo un plato lleno de «algo» con miel que tiene una pinta de escándalo y, cuando todos empiezan a servirse, lo hago yo también, poniendo un poco en mi plato, y aunque no me manejo muy bien con los palillos, consigo atrapar uno entre ellos y llevármelo a la boca.

—No sabía que le gustaran los grillos, señorita Costa; desde luego es usted una caja de sorpresas —me dice Gael con una media sonrisa.

«¿Cómooooo? ¡No es verdad! Seguro que no ha dicho *grillos*... —me digo incapaz de volverme, sintiendo esa cosa dentro de mi boca, y miro los que aún están en mi plato—. ¡Mierdaaaaaaaaa! ¡Sííí, son grillos!»

—Ni se le ocurra tirarlo, trágueselo; hacer eso sería ofender a nuestros anfitriones.

Voy a llorar, ¿en serio tengo que tragarme esto? Lo miro suplicante sintiendo la saliva mezclarse con el dichoso insecto, empezando a sentir arcadas, y tiro a propósito mis palillos al suelo, momento que aprovecho para agacharme y, dentro de la servilleta, escupirlo entre espasmos. ¡Qué ascazo, Diosssssss!

—Deje de hacer tonterías, ¿quiere? —me riñe agachándose él también.

—¿Por qué no me ha dicho que eran grillos? —le pregunto casi mordiéndolo.

—Pensaba que lo sabía —me responde divertido.

—Claro, es algo que como muy a menudo —replico de malas maneras, antes de incorporarme.

—¿Estás bien, Luna? —me pregunta Maurice mientras la camarera reemplaza mis palillos.

—Perfectamente —respondo con una sonrisa forzada, controlando las arcadas y mirando de reojo los grillos que aún están en mi plato, y, cuando un plato de pepinos pasa frente a mí, no lo dudo y cojo uno.

—¿Un pepino? —me pregunta Gael enarcando una ceja.

—Sí, un pepino —mascullo dándole un mordisco con rabia—. Al menos esto sé lo que es... y, hágame un favor, cálese —siseo enfadada.

«Ya podrían haberle puesto aceite y sal, ¿lo comen así, sin ningún tipo de aliño? ¿Y dónde está el arroz tres delicias, los tallarines o el pollo con miel?», me pregunto con disgusto, estudiando los platos y dándome cuenta de que no reconozco los ingredientes de casi ninguno de ellos.

—Pruebe ese plato; son sólo verduras, le gustará —me indica Gael dándome una tregua.

—¿Seguro que no lleva avispas, cucarachas o cualquier tipo de bicho no comestible?

—¿No comestible? —me formula riéndose—. Señorita Costa, en China todo es comestible —me responde mirándome intensamente.

—Déjeme en paz —mascullo dándole otro mordisco al pepino, rehuyendo su mirada, que de repente se ha tornado demasiado intensa.

Haciendo a un lado los grillos, cojo un poco de lo que me ha aconsejado, pero tengo el estómago cerrado y apenas puedo probar bocado, por lo que, más que comer, me dedico a marear la comida mientras a mi alrededor ellos hablan, y Chino Número Uno y Chino Número Dos eructan, sí eructan, y además sorben la sopa haciendo un ruido espantoso, pero estoy tan cansada y saturada que ya todo me da igual y finjo que los eructos y los sorbidos forman parte de los sonidos propios de las comidas, dejando los palillos sobre mi plato.

—Quítelos —me ordena Gael en español mirando los palillos.

—¿Los palillos? —musito sin entender, mirando mi plato.

—Sí, los palillos, quítelos del plato —me ordena.

—No voy a comer más —replico sin hacerle caso.

—Entonces déjelos sobre el mantel; es de pésima educación dejarlos dentro del plato.

—Y eructar no lo es... —susurro haciéndole caso, sintiéndome fuera de lugar y prometiéndome que, en cuanto ponga un pie en el hotel, si es que ese momento llega en algún momento, voy a conectarme a Internet y ponerme al día en todo lo que a tradiciones y costumbres chinas se refiere; estoy harta de hacer el ridículo.

Por la tarde visitamos una segunda fábrica y, cuando me presentan, inclino levemente la cabeza, finjo beber el té que ponen frente a mí y, tan erguida como mi agotado cuerpo me permite, recorro, junto a Gael y Maurice, puesto por puesto, comprobando la confección y el resultado final.

—¿Cómo está? —me pregunta Gael en un susurro cuando estamos finalizando la reunión.

—¿Por qué quiere saberlo? —inquiero a mi vez, recelosa.

—Porque quieren invitarnos a cenar y me parece que usted está al límite de sus fuerzas.

—No se preocupe por mí —murmuro sintiendo, inexplicablemente, ganas de llorar porque se haya dado cuenta de que no puedo más, siendo más princesita que nunca.

—Maurice, nosotros no iremos a cenar; la señorita Costa necesita descansar.

Con alivio, compruebo cómo se despide de ambos hombres, que con tanta hospitalidad nos han tratado, y me sumo a él antes de que ocurra algo que le haga cambiar de opinión. Subo al coche y me hundo en el asiento.

—Lo ha hecho muy bien —me felicita mientras, arrebujaada dentro de mi chaqueta, apoyo la cabeza en el cristal.

—Gracias —musito cerrando los ojos, incapaz de mantenerlos abiertos un segundo más, con la sensación de seguridad que siento cada vez que estoy con él. Y a pesar de que percibo su mirada sobre mí, no los abro, sumergiéndome cada vez más en mis sueños, que me llevan hasta un acantilado.

—Señorita Costa, despierte; hemos llegado.

La suave voz de Gael llega hasta mi cerebro adormecido y la dejo ahí conmigo, acunándome.

—Señorita Costa, vamos, abra los ojos.

De nuevo su voz, latiendo junto a mi corazón, caliente como el chocolate, dulce como el caramelo... envolviéndome.

—Gael —susurro entre sueños, buscando una postura más cómoda.

—Estoy aquí, nena; abre los ojos.

Los abro lentamente hasta encontrarme con su mirada, con la mirada del hombre al que no he dejado de echar de menos... pero entonces recupero la lucidez y, con ella, mis recuerdos, tensándome y endureciendo la mía.

—Lo siento, señor Elkann, me he dormido —susurro sentándome bien y alejando mi mirada de la suya.

—Ya me he dado cuenta —masculla con dureza alejándose de mí y bajándose del vehículo hacia el maletero, de donde saca todo mi equipaje.

—Puedo hacerlo sola, no se preocupe —le digo yendo hacia él mientras el botones del hotel se acerca a nosotros.

—Vaya dentro, hace frío —me ordena sin mirarme, tras lo cual se pone a hablar con el botones en chino.

De nuevo obedezco, tan cansada que no puedo ni tengo ganas de discutir, y casi arrastrándome me dirijo hacia la recepción, donde hago el *check in*, momento en que llega Gael.

—¿Está todo claro, señorita Costa?

—Sí, ya tengo la llave —le anuncio mostrándosela.

—Si necesita cualquier cosa, estoy en la habitación setecientos cincuenta.

—No creo que necesite nada, pero gracias —murmuro dirigiéndome hacia los ascensores, deseando llegar cuanto antes a mi habitación, seguida a unos pasos por él.

—¿Va a cenar? —me pregunta mientras esperamos a que se abran las puertas.

—Sólo quiero ducharme y acostarme —susurro cerrando involuntariamente los ojos; si pudiera, me dormiría de pie—. Gracias por no quedarse a cenar; no sé si hubiera sido capaz de mantener los ojos abiertos —añado con los ojos todavía cerrados, sin importarme lo que pueda pensar de mí.

—No soy tan cabrón como piensa —masculla mientras se abren las puertas del ascensor y accedemos a él—. Nos vemos mañana en la recepción a las ocho; sea puntual —me ordena con sequedad.

Y aunque estoy tentada a decirle que realmente no pienso que sea ningún cabrón, a pesar de las muchísimas veces que se lo he dicho, al final opto por callarme, temerosa de que esa confesión me lleve a otra que no deseo hacer.

Capítulo 52

Se abren las puertas en mi planta y, tras musitar un «buenas noches», salgo del ascensor sintiendo su intensa mirada sobre mi cuerpo, tirando de él de la misma forma en que siempre lo ha hecho, pero estoy tan agotada que no me supone ningún esfuerzo obviarla y, cuando por fin llego a mi habitación, lo primero que hago es ir a ver el baño... ¡Gracias a Diorrrrr! ¡Un baño europeo! ¡Vamos, que no lo beso de milagro!

Sin molestarme en deshacer mi equipaje, saco mi pijama de una maleta, me doy una ducha y, directa, me acuesto en la enorme cama, odiando China con todas mis fuerzas.

Está lloviendo, las gotas de agua mojan mi cara y me muevo inquieta; me gusta que llueva pero hoy no, hoy me molesta, y me doy la vuelta intentando evitarlas, pero está todo mojado y, cuando otra gota cae sobre mi cara, abro los ojos de golpe... «Pero ¿qué es esto? —me pregunto encendiendo la luz y viendo cómo desde el techo caen gotas en mi ya mojada cama—. ¡Venga ya! ¡Esto es lo que me faltaba! ¿Por qué tiene que sucederme todo a mí?», me pregunto enfadada, levantándome y viendo las gotas que, incesantes, van cayendo sobre la cama y por toda la habitación.

Al final, resignada, llamo a recepción, pero la mujer que me coge el teléfono no entiende el inglés. ¡Genial! ¿Y ahora qué hago? «¡¡¡No!!!, ¡¡no!!!, ¡¡¡noooooo!!! ¡¡¡Ni se te ocurra!!!! —me grita la vocecilla de mi cabeza, que de nuevo e inexplicablemente me recuerda muchísimo a la de mi amiga Greta—. ¡¡¡Da media vuelta yaaaaa!!! —me ordena sacándome de quicio—. ¡¡¡Que te des la vuelta, princesita!!!!» Pero mis piernas, que ya se han puesto en marcha, se niegan a retroceder, y en pijama me dirijo a la habitación setecientos cincuenta, la suya.

Llamo y, cuando abre la puerta, me demoro durante unos segundos en su torso desnudo, en su increíble torso desnudo, rectifico casi de inmediato... ¡¡Oh, *my* Diorrrrr!! ¿Dónde me he metido? ¡Este hombre es un pecado con piernas!

—¿Qué hace aquí, señorita Costa? Son las tres y media de la madrugada —me recrimina mesándose el cabello.

—El techo de mi habitación está lleno de goteras, mi cama está empapada y, si con eso no tuviera suficiente, la china de recepción no me entiende. ¡Odio China! —farfullo yendo directa hacia su cama, donde me acuesto, tan cansada que en realidad no estoy siendo consciente de que no puedo pedirle que me hable de usted para luego meterme en su cama. Soy una contradicción andante, pero en estos instantes me da exactamente igual; él también se contradice muchas veces y me aguanto.

Y mientras me sumerjo de nuevo en mis sueños, tapada hasta las orejas, lo oigo hablar por teléfono en chino, maldecir y salir de la habitación, pero no me importa, yo sólo quiero dormir de una vez y olvidarme de dónde estoy.

* * *

El sol calienta la roca del acantilado y me apoyo en ella con su fragancia envolviéndome, relajando mi cuerpo al sentir su calidez; estoy en casa, y sonrío en sueños pegándome más a ella, formando un único cuerpo, y me dejo arrastrar hasta un lugar prohibido donde unos ojos azules me miran intensamente.

* * *

La alarma de algún móvil me saca de mis sueños, pero me resisto a abrir los ojos; estoy tan bien, tan cómoda entre sus brazos, siento la calidez de su cuerpo junto al mío y... «¿He dicho entre sus brazos? ¡Ay, Diorrr! ¡Mierda! —me maldigo todavía con los ojos cerrados, recordando cómo vine anoche y me acosté en su cama—. Y, ahora, ¿qué hago?»

Siento cómo empieza a despertarse, con su cuerpo aún pegado al mío, y me mantengo inmóvil, con los ojos cerrados. ¡Vamos, que ni muerta los abro! ¡Que mueva él ficha ahora!

—Despiértate, nena —me pide con voz rasposa cerca de mi oreja—. Vamos, Luna, despierta.

«¿Nena? ¿Luna? ¡Ayyyyy, Diorrr! ¿Por qué tuve que venir anoche?» Latigazos de deseo recorren mi columna vertebral y me maldigo en silencio... Soy una floja, no debería sentirme así después de tantos desplantes y, aunque lo último que me apetece es hacer frente a esta situación, tampoco puedo alargarlo más, así que, con reticencia, abro los ojos lentamente, dispuesta a hacer frente a la tontería monumental que hice anoche, y es entonces cuando veo mi equipaje en un rincón.

—¿Qué hacen aquí mis maletas? —murmuro dándome la vuelta hasta quedar frente a su magnífico rostro y, sin duda alguna, mi perdición.

Tiene el pelo rubio despeinado y sus ojos azules brillan con intensidad, consiguiendo que me pierda en ellos durante unos segundos, mientras siento el tacto ardiente de su mano sobre mi piel por debajo de mi camiseta, de la misma forma en que yo ponía las mías cuando me llevaba en moto.

—Este hotel es una mierda; recuérdame que le diga a Sonia que nunca vuelva a alojarnos en él —murmura apoyando su frente sobre mi hombro, derritiéndome con ese gesto tan íntimo. Además, «ha dicho ¿alojarnos? ¿En plural?»

—Han tenido un problema con las tuberías y casi todas las habitaciones de tu planta están llenas de goteras —susurra alzando la mirada hasta posarla sobre mis labios.

—¿Y los huéspedes que se alojaban en ellas? —murmuro intentando controlar el tono de mi voz.

—Supongo que los reubicarán si disponen de habitaciones libres o deberán buscarse otro hotel —me responde manteniendo su mano sobre mi cuerpo, consiguiendo que arda con ese leve contacto.

—¿Y cuál será mi habitación, entonces? —consigo articular finalmente.

—¿Cuál quieres que sea? —me demanda mirándome fijamente.

—Desde luego que, ésta, ¡¡¡no!!! —le digo con firmeza cuando consigo recuperar el control de mi dispersa cabeza, levantándome de la cama mientras la vocecita de mi interior no deja de llamarme estúpida y todas las perrerías que le vienen a la mente.

—Pues anoche no parecía disgustarte tanto la idea —me recrimina con dureza, levantándose él también.

—¡Venga ya, Gael! ¿Qué es lo que quieres de mí? —le suelto a bocajarro, decidida a poner las cartas sobre la mesa de una vez—. Te dije que te quería y me dijiste que fuera más lista; no quieres que nos vean juntos ni tampoco quieres estar conmigo, ¿y te ofendes porque quiero una habitación para mí sola? ¿No te parece un poco contradictorio?

«¡Idiota! ¡Acabo de ponérselo en bandeja!», me maldigo viéndolo venir... Si pudiera, me abofetearía ahora mismo.

—¿Y eres tú la que me habla de contradicciones? Me pides que te hable de usted y, en cambio, a la primera de cambio te metes en mi cama —me rebato entre dientes llegando hasta mí—. ¿No te parece eso contradictorio?

—¿Qué querías que hiciera si no había forma de entenderme con la mujer de recepción y mi habitación estaba inundándose?

—Ése era tu problema, no el mío —me espeta ardiendo de rabia—. No tienes habitación; si quieres, te quedas en ésta y, si no, te buscas la vida, pero fuera de horas de trabajo; hoy te quiero al ciento por ciento.

Dicho esto, se mete en el baño dando un portazo.

No puedo creerlo, ¿fuera de horas de trabajo? Pero ¿acaso las tengo? Cabreada, me dirijo al teléfono para hablar con recepción, con la esperanza de que quien esté ahora entienda el inglés.

Tras varios minutos en espera y tras pasarme con diferentes personas, finalmente un hombre me confirma lo mismo que me había dicho Gael y, lo que es peor, que no disponen de habitaciones libres... ¡Genial! ¡Esto es genial! Lo único que puedo hacer es esperar a que lo solucionen cuanto antes, aunque no me asegura que hoy lo consigan y, tras arrancarle la promesa de que la primera habitación que quede libre será para mí, cuelgo frustrada... Y, ahora, ¿qué hago? Otra noche con él, otra noche con su cuerpo pegado al mío... otra noche y caeré seguro.

—¿Eres consciente de que hemos quedado con Maurice a las ocho, verdad? ¿A qué esperas para vestirte? —me pregunta saliendo del baño con una toalla envolviendo su estrecha cintura.

—Necesito ducharme, cuando salgas entraré yo.

—Tienes la ducha libre —me responde con una tranquilidad pasmosa.

—Gael, no pienso ducharme contigo al lado —afirmo alucinada.

—Te he visto muchísimas veces desnuda —me asegura acercándose peligrosamente a mí—, conozco cada centímetro de tu cuerpo —murmura consiguiendo que mi vientre se contraiga dulcemente—. Déjate de tonterías y métete en esa ducha de una vez o llegaremos tarde.

—Oye, no somos pareja ni estamos juntos, así que olvida lo que sucedió en el pasado y respetemos nuestros espacios. Una cosa es que compartamos cama y otra bien distinta que tengamos que forzar la situación —replico con orgullo, sorprendiéndome incluso a mí misma.

—Entonces... ¿vamos a compartir cama? —me pregunta mirándome fijamente, apoyándose de lado en la pared—. Pensaba que no querías volver a hacerlo.

—Como no solucionen el problema antes de la noche, me guste o no, no tengo otra opción —respondo acercándome a él sosteniéndole la mirada.

—Siempre puedes buscar otro hotel —me rebate sin quitarme la mirada de encima, observando cada uno de mis movimientos.

—¿Con un jefe que me quiere al ciento por ciento y encima con jornadas interminables? ¿Un poco difícil, no te parece? —exclamo pasando frente a él ante su abrasadora mirada.

Y antes de darle tiempo a reaccionar, me meto corriendo en el baño, cerrándolo con llave. ¡Toma ya!

—¡Luna, abre la puta puerta de una vez! —me grita mientras yo doy rienda suelta a mis necesidades más básicas.

—¡Y una mierda vas a verme desnuda! —chillo quitándome la ropa rápidamente y metiéndome bajo el chorro del agua.

—Nena, si cierro los ojos, te veo desnuda. ¡Abre, joder! ¡Necesito entrar!

—¡Ni muerta! —le espeto enjabonándome el cuerpo y disfrutando con mi pequeño triunfo.

Me ducho más rápidamente de lo que lo he hecho nunca y, tras envolver mi cuerpo con una toalla, salgo triunfante del baño.

—Eso que has hecho es de ser una cría —me reprende ya vestido, recorriendo de nuevo mi cuerpo con su mirada descarada.

—Aquí el único crío que hay eres tú —replico yendo hasta una de mis maletas, observándolo de reojo. Lleva unos vaqueros negros con un suéter gris de cuello alto y está imponente.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué, si puede saberse? —me reta con la voz acerada.

—¿De verdad voy a tener que explicártelo? —inquiero volviéndome y haciéndole frente—. Me parece increíble —mascullo negando con la cabeza—. ¿Qué quieres, Gael? —le pregunto con seriedad, uniendo mi mirada a la suya.

Me mira intensamente, creando de nuevo esa burbuja a nuestro alrededor, tensando mi cuerpo, que lo reclama ansioso, y me dejo atrapar por la corriente cálida que ha emergido con fuerza arrastrándolo todo a su paso... como siempre.

—Quiero estar contigo todos los días que estemos aquí —me confiesa con voz ronca, acercándose más a mí—. Quiero dormirme y despertarme a tu lado, quiero tocarte y sentirte de todas las formas posibles, quiero que seas mía.

Está tan cerca de mí que siento cómo mi cuerpo reacciona ante su cercanía; está ofreciéndome lo que tanto deseo, lo que no he conseguido dejar de desear desde que lo vi de nuevo; está ofreciéndome mis deseos, pero con período de caducidad.

—¿Otro paréntesis? ¿Estaremos juntos un par de semanas para luego fingir que nada ha sucedido entre nosotros? ¿Seremos Gael y Luna en China para volver a ser Elkann y la señorita Costa cuando regresemos? —le planteo sintiendo cómo mi instinto de supervivencia se revela ante tal situación.

—Sé que no lo entiendes, pero...

—Tienes razón —lo corto con dureza—, no, no lo entiendo y, llegados a este punto, tampoco quiero hacerlo. Sólo te pido que no seas egoísta y me dejes ir de una vez.

—No soy egoísta, Luna, creo que es lo único que no soy —me responde con sequedad.

—Déjalo, Gael. Queremos cosas distintas y, aunque las circunstancias nos han llevado a compartir habitación, sólo te pido que respetes mi espacio.

—¿Qué quieres tú, Luna? —me pregunta tensando su cuerpo sin dejar de mirarme.

Y aunque me prometí que jamás volvería a decirlo, lo hago de nuevo, incapaz de frenar mis palabras.

—Ya lo sabes —susurro bajando mi mirada al suelo—. Te quiero a ti —murmuro alzándola y uniéndola a la suya, que me mira con intensidad—. Quiero al hombre que conocí en Formentera y al que tengo frente a mí ahora, quiero al hombre que no he conseguido olvidar, quiero un futuro contigo.

—Eso es imposible, nena —sentencia apretando la mandíbula y los puños.

—¿Y por qué no lo siento así? ¿Por qué nos frenas, Gael? —le demando acercándome a él, dejándome llevar por mi corazón, el guía que nunca me ha fallado.

—Porque, lo que desea, no puede ser. La espero en la cafetería, señorita Costa, no se retrase —masculla cogiendo su chaqueta y sus cosas, dejándome en medio de la habitación, temblando...

—¿Por qué, Gael? ¿Por qué no puede ser? —susurro para mí sin poder alejar mi mirada de la puerta—. ¿Por qué?

Una vez lista, me encamino al restaurante sin saber cómo voy a poder estar cerca de él después de este nuevo rechazo.

Cuando llego, lo veo sentado con Maurice e, irguiendo la espalda, me dirijo hacia allí con el firme propósito de no demostrarle el daño que me ha hecho, mientras de reojo miro asombrada el bufé que tengo ante mí. ¿Los chinos desayunan lo mismo que comen? El olor de la comida me revuelve el estómago y, respirando profundamente, llego hasta la mesa donde están sentados.

—Buenos días, Maurice —lo saludo sentándome a su lado, viendo el plato que tiene frente a él.

«¿Qué es eso? ¿Sopa de arroz con verduras? ¡Ayyyyy, Señor, como tenga que comerme eso me muero!»

—Buenos días, Luna. ¿Has descansado bien? Ayer parecías agotada —me dice recorriendo discretamente mi cuerpo con la mirada.

—Sí que lo estaba, pero ya estoy bien, gracias.

—Además de muy guapa —prosigue con una media sonrisa—. ¿Aceptarías una cita conmigo?

—Maurice, estamos trabajando, ¿o lo has olvidado? —sisea Gael entre dientes.

—Tienes razón —le responde sin dejarse amilanar y, volviendo su atención a mí, continúa hablando—. En unas semanas estaré en Madrid, ¿cenarías conmigo entonces? —me propone ante mi asombro; este hombre es una apisonadora.

—Claro, llámame —le contesto tranquilamente, sintiendo su furia helada—. Si me disculpáis —les digo con aplomo, levantándome y mirándolo con altanería.

Llego al bufé y busco algo como leche, cruasanes o tostadas y, al final, en una mesa, diviso el desayuno continental. ¡Gracias! ¡Gracias! ¡Gracias! ¡Por fin comida normal! Si al final mi amiga Greta tendrá razón y, cuando llegue, estaré deseando comer pizza. Sonriendo, cojo un plato, donde pongo varios cruasanes y un vaso de leche, que saboreo escuchando las anécdotas de Maurice ante el silencio agónico de Gael.

Capítulo 53

Nuestro día transcurre como el de ayer, salvo que hoy sé lo que me espera, además de estar descansada, por lo que, cuando llegamos a la primera fábrica, tras casi dos horas de camino, me comporto como la profesional que se supone que soy, apoyándome en Maurice cuando necesito algo, incapaz de dirigirme a Gael, que me ignora tanto como estoy haciendo yo.

Tal y como sucedió ayer, cuando terminamos de visitar la empresa y antes de dar por finalizada la reunión, los dueños de ésta se empeñan en invitarnos a almorzar, llevándonos a un restaurante impresionante donde comemos en un reservado y, sin mirarlo en ningún momento, me siento al lado de Maurice, no para ponerlo celoso ni para cabrearlo, sino porque no me veo capaz de estar a su lado sin necesitar sentir su contacto.

—Qué buena pinta tiene todo, muchas gracias por invitarnos —les digo a nuestros anfitriones, decidida a no comer más grillos ni insectos hoy—. Qué diferente es esta comida de la que nosotros entendemos por comida china, ¿verdad, Maurice?

—No tiene nada que ver —me responde—. ¿Sabías que la gastronomía China es una de las más ricas, debido a la antigua tradición culinaria del país? Además de estar íntimamente ligada no sólo a la sociedad, sino también a la filosofía y a la medicina china.

»Están los alimentos *yin*, que son los alimentos femeninos, tiernos y ricos en agua —me explica con voz ronca, mirándome como si yo fuera uno de esos alimentos— y los *yang*, que son los masculinos, alimentos fritos, especiados y a base de carne —prosigue, consiguiendo que me ruborice. ¡Madre mía, qué hombre!—; la comida china busca el equilibrio entre lo frío y lo caliente, los colores y la consistencia.

—Vaya —carraspeo alejando mi mirada de la suya, sintiéndome demasiado en evidencia—, eres todo un entendido. Y este plato, ¿qué lleva? —consigo preguntar al fin, mirando de reojo a Gael, que no está probando bocado, recostado en el respaldo de su silla observándonos enfurecido.

—No son grillos, puede estar tranquila —masculla entre dientes.

—Está muy bueno, es *siew yhok*; pruébalo, te gustará —me indica Maurice.

—Cerdo, señorita Costa —matiza Gael con dureza, ante las sonrisas de nuestros anfitriones, que no han dejado de sonreír en ningún momento.

Y aunque continúo ignorándolo, en el fondo agradezco que me lo haya aclarado, decidida como estoy a no llevarme nada a la boca que no sea comestible para mí.

Durante el almuerzo, Maurice no deja de instruirme sobre la cultura china, mientras Gael habla con nuestros anfitriones, y, aunque a simple vista parece relajado, conozco esa mirada y los gestos de su cuerpo y sé que, si pudiera, le estamparía a mi compañero un puñetazo en toda la cara.

Terminamos y, tras despedirnos, nos dirigimos a otra fábrica, pero esta vez no vamos a una de confección, sino a una de tejidos y, según me indica Maurice, la última. Mañana Gael y yo volaremos a Shanghái por fin.

Tras un viaje de casi una hora, llegamos a una empresa alejada del resto y descubro de nuevo los barracones, que, dispuestos uno al lado del otro, se encuentran en el extremo de la misma, y los sigo al interior, donde un hombre nos recibe. Como siempre, después de la presentación inicial, tomamos el té antes de empezar la reunión y, tras exponer Gael y Maurice lo que buscamos y ver sus tejidos y lo que pueden ofrecernos, nos llevan a visitar sus instalaciones.

Salimos del edificio principal y llegamos a otro, donde tintan el tejido, y, cuando accedo a él, esta vez sí que me muero. Es como si hubiera entrado en el mismísimo infierno: el calor sofocante, casi insoportable, me da un puñetazo en todo el cuerpo y durante unos segundos siento cómo me mareo ligeramente mientras una película de sudor cubre mi cuerpo y tengo que apoyarme en la pared hasta que el suelo deja de moverse, mientras veo cómo Gael y Maurice prosiguen el recorrido por la misma tan tranquilos, internándose cada vez más en ese calor claustrofóbico que cada vez me recuerda más el averno.

Todavía apoyada en la pared, observo espantada a la gente trabajar como si nada; pero ¿dónde están las condiciones de trabajo y la seguridad e higiene tan implantadas en nuestro país? Enfadada con lo que estoy viendo, me doy media vuelta y salgo de este infierno.

—¿Adónde va, señorita Costa? —brama Gael saliendo tras de mí.

—Dígame que no va a comprarles un solo metro —le exijo apartando un mechón empapado de mi cara, sintiéndome mejor con el frío del exterior.

—¿Y por qué no habría de hacerlo? —me reclama entre dientes, con la frente perlada por las gotas de sudor.

—¡Porque, si lo hiciera, aprobaría todo esto!

—¿Qué aprobaría? ¿Que aquí la gente trabaja a cambio de un mísero plato de arroz? ¿Que viven en la misma empresa en esos barracones de mala muerte? ¿O que trabajan de sol a sol sin ningún tipo de derecho? ¿Es eso a lo que se refiere? —masculla con rabia a escasos centímetros de mi cuerpo.

—¡¡¡Sí!!! ¡¡¡Justo eso!!! —vocifero sin dejarme intimidar por su furia.

—Señorita Costa, no sea hipócrita: muchísimas de las cosas que usted adquiere las fabrican aquí, en Bangladesh o en Turquía, en empresas como ésta. ¿Quiere eso decir que lo aprueba? —me espeta cabreado—. Si yo aprobara esto, usted trabajaría como estas personas y, hasta donde sé, usted disfruta de todos sus derechos, ¡así que nunca me diga que apruebo esto! —me grita fuera de sí.

—¡Si les compra a ellos, lo hace! —rebato enfadada.

—¡Y una mierda! Pero, como usted no lo hace, nunca vuelva a adquirir nada que proceda de países como los que le he nombrado. Vuelva dentro, ¡ya! Por si lo ha olvidado, está trabajando, no en un viaje de la ONU —me ordena dándose la vuelta y alejándose de mí, mientras asimilo la verdad de sus palabras—. ¡Ah, otra cosa! —matiza volviéndose antes de entrar—. Aunque le parezca increíble, esa gente que está ahí dentro se siente afortunada por tener este empleo y no abrirá la puta boca porque, como lo haga, será reemplazada en el acto por una de las miles de personas que están deseando sustituirla —me dice antes de desaparecer por la doble puerta.

No vuelvo a rebatirle nada y lo sigo sintiendo pena por todas estas personas, sabiendo que en mi vida volveré a quejarme después de ver todo esto.

Cuando terminamos en esta fábrica, de nuevo nos invitan a cenar, pero esta vez no soy yo quien rehúye su cercanía, es él quien lo hace, pues lleva un cabreo tan grande que casi puedo palparlo. Tras cenar, nos despedimos de los chinos y, cuando voy a subir al coche, Maurice me sorprende al cogerme del brazo con suavidad.

—¿Te has dado cuenta de que no hemos discutido en todo el viaje? Creo que a partir de ahora voy a tener que hablar contigo en lugar de con María Eugenia.

—Mientras no varíes las calidades y no se alarguen los plazos, nos llevaremos bien, y tengo que reconocer que en este viaje te has comportado —le respondo guiñándole un ojo.

—Entonces, ¿cenarás conmigo? —me pregunta sin soltarme.

—Quién sabe —murmuro sintiendo la furiosa mirada de Gael sobre nosotros.

—Dime tu número de teléfono —me pide mirándome con intensidad.

—Ya te lo diré yo —le dice Gael situándose frente a nosotros—. Nos vemos, Maurice —se despide tendiéndole la mano, obligándolo con su gesto a que me suelte el brazo—. Suba al coche, señorita Costa —me ordena con dureza.

—Hasta luego —me despido, incómoda por el comportamiento brusco de Gael.

—Hasta luego, Luna —me responde ignorándolo y dándome un beso en la mejilla, contacto que demora más de lo estrictamente necesario.

Subo al vehículo intimidada por su furia, evitando mirarlo, mientras él hace lo propio. Sólo cuando se incorpora al tráfico, me vuelvo hacia él, hacia ese rostro y ese cuerpo que casi juraría que tiemblan de la rabia.

—No es justo que hagas eso.

—No me tutee —masculla con la vista fija en el tráfico.

—Ya está bien, por favor —murmuro cansada de todo esto—. Déjalo estar.

—¿El qué? —me pregunta aferrando con fuerza el volante.

—No puedes decirme que no quieres estar conmigo y cabrearte cuando alguien sí quiera estarlo, ni puedes pedirme paréntesis para luego hablarme de usted; no es justo Gael, ese «ni contigo ni sin ti» no es sano —susurro mirando por la ventana.

—No entiende nada, señorita Costa —me responde obcecado.

—Y tú no quieres explicármelo.

—No tengo nada que explicarle; por lo que a mí respecta, puede salir con Maurice o con quien le dé la gana.

—Entonces, ¿porque no te creo?

—Ése es su problema —farfulla—, pero hágase un favor y olvídense de mí.

—¿Lo has hecho tú? ¿Me has olvidado? —le rebato mirándolo fijamente, esperando su respuesta.

—Nunca he necesitado hacerlo —me contesta con dureza sin mirarme.

No le contesto y dirijo los ojos, dolida, al frente. «¿Nunca ha necesitado olvidarme porque nunca ha sentido nada por mí?», me pregunto sintiendo el nudo formarse en mi garganta, recordando las palabras de mi amiga Greta, que siempre repliqué y que ahora temo que sean ciertas.

Durante el camino de regreso al hotel, no vuelve a dirigirme la palabra ni yo lo hago tampoco, cansada de esta situación que no comprendo. ¿Cómo voy a luchar por él cuando me doy contra un muro continuamente? ¿Cómo puedo romper su coraza cuando está hecha de acero?

Cuando llegamos al hotel, me detengo en recepción mientras él se dirige al ascensor sin esperarme y, cuando me confirman que sigo sin habitación, me dirijo resignada a la suya. Y, ahora, ¿qué?

Llamo y, cuando abre la puerta, veo una pequeña cama en un lateral.

—¿Y esa cama? —le pregunto sin entender nada.

—Siempre hay una opción, señorita Costa —me dice con dureza haciendo referencia a nuestra conversación de esta mañana—. Quería que respetara su espacio, ¿verdad? Pues ahí lo tiene, todo para usted.

—¿Cuándo la has pedido? —le pregunto llegando hasta ella.

—Esta mañana —me responde sin más explicación—. Voy a ducharme —masculla pasando frente a mí, tan impasible y distante que siento un escalofrío recorrer mi cuerpo.

En un intento por entretenerme y no pensar más en él, abro Facebook, pero ver la idílica vida de mis amigas con sus maridos y sus guapísimos y perfectísimos hijos no es que me ayude precisamente, y salgo de él para acceder al WhatsApp, donde compruebo que tengo un mensaje de Paula y lo abro mirando hacia la puerta del baño, que se mantiene cerrada.

¿Cómo va ese viaje?

Tecleo rápidamente la respuesta y le doy a «Enviar».

De pena.

Justo en ese momento abre la puerta y siento cómo el mundo se detiene en seco. Va descalzo, con el torso desnudo y los mismos pantalones que llevaba anoche, y durante unos segundos todo deja de existir para mí...

—Todo suyo —masculla mirándome con el ceño fruncido, devolviéndome a la cruda realidad de esta habitación.

—Gracias —susurro en un hilo de voz, levantándome de la cama y dirigiéndome al baño, donde todavía perdura su fragancia.

Me siento en el pequeño taburete que hay en el rincón y miro la pared de enfrente aspirando el perfume que inunda cada rincón del baño cerrando los ojos, deseando no enfrentarme más a él y, sobre todo, poder regresar a mi casa... deseando poder respirar con normalidad de una vez por todas sin que me duela el pecho al hacerlo, y, tras darme una larga ducha con el agua hirviendo y ponerme el pijama, salgo del baño inspirando profundamente.

Está sentado en la cama que compartimos anoche, trabajando con su portátil, y en ningún momento alza la vista ni me dirige la palabra, y, harta de esta situación, me acuesto dándole la espalda.

—Buenas noches —susurro con tristeza ante su sepulcral silencio.

Despierto con la alarma de su móvil, pero estoy tan cansada que no consigo abrir los ojos y me sumerjo de nuevo en mi sueño, donde estamos juntos en nuestra pequeña cala de arena y sal.

—Levántese, señorita Costa —me ordena con frialdad.

Y aunque no quiero hacerlo, finalmente abro los ojos, encontrándome con los suyos, que me miran sin un ápice de emoción, comprobando que ya se ha duchado y vestido.

—Tiene media hora para vestirse, dese prisa —me ordena saliendo de la habitación y cerrando con un portazo.

—Buenos días a ti también —susurro a pesar de que ya no puede oírme.

Sin ganas, llego al baño, donde me echo agua en la cara y me lavo los dientes enérgicamente, mientras poco a poco mi cerebro dormido comienza a despertarse. Me quito el pijama, que dejo sobre el taburete, y en braguitas me dirijo de nuevo a la habitación a por la ropa que he olvidado, cuando me encuentro con él y su abrasadora mirada.

«¿Cuándo ha regresado?», me pregunto incapaz de moverme, sintiendo cómo su mirada desciende desde mi boca hasta mis pechos, endureciéndolos, siguiendo su recorrido por mi vientre hasta llegar a mi sexo, que se humedece ante ella, y lo miro deseándolo, deseando que me toque como tantas veces hizo en el pasado, deseando sus besos, su complicidad, deseando un futuro sin fecha de caducidad.

—Vístase o se resfriará —masculla yendo hasta la puerta—. La espero abajo, dese prisa.

«No tenía que haber venido, tendría que haber buscado cualquier excusa y que Greta hubiera ocupado mi lugar como responsable de Temporada y Pronto Moda», me digo inmóvil en medio de la estancia, sintiendo mi corazón pesado como una losa dentro de mí.

Una vez lista y con mis maletas a cuestas, me dirijo a recepción, donde me espera ese hombre al que le daría mi vida entera si me lo pidiera.

Capítulo 54

Hoy no nos detenemos a desayunar y, tras dejar en recepción las llaves del coche que hemos utilizado estos días, subimos a un taxi que nos llevará al aeropuerto, desde donde cogeremos un vuelo con destino Shanghái.

Durante el trayecto hasta el aeropuerto y más tarde, durante el vuelo, no nos dirigimos la palabra, exceptuando las contadas ocasiones en las que, por necesidad, no tenemos más remedio que hacerlo y, cuando llegamos al hotel, estoy tan tensa que siento ganas de gritar y liarme a puñetazos con el primero que ose llevarme la contraria.

—Le propongo una cosa —me dice una vez dentro del ascensor, apoyándose en la pared del mismo, con las manos en los bolsillos.

—¿Me habla a mí? —pregunto con cinismo, volviéndome teatralmente a pesar de que estamos a solas.

—Déjese de tonterías, ¿quiere? —me suelta con una media sonrisa.

—¿Tonterías? Lleva desde hace horas sin dirigirme la palabra; hasta he llegado a plantearme si me había vuelto invisible, ¿y me dice que me deje de tonterías? —contesto con dureza, alzando una ceja.

—Una tregua, Luna —me pide sorprendiéndome y avanzando despacio hasta mí, y retrocedo hasta quedar pegada contra la pared—. El trabajo duro ha finalizado y los días que tenemos por delante prometen, y mucho. ¿Podrías verme como un amigo? Y no te digo como un jefe, solamente como un amigo, ¿qué dices?, ¿podrás hacerlo?

«¿Podrás hacerlo?» De nuevo esa pregunta... y suspiro... amigos, jamás podré verlo como un amigo, pero tiene razón: otro día como éste y soy capaz de cortarme las venas.

—Es lo más estúpido que he oído en días, pero, como continuemos así, terminaré matándote, así que sí, seré tu amiga.

Su sonrisa resplandeciente me desarma durante unos segundos y lo miro obnubilada... ¿Cómo voy a ser su amiga cuando lo único que deseo es besarlo y sentirlo dentro de mí? El sonido del ascensor al llegar a nuestra planta me saca de mis pensamientos y lo sigo cuando sale de él.

—¿Nos vemos en una hora? Tengo cosas que solucionar —me propone antes de entrar en su habitación, que está junto a la mía.

—Claro, necesito deshacer el equipaje.

«Y ponerme a planchar como una loca —pienso para mis adentros—; miedo me da ver en qué estado se encontrará la ropa después de tantos días metida dentro de las maletas.»

—Te recojo en una hora, entonces.

Acto seguido, accede a su habitación mientras yo lo hago a la mía.

Vaya, qué bonita, ¡y qué grande!, nada que ver a la que tuve en Beijing. Me siento en la cama echándolo de menos; quiere que seamos amigos, esto es lo último que esperaba. Desde luego, si hay alguien capaz de sorprenderme y volverme loca, sin duda es él.

Deshago mi equipaje, que sorprendentemente está mejor de lo que esperaba, preguntándome qué estará haciendo y, puesto que ahora somos amigos y estoy harta de estar sola, salgo de mi habitación directa a la suya. ¿Ha dicho amigos, verdad? Si fuera Greta lo haría, así que... llamo y, cuando abre, entro sin esperar invitación.

—¿Te queda mucho? —le pregunto a bocajarro ante su divertida mirada.

—Estaba viendo las fotografías del reportaje, ¿quieres verlas? —me propone sentándose en la cama y cogiendo su tableta.

—Claro —murmuro colocándome a su lado, sintiendo su contacto y tensándome suavemente... Amigos...

—Mira —me dice tendiéndomela.

La cojo y, una a una, voy observándolas, maravillada con el resultado.

—Son increíbles. ¿Viste el *culotte* que diseñé? —le pregunto sintiendo su brazo casi pegado al mío, su calidez, su fuerza...

—Es brutal —murmura con voz ronca—. Me lo contó Philip; lo diseñaste y lo confeccionaron en unas horas.

—Así es —susurro admirando a Paula a lomos del caballo con él puesto—. Qué fotografía más bonita, ¿ya sabes cuáles vas a elegir? Aquí hay muchísimas —añado deslizando mi dedo por la pantalla, observándolas.

—Todavía no, acabo de recibirlas. Mira ésta, este vestido es increíble —me comenta pasando varias fotografías hasta llegar a la imagen donde Paula aparece con el vestido que diseñé la noche que me bloqueé—. Perfecto tanto para una importante reunión de negocios como para asistir a un cóctel; era justo lo que tenía en mente cuando decidí crear esta colección y lo plasmaste a la perfección.

—Estaba bloqueada —musito dejándome llevar por este momento de complicidad tan inusual entre nosotros—, no conseguía centrarme... estaba sola en la empresa y recordé esa noche —murmuro dando por hecho que sabe a qué noche me refiero—, recordé cómo sentí la neblina en mi interior, la lluvia, la angustia... negra y brillante; el agua creaba una cortina a nuestro alrededor... y salió esto, largo, fluido y oscuro, tal y como me sentí —susurro carraspeando y pasando otra fotografía.

No me contesta y durante unos minutos observamos las fotografías en silencio, analizándolas y realizando algún que otro comentario esporádico, supongo que recordando más de lo que nos gustaría.

—Ésta debes ponerla, Paula está impresionante con este diseño.

—Me ha comentado que le has diseñado su segundo vestido de novia —me dice mirándome de una forma que no sé descifrar.

—Fue idea tuya.

—Después de ver tu trabajo, no tuve ninguna duda de que eras la persona indicada para hacerlo —me aclara sin dejar de mirarme—. El diseño es perfecto para ella.

—¿Lo has visto? —susurro con la mirada puesta en sus labios.

—Sí, me envió un WhatsApp con tu boceto —me contesta con voz ronca.

—No es el definitivo, pero sirve para hacerse una idea —murmuro con la respiración entrecortada.

Siento cómo la corriente emerge de nuevo tirando de nosotros, cómo su mirada se torna ardiente, cómo mi cuerpo reacciona ante el suyo... ¿Cómo vamos a ser amigos cuando nuestros deseos siguen tan latentes?

—Vámonos, seguiremos después; quiero mostrarte Shanghái —me propone levantándose de la cama incómodo, mesándose el cabello.

—¿Conoces esta ciudad? —le pregunto deseando aligerar el ambiente electrizante que hemos creado sin pretenderlo.

—Vamos —me ordena cogiendo su chaqueta sin contestarme.

Salimos del hotel y, tras pillar un taxi, llegamos a una ancha avenida repleta de gente y de restaurantes, de tiendas de *souvenirs* chinos y de otras de marcas conocidas, además de farmacias, tiendas de electrónica...

—¡Qué pasada! ¿Cómo se llama esta avenida? —le pregunto observándola alucinada, imaginándola de noche con todas las luces de neón encendidas.

—¿Les interesa? —nos interrumpe un hombre en inglés mostrándonos un folleto lleno de fotografías de bolsos y relojes de marca.

—Llévenos —le pide Gael ante mi mirada de «¿qué pasa aquí?»—. Vamos —me dice sonriendo despreocupadamente, cogiéndome la mano.

Ante mi espanto, salimos de esta avenida que finalmente no sé ni cómo se llama para empezar a alejarnos de la multitud, adentrándonos en una calle estrecha y tortuosa.

—¡Gael, para! —le ruego intentando detenerlo en vano, pues no aminora la marcha—. Pero ¿te has vuelto loco? En esta calle no hay nadie. ¿Dónde puñetas vamos? —le pregunto empezando a asustarme.

—¿Quieres callarte y seguirme? —me pide divertido.

—¿Cómo que me calle? ¿Y si nos secuestran? —suelto acojonada viendo cómo el hombre se adentra en un edificio de mala muerte.

«¡Ay, mi madre! ¡Que de ésta no salimos vivos! Pero ¿a este hombre se le ha ido la pinza o qué?», me pregunto mientras subimos las escaleras del edificio y me quedo paralizada.

Frente a mí, en el rellano de uno de los portales, hay una mujer china sentada en un viejo taburete cocinando algo en un pequeño hornillo y, aunque mi mirada intenta abarcarlo todo, estoy asustándome tanto que mi cerebro no procesa correctamente lo que está viendo; sólo siento que estoy en un laberinto en el que subo y bajo escaleras sin sentido, yendo tanto hacia la derecha como hacia la izquierda, y en el que ya está todo perdido, pues, aunque intente volver a esa avenida, de la que no sé ni el nombre, no voy a conseguirlo perdida como estoy en este edificio... y, cuando estoy a punto ponerme a gritar como una loca del susto que llevo encima imaginándome ya asesinada y con mi cuerpo tirado en cualquier rincón, entramos en un apartamento que bien podría estar en el centro de Madrid.

Está pintado en un tono gris claro, con el suelo de parquet, y es como una tienda enorme y lujosa repleta de bolsos y carteras de Carolina Herrera, Gucci, Valentino, Dior... además de relojes y supongo que otras cosas. Pero ¿qué es esto?

—¡Joder, tío! ¡Qué ganas tenía de verte, capullo! —oigo cómo Gael saluda en español al hombre que nos ha abierto la puerta.

—¡Cabronazo! Pero ¿qué haces aquí?

«¿Perdona? ¿De qué conoce Gael a este tipo?»

—Luna, ven, quiero presentarte a Cruz.

Es que, si pudiera, lo mataba.

—¡Eres un cabrón, Gael! —le grito sin importarme la cara de asombro de la poca gente que nos rodea, incluida la suya, dicho lo cual salgo de este lugar como llevada por el diablo a punto de ponerme a llorar.

—¡Luna! ¿Adónde coño vas? —me pregunta cogiéndome del brazo y deteniéndome en mi carrera a ninguna parte, porque realmente no tengo ni idea de a dónde voy.

—¿Cómo has podido? —le pregunto a punto de ponerme a llorar.

—Cómo he podido, ¿qué? —me demanda completamente perdido.

—Pero ¿tú eres imbécil? ¿Tú has visto esto? ¿Y si nos hubieran secuestrado o matado? ¡Ni Dios se hubiera enterado! ¿Cómo has podido ponernos en peligro así? ¡Eres un inconsciente hijo de puta! ¡En tu vida vuelvas a poner...!

—Joder, nena, ¡para! —me pide sujetándome por los hombros con firmeza.

—¡Déjame en paz! —le exijo zafándome de él, secando las lágrimas que han empezado a fluir, sin saber dónde ir y odiando sentirme tan perdida y dependiente—. ¡¡¡Odio China y te odio a ti!!!

—No es verdad; ven aquí, joder —me dice abrazándome con fuerza e impidiendo que me mueva, siendo hoy más que nunca el acantilado en el que apoyarme—. Siento si te he asustado, pero quiero que sepas que jamás te pondría en peligro; sabía que ese folleto era de mi amigo, porque estuve viviendo con él en este edificio de mala muerte durante unos meses, así que tranquila, ¿vale?, nadie va a matarte, ni a secuestrarte —me asegura apoyando su barbilla sobre mi cabeza, tranquilizándome con su cuerpo y su voz—. Mientras estés conmigo, te prometo que no te pasará nada —murmura aflojando la fuerza de su abrazo, pero sin soltarme en ningún momento.

Alzo la mirada hasta encontrarme con la suya, azul, limpia e intensa, y rodeo su cuello con mis brazos, olvidando la estupidez de ser amigos y todas las perrerías que acabo de decirle para dejarme llevar por mi corazón y mis deseos, y poniéndome de puntillas acerco mis labios a los suyos, hasta rozarlos, pidiéndole permiso con la mirada mientras todo cobra sentido a nuestro alrededor, pues estoy en casa de nuevo y son los suyos los que se pegan a los míos con rudeza, tomando lo que ha sido suyo desde que nuestras miradas se encontraron por primera vez hace tantos años. Fiereza, deseo, pasión, ansia... abriéndose paso, y un anhelo que nos desborda hasta dejarnos temblando.

—Joder, te follaría ahora mismo contra esta pared —musita sin dejar de besarme, aprisionándome contra ella con su magnífico cuerpo.

—Hazlo, Gael, fóllame —susurro en su boca sin importarme nada.

—Cállate o te juro que lo hago —masculla sin dejar de besarme, alzándome por el trasero mientras enredo mis piernas alrededor de su cintura—. Joder, me vuelves loco —musita mordiendo mi labio inferior y moviendo sus caderas contra las mías, haciéndome sentir su enorme erección—. Voy a follarte sin parar cuando lleguemos al hotel, ¡a la mierda esa estupidez de ser amigos!

—Creo que esa estupidez fue idea tuya —susurro intensificando de nuevo el beso, sintiendo mi cuerpo ardiendo de deseo por él.

—Para —musita soltándome, con la respiración tan agitada como la mía—. Si seguimos así terminaremos montando un espectáculo. Además, antes tenemos que hablar, déjame que me despida de mi amigo —me dice con seriedad alejándose de mí.

«¿De verdad quiere hablar cuando casi me ha provocado un orgasmo con su beso?», me pregunto mientras lo veo desaparecer por la puerta del apartamento para salir a los pocos segundos.

—Vámonos, nena —me propone cogiéndome de la mano con fuerza.

Sale de este laberinto de edificio con tal facilidad, sin dudar ni un segundo, que no me queda ninguna duda de que ha vivido aquí y, antes de que pueda darme cuenta, estamos de nuevo en la misma avenida en la que estábamos hace apenas unos minutos.

—Siento el numerito que te he montado —murmuro un poco avergonzada, comprobando que apenas nos habíamos alejado.

—Eres una exagerada, Posidonia —me responde con seriedad, entrando en un pequeño restaurante regentado por una mujer mayor.

«¿Vuelvo a ser Posidonia?» Pero antes de que pueda llegar a pensarlo con detenimiento, observo asombrada cómo se dirige hacia una mujer mayor a la que saluda con cariño y como ésta casi se echa a llorar al verlo... «Y dice que yo soy una caja de sorpresas», pienso mientras la anciana nos acompaña hasta la pequeña mesa del rincón sin dejar de sonreírle, hablándole con voz pausada y suave, a lo que Gael responde de igual forma.

Una vez sentados frente a frente, y a solas, lo observo en silencio, pues de repente ha enmudecido y algo en su mirada y en la postura de su cuerpo pone en alerta el mío.

Capítulo 55

—¿Qué quieres contarme? —murmuro mientras la señora pone ante nosotros un té y una bandejita con unas galletas con dibujos.

—Tantas cosas que ni yo mismo sé por dónde empezar —masculla mesándose el pelo—, pero yo también estoy cansado, Luna —me confiesa mirándome a los ojos, tan atormentado que su mirada es como un puñetazo en mi pecho—. Necesito que sepas qué ocurrió en mi vida para que entiendas por qué nunca podremos estar juntos. ¿De verdad quieres saber quién soy realmente? —me pregunta con intensidad.

—Sé quién eres —musito casi temiendo respirar.

—No, no lo sabes; tú sólo sabes lo que yo he querido mostrarte, pero, si te lo cuento, tendrás que prometerme que no intentarás cambiar mi forma de pensar, ni cuestionarás mi vida. Dime, ¿podrás hacerlo? —me pregunta fijando su increíble mirada azul sobre la mía, paralizándome con su determinación... «¿Podrás hacerlo?» De nuevo esa pregunta que parece dominar nuestra vida.

—Lo intentaré —murmuro asustada por sus palabras, por lo que sea que lo frena y por su «nunca podremos estar juntos», que no deja de resonar en mi cabeza.

—Mis padres se separaron cuando yo tenía once años y desde ese momento me utilizaron como moneda de cambio para hacerse daño mutuamente, así que, cuando cumplí los dieciocho, me largué de casa sin apenas dinero para irme a vivir a Nueva York, donde trabajé como camarero, aparcacoches, cocinero, botones... Tuve tantos empleos que ni los recuerdo todos, hasta que un día me presenté a un *casting* de modelos; total, no tenía nada que perder y mucho que ganar, y vaya si gané —murmura sumido en sus pensamientos—. Ese día fue el principio de todo y, en apenas un año, conseguí hacerme un nombre en el mundo de la moda.

»Las principales marcas me reclamaban y, con lo que ganaba, me pagaba los estudios. Trabajaba y estudiaba a la vez, y conseguí todo lo que me propuse sin la ayuda de nadie —me cuenta con la mirada fija en su té sin un ápice de orgullo.

»¿Nunca te has preguntado de qué conozco a Philip? —me plantea con dolor, como si el mero hecho de recordar le doliera, y sin esperar mi respuesta prosigue su relato mirándome fijamente, mientras yo aprieto las manos alrededor de la taza sin percatarme de mi gesto—. Durante el tiempo que estuve en Nueva York, fue mi compañero de piso, junto con Mia y Orlando.

—¿Orlando Sun? —lo interrumpo empezando a atar cabos.

—Y Mia Perkins —susurra alzando la mirada hasta posarla sobre la mía—, su novia.

—¿Mia Perkins fue novia de Philip?

¡La madre del cordero! ¡Mia Perkins!

—Ellos eran mi familia en Nueva York y todos queríamos despuntar. Mia se convirtió en la *top* de las *tops* y yo en el equivalente masculino; teníamos el mundo a nuestros pies y ganábamos tanto dinero que llegamos a creernos invencibles, pero todo empezó a joderse y no nos dimos cuenta hasta que fue demasiado tarde.

»Mia empezó a estar diferente y, a pesar de que Philip no dejaba de preguntarnos si no la veíamos distinta, nosotros estábamos tan metidos en nuestro propio mundo que no veíamos o no queríamos ver lo que, para él, era más que evidente. Pensábamos que era debido a la presión, y yo mismo se lo dije miles de veces a Philip, incluso lo acusé una noche de estar obsesionado, pero la realidad era que Mia se drogaba, puede que por eso mismo, o quién sabe qué es lo que se le pasó por la cabeza, pero ni Philip ni Orlando ni yo pudimos sacarla de ese mundo en el que cada vez se hundía más y, aunque tarde, lo intentamos todo, sobre todo Philip, que prácticamente vivía por y para ella, hasta que un día, huyendo de la prensa... bueno ya sabes lo que le sucedió... —masculla con dolor—. Eso nos trastornó a todos y también nos separó: yo me largué a Madrid porque necesitaba poner distancia y Orlando se marchó a Los Ángeles, donde finalmente triunfó como actor.

—¿Y Philip? —musito en un hilo de voz.

—Philip se encerró en su mundo, del que nos excluyó por completo. Sólo vivía para beber y recordarla, mientras que yo en Madrid hice lo propio. Ella estaba conmigo ese día y lo vi todo; de hecho, ya nunca pude dejar de verlo y de recordar ese momento en que tuve que llamar a Philip para contárselo —murmura con voz quebrada—. Pensaba que, si disfrutaba la vida por ella, algún día conseguiría olvidar lo que no dejaba de atormentarme.

—¿Crees que hubieras podido salvarla?

—No lo sé, todo fue demasiado rápido... recuerdo cómo me giré para discutir con los fotógrafos que nos perseguían, el sonido de los coches frenando, los gritos de la gente... Recuerdo volverme casi a cámara lenta y ver cómo el coche se la llevaba por delante, cómo corrí hacia ella sin importarme nada, pero Mia ya había muerto, murió en el acto —masculla endureciendo las facciones—. No recuerdo un día de mi vida desde entonces en que no lo haya recordado sin preguntarme si podría haberlo evitado —sentencia con dolor.

—Lo siento —musito impresionada, cogiendo su mano y sintiendo su dolor como mío.

—Una noche me fui de marcha con mi mejor amigo, éramos colegas desde la infancia, y salimos para celebrar que iba a ser padre; bebimos más de la cuenta y me pidió que condujera yo.

—Gael —susurro temiendo lo que voy a escuchar...

—No sé las vueltas de campana que dio el coche ni cómo no me llevé a nadie más por delante. Cuando finalmente se detuvo, ya era demasiado tarde. Esa noche murió mi amigo y morí yo también, pues, a pesar de que me salvé, mi vida no tiene ningún sentido —me confiesa alzando su atormentada mirada hasta posarla sobre la mía.

»No le hice caso a Philip cuando me pidió ayuda porque era tan egoísta que no quería que nada entorpeciera mi vida, a mi amiga la atropelló un coche frente a mí sin que yo pudiera hacer nada por evitarlo y mi amigo murió al querer olvidar lo que no dejaba de atormentarme, con la excusa de disfrutar la vida que ella no volvería a vivir —me dice con frialdad—. Ése soy yo, Luna, un tío egoísta que antepuso su vida a la de la gente que lo quería, un tío que vivía para sí mismo y que prefería cerrar los ojos por miedo a abrirlos y que le complicaran la vida, un irresponsable hijo de puta que terminó con la vida de su amigo.

—Pero ¿tú te das cuenta de cómo te hablas? Estás asumiendo toda la responsabilidad, cuando la realidad es que fue Mia la que tomó la decisión de drogarse, la que no quiso salir de ese agujero y la que prácticamente se tiró encima de ese coche. No tienes que contarme cómo murió porque los propios periodistas se encargaron de relatarlo con todo lujo de detalles —rebato con impotencia—. Tú conducías esa noche, ¡¡¡sí!!!, y habías bebido, ¡¡¡sí!!!, pero tu amigo también lo había hecho. ¿Qué hubiese sucedido si hubiera conducido él?

—Ojalá lo hubiera hecho y hubiese muerto yo —masculla con dolor.

—No puedo creer que digas eso —susurro destrozada, alejando mi mano de la suya.

—Nachete nació siete meses después, con diversidad funcional y, aunque nadie sabe el porqué, yo estoy seguro de que el sufrimiento de Natalia tuvo mucho que ver. Nunca vi a nadie sufrir tanto como ella esos meses, joder —farfulla mesándose el pelo con impotencia.

—Entonces, ¿Nachete es hijo de...?

—Es mi hijo, porque lo adopté al poco de nacer, pero es el hijo biológico de Nacho... mi amigo y también el hombre al que maté —me suelta con una frialdad que eriza todo mi cuerpo hasta estremecerme.

—Tú no lo mataste —siseo—: tuvisteis un accidente y murió. No es lo mismo matar a sangre fría que tener un accidente con fatales consecuencias —replico enfadada, secándome las lágrimas que sin darme cuenta han empezado a fluir.

—Disfrázalo como quieras o como te haga sentir mejor, ya no importa —me responde cansado—. Obligué a Natalia a que me denunciara y, aunque me costó convencerla, al final lo hizo. Necesitaba ir a la cárcel y pagar por lo que hice, y cumplí hasta el último día de mi condena. En la cárcel me reconcilé, en la medida de lo posible, conmigo y, cuando salí de ella, retomé mi amistad con Philip y con Orlando.

»Philip estaba empezando una vida nueva en Australia tras salir de su infierno personal y Orlando, como te he dicho antes, estaba triunfando como actor, y a ti... te conocí ese verano.

—Por eso no me dejabas preguntarte nada y parecías cabreado con el mundo —musito entendiéndolo finalmente.

—Y por eso luchaba, porque luchando era de la única forma en que conseguía sacar fuera toda la rabia que me consumía por dentro, una rabia que parecía desaparecer cuando estaba contigo.

—¿Por eso me llamabas Posidonia? —susurro.

No me contesta, pero tampoco necesito que lo haga; su mirada lo dice todo y entrelazo mis dedos con los suyos, precisando sentir su contacto.

—¿Cuándo viviste aquí?

—Cuando me largué de Formentera no sabía a dónde ir ni qué hacer con mi vida; me sentía completamente perdido, sin trabajo y con Nachete a mi cargo. Mi vida me superaba y, aunque el dinero nunca fue un problema, la carga personal me pesaba como una losa.

»Philip quería que me fuera a vivir a Sídney con él, pero ¿qué coño hacía yo allí?, y al final me vine a vivir aquí con Cruz; él y Ratón fueron mis compañeros de celda.

—¿Ratón, el hombre que conocí en Formentera y que vino a la cena de la empresa?

—El mismo. Él me enseñó a luchar en la cárcel y a sacar la ira que me mataba por dentro; gracias a él aprendí a canalizarla y, cuando te conocí, me enamoré de ti —me confiesa mirándome con esa dulzura que rara vez se permite demostrar.

—Entonces, ¿por qué te fuiste? —balbuceo en un hilo de voz, sin dar crédito a lo que ha dicho, aún con nuestros dedos entrelazados.

—Por lo mismo por lo que no quiero estar contigo —prosigue endureciendo su rostro y retirando su mano—, porque no quiero ser feliz, Luna. Me siento culpable cuando me siento bien en mi vida personal, por eso he volcado todos mis esfuerzos en mi vida profesional y en enderezar lo que hice, y parte de los beneficios de D'Elkann están destinados a la investigación, a la creación de colegios y a intentar mejorar la calidad de vida de los familiares con niños con necesidades especiales.

—Eso es una estupidez, Gael. No puedes negarte la felicidad por un error que cometiste en el pasado.

—¿Un error? —exclama con amargura—. Yo más bien diría una serie de errores encadenados. Un error que podía haber sacado a Mia de su infierno si hubiera escuchado a Philip cuando me pidió ayuda; un error que le costó la vida a Nacho, que dejó viuda a Natalia y a un niño que aún no estaba en este mundo sin padre. No me digas cómo he de sentirme cuando no tienes ni idea de cómo me siento cada vez que abro los ojos y me doy cuenta de que estoy vivo mientras he dejado tantos cadáveres en mi camino —me dice con una dureza extrema, mirándome con rabia.

—¡Pues entonces vive por ellos! —le pido entendiendo al fin las palabras de Paula—. ¿Crees que a Mia o a Nacho les gustaría verte así? Si yo tuviera un accidente y matara a alguien, ¿aceptarías tu postura como mía? ¿Aceptarías que me negara la felicidad día tras día?

—Estoy seguro de que tú nunca conducirías ebria.

—Contéstame, ¿lo aceptarías? —lo presiono secándome las lágrimas con rabia.

—Siempre aceptaría tus deseos, acepta tú los míos.

—Lo siento, Gael, pero no puedo —murmuro levantándome y saliendo de este pequeño restaurante, necesitando respirar.

—¡Luna! —me grita deteniéndose en mitad de la ancha avenida, con la gente cruzándose entre nosotros, y me vuelvo hacia su voz hecha un mar de lágrimas, viendo cómo se acerca hasta mí, viéndolo de verdad por primera vez mientras el mundo gira a nuestro alrededor a gran velocidad, convirtiéndolo todo en una mancha borrosa.

—Sé quién eres —musito cuando lo tengo frente a mí—: eres el hombre más honesto y justo que he conocido en mi vida —murmuro recordando las palabras de Philip—; eres un hombre increíblemente generoso y una gran persona, la pena es que tú no te conozcas y te empeñes en ver sólo tu oscuridad, cuando dentro de ti hay tanta luz.

—Y yo creyendo que era un cabronazo —me dice intentando bromear, abrazándome mientras yo me aferro a su cuerpo—. Regálame estos días contigo; luego prometo desaparecer de tu vida y no volver a inmiscuirme en ella jamás, prometo dejarte libre para siempre.

—No quiero que lo hagas, no quiero que me dejes libre ni que desaparezcas de nuevo —le ruego abrazándolo con fuerza—; no quiero que te castigues más ni quiero que vivas como lo estás haciendo.

—Pero eso es algo que ocurrirá lo quieras o no —afirma separándose ligeramente de mí—. Te lo he dicho antes: no intentes cambiar mi forma de pensar, porque otros lo han intentado antes que tú y han fracasado. No malgastemos el poco tiempo que tenemos en discutir, ¿vale?

—¡Es que no te entiendo, Gael! —le grito zafándome de su abrazo.

—Ni tienes que hacerlo tampoco; déjame vivir mi vida como yo crea que debo vivirla —me rebate con dureza.

—¿Y cómo vivo yo la mía sin ti?

—Cómo has hecho hasta ahora y, aunque no lo creas, estoy seguro de que llegará el día en el que te enamorarás de un tío normal y te olvidarás de mí.

—¿De un tío normal? —le pregunto rechazándolo en el acto—. Yo no quiero estar con un tío normal, Gael, yo quiero estar donde el viento arrecia con fuerza.

—¿Cómo? —murmura frunciendo el ceño.

—Así es cómo te veo —le explico encogíendome los hombros—. En Formentera te gustaba sentarte en la mesa donde el viento arreciaba con fuerza y, aunque nunca me hubiera sentado allí, lo hubiera hecho con los ojos cerrados si tú hubieras estado sentado en ella. No quiero una vida al ras del viento, quiero una vida en la que estés tú, aunque ello me lleve a vivir con tornados y tempestades.

—Al final te cansarías de vivir así, créeme.

—Déjame que eso lo decida yo, ¿no te parece? —replico con dulzura acariciando su mejilla.

—No tienes nada que decidir, este tema lo decidí yo hace años —me responde cogiendo mi mano y retirándola de su cara—. No te he contado mi vida para que la cuestiones o intentes hacerme cambiar de opinión, sino para que me entiendas, o al menos lo intentes. Por favor, Luna, dame estos días contigo y luego olvídate de mí; llámame egoísta, estúpido o como quieras, pero acepta mi decisión como yo aceptaré la tuya.

—Quiero estar contigo, Gael, pero no me pidas que te entienda, porque no puedo —murmuro con un nudo en la garganta—. Todos cometemos errores y equivocaciones, más leves o más graves, pero no por ello sacrificamos nuestra vida, y eso es lo que tú haces. Sacrificas tu vida y la de todas las personas que te queremos —le digo sintiendo las lágrimas rodar por mis mejillas—. Nos vemos luego en el hotel —susurro alejándome de él.

—¿Adónde vas? —me pregunta alzando la voz.

—Necesito estar sola, déjame. Tengo una tarjeta del hotel, cogeré un taxi cuando esté más tranquila.

—¡No!... no quiero que vayas sola por aquí —me dice con el rostro contraído por la preocupación—. No soportaría que te sucediera algo por mi culpa; por favor, quédate conmigo.

—No puedo; hace un momento has dicho que aceptarías mis deseos, hazlo entonces —le replico secándome las lágrimas y alejándome de él.

Camino sin rumbo alguno mezclándome entre la gente que abarrota esta avenida asimilando sus palabras, y encajando las piezas del puzle de su vida, triste y enfadada a la vez, y al final, sin saber adónde ir, entro en un restaurante similar al que he estado hace un rato con él, donde me pido una Coca-Cola, no porque me apetezca especialmente, sino porque es lo único que sé con certeza qué es y qué sabor va a tener, y con ella entre las manos me regodeo en mi pena y en mi rabia.

«¿Cómo puede arrastrar las consecuencias de sus errores durante tantos años y pretender continuar haciéndolo? Fue a la cárcel, adoptó a ese niño, le dio un futuro y dona una cantidad desorbitada de dinero para la investigación y dar una mejor calidad de vida a esos críos y a sus familias. ¿Quién hace eso? —me pregunto apoyando los codos en la mesa y cubriendo mis ojos con las manos—.

¿Cómo puede negarse continuamente la felicidad?» Y cansada, rompo a llorar desconsoladamente, sola, en este pequeño salón de té o como se llame, que realmente ni me importa.

—Vamos, nena; si te lo he contado no es para hacerte llorar.

Oigo su voz cerca de mí y noto cómo me alza de la silla sin apenas esfuerzo, sentándome sobre su regazo, cómo me acuna en silencio, abrazándome y consolándome, y lloro por él, por mí y por el futuro que no nos permitirá tener.

—Creía que ibas a aceptar mis deseos —murmuro cuando consigo tranquilizarme.

—Y lo he hecho —me responde, sin dejar de abrazarme con fuerza—: te he dejado sola más de media hora.

—Vaya, muchas gracias.

—¿Estás mejor? —me pregunta sin dejar de abrazarme.

—No me preguntes, Gael.

—Sin preguntas, entonces. Vámonos —me pide bajándome de su regazo y, cogida de su mano, salgo de este lugar dejándome guiar por él.

Capítulo 56

Cogemos un taxi que nos lleva al hotel y hacemos el recorrido en silencio, sin soltarnos de la mano, y, cuando llegamos a su habitación, nos miramos como si lo hiciéramos por primera vez, pues por primera vez sabemos la verdad de cada uno, sobre todo yo.

—No quiero verte llorar más —murmura acariciando mi mejilla, tan cerca de mí que nuestros pechos están casi rozándose.

—Yo tampoco quiero que te marches y vas a hacerlo, no pidas imposibles.

—No tenía que habértelo contado —musita rodeando mi cuerpo con su brazo, pegándome más a él, con su barbilla sobre mi cabeza.

—Prefiero una verdad, aunque me duela y me haga llorar, a miles de silencios que me protejan de ella —susurro deseando evadirme de la triste realidad que se cierne sobre nosotros, necesitando sentirlo cerca de mí.

Con lentitud, le quito el suéter ante su impasible mirada. Sé que de nuevo está conteniéndose, cubriendo su corazón con miles de corazas, pero no me importa porque ahora sé lo hay bajo ellas y, sin dejar de mirarlo, busco sus labios, esos labios que van a ser míos durante estos días, demorándome en ellos, saboreándolos, mordiéndolos con suavidad... con mis manos enredadas en su pelo y en su cuello, en mi lugar favorito del mundo, y durante unos segundos poso mis labios en él, para lentamente llegar al lóbulo de su oreja, que aprisiono con mis labios, aspirando su aroma, ese aroma que quisiera retener en mi memoria para siempre y, sosteniéndole la mirada, desabrocho el botón de su pantalón, dejando que caiga al suelo, recorriendo con mi mirada su torso y su cintura... hasta llegar a sus slips, bajo el que está oculto mi sobrenombre, y alzo la mirada hasta encontrarme de nuevo con la suya, dura y acerada, con ese punto de amargura que hoy soy capaz de detectar por primera vez, y busco sus labios de nuevo, deseando consolarlo y protegerlo de él mismo.

—¿Qué estás haciendo, nena? —masculla con el cuerpo en tensión.

—No sé a qué te refieres —susurro separándome ligeramente de él.

—Lo sabes de sobra —me dice cogiéndome en volandas y depositándose sobre la cama—. No lo compliquemos más de lo que ya está; no me quieras, Posidonia —me pide mirándome intensamente.

—¿Vas a decirme también lo que he de sentir? —le recrimino con amargura.

—Sólo te pido que dejes los sentimientos fuera de esta habitación; sólo nosotros, sólo ahora —susurra mirándome con intensidad—; repítelo.

—Sólo nosotros —murmuro omitiendo el «sólo ahora» que quisiera fuera un «para siempre».

—Sólo ahora, sólo estos días —repite por mí, deslizando su mirada lasciva por mi cuerpo y contrayéndolo a su paso—. Joder, nena, eres mi puta locura —masculla quitándome la ropa hasta dejarme desnuda frente a él.

Su mirada, intensa y abrasadora, contrae mi sexo y gimo suavemente deseando que me toque mientras él demora el momento, alargándolo y haciéndome desear más.

—No veo el momento de hundirme dentro de ti —susurra con sus labios cerca de los míos, sin llegar a besarlos.

Enredo mis dedos en su pelo y mis piernas alrededor de sus caderas hasta tenerlo aprisionado con mi cuerpo, deseando pedirle que me dé su vida y a cambio yo le daré la mía, deseando no soltarlo jamás, pero omito el comentario dejando que sean mis besos los que hablen de nuevo por mí, los que le digan cuánto lo quiero, los que le digan que él es el acantilado de mi vida y mi roca, con la secreta esperanza de hacerlo cambiar de opinión durante estos días que tenemos por delante, deseando que se enamore tanto de mí que nunca más quiera dejarme ir.

Intensifico el beso ahogándome con todos mis sentimientos y es mi lengua la que sale al encuentro de la suya, que se mueve con maestría dentro de mi boca. Sus manos se demoran en mis pechos, tirando de mis pezones con suavidad hasta que éstas son sustituidas por sus labios, ardientes y exigentes, y me arqueo al sentirlos, chupando, tirando y succionando, humedeciendo mi sexo, que reclama sus atenciones a gritos, y gimo cerrando los ojos sintiéndolos bajar por mi vientre y mi ombligo hasta llegar a mi centro, que lo espera palpitante hasta dolerme.

Abre mis piernas y su mirada descarada recorre mi sexo y gimo tan sólo de imaginar su boca entre ellas. Su dedo recorre mi húmeda abertura de arriba abajo y de abajo arriba sin llegar a acceder a ella, sólo mostrándome lo que podría ser y todavía no es, y gimo sujetando las sábanas y abriéndolas más, completamente expuesta ante él.

—Te tendría así durante horas —masculla accediendo tortuosamente con su dedo a mi interior, para sacarlo antes de llegar a meterlo por completo, y gimo frustrada levantando las caderas, jadeando y deseando más—. Estás empapada, nena —susurra sin dejar de tocarme, acercándose hasta mi sexo, que lo reclama ansioso.

Grito al notar cómo pasa la lengua por toda mi humedad y aferro con más fuerza la sábana, con mi sexo latiendo entre sus labios.

—Joder —mascullo. Tengo sus manos abriendo mis piernas y su boca enterrada en mi sexo, y alzo las caderas.

—Estate quieta, Posidonia —me ordena alzando la mirada—. Llevo deseando esto demasiado tiempo.

—Gael, por favor, no puedo más.

—Vas a correrte en mi boca —me ordena llegando de nuevo a mi sexo, chupándolo y succionándolo, tirando con suavidad de mi clítoris, para soltarlo y volver a succionar con ansia, completamente volcado en conseguir mi orgasmo, que llega fulminante arrasando con todo, y grito, sin importarme nada, al sentirlo recorrer mi cuerpo con furia mientras sus labios no me dan tregua y me retuerzo debajo de él.

Con celeridad y conmigo aún temblando, se deshace de los slips liberando su enorme erección y lo miro reverenciándolo.

—Siéntate encima de mí, nena —me ordena sentándose en la cama, mirándome con tal intensidad que siento como si pudiera ver dentro de mí.

Obedezco sentándome a horcajadas sobre él, donde tantas veces he deseado estar, encajando la punta de su sexo en la entrada del mío, y, despacio, empiezo a descender sin dejar de mirarlo, sintiendo cómo su plenitud copa mi interior hasta tenerlo completamente encajado dentro de mí, piel con piel, y de nuevo la sensación de estar en casa, delante de la verja del jardín.

Ancla sus manos a mi cintura pegándose más a él y cierro los ojos deseando decirle cuánto lo quiero y que es un estúpido por negarnos esto.

—Gael —susurro omitiendo las miles de cosas que le diría, apoyando mi frente contra la suya.

—Luna.

Abro los ojos de golpe al escuchar mi nombre de sus labios en un momento como éste... no nena, ni Posidonia, sino Luna.

Su intensa mirada me paraliza, pues con ella está diciéndome todo lo que sé que nunca más volverá a decirme en voz alta, y se la mantengo diciéndole mil cosas con ella, creando de nuevo un momento único e irrepetible entre ambos,

momento que rompe al endurecer la suya, cubriendo su corazón de nuevo con una docena de corazas de acero.

—Muévete, nena —me pide apretando la mandíbula—, llévame contigo —masculla posando sus manos sobre mi trasero.

«Ojalá pudiera hacerlo», pienso con amargura enredando mis manos alrededor de su cuello, empezando a moverme, sintiendo cómo su sexo se desliza con facilidad en mi interior y, aunque deseo alargar al máximo el momento, mi cuerpo me reclama rapidez e incremento el ritmo dejándome llevar por mis deseos, arrastrándolo a él conmigo, sólo sintiendo, dando y cogiendo; fuego, aire, agua y tierra, calor, brisa tibia, agua turquesa y arena fina... Formentera y nuestro pequeño círculo de arena y sal, donde de repente estamos y donde llegamos a un orgasmo que nos deja totalmente expuestos.

Me apoyo en su pecho mientras mi respiración se normaliza, temiendo mirarlo, sintiendo todavía la brutal conexión que hemos sentido hace unos segundos y con la que hemos llegado a tocar el cielo y las aguas de mi isla.

—¿Estás bien? —me pregunta acariciando mi espalda hasta llegar al tatuaje del ancla.

—Sí —susurro aspirando su aroma, todavía con su sexo encajado dentro del mío, sin querer moverme.

Durante unos instantes nos mantenemos inmóviles en silencio, sumidos cada uno en sus propios pensamientos; el tortuoso roce de sus dedos recorriendo mi espalda eriza mi piel y acaricio su cuello cerrando los ojos, deseando esto, deseándolo a él y miles de momentos como éstos.

—¿En qué piensas? —me pregunta besando mi hombro.

—En nada —mascullo abriendo los ojos y tensándome ligeramente «¿De qué sirve que se lo diga?», me pregunto separándome de él y dirigiéndome a la ducha.

—¿En nada? —insiste siguiéndome hasta ella, metiéndose bajo el chorro de agua conmigo—. No sé qué tienen tus «nadas» que siempre me acojonan.

—Pues no preguntes —replico cerrando los ojos con el agua cayendo sobre mi rostro.

—Joder, no empieces; dime qué te pasa —me ordena aprisionándome contra la pared de azulejos.

—No empieces tú —le rebato negándome a contárselo—. Déjalo, ¿vale? Lo que me suceda es cosa mía.

—¡Y mía! —masculla buscando mis labios con desesperación, arrastrándome con ellos hasta su lugar prohibido.

Su beso consigue alejar de mí todos los miedos y temores que se ciernen amenazantes sobre mi corazón y me aferro a su cuerpo y a sus besos, que me mantienen a flote en medio de mi tormenta personal, la que de momento está formándose para desencadenarse por completo el día que se aleje de mí.

* * *

Tengo la mirada fija en la ventana; está anocheciendo y yacemos acostados en la cama completamente exhaustos, con sus brazos envolviendo mi cuerpo con posesión, y cierro los ojos, grabando en mi memoria este instante.

—¿Por qué siempre me pides que sea más lista? —le pregunto de repente, recordando las miles de veces que me lo ha dicho.

—Por nada —me responde con sequedad, soltándome y pasando el brazo por debajo de su cabeza, dirigiendo su mirada al techo.

—¿Por nada? ¡Venga ya, Gael! Tú nunca hablas por nada, dímelo —le exijo observado su duro perfil.

—Y tú preguntas siempre demasiado; déjalo estar, nena.

—¿Qué más te da que lo sepa o no? Vas a largarte a Londres o a cualquier parte del mundo y quién sabe si volveremos a vernos.

—Por supuesto que volveremos a vernos; trabajas para mí, ¿o ya no lo recuerdas?

—Llevo trabajando para ti durante tres años y no tenía ni idea de que estaba haciéndolo.

—A partir de ahora, será diferente —me responde enigmático.

—¿Por qué?

—Porque vas a sustituir a María Eugenia —me anuncia finalmente tras guardar silencio durante unos segundos, girándose y mirándome con el rostro impassible.

—¿Cómo? —le pregunto cuando consigo articular palabra—. Pero ¿qué estás diciendo?

—María Eugenia se larga a Dior —me comunica levantándose y poniéndose los slips—. ¿Por qué crees que regresé y os pedí que realizarais ese diseño personal? —me formula con dureza ante mi sorprendida mirada—. Regresé porque necesitaba ser yo mismo quien eligiera al nuevo diseñador de D'Elkann y quería que fuera alguien de dentro. María Eugenia me había dicho

que teníamos gente joven con muchísimo talento y quería comprobarlo por mí mismo, por eso el proceso de creación de esta colección ha sido tan atípico y María Eugenia se ha mantenido al margen.

»El día que Mauro te robó el boceto de tu diseño, mientras íbamos al aeropuerto, te mencioné que llegaría el día en que ese suceso carecería de importancia para ti, porque entonces ya sabía que serías tú la que sustituiría a María Eugenia —me asegura mirándome fijamente—. Lo supe desde el primer momento en que vi tus diseños, y por eso María Eugenia te designó como responsable de la nueva colección y te dejó hacer inmiscuyéndose lo mínimo. Estábamos poniéndote a prueba, nena —me explica sentándose de nuevo en la cama—, y lo has hecho cojonudo —me asegura sonriendo.

No puedo hablar, todavía asimilando sus palabras, recordando todos los días que me quedé trabajando hasta tarde, el primer día que me guio y cómo juntos rectificamos los bocetos, cuando me envió de vuelta a Diseño para que los rectificara, mis lágrimas y su «parece que se ha encontrado»...

—Si te presioné continuamente fue para que dieras lo mejor de ti, porque, aunque ya tenía claro que ibas a ser tú, necesitaba que María Eugenia y Manuel estuvieran tan convencidos como lo estaba yo.

»Por eso no quería que nos vieran juntos —añade medio sonriendo—, porque no te beneficiaba estando como estabas a cargo de la nueva colección y en miras de sustituir a María Eugenia, y, aunque sé que me maldijiste el día que te dejé a medio camino, lo hice por tu bien, para que nadie pusiera en entredicho tu talento. ¡Porque eres muy buena, joder! El puesto es tuyo porque te lo mereces, independientemente de lo que ocurra entre nosotros.

—¿Desde cuándo sabes que María Eugenia se larga a Dior? —musito sin poder reaccionar.

—Desde hace bastante tiempo, y eso nos ha permitido hacer las cosas con calma y bien. Además, nunca ha sido un secreto entre nosotros. El sueño de María Eugenia era Dior y tanto Manuel como yo siempre supimos que su paso por D'Elkann era algo temporal hasta que lo consiguiera, pero a ti te quiero en D'Elkann para siempre —me dice mirándome fijamente a los ojos—. Cuando regreses, tendrás una reunión con Manuel y María Eugenia; piensa cuáles son tus condiciones y pídelas. Si son lógicas y están a nuestro alcance, las aceptaremos. Has llegado a tu meta, nena, puedes sentirte orgullosa —me dice mirándome con orgullo.

Le sonrío con tristeza, pues mis deseos han cambiado y mi meta ya no es la misma; él la ha variado y ya no hay marcha atrás.

Capítulo 57

Los siguientes días, y siempre juntos, asistimos a innumerables desfiles, donde nos sentamos en primera fila, al lado de gente de la talla de Anna Wintour, a la que me presenta como la nueva diseñadora de D'Elkann, con la que hablo e incluso bromeo, mientras siento su apoyo constante... una mirada, un roce ocasional, una media sonrisa y sus palabras guiándome y mostrándome detalles que a mí, por mi inexperiencia, me pasan por alto.

Juntos vemos las fotografías del reportaje de la nueva colección y entre los dos seleccionamos las mejores y las que utilizará D'Elkann para la publicidad; asistimos a cenas, me presenta a modelos, actores y diseñadores que en mi vida pensé que llegaría a conocer, y descubro una China completamente distinta vista a través de sus ojos, sus tradiciones ancestrales, sus costumbres y el valor del respeto y la humildad y, lo que es más importante para mí, estos días conozco al Gael de verdad, al que no llegué a conocer en Formentera porque no estaba preparado para mostrarme su interior ni al que conocí más recientemente como jefe. Estas semanas conozco al hombre que se oculta bajo miles de corazas de acero... al hombre del que me enamoro perdidamente.

Esta noche tenemos nuestra última cena, mañana cogeremos un vuelo que nos llevará a Londres, donde él se quedará, y yo cogeré otro con destino Madrid, un vuelo que nos alejara definitivamente hasta quién sabe cuándo y, aunque estos días no he querido pensar en el mañana, hoy lo tengo demasiado cercano como para no hacerlo y me meto en la ducha necesitando poner la máxima distancia entre ambos mientras él habla por teléfono con don Manuel.

Nos vestimos en silencio, respetando nuestros espacios, que de repente están claramente delimitados cuando hace unas horas estaban tan unidos que hubiera sido realmente difícil separarlos.

Durante la cena, apenas hablamos entre nosotros, no nos rozamos ni nos miramos siquiera y, aunque hay veces en que estoy tentada a suplicarle un poco de su atención, no lo hago, pues su frialdad está calando en mí como lo haría el agua de un bloque de hielo que, al deshacerse, mojara todo lo que encontrara a su paso, y me centro en el hombre que tengo al lado y que lleva toda la noche intentando arrancarme una sonrisa. «¿Qué le sucederá?», me pregunto

atormentada mientras sonrío distraída al tipo en cuestión, que está riéndose por algo que ha dicho, y que espero que sea gracioso, pues yo también estoy haciéndolo a pesar de no tener ni idea de por qué.

—Vaya, sabe sonreír; estaba empezando a perder las esperanzas.

—Claro que sé sonreír —le contesto sintiendo su mirada sobre mí—. Me llamo Luna, encantada —prosigo tendiéndole la mano, deseando que se cabree conmigo de una vez y me preste atención.

—Leonardo y, si me permite, su más ferviente admirador; es usted una mujer preciosa —me dice galante—. Espero que no se ofenda por mi atrevimiento.

—Por supuesto que no —replico sintiendo su furia creciente sobre nosotros, decidida a seguir enfureciéndolo y mostrarle lo que podría suceder algún día, necesitando presionarlo ahora que nuestro final está tan cercano.

—¿A qué se dedica? —me pregunta deteniendo su mirada en mis labios.

—Soy diseñadora.

—Me encantaría ver sus diseños; tengo un atelier en París y quién sabe si algún día... —murmura dejando la proposición en el aire.

—La señorita Costa tiene un compromiso con D'Elkann, pero gracias por su propuesta —sisea Gael inmiscuyéndose en nuestra conversación, tan cabreado que temo que pueda liarse a golpes con él—. Por cierto, si me lo permite, creo que debería buscar su inspiración en otro lugar.

—Si me disculpan —mascullo fulminándolo con la mirada, cogiendo mi *clutch* y saliendo disparada del salón.

—¿Adónde vas? —brama una vez fuera de él.

—¡Vaya, pero si tengo tu atención de nuevo! —le grito sin importarme quién pueda oírnos.

—Déjate de tonterías, Luna. ¿Qué pretendías hablando con Leonardo?

—¿Lo conoces?

—Por supuesto que lo conozco; muchos de los diseños que vende en su tienda están inspirados en modelos de la colección Dreams —me replica con rabia— y, para que te enteres, sabía de sobra quién eres. ¡Joder, es un hijo de puta y tú, una ingenua!

—¿Y cómo querías que lo supiera? ¡Podrías habérmelo dicho antes!

—¿Con lo bien que estabas pasándolo? —suelta con ironía.

—A lo mejor, si no me hubiera vuelto invisible para ti, no hubiera tenido que mirar hacia el otro lado, pero ¿sabes qué? —mascullo con dolor, acercándome a él—, puede que esta vez no me haya gustado lo que he visto,

pero habrá un día en que sí lo hará —le espeto sintiendo cómo mi corazón se contrae ante mi afirmación—. Dime una cosa —le pido quedando frente a él, viendo de reojo a la gente pasar por nuestro lado, a los camareros entrando y saliendo del salón, el color rojo que parece dominarlo todo junto con el olor de las especias que impregna hasta el último rincón de esta recepción—: dime por qué me muestras al increíble hombre que eres para después ocultarte tras miles de corazas; dime por qué me muestras lo que puede ser sabiendo que nunca será, y dime por qué nos quitas tiempo cuando es justo lo que no tenemos —murmuro con amargura, sintiendo cómo las lágrimas se forman en mis ojos—. No te entiendo, Gael, no entiendo esa necesidad de ser infeliz y de hacer infeliz a los que te rodean —susurro dándome media vuelta para alejarme de él.

—Vas a ser la diseñadora de D'Elkann —masculla con dureza consiguiendo que me gire—, lo que has querido ser desde hace años; date por satisfecha y, hazte un favor y, si algún día te vuelves hacia el otro lado y ves algo que te gusta, ve a por él —me dice mirándome con frialdad—. Siento lo que ha sucedido entre nosotros estos días; tienes razón, no debería haberte mostrado algo que nunca podrá ser, ha sido una estupidez por mi parte. Pediré otra habitación para mí esta noche —me indica con la voz acerada antes de entrar de nuevo en el salón sin esperarme, dejándome sola, temblando en medio de esta enorme recepción, con el mundo girando a gran velocidad a mi alrededor hasta convertirlo en una mancha borrosa.

Siento cómo la tormenta que empezó a formarse hace unos días se desencadena con la fuerza de un tornado, cómo las lágrimas se deslizan sin control por mis mejillas y cómo mi corazón se rompe en mil pedazos, doliéndome tanto que no puedo respirar sin sentir como si miles de agujas se clavan en él, con la sensación de pérdida rasgando mi alma hasta llegar a lo más profundo de ella y la certeza de que he perdido lo más importante de mi vida sin que pueda hacer nada por remediarlo.

Camino como una autómatas hasta llegar a los baños, donde a través de una cortina de lágrimas observo el lujo que me rodea. Un auténtico baño europeo al que no le falta el más mínimo detalle, nada que ver con los agujeros en el suelo de los primeros días que estuve aquí, y de pronto mis recuerdos latiendo con fuerza hasta dañarme como lo haría una puñalada... su mirada burlona, mi enfado, los grillos, el agua caliente con el té, nuestra primera noche juntos, el día que me lo contó todo... y me siento en el baño dando rienda suelta a todo mi dolor, sabiendo que jamás volveré la vista al otro lado, pues mi alma encontró su mitad hace muchos años en una pequeña isla.

Cuando consigo tranquilizarme, mojo un trozo de papel y me lo paso con cuidado por el borde de los párpados, intentando arreglar el estropicio que mis lágrimas han ocasionado y, sólo cuando estoy segura de mí misma, salgo del baño hacia la recepción de este enorme hotel, donde, gracias a Dios, hablan inglés.

—Necesito un taxi, ¿podría pedirme uno cuanto antes, por favor? —musito sintiéndome muerta por dentro.

Como un robot, accedo de nuevo al salón, hasta la mesa donde está él y donde hace unos instantes estaba yo también.

—Disfruten de la cena, señores —les digo con toda la firmeza de la que soy capaz —; me ha surgido un imprevisto y debo marcharme; encantada de haberlos conocido —prosigo cogiendo mi abrigo del respaldo de la silla. «Ya podrían tener un guardarropa», pienso con amargura.

—Siento que se marche tan pronto y espero que solucione cuanto antes ese imprevisto —me responde Leonardo, levantándose y cogiendo mi mano, sobre la que deposita un beso.

—Lo haré, se lo aseguro —contesto endureciendo el tono de mi voz, retirándola—. Buenas noches.

Dicho esto, salgo del salón sin que nuestras miradas se hayan cruzado en ningún momento y, cuando llego al hotel, lo primero que hago es pedir una habitación para mí sola, deseando que quede alguna libre, pues cancelamos la reserva de la mía cuando decidimos pasar estos días juntos.

Por suerte el hotel dispone de habitaciones y, tras hacer el *check in*, me dirijo a la suya, a la que hasta este momento era nuestra, evitando mirar hacia la cama en la que tanto me hizo sentir y en la que fui tan feliz, percibiendo la furia crecer dentro de mí. «¡¡¡Imbécil!!! Pero más imbécil he sido yo, por dejarlo entrar en mi vida de nuevo.»

Meto toda la ropa en mis maletas de malas maneras y, tras echar una última ojeada, salgo de ella dejando mi alma entre estas cuatro paredes, a la espera de que llegue él.

Una vez en mi habitación, me quito el vestido, que dejo tirado en el suelo, me pongo el pijama y, sin molestarme en desmaquillarme, me meto en la cama dando rienda suelta a toda mi desesperación, llorando con amargura y hundiéndome en mi pena, con el dolor y el desconsuelo copando cada parte de mi cuerpo y con una decisión, igual de dolorosa, instalándose en mi interior.

Despierto con la alarma de mi móvil. Me duele la cabeza y me incorporo lentamente, viendo la sábana sucia por el maquillaje y el rímel de anoche y, como puedo, llego al baño, donde observo mi rostro con apatía. Tengo los ojos hinchados y llenos de churretones, pero lo que más me impacta es la desesperación que se vislumbra a través de ellos y de nuevo siento las lágrimas rodando por mis mejillas, empañándolo todo, y me deslizo hasta el suelo, ocultando el rostro entre las piernas, odiándome por sentirme así y odiándolo a él con todas mis fuerzas.

—Se terminó —susurro secando mis lágrimas, levantándome—. Nunca más —mascullo temblando, mirando mi rostro desolado en el espejo—. Jamás volverás con él, ¿me oyes? —le exijo a la cara que me mira a través del espejo—. Vas a levantarte y a seguir adelante; se acabó, princesita, y esta vez sí que es para siempre; pase lo que pase, será para siempre —me digo empezando a desmaquillar mis ojos con ímpetu hasta dejarlos al rojo vivo.

Me ducho y me visto con unos vaqueros y una simple camisa blanca, dejando mi leonina melena suelta, y me maquillo otra vez sabiendo los pasos que voy a dar a partir de ahora, mentalizándome de que voy a tener que lidiar con Greta, con mi madre y con toda mi familia, pero sabiendo que es lo que necesito y consciente de que ayer toqué fondo, decidida a no volver a hacerlo jamás, decidida a seguir por mí sin importarme nada, aunque lo haga por un camino distinto al que tracé hace mucho tiempo.

Saco la ropa de las maletas que ayer metí de cualquier forma y la guardo otra vez y, con todo listo, abandono la habitación deseando no encontrarme con él por el camino.

En recepción pido un taxi que me lleva al aeropuerto y, una vez en él, y tras embarcar el equipaje y pasar los pertinentes controles de seguridad, me obligo a comer algo, negándome a buscarlo con la mirada, centrada como estoy en mi móvil mientras en mi interior recito el mismo mantra: «se terminó, se terminó, se terminó...».

Y aunque la teoría la tengo más que clara, mi corazón aún no ha acabado de asimilar la práctica y reacciona de manera descontrolada cuando lo ve al fondo del pasillo, caminando con decisión hacia donde estoy sentada, y bajo la mirada al móvil fingiendo no haberlo visto, temblando, mientras su imagen, la que he visto durante apenas unos segundos, se graba a fuego en mi mente, impidiéndome ver otra cosa que no sea su pelo rubio cayendo sobre sus ojos

azules y fríos, su forma de caminar, resuelta y segura, como si no necesitara a nadie para continuar, y su porte impresionante, capaz de anular a toda la gente que se encuentra a su alrededor.

—Lo que hiciste anoche fue una estupidez y una irresponsabilidad —me recrimina con dureza sentándose frente a mí—. Era una cena de trabajo y no puedes largarte como hiciste. Si vas a representar a D'Elkann, vas a tener que aprender a separar tu vida personal de la profesional.

Alzo la mirada hasta toparme con la suya y durante unos segundos me quedo sin palabras ante la perfección que tengo frente a mí; sus ojos, sus pómulos, sus labios, ese mechón rebelde... Lleva una simple camiseta blanca con una americana negra y tengo que obligarme a responderle con la misma frialdad con la que él se está dirigiendo a mí.

—¿Como tú? —le formulo con dureza, sosteniéndole la mirada.

—Exactamente, como yo.

—Tranquilo, no tendrás que repetírmelo de nuevo.

—Eso espero —masculla levantándose y dirigiéndose a la barra, donde se pide un café.

«¿Dónde estás, Gael? ¿Dónde te has ido?», me digo para mis adentros, observando su ancha espalda, a la que tantas veces me aferré, sintiendo la sensación de pérdida traspasar mi corazón.

Al fin anuncian la puerta de embarque y, negándome a buscarlo con la mirada, me encamino hacia ella. Por suerte no estamos sentados juntos y me hundo en mi asiento, deseando llegar cuanto antes a mi casa.

Tras diez largas horas, aterrizamos en Londres y, con pavor, miro a través de la ventana; ahora sí que todo ha terminado. Obligándome a levantarme y a reaccionar, salgo del avión mezclándome entre la gente, alejándome de él, sabiendo que en estos momentos nuestros caminos se bifurcarán para siempre, sin que ninguno de los dos estemos haciendo nada por impedirlo.

Sólo cuando estoy frente a la puerta de embarque que me llevará a Madrid, dejo de hacerme la dura y permito que las lágrimas fluyan libremente, mojando mis mejillas y empapando el cristal de las gafas de sol que llevo puestas, maldiciéndome en silencio por sentirme como me siento, por esperar verlo llegar hasta donde estoy sentada para decirme que me quiere, por esperar lo que nunca sucederá.

Llego hecha polvo a Madrid a las once y cuarto de la mañana y, tras recoger mi equipaje, cojo un taxi que me llevará a mi casa por fin. Durante el trayecto llamo a mi madre para decirle que ya he llegado y después le mando un mensaje

a Greta diciéndole que tenemos que hablar, pues ella debe ser la primera en saberlo, y, cuando el taxi estaciona frente al portal de mi casa, la veo sentada en él, esperándome.

—Vaya, veo que me has echado de menos. ¿Qué pasa?, ¿no tenías nada mejor que hacer un sábado? —le pregunto intentando bromear, mientras el taxista saca mi equipaje del maletero, sintiendo la angustia abrirse paso en mi interior por lo que voy a decirle.

—¿Qué leches ha pasado? ¿Por qué tenemos que hablar? ¿Y puedes explicarme a qué viene esa cara?

—¿Te importa si te lo explico arriba? Estoy deseando tirarme en el sofá —susurro.

—Subamos —me ordena impaciente, cogiendo parte de mi equipaje.

Subimos en silencio, yo estrujándome la cabeza pensando en cómo voy a encauzar la conversación y, ella, supongo que muerta de curiosidad, y finalmente abro la puerta de mi casa, la misma que cerré hace unas semanas sin saber qué ocurriría cuando volviera.

—Venga, tírate en el sofá de una vez y empieza a largar —me pide mi amiga con los brazos en jarras una vez llegamos al salón.

—María Eugenia se larga a Dior y yo voy a sustituirla —murmuro mirándola a través de un mar de lágrimas.

—Pero ¿qué dices, tía? ¿Cómo que se larga a Dior? —me pregunta asombrada.

—Siempre lo ha dicho, lo que ocurre es que nosotras nunca la tomábamos en serio —le comento encogiéndome de hombros, secándome las lágrimas.

—¡Pero eso es cojonudo, tía! ¡Es lo que siempre has querido y por fin lo has conseguido! ¿A qué vienen esas lágrimas? —me pregunta sin entender nada.

—El lunes voy a renunciar a mi ascenso antes de que me lo propongan; me largo de D'Elkann —sentencio, cada vez más segura de mi decisión.

—No es verdad —suelta con el rostro casi desencajado.

—Sí que lo es, Greta. Me marcho a Formentera una temporada.

—¡Me cago en todo lo que se menea! —vocifera empezando a envalentonarse, y respiro profundamente dispuesta a aguantar el chaparrón—. Pero ¿qué me estás contando? ¿Y qué coño vas a hacer en Formentera? ¿Diseñar pulseritas?

—Greta, necesito alejarme de todo esto.

—¿De todo esto o de él? ¿Qué cojones ha pasado en China? ¡Es que lo sabía! ¡Sabía que ese hijo de puta terminaría jodiéndote la vida!

—Él no tiene nada que ver, Greta. Me está dando mi sueño, soy yo la que renuncio a él.

—¿Por quééééé? ¿Qué ha pasado para que cambies de opinión? —inquire incapaz de entenderme—. Siempre has querido diseñar tu propia colección y, ahora que puedes hacerlo y encima en una multinacional como D'Elkann, ¿por qué quieres renunciar?

—Porque ahora quiero más —susurro—, ahora quiero el cuento de hadas —le digo haciendo alusión a la película *Pretty Woman* que juntas hemos visto miles de veces mientras cenábamos pizza.

—Quieres lo mismo que Vivian, ¿verdad? —me pregunta entendiéndome en el acto—. Quieres al caballero de brillante armadura. ¡Si es que eres una puta princesita!

—Bueno, eso de puta... —murmuro medio sonriendo sin dejar de llorar.

—Tía, voy a matarte y luego lo mataré a él —masculla apretando los puños con rabia.

—Olvida tus instintos asesinos, Greta; está decidido.

—¿Quieres contarme qué coño ha pasado en China de una vez? Te lo has tirado, ¿verdad? —inquire haciendo una mueca—. ¿Cuántas veces? ¿Una?, ¿dos?, ¿tres?... ¡¡¿Máááásss?!!

—¿Qué más da las veces que nos hayamos acostado? Lo importante es que, por primera vez, he conocido al Gael de verdad...

—¿Quién? ¿Al Gael que te ha jodido y ha conseguido que renuncies a tus sueños?

—Él no tiene ni idea de que voy a renunciar, y no me interrumpas —le ordeno—. Greta, no puedo contarte su vida, pero te aseguro que no lo tiene fácil o él no se lo pone fácil —rectifico yendo hacia la ventana—... pero durante unos días me mostró quién es de verdad y lo que podríamos tener, y lo quiero, lo quiero a él y quiero nuestros días en China —murmuro volviéndome hacia ella, sintiendo la añoranza presionando mi pecho—. Ahora lo quiero todo.

—Pues en Formentera no vas a conseguirlo. Si lo quieres de verdad, ¿por qué no luchas por él? ¡Y conste que estoy frenándome para no hostiarme a mí misma!

—Porque no sé cómo hacerlo —susurro sonriendo y secando mis lágrimas—, porque es difícil luchar por alguien que no te permite hacerlo, y porque no puedo más, porque, por mucho que lo quiera, no puedo seguir dándome contra un muro continuamente. Me siento perdida, Greta, y necesito encontrarme; necesito la calma que sólo hallo allí.

—¡Vale! ¡Pídate unos días de vacaciones! Eso puedes hacerlo. Lárgate a Formentera, pasea, respira o lo que se pueda hacer allí en febrero, y luego ponte la armadura y regresa. Princesita, tú no necesitas un caballero que te salve de nada; al contrario, por lo que dices, es ese caballero el que necesita que lo salven, así que ¡que espabile, coño!, y tú cumple tu sueño de una vez —me dice con su habitual entusiasmo.

—España está perdiéndose una política de narices —bromeo apoyándome en la mesa.

—Déjate de chorradas. ¿Qué dices? ¿Aceptamos barco?

—No, Greta. Él nunca va a darme lo que deseo, y si quiero continuar con mi vida no puedo hacerlo en D'Elkann. Necesito alejarme de él para siempre —sentencio con desolación—, necesito romper con todo lo que me une a él para poder seguir mi camino.

—¡Eso es una chorrada como una casa! ¡Pero si hasta hace unos meses no sabías ni que trabajabas para él! ¡Nena, que vive en Londres! ¿No te parece eso suficiente distancia?

—Si ocupo el puesto de María Eugenia, tendré que hablar e incluso reunirme con él a menudo, y asistiremos a eventos juntos, como hacía con ella, y lo siento, pero no. Está decidido, Greta. Esta tarde redactaré mi carta de dimisión y se la entregaré a María Eugenia el lunes; apóyame, por favor.

—¡Y una mierda voy a apoyarte! ¡No puedo creer que vayas a renunciar a tu sueño por un tío! Lo siento, princesita, pero esta vez no puedo hacerlo, no cuando estoy segura de que te equivocas. Cuando recuperes la sensatez, me llamas —masculla enfadada, dándose la vuelta y largándose de mi casa.

Aunque sabía que ésa iba a ser su reacción, me duele no contar con su apoyo en un momento como éste. Decidida a seguir adelante ahora que he empezado, me dirijo a casa de mi madre y de nuevo se repite, pero multiplicado por mil, lo que acabo de vivir en mi casa con Greta hace un rato, pues para mi madre es impensable que renuncie a algo por lo que he luchado tanto y, lo que es peor, que me largue a Formentera, ¡por ahí sí que no pasa!, y tengo que respirar profundamente muchas, muchísimas, veces, mientras ella intenta entrarme de todas las formas posibles, dándose contra un muro en cada una de ellas y, al final, cansada y entre lloros, se da por vencida.

Capítulo 58

Es lunes, apenas he podido dormir estas dos últimas noches y, aunque sé que es lo correcto, la pena por lo que voy a hacer comprime mi corazón hasta hacerlo sangrar. Me visto sin prestar demasiada atención a mi atuendo y sin molestarme en maquillarme y, con mi carta de dimisión pulcramente redactada, me dirijo por última vez a D'Elkann atacada por los nervios, sabiendo que María Eugenia va a enfurecerse conmigo.

Tras estacionar mi vehículo en el parking por última vez, apoyo la cabeza en el volante mientras respiro profundamente varias veces. Me tiemblan las manos, estoy sudando a mares y el corazón late con fiereza dentro de mí... Voy a renunciar a mi sueño, voy a echar por la borda años de esfuerzo... «¿Y si no vuelve a presentármeme una oportunidad como ésta? ¿Y si Greta tiene razón? ¿Y si estoy cometiendo la mayor estupidez de mi vida?», me atormento aferrando con fuerza el volante, incapaz de soltarlo, como si fuera el tablón de madera que me impidiera ahogarme.

—Sal de ahí.

La voz de Greta me saca del estado de pánico en el que había empezado a sumergirme y giro la cabeza hacia ella.

—Estoy acojonada —le confieso apretando el volante.

—Ya lo sé, princesita; siento haber reaccionado como hice el sábado. Venga, baja —me pide sujetándome del brazo y tirando de él hasta conseguir que empiece a moverme—. Tienes razón —me dice sorprendiéndome—: has ido dando tumbos desde que lo viste de nuevo; la Luna que conozco ha desaparecido y no reconozco a la que tengo frente a mí. Necesito que vuelvas, tía, necesito a mi amiga... esa mujer fuerte que sabe lo que quiere y que nunca se deja manipular por un tío y, si para volver tienes que largarte de aquí, hazlo.

—¿Y si nunca vuelvo a tener una oportunidad como ésta? —musito ahogada con mis miedos.

—Una oportunidad como ésta no volverá a presentársete mañana, ni pasado, ni quizá en meses o en años; posiblemente tengas que empezar de cero, pero lo has conseguido una vez y lo conseguirás de nuevo, porque eres cojonuda,

¿me oyes? No dejes que el miedo te frene y haz lo que creas que es mejor para ti; yo estaré a tu lado siempre, princesita.

—Gracias —murmuro abrazándola, aferrándome a ella, muerta de miedo—. Te echaré de menos.

—Y yo a ti —me confiesa abrazándome con fuerza.

—Despídeme de todos cuando me marche, por favor.

—¿No prefieres hacerlo tú?

—Ahora no podría, no me veo capaz. Además, mi vuelo sale en unas horas. Cuando regrese haremos una quedada para tomar café.

—¿Te marchas hoy a Formentera?

—Necesito irme, tía.

—Pensaba que tendríamos más días para estar juntas.

—Sólo serán unos meses —musito intentando tranquilizarme—; supongo que regresaré después del verano, y tú puedes venir a verme siempre que quieras.

—Eso tenlo por seguro, no vas a librarte de mí tan fácilmente.

—No quiero hacerlo.

—Venga, vamos o terminaremos llorando las dos como Magdalenas —me pide secándose las lágrimas.

—María Eugenia va a matarme —murmuro secando las mías.

—No te preocupes, que tengo mi lado ninja preparado para liarme a patadas con ella si hace falta —bromea cogiéndome de la mano, llevándome hasta el ascensor—. Vamos, princesita, que nadie pueda contigo.

En el cubículo y mientras caminamos hasta el Departamento de Diseño, me mantengo en silencio, sabiendo que estoy haciendo lo correcto, que lo que me ha dicho Greta en el parking es una verdad como un templo y que necesito irme de aquí para poder seguir adelante, pero echaré de menos esto, echaré de menos a mis compañeros, los momentos con ella, a él... tanto que el miedo me paraliza y me detengo antes de entrar en Diseño.

—¿Segura de lo que vas a hacer? —me pregunta mi amiga mirándome fijamente.

—Sí, y acojonada también. Voy a echar esto mucho de menos, Greta, a ti, a Crescencia, a Orenca, todo lo que he aprendido aquí...

—No lo hagas si no estás segura; estás a tiempo de pararlo, piénsalo bien.

—No, no... no me malinterpretes: sé que debo hacerlo, pero he vivido tantas cosas aquí que no resulta fácil renunciar a ellas de la noche a la mañana.

—Y el ascenso...

—Prefiero no pensarlo. Venga; cuanto antes lo haga, mejor —le pido entrando al fin en Diseño y localizando a mi jefa, sentada en su mesa.

Respiro profundamente varias veces y, armándome de decisión, me encamino hacia ella.

—Buenos días, María Eugenia. ¿Cómo estás de la pierna? —le pregunto viendo las muletas apoyadas en la pared y la pierna escayolada.

—Jodida —me responde mirándome por encima de las gafas—. ¿Y esa cara? ¿Aún andas arrastrando el *jet lag*?

—No es eso, necesito hablar contigo —murmuro evitando su mirada, centrándome en mis compañeros, que están empezando a llegar.

—¿Qué te pasa? —inquieta con desconfianza.

—Me gustaría hablar contigo en privado, si no te importa; es importante —susurro tragando saliva.

—Sígueme —me pide levantándose con dificultad.

La observo colocarse las muletas y empezar a caminar hasta la puerta. «Menudo muletazo puede darme», pienso casi visualizándolo y, tras buscar a Greta con la mirada y verla asentir, me doy la vuelta, dispuesta a terminar lo que empecé el sábado.

—¿Qué ocurre? —me pregunta mi jefa en cuanto accedo a la sala de reuniones.

—Aquí tienes —murmuro tendiéndole la carta de renuncia.

—¿Qué es esto?

—Es mi carta de renuncia, dejo D'Elkann.

—Pero ¿qué estás diciendo? —suelta en un susurro, mirándome como si de repente me hubieran salido dos cabezas verdes con cuernos—. ¡No puedes renunciar!

—Acabo de hacerlo, María Eugenia. Gracias por todo, de verdad; has sido una jefa increíble.

—¡Ay, cállate! Escúchame atentamente: no puedes renunciar porque van a ascend...

—Ya lo sé, lo sé todo; sé que te marchas a Dior y que tu puesto era para mí.

—Y entonces, ¿qué cojones estás haciendo? ¡¡¡Te están ofreciendo la oportunidad de tu vida!!!

—No espero que lo entiendas, pero sí que lo respetes —replico con una decisión que me sorprende incluso a mí misma, sintiéndome bien con lo que estoy haciendo—. Enhorabuena por lo de Dior; igual dentro de unos meses voy a pedirte trabajo, aunque sea como ayudante.

—¡Y una mierda! ¿Me oyes? ¡No te quiero en Dior! ¡Te quiero aquí! Pero tú, tú... ¿tú qué te crees?, ¿que van a ir tras de ti? ¡Si rechazas este puesto, se lo darán a otra! —vocifera fuera de sí.

—Seguro que, sea quien sea, lo hará bien.

—Lo siento, pero no acepto tu renuncia; piénsalo durante unos días y luego volvemos a hablar —me dice devolviéndome la carta.

—No hay nada que pensar, María Eugenia; está más que decidido —me reafirmo sin cogerla.

—Pero ¿qué coño ha pasado en China?

—Que mis sueños han cambiado, sólo eso.

—¿Sólo eso? ¿Y cuáles son tus sueños ahora? —me pregunta a voz en grito.

—Los mismos de Vivian en *Pretty Woman* —le respondo antes de salir por la puerta.

La oigo gritar algo de que era una puta, pero yo ya estoy caminando directa al ascensor y medio sonrío a pesar de que estoy llorando.

En mi casa está esperándome mi madre para llevarme al aeropuerto. Sé que ha llorado mientras me aguardaba y la culpa me corroe por dentro, pero no puedo dejar que eso me frene y, con todas mis maletas en la puerta y tras dar un último vistazo a mi piso, cierro la puerta, de nuevo sin saber qué ocurrirá con mi vida a partir de ahora.

El trayecto hacia el aeropuerto lo hacemos en silencio, un silencio lleno de reproches por su parte y que yo, de alguna forma, intento que no me afecten.

En Ibiza cojo el ferri que me llevará a Formentera y me siento junto a la ventana mirando el mar, evitando reflexionar sobre lo que he hecho y, sobre todo, evitando pensar en él, aunque lo cierto es que realmente nunca voy a poder hacerlo, ni siquiera aquí, pues fueron estas aguas las que nos vieron enamorarnos, las que mojaron nuestros cuerpos mientras nosotros nos besábamos y nos fundíamos en uno solo, y cierro los ojos, que están empezando a empañarseme.

«¿Por qué tuviste que regresar? ¿Por qué me hiciste tocar el cielo con las manos para dejarme caer sin red? ¿Por qué me mostraste algo que nunca podría tener?»

Cuando bajo del ferri, veo a mi padre apoyado en la puerta de su coche y, dentro de él, a mi abuela esperando. Cargada con todas mis maletas, empiezo a caminar hacia ellos, respirando este aire puro que tanto necesito, recordando el

cielo gris de China en contraste con este cielo azul, el sol opaco tan diferente a este sol brillante, y con mis recuerdos llega él, gris, opaco y cerrado...

—¡Papá! —lo llamó acelerando el paso, deseando dejar de pensar de una vez.

—¡Luna! ¡Hija! —exclama viniendo hacia mí y alzándome con sus fuertes brazos—. ¡Qué alegría tenerte con nosotros por fin!

Siento cómo el mundo se detiene entre los brazos de mi padre, cómo el equilibrio regresa junto a una sensación placentera que hacía mucho que no sentía, pues otra vez estoy en casa, en mi otra casa, la de mi familia paterna.

—¡Qué ganas tenía de veros! —le respondo abrazándolo con fuerza y sonriendo a mi abuela, que me mira desde el interior del vehículo intentando apearse del mismo—. ¡*Güela!* —digo soltándome de los brazos de mi padre para dirigirme hasta ella—. No bajas —murmuro abriendo la puerta y abrazándola.

—¡Hija, qué ganas tenía de verte! —me dice correspondiendo a mi abrazo. Huele a talco y miel, y aspiro ese aroma tan suyo, tan de mi abuela.

—¡Yo también, *güela!*

—¿Cómo estás? —me pregunta mientras mi padre mete mi equipaje en el maletero.

—Bien, muy bien —miento, pues no quiero preocuparla.

—No dicen lo mismo tus ojos —replica con sabiduría.

—¿Qué sabrán ellos? —le pregunto con una triste sonrisa.

—Lo que no quieres contar —afirma mirándome con seriedad.

—Venga, vámonos —nos interrumpe mi padre entrando en el vehículo.

Durante el camino a casa, mi abuela se mantiene en silencio mientras mi padre me habla de El Capitán; está haciendo reformas y por la tarde quiere llevarme a verlas. Me cuenta cosas de mis amigos, que ya saben de mi regreso, y yo omito más que hablo, deseando olvidar de una vez por todas.

Llegamos a casa de mi abuela y durante unos segundos me evado de todos cerrando los ojos e inspirando la fragancia de los pinos, sintiendo el viento acariciar mi rostro dándome la bienvenida, y los abro lentamente posando mi mano en la pequeña verja, recordando ese verano ahora tan lejano cuando regresé aquí; recuerdo cómo llegué y, descalza, recorrí el sendero hasta fundirme en los brazos de mi abuela; recuerdo la sensación de libertad, de querer comerme el mundo, y lo recuerdo a él...

—Cariño, tengo que ir a El Capitán; come algo y te vienes cuando termines, que quiero enseñarte cómo está quedando. Me llevo tus maletas a casa —me dice mi padre sacándome de mis pensamientos.

—No tengo mucha hambre, papá; además, ya es casi hora de merendar — musito.

—Pues meriendas, hija, que estás muy delgadita —interviene mi abuela pasando por mi lado y abriendo la verja—. Vamos.

Me encojo de hombros mirando a mi padre y, guiñándole un ojo, sigo a mi abuela a través del jardín, sabiendo la que me espera una vez entre en casa.

Llego a la cocina, donde ya está trajinando con los cacharros, y me apoyo en el marco de la puerta contando mentalmente los minutos que tarda en preguntarme, a su manera, qué hago aquí.

—¿Qué te apetece comer, cariño?

—Nada, *güela*; en el ferri he comido un bocadillo.

—Esos bocadillos no saben a nada.

—Bueno, mejor eso que nada.

—¿Quieres un café con galletas? Acabo de hacerlas, ¿o mejor un vaso de malta?

—¿Tienes malta? ¡Cuánto tiempo sin beberla! —le respondo viendo cómo empieza a calentarla.

—¿El mismo tiempo que hace que no hablamos? —me plantea poniendo las galletas sobre la mesa.

—Más o menos —contesto sentándome y admirando la facilidad que tiene para ir al meollo del asunto sin apenas esfuerzo.

—La última vez que conversamos estabas entusiasmada con tu trabajo y ahora, en cambio, te tengo sentada en mi cocina con cara de perro apaleado. ¿Qué ha sucedido, cielo?

—Necesitaba un respiro, *güela*. He trabajado muy duro durante estos últimos años y estoy agotada.

—Trabajar duro no es malo, hija; la recompensa siempre viene tras un esfuerzo —comenta dejando el vaso de malta frente a mí y sentándose a mi lado.

—Ya lo sé, pero hay veces que necesitas un cambio.

—Un cambio —repite poniéndose azúcar en el suyo—. Nunca me has mentado, Luna, y no quiero inmiscuirme en tu vida, pero hay cambios que preocupan y que tú, que nunca has querido hacerlo, te hayas venido a vivir aquí...

—Es temporal, *güela* —la corto.

—Este paso que has dado, en otro tiempo, hubiera sido impensable para ti, y no me malinterpretes, cariño: tu padre está encantado y yo también, pero me preocupas. Quiero saber si te ha sucedido algo para que hayas tomado esta

decisión.

—Claro que sí, *güela*, pero no quiero hablar de ello —susurro mirando mi vaso.

—¿Estás enferma? —murmura con un hilo de voz.

—¡Nooooo! —respondo alzando la mirada.

—Entonces es por un hombre —me asegura con convencimiento.

—Puede —susurro bajando la vista de nuevo.

—Puede... siempre es por ellos, pero nosotras somos más fuertes de lo que creemos. Cura tu alma, hija, y, cuando esté sanada, alza el vuelo; no te escondas aquí, que tu casa no sea el hoyo donde ocultes la cabeza —me dice cogiendo mi mano— y, sobre todo, nunca permitas que nadie apague tu luz, ¿me oyes?

—Claro, *güela* —musito secando mis lágrimas, que han empezado a fluir sin que pueda frenarlas.

—Llora si quieres —me dice levantándose y acunando mi cabeza entre sus faldas—, llora y sácalo fuera; llorar sana.

Y es en esta pequeña cocina, de esta pequeña isla, donde lloro sacándolo todo fuera, tal como me ha pedido mi abuela, tal y como necesito hacer.

Capítulo 59

Más tarde y mucho más tranquila, cojo mi Vespa, que a pesar de los años continúa funcionando perfectamente, y me dirijo a cala Saona, mi cala, y aunque sé que tengo muchas cosas por hacer, como llamar a Greta o a Paula, para decirle que puede seguir contando conmigo para terminar el boceto de su vestido, ya lo haré, hay tiempo de sobra y yo hoy necesito el mío.

Llego a cala Saona y, a pesar de que hoy hace un día primaveral y el sol brilla con intensidad, no hay nadie en ella; dejándome llevar por mis deseos, me descalzo necesitando sentir la tibieza de la arena bajo la planta de mis pies. Como abducida por el agua, llego hasta la orilla, donde la posidonia se acumula, y me siento abrazando mis piernas, mirando hacia el horizonte y escuchando el rumor de las olas al romper en la orilla, sintiendo la suave brisa acariciando mi rostro, sumiéndome en mis pensamientos... Hace unas horas estaba presentando mi renuncia en D'Elkann y ahora estoy en Formentera.

Para bien o para mal, ya está hecho. Puede que ya lo sepa o puede que no, puede que le importe o que le sea indiferente, puede incluso que piense que soy una estúpida; visto lo visto, está más que claro que lo soy, por dejarme llevar por mi corazón y no por la razón, pero no me importa. Que piense lo que quiera, está fuera de mi vida y, aunque hoy me duela hasta desgarrarme, llegará un día en que no me importará.

Con ese convencimiento, subo la rampa que me lleva a El Capitán, donde mi padre, entusiasmado, me muestra las reformas que está haciendo e instintivamente mi mirada vuela hacia la mesa donde él se sentaba y me dirijo a ella sin detenerme a pensar en mis actos, sentándome y cerrando los ojos, sintiendo el viento arremetiendo con fuerza, y al instante, sus ojos, su boca, su sonrisa, su porte, su magnetismo... y miro el mar a mis pies, el mismo que él veía cuando se sentaba aquí, y acaricio la mesa imaginándolo sentado frente a mí.

—¿Me permites?

Ante mi mirada asombrada veo a Pablo sentándose en el mismo lugar donde hasta hace unos pocos segundos estaba sentado Gael en mi imaginación.

—Ya te has sentado —respondo con sequedad, y no por rencor, sino por inseguridad—. ¿Qué haces aquí? —le pregunto mirándolo con detenimiento.

Desde ese verano no le había vuelto a ver, pues todas las veces que regresé puse todo mi empeño en no hacerlo y quizá él también, y ahora que lo tengo frente a mí me doy cuenta de que el hombre que me mira fijamente no es el Pablo de mi infancia ni de mi juventud, es un hombre hecho y derecho y también un desconocido.

—¿No me lo pongas difícil, vale? —me pide mirando las olas que rompen en la orilla.

—No es mi intención —susurro finalmente—. ¿Qué haces aquí? —repito de nuevo.

—Hace unos años monté una empresa de construcción y es ésta la que está llevando a cabo la remodelación de El Capitán.

—Mi padre siempre te tuvo en gran estima —murmuro molesta con él por ocultarme este «pequeño» detalle.

—Es cierto, pero espero que eso no haya tenido que ver en su decisión para contratarme, sino que le guste cómo trabajo.

—¿Quieres algo en concreto, Pablo? —planteo incómoda, sin saber cómo actuar frente a él y sin saber cómo me siento.

—Sí, quiero que dejes de mirarme cómo estás haciendo ahora —me dice con seriedad.

—¿Cómo?

—Como si hubiera matado a alguien —prosigue haciendo que recuerde a Gael, y vuelvo mi mirada hacia el mar, intentando alejarlo de mis recuerdos—. No sé las veces que me disculpé ese verano por lo que ocurrió esa noche y las veces que lo he pensado. Ese verano me equivoqué y tú me has culpado de mi error y de los suyos.

—¿Qué quieres decir? —susurro volviéndome y mirándolo fijamente, sin entender sus palabras, sintiendo el viento arreciando con fuerza de repente...

—Si él no se hubiera ido, si no te hubiera dejado, ¿hubieras reaccionado como lo hiciste? Y sé sincera, por favor, creo que al menos me merezco eso —me pide sosteniéndome la mirada.

—No lo sé —murmuro dirigiendo la vista de nuevo al horizonte—. Lo único que sé es que, aunque lo nuestro no tenía futuro, tú no tenías ningún derecho a romperlo antes de que llegara a su fin.

—¿Es que acaso teníais un día y una hora en concreto? ¿Algo así como una fecha de caducidad? —me pregunta con ironía dando en el clavo—. Lo vuestro se rompió porque él lo decidió así; podría haberse quedado y, en cambio, no lo hizo. Se largó porque quiso, no te equivoques; que yo te mostrara lo que hacía no

fue el detonante de que se esfumara —me asegura apretando los puños sobre la mesa—. Me has culpado durante años de algo que decidió él por ti y has continuado haciéndolo hasta rozar lo ridículo.

—¿Ridículo? —siseo achinando los ojos—. ¡Venga ya, Pablo! —mascullo levantándome enfadada por sus palabras y dirigiéndome a la rampa, directa a la playa.

—¡Sí, Luna! Hasta rozar lo ridículo —se reafirma siguiéndome—. ¿Piensas seguir culpándome durante toda la vida de una decisión equivocada? ¿Piensas retirarme la palabra para siempre? —me pregunta llegando hasta la playa, donde yo estoy ardiendo de rabia.

—¿Una decisión equivocada? Pero ¿a ti qué te pasa que recuerdas a tu antojo? ¿Ya no recuerdas todas las estupideces que le dijiste? ¿Ya no recuerdas nada de esa noche? —le espeto con rabia llegando hasta él—. Esa noche fuiste un cabrón, y no por llevarme a esa nave, sino por todo lo que vino después.

—¡Lo sé! ¡Y lo siento! No sabes cuánto, ni sabes la de veces que me he machacado por las estupideces que solté esa noche, pero no puedo volver atrás y te echo de menos; te he echado de menos durante ocho largos años —me dice con intensidad—. Necesito ser tu amigo de nuevo.

—No es tan sencillo, Pablo. La amistad y la confianza no regresan tan fácilmente —le aseguro intentando calmarme y pensando en sus palabras, pues sé que tiene parte de razón en lo que a Gael se refiere.

—Ya lo sé, pero podemos intentarlo. Déjame conocerte de nuevo, dame una oportunidad de demostrarte que no soy tan cabrón como piensas.

Y ese «no soy tan cabrón como piensas» se me clava en el pecho como una puñalada, pues en China Gael me dijo lo mismo.

—No echemos por la borda algo tan bonito como lo que tuvimos por un error que cometí, no me castigues de por vida.

—Yo no quiero castigarte de por vida, Pablo —murmuro con tristeza, recordando de nuevo a Gael y el castigo al que se somete a diario—. Nunca haría eso —le aseguro mirándolo con desolación—. Siento que esto haya llegado tan lejos, pero es difícil regresar cuando empiezas a alejarte.

—Nunca lo es cuando desean tu regreso —sentencia con intensidad—. Ven aquí, joder —murmura abrazándome.

Y cierro los ojos sintiendo el viento enfurecido a nuestro alrededor mientras unos ojos azules se abren paso a través de mis recuerdos, mirándome con dureza.

—Te aseguro que jamás volveré a inmiscuirme en tu vida.

No le contesto y cierro los ojos con más fuerza, sintiendo cómo unas heridas empiezan a cerrarse y a sanar, mientras otras aún laten en carne viva hasta dejarme paralizada de dolor en medio de esta playa.

* * *

Los siguientes días los dedico a salir con mis amigas y también con Mario y Pablo, con el que cada vez me siento más cómoda, y también a vagabundear por la isla recorriendo los lugares que fueron tan nuestros, pues, a pesar de mis deseos de olvidarlo, esa corriente cálida que me mantiene unida a él se empeña en emerger continuamente hasta llevarme a la cova foradada, donde me siento en la misma roca en la que me senté junto a él hace ya tantos años, a nuestro pequeño círculo de arena y sal e incluso a la que fue su casa durante el tiempo que estuvo en la isla, donde, sentada en mi Vespa, la observo en silencio, mientras en mi cabeza resuena el sonido de su moto o siento su mano sobre mi rodilla mientras volamos por la carretera.

—Te he buscado un empleo en la tasca de Paco —me dice mi padre una tarde cuando regreso a casa.

—¿Cómo? —le pregunto dejando el casco sobre la mesa de la cocina con desgana.

—Lo que has oído. Mira, hija, no tienes por qué contarme qué haces aquí, ya eres una mujer y respeto tus silencios, pero tendrás que entender que sufra al verte así.

—¡Venga ya, papá! Estoy bien —miento a pesar de que tiene razón. Renuncié a mi puesto en D'Elkann para olvidarlo y no he dejado de recordarlo y machacarme con su recuerdo.

—¡Ni venga ya ni leches! Mañana empiezas como camarera en la tasca de Paco; te espera allí a las nueve en punto y, cuando abramos El Capitán, trabajarás para mí. Si vas a quedarte en la isla, no te quiero dando tumbos.

—¡Pero papá! —protesto molesta.

—Pero papá, nada, está decidido. Si no quieres trabajar de camarera, búscate otra cosa, pero te quiero haciendo algo.

—Está bien, trabajaré en la tasca de Paco —murmuro resignada yendo hacia mi habitación, sin ganas de discutir con él.

—En media hora estará la cena lista —me asegura antes de que me dé tiempo a cerrar la puerta de mi cuarto.

—No tengo hambre —le digo girándome.

—Pues comes sin hambre —me replica dándome la espalda y empezando a remover lo que tiene en los fogones.

Resoplando, me meto en mi habitación. Pensaba que venir aquí me ayudaría y me haría sentir mejor, cuando la realidad es que en ningún lugar del mundo me sentiré bien porque los recuerdos viajarán conmigo allá donde vaya.

Con mucho esfuerzo, establezco una rutina diaria, que consiste en empezar mi día con una carrera por la playa a las siete y media de la mañana, durante la cual me permito pensar en él y en la vida que llevaba hace apenas un par de semanas sin tener que fustigarme por ello.

Tras ducharme y arreglarme, me dirijo a la tasca de Paco, donde lo dejo fuera mientras desayuno con Paloma, Jimena, Pablo y, en ocasiones, Mario, antes de empezar a servir el desayuno, el café o las copas a los clientes que son habituales y a los que ya voy conociendo, y es esa rutina, y la compañía de mi abuela, de mi padre y de mis amigos, la que, sin que me dé cuenta, empieza a sanarme y a recordarme quién soy.

Capítulo 60

Gael

Unas semanas antes...

Llego al *loft* que tengo en el centro de Londres y dejo la maleta en la entrada. Como siempre, dirijo la vista a la fotografía de Nachete, que me mira con inocencia, para seguidamente mirar la de su padre y mi amigo, que sonrío junto a mí. Hace tantos años que nos hicimos esa foto que ni siquiera me reconozco en ella y, frunciendo el ceño, me encamino a la ventana.

«¿Qué coño he hecho? ¿Cómo he dejado que se largara sin decirle lo que siento por ella? ¿Cómo he sido tan hijo de puta?», me torturo de nuevo, recordando su rostro desolado mientras me meso el cabello, incómodo conmigo mismo, sin saber dónde cojones está mi lugar, aunque lo sé, lo sé desde hace ocho largos años... mi jodido lugar está con ella, esté donde esté.

Deseando olvidarme de todo, me dirijo a mi habitación, donde me cambio de ropa dispuesto a machacarme con el saco de boxeo hasta que me ardan los pulmones mientras siento crecer en mi interior la misma rabia feroz y dañina que tanto me costó controlar en el pasado, esa que siento a modo de bestia, esa que ruge dentro de mí y que a zarpazos me mata por dentro, y, dispuesto a silenciarla y a reventar el puto saco, me voy al gimnasio que tengo montado en una de las habitaciones, donde descargo toda mi furia golpeándolo sin piedad, con sus desolados ojos persiguiéndome y matándome poco a poco.

Sólo cuando no puedo más y con el cuerpo empapado por el sudor, me dejo caer en el suelo completamente hecho polvo, cuestionando por primera vez mi vida y mis decisiones, pero no quiero hacerlo. «Joder, no quiero cuestionarme nada ahora, no cuando decidí mi vida hace años», me digo levantándome y encaminando mis pasos a la ducha, donde cierro los ojos mientras el agua cae incesante sobre mi cabeza, recordando las veces que nos duchamos juntos, sus risas, sus besos y cómo me hacía sentir, pues sólo durante el tiempo que estuve con ella la bestia que anida dentro de mí permaneció dormida y conseguí sentirme en calma, y no una calma controlada como la que siento habitualmente, sino una calma placentera, la que te hace disfrutar del momento y consigue que

te sientas bien contigo mismo. «Pero ¡qué coño! ¡Eres un hijo de puta, Gael! ¡Déjala en paz!», me recrimino dando un puñetazo contra la pared y jodiéndome los nudillos.

Salgo de la ducha y, tras secarme y ponerme unos vaqueros, envuelvo la mano en hielo valorando ponerme hasta el culo de whisky si con eso consigo olvidar su rostro desolado y lo que no dejo de desear, a pesar de no tener ningún derecho, y, aunque hace años que no lo hago, por primera vez rompo mi regla número uno y bebo sin control hasta quedarme tirado en el sofá completamente inconsciente.

Despierto con los rayos de sol dándome en la cara y me muevo intentando evitarlos, pero la cabeza me estalla y entreabro ligeramente los ojos hasta ver la botella totalmente vacía en el suelo.

«¡Cojonudo, tío! Eres un imbécil», me digo yendo hasta la cocina, donde me tomo un par de aspirinas con un zumo de naranja, maldiciéndome por haber perdido el control de esa manera con la bebida, mirando de nuevo la cara de mi amigo, que me mira sonriendo.

—Ojalá no me sonrieras —mascullo con dolor.

Negándome a seguir el mismo patrón de ayer, me ducho y me visto dejando a un lado la rabia, que continúa bullendo dentro de mí, como durante tantos años he aprendido a hacer, y me dirijo a la oficina, decidido a seguir con mi puta vida como sea.

El lunes llego temprano al despacho a pesar de que el domingo me largué de aquí casi a la una de la madrugada, y miro a Cadence, que ya se encuentra preparando mi agenda.

—Aquí tiene —me indica bajando la mirada, supongo que intimidada por mi cara.

No le contesto ni le doy los buenos días, pues ni yo mismo me soporto, y, cogiéndola, la miro con dureza intimidándola aún más si cabe.

—No me pase ninguna llamada —mascullo entre dientes.

Entro en mi oficina, en la misma oficina en la que ayer pasé todo el puñetero día, y dejo la agenda tirada sobre la mesa, asqueado con mi vida y conmigo, y de nuevo su mirada, sus preciosos ojos azules observándome como si yo fuera su tabla de salvación o su maldita roca, cuando lo que soy en realidad es un barco que anda perdido a la deriva... porque mi ancla es ella.

—¡Joder! —mascullo apretando los puños—. Pasaré, las otras veces pasó y conseguiste seguir, y esta vez no será diferente —me digo, recordando cuando me largué de Formentera el verano que nos conocimos y, más recientemente,

cuando regresé después de verla de nuevo.

Cogiendo las carpetas que se encuentran apiladas sobre la mesa, me dispongo a olvidarla a base de trabajo y fuerza de voluntad.

Suena el teléfono y lo cojo cabreado, sintiendo la bestia rugir dentro de mí con fuerza, descontrolada y maligna.

—¿Qué parte de *no-me-pase-llamadas* no ha entendido? —siseo a Cadence con furia helada.

—Señor, discúlpeme, pero la señora De la Rúa insiste en hablar con usted. He intentado disuadirla, pero no deja de repetirme que es muy urgente. La tengo en espera, ¿qué le digo?

—Pásemela —le ordeno preguntándome qué querrá María Eugenia—. ¿Qué es eso tan urgente que no puede esperar? —le suelto entre dientes sin molestarme en saludarla cuando la tengo al teléfono.

—¿Qué ha pasado en China? —vomita a bocajarro, tan en su línea.

—No tengo ni idea —respondo poniéndome en alerta—. ¿Por qué me lo preguntas?

—¡Porque Luna Costa acaba de presentar su renuncia!

—¿Qué coño estás diciendo, María Eugenia? —inquiero levantándome, aferrando con fuerza el teléfono.

—¿Qué coño te estoy diciendo? ¡Justo lo que estás escuchado! Se ha presentado a primera hora con su carta de renuncia, a pesar de que sabía lo de Dior y que iba a ser mi sustituta. ¡¡¡¿Qué ha pasado, Elkann?!!! Necesito entender a esta niña y la estupidez que termina de hacer.

—Impídelo, no dejes que se largue —le exijo—. Presiónala, haz lo que quieras, pero la quiero en D'Elkann.

—¿Que la detenga? —me pregunta con una carcajada—. Ya no está en la empresa, se ha largado.

—Pero ¿cómo que se ha largado? ¿Y no te ha dicho nada?

—Sí, una estupidez monumental: me ha dicho que quiere lo mismo que Vivian de *Pretty Woman*. ¿Qué leches significa eso? —brama a través del teléfono.

—¡Y yo qué cojones sé, si en mi vida he visto esa película! María Eugenia, te doy una hora para localizarla y hacerla cambiar de opinión. ¡Una hora! ¿Lo entiendes?

—Sí, claro... ¿Y si no lo consigo?

—Por tu bien espero que lo hagas —mascullo colgando el teléfono y dejándolo con rabia sobre la mesa.

No puedo creerlo, no puedo creer que haya renunciado, con lo que ha trabajado, joder, y lo ha hecho por mi culpa... Sé que ha renunciado por lo que sucedió en China, ¡mierda!

Durante una hora deambulo por la oficina como un león enjaulado, desprendiendo ira y miedo por todos los poros de mi cuerpo, mirando a cada puto segundo el teléfono y, cuando suena, lo cojo abalanzándome sobre él.

—Olvídate de Luna Costa, no está en Madrid —me anuncia rotunda María Eugenia—. Voy a ofrecerle el puesto a Carolina.

—¡¡¡Y una puta mierda!!! ¿Me has oído o tengo que repetírtelo? —escupo con dureza—. Ese puesto es para la señorita Costa. ¿Y por qué dices que no está en Madrid? ¿Dónde está? —formulo intentando controlarme, cuando lo que deseo realmente es cargarme todo el mobiliario de esta oficina.

—No lo sé. Greta no ha querido contármelo, sólo me ha dicho que se marchaba fuera. Además, tiene el móvil apagado. Definitivamente esta niña es tonta: le damos la oportunidad de su vida y renuncia, ¿te lo puedes creer? Pero ella se lo pierde, vaya si se lo pierde, a saber cuán...

—Cállate, María Eugenia, y escúchame: tengo unas reuniones que no puedo anular, pero en una semana estaré en Madrid y me encargaré de todo este asunto. Carolina es buena, pero todavía le falta mucho recorrido para llegar al nivel de Luna; déjame que lo solucione y, de momento, no digas que te largas a Dior. Tenemos tiempo, así que no precipitemos las cosas.

—Tú verás lo que haces, Elkann. Tienes un mes para buscarme sustituta, no puedo alargarlo más y lo sabes.

—Lo solucionaré antes, confía en mí —mascullo antes de colgar, sintiendo cómo la bestia ha dejado de rugir desde el mismo momento en que he decidido regresar a Madrid.

—Volverás, Luna —susurro con la mirada fija en la pared.

Paso el resto de la semana adelantando reuniones y saturado de trabajo, y una noche, sentado en el sofá de mi casa, con un whisky entre las manos y a oscuras dentro de mi oscuridad, decido saber qué quiere la tal Vivian en *Pretty Woman* y le doy al «Play» temiendo saber cuáles son esos deseos que de antemano creo imaginar y entonces la temida frase... «Quiero el cuento de hadas.»

—Lo sabía —farfullo apoyando mis antebrazos en las rodillas—. ¿Por qué no te olvidas de mí? —«Pero ¿de verdad quiero que lo haga?», me planteo alzando la mirada hasta posarla de nuevo en la película, incapaz de alejarla de ella—. Seguro que terminarán juntos, joder, ¡puta película romántica! —

mascullo levantándome finalmente y dirigiéndome a la ventana, donde miro sin ver realmente, cuestionando de nuevo la vida que decidí llevar hace muchos años en esa celda donde viví mi infierno personal.

Me sirvo dos dedos más de whisky, que saboreo sin prestar más atención a la película deambulando por el salón, sabiendo que lo tengo jodido si quiero que regrese; quiere el puto cuento de hadas, ¿conmigo? Pero ¿acaso no sabe que eso es algo imposible? Debería dejarla ir y permitir que Carolina ocupara su puesto; si fuera un tío listo, me olvidaría de ella y seguiría con mi vida como he hecho hasta ahora...

—Y, dime, ¿qué ocurrió cuando él subió a la torre y la rescató?

Lentamente dirijo mi mirada hacia la película con todos los sentidos en alerta, esperando la respuesta de ella.

—Que ella lo rescató a él.

Me quedo clavado en el suelo, incapaz de moverme, con el... «que ella lo rescató a él» resonando en mi cabeza. ¿No es eso lo que siento que ella hace conmigo? Luna ha sido la única mujer capaz de hacerme sentir bien, la única capaz de acallar a la bestia y de alejar de mí la tristeza que desde hace años convive conmigo, pero ¿tengo derecho a sentirme así?, ¿tengo derecho a ser feliz?», me pregunto, de nuevo mirando la fotografía de mi amigo, que me mira sonriendo.

—Lo siento, tío —murmuro derrotado—. Ojalá hubiera muerto yo —mascullo entre dientes cansado de mi vida y de la culpa que no me deja vivir, y dejando el vaso sobre la mesa me voy hacia su fotografía, que cojo con dolor—. Si hay alguna forma de hacerlo, dime que puedo seguir, dime que no te importa que lo haga —medio suplico acariciando su rostro, sintiendo la pena y la culpa partirme en dos, y, dejándola de nuevo junto a la de su hijo, nuestro hijo, me dirijo a mi habitación sin molestarme en apagar la televisión donde ellos se besan felices con su cuento de hadas hecho realidad; un cuento de hadas que, por desgracia, no está al alcance de mi mano.

Mi avión aterriza en Madrid a las diez y media de la mañana y, tras dejar el equipaje de mano en mi piso, me dirijo al parking donde guardo la moto para rodearla en silencio. «Nadie entiende por qué me gusta ir en ella, incluso en invierno, ni nadie tiene por qué entenderlo tampoco», me digo recordando la asfixia que siento cada vez que estoy dentro de un coche, la misma asfixia que siento cada vez que recuerdo esa noche... las imágenes del cuerpo de Nacho apresado entre la maraña de hierros en la que se convirtió su vehículo me persiguen día y noche sin darme tregua... Mis esfuerzos por intentar salvarlo

mientras su vida se escapaba de entre mis manos, mis gritos, su mirada cada vez más carente de vida... Con el vello erizado y el corazón pesándome, me subo a ella aferrando el manillar con fuerza; prefiero mil veces que mi cuerpo salga despedido a que quede apresado como el de Nacho.

Tras ponerme el casco y los guantes, salgo del aparcamiento y, a más velocidad de la que debiera, me encamino al cementerio de La Almudena para verlo, tal y como hago siempre cuando estoy en Madrid, sorteando el tráfico y acelerando como si corriendo más pudiera dejar atrás todos los sentimientos que no me dejan vivir.

Cuando llego a la puerta del cementerio, siento cómo me asalta la misma sensación con la que convivo a diario, pero que aquí se intensifica hasta hacerse insoportable: la desolación, la culpa asfixiante, el dolor punzante que se clava dentro de mí hasta matarme... y, mientras avanzo hacia donde está enterrado, los recuerdos resurgen de nuevo como siempre: el viento moviendo las hojas; Natalia derrotada, llorando sobre mi hombro sin dejar de decirme que no ha sido culpa mía; el frío calando dentro de mi cuerpo ya helado y muerto; la incapacidad de llorar, a pesar del dolor abrumador que siento dentro de mí, y la rabia, en forma de bestia, creciendo en mi interior hasta matarlo todo.

—Hola, tío —susurro dando un cariñoso puñetazo a su lápida—. Venga, invítame a algo. ¿Qué que quiero? Ya lo sabes, joder, un whisky —murmuro mirando fijamente su fotografía y deseando poder derramar una puta lágrima, pues nunca, ni siquiera ese día, fui capaz de hacerlo—. ¿Cómo te va todo por ahí arriba? Cojonudo, seguro —musito mirando el cielo encapotado—. Nachete está bien; en ese colegio trabajan mucho con él y ya está empezando a hablar con claridad, pero seguro que ya lo sabes, ¿verdad? Es clavadito a ti pero mucho más listo, pero eso seguro que también lo sabes... —añado guardando unos segundos de silencio mientras miro de nuevo su fotografía—. Lo siento, Nacho, siento lo que sucedió esa noche, siento haberte privado de tu vida y de tu hijo —susurro dando unos pasos hacia atrás, chocando contra alguien, y me vuelvo—. Lo siento, chaval, ¿te he hecho daño? —me disculpo atropelladamente con el niño que tengo tras de mí y al que he pisado sin querer.

—No se preocupe, no ha sido solamente culpa suya —me dice con voz clara y cristalina—. Puede seguir —dicho esto, sale corriendo y yo me giro de nuevo hacia la foto de mi amigo, que como siempre me mira con su eterna sonrisa, esa que ni el tiempo podrá borrar y entonces, como un rayo, las palabras de ese niño... «no se preocupe, no ha sido solamente culpa suya... puede seguir...»

Pero ¿qué coño?, ¿y qué hace un niño solo en el cementerio a estas horas? Casi a la desesperada y como si me fuera la vida en ello, emprendo una carrera por el cementerio buscándolo y preguntando a todas las personas que encuentro a mi paso si lo han visto, pero se ha esfumado, inexplicablemente ese crío se ha esfumado, y mientras corro a través de estas calles en su busca, recuerdo esa noche en mi piso, cuando le pedí a Nacho que me dijera si podía seguir, si no le importaba que lo hiciera. ¡Joder! Pero ¿qué coño acaba de suceder? En *shock* y sintiendo mi corazón latir desbocado dentro de mí, llego de nuevo hasta donde está enterrado mi amigo.

—Dime que no me he vuelto loco —le pido con los ojos anegados por las lágrimas—. Joder, Nacho, que sabes que estas cosas no me las creo —mascullo mesándome el cabello, necesitando aferrarme a mi lógica, la que rebate lo que una parte de mí ha aceptado sin cuestionar.

Y de repente el viento arrecia con fuerza, levantando las hojas secas del suelo y, a pesar de la ferocidad de sus aullidos, siento como una caricia sobre mi cara. «Joder, ¿me he vuelto loco?», me pregunto apoyando la espalda en su lápida, deslizándome mi cuerpo hasta quedarme en cuclillas, donde lloro desconsoladamente con mi rostro escondido entre las piernas.

Siento mi cuerpo sacudirse con mi dolor, el que estoy sacando fuera con estas lágrimas que derramo por primera vez después de tantos años, sintiendo cómo la bestia que hasta este momento convivía conmigo abandona mi cuerpo, cómo el veneno que me mataba día a día se disuelve con ellas, liberándome, junto con las palabras de ese niño, y alzo mi rostro cuando siento los rayos del sol dándome en la cara.

—Gracias, tío; no sé si me he vuelto loco o no, pero gracias, joder —susurro cuando consigo serenarme, levantándome y acariciando su fotografía—. Que esto quede entre nosotros, ¿vale? No quiero que nadie crea que se me ha ido la cabeza, con que lo piense yo es más que suficiente —murmuro medio sonriendo mientras las lágrimas fluyen de nuevo—. Espero no joderla más y hacerlo bien esta vez.

Dicho esto, abandono el cementerio sintiéndome inexplicablemente libre para seguir, sintiendo que de alguna forma tengo permiso para vivir.

Capítulo 61

Llego a D'Elkann dispuesto a enmendar las cosas y, sin molestarme en pasar por el despacho de Manuel para saludarlo, entro en el Departamento de Diseño mientras siento cómo todo el mundo enmudece ante mi presencia y frunzo más el ceño a la vez que me dirijo hacia donde está Greta, que me sostiene la mirada con valentía.

—La quiero en mi despacho ahora —le ordeno entre dientes y, tras saludar a María Eugenia con un leve movimiento de cabeza, me dirijo hacia allí sabiendo que está siguiéndome y seguramente volviéndose loca por la incertidumbre.

No la espero y, cuando entro, dejo la puerta entreabierta mientras me siento despreocupadamente en mi sillón.

—Buenos días, señor Elkann, ¿quería algo de mí? —me pregunta con seguridad.

—Siéntese —le ordeno intimidándola con la mirada—. ¿Dónde está la señorita Costa? —le suelto a bocajarro, deseando saberlo cuanto antes.

—No lo sé —me miente descaradamente.

—¿Seguro? —insisto inclinándome ligeramente hacia ella y endureciendo mi mirada, intimidándola, y veo con satisfacción cómo toda su valentía comienza a esfumarse—. No voy a preguntárselo de nuevo, responda —le exijo entre dientes, fulminándola con la mirada, abusando claramente de mi autoridad, aunque, sinceramente, eso es algo que ahora no me importa demasiado.

—¿Y por qué habría de decírselo? Ella ya no trabaja aquí y donde esté no es de su incumbencia —me replica con aplomo.

—Por supuesto que es de mi incumbencia —le rebato con dureza—. Además, si es tan amiga suya como dice ser, va a tener que colaborar conmigo.

—¿Y por qué habría de hacer eso?

—Digamos que mis deseos también han cambiado —le respondo enigmático, recostándome sobre el respaldo de mi silla.

—Oiga, señor Elkann, Luna ha sufrido mucho por su culpa. ¿Por qué no la deja en paz de una vez?

—Porque no puedo —siseo entre dientes.

—¿Por qué? —me presiona mirándome con dureza.
—Porque la quiero —le respondo antes de poder frenar mis palabras.
—¿De verdad? —me plantea empezando a sonreír.
—No quiero oír ni una palabra al respecto —le exijo endureciendo la mirada de nuevo.
—Está en Formentera —confiesa sonriendo ampliamente.
—¿Y qué coño hace ahí?
—Cuando la vea, se lo pregunta —replica con dulzura, mirándome como si de repente me hubiera convertido en un corazón gigante de color rosa. ¡La madre que la parió, joder!
—¿Está en casa de su padre?
—Creo que sí.
—¿Cree? Va a tener que darme información más precisa, ¿no le parece? Necesito saberlo todo para encontrarla cuanto antes —le comento levantándome y dando por finalizado nuestro encuentro—. Estaré en la empresa un par de horas más; averígüelo antes de que me marche y sea discreta, por favor.
—¿Va a ir a buscarla? —me demanda levantándose sin dejar de sonreír.
—Por supuesto, ¿a qué cree que he venido? —le pregunto con el ceño fruncido—, y deje de sonreír, ¿quiere? No hace falta que todo el mundo se entere. Otra cosa: si cuando habla con ella le pregunta sobre el ascenso, dígame que el puesto de María Eugenia será para Carolina.
—¿Para Carolina? —exclama enfurecida—. Creía que había dicho que la quería —me dice fulminándome con la mirada.
—Greta, sígame la corriente, ¿quiere? —le propongo armándome de paciencia.
—Está bien; deme diez minutos y se lo averiguo todo —me asegura sonriéndome de nuevo con complicidad.
—Lárguese —la despido y, aunque tengo el ceño fruncido, por dentro estoy que no quepo en mi de gozo... Está en Formentera...
«Te tengo, nena.»

Le pido a Sonia que me saque el billete de avión a Ibiza y del ferri que me llevará a la más pequeña de las islas Pitiusas, junto con la reserva del hotel; para un par de días no voy a molestar a Orlando. Además, le indico que me gestione el alquiler de una moto de gran cilindrada, que debe estar esperándome en el hotel cuando llegue. Luego, tras mantener un par de reuniones largas y tediosas

con Manuel y María Eugenia en las que tengo que lidiar con ella y sus ganas locas de encontrarse sustituta cuanto antes, consigo escabullirme a mi despacho, donde casi al segundo me reúno con Greta.

—¿Lo tiene? —le pregunto colocando mis papeles dentro del maletín para poder trabajar durante el trayecto hasta Formentera.

—¿Lo dudaba? —me pregunta sentándose despreocupadamente en una de las sillas ante mi divertida mirada.

—Póngase cómoda —le pido ocultando mi sonrisa.

—Ya lo hago. Bueno, ¿quiere saberlo o no?

Ni me molesto en contestarle, esta mujer es el colmo. Enarcando una ceja, espero a que empiece a hablar.

—Está en casa de su padre, y ahora lo más fuerte: está trabajando en la tasca de un tal Paco.

—Me toma el pelo —siseo alzando la mirada hasta encontrarme con la suya—. ¿Qué coño hace sirviendo cafés?

—Eso mismo le he preguntado yo —me responde encogiéndose de hombros—. Tráigala a rastras si hace falta, pero que vuelva —me pide sentándose erguida, apoyando sus antebrazos en la mesa, casi exigiéndomelo.

—De eso puede estar segura. ¿No le habrá dicho que voy?

—Por supuesto que no.

—¿Y le ha preguntado algo?

«Lo que realmente quiero saber es si le ha preguntado por mí; joder, soy patético.»

—Nada, me ha hablado de sus amigos, en especial de un tal Pablo.

Oír ese nombre hace que tense mi cuerpo instintivamente. Lo recuerdo, recuerdo esa noche y nuestra pelea, cómo tuve que contenerme para no molerlo a palos y dejarlo tirado en el suelo; lo hice por ella... porque, si hubiera sido por mí, hoy no podría tenerse en pie ese hijo de puta.

—Suficiente, deme la dirección de esa tasca —mascullo cabreado.

—No la sé.

—Creía haberle pedido todo —farfullo entre dientes, celoso y rabioso como nunca en mi vida.

—Oiga, señor Elkann, si le hubiera preguntado la dirección, hubiera sospechado; pregunte por allí, Formentera es pequeña y no creo que haya dos Pacos con una tasca —me asegura levantándose—. Otra cosa: como la fastidie,

va a tener que vérselas conmigo —me asegura con seriedad—. Como vea a mi amiga llorar de nuevo, soy capaz de ir a buscarlo a Londres o donde esté y sacar la ninja que llevo dentro.

Me hace gracia que una mujer que no medirá ni metro sesenta me amenace con tal ferocidad, pero tengo que reconocerle la lealtad a su amiga y, además, me gusta que lo haga... ella se lo merece, joder.

—Tranquila, que si la fastidio yo mismo me encargaré de molerme a palos —afirmo cogiendo el maletín—. Nos vemos en unos días, Greta. Confío en su discreción hasta que regresemos —le digo, dando por hecho que vamos a volver juntos.

El viaje a Ibiza, y más tarde a Formentera, se me hace eterno y, aunque tengo trabajo de sobra para entretenerme, no puedo concentrarme en nada que no sean esos ojazos que me llegan al alma. «Además, necesito saber qué coño pinta el tal Pablo en su vida o me volveré loco», me digo apretando los puños, muerto de celos, maldiciéndome mientras el azul turquesa del agua me da la bienvenida.

Por fin el ferri se detiene en el puerto y, aferrando mi pequeña maleta, salgo de él hasta encontrarme con el cielo azul y limpio de nubes de esta isla a la que no he regresado en ocho largos años por miedo a verla o recordarla.

Con celeridad, cojo un taxi que me lleva hasta el hotel, donde dejo mi equipaje y, con todas las indicaciones de cómo llegar hasta esa tasca, me monto en la moto que me espera en la entrada del mismo dispuesto a cambiar el rumbo de mi vida de una vez.

La larga carretera está casi desierta y, con el azul del cielo fundiéndose con el azul turquesa del mar, le doy gas a la moto necesitando llegar cuanto antes a San Francesc, impaciente hasta casi rozar la locura por verla de nuevo. Tras localizar la tasca de los cojones, sonrío ampliamente antes de endurecer mi rostro otra vez mientras estaciono el vehículo frente a ella.

Entro con seguridad, con la seguridad de que es mía y de que no me iré de esta isla sin ella, y, tras un vistazo rápido, la localizo tras la barra y tenso el cuerpo. Lleva el pelo suelto y casi puedo sentir su suavidad entre mis dedos, los siento arder, por ella y por la necesidad de tocarla, de hacerla mía, y con esa necesidad acuciante dentro de mí me dirijo hacia la barra, donde me siento en uno de los taburetes, mirándola con dureza, feliz por verla de nuevo y cabreado al mismo tiempo por ver tanto talento desperdiciado tras una barra de una tasca de mala muerte.

—Un café —mascullo mirándola con frialdad ante su atónita y asombrada mirada, y, aunque está intentando manejar la situación, los nervios la delatan para satisfacción mía.

—¿Qué? —susurra con un hilo de voz, con esos ojazos que tengo grabados a fuego en mi interior.

—Creo que acabo de decírtelo, quiero un café y... también que vuelvas.

—No voy a volver a D'Elkann, ¿acaso no te lo ha dicho María Eugenia? — me pregunta posando sus manos en el borde de la barra, como si necesitara aferrarse a algo.

—No estoy hablando de eso, el puesto de María Eugenia está cubierto: Carolina será quien la sustituya.

—¿Carolina? —suelta sin poder controlar su gesto de asco, y tengo que frenarme para no saltar sobre esta puta barra y apresarla entre mis brazos.

—Sí, ¿tienes alguna objeción al respecto? Tú has renunciado y el puesto es para ella, no hay más.

—Ni muerta regreso a D'Elkann, ¿lo tienes claro? Y menos aún teniendo a Carolina como jefa —me asegura cabreada, dejando el paño de malas maneras sobre la barra—. ¡Paco! Tengo que irme o vomitaré sobre esta barra.

Acto seguido, abandona la tasca como llevada por el diablo ante mi divertida mirada.

La sigo hasta su Vespa y la miro sin poder creerlo.

—No me digas que aún funciona este trasto —murmuro enarcando una ceja—. ¿Cuántos años tiene? ¿Treinta, cuarenta? ¡Joder, pero si va camino de convertirse en una reliquia!

—¿Y a ti qué te importa? —brama enfurecida—. ¿Y qué coño haces aquí? ¿No tienes ninguna reunión urgente en Londres o en cualquier parte del mundo? ¡Además, ¿a mí qué me importa?!

—No has entendido nada —mascullo cogiéndola por la cintura hasta tenerla pegada contra mi cuerpo, de donde no tengo intención de que se mueva—. ¡Y estate quieta, joder! —le pido forcejeando con ella para que deje de intentar soltarse—. No quiero que vuelvas a D'Elkann, aunque por supuesto puedes hacerlo si así lo deseas, quiero que vuelvas conmigo, nena, quiero tu cuento de hadas —musito atrapando su mirada con la mía.

—¿Y vas a ser tú mi caballero de brillante armadura? —me pregunta con ironía enarcando una ceja—. No, gracias, ¡y suéltame! —me exige zafándose de mi abrazo—. Llegas tarde, Gael —me confiesa con tristeza—. Además, creía que no querías ser feliz.

—Ya hablaremos sobre eso más tarde —le digo sujetándola por el brazo con firmeza, sabiendo que no va a ponérmelo fácil—. Sé que te he hecho sufrir y lo siento muchísimo; sé que tenemos mucho de qué hablar y que no será fácil, pero quiero intentarlo, dame...

—¿Un paréntesis? ¿O mejor unos días? —me corta con dureza—. Al final es lo mismo, ¿no te parece? ¿Y para qué? ¿Para darme una patada en el culo el día que los recuerdos te ahoguen? No, gracias, no necesito que ningún caballero de brillante armadura me salve de nada —me asegura con ira, soltándose de mi mano, directa a su Vespa.

—A lo mejor soy yo el que necesita que lo salven —susurro recordando la frase de esa película y que tan bien se ajusta a mi vida... «¡Joder, no puedo creerme que lo haya dicho en voz alta!»

—¿Cómo? —se vuelve lentamente; veo confusión en su mirada y la esperanza vuelve a crecer dentro de mí.

—Lo que has oído: sé que estoy jodido y que no te lo he puesto nunca fácil, pero quiero intentarlo, quiero empezar a vivir y sólo podré hacerlo si estás a mi lado —susurro llegando hasta ella, abriéndome en canal—. Te quiero, nena —le aseguro posando mis manos en su fina cintura, anclándola a mí—, pero si tú no sientes lo mismo por mí, me marcharé y te prometo que nunca más volveré a molestarte —le digo acariciando su mejilla, sabiendo que ni loco voy a dejar de intentarlo, diga lo que diga.

—Pero ¡¡¿tú de qué vas?!! —me chilla dándome un empujón—. No puedes venir, soltarme eso y pretender que me eche en tus brazos como si nada. Además, si tanto me quieres, ¿por qué me dejaste esa noche en China? Sólo nos quedaba esa noche para estar juntos, al día siguiente íbamos a separarnos de todas formas, ¿por qué tenías que hacerme daño?

—¡Te lo he dicho! —mascullo elevando la voz—. ¡Estoy enamorado de ti, joder! Y pensar que nunca más volvería a despertarme a tu lado o a poder tocarme me estaba matando; tenía miedo de esa noche y de lo que sabía que iba a sentir, por eso preferí romper con todo y alejarme de ti antes que vivirlo.

—¿Y qué ha cambiado desde entonces? —me demanda con dureza.

—Yo —siseo entre dientes—, yo he cambiado —le aseguro sosteniéndole la mirada.

—Y yo —asevera negando con la cabeza—, yo también he cambiado. Estos días aquí me han hecho ver las cosas desde la perspectiva correcta —afirma con frialdad.

—¿Y cuál es esa perspectiva, si puede saberse? ¿Estar con Pablo? —siseo achinando los ojos, que seguro que refulgen de rabia.

—Eso a ti no te importa —replica levantando el mentón con orgullo.

—¡Por supuesto que me importa! —rebato acercándome a ella, sin poder creer que esté con ese imbécil.

Sin darle tiempo a reaccionar, la cojo por la cintura adhiriéndola a mi cuerpo y, uniendo mis labios a los suyos, la beso con rudeza, necesitando que sienta y recuerde, necesitando que quiera más... y sin pedir permiso, hago mía esta boca que nunca ha dejado de serlo. Sólo cuando deja de resistirse, la suelto, mirándola con dureza.

—Piénsalo, piensa en lo que te he dicho; estaré en la isla hasta mañana —mascullo dándome la vuelta y dirigiéndome hasta donde tengo aparcada la moto.

Me pongo el casco sintiendo su mirada fija sobre mi cuerpo, pero no me vuelvo y salgo disparado, dejándola en medio de la calle, incapaz de reaccionar.

No corro, más bien vuelo mientras no dejo de ver su cara, sintiendo la suavidad de su cuerpo todavía latente en las palmas de mis manos y la calidez de su lengua todavía en la mía, y acelero hasta llevar al límite la moto, con la vista fija al frente, decidido a darle el tiempo que precise.

Llego al faro Cap de Barbaria y, tras estacionar la moto frente a él, me dirijo a la cova foradada, donde tantas veces vine ese verano, incluso de noche; el lugar donde estuve con ella... y me siento en la misma roca en la que nos sentamos hace tanto tiempo, cerrando los ojos y reproduciendo en mi cabeza lo que acaba de suceder, valorando mis opciones como si de un negocio se tratara y buscando todas las alternativas posibles.

—¡Pero ¿tú estás chiflado o que te pasa?! ¿Pretendes matarte o qué? —Su voz me saca de mis pensamientos y abro los ojos de golpe—. Si vamos a estar juntos, en tu vida vuelvas a correr de esa forma, ¿lo tienes claro? —brama en la entrada de la cueva mientras me incorporo lentamente, intentando ocultar la sonrisa que, amenazante, intenta abrirse paso en mi cara.

—¿Qué has dicho? —susurro frunciendo el ceño llegando hasta ella, conteniéndome.

—¡Que eres un capullo! ¡Eso es lo que he dicho! —me contesta casi temblando, acercándose a mí.

—No me ha parecido que dijeras eso, nena, más bien has dicho... «si vamos a estar juntos», ¿o lo he soñado? —le pregunto enarcando una ceja, frenándome para no tocarla todavía, a pesar de que me arden las manos por hacerlo.

—Lo habrás soñado, menuda estupidez —exclama sonriéndome y atrapando mi mirada con sus ojos.

—Me encantan las estupideces, joder, y me encantas tú —mascullo rindiéndome finalmente a mis deseos, cogiéndola en volandas y haciendo que enrede sus piernas alrededor de mi cintura, aprisionándola contra las rocas del acantilado—. ¿Qué haces aquí? Dímelo —le exijo pegándome a ella.

—Estrellándome, está más que claro —susurra sin despegar su mirada de la mía.

—Aunque lo hicieras, nunca dejaría que te ahogaras; lo sabes, ¿verdad? —susurro rozando sus labios, sintiéndola maleable y cálida como el agua entre mis brazos—. Dime que me quieres —murmuro necesitando oírlo de sus labios, necesítándolo tanto que me duele.

—Dímelo tú primero, yo te lo he dicho muchas veces —me replica enredando sus manos en mi pelo, acariciando mis labios con los suyos.

—Te quiero, nena, ¡joder!, cómo te quiero —musito atrapándolos finalmente.

Lo que no sabe y no le digo es que fue ella la que no me permitió ahogarme a mí ese verano hace tantos años; fue ella la que, con su sonrisa y su paciencia, me mantuvo a flote cuando yo lo único que deseaba era hundirme hasta dejar de sentir.

—Yo también te quiero —susurra finalmente con una tímida sonrisa.

Y me pierdo en ella, en la suavidad de sus labios y de su cuerpo, sintiéndome libre entre las rocas de este acantilado.

—Pregúntame ahora —susurro mirándola fijamente.

—¿El qué? —me plantea sin entenderme.

—La primera vez que estuvimos aquí, me preguntaste cómo me veía dentro de unos años —mascullo uniéndome más a su cuerpo sin soltarla.

—Me contestaste que, si te veía, te lo preguntara —susurra recordándolo.

—Hazlo, pregúntame ahora —le pido seguro de mi respuesta.

—¿Cómo te ves dentro de unos años? —dice en un susurro.

—Como estoy ahora —le respondo atrapando su mirada—: me veo contigo, posiblemente con algún crío y siendo feliz a tu lado. Y tú, ¿cómo te ves?

—Locamente enamorada de ti, con más de un crío y siendo feliz a tu lado —me responde sonriendo, con la misma cara de felicidad que seguramente muestre yo.

—¿Con cuántos más? —inquiero frunciendo el ceño, aunque lo cierto es que no hay nada que desee más.

—Ya veremos, pregúntamelo dentro de unos años —me responde guiñándome un ojo.

La miro emocionado, incapaz de soltarla, con el sol del atardecer pintando el paisaje de naranja, ocre, rojo y rosa, sintiendo cómo el mundo que yo detuve hace tantos años empieza a girar de nuevo con ella entre mis brazos, sabiendo que todavía tengo toda una vida por delante para permitirme lo que hace mucho tiempo me negué en una pequeña y oscura celda, cuando creía que mi vida había terminado para siempre, ser feliz.

Capítulo 62

—Vámonos, necesito estar contigo —murmuro besándola con dulzura, conteniéndome y frenando mis deseos más básicos, pues, si por mí fuera, me la follaría contra la pared de esta cueva ahora mismo.

De la mano, salimos de ella, sin poder dejar de mirarnos y de sonreírnos, hasta donde tenemos estacionadas nuestras motos.

—Ve tú delante, no me fío de ese trasto —mascullo dándole un beso y poniéndole el casco con cuidado.

—Perdona, pero me encanta este trasto —me dice sonriendo subiéndose en ella—. ¿Vamos a tu casa?

—No es mi casa, nena, y no, no he querido molestar a mi amigo por unos días. Estoy en el hotel Can Pep.

—¡Vaya! Por fin podré ver ese hotel.

—Olvídate del hotel y céntrate, ¿quieres? —le pido intentando frenar mi sonrisa mientras le bajo la visera.

Se ríe divertida ante mi comentario y, sin contestarme, sale disparada hacia allí, y sonriendo finalmente yo también me subo a mi moto, siguiéndola casi pegado a ella, recordando esa noche hace ya tanto tiempo, cuando la seguí hasta su casa, librando una batalla interior entre quedarme o largarme. Recuerdo cómo la deseaba, cómo deseaba besarla y tocarla, pero también protegerla de mí mismo. Recuerdo detener mi moto frente a su casa y darle gas con ella mirándome, las miles de cosas que me dije en ese momento y cómo, al final, me di la vuelta y me esfumé. Recuerdo que esa noche follé con dos tías de las que no recuerdo ni su rostro ni su nombre, lo único que recuerdo es que no sentí absolutamente nada, incapaz de quitármela de la cabeza.

Llegamos al hotel, que más que un hotel es una pequeña villa de cinco habitaciones, y casi a rastras la llevo hasta la mía, necesitando estar con ella de una vez y, cuando por fin la tengo donde tanto he deseado, la miro con adoración mientras voy quitándole la ropa despacio, deseando estar con ella de verdad, deseando hacerle el amor por primera vez. Tiene el vello erizado y le acaricio el brazo con suavidad, casi en un roce, hasta enlazar mi mano con la suya.

—¿Tienes frío? —susurro rozando sus labios con los míos, queriéndola tanto que ese sentimiento me abrumba hasta asustarme.

—No —me responde cerrando los ojos—, no es eso.

—¿Y qué es? —murmuro a escasos centímetros de su boca.

—Eres tú, tenerte así... de verdad —murmura quitándome la camiseta y acariciando mi pecho—. Me cuesta creerlo.

—Pues créelo, porque siempre vas a tenerme así —susurro alzándola con cuidado y depositándola sobre la cama, cubriendo su cuerpo con el mío.

Llevo mis labios a su cuello, que beso con delicadeza, como si pudiera romperse, y lentamente los deslizo hasta llegar a sus pechos, que beso antes de llevármelos a la boca, deseando llevarla al límite, y, cuando se arquea en un gemido, dirijo una mano a su húmedo sexo y, retrasando el momento, frenándome a mí y a mis ganas locas, trazo círculos con mis dedos, entrando unos milímetros para volver a sacarlos, sin dar tregua a sus pechos, que se yerguen triunfantes con mis muchas atenciones y, cuando ya no puedo más, llevo mis labios a su sexo, hundiéndome en él. Sus gemidos son como un latigazo de fuego a lo largo de todo mi cuerpo y me demoro en él, deseando dárselo todo, deseando que sienta todo lo que con mi estupidez le quité y, cuando un orgasmo la deja temblando debajo de mí, me deshago de mis pantalones y mis slíps, deseando hundirme dentro de ella de una puta vez.

Su mirada ardiente y sus labios entreabiertos rompen en mil pedazos mi autocontrol y, sin poder demorarlo más, llevo mi sexo a la entrada del suyo para deslizarme despacio en su cálido interior, sintiendo que estoy donde debo estar, libre y en paz, tal y como me he sentido en el acantilado.

—Te quiero —susurro llegando hasta el fondo, encajándome en su cuerpo, sintiéndola suave, dulce y perfecta entre mis brazos.

—Y yo, más de lo que nunca he querido a nadie —susurra alzando las caderas, permitiéndome llegar más profundo.

«Joder, voy a volverme loco. Si pudiera me pasaría la vida dentro de ella», pienso frenándome, demorando mis deseos de embestirla con fuerza, deslizándome lentamente en su interior para volver a salir, sintiendo que no llego tan profundo como desearía, conectando con ella con la mirada y con mis besos, amándola como hasta ahora nunca me había permitido hacer, sintiendo cómo todo cambia a nuestro alrededor, cómo todo toma unas dimensiones distintas mientras enlazamos nuestras manos e incrementamos el ritmo, sin soltarnos, sin dejar de besarnos, dando y recibiendo hasta explotar de placer.

Noto su cuerpo flácido y desmadejado debajo del mío y sonrío con el rostro oculto en su cuello, aspirando su dulce aroma y, cogiéndola por la cintura, ruedo por la cama hasta dejarla sobre mi pecho.

—Te quiero —murmura alzando la cabeza y mirándome de esa forma que es capaz de sacudir mi interior.

—Y yo, nena —susurro abrazándola con fuerza, acariciando su espalda hasta llegar al tatuaje del ancla, donde demoro mis caricias.

—¿Qué ha cambiado, Gael? —murmura agachando su mirada.

—¿A qué te refieres? —le pregunto tensándome, temiendo contarle lo que me sucedió en el cementerio por miedo a que me tome por demente... Joder, ni yo mismo, que lo viví y sé cómo me sentí, soy capaz de explicarlo sin que parezca una locura o una simple excusa para estar con ella.

—No sé... —titubea—... después de todo lo que me contaste, creía que no querías ser feliz.

—No lo entenderías, nena... es complicado —murmuro buscando las palabras adecuadas—. Siempre voy a vivir con sentimiento de culpa y a recordarlo, pero ha llegado el momento de avanzar —le digo sintiendo cómo la garganta se me cierra hasta dolerme—. Nunca olvidaré mi pasado ni tampoco esa noche, pero siento que, de alguna forma, tengo permiso para seguir, y quiero hacerlo contigo.

E inexplicablemente, deja de preguntar e indagar, dándose por satisfecha con mi respuesta, y respiro aliviado, pues dudo de que alguna vez sea capaz de contar lo que me sucedió esa mañana y, además, prefiero no hacerlo; este tema siempre será una cosa entre Nacho y yo. Mirando por la ventana, le doy las gracias en silencio allá donde esté, mientras estrecho a Luna entre mis brazos, recordando ese «puede seguir» y deseando hacerlo, deseando seguir cada segundo con ella y no desperdiciar mi vida, que de repente se ha vuelto tan preciada para mí.

—¿Qué vas a hacer? —le planteo cogiendo aire profundamente e intentando recuperar el control de mis emociones, que siento descontroladas dentro de mí.

—¿A qué te refieres? —me demanda sin entenderme.

—¿Vas a quedarte a vivir aquí sirviendo cafés en esa tasca de mala muerte? —suelto frunciendo el ceño y endureciendo el tono de mi voz.

—Por supuesto que no, esto es algo provisional —murmura pasando su dedo por él, como queriendo alisarlo.

—Yo más bien lo llamaría una estupidez provisional —mascullo sin permitirle hacerlo, frunciéndolo aún más.

—Bueno, en todo caso es mi estupidez provisional —me rebate mirándome con seriedad, para guardar luego unos segundos de silencio—. Había pensado en empezar de cero —musita recostándose de nuevo, evitando mi mirada— y marcharme a París...

—¿Por qué tendrías que hacer eso pudiendo trabajar en D'Elkann?

—¿Con Carolina como jefa? No, gracias; antes me quedo aquí a servir cafés de por vida —replica cabreada.

—No vas a tener a Carolina como jefa, el puesto de María Eugenia es tuyo si lo quieres —le respondo con voz neutra, intentando no demostrarle, de momento, cuánto deseo tenerla allí.

—Creía que habías dicho que era para Carolina —comenta incorporándose hasta quedarse sentada.

—Olvidé decir que sólo en el caso de que tú lo rechazaras de nuevo —le explico recalcando mis últimas palabras—; ella no sabe nada todavía.

—¿Y por qué me has mentado? —me pregunta con el ceño fruncido.

—Realmente no te he mentado, nena, solamente no he sido del todo claro contigo —replico sosteniéndole la mirada.

—¿Y por qué? —insiste.

—Cómo te va preguntar, joder —farfullo midiendo mis palabras—. No quería que creyeras que había venido a buscarte porque me había quedado sin diseñadora; si estoy aquí es por ti, por la mujer que tengo frente a mí. Si luego quieres trabajar conmigo, cojonudo, pero por nada del mundo quiero que pienses lo que no es —le aclaro sentándola a horcajadas sobre mí, con mi espalda apoyada contra el cabezal de la cama—. Te lo dije en China, piensa cuáles son tus condiciones y pídelas; si están a mi alcance, son tuyas.

—Tú eres mi condición —susurra enlazando sus manos alrededor de mi cuello—, y no puedes dármela. Tú vives en Londres y yo tendría que vivir en Madrid, y no quiero eso —susurra mirándome con dulzura—. Quiero estar donde tú estés y, si tengo que cambiar París por Londres, lo haré, pero quiero estar contigo.

—¿Renunciarías a una oportunidad como ésta por estar conmigo? —le pregunto sin dar crédito—. Nena, pero ¿tú te das cuenta de lo que estás haciendo? Te estoy ofreciendo diseñar tus propias colecciones con un equipo y

medios de sobra respaldándote, te estoy dando total libertad para crear sin que nadie te ponga límites, te estoy dando la meta, joder —mascullo sobrepasado por lo que estoy sintiendo, sin poder creer que me anteponga a sus sueños.

—No me interesa llegar a la meta si va a alejarme de ti; encontraré la forma de conseguirlo otra vez, aunque me cueste más.

—Estás loca —susurro besándola—, pero acepto tus condiciones.

—¿Cómo? —murmura extrañada, separándose ligeramente de mí.

—Lo que has oído, voy a regresar a Madrid —afirmo acercándola de nuevo a mí—. Esto es algo que llevo pensando desde hace mucho tiempo. Nachete me necesita y, aunque Natalia cuenta con ayuda, quiero ser yo quien esté con él, no quiero ser un padre en la distancia y, aunque tendría que viajar constantemente, no me importa hacerlo si así os tengo a los dos conmigo. Y, ahora, dime... —murmuro tras guardar unos minutos de silencio—, ¿vas a regresar a D'Elkann?

—Tengo otra condición —susurra sosteniéndome la mirada.

—¿Cuál? —le pregunto intrigado, frunciendo el ceño.

—No quiero que vuelvas a dejarme a mitad del camino —me dice finalmente.

—No lo dirás en serio —le rebato endureciendo mi rostro.

—Lo digo muy en serio. No pienso esconderme, Gael.

—Y yo no quiero que nadie ponga en duda tu valía —le rebato intentando hacerla cambiar de opinión—. ¿Qué crees que pensarán cuando vean que estamos juntos?

—Que piensen lo que quieran, me da igual —me replica tozuda—. Además, nunca sería el momento apropiado. Si quieres que vuelva, no vamos a escondernos, lo tomas o lo dejas —sentencia frunciendo esta vez ella el ceño.

—No sabes lo que estás diciendo, nena... pero lo tomo —acepto tumbándola sobre la cama y cubriendo su cuerpo con el mío—. No tienes ni idea de lo que te espera —susurro atrapando el lóbulo de su oreja con mis labios—. Vas a ser la novia del jefe, ¿estás lista para oír toda clase de comentarios? —le pregunto intentando ocultar lo orgulloso que estoy de ella y de que esté conmigo.

—Qué raro suena eso de «novia» —suelta sonrojándose y enterneciéndome—. Entonces, ¿vamos a ser novios? —me pregunta tímidamente, empezando a sonreír.

—Eso parece —susurro sonriendo también, lleno de orgullo, rodando con ella hasta dejarla de nuevo sobre mí, envolviendo su cuerpo con mis brazos.

—¿Y podrás hacer tu trabajo desde Madrid? —susurra besando mi cuello.

—Siempre he podido hacer mi trabajo desde Madrid, nena; únicamente me fui a Londres por logística y porque era una ciudad neutra para mí.

—¿Una ciudad sin recuerdos? —me pregunta entendiéndome en el acto.

—Exacto —mascullo frunciendo el ceño—. Además, en Madrid estaba Manuel para dirigir la empresa y yo prefería dedicarme a la expansión de D'Elkann, aunque ello me llevara a pasarme la vida entera dentro de un avión.

»Cuando le compré la empresa a Manuel, era un simple taller de confección que distribuía a tiendas y mercados —murmuro sumido en mis recuerdos—, y en este tiempo he conseguido que esté situada en las principales calles de medio mundo —afirmo acordándome de estos últimos años.

—¿Era de don Manuel? —inquire asombrada, incorporándose—. ¿Y cómo has logrado que creciera tanto en tan poco tiempo?

—Prueba a dedicar siete años de tu vida a un sector que conozcas como la palma de tu mano sin dejar que nada te distraiga —le explico recordando todo ese tiempo—. He trabajado hasta la extenuación de lunes a domingo, he viajado por todo el planeta y he empeñado hasta el último céntimo que ganaba sin importarme nada que no fueran mis objetivos, ni siquiera recuerdo haber tenido unos días de vacaciones.

—¿No has tenido vacaciones en siete años?

—No, ni las necesitaba tampoco; trabajar era mi vida y, junto con Nachete, también mi vía de escape. Además, no sabes cómo me sentí cuando doné los primeros beneficios de D'Elkann para la investigación y, más tarde, cuando creé la fundación Mi pequeño campeón —murmuro sumiéndome en mis recuerdos, recordando a mi hijo, a mi pequeño campeón.

—Vaya... —susurra mirándome con esos ojazos que sacuden mi interior—. Háblame de esa fundación —me pide recostándose de nuevo sobre mi pecho.

—Cuando nació Nachete fue toda una conmoción; yo estaba mal y Natalia también, todavía asumiendo lo de Nacho. Recuerdo tener al médico frente a mí, hablándome, y ser incapaz de escucharlo con claridad; recuerdo verlo y oírlo de forma distorsionada, como cuando ves las imágenes a través de un caleidoscopio. —Cierro los ojos durante un instante, reviviéndolo otra vez, y, tras coger aire profundamente, prosigo—. Recuerdo el miedo en los ojos de Natalia mientras escuchaba cómo nos decían que no sabían si el niño podría llegar a caminar algún día o, en el peor de los casos, sujetar su cabeza o incluso hablar. Fue todo un *shock*, y muy duro al principio, y esta fundación nació con ese propósito, para trabajar con las familias de niños con lesiones cerebrales que derivaban en discapacidad, para apoyarlas y acompañarlas en todas las

dificultades que puedan surgirles, creando talleres completamente gratuitos para facilitarles el día a día y, sobre todo, para que no se sientan tan perdidos como nos sentimos Natalia y yo al principio.

—Debió de ser muy duro —comenta dándome un beso en el cuello, con sus brazos rodeando mi pecho.

—No te haces una idea. Natalia sufrió muchísimo y, tanto ella como su familia y la de Nacho, se volcaron con el niño mientras yo estaba en la cárcel y también después, mientras me dedicaba a la expansión de D'Elkann. Ellos son los que han llevado la mayor carga y ahora toca compartirla —le explico mirándola finalmente—. Quiero ser el padre que nunca he sido y disfrutar y luchar con mi hijo, como un equipo, y si estás a mi lado vas a tener que compartir todo eso conmigo. ¿Estás dispuesta a hacerlo? —le pregunto siendo consciente de lo que estoy pidiéndole y deseando que acepte.

—Por supuesto; te lo dije ese día fuera del colegio —me asegura incorporándose—. Gael, voy a querer a Nachete y a apoyarte día a día, yo también quiero formar parte de vuestro equipo —me asegura emocionándose.

—Gracias, nena —murmuro tragándome las lágrimas que siento amenazantes, amándola más que nunca.

—¿Sabes que eres un gran hombre? —me asegura mirándome con orgullo.

—¿Tú crees? —planteo enarcando una ceja—. Yo nunca me definiría de ese modo, pero gracias... que alguien me vea así no está mal —susurro tumbándola sobre la cama, necesitando su contacto—. Ya está bien de hablar, nena —musito besándola de nuevo, cubriendo su cuerpo con el mío y accediendo lentamente a su interior, sintiendo que estoy en casa y que mi amigo, ese que me sonrío desde el cielo, el destino o el karma, están dándome la oportunidad de mi vida, una oportunidad que no pienso desaprovechar.

Capítulo 63

Despierto sintiendo la calidez de su cuerpo junto al mío y, agarrándola por la cintura, la pego más a mí, aspirando la fragancia de su pelo, y, aunque ya ha amanecido, cierro los ojos de nuevo con el firme propósito de no dejarla salir de esta cama durante todo el día... bueno, ni del jacuzzi, rectifico sonriendo, imaginando todo lo que vamos a hacer ahí dentro, cuando el sonido de mi teléfono me devuelve a la realidad de golpe. «¡Mierda! ¿Quién será ahora?», me pregunto levantándome y descolgando antes de que llegue a despertarse, dirigiéndome al pequeño salón.

—Elkann —mascullo mirando a través de la ventana el increíble paisaje que se extiende frente a mí.

—Buenos días, señor. Ha surgido un imprevisto —me dice Cadence.

—¿Qué imprevisto? —pregunto con frialdad.

—El señor Yao Lin ha adelantado su viaje a Londres y estará aquí mañana. ¿Podría reunirse con él a primera hora?

Por mi cabeza y a toda leche pasan toda clase de improperios y palabras malsonantes, pero esta reunión es muy importante y necesito hablar con él. ¡Joder!

—Está bien, Cadence, confirme la reunión para mañana a las nueve y tenga lista toda la documentación para hoy, pasaré por el despacho en cuando llegue.

—Sí, señor —me responde con eficiencia.

Cuelgo cabreado y me dirijo a la habitación; ella todavía duerme y la observo apoyado en el marco de la puerta, sintiendo cómo todos los problemas se evaden para centrarme en ella, en lo más bonito que he visto en mi vida, en mi mujer... y maldiciéndome por tener que largarme, me encamino hacia la ducha.

—Puto chino de los cojones —maldigo otra vez bajo el chorro de la ducha.

Sin molestarme en afeitarme y tras vestirme con unos simples vaqueros y un suéter, me acerco a ella, que todavía duerme plácidamente.

—Nena, despierta —murmuro besando su cuello—. Luna, venga, despiértate —susurro deslizando mi mirada por su cuerpo desnudo.

«Como continúe cerca de ella no voy a poder contenerme —me digo dándole la espalda y apoyando mis antebrazos en las piernas—. ¡Joder!, me la follaría hasta durmiendo» me digo, y me dirijo hacia la ventana con el ceño fruncido en un intento por controlar mis deseos.

—¿Gael? ¿Por qué estás vestido?

Nuestras miradas se encuentran cuando me giro y de nuevo siento esa conexión brutal y esa calma que sólo experimento cuando estoy con ella, y me siento en el borde la cama, poniendo mucho cuidado en no acercarme demasiado por miedo a no poder frenarme y perder el control.

—Tengo que irme —mascullo.

—¿Adónde? —me pregunta sin entenderme.

—A Londres.

—¿Tan pronto? Creía que tendríamos todo el día para estar juntos —musita decepcionada, incorporándose y empezando a besar mi cuello, y me tenso cerrando los ojos.

—Yo también, pero me ha surgido un imprevisto —farfullo levantándome, con mi polla latiendo dentro de mis pantalones. ¡Joder!

—Gael, mírame —me pide con dulzura detrás de mí y me vuelvo—. Deja de arrugar el ceño, ¿quieres? ¿Ha sucedido algo por lo que tenga que preocuparme?

—¿Por qué dices eso? —demando extrañado, frunciéndolo aún más.

—No lo sé, estás raro. Mírame, por favor... dime que todavía me quieres y que no has cambiado de opinión —me ruega clavando sus increíbles ojazos en los míos.

—¿Qué coño estás diciendo? —musito sosteniéndole la mirada—. Por supuesto que te quiero, te lo dije ayer. ¿Tan inestable me ves?

—¡No! Pero ¿qué quieres que piense cuando pareces un bloque de hielo? —me dice cabreándose, arrugando el suyo dulcemente, y medio sonrío.

—¿De verdad te parezco un bloque de hielo? —inquiero divertido, cogiéndola en volandas y depositándola sobre la cama de nuevo, acercando mi sexo al suyo. ¡A la mierda!—. Nena, te aseguro que en estos momentos seré lo que quieras, pero un bloque de hielo no creo que sea lo que mejor me define. ¡Joder, pero si te hubiera follado mientras dormías! —exclamo moviendo las caderas contra las suyas y haciendo que sienta mi dureza—. No sabes cómo me jode tener que largarme, pero esta reunión es importante.

—Pues no te marches —me pide mordiendo mi labio y envolviendo mis caderas con sus largas piernas.

—Tengo que hacerlo, pero antes este bloque de hielo va a follarte — mascullo liberándome de la puta ropa.

Con celeridad, accedo a su interior con rudeza, dejándome ir y volviéndome loco como siempre cuando estoy con ella, hundiéndome en su prieto interior como si mi vida dependiera de ello, sin dejar de besarla, haciéndola mía, necesiéndola como nunca he necesitado a nadie, y sólo cuando llega al orgasmo, me dejo ir con ella, derramando mi esencia en su interior.

—¿Todavía piensas que soy un bloque de hielo? —murmuro besando sus labios hinchados por mis besos.

—Bueno, un poco quizá, sobre todo cuando vas de macho por la vida.

—¿Cómo que de macho? —formulo con una carcajada.

—O de tío duro, elije lo que más te guste —me dice haciendo un mohín—. Puede que no te des cuenta, pero, cuando frunces el ceño y pones distancia entre nosotros, te veo así, y no me gusta, Gael, porque no sé qué va a pasar.

La miro asombrado, pues nunca pensé que le transmitiera eso, no cuando ayer le dije lo que sentía por ella.

—Escúchame y nunca olvides esto: te quiero como nunca he querido a nadie, pase lo que pase, aunque frunza el ceño o me sientas distante, nunca será por ti o porque ya no te quiera, porque te aseguro que eso jamás ocurrirá.

—Y, entonces, ¿por qué estabas antes tan raro?

—Joder —murmuro sonriendo, apoyando mi frente en su hombro—, te lo he dicho —añado alzando la cabeza hasta encontrarme con sus increíbles ojazos —, porque me vuelves loco y sabía que, si me acercaba mucho a ti, terminaría justo como estoy ahora.

—Bueno, pues no ha sido tan malo —me responde divertida, empezando a moverse de nuevo.

—Para, tengo que irme —musito saliendo de su interior, cogiendo mi ropa y largándome al baño.

—Y, ahora, ¿qué? —inquieta siguiéndome.

—¿Quieres que te diga exactamente ahora qué?

—Dímelo, si me gusta puede que lo haga y si no... ya veré —me responde sonriendo, guiñándome un ojo.

—Quiero tu precioso culo en D'Elkann en dos días como máximo.

—¿Y tú? —me pregunta enarcando una ceja.

—Yo tengo que solucionar unas cuantas cosas en Londres, pero espero estar en Madrid en un par de semanas y, cuando llegue, te quiero pegada a María Eugenia como una lapa —declaro con seguridad—. Tú has preguntado y yo he

contestado —mascullo poniéndome los pantalones y acercándome a ella—. ¿Qué dices? ¿Aceptas?

—Y, cuándo vengas a Madrid, ¿será para quedarte?

—Sí, nena, será para quedarme —sentencio cogiéndola por la cintura y pegándola a mí—. Contéstame, ¿aceptas?

—Acepto, en dos días tendrás mi precioso culo en D'Elkann —me dice con chulería guiñándome un ojo.

—Me encanta tu culo —susurro en su oreja, dándole una palmada en el trasero.

—Y a mí tú, listillo. Venga, lárgate o tendré que aprovecharme de ti otra vez —suelta sonriéndome, dándome un beso que intensifico hasta tenerla jadeando entre mis brazos.

—Te veo en dos semanas —murmuro con mi respiración tan agitada como la suya.

—Llámame cuando llegues a Londres —me pide rozando sus labios con los míos.

—Voy a llamarte todos los días, nena, no sabes la que te espera conmigo —le aseguro soltándola con esfuerzo y cogiendo mis cosas—. Te quiero, listilla.

Y, con una sonrisa, me separo de ella hasta dentro de dos semanas, cuando de verdad empezará mi vida.

Capítulo 64

Dos semanas después...

Luna

Miro la puerta de la terminal de llegadas impaciente por verlo de nuevo. Estos días sin él han sido eternos y, aunque María Eugenia, Greta y mi madre apenas me han dejado un minuto libre para respirar, he sentido su ausencia cada minuto... y por fin voy a verlo y me muerdo el labio, ansiosa, mirando por enésima vez el panel que indica que el vuelo proveniente de Londres ha llegado.

—Venga, Gael, date prisa —susurro sin despegar mi mirada de la puerta, por la que empiezan a salir los primeros pasajeros.

Y entonces lo veo; alto, imponente, tan seguro de sí mismo, con el pelo rubio cepillado hacia atrás y con sus inconfundibles ojos azules, que de inmediato se posan sobre los míos, y sonrío ampliamente empezando a sortear a la gente que me mantiene separada de él. Cuando lo tengo frente a mí, no me freno y me echo en sus brazos, enlazando mis manos en torno a su cuello y mis piernas alrededor de su cintura, sin importarme lo que pueda pensar la gente, que, divertida, nos mira al pasar por nuestro lado.

—Estás loca, joder —me dice sujetándome por el trasero.

—Loca por ti —musito besándolo, sintiendo sus labios entreabrirse para darme acceso a su boca, y enredo mi lengua con la suya, excitándome en apenas unos segundos.

—Para, nena —susurra soltándome para cogerme inmediatamente por la cintura, pegándome a él—. Te he echado de menos —me confiesa con una media sonrisa.

—Y yo a ti, listillo —musito dándole un dulce beso, mirándolo maravillada sin poder creer que estemos juntos al fin.

Mientras nos dirigimos hacia donde tengo estacionado el coche, hablamos sin parar, mirándonos con complicidad y sonriéndonos a la menor ocasión, y pienso en todo lo que hemos tenido que sortear, especialmente él, para llegar a este punto, y le sonrío feliz, tremendamente feliz de estar con él.

—Dame las llaves —me ordena tras colocar el equipaje en el maletero.

—De eso nada, conduzco yo —replico dirigiéndome a la puerta del conductor con decisión.

—Las llaves, nena —me repite cogiéndome por la cintura, pegándose a su cuerpo y consiguiendo que mi respiración se acelere—. No es discutible —murmura dándome un beso y robándomelas—. Sube al coche, nos vamos a casa —me anuncia como si nada.

—¿A tu casa? —le pregunto entrando en el vehículo.

—No, nena, a nuestra casa —me corrige incorporándose a la circulación, dándole énfasis a la palabra *nuestra*.

—¿Cómo? —pregunto con voz estridente. Pero ¿qué está diciendo?

—Ya no somos adolescentes y no quiero perder ni un segundo de ti; vamos a vivir juntos y no hay nada más que hablar.

—Pero es que es... tan rápido; no sé... no sería mejor que... —noto cómo me trabo intentando dar sentido a mis palabras. ¡Madre mía! ¡A este hombre se le ido a la pinza por completo!

—Esto no es algo que sea negociable; podemos mantener tu piso si le tienes cariño, comprarlo incluso si estás de alquiler, pero vamos a vivir juntos y no pienso ceder en eso —me aclara con autoridad.

—Pero Gael, escúchame, vamos a estar juntos de todas formas. ¿No crees que deberíamos empez...?

—No, no lo creo; lo que creo que deberíamos hacer, y vamos a hacer, es vivir juntos —insiste obcecado, volviéndose para mirarme, y me pierdo durante unos segundos en su mirada... y entonces todo cobra sentido.

—Vale. ¡Dios, es una locura! ¡Pero está bien, viviremos juntos! —acepto en una carcajada, sin poder creerlo, viéndolo sonreír ampliamente ahora que se ha salido con la suya.

Llegamos a su casa, a su enorme casa, mejor dicho, y me la muestra ante mi mirada asombrada. Mi piso al lado de esto es una caja de zapatos de niños, ¡madre mía!

—¿Es ésta la habitación de Nachete? —le pregunto cuando abre la puerta de una habitación infantil.

Tiene en una pared un enorme coche de Fórmula 1 pintado y sonrío.

—¿Ferrari? —formulo enarcando una ceja.

—Lo tiene claro, el chaval. He intentado que le gusten las motos, pero nada, no hay quien lo mueva. Tendrías que verlo viendo las carreras, es como si la televisión lo abdujera.

—¿Y nunca lo has llevado a ver una carrera?

—Por supuesto, todos los años vamos a Barcelona. No importa en qué parte del mundo esté o los vuelos que tenga que coger, esa carrera es sagrada para nosotros.

—¿Y se permiten chicas ese día?

—Desde luego, nena; vamos a ser un equipo, ¿o lo has olvidado? —me pregunta mirándome intensamente.

—No —susurro más enamorada que nunca, enlazando mi mirada con la suya.

—Vamos —me propone sonriendo y me sigue mostrando el resto de la casa.

—¡Tienes gimnasio! Vaya, ahora sí que ya no tengo excusas para no hacer deporte —susurro mirando todas las máquinas que tiene.

—Te aseguro que vas a hacer mucho deporte —musita alzándome por el trasero y pegándome a la pared.

—¿El sexo se considera deporte? —le pregunto divertida, entendiéndolo al instante, todavía digiriendo que voy a vivir aquí con él.

—Por supuesto —susurra mordiendo el lóbulo de mi oreja; su voz ronca, su cercanía y su boca humedecen mi sexo y gimo suavemente—, y nosotros vamos a hacer mucho —musita moviendo sus caderas contra las mías, haciendo que sienta enorme su erección.

—Por eso quieres que vivamos juntos, vas a convertirme en tu esclava sexual —medio jadeo mientras me libera de la camiseta y atrapa mis pechos con su boca, lamiéndolos por encima del encaje del sujetador.

—¿Lo dudabas? —murmura pegando su sexo contra el mío—. Joder, cómo te he echado de menos, nena.

—Y yo a ti —susurro tirando de su pelo con suavidad—. Sin preliminares —le pido empezando a desnudarlo.

Sin molestarnos en ir a la habitación, me lleva en brazos hasta el enorme sofá, donde me hace suya, implacable y rudo en sus movimientos, y gimo y jadeo aferrada a su espalda, sintiendo mi cuerpo arder y deseando miles de momentos como éstos, deseando que nunca deje de embestirme como está haciendo ahora, dentro, fuera, dentro, fuera, duro, fuerte y feroz, y me muevo con él, necesitando más, aunque parezca una locura, sin poder despegar mi mirada de la suya, que se ha tornado ardiente y exigente, y me tenso bajo ella,

echando la cabeza hacia atrás, gimiendo y gritando de placer con el orgasmo arrasando implacable con todo, llevándolo conmigo a lo alto del acantilado, donde nos dejamos caer sin red.

—¿Ves por qué quiero que vivamos juntos? —me pregunta socarrón, mordiendo mi labio, todavía dentro de mí.

—Ya veo —susurro divertida—, aunque no sé qué pensarás cuando veas a Greta apalancada en este sofá tan precioso que tienes comiendo pizza y bebiendo vino.

—¿Hará eso? —me pregunta intentando ocultar la sonrisa que está empezando a formarse.

—No lo dudes —afirmo con rotundidad.

—Me arriesgaré, entonces —me dice sonriendo, saliendo de mi interior—. ¿Puedes creerte que Uno Cincuenta me amenazó?

—¿Uno Cincuenta? ¿La llamas así? —le pregunto soltando una tremenda risotada.

—¡Pero si podría ser mi llavero! —me responde socarrón.

—Como se entere, vas a ver —le digo aún tronchándome—. Bueno pues que sepas que Uno Cincuen... ¡Ay, por favor! Me niego a llamarla así... El caso es que me lo contó todo cuando regresé; tuvimos una de esas noches de pizza y vino y me dijo que te amenazó con sacar la ninja que llevaba dentro como me hicieras llorar.

—No voy a hacerte llorar más, Luna —me asegura con seriedad, mirándome fijamente—. Voy a hacer todo lo que esté en mi mano para hacerte feliz.

—Ya lo sé, por eso estoy aquí —murmuro segura de él y de nosotros, besándolo dulcemente.

Tras vestirnos entre besos, nos dirigimos a mi piso, donde me ayuda a preparar la mudanza y, como es imposible cogerlo todo, me llevo lo indispensable. «Ya empaquetaré el resto más adelante», me digo sonriendo feliz, y más tarde, mientras voy colocando mis cosas en la que a partir de ahora será «nuestra» casa y él va preparando la cena, pienso en la vida que tengo frente a mí, una vida que hasta hace unas semanas era impensable y que ahora es una realidad.

—¿Es éste Nacho? —le pregunto acercándome a él, que está frente a los fogones, con una fotografía suya y de un desconocido entre mis manos.

Lo veo darse media vuelta y cómo su rostro se transforma durante unos segundos, tensándose, para relajarse al instante.

—Sí, es él —musita llegando hasta mí y cogiéndola, sumido en sus pensamientos.

—Nachete se parece a él —le comento acariciando su brazo.

—Es casi su copia —susurra acariciando su rostro con el pulgar.

—Seguro que, esté donde esté, estará orgulloso de los dos —musito.

Poniéndome de puntillas, le doy un dulce beso, intentando consolarlo, pues sus ojos se han teñido de pena, una pena que hasta hace nada pasaba desapercibida para mí y que ahora soy capaz de detectar a simple vista.

—Vamos a cenar —me propone dándome un ligero apretón en el brazo para, posteriormente, dirigirse al mueble de la entrada, donde deja la fotografía junto a la de Nachete.

Lo miro incapaz de alejar mi mirada de su cuerpo, el mismo cuerpo que me fascinó hace ya tanto tiempo y que ahora conozco tan bien, y, sin querer presionarlo, me dispongo a servir la cena.

Mientras comemos, le hablo de mi vida y de mi familia, en un intento por distraerlo y arrancarle una sonrisa, necesitando que la pena que vislumbro a través de sus ojos desaparezca, si no para siempre, al menos por ahora.

—Me parece que, entonces, no le gustaba mucho a tu padre —me comenta recostándose sobre la silla.

—La verdad es que no, pero tampoco es que me importara demasiado —le aclaro sonriéndole, recordando esos días juntos en la isla—. Pero esta vez, antes de marcharme, les hablé de ti, a él y a mi abuela —le confieso atrapando su mirada.

—¿Ah, sí? ¿Y qué les contaste? —me pregunta con seriedad, tensando su cuerpo.

—No les conté tu historia, si es lo que quieres saber —matizo con la misma seriedad con la que él me ha hablado—, pero sí les dije que eras un gran hombre y que te quería más que a mi vida —murmuro levantándome y sentándome en su regazo—. Tu pasado es tuyo, Gael, y sólo tú debes decidir con quién quieres compartirlo —susurro acariciando su mejilla, recordando las palabras de Paula—. Otra cosa —añado sonriendo—: quieren conocerte, así que ya sabes que tenemos pendiente un viaje a Formentera, y esta vez sin reuniones imprevistas.

—Eso está hecho —me dice sonriendo finalmente—. Te prometo que, en cuanto podamos, nos largamos unos días. Me gustaría ver a tu padre de nuevo y conocer a tu abuela.

—Ya verás cómo te gusta, es una mujer excepcional, nunca he conocido a nadie como ella.

—Yo sí —me asegura mirándome intensamente.

—¿Ah, sí? —pregunto sonriendo—. ¿A quién?

—A ti, tú eres una mujer excepcional —me halaga levantándose y cogiéndome en brazos—. Por cierto, nena, yo también te quiero más que a mi vida —murmura con voz ronca, pegándose a su cuerpo y emocionándose con sus palabras.

—¿Y esto? —le pregunto mirando la mesa y la cocina.

—¿El qué? Yo no veo nada —me dice sonriendo saliendo de ella—. Vamos, ya lo limpiará Bego mañana.

—¿Quién es Bego? —le pregunto entre risas.

—Nuestra asistenta.

—¿Tenemos asistenta? ¡Uau! ¡Qué lujo!

—Por supuesto, nena, ¿de verdad me ves limpiando? —suelta riéndose.

—Bueno, todo es ponerse —susurro mientras me deposita sobre la cama.

—Prefiero ponerme en otras cosas —murmura empezando a desnudarme.

—Y yo —musito perdiéndome en su mirada y en su cuerpo, un cuerpo que memorizo durante toda la noche de la misma forma en que él memoriza el mío.

* * *

—Nena, despierta, hoy es el día.

Huelo la fresca fragancia de su jabón y entreabro los ojos, encontrándome con los suyos.

—Ya te has duchado —murmuro incorporándome—. ¿Qué hora es?

—Tranquila, es pronto, pero quería hablar contigo —me comenta con el ceño fruncido, sentado en el borde de la cama.

—Deja de fruncir el ceño —le pido sentándome, preguntándome qué estará pasando por su cabeza.

—¿Estás segura de querer hacerlo público? Y lo sé, ya sé lo que hemos hablado cientos de veces, pero recuerda lo que me contaste sobre Carolina.

—¿El qué? —susurro poniéndome en alerta, intentando recordar las muchas conversaciones que por teléfono hemos mantenido durante estos días—. ¿Que no le sentó bien que regresara tras renunciar? —planteo un poco perdida.

—Entre otras cosas. Cuando hoy anunciemos que María Eugenia se larga y que tú vas a ser su sustituta, habrán reacciones, buenas y malas, es normal. Habrá quien se alegre por ti, pero también quien cuestione nuestra decisión, y

que estés cogida de mi mano no te beneficiará en absoluto. ¿Por qué te empeñas en hacerlo público ahora?

—¿Otra vez, Gael? ¿Volvemos a lo mismo? —suelto enfadada—. Tú has vuelto para quedarte, estamos juntos y ¡trabajamos juntos!... Tarde o temprano se sabrá, y entonces se cuestionará de todas maneras, y la verdad es que me importa bien poco lo que piense Carolina o quien sea; mi trabajo me precede y eso es lo que cuenta.

—Ya lo sé, nena —masculla mesándose el cabello—, pero no quiero verte sufrir, ni quiero verte llegar a casa enfadada porque has oído esto o aquello y, por supuesto, no quiero que afecte a tu trabajo. Vas a ser la diseñadora de D'Elkann y a tu cargo vas a tener a todo un equipo de personas con las que vas a tener que lidiar todos los días, y no quiero que tus asuntos personales interfieran en tu criterio —me dice mirándome con seriedad.

—No sucederá, te lo prometo —murmuro recordando las muchísimas veces que se contuvo para ser únicamente mi jefe sin permitir que lo que sentía por mí intercediera en sus decisiones—. Lo he pensado mucho estos días, en qué ocurrirá cuando María Eugenia se marche —añado empezando a divagar ante su intensa mirada—, y eso es lo que menos me preocupa.

—¿Qué quieres decir? —quiere saber, frunciendo aún más el ceño.

—Sé que estoy preparada para separar lo personal de lo profesional, pero estoy un poco asustada por la responsabilidad que se me vendrá encima cuando María Eugenia se marche —le confieso atropelladamente, sacando finalmente lo que viene reconcomiéndome por dentro desde que regresé—. ¿Y si no lo hago bien, Gael? ¿Y si mis diseños no gustan? ¿Y si...?

—Para, nena. ¿Acaso no confías en mí? ¿Crees que, si no fueras la persona indicada, te hubiera elegido para ese puesto? Sólo tienes que pensar en la colección Posidonia; esa colección la has llevado tú desde el principio y está siendo un éxito rotundo —me asegura con seguridad.

—Pero si acaba de llegar a las tiendas.

—E, igual que entra, desaparece; literalmente se la están quitando de las manos —me asegura sonriendo—. Eres muy buena, Luna; nunca dudes de ti. Además, yo voy a estar a tu lado todo el tiempo, guiándote y ayudándote.

—Ya lo sé —susurro llena de dudas, dándole un beso y dirigiéndome al baño, sintiendo su mirada sobre mi cuerpo.

Me ducho y me visto intentando que sus palabras y su confianza calen en mí y, una vez lista, me encamino hacia la cocina, donde está ojeando su tableta, con un café entre las manos.

—¿Quieres uno? —me pregunta alzando su increíble mirada y recorriendo mi cuerpo poco a poco con ella.

—Para café estoy yo ahora —respondo ruborizándome ligeramente—. ¿Nos vamos?

—Me gusta cuando te ruborizas... —me comenta llegando hasta mí... que, después de todo lo que hicimos anoche, todavía te sonrojes cuando te miro.

—Anoche me lo pasé muy bien —murmuro enroscando mis manos en su cuello.

—Vamos a tener muchas noches como ésa —susurra atrapando el lóbulo de mi oreja con sus dientes—. Llevo pensando en follarte desde que he abierto los ojos y te he visto desnuda entre mis brazos.

—¿Y por qué no me has despertado? —refunfuño con la respiración agitada.

—Porque quería que descansaras, pero, en cuanto pongamos un pie en casa esta noche, voy a follarte sin parar.

—Eres un malhablado, ¿lo sabías? —musito frotándome sobre su erección.

—Pero ¿a que ya no estás nerviosa? —me responde alzándome y haciendo que enrosque mis piernas alrededor de su cintura.

—¿Y por qué será? —medio jadeo.

Su lengua entra en mi boca con rudeza, como su beso, sin delicadeza ni cuidado; sus manos abren mi blusa y atrapan mi pezón por encima del encaje, y gimo buscando la fricción con su sexo.

—Joder, para nena, quiero llegar pronto —farfulla soltándome, y miro el bulto que se adivina a través de la tela de su pantalón.

—Aún tenemos tiempo —lo pico acercándome a él, acariciando su sexo, que, duro como una piedra, amenaza con romper la cremallera.

—Para —masculla atrapando mis manos, que lleva a mi espalda, dejando mi cuerpo a su merced mientras su boca se apodera de la mía—. Esta noche, nena —murmura.

—Eres un jefe muy aburrido —le digo medio sonriendo cuando me suelta.

—¿Con que aburrido, eh? —formula acercándose despacio a mí, y retrocedo hasta quedar pegada en la pared.

—Sí, muy aburrido —me reafirmo en un susurro. Tiene la mirada oscurecida y me muerdo el labio sin dejar de mirarlo.

—Esta noche le recordaré a mi diseñadora favorita lo aburrido que soy —susurra acariciando mi sexo empapado por encima de la tela del pantalón—, pero lo llevas claro si crees que vas a despistarme —añade sin separar su

ardiente mirada de la mía—. Vas a hacerlo cojonudo, nena, y te prometo que esta noche tendrás el mejor sexo de tu vida.

—Fanfarrón —le digo alzando una ceja ante su bravucona sonrisa.

—Espera a que llegue la noche —murmura mirándome con lujuria antes de dirigimos a la puerta, donde su amigo y él nos miran sonriendo a través de la fotografía.

Capítulo 65

Llegamos al parking y, tras ponerme el casco, me subo a su moto, aferrándome a su cintura, a su cuerpo y a mi roca, y respiro profundamente intentando calmar mis nervios, que de nuevo han hecho acto de presencia.

Conduce con la seguridad que a mí me falta y, mientras sortea el tráfico, cierro los ojos intentando recobrarla, recordando sus palabras y sabiendo que estará a mi lado todo el tiempo, guiándome y mostrándome el camino cuando me pierda, siendo mi roca y mi certeza, y, antes de lo que me gustaría, llegamos al estacionamiento de la empresa, donde aparca la moto.

Es pronto y apenas hay nadie. Con las manos temblorosas, me quito el casco, que le entrego.

—Ya estamos aquí —susurro mordiéndome el labio, mirando a mi alrededor.

—Sí, nena, ya estamos aquí. ¿Lista? —me pregunta tendiéndome su mano, que miro durante unos segundos... y, con el corazón golpeando con furia en mi pecho, enlazo mis dedos alrededor de los suyos.

—Lista —afirmo respirando profundamente.

De la mano, llegamos al ascensor y, cuando éste se detiene en la quinta planta y se abren las puertas, siento cómo el mundo frena en seco durante unos segundos.

—Todo irá bien, vamos —me asegura con convencimiento, tirando de mí.

Camina con seguridad, como si fuera el dueño del mundo y nada ni nadie pudiera con él, mientras que yo, a su lado, me siento pequeña e insignificante. Cuando llegamos frente a la puerta de Diseño, se detiene, mirándome durante unos segundos y acunando mi rostro entre sus manos.

—Nos vemos en la reunión, ¿vale? Si necesitas algo, sabes dónde estoy —murmura antes de darme un beso ante la mirada desorbitada de mi jefa, que acaba de llegar—. Buenos días, María Eugenia, ¿necesitas algo? —le pregunta intimidándola con la mirada.

—Nada... nada de nada —musita sonriendo y alzando ambas manos.

—Madre mía... —susurro roja como un tomate maduro.

—Tú lo has querido, nena —me recuerda con una amplia sonrisa.

—Ya lo sé; nos vemos luego —musito respirando profundamente antes de entrar en Diseño y dirigirme hacia mi mesa.

—Bueno, bueno... pero si ya tenemos aquí al *macho man*, y te ha dado un besito y todo —me suelta mi amiga Greta entre risas, sentándose despreocupadamente en el borde de mi mesa.

—Cállate, ¿quieres? Tía, que estoy muy acojonada.

—¿Acojonada con semejante portento colado por ti? Si yo fuera tú, en lugar de caminar iría dando saltos como los canguros. ¡Madre mía, quién lo ha visto y quién lo ve! Todavía alucino cada vez que recuerdo cuando me dijo que te quería, ¡él!, el cabrón elevado a la máxima potencia, coladito por mi amiga... ¡Oh, *my Diorrrr!* ¿Sabes que te odio, verdad?

—Greta, por favor, cállate.

—¡Con lo bien que me lo estoy pasando! ¿Quieres que me muera o qué? Pero si estoy deseando que te dé otro beso delante de Carolina. ¡Vamos, que engordo cinco kilos de golpe sólo de satisfacción! —me asegura entre risas—. Métele la lengua hasta el fondo, que quiero ver la cara que pone.

—¡Ay, Dios! —murmuro apoyando la cabeza sobre la mesa—. Ahora lo único que deseo es que el mundo se detenga para poder bajarme durante unas horas.

—¿Y por qué tendrías que hacer eso?

—¿Por qué? Tía, que voy a sustituir a María Eugenia —musito disimuladamente.

—¿Y qué? Yo llevo el Departamento de Temporada y Pronto Moda y aquí estoy, más feliz que una perdiz, y, ahora que mi amiga va a ser la nueva jefaza, más todavía —me dice entre risas—. Tú y yo vamos a tener que aclarar un par de cositas con las que no estoy muy de acuerdo ¿concretamos la reunión ahora? —me pregunta cruzándose de brazos.

—Gretaaaaaa.

—¿Quéééé? No empieces a darme largas, que para eso ya he tenido a María Eugenia todos estos años.

—¡Oh, *my Diorrrr!* ¿Dónde me he metido? —murmuro suspirando ruidosamente, mientras el departamento empieza a bullir de actividad.

—A ver, princesita, ¿quieres dejar de agobiarte? ¡Qué hartura, hija! Llevas desde que has vuelto dándome la brasa con este tema. Escúchame —me pide alzando mi cabeza—: sólo tienes que ver el éxito que está teniendo la nueva colección y pensar en tu trayectoria. Casi desde el principio has estado trabajando codo con codo con María Eugenia, ¿y por qué? Porque eres brutal y

hasta un ciego podría darse cuenta. Confía en ti, princesita, porque tú lo vales — me asegura sonriendo—. Ahora sí que lo tienes todo, jodida; disfrútalo y deja de agobiarte... Por cierto, ¿ya tienes listo el discursito?

—¿Qué discursito? —farfullo en un hilo de voz. Como tenga que hablar en público, me muero.

—¿No me dirás que no tienes preparadas unas palabras?

—Mierda... es lo último que se me ha pasado por la cabeza —murmuro a punto de vomitar de los nervios.

—Greta, ¿no tienes nada mejor que hacer? —le pregunta mi jefa mirándola por encima de las gafas.

—Buenos días tengas tú también —le responde ésta sin dejar de sonreír—. Nos vemos en la reunión, a saber qué querrán decirnos —suelta dándose la vuelta, directa a su mesa... ¡Como si no lo supiera...!, ¡será idiota!

—Vaya, vaya... ¿así que eso es lo que sucedió en China? —me pregunta María Eugenia apoyándose en mi mesa.

—Más o menos —murmuro aún pensando en el dichoso discursito.

—¡Oh, *my* Diorrr! ¡Ahora lo entiendo todo! Y, ¿sabes una cosa? —me pregunta incorporándose y posando sus manos sobre mis brazos—, que me alegro muchísimo por los dos; ya era hora de que alguien cazara a ese sinvergüenza —añade con una sonrisa radiante antes de marcharse.

La veo dirigirse a su mesa, que dentro de poco será mía, y respiro profundamente obligándome a serenarme, pensando en lo que diré llegado el momento, mirando el reloj y deseando que todo termine cuanto antes, pues si hay algo que odie con todas mis fuerzas es ser el centro de atención.

Por fin las manecillas del reloj marcan las doce y todos, en tromba, nos dirigimos a la sala de reuniones. Me sudan las manos, el corazón va a salirseme por la garganta y me tiemblan hasta las pestañas, mientras a mi lado Greta camina con una sonrisa resplandeciente y un aplomo que para mí quisiera.

Nos sentamos en las primeras filas por insistencia de mi amiga y, cuando la sala está hasta los topes, me hundo un poco más en mi asiento.

—Deja de hacer el tonto, ¿quieres? —me riñe Greta.

—Tía, cállate, que va a darme algo.

—Bueno, cuéntame, ¿cuándo vamos a tener una cena de chicas en casa de *macho man*?, porque te aseguro que no vas a librarte.

—En eso estaba pensando yo ahora.

—Ayyy, pero qué princesita eres. Haz el favor de sentarte erguida o te sentaré yo... y sonrío, ¿quieres?

—Lo que voy a hacer es vomitar —musito.

—Buenos días, bienvenidos todos...

La intervención de Gael lleva mi corazón palpitante hasta la garganta y me incorporo medio ahogada. ¡Como esto no termine pronto va a darme algo seguro!

—... Hoy tenemos algo importante que anunciarles, algo que les afecta y que...

La voz de Gael llega como en eco hasta mi cerebro e inspiro y expiro profundamente mientras creo que él va diciendo lo importante que ha sido María Eugenia en la empresa, el talento que tiene y lo que se la echará de menos, algo sobre un ciclo que termina para empezar otro y blablablá, mientras a mí me suda todo, agobiada, asustada y a punto de entrar en pánico...

Los aplausos de mis compañeros me devuelven a la realidad, mientras veo distorsionada a mi jefa levantarse y empezar a hablar...

—... quiero daros las gracias a todos por estos increíbles años, por vuestro esfuerzo diario, por los buenos momentos y también por los malos, porque de todo se aprende y yo he aprendido y crecido muchísimo con vosotros; juntos hemos creado colecciones increíbles y me he sentido completamente respaldada y realizada como diseñadora y también como persona, pero, como decía Elkann, ha llegado el momento de avanzar y seguir creciendo y, aunque los cambios siempre asustan, mi lugar ahora está en Dior, donde espero ser, por lo menos, la mitad de feliz que he sido aquí...

«¡Ayyyyy, mi madre que va a soltarlo! —me digo secando el sudor de las palmas de mis manos en los pantalones, sintiendo el bloqueo formarse en mi cabeza—. ¿Qué iba a decir? ¡Ay, Señorrr, voy a hacer un ridículo espantoso!»

Entonces siento su mirada sobre mí, y alzo la mía hasta encontrarme con ella; segura, tranquila y decidida... tan azul como las aguas de mi isla y tan serena como un mar en calma, y siento cómo la tranquilidad empieza a anular el pánico, cómo la seguridad gana a la inseguridad, y le sonrío finalmente, sintiendo cómo la corriente cálida emerge con fuerza, envolviéndonos, como siempre.

—... y quién mejor para sustituirme que alguien que ha formado parte de mi equipo desde que comenzó su andadura en D'Elkann, alguien joven y llena de frescura, y que ha demostrado con creces estar capacitada para hacerlo... la señorita Luna Costa. Luna, por favor, acércate.

Me sostiene la mirada, infundiéndome seguridad con ella, y me dirijo al estrado, donde se encuentra mi jefa, don Manuel y también él... consciente de que tengo cientos de miradas sobre mí, pero sintiendo la suya únicamente, así que hablo imaginando que estamos a solas, sólo él y yo, en nuestro pequeño círculo de arena y sal.

—Quiero daros las gracias por esta increíble oportunidad —les digo con voz firme, girándome hasta donde se encuentran mis jefes y, sonriendo a María Eugenia, prosigo—. Gracias por haberme guiado desde el principio, María Eugenia, y por conseguir que día a día me entusiasmara con mi trabajo; gracias por permitirme formar parte de tu equipo y por todos tus consejos, que me han convertido en quien soy ahora.

»Quiero desearte mucha suerte en tu nuevo proyecto y, si algún día consigo igualarte, me sentiré orgullosa.

—Bobadas —me corta riendo y abrazándome—, tú ya me has igualado, niña, ahora tienes que superarme, y te aseguro que no voy a ponértelo fácil. — Sin soltarme y con seriedad, prosigue—. Sé que este mundo es difícil y competitivo, y que yo me marcho a la competencia —continúa, mirando a Gael —, por eso quiero darte las gracias públicamente, Elkann, por ponérmelo tan fácil y entender mis deseos. Siempre llevaré a D'Elkann en el corazón, y tus logros —me dice mirándome—, vuestros logros —rectifica mirando a todos mis compañeros—, serán un poco los míos, porque no importa dónde estemos si el cariño y el respeto prevalecen sobre todo lo demás. Gracias de corazón por todos estos años.

Dicho esto y tras darme dos besos, se dirige a Gael para darle un abrazo ante los aplausos de mis compañeros.

Mientras me dirijo a mi silla, me doy cuenta de la verdad que encierran sus palabras, pues, aunque Dior no se considera competencia directa nuestra, deja a un lado y para siempre la colección Dreams, la colección que ella creó y por la que luchó con uñas y dientes, y una vez en mi sitio la miro con tristeza, pues sé que voy a echarla muchísimo de menos.

Capítulo 66

Cuando dan por finalizada la reunión, muchos de mis compañeros se acercan hasta donde estoy para felicitarme, abrazarme y darme consejos, abrumándome con su cariño, y sonrío correspondiendo de igual forma.

—Vamos, niña ¡que esto hay que celebrarlo en torno a una mesa, aunque sea la del McDonald's! —me dice Orenca tirando de mí.

—Luego te quejas de que tienes culo; lo que tienes es un saque de cuidado —replica Crescencia, pinchándola.

—¡Mira quién fue a hablar! ¡Lo que hay que oír!

Dejándome guiar por ellas, y entre risas, me dispongo a abandonar la sala, pero antes de hacerlo me vuelvo buscándolo con la mirada. Está hablando con don Manuel y María Eugenia y, como atraído por ella, se vuelve él también hasta enlazar la suya con la mía, conectando, como siempre, y sin percatarnos creamos esa burbuja que nos aísla del resto, en la que las voces se oyen distorsionadas y la gente que nos rodea se convierte en un simple borrón, y nos decimos mil cosas con ella: «te quiero», «te veo luego», «lo has hecho cojonudo», «pensaré en ti», «ésa es mi chica...»

«Te quiero», articulo sin decirlo en voz alta antes de abandonar la sala.

Puesto que es la hora de la comida, nos dirigimos a un bar cercano en el que el tema principal de la conversación es la marcha de María Eugenia a Dior y mi ascenso, del que todas están encantadas, y cuando suena mi móvil, lo miro disimuladamente intentando ocultar la sonrisa de pánfila que amenaza con partir mi cara en dos.

Te echo de menos, nena.

Y yo a ti... muchísimo.

Tecleo rápidamente y le doy al botón de «Enviar», mientras oigo de fondo las risas escandalosas de mis compañeras.

Usted y yo tenemos una reunión urgente a las tres; sea puntual, señorita Costa, voy a demostrarle lo aburrido que soy.

Siento mi sexo contraerse de anticipación y me muerdo el labio inferior mientras releo de nuevo el mensaje. ¿Sexo ardiente y lujurioso? ¡Por favorrrr! Y aunque intento olvidarme de él y centrarme en mis compañeras, que están hablando de Carolina y cómo se ha largado enfadada tras la reunión, lo cierto es que fracaso estrepitosamente, y cuando Greta dice algo sobre tener que marcharnos, casi doy un salto, deseando como estoy irme cuanto antes. ¡La madre que me parió!

En el baño me retoco el maquillaje y, cuando llego a D'Elkann, me despido de mis compañeras para dirigirme ansiosa a su despacho, obligándome a caminar como la adulta respetable que soy y no como la loca desesperada de sexo ardiente en quien parece ser que me he convertido.

Cuando estoy frente a su puerta, llamo y, sin esperar autorización, accedo al interior, encontrándome con sus increíbles ojos, que me miran ardiendo.

—¿Quería verme? —le pregunto entrando y cerrando la puerta a mis espaldas.

—Quería darle la enhorabuena por haber sido capaz de controlar sus nervios durante la reunión de esta mañana —me dice levantándose y acercándose peligrosamente a mí... «Sexo, sexo, sexo.»

—Gracias, al final no ha sido tan malo —susurro admirando su fantástico rostro.

—Se lo dije, y ahora, señorita —murmura cerrando la puerta con llave—, voy a demostrarle lo aburrido que soy —me anuncia mirándome lascivamente, rozando mi sexo palpitante por encima de la tela del pantalón con dos de sus dedos.

—Va a tener que emplearse muy a fondo, señor Elkann; tengo una pésima opinión de usted —murmuro ahogando un gemido, obligándome a no tocarlo.

—¿Sabe que le arrancarías esta blusa sin molestarme en desabrochársela, verdad?

—Mejor moléstese, no quiero tener que ir dando explicaciones —susurro sintiendo mi sexo empapado.

—Sí, será lo mejor —musita empezando a desabrocharla y, desprendiéndome de ella con rudeza, lleva sus dedos al botón de mi pantalón—. Entonces... tiene una pésima opinión de mí. Voy a tener que esforzarme hasta conseguir que mejore —murmura liberándome del pantalón hasta dejarme en ropa interior—. Me duele la polla de verte así —me dice con voz rasposa, erizándose por la intensidad con la que lo ha dicho, y sin poder esperar más empiezo a desnudarlo con prisas.

Con rudeza, me sienta encima de su mesa. Tiene la mirada oscurecida y la mandíbula tensa y, tras abrir mis piernas y encajarse entre ellas, accede de una estocada en mi interior, con tal fuerza que siento cómo el aire escapa de mis pulmones.

—Madre mía —jadeo enroscando mis piernas en torno a su cuerpo, sintiéndolo llegar hasta el fondo.

—No grites —susurra mordiendo mi labio inferior, completamente empalado dentro de mí.

—No —musito entre gemidos, aferrándome a los bordes de la mesa.

Sus estocadas profundas y rudas son lo que necesito y me muevo con él, saliendo a su encuentro y dejándolo ir, una, dos, tres, ocho, diez... ¡Diossss!, voy a morir de placer con él entrando y saliendo de mí.

—¿Todavía piensa que soy aburrido, señorita Costa? —masculla moviéndose con más fiereza, sujetándome con posesión.

Me muerdo el labio con fuerza, ahogando mis gemidos, sintiendo mi cuerpo arder con cada una de sus potentes embestidas, y me dejo caer sobre la mesa con él moviéndose dentro de mí con rudeza, casi salvaje.

—Contésteme, ¿todavía piensa que soy aburrido? —insiste con sus manos en mi cintura, moviéndome a su antojo, con sus testículos chocando contra mi centro.

—No —susurro en un jadeo, deseando chillar y sacar fuera todo el placer que está arrasando mi interior.

Sus potentes acometidas y su mirada ardiente me llevan hasta lo más alto, donde me encuentro con él y juntos estallamos en un orgasmo bestial que nos deja temblando.

Se deja caer sobre mi cuerpo; siento su sexo palpitar enorme en mi interior y, con las piernas, lo pego más a mí, deseando no romper el contacto ni separarme de él.

—Creía que iba a volverme loco, ¿por qué has tardado tanto?

—Estaba celebrándolo con las chicas, ¿tú no has comido?

—Todavía no, tenía una llamada urgente que se ha demorado más de lo previsto —me cuenta posando su frente sobre la mía.

—¿Y ha ido bien?

—¿Tú qué crees? —murmura con socarronería.

—Que ha ido cojonudo —susurro sonriendo—, ¿verdad?

—¿Lo dudabas? —me pregunta bravucón, saliendo de mi interior—. Vístete, nena. Tienes tu primera reunión con los jefazos en media hora.

—Suerte que a uno de ellos lo tengo en el bote —murmuro guiñándole un ojo, incorporándome y dirigiéndome al baño que tiene en su despacho seguida por él.

Una vez listos y con complicidad, nos reunimos con don Manuel en su despacho y, con admiración, observo al hombre que hasta hace unos momentos estaba dentro de mí y que ahora es mi jefe, un jefe seguro de sí mismo que sabe exactamente lo que quiere, cómo y cuándo lo quiere, y durante horas hablan de la nueva campaña, de los viajes que tendré que hacer, de las ferias y los desfiles a los que deberé asistir, y algo que me deja con la boca abierta, pues en un mes me reuniré junto a Gael con Anna Wintour, a la que conocí en China, para incluir un reportaje mío y de la nueva colección en la revista *Vogue*. ¡Oh, my Diorrr! ¡Que me da algo!

Cuando termina la reunión, y con la cabeza bulléndome de órdenes, consejos, datos, fechas y proyectos, me dirijo a la que hasta hace unas horas era la mesa de María Eugenia y la observo en silencio. Está completamente vacía, sin ningún papel o boceto que recuerde su paso por aquí, esperando a que la haga mía, y me siento en la silla intentando frenar la sonrisa que amenaza con partir mi cara en dos.

—¡Vengaaaaaaa! Deja de hacerte la dura y déjate ir, princesita. ¿Cómo te sientes ahí sentada? —me pregunta mi amiga, sentándose como siempre en el borde de la mesa.

—Muy feliz —le respondo sonriendo finalmente.

—No me extraña, has conseguido que el *macho man* caiga en tus brazos enamorado perdido y ser la jefa de Diseño. ¿Te falta algo por alcanzar?

—Quién sabe —murmuro sonriendo, imaginando mi futuro junto a él—. ¿Me ayudas a traer mis cosas aquí?

—¡Qué remedio! Ahora eres mi jefa y voy a tener que obedecerte —me responde poniendo los ojos en blanco—. Oye, ¿voy a tener que hacerte la pelota? —añade descojonándose.

—Déjame que te diga que no te veo yo a ti haciéndole la pelota a nadie... aunque, ahora que lo dices, tampoco estaría mal. Oye, ¿por qué no vas practicando? Igual hasta le coges el gusto.

—¿Quieres que te cuente a lo que Nico y yo le hemos cogido el gusto? —me pregunta entre susurros.

—¡Nooooo! ¡Mejor déjalo! —respondo entre risas—. ¡Paso de saberlo!

A las siete observo, sentada en mi nueva silla, cómo todos mis compañeros, uno por uno, van abandonando su puesto de trabajo, y pienso en todo lo que tengo que hacer mañana; debo reunirme con ellos y, más tarde, con el que será mi nuevo equipo; tengo que llamar a Paula para saber cuándo regresará a Madrid y así poder matizar su diseño; tengo que reunirme con Sabina... «Pero eso será mañana... —me digo viéndolo entrar—, hoy todavía queda mucho por vivir y voy a vivirlo junto a él.»

—¿Cómo te sientes? —me pregunta apoyándose en mi mesa.

—Entusiasmada, sin poder creerlo todavía —respondo levantándome y acercándome a él—, y no solamente por estar aquí, sino porque tú estés conmigo.

—Nunca voy a moverme de tu lado; lo sabes ¿verdad? —me asegura rodeando mi cintura con sus brazos—. Y el día todavía no ha terminado, ¿te apetece conocer a Nachete y que cenemos con él?

—Me encantaría —le digo con una radiante sonrisa.

—Pues vámonos; eso sí, cenamos en el Foster's —me anuncia sonriéndome—; comida de chicos, nena, costillar y hamburguesas a saco.

Me río con su comentario, encantada de la vida; por mí, como si me dijera de comer grillos de nuevo, y de la mano llegamos al aparcamiento, donde cogemos el coche de la empresa. Recuerdo la primera vez que subí en él, lo desesperada que me sentía por lo del boceto; él se marchaba a Londres y mi vida, en ese instante, me parecía una mierda, y en cambio ahora todo ha cambiado tanto que todavía me cuesta asimilarlo.

—¿Le has hablado a Nachete y a Natalia de mí? ¿Saben que vengo? —le pregunto cuando estaciona el vehículo frente a un chalet situado a las afueras de Madrid.

—Por supuesto; hablo con el crío a diario y le conté que una persona muy especial para mí quería conocerlo —me explica antes de salir del interior.

De repente, me siento nerviosa y asustada por no gustarle al niño y a Natalia y, con inseguridad, me bajo yo también.

—¿Y cómo se lo tomó? —pregunto ansiosa.

—Muy bien —me dice cogiéndome la mano—. No te preocupes, ¿vale? Somos un equipo; recuérdalo, nena. Vamos.

—¿Y Natalia? —le demando deteniéndome, temiendo que me vea como una intrusa en su vida y en la de su hijo.

—Natalia estaba deseando que diera el paso que he dado; lleva años machacándome con lo mismo, así que está feliz. Venga, deja de preocuparte, ¿de acuerdo?

—Vale, vamos —murmuro cogiendo aire.

Llama a la puerta que da al pequeño jardín y, en cuanto accedemos a él, veo cómo Nachete se echa en sus brazos, tirándolo sobre el césped ante las risas de Gael, y me quedo de pie, como una simple espectadora de este increíble momento entre ellos, un momento entre padre e hijo, de complicidad y cariño en estado puro, y alzo la vista hasta la puerta de la casa, donde una mujer con un niño entre sus brazos sonrío de la misma manera en que lo estoy haciendo yo. ¿Tiene otro hijo Natalia?

—Ven, Luna, no te quedes en la puerta —me dice sonriéndome, y me acerco a ella mientras ellos continúan revolcándose por el césped del jardín—. Soy Natalia y no te haces una idea de lo feliz que estoy de tenerte aquí.

—Gracias, yo también estoy muy feliz. ¿Y este chiquitín? Qué muñequito.

—Gael, te presento a Luna —le dice al niño ante mi asombro. «¿Lo ha llamado Gael?»

—Buenas noches —y me vuelvo al oír una voz masculina, todavía asimilando que este pequeño se llama como él—. Soy Miguel, el marido de Nata, y tú debes de ser Luna, ¿verdad?

—Así es, encantada —le digo empezando a atar cabos; este niño debe de ser su hijo. ¡Anda que ya le vale a Gael, ya podría haberme dicho algo, mi cara tiene que ser todo un poema!

—Veo que ya os conocéis —nos dice Gael acercándose a nosotros dándole la mano a Nachete, que camina con dificultad—. ¡Oye! ¿Y este grandullón? Pero ¿cómo has crecido tanto, pequeñajo? —le pregunta al niño que lo mira sonriendo—. Joder, Natalia, ¿qué le das a este crío? Dentro de nada me lo estoy llevando al Foster's a comerse una hamburguesa. —Tras mirarme sonriendo, se dirige a Nachete—. Hijo, quiero presentarte a Luna. Recuerdas que te hablé de ella, ¿verdad?

Veó cómo el niño sonrío e intenta decir algo, cómo se esfuerza y, mirándome, creo entenderle un «encantado» y me emociono... me emociona ver su carita, sus esfuerzos, la cara de admiración que hace cada vez que ve a Gael sonriendo como está haciendo ahora.

—Yo también estoy encantada de conocerte, Nachete —le digo dándole un beso.

—Oye, pagamos lo mismo si estamos dentro —nos dice Miguel cogiendo al pequeño Gael—. Venga, pasemos dentro; hay alguien que tiene algo que daros —nos dice sonriendo mirando a Nachete, y veo cómo éste asiente entre risas, cogiendo a Gael de la mano para llevarlo al interior de la casa.

—Miiii-r-aa —le dice dándole algo envuelto en papel de regalo—. *E-ss p-p-a-ara t-i* —consigue decirle después de mucho esfuerzo, y ahogo las lágrimas que pugnan por salir, viendo la cara de adoración del niño y la de orgullo y amor de Gael, sintiendo la increíble conexión que los une.

—Es un cuadro que ha pintado Nachete en el colegio; desde el principio nos dijo que era para su padre y durante días ha trabajado en él —me cuenta Natalia entre susurros; estaba tan absorta mirándolos que no me había percatado de su presencia—. Nachete lo adora y está como loco desde que se ha enterado de que Gael se viene a vivir a Madrid.

—Se ve cuánto se quieren —murmuro emocionada, mirando cómo Gael desenvuelve el regalo ante la carita de expectación del crío.

—¿Y esta obra de arte? ¿No me dirás que la has pintado tú? —le pregunta con orgullo.

—J-i-i —murmura asintiendo feliz.

—¡Pero si es una pasada! ¿Habéis visto? —nos pregunta mostrándonosla—. ¿Sabes lo que estoy pensando? Pero sólo si a tu madre le parece bien —le dice mirándolo fijamente.

—Ji-iii.

—Vamos a elegir entre los tres —prosigue mirándome— dónde colgarlo en casa. Nata, ¿te parece bien si se viene a dormir a casa y mañana lo llevamos Luna y yo al cole?

—Por supuesto —responde ésta sonriendo.

—¿Qué dices, hijo? ¿Te gustaría?

Miro a Gael descubriéndolo de nuevo, descubriendo al padre y al hombre que hasta ahora había permanecido oculto para mí, admirándolo y queriéndolo aún más si eso es posible, y deseando estar a su altura, deseando no defraudarlo jamás y darle más hijos para formar una familia como la que tengo frente a mí.

Tras despedirnos de Natalia, Miguel y el pequeño Gael, nos disponemos a marcharnos, cuando Nachete me sorprende al cogirme de la mano.

—Eee-r-res m-u-uuuygu-a-pa —me dice con esfuerzo.

—No tanto como tú —le respondo sobrepasada y emocionada, dándole un beso en la frente, sintiendo la mirada de Gael sobre nosotros.

Cenamos en el Foster's comida de chicos, un costillar que comparto con Gael, más un combo de alitas, *finguers* de queso y aros de cebolla, mientras Nachete se come una hamburguesa más grande que él, y, entre bocado y bocado, risas y su charla incesante, pues quiere contarme toda su vida, nos convertimos en un equipo y en una familia; una familia que estoy segura de que será para siempre, porque por fin hemos dejado atrás los miedos y ante nosotros tenemos un futuro brillante lleno de felicidad, la que él se negó durante tantos años y que ahora el destino le ofrece multiplicada por mil.

Capítulo 67

Seis meses después...

—¿Te gusta? —le pregunto entrando en el salón, girando sobre mis talones.

Hoy es la boda de Philip y Paula, mis amigos ahora también, y estoy deseando vivir este momento junto a ellos y, sobre todo, verla a ella con el vestido que juntas hemos diseñado, pues, aunque la idea original partió de mí, posteriormente realizamos muchísimos cambios hasta hacerlo suyo por completo.

—Estás guapísima, nena —me dice mirándome con lascivia.

—Deja de mirarme así, que Nachete está en la cocina —le respondo sonriendo.

—Ese vestido te sienta de miedo. ¡Joder, estoy deseando quitártelo! —me dice con voz rasposa llegando hasta mí.

Lo observo mordéndome el labio; él también está increíble con ese traje y paso mis dedos por su pecho, casi en un roce.

—Y yo estoy deseando quitarte toda esta ropa —murmuro notando cómo mi sexo se contrae ante su abrasadora mirada.

—Q-u-ee gugugua-a-paa L-uu-na —me dice el crío entrando al salón.

—Tú sí que estás guapo, tiarrón —le digo acercándome a él, arrancándole una carcajada—. Vas a enamorar a todas las chicas de la boda.

—Pee-r-ro ttuuu e-r-es m-i pre-eri-da —me dice con esfuerzo mirando a su padre con una sonrisa.

—¡Oyeeee! ¡Mira a otro lado, sinvergüenza! —contesta éste con una carcajada—. ¿Nos hacemos una foto y se la mandamos a tu madre?

—¡Venga, yo os la hago! ¡Poneos junto al cuadro! —les pido haciendo referencia al cuadro que pintó Nachete y que ahora preside nuestro salón.

—De eso nada, nena; somos un equipo, ¿lo recuerdas? Vamos a salir los tres juntos.

Y tras un momento de risas para ver cómo nos colocamos y conseguir encuadrar la cámara, immortalizamos este momento tan especial antes de dirigirnos al cortijo donde se casarán Philip y Paula antes del anochecer.

Éste se encuentra a una hora de Madrid y, cuando llegamos, lo admiro durante unos segundos. Está anocheciendo y ya no hace el calor sofocante que ha hecho durante todo el día, incluso está empezando a soplar una ligera brisa, y cierro momentáneamente los ojos sin poder creer que vaya a vivir este momento con mis chicos y con ellos.

—¿Estás bien, nena? —me pregunta Gael rodeando mi cintura con su mano y aferrando con la otra la de Nachete.

—Más que bien —le confirmo con una radiante sonrisa, enlazando mi mano con la suya.

Y así, como un equipo, accedemos al increíble cortijo rodeado por enormes jardines, donde ya se está sirviendo el cóctel de bienvenida, y miro a Nachete con cariño; se ha soltado de la mano de Gael en cuanto hemos puesto un pie en ellos y, aunque me preocupa que pueda tropezarse y caer, no le digo nada, dándole un voto de confianza de la misma forma en que está haciendo él.

—¿Te importa si voy a ver a Paula? Me gustaría ayudarla con el vestido —le pregunto perdiéndome en su mirada, esa que nunca me cansaré de ver.

—Por supuesto que no, nena. Este hombrecito y yo nos vamos a buscar a Philip, me apetece meterme un poco con él —me dice con una media sonrisa—. ¿Qué dices, Nachete? ¿Nos vamos a por tu tío y le buscamos un poco las cosquillas?

—Sí-í-í. —le responde éste entre risas.

—Entonces nos vemos luego —murmuro dándole un ligero beso, que él intensifica ante las risas de Nachete, que está tapándose la cara con las manos, muerto de vergüenza.

—Te echaré de menos, nena; no tardes —musita sin permitirme que me aleje de él, pegándome más a su cuerpo.

—No lo haré —susurro.

Finalmente conseguimos despegarnos y, con una sonrisa resplandeciente, me dirijo en pos de Paula al interior de este cortijo que tanto me recuerda al de los hermanos Domínguez y sonrío aún más recordando esos días con ella, cómo le diseñé el vestido sentadas frente a la chimenea y todo lo que vino después.

Siguiendo las indicaciones del personal que trabaja en él, llego hasta la habitación donde está vistiéndose y la miro emocionada.

—¡Pero qué guapa! —la piropeo acercándome a ella, que está sentada frente al tocador, vestida con un albornoz blanco, mientras el peluquero termina de retocarla—. Estás preciosa.

—Espero que a Philip le guste —me contesta un poco nerviosa.

—A Philip le gustarías aunque llevaras una caja en la cabeza —le respondo entre risas, dándole un beso a esta mujer que en poco tiempo ha llegado a ser tan importante para mí—. Quería llegar a tiempo para ayudarte con el vestido.

—Y yo estaba esperándote —me confiesa sonriendo, cogiéndome una mano—. Mamá, ella es Luna, la diseñadora de la que te hablé —le dice a la mujer que la mira secándose las lágrimas—. Luna, ella es Ana, mi madre.

—Hola, cariño; has diseñado un traje maravilloso —comenta acercándose a mí y dándome un beso.

—Muchas gracias, pero he contado con ayuda extra —contesto guiñándole un ojo con complicidad a Paula.

—Ya me lo ha explicado; si es que esta hija mía vale para todo —me responde con orgullo ante la divertida mirada de Paula—. Lo único malo es que la tengo viviendo en la otra parte del mundo, a ver cómo veo yo a mis nietecitos el día que los tenga.

—¡Mamá, pero si venimos mucho a veros! Además, sabes que podéis venir siempre que queráis —replica Paula levantándose y dándole un abrazo—. No quiero que estés triste, ¿vale? Porque yo estoy muy feliz.

—Ya lo sé, cielo, y yo también lo estoy de veros tan enamorados, pero una madre es una madre. ¿Qué le vamos a hacer? —le responde secándose las lágrimas—. Si por mí fuera, te tendría viviendo al ladito de casa.

—Ya lo sé, mamá, pero quiero que sepas que siempre vas a tenerme a tu lado, aunque viva un pelín lejos.

—Un pelín, dice... ¿a ti qué te parece? —se dirige a mí sonriendo—. Su padre quería matarlos, a ella y al australiano, como le llamaba al principio; suerte que mi yerno es muy majo y se lo supo ganar.

—¿Y eso? —le pregunto riendo.

—Ufff, no sabes lo mal que le sentó a mi padre cuando le dije que me quedaba a vivir definitivamente en Sídney —me cuenta mirando a su madre con complicidad.

—Dejó hasta de hablarle. Mira si se lo tomó a la tremenda que, cuando Paula llamaba por teléfono, se negaba a ponerse —me confirma Ana—, y a mí me dio unos días que no se los deseo a nadie. ¡El cielo, me gané! —añade poniendo los ojos en blanco y recordándose muchísimo a Paula.

—Menudo mosqueo pilló —prosigue mi amiga—, y en cambio ahora está encantado con su yerno. Vamos, que parece que el hijo sea él... Philip esto, Philip lo otro... —me cuenta entre risas mientras yo me dirijo a por el vestido de

novia que se encuentra junto al que diseñé y lo acaricio con disimulo, sonriendo mientras los estilistas dan por finalizado su trabajo y abandonan la habitación tras despedirse de Paula.

—¿Te puedes creer que estoy nerviosa como si la que fuera a casarme fuera yo? —le pregunto emocionada, descolgándolo y yendo hacia ella—. Además, vuestra historia es tan de cuento.

—Como la vuestra —me responde sonriendo—. Ambas hemos vivido una historia muy similar y que esp...

—¡Preciosa! ¿Podemos pasar? —Una voz varonil y en inglés y una risa femenina provenientes del otro lado de la puerta la cortan y nos volvemos hacia allí.

—¡Por supuesto que sí, preciosos! ¡Pasad! —les contesta Paula también en inglés, emocionada, yendo hasta la puerta y abriéndola ella misma, para fundirse en un abrazo con un hombre guapísimo y una rubia espectacular.

«Estos dos son modelos fijo —me digo mirándolos casi con la boca abierta—. ¡Pedazo piernas tiene ella! Y él... ¡Oh, *my Diorrrrr!*, pero ¿de dónde ha salido este monumento?»

—Luna, mamá, quiero presentaros a Katia y a Charlie, nuestros mejores amigos en Sídney —nos comenta en español.

—Anda, ¡por fin os conozco! Paula me ha hablado muchísimo de los dos; traduce, hija —le pide su madre yendo hasta ellos y dándoles dos besos.

«Menudo nivel tienen en Australia —me digo mirándolos todavía con la boca abierta—. Si todos son como Philip y estos dos, me hago fan de los australianos.»

—¡Luna, ven! —me apremia Paula y me acerco a ellos.

—Chicos, ella es Luna, la mujer de la que tanto os he hablado —prosigue en inglés.

—Paula me ha contado que el segundo vestido lo has diseñado tú —me dice la tal Katia con simpatía—. Además, he visto las fotografías de la colección Posidonia y es increíble.

—Muchas gracias —contesto ruborizándome por el halago.

—Paula, se hace tarde; dejad las charlas para después —le señala Ana, empezando a impacientarse.

—Katia, tú te quedas —le dice Paula—. Precioso, creo que el novio te está esperando —prosigue guiñándole un ojo—. Charlie es el padrino de Philip —me cuenta empezando a echarlo de la habitación—. Ni una palabra a Philip de nada.

—¡Pero qué quieres que le cuente, si no he visto nada! —se defiende éste entre risas mientras ella cierra la puerta.

—¿Me ayudáis? —nos pregunta con una enorme sonrisa quitándose el albornoz.

—¡Eso ni se pregunta! —le responde Katia mientras yo empiezo a desabrochar los pequeños botones del vestido.

—Hija, traduce, que no me entero.

—He preguntado si me ayudan —le aclara sonriendo—. Mamá, vas a tener que aprender a hablar en inglés... a ver qué haces el día que tus nietos empiecen a hablarte en ese idioma y no entiendas ni torta.

—¡De eso nada! Contigo que hablen en español, así los haces bilingües, ¿verdad, Luna?

—Claro —le respondo entre risas—. ¡Por fin! —le digo cuando los tengo todos desabrochados—. Venga, empecemos a vestirte.

—Además, ¿para qué quieres que aprenda inglés si mi Philip ya habla el español? No me compliques más la vida, que a mi edad sólo me faltaba eso, aprender inglés. Déjame que te ayude, Luna. Vamos, cariño, pon primero este brazo y cuidado con el maquillaje.

—*Mi Philip* —matiza Paula entre risas, empezando a traducirle la conversación que acaba de mantener con su madre a Katia.

—Si es que a mí me sacas del *yes* y me pierdo —me indica riendo—. Tendrías que habernos visto el otro día, cuando conocimos a los padres de Philip, parecíamos indios, pero no veas cómo nos entendimos... si es que, cuando se quiere, aunque sea con señas... —continúa entre risas—. Además, ¡son de majos!, hasta le explique cómo hacer una paella a su madre, pues, aunque una viva en Madrid desde hace años, la *terreta* no se olvida y yo soy valenciana hasta la médula; si es que me pones el himno de mi Valencia y lloro como una descosida.

—No hace falta que lo jures, mamá —le comenta Paula divertida, traduciéndoselo todo a Katia mientras yo empiezo a abrochar todos los botones de su espalda sin dejar de sonreír, feliz de estar viviendo este momento tan dulce con ella—. Puede que dentro de poco sea yo la que abroche los botones del tuyo —me dice con complicidad, en inglés, ante la sonrisa de Katia.

—No creo, me parece que a Gael no le va mucho todo esto —susurro ignorando mis deseos.

—Eso nunca se sabe; yo pensaba que tampoco le iba a Charlie y vamos a casarnos —interviene Katia.

—¡Y nosotros seremos los padrinos de la boda! —nos cuenta Paula mientras la miro con ojo crítico, comprobando que esté todo perfecto—. No puedo creerlo, Katia, dentro de nada vamos a estar las dos casadas, o las tres —añade guiñándome un ojo.

—¡Que noooo, de verdad! ¡Que nosotros así estamos muy bien!... Déjame ver —murmuro alejando de mí otra vez el deseo por vivir un momento como éste—. Estás guapísima, Paula; creo que en mi vida he visto una novia tan bonita como tú.

—Mi niña, no puedo creer que vayas a casarte, pero si hace nada estaba parándote —murmura su madre emocionada.

—Mamá, no llores, que si te veo llorar acabaré llorando yo también —le pide empezando a emocionarse.

Mientras ellas se abrazan sobrepasadas, yo me dedico a traducírselo todo a Katia. «¡Madre mía qué follón!», pienso divertida.

—Aquí vamos a terminar llorando todos; Charlie el primero, ya verás. Estás preciosa, Paula, ni el día del desfile brillabas tanto como hoy —murmura Katia tomándole una fotografía.

—Philip no va a poder quitarte la mirada de encima —le digo admirándola.

—Ni las manos tampoco —secunda Katia entre risas.

—No es por poneros nerviosas, pero ya llegamos cinco minutos tarde —nos apremia Ana y se lo traduzco a Katia.

—¡Que espere! ¡Es la tradición! —le dice Katia abrazando a Paula—. No sabes lo feliz que estoy por vosotros; quiero que sepas que hoy es uno de los días más felices de mi vida y también de la de Charlie.

—Y de la mía —le responde Paula abrazada a ella—. ¿Lo has visto?

—¿A Philip?

—Sí.

—Claro, hemos ido primero a su habitación.

—¿Y cómo está? —inquieta curiosa.

—Creo que es la primera vez que lo he visto nervioso, y mira que lo conozco desde hace años.

—Seguro que Charlie, Gael y Orlando se están metiendo con él, sobre todo Charlie —comenta Paula riéndose.

—Charlie, seguro —afirma Katia.

—No olvidéis que Gael lleva refuerzos, que Nachete está con él... la que le espera a Philip —secundo entre risas imaginándolos mientras Paula se lo traduce a su madre.

—¿Sabéis que me estáis mareando con tanta traducción, además de ponerme muy nerviosa? ¡Hijaaaaa, por favorrrrr! ¡Que llegamos tarde! Anda, toma el ramo —le dice dándole un pequeño ramo de rosas.

—Ufff, ha llegado el momento —susurra mirándonos emocionada—. Dentro de nada voy a ser su mujer, su mujer de verdad —exclama con los ojos anegados por las lágrimas—. ¡Katia, que voy a casarme!

—Ya lo sé, preciosa, y no sabes cómo me alegro por los dos. Os lo merecéis, os merecéis todo lo bueno que os suceda.

Está en el centro de la habitación y la miro embelesada mientras se lo traduzco a Ana... y entonces decido ser sincera conmigo misma: yo también quiero esto, yo también quiero sentirme tan feliz como se siente ella, yo también quiero sentir su emoción y estar rodeada de la gente que más quiero ayudándome en un momento tan bonito como éste, quiero sus nervios y preguntarme cómo estará, quiero no poder creerme que vaya a casarme con él y ser su mujer... «Pero Gael no; despierta, Luna, que ya tienes más de lo que nunca hubieras esperado», me digo sonriendo y tragándome mis deseos.

Ayudándola con la pequeña cola del vestido, salimos de la estancia hasta llegar a la doble puerta acristalada que da al jardín donde se celebrará la ceremonia y, mientras esperamos unos instantes frente a ella, lo admiro todo maravillada.

—Un camino de rosas sin espinas —me parece que murmura Paula y dirijo mi mirada hacia lo que ella está mirando.

Las sillas blancas, los pétalos de rosas esparcidos por el pequeño pasillo por el que caminará hasta encontrarse con Philip, que ya la espera junto a Charlie y el juez que oficiará la ceremonia, el sol de septiembre poniéndose y tiñendo el paisaje con su luz anaranjada y rosa... y entonces su canción, la que él compuso para ella, y dejo de frenar mis sentimientos para permitir que las lágrimas fluyan libremente mientras veo cómo las puertas del jardín se abren y Paula se dispone a recorrer este camino de rosas que la llevará hasta él, hasta el hombre que en la canción la llamó su luz y que en estos momentos está volviéndose hasta encontrarse con ella, que avanza lentamente con su mirada enlazada con la suya, y siento cómo el mundo se detiene, cómo ellos lo detienen con su amor, para permitir que gire de nuevo cuando ella llega hasta él y enlazan sus manos.

—Esta canción emocionaría hasta a una piedra —me dice Gael en un susurro.

—No te había visto —murmuro secando mis lágrimas y tomando aire—. Es que es tan bonita... «has alejado de mí mis temores, mis miedos, ya no recuerdo el dolor; sólo veo luz cuando estoy contigo, una luz fuerte y resplandeciente» —susurro emocionada—. La llama su luz, ¿y has visto cómo la mira? —le pregunto volviéndome y quedándome paralizada por su mirada.

—¿Cómo puedes no darte cuenta? Esta canción también podría aplicarse a nosotros. Si echo la vista atrás, sólo veo oscuridad; en cambio, el tiempo que estuvimos juntos lo recuerdo lleno de luz —me dice cogiéndome por la cintura—. Tú has traído la luz a mi vida, Luna, y eres lo que más quiero en este mundo.

—Yo Philip, te tomo a ti, Paula... —oigo de fondo a Philip, pero no puedo volverme, incapaz de alejar mi mirada de la suya.

—Yo, Gael, te tomo a ti, Luna, como esposa, y me entrego a ti, y prometo serte fiel en las alegrías y en las penas, en la salud y en la enfermedad, todos los días de mi vida —susurra mirándome con intensidad y, cuando Paula comienza a pronunciar sus votos, pronuncio yo los míos.

—Yo, Luna, te tomo a ti, Gael, como esposo, y me entrego a ti, y prometo serte fiel en las alegrías y en las penas, en la salud y en la enfermedad, todos los días de mi vida —murmuro llorando de emoción.

—Yo os declaro marido y mujer. Philip, puedes besar a la novia...

Y dejándonos llevar, unimos nuestros labios en un dulce beso, lleno de amor y promesas, siendo nosotros los que detenemos el mundo esta vez con nuestro amor, creando una burbuja a nuestro alrededor, donde los aplausos y los vítores llegan distorsionados, donde sólo importamos nosotros y lo que acaba de suceder.

—Entones, ¿estamos casados? —musito llorando y riendo a la vez, con sus labios a escasos centímetros de los míos.

—De momento, estamos ensayando. ¿Qué dices? ¿Quieres casarte de verdad conmigo? ¿Quieres ser mi mujer y mi luz? —me propone mirándome con intensidad.

Durante unos segundos lo miro incapaz de hablar, con los ojos anegados por las lágrimas, sin poder creer que mi cuento de hadas aún pueda tener un final más feliz del que ya tiene.

—Sí quiero, quiero casarme contigo y ser tu luz, quiero ser tu princesa y que tú seas mi príncipe —le digo bromeando.

—Ya puestos, nena, vamos a ser guerreros, que mola más —suelta riendo y apretándome más a su cuerpo.

Y me rio feliz con su comentario, enlazando mis manos alrededor de su cuello, del cuello de mi príncipe guerrero, porque no habrá guerra o lucha que no podamos ganar si estamos juntos, y nosotros lo estamos, por fin lo estamos, y lo beso feliz sintiéndome en casa, sintiendo la calidez del sol sobre mi cuerpo mientras la verja que da acceso al jardín se abre y nosotros accedemos a él de la mano, con la enorme higuera dándonos la bienvenida y la brisa trasportando el olor fragante de los pinos...

Epílogo

Un año después...

—¿Me estás diciendo que Orlando Sun va a venir a la cena? —me pregunta mi amiga Paloma medio histérica, casi dando saltos de alegría a pesar de estar sentada, mientras nos tomamos unos mojitos en la terraza de El Capitán, esperando a los invitados.

—Es muy amigo de Gael, ¿cómo no iba a venir? —le comento viendo a mi padre y a Gael sentados en la barra, charlando con mi madre distendidamente—. Además —murmuro cayendo en la cuenta y maldiciéndome casi en el acto—, tía, no me mates, por favor —le pido deseando darme cabezazos contra la pared —: olvidé decirte que Orlando tiene una casa en la isla.

—Estás de coña —musita medio paralizada.

—Te lo juro; no sé cómo olvidé decírtelo, perdóname.

—Me estás diciendo que mi ídolo, mi dios griego y mi futuro marido... ¡¡¡¿tiene una casa aquí mientras yo lo he seguido por medio mundo??!!! — exclama medio histérica.

—¡Halaaaa, no te pases! Vamos a dejarlo por Madrid y Barcelona —replico riéndome con ganas, sintiendo su mirada sobre mi cuerpo.

—Pero ¿la tiene o no? —insiste mientras enlazo mi mirada con la suya, sonriéndole medio derretida—. ¡Y deja de mirarlo, hija, que vas a gastarlo! —me pide mi amiga, obligándome a prestarle atención.

—No lo sabes tú bien, anda que no son pegajosos ni nada —interviene mi amiga Greta con una mueca—. Son como los *hippies*, todo corazones y amor flotando en el ambiente.

—Ja, ja, ja, ¡qué graciosa eres! —le respondo entre risas.

—¡Lo sééééé! ¡Me viene en los genes, como la guapura! —suelta socarrona.

—Pero ¿quieres contestarme? ¿La tiene o no? —continúa su machaque Paloma.

—¡Que síiiiií!, que tiene una casa aquí —respondo poniendo los ojos en blanco.

—¿Dónde? No me digas que la tiene cerca de la mía, porque me da un patatús.

—Tranquila, que no va a darte nada; la tiene cerca del faro Cap de Barbaria; hay un camino de tierra que te lleva hasta ella. Además, tampoco es que sea tan importante si tienes en cuenta que no viene mucho por aquí y que tú hoy cenarás con él y mañana vendrá a la boda; aprovéchate y pégate a él como una lapa.

—Lo que va a darme es un ataque: tía, ¿qué haré cuando lo tenga delante? —murmura empezando a buscarlo con la mirada.

—¿Cómo que qué harás? Llevas colándote en todas las fiestas y eventos varios a los que él asiste, le has servido copas miles de veces, ¡pero si prácticamente lo conoces! —le dice Jimena divertida.

—¿Haces eso? —pregunta Greta entre risas—. ¡Tía, eres mi ídolo!

—¡Pero eso no cuenta! —replica agobiada—. Yo era una camarera más, casi podría decirse que formaba parte de la decoración, pero hoy voy de invitada, como él... —murmura tan nerviosa que está empezando a ponerme nerviosa a mí.

—¡*Stop!* Mírame, respira e inspira —le pido intentando tranquilizarla ante la divertida mirada de Jimena y Greta—. Vas a divertirte, a aprovechar cada segundo y, sobre todo, vas a dejar de agobiarte —le ordeno con firmeza—. Además, llevas un vestido de mi colección, ¿no te da eso suficiente seguridad? —le pregunto sonriendo con orgullo mientras ella asiente como una muñeca—. Y ahora que lo pienso, ¿no tendría que ser yo la que estuviera nerviosa y tú tranquilizándome? ¿Por qué se han invertido los papeles?

—Porque mañana vas a casarte con el de la montaña rusa, no creas que lo he olvidado; todavía estoy muerta de envidia desde que me lo contaste, eres una diseñadora reconocida, has salido en la revista *Vogue* y tu vida es perfecta, te odio —me suelta sonriendo.

—Bueno, para llegar a ser una diseñadora reconocida aún me falta un poquito, pero lo seré —afirmo con convencimiento guiñándole un ojo—; de lo de la montaña rusa, mejor ni hablemos, no quiero que te mueras más de envidia —añado entre carcajadas.

—Sí, mejor déjalo —interviene Greta riéndose—. No os hacéis una idea de lo que tengo que soportar todos los días; no sé cómo no me corto las venas por culpa de estos dos —les cuenta poniendo los ojos en blanco.

Pero yo la oigo ya de fondo, pues estoy dirigiéndome hacia la barra, donde están las personas que más quiero en este mundo.

Hoy El Capitán cierra sus puertas a sus clientes habituales para abrirlas a otros nuevos, nuestros amigos más queridos y nuestra familia, y, sorteando las mesas en las que cenaremos más tarde, recuerdo cuando le presenté a Gael a mi madre, que estaba medio histérica por conocer al *noviete* de su hija y cómo casi se cayó de espaldas cuando lo vio entrar en su salón, y posteriormente la reacción de mi padre y mi abuela cuando regresamos aquí.

Recuerdo su sabia mirada y sus palabras, unas palabras que ninguno de los dos hemos conseguido olvidar...

* * *

—Eres la mitad de mi nieta; el destino ha jugado sus cartas y ha sucedido lo que tenía que suceder —murmuró tan enigmática como siempre.

Recuerdo cómo Gael me miró sin entender nada y mi sonrisa, pues crecí escuchando esas frases que sólo ella entendía y que a mí me dejaban a medias. Recuerdo cómo me encogí de hombros mientras él y mi abuela se fundían en un abrazo... y cómo miré a mi padre, expectante, preguntándome si vería su aura o no, si lo aprobaría o no... Recuerdo mis nervios y cómo éstos fueron calmándose cuando lo vi estrecharlo entre sus brazos, dándole la bienvenida a la familia... y también nuestras palabras, las que nos dijimos después, cuando nos encontramos a solas.

—¿Papá? —musité sin ser capaz de hallar las palabras correctas, deseando su aprobación por encima de todo.

—Estoy orgulloso de ti.

—Entonces... ¿lo apruebas?

—No sé lo que le ha sucedido, pero el hombre que está sentado en mi terraza no tiene nada que ver con el hombre que conocí ese verano...

* * *

Siento el viento arreciando con fuerza devolviéndome a mi presente, y me doy cuenta de que me había detenido a medio camino, como aquel día... y sonrío recordándolo, alzando mi mirada hasta toparme con la suya, azul, intensa y llena de amor, y llego hasta él, dejándome arrastrar por la corriente cálida que nos mantiene unidos.

—Hola, nena —susurra tendiendo su mano, que cojo sin dudar.

—¿Qué tal? —pregunto a mis padres, que nos miran sonriendo.

—Aquí estamos, poniéndonos al día —me dice mi madre con una resplandeciente sonrisa—. Cuando me dijiste que tu padre tenía un chiringuito en la playa, nunca imaginé que sería algo como esto —me reprende divertida.

—¿Qué pensabas que sería? —le pregunto riendo—, ¿un barracón en la arena? —formulo alucinada por cómo mi padre está mirándola. ¡Oh, *my* Diorrr! —. Espera a ver las puestas de sol, no hay nada como verlas con un mojito preparado por papá —añado dándoles un empujoncito.

—No tardará mucho en ver una. Toma, nena —le dice mi padre tendiéndole un mojito—, acompáñame; vamos a la playa, que aquí empieza a haber demasiada gente —le indica saliendo de la barra y llevándosela ante nuestra asombrada mirada.

—¿Haciendo de casamentera? —suelta Gael divertido.

—¿Tú has visto eso? —le planteo realmente asombrada, obviando su pregunta—. ¡La ha llamado *nena*! ¡Ay, Señorrr! Que ya me veo a mi madre instalada en la playa, pintando atardeceres, con mi padre sentado a su lado.

—Pero me contaste que a tu madre no le iba todo esto —me dice atrapando mi mirada con la suya.

—No le iba entonces, pero ¿quién sabe ahora? Las personas cambian; si no, mírate a ti —le señalo rodeando su cuello con mis manos.

—Dejad de hacer manitas, sinvergüenzas, que estamos en un sitio público —nos dice María Eugenia mirándonos por encima de sus gafas de pasta, llegando acompañada por Crescencia y Orenca.

—Hay, niña, pero qué sitio más bonito —me dice Orenca mirándolo todo con la boca abierta.

Y sonrío feliz abrazando a mi exjefa y a mis compañeras, mientras El Capitán comienza a llenarse con todos nuestros familiares y amigos, con los que vemos el atardecer con un mojito entre las manos, tal y como está haciendo el esqueleto de madera allí arriba, con su eterno cubata, y le cojo la mano para llevarlo a mi lugar preferido del chiringuito, deseando estar a solas con él en este lugar que tanto me recuerda a él.

—Te gustaba sentarte en la mesa que había aquí —susurro mirando hacia el mar, apoyándome en su pecho, con sus brazos rodeando mi cuerpo—, donde el viento arreciaba con fuerza.

—¿Sabes por qué siempre pedía esa mesa? —me explica endureciendo el tono de su voz.

—¿Por qué? —formulo volviéndome, encontrándome con su triste mirada.

—Porque necesitaba respirar sin sentir que me ahogaba... y, aunque no llegué a conseguirlo, sentir el viento sobre mi cara y ver estas vistas me hacía olvidar, aunque solamente fuera durante unos segundos, lo que no dejaba de ahogarme.

—Y yo pensando que lo hacías porque estaba en mi zona —murmuro intentando bromear y arrancarle una sonrisa, maldiciéndome por haberle hecho recordar. «¡Mierda, soy una estúpida!»

—Eso era un incentivo adicional, nena —me dice sonriendo finalmente—. Tú fuiste, sin saberlo, la que me salvó ese verano, por eso te pedí que te tatuaras un ancla, porque eso era lo que eras para mí, mientras yo era un barco a la deriva deseando estrellarse y ahogarse.

—Gael —susurro con dolor—, lo siento; no quería entristecerte.

—Nena, que no lo diga en voz alta no significa que no lo recuerde. Mi pasado irá conmigo allá donde vaya, soy quien soy por él, pero he conseguido seguir y eso es lo importante —me asegura acariciando mi mejilla mientras el viento envuelve nuestros cuerpos.

—Te quiero —musito abrazándolo, intentando consolarlo.

—Y yo a ti —me dice envolviéndome entre sus brazos.

—¡Chicos, vamos a cenar! —nos llama Greta.

—Estos dos no necesitan cenar, ya se comen entre ellos —bromea Crescencia, provocando las carcajadas de todos.

—Recuérdame que la despida en cuanto pongamos un pie en Madrid —suelta Gael entre risas.

—Tenlo por seguro, ésta tiene los días contados —añado siguiéndole la corriente, llegando hasta ella, que está partiéndose de la risa.

—¿No me dirás que no tengo razón? Si es que parecéis un par de pulpos, ¡qué manos más largas tenéis, *jodíos!* —prosigue su machaque incesante.

—Cállate, ¿quieres? —murmuro entre risas.

—Que me calle, dice, pero si esto acaba de empezar. ¡Niñoooo!, no te lledes el vino, que aquí somos todos de casa; déjalo aquí, a mi *laíco*, para que pueda servirme cuando quiera sin tener que molestarte —le indica al camarero, provocando de nuevo un estallido de risotadas.

Cenamos bajo un manto de estrellas, con la música de fondo de un nuevo grupo que mi padre ha contratado expresamente para la ocasión, entre risas, muchas bromas y muchísimo cachondeo. Una cena en la que predomina el buen ambiente, y en la que observo, increíblemente feliz, cómo mis padres no dejan de mirarse y de sonreírse, en la que no pierdo de vista a mi amiga Palo, que mira

a Orlando como si realmente fuera un dios griego mientras éste bromea con Philip y Paula, y pienso en mi abuela, quien, por su edad, ha preferido quedarse en casa y está perdiéndose este momento tan especial para mí.

—¿Estás bien? —me pregunta Gael al oído.

—Claro; estaba pensando en mi abuela y en cómo me hubiera gustado que estuviera aquí. Seguro que hubiera tenido algo que decir al respecto —le comento mirando disimuladamente a mis padres ante la carcajada de Gael.

—Te aseguro que lo dirá; tarde o temprano soltará una de sus frases.

—Como la que te dijo a ti, ¿verdad? —le pregunto divertida.

—Tu abuela es una mujer muy sabia, como su nieta —añade mirándome intensamente—. ¿No te hace feliz verlos así?

—¡Claro que sí! Pero me hubiera hecho más feliz cuando era pequeña —murmuro encogiéndome de hombros.

—Quizá entonces no era su momento, como no era el nuestro cuando nos conocimos.

—¿Sabes que esa frase es muy de mi abuela? —susurro acariciando su increíble rostro, feliz de que, para nosotros, no haya sido tan tarde como para mis padres.

Y aunque me temo que mañana las ojeras me llegarán a los pies, no me importa y alargo la noche todo lo que puedo, feliz de estar rodeada por toda la gente a la que tanto quiero.

—Venga, Palo, ven y te lo presento de una vez —le propongo refiriéndome a Orlando, pues lleva toda la noche dándome largas.

—Tía, que no, que me muero de vergüenza. Déjalo estar, que desde aquí ya lo veo bien.

—No me lo puedo creer. Ahora que puedes estamparle dos besos bien dados, te estás rajando —murmuro divertida y, aprovechando que está pasando por mi lado, lo detengo—. ¡Orlando! ¿Te estás divirtiendo? —le pregunto sonriendo mientras mi amiga se hace de todos los colores posibles.

—Muchísimo; me encanta este sitio, voy a tener que venir a Formentera más a menudo —me contesta sonriendo.

—Pues si necesitas quien te muestre la isla, aquí tienes a la persona perfecta —le digo mirando a mi amiga, que está a punto del infarto—. Te presento a Paloma, una de mis mejores amigas.

—Encantado —le dice acercándose a ella y dándole dos besos—. ¿Te conozco? —le pregunta frunciendo el ceño, y ahogo una tremenda carcajada.

—Creo que no —musita ésta en un hilo de voz.

—Tu cara me resulta familiar...

—Si me disculpáis, Gael me espera —me excuso dejándolos a solas.

Bailo con todos como si no hubiera un mañana, me fotografió en el *photocall* con Gael, con mis amigas y con todo el que se pone a tiro y me pierdo entre sus brazos, en mi lugar favorito del mundo.

—Esta noche te voy a echar mucho de menos —me dice apresándome entre ellos mientras bailamos.

—Yo también, pero así es más emocionante.

—Déjame que te diga que eso es una tremenda estupidez —me rebate al oído.

—Sólo es una noche y tenemos toda la vida para estar juntos —susurro mordiendo el lóbulo de la oreja, pegándome más a su cuerpo y aspirando su aroma.

—Una noche es una vida sin ti —añade emocionándome—. En serio, pasa la noche conmigo, prometo que mañana te llevaré pronto a casa. Además, ¿no has pensado que a lo mejor tu padre necesita la casa para él solo? —me pregunta sonriendo, dirigiendo la mirada hacia mis padres, que están bailando tan pegados como nosotros.

—¡Oh, *my Diorrrr!* —le digo riéndome con él, enterrando mi cabeza en su pecho—. Es verdad, casi mejor vamos a dejarles la casa para ellos.

—Sí, será lo mejor —murmura apoyando su barbilla en mi cabeza—. Deberíamos irnos, ya es tarde.

—Lo sé. Además, estoy deseando estar a solas contigo —murmuro alzando la cabeza hasta encontrarme con su increíble mirada.

—Nos despedimos y nos largamos —me dice, de repente impaciente.

Tras despedirnos de nuestros familiares y amigos, nos dirigimos hasta donde tiene aparcada la moto y me subo a ella, aferrándome a su cintura y a mi acantilado, para volar de nuevo por la carretera.

Se aloja en Can Pep, la misma villa donde se alojó cuando vino a buscarme y en la que también se alojan Natalia, Miguel, Nachete y el pequeño Gael, y entramos con urgencia en su habitación, la misma que ya ocupó esa vez, ansiosos por sentirnos de todas las formas posibles, donde de nuevo creamos un mundo alejado del resto cuyo idioma principal son nuestros gemidos, donde nuestros cuerpos se funden en uno solo mientras navegamos a través de un mar de sentimientos, siendo yo su ancla y él mi barco, ese barco que día a día me lleva a descubrir tierras nuevas con sus besos, sus manos y su cuerpo.

—Despiértate, nena.

Su voz ronca llega a mi adormilado cerebro, pero no me muevo, pegándome más a su cuerpo.

—Vamos, Luna, ¿no querrás llegar tarde a nuestra boda? —me pregunta dándome un ligero mordisco en el hombro.

—¡Mierda! ¿Nos hemos dormido? —suelto incorporándome de repente.

—¿De verdad piensas que voy a permitir que te duermas? —inquiere placándome con su cuerpo—. Te prometí llevarte pronto a casa y pienso cumplirlo —añade guiñándome un ojo—. Vamos, dormilona, ¡a la ducha!

Nos duchamos entre besos y risas y, cuando estamos listos, nos dirigimos a casa de mi padre volando por la carretera de nuevo, mientras el sol perezoso comienza a despertar.

Estaciona frente a la puerta y le sonrío al bajarme de la moto, maravillada con él, y emocionada por todo lo que estamos a punto de vivir.

—Cuando volvamos a vernos, será para casarnos —declaro con una radiante sonrisa.

—No hay nada que desee más —murmura arimándome a su cuerpo.

—Quién iba a decirme que terminaría casándome con el Señor Cabrón — musito divertida entre risas, alejándome de él con su carcajada de fondo.

Entro en casa de mi padre sin saber qué voy a encontrarme, haciendo ruido para no ver nada que sea incapaz de olvidar, y, tosiendo y carraspeando, me dirijo a la cocina, donde me los encuentro a los dos.

—Vaya, menuda sorpresa —susurro intentando frenar la risa que, amenazante, pugna por salir—. ¿Queréis que os deje a solas, parejita? —les pregunto, pinchándolos.

—Muy graciosa. Toma, tu café —me dice mi padre tendiéndome una taza ante la sonrisa de lela de mi madre, ¡será posible!

—Desde luego, sois una caja de sorpresas —exclamo sonriendo finalmente, antes de dar un sorbo.

—¿Te molesta, hija? —me pregunta mi madre cogiendo mi mano.

—¡Claro que no, mamá! Mi sueño siempre ha sido veros juntos de nuevo, sólo que se me hace un poco raro —les aclaro, viendo cómo mi padre se sienta al lado de mi madre y cómo ésta se vuelve y le da un ligero beso en los labios. ¡¡¡Oh, Dios míoooo!!!

—Ejemmm, creo que es mejor que os deje a solas —murmuro sonriendo—. Mamá, está a punto de venir Silvia a peinarnos y maquillarnos a Greta y a mí; si quieres, puede arreglarte a ti también... porque recuerdas que hoy me caso, ¿verdad? —añado alucinada ante la pareja de tortolitos que tengo frente a mí.

—¡Claro que sí, tonta! Dame unos minutos y voy —me pide sonriéndole de nuevo a mi padre. ¡Ay, Señor, lo que hay que ver! ¡Si lo sé me caso antes!

Durante las siguientes horas, la casa de mi padre se convierte en un abarrotado e improvisado salón de belleza que mi padre abandona espantado ante las carcajadas de mi madre.

Entre ella, Greta, Palo, Jimena y Paula me ayudan a vestirme y contengo las lágrimas de emoción que pugnan por salir.

—¿Recuerdas cuando te dije que yo abrocharía los botones de tu vestido? —me pregunta Paula cerrando la cremallera invisible de mi traje de novia—. Bueno, no son botones, pero para el caso es lo mismo —me dice mirándome con cariño—. No sabes lo feliz que estoy por vosotros.

—Recuerdo esa sensación —murmuro sonriéndole.

—Ese día te pidió que te casaras con él, y ha llegado el momento —me dice recordándolo—; parece que fue ayer y ha pasado un año desde entonces.

—¡El tiempo vuela y no nos damos cuenta! —le dice mi madre dándome la mano—. Hace nada te tenía entre mis brazos y mírate ahora, a punto de casarte. Los padres deberíamos tener un botón que nos permitiera detener el tiempo cuando sois pequeños y otro que lo acelerara cuando estáis en la adolescencia.

—¡No me hables de la adolescencia, que me entran ganas de echar a correr tan sólo de imaginarlo! —responde Paula entre risas—. ¡Ni el sol puede tocarla! ¡Me está volviendo loca!

—Y lo que te volverá; los padres son muy protectores con las hijas —le responde mi madre con cariño antes de volverse hacia mí, mientras mis amigas charlan entre ellas—. Disfruta mucho de este día y de todos los que vengan, vive con intensidad cada segundo, ama, sé feliz y no permitas que las adversidades del día a día te separen del amor de tu vida —me recomienda secándose las lágrimas—. No permitas que nada te haga olvidar lo mucho que lo quieres.

—No lo haré —le digo abrazándola y sintiendo cómo se me humedecen los ojos—. Suerte que existen las segundas oportunidades, ¿verdad?

—Qué sería de nosotros sin ellas —suelta riendo entre lloros—. Quién sabe lo que ocurrirá ahora.

—Ocurrirá lo que tenga que ocurrir —nos dice mi abuela acercándose a nosotras—. Nunca pensé que llegaría a vivir esto —musita emocionada—: tu alma reconoció a su mitad hace muchos años y ha llegado el momento de unirla a la suya.

Y aunque me lo está diciendo a mí, no me pasa desapercibida la sonrisa que le dedica a mi madre.

—No lo olvidaré, *güela*; te quiero —murmuro emocionada secándome las lágrimas.

—¡No llores más, que te estropearás el maquillaje! —me pide Palo secándomelas con cuidado.

—Aquí vamos a terminar llorando todas como Magdalenas —comenta Greta sonriendo—. A ver, princesita, déjame verte bien, date la vuelta —me pide mirándome con ojo crítico, pues este vestido es obra suya y su regalo.

Sonriendo, me doy la vuelta lentamente ante la mirada de todas estas mujeres que son tan importantes para mí, sabiendo que está todo perfecto, que este vestido es único e irrepetible, y recuerdo cómo lloré cuando lo vi, pues mi amiga había dado en el clavo en todo.

Me recuerdo diciéndole que me la llevaba a mi equipo y cómo me mandó a la mierda y me pidió de nuevo esa reunión urgente a la que no dejo de darle largas.

—Brutal, estás impresionante, princesita, ¿o debería llamarte Vivian? —me pregunta guasona—. Espero que hayas puesto pizza en el menú —añade guiñándome un ojo.

—Sí, claro, ¡de Telepizza!

—*Of course*, nena —exclama con voz profunda—, y barbacoa.

—A mí me da igual lo que pongas, pero, como no me hayas puesto en su mesa, te falta isla para correr —interviene Palo refiriéndose a Orlando.

—¿Os dais cuenta de lo que tengo que soportar? —nos pregunta Jimena entre risas—. Lleva desde ayer machacándome sin piedad.

—Sí, hija, sí, tú y yo tenemos el cielo ganado —le dice Greta riéndose.

—Es la hora, chicas —nos anuncia mi madre—. ¿Nos vamos?

Me quedo paralizada en medio de la habitación, nerviosa de repente, sin poder creer que vaya a casarme con Gael, con el hombre que me atrapó con su increíble mirada hace ya tantos años y de la que nunca quise soltarme, y sonrío a mi madre, que me tiende el ramo.

—¿Lista para convertirte en una mujer casada?

—Más bien lista para ser su mujer... su mujer... ¡que voy a ser su mujer! —les digo *hipermegafeliz*, todavía alucinada por estar viviendo este momento.

—Y va a ser lo más increíble que te suceda; disfruta de este momento, porque es mágico —me dice Paula sonriéndome emocionada.

—Lo haré —susurro sintiendo cómo el nudo se forma en mi garganta.

—Luna, llegamos tarde —me dice mi padre entrando en la habitación, enmudeciendo en el acto al verme—. ¡Pero qué guapa estás, hija! ¿Verdad que está preciosa, Iris? —le pregunta a mi madre, que lo está mirando como no creo recordar nunca que haya mirado a ningún otro hombre.

—Está preciosa —le responde mirándome con orgullo—, y vamos a llegar tarde. ¡Vamos!

Salgo de casa acompañada por mis padres, mi abuela y mis amigas, y me subo al coche de mi padre, acompañada por mi abuela y mi madre, con mis amigas y Paula en otro vehículo.

Llegamos a la playa y todos se adelantan excepto mi padre y yo, que esperamos unos minutos. Desde donde estamos, puedo ver a todos los invitados vestidos de blanco sentados en las sillas de madera blanca decoradas con pequeños ramilletes de flores silvestres atadas con un fino cordel, las mismas flores que se encuentran en las pequeñas cestas de mimbre que decoran el altar hecho con irregulares troncos de madera, y dirijo mi mirada hacia él, quien, imponente, me espera junto al juez de paz, Nachete, Philip y Orlando, los hombres que más lo conocen, y siento cómo el mundo se detiene, expectante ante lo que va a suceder.

—¿Preparada, hija? —me pregunta mi padre tendiéndome el brazo cuando comienza a sonar *How long will I love you*,¹⁴ de Ellie Goulding.

—Preparada —contesto bajito, emocionada, aferrándome a él, empezando a caminar, recordando las palabras de mi madre y con la certeza de que lo haré, de que viviré mi vida intensamente junto a él, segura de que, como dice la canción, lo amaré durante el tiempo en que las estrellas estén sobre su cabeza, y más si puedo, y que lo necesitaré, tanto como las estaciones se necesiten entre sí, porque es mi vida y yo la suya.

Siento su intensa mirada sobre mí y alzo la mía hasta posarla sobre la suya, conectando y siendo uno solo, sintiendo cómo la corriente cálida emerge de nuevo tirando de nosotros, tirando de mí hasta llevarme junto a él, con todos nuestros familiares y amigos presentes, que nos acompañan en un día tan especial, y ahogando las lágrimas avanzo a través de este camino de arena y sal del brazo de mi padre, hasta encontrarme con él, con mi roca, mi acantilado y mi hombre, sintiendo cómo el mundo comienza a girar otra vez cuando unimos nuestras manos.

De nuevo pronunciamos nuestros votos, como hace un año los pronunciamos en la boda de Philip y Paula, con la excepción de que ahora los pronunciamos frente a toda la gente que nos quiere y queremos, abrumados por

el momento, por nuestros sentimientos y por nuestros recuerdos, siendo un equipo, siendo una familia, siendo felices... para siempre.

FIN

Si habéis leído *Elijo elegir*, aquí tenéis un pequeño regalo, el regalo que no os hice en su momento y que tanto me habéis pedido.

Os quiero, chicas; gracias por tanto.

Sólo para vuestros ojos... visto a través de los suyos.

Elijo elegir

Philip y Paula

—Ufff, ha llegado el momento —susurro mirándolas emocionada—. Dentro de nada voy a ser su mujer, su mujer de verdad. ¡Katia, que voy a casarme! —le digo sin poder creerlo todavía.

Y durante unos segundos recuerdo la primera vez que lo vi a través de las páginas del “Stylo”, como sentí como si el mundo dejara de girar, y ahora lo siento igual, detenido, esperando a que me reúna con él para empezar a rotar de nuevo. Y mordiéndome el labio inferior con nerviosismo, salgo de esta pequeña habitación acompañada por estas mujeres que son tan especiales para mí; Katia, mi amiga y mi hermana; Luna, una mujer a la que conozco desde hace poco tiempo y a quien, en cambio, siento tan próxima a mí, y mi madre, la mujer que mejor me conoce y a la que más quiero.

Avanzo despacio por el pasillo de paredes blancas y suelo de barro en silencio, memorizando cada sensación, cada sentimiento y cada detalle para no olvidarlo jamás, y cuando llego a la enorme escalera, con las dobles puertas de cristal al final de ella, respiro profundamente aferrando con fuerza la barandilla, sintiendo cómo tira de mí esa cuerda invisible que nos mantiene unidos, y contengo las lágrimas que pugnan por salir deseando llegar cuanto antes junto a él y, a la vez, alargar al máximo este increíble momento. Cuando llego a la doble puerta de cristal, me detengo un instante observando el exterior, conteniendo la respiración... han esparcido pétalos de rosas rojas por el suelo hasta hacer un camino de rosas... mi camino de rosas.

—Un camino de rosas sin espinas —susurro sólo para mí. Como mi vida con él, pues, aunque no fue fácil al principio, aprendí a caminar sorteando los pinchos y ante mí tengo de nuevo ese camino, libre de espinas ahora, que me llevará hasta él, hasta mi hombre.

Mientras abren las dobles puertas empieza a sonar nuestra canción, la que él compuso para mí, y me detengo sorprendida mientras él se vuelve y atrapa mi mirada con la suya, como hizo hace ya tanto tiempo a través de las páginas de esa revista, y avanzo lentamente sosteniéndole la mirada, sintiendo mi corazón henchido de felicidad y de amor, y, cuando llego hasta donde está esperándome, le tiendo la mano, la que nunca ha soltado desde que nos reencontramos, y le sonrío feliz mientras el mundo comienza a girar de nuevo y el sol del atardecer tiñe todo el paisaje con una paleta de colores que van desde el rojo al naranja o al rosado.

—Estas guapísima, nena —musita acercando sus labios a mi oreja, erizándome con ese simple roce.

—Tú también —murmuro con una sonrisa, admirándolo en silencio.

Hoy sus ojos parecen más azules, incluso más brillantes, y me pierdo en ellos; mi hombre, mi marido, mío para siempre, y susurro un «te quiero» sólo para él.

Durante el tiempo que dura la ceremonia, no nos soltamos la mano en ningún momento, mirándonos con complicidad a cada segundo, incapaces de frenar nuestra felicidad, sonriéndonos a la menor ocasión y, cuando llega el momento de pronunciar nuestros votos, nos levantamos sin soltar nuestras manos.

—Yo, Philip, te tomo a ti, Paula, como esposa, y me entrego a ti, y prometo serte fiel en las alegrías y en las penas, en la salud y en la enfermedad, todos los días de mi vida —dice con seguridad sin dejar de mirarme ni un instante.

Y es en ese momento, cuando la alianza encaja en mi dedo, cuando siento cómo todo cobra un orden y un sentido, pues no hay distancia ni impedimentos capaces de separar a dos personas que están destinadas a estar juntas... y, con ese convencimiento y sosteniendo su limpia y cristalina mirada, pronuncio mis votos.

—Yo, Paula, te tomo a ti, Philip, como esposo, y me entrego a ti, y prometo serte fiel en las alegrías y en las penas, en la salud y en la enfermedad, todos los días de mi vida —susurro llorando de emoción.

—Yo os declaro marido y mujer. Philip, puedes besar a la novia...

Me muerdo el labio inferior sonriéndole, recordando cuando mordí el suyo hace ya tanto tiempo, mientras él sujeta mi cintura con posesión, acercándose a él, y entreabro los labios para recibirlo rodeando su cuello con mis manos,

olvidando a la muchísimas personas que nos miran sonriendo, pues mi universo es él, y correspondo a su beso con todo mi amor, mientras oigo de fondo los aplausos de toda la gente que nos quiere.

—Te amo, nena —murmura apartándose ligeramente de mí sin soltar mi cintura ni permitir que me aleje unos centímetros de su cuerpo.

—¡Venga, tío, suéltala de una vez! —lo apremia Charlie separándome de él, mientras Katia me abraza—. Enhorabuena, capullo —le dice dándole un abrazo—. Cuánto me alegro por los dos.

—Enhorabuena, Paula, ha sido una ceremonia preciosa —me felicita Katia antes de que me separen de ella para darme la enhorabuena, al igual que están haciendo con Philip.

—Tíaaaaa, ¡que te has casado con el buenorro de la revista! —me dice mi amiga Laura, llegando hasta mí como un vendaval para abrazarme.

—¿Dónde estabas, loca? Ya pensaba que no llegabas —le digo medio riñéndola.

—La culpa ha sido de Sandra: se le ha roto la cremallera del vestido y no veas la que ha liado; un poco más y no llegamos a tiempo. ¡La que hemos montado para poder llegar!

—¡Felicidadesssss! —me grita Sandra llegando hasta mí para abrazarme con fuerza.

—¡Qué bueno está tu marido, coño! —suelta Raquel, sumándose al abrazo—. ¿Por qué no encuentro yo tíos así? Estoy por irme a buscar a David Gandy a Londres, a ver si me sucede lo mismo que a ti —me dice guiñándome un ojo.

—Sí, hija, sí, seguro que te pasa lo mismo —se burla Laura.

—¡Oyeee! Y tú, ¿qué sabrás? ¿Quién le iba a decir a la suertuda ésta, cuando le mostré a su pedazo marido, que terminaría casándose con él? Porque te lo mostré yo, ¿lo recuerdas? Me debes un favor muy muy grande —exclama carcajeándose—. Oye, dime una cosa: allí hay un rubiaco que me tiene loca; dime que esa morena que está con él es su hermana —me dice refiriéndose a Gael.

—Pues su hermana está metiéndole la lengua hasta la garganta —secunda Laura abriendo desorbitadamente los ojos—. Sí que está bueno. Paulita, hija, qué nivel, ¿no hay ningún tío bueno que esté soltero?

—¡Oyeeee! ¡Pero si tú estás casada con Juan! —le digo entre risas.

—Por si no lo sabías, eso no se consideran «cuernos», eso se considera «obligación» —replica sin dejar de reírse—. Tía, que yo necesito tocar unos abdominales y un culo como el que deben de tener tu marido o el rubio ese, ¡no

querrás que muera sin haber catado algo así!

—Como te oiga *tu* Juan, vas a ver —la regaño guiñándole un ojo antes de que mis primas, primos y el resto de mi familia y la de Philip me alejen de mis amigas para llenarme de besos, abrazos y felicitaciones.

Cenamos en el jardín en torno a la piscina, rodeada por pequeños árboles de luces. En las mesas imperio, vestidas con manteles de suaves colores, han colocado un camino de rosas junto con velas y detalles tan bonitos como servilleteros con forma de mariposa a juego con los colores del mantel, y como iluminación, cientos de farolillos estratégicamente ubicados por el jardín, más cientos de candelas colgadas de los árboles.

—¿Cómo estás? —me pregunta Philip al oído mientras cenamos en la mesa de nuestros amigos.

—Muy feliz; quién sabe cuándo volveremos a tenerlos a todos juntos como están ahora —murmuro mirándolos a todos.

—A todos, no creo, pero a muchos de ellos dentro de unos meses —me responde en un susurro—. ¿Cómo está portándose la chiquitina?

—Muy bien, debe intuir que hoy es un día importante para sus padres, porque no he tenido ni una sola náusea.

—Eso es porque la charla que mantuvimos ella y yo anoche ha surtido efecto.

—¿Por qué das siempre por hecho que va a ser ella y no él? —le pregunto entre cuchicheos sin poder dejar de sonreír, llevándome disimuladamente una mano a la tripa.

—Porque estoy seguro de que es una niña y de que va a tener el mismo genio endemoniado que su madre; la que me espera con Paulita —me responde intentando frenar la sonrisa que parece no abandonarlo desde que le dije que estaba embarazada.

—¿Paulita? ¿Vamos a llamarla así? —inquiero entre risas.

—Por supuesto, nena, ¿lo dudabas? —me responde con voz ronca, besando dulcemente mi cuello.

—Vale, pero, cuando sea niño, me tocará elegir a mí —susurro deseando que no deje de hacerlo, con el vello erizado.

—¿Y qué nombre elegirás? —me pregunta posando su mano en mi barriga, por encima de la mía, enlazando sus dedos con los míos.

—Elijo... elegir el tuyo —le respondo sonriendo abiertamente—; yo también quiero un mini-Philip.

—Qué originales somos, joder —exclama sonriendo, con nuestros dedos aún enlazados, dando cobijo a nuestra hija, que crece en mi interior—. Ha llegado el momento —me dice con seguridad cuando empieza a sonar nuestra canción de nuevo y los camareros sacan la tarta con la figura de los típicos novios... más la de un bebé.

—Mis padres van a matarme por no habérselo contado antes —le confieso mordiéndome el labio con nerviosismo—, de esta sí que no salgo viva.

—Eso será si no nos matan antes Charlie y Katia —interviene levantándose y tirando de mí con suavidad, y me dejo llevar por él, sintiendo su fuerza y su seguridad, aferrándome a ella.

Con el sonido de esta canción que tanto dice de nosotros y nuestra historia, alzamos nuestras copas para brindar con nuestros familiares y amigos, y es entonces, con su copa en una mano y aferrando la mía con la otra, cuando escucho a mi marido anunciar la noticia que llevamos guardando para nosotros desde hace unos días.

—Hoy es un día muy especial tanto para Paula como para mí, y no solamente porque hemos visto cumplido nuestro sueño de casarnos, sino porque hoy queremos compartir con vosotros una noticia que nos llena de felicidad y que confirmamos hace apenas unos días —su mirada llena de amor y ternura me envuelve y le sonrío feliz, llevando la mano a mi tripa—: hoy queremos anunciar que vamos a ser padres y que dentro de unos meses no seremos dos, sino tres, así que alzad vuestras copas y brindad con nosotros por la llegada de este bebé que llenará nuestras vidas de felicidad. Te quiero, nena —me declara antes de que se desate la locura y tenga a mi alrededor a mi madre llorando, riendo y riéndome a la vez por no habérselo contado antes, a mi padre felicitando a Philip henchido de orgullo, a sus padres, a sus hermanos, al mío, a mis amigas, a Gael y a Luna, a Katia y a Charlie, a Claudia... a tanta gente que al final no sé con quién hablo y con quién no, pero con una certeza... él, mi marido, el padre de mi hija y mi amor.

Finalmente consigo escabullirme con Luna, mi madre, Katia y mis amigas hasta la habitación donde me he vestido hace apenas unas horas de novia para cambiarme de vestido, y es en esta estancia donde brindamos de nuevo por mi matrimonio y por mi futura maternidad.

—Pero, hija, ¿cómo no me lo has contado antes?

—¡Ay, Ana, no la riña! —le pide Laura abrazándome—. ¿Usted sabe qué nieta o nieto más guapo va a tener?

—Lo dices por mí, ¿verdad? —suelto burlona.

—Claro, Paulita, ¡no querrás que lo diga por tu marido! ¡Con lo feo que es, por favor! —me responde carcajeándose.

—Aun así, cariño, tendrías que habérmelo contado; si es que no me cuenta nada, Laura. Lo del anuncio me lo contó a toro pasado y esto igual —le contesta negando con la cabeza—. Cría cuervos, que te sacarán los ojos.

—Mamá, pero si lo sabemos desde hace nada; además, nos pareció bonito hacerlo público hoy; no te enfades, por favor.

—Si no quieres que me enfade, ve preparándome una habitación en tu casa, que quiero ejercer de abuela —me pide sonriendo—. Si al final todavía tendré que aprender a hablar inglés. ¡Dios! ¡Los australianos van a odiarme con mi pronunciación!

—Y otra para nosotras, que también queremos ejercer de tías caldosas —remata Raquel, sonriéndome.

—Entonces, ¿a mi boda vendrás gordi? —me pregunta Katia acercándose a mí.

—Me temo que sí. Luna va a tener que diseñarme un vestido para la ocasión.

—Eso está hecho —me responde ésta también en inglés, sonriéndome.

—Ya estamos con el inglés. Niñas, traducidme alguna, que no me entero de nada —refunfuña mi madre—. Al niño le hablas en español; acuérdate, no sea que no me entienda cuando vaya.

—Pero ¿no has dicho que vas a aprender a hablar inglés?

—De aquí a que consiga aprender a decir algo que se entienda, el crío tendrá diez años como mínimo. Tú, por si las moscas, le hablas en español.

—¡Que sí, mamá, tranquila! —respondo entre risas.

Ayudada por Luna y por mis amigas, me visto con el segundo vestido, ese que Luna dibujó frente al hogar de un cortijo en una noche de confesiones.

—¿Te acuerdas de cuando lo diseñaste frente a la chimenea? —le pregunto mientras mis amigas y Katia se sirven más *champagne* y mi madre habla con ellas, incluso con Katia—. Entonces no estabas con Gael, casi lo veías imposible, y ahora...

—Ahora vamos a casarnos —me corta emocionada.

—¡Venga ya! ¿Qué dices?

—Mientras Philip y tú pronunciabais los votos, nosotros lo hacíamos a la vez y luego me ha pedido que me case con él; te juro que aún estoy temblando.

—¡Madre míaaa! ¡Te lo dije! ¡Ay, mi madre, que se me juntan las bodas! —suelto entre risas—. ¡Chicas, que mi amiga va a casarse!

—Y yo que quería que fuera tu hermano —le dice mi amiga Raquel ante las risas de mis amigas.

—Bueno, tienes a Orlando, que está soltero —le digo guiñándole un ojo.

—¿Un actor? No gracias, que esos son todos muy golfos.

—Pero puedes tirártelo y lo disfrutas por ti y por mí —remata Laura.

—¡Chicas, que estoy delante! —interviene mi madre negando con la cabeza —. No hace falta que me entere de todo.

Entre risas y con mi nuevo vestido puesto, nos dirigimos a la zona del jardín que han habilitado como pista de baile, y entonces lo veo y mi mundo se detiene mientras me dejo arrastrar por esa cuerda invisible que tira suavemente de mí, sosteniéndole la mirada, sonriéndole, todavía sin poder creer que sea mi marido.

—He estado a punto de ir a buscarte. ¿Dónde estabas, nena? —me pregunta rodeando mi cintura con sus brazos, acercándose a él.

—Hemos tenido una reunión de chicas en la habitación... y ¿sabes una cosa?

—¿El qué? —me pregunta divertido ante mi entusiasmo.

—¡Que Gael y Luna van a casarse! ¿Te lo puedes creer?

—Me lo ha contado Gael hace un momento —me confirma sonriendo—, y me alegro muchísimo por él. Se merece ser feliz, joder, ya ha sufrido suficiente. ¿Has visto a Nachete?

—Sí, estaba en la mesa con los otros niños; todos se han volcado con él y el crío estaba feliz.

—Gael y Luna llevan toda la noche pendientes del chiquillo, pero la verdad es que el pequeño se desenvuelve de maravilla; en ese colegio y en casa están haciendo un trabajo cojonudo —me comenta mientras empieza a sonar *Wings*, de Birdy, y lo miro sorprendida mientras él me arrastra hasta la pista de baile.

—Baile conmigo —me dice hablándome de usted, como aquella tarde en mi despacho hace ya tanto...

—¿Y si no quiero hacerlo? No quiero que se confunda, recuerde que sólo soy su secretaria —murmuro siguiéndole la corriente.

—Soy perfectamente consciente de eso —susurra mirando mis labios.

—Creo que el que está tomándose libertades ahora es usted —musito mirando los suyos, sintiendo mi cuerpo contraerse suavemente, deseándolo tanto como esa tarde.

Con una sonrisa lasciva, rodea mi cintura con su brazo pegándose a su cuerpo, apresando mi labio inferior suavemente con sus dientes.

—Ese día me volviste loco; no me hablabas ni resoplabas, algo realmente extraño en ti —me dice con voz ronca.

—¿Qué esperabas? —le pregunto divertida enlazando mis brazos alrededor de su cuello, mientras nos movemos despacio—. Además, eras tú el que me volvía loca a mí, no sé cómo no ardí esa tarde.

—Si te sirve de consuelo, yo estaba peor que tú; te aseguro que te hubiera follado durante horas —murmura besando mi cuello—, como voy a hacer luego.

—Entonces, ¿vas a cogerme con ganas? —le pregunto divertida.

—Espera y verás —me asegura socarrón.

Y me rio feliz, perdiéndome en su intensa mirada, grabando este instante en mi memoria para siempre.

Las miles de lucecitas sobre nuestras cabezas, toda la gente que nos quiere con nosotros, nuestro bebé creciendo en mi interior y nosotros.

—Nunca te soltaré la mano, nena —afirma adhiriéndome más a su cuerpo, haciendo que recuerde tanto...

—Pase lo que pase, nunca me soltaré —musito emocionada.

Y cierro los ojos feliz, apoyando mi cabeza sobre su pecho, segura de sus palabras, segura de él, sabiendo que nunca más nos soltaremos de la mano y que dentro de unos meses, cuando nuestro bebé nazca, le tenderemos las nuestras para, juntos, caminar por el sendero de la vida, un camino lleno de rosas sin espinas, un camino lleno de amor.

REFERENCIAS A LAS CANCIONES

9 días, WM Spain, interpretada por Vanesa Martín. (N. de la E.)

Try, © 2012 RCA Records, a division of Sony Music Entertainment, interpretada por Pink. (N. de la E.)

How long will I love you, ℙ© 2014 Universal Music Spain, S.L., interpretada por Ellie Goulding. (N. de la E.)

Wings, Atlantic Records UK, interpretada por Birdy. (N. de la E.)

Biografía

Mis estudios y mi trabajo poco tienen que ver con el mundo de las letras. Soy contable, por lo que me paso el día rodeada de números y peleándome con clientes y proveedores. A pesar de que siempre me ha gustado leer y escribir, nunca me lo había planteado como opción laboral, hasta que llegó *Elijo elegir*, una novela que escribí para mí, sin esperar nada, con la que toqué el cielo con las manos y con la que descubrí mi gran pasión.

Dicha pasión me llevó a abrir mi alma, a soñar despierta y a sentir de una forma que no creía posible, porque no hay nada más maravilloso que inventar una historia de la nada y dar vida a unos personajes que pueden llegar a instalarse en tu corazón para no abandonarte jamás.

Encontrarás más información sobre mí en:

www.facebook.com/profile.php?id=100009698947240&fref=nf

Notas

1. Postre típico de Ibiza y Formentera, que tradicionalmente se elaboraba el Domingo de Pascua

2. *Faded*, Copyright: © 2015 MER under exclusive license to Sony Music Entertainment Sweden AB, interpretada por Alan Walker. (*N. de la E.*)

3. *Kiss the rain*, Copyright: © 2012 Sony Music Entertainment Korea Inc., interpretada por Yiruma. (N. de la E.)

4. *Coolhunter*: Cazadora de tendencias.

5. *Tissuteca*: término coloquial que hace referencia a la sala donde se encuentra todo el muestrario

6. *Moodboard*: es la herramienta que ayuda a los diseñadores a hacerse una idea de lo que van a telas, muestras de color y todo lo que pueda inspirarlos. Es un *collage* a lo grande.

7. *Brainstorm*: Lluvia de ideas.

8. *Shopping*: ir de tiendas. Las diseñadoras suelen ir cuatro veces al año, dos por temporada, por

9. *Fitting*: del verbo *to fit*, que significa quedar bien aplicado a la prenda. El *fitting* es la prueba de

10. *Cómo te atreves*, Copyright: © 2015 Universal Music Spain, S.L. © 2016 Universal Music Spain, S.L., interpretada por Morat. (*N. de la E.*)

11. *Shooting*: De *shoot*, disparo (de la cámara). Es una sesión fotográfica.

12. *Outfit*: término anglosajón que hace referencia a un conjunto de prendas combinadas de una emplearse como sinónimo del término *conjunto*.

13. *Fitting room*: probador.

14. *How long will I love you*, Copyright: © 2014 Universal Music Spain, S.L., interpretada por Ellie Goulding. (N. de la E.)

Pregúntamelo ahora

Ana Forner

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la cubierta: Zafiro Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta, a partir de la idea original de Tiaré Pearl

© de la imagen de la cubierta: / Shutterstock

© Fotografía de la autora: Archivo de la autora

© Ana Forner, 2017

© Editorial Planeta, S. A., 2017

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.edicioneszafiro.com

www.planetadelibros.com

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2017

ISBN: 978-84-08-17615-2 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.

www.newcomlab.com

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

NOVELA ROMÁNTICA



¡Síguenos en redes sociales!

